

# VIDA DE LOS PADRES

DE LOS DESIERTOS DE ORIENTE

OBRA ESCRITA EN FRANCÉS

POR

EL R. P. MIGUEL-ANGEL MARIN

CON UNA INTRODUCCIÓN, NOTAS Y CITAS HISTÓRICAS

Por M. Eugenio VEUILLOT

Y TRADUCIDA AL ESPAÑOL

POR

EL PRESBITERO DON JOSÉ PEREZ REINA

Doctor en Sagrada Teología y Canónigo de la santa Iglesia catedral  
de Ciudad-Real.

---

TOMO VI



PARIS

LUIS VIVES, LIBRERO-EDITOR

13, CALLE DELAMBRE, 13

—  
1896



VIDA DE LOS  
PADRES DE LOS DESIERTOS  
DE ORIENTE

---

ESTADO DE LOS MONASTERIOS DE LA PALESTINA EN TIEMPO DE JUAN MOSCH<sup>1</sup>

Necesario es remontarnos más allá del pontificado de Sofronio, y considerar el estado de los monjes de la Palestina antes de la irrupción de los persas, bajo el rey Cosroas, tomando los datos que necesitemos del *Prado espiritual* de Juan Mosch. Este vivía en el lugar de los hechos, habla siempre como testigo ocular, y su obra citada en el séptimo concilio general y por san Juan Damasceno, bajo el nombre de Sofronio, porque la dedicó á él, y con él trabajó en ella, es mirada no sólo como muy edificante, sino como muy útil para la historia monástica.

Comienza Juan Mosch por la fundación del monasterio de Sapsas, de que hemos hablado en uno de los capítulos precedentes. Habla despues de Conón, solitario del monasterio de Pontucla, situado cerca del Jordán, y lo representa como un perfecto religioso. Los griegos hacen de él el mismo elogio; pero lo consideran como natural de Cilicia; mientras que Juan dice que era de Alejandría. Entró jóven

<sup>1</sup> Juan Mosch, Vit. PP. Focio y los Bolandistas.

en este monasterio, y fué elevado al sacerdocio. La reputación de su virtud le atrajo la estimación universal, y particularmente de Pedro, patriarca de Jerusalem, que le confió el cargo de conferir el sacramento de la regeneración á los que venian á recibirlo en las aguas del Jordán; pues era entónces una devoción muy ordinaria escoger este rio para el bautismo, en memoria de haberlo recibido en él nuestro señor Jesucristo, de manos del Precursor.

Conón ejerció este ministerio durante algún tiempo, y concibió escrúpulos de bautizar á las mujeres, para no exponerse á ninguna tentación: así es que determinó buscar otro retiro. Pero san Juan Bautista se le apareció, asegurándole y prometiéndole que no tendria que sufrir ninguna tentación con este motivo. Continuó, pues, sus funciones durante doce años, y en todo este tiempo experimentó los efectos de la promesa del Santo Bautista.

Dicen los griegos que vivió aún veinte años más, comprendiendo los doce de que hemos hablado, y añaden que legó á tal grado de santidad, que se decia de él que estaba enteramente destituido de sentidos. Juan Mosch dice que fué superior de su monasterio, y es de creer que fuese despues de los doce años que estuvo consagrado al ministerio de bautizar. Dice tambien que, yendo un dia de Pontucla á Betamarim, fué encontrado por unos judíos, que, por odio de religion, levantaron sus espadas para asesinarle; pero que quedaron inmóviles sus brazos. hasta que el Santo oró por ellos, y recobraron el movimiento. San Conón debió morir hacia el año 555, y Juan Mosch no fué testigo ocurar de su muerte, sino que hace relación de ella por lo que le dijo el abad Atanasio, que habia pasado del monasterio de Pentucla á la laura de san Sabas, cuando le hizo este relato. Habla en otro lugar de otro Conón de Cilicia, que los griegos han confundido con éste. Este Conón de Cilicia vivia en el monasterio de san Teodosio, y fué muy recomen-

dable por su abstinencia y oración : pues no comia más que una vez cada ocho dias, y casi siempre estaba en la iglesia.

El abad Polícrono referia á Juan Mosch, que un religioso del monasterio de Pentucla habia salido de él con intención de abandonar su estado y entregarse á sus pasiones. Pero de pronto se sintió acometido de lepra, y viéndose en esta triste situación, volvió en sí mismo, diciendo : « Dios me ha castigado en mi cuerpo para salvar mi alma. » Así que mudó de resolución, y volvió á Dios dándole acción de gracias. Habia también en las inmediaciones del mismo monasterio un santo anacoreta, llamado Marcos, el cual, durante sesenta y tres años, no hizo más que una sola comida por semana. Trabajaba, sin embargo, dia y noche, y repartia entre los pobres el producto de su trabajo. No recibia de nadie cosa alguna, diciendo que sus manos le suministraban lo necesario para su sustento y el de las personas que venian á verle.

Este abad Polícrono, que acabamos de citar, habia vivido en el monasterio de las Torres del Jordán, y en el de Constantino ó de Santa Maria la Nueva. Fué sacerdote de la nueva laura, y referia á Juan Mosch, que, hallándose en el monasterio de las Torres, se apercibió de que un religioso, que habia sido hasta entónces muy negligente, entró en grandes sentimientos de fervor, y se consagraba con mucha fidelidad y gozo á todos los deberes de la vida religiosa. Díjole, pues, con este motivo : « Veo, hermano mio, que ahora teneis más cuidado de vuestra alma que ántes, y por ello os doy el parabién. » A lo cual respondió el religioso : « Creedme, padre mio, no tardaré en morir. » En efecto, tres dias despues entregaba su alma al Señor.

Dice también que el ecónomo de este mismo monasterio vino un dia á suplicarle que le ayudase á mudar los muebles de la celda de un religioso que habia muerto, y que á

poco vió que el ecónomo se echó á llorar, y preguntándole la causa, recibió esta respuesta : « Lo que yo hago, por este religioso, lo hará por mí otro dentro de dos dias. » Así sucedió efectivamente; murió el dia que habia anunciado.

Refiere también que, hallándose en el monasterio de Santa María la Nueva, supo que un religioso del monasterio de las Torres habia muerto en Jericó. Quisieron sus hermanos traer el cadáver á su monasterio para darle sepultura, y cuando lo hacian, apareció sobre su cabeza una estrella brillante, que le acompañó hasta el lugar de la sepultura.

Este monasterio de las Torres era uno de los principales de la Palestina, y habia en él muy excelentes religiosos, de alguno de los cuales nos ha dado Juan Mosch edificantes relatos. Dice que, habiendo muerto el abad, quisieron los religiosos darle por sucesor á un anciano muy recomendable por sus virtudes; pero este se excusó diciendo : « Yo os pido, padres míos, que me dispenseis : dejadme más bién llorar mi pecados : pues no soy capaz de dirigir vuestras almas : « este cargo debe confiarse á hombres que sean tan admirables como un san Antonio, un san Pacomio, un san Teodosio. « No se rindieron los religiosos á estas razones, é insistieron en rogarle que se encargase del gobierno del monasterio. Por último, como no desistiesen, les dijo : « Dadme á lo ménos tres dias para que yo pida á Dios que manifieste su voluntad. » Consintieron en ello; pero les hablaba el miércoles, y el domingo en la mañana entregaba su espíritu á Dios.

Habia en este mismo monasterio un religioso, llamado Mirogeno, á quién sus excesivas austeridades habian hecho caer en la hidropesía. Léjos de afligirse, pedia al Señor que durase su mal, para poder sufrir por su amor, y decia á los ancianos que venian á visitarle : « Pedid, padres míos,

al Señor, que mi alma no sea hidrópica. » Eustoquio, patriarca de Constantinopla, quiso enviarle alguna cosa para que se repusiese ; pero el bienaventurado varón, despues de darlé las gracias, le suplicó que sólamente le diese sus oraciones, para evitar la muerte eterna.

Un anciano vivia en el mismo monasterio absolutamente desprendido de todas las cosas, y se complacia en despojarse de lo que tenia para darlo á los pobres. Un dia se le presentó uno de estos implorando su caridad. No tenia más que un pan, y se le ofreció ; pero el pobre le dijo que no necesitaba más que ropa. Viendo éste que el santo varón iba á quitarse su habito, y considerando que no tendria otro, quedó admirado de tanta caridad, y abriendo el saco que llevaba, lo vació en la celda, diciendo al santo que tomase lo que necesitara.

En una de las grutas del Jordán habia un anacoreta, llamado Bernabé, cuya mortificación era tan extraordinaria, que habiendo un dia entrado en el rio, se le clavó en el pié la punta de una estaca. No quiso sacársela, ni que le viese el médico ; pero se le hinchó el pié, y tuvieron que llevarlo al monasterio de las Torres, poco distante de su gruta. Se le dió una celda, y su mal se fué agravando hasta el punto de podrírsele el pié. Su paciencia edificó á todos los religiosos, á los cuales decia : « Quanto más sufre el hombre exterior, tanto más se fortifica y robustece el interior. »

La laura del abad Pedro estaba también cerca del Jordán. Un religioso de esta laura, llamado Macno, permaneció cincuenta años en una gruta, no comiendo más que pan de salvado, no bebiendo nunca vino, y comulgando tres veces en semana. Otro religioso de la misma laura iba frecuentemente al Jordán, y dormia sin temor alguno en las cavernas de los leones. En una ocasión temó dos cachorrillos, y llevándolos á la iglesia de su monasterio, dijo á los religiosos : « Si guardamos bién los preceptos de nuestro Señor Jesu-

cristo, nos temerán estas bestias ; pero por lo mismo que nos hemos hecho esclavos del pecado, nos vemos reducidos á temblar ante ellas. » No es éste el único ejemplo, que cita Juan Mosch, de este valor de los solitarios animado por una fé viva. Dice también que habia un buén anciano en el desierto de Sapsas, que atraia los leones á su gruta, y les daba de comer con sus propias manos. Otro solitario, llamado Pemen, dormia también con los leones: pero lo hacia, porque sabia que habia de ser devorado por uno de ellos, y esperaba expiar de este modo una falta que habia cometido ántes de abrazar la vida monástica, no impidiendo, como hubiera podido hacerlo, que un hombre fuese devorado por los perros. Sus deseos fueron realizados.

La laura de Calamón se hallaba, como la del abad Pedro, no muy distante del Jordán, lo mismo que la de los Eliotas de que muy pronto hablaremos. Habia en ella un solitario, llamado Ciriaco, á quién un religioso, de nombre Teofanes, vino á pedir consejo sobre unas tentaciones con que se hallaba afligido. El santo anciano lo consoló y animó tanto, que este religioso, muy satisfecho, le dijo : « En verdad, padre mio, que si yo no fuese de lo comunión de los nestorianos, que es la dominante en mi pais, me quedaria de buena gana á vuestro lado. » Ciriaco, se afligió mucho al saber que seguia los dogmas de Nestorio, y le dijo que no podia esperar su salvación, miéntras que siguiese esta doctrina herética, y no confesase que la Santísima Virgen era verdadera Madre de Dios.

Teofanes le respondió, que todos, de cualquiera comunión que fuésen, decian á los contrarios que no podian salvarse más que en la suya : que esto atormentaba mucho su espíritu, pues que no sabia á que partido inclinarse, por lo cual pedia á Dios que le diese á conocer la verdad. Viéndole el buén anciano en tan excelentes disposiciones, le dijo : « Quedaos en mi celda, y esperad, que voy á pedir á Dios



que os ilumine. » Retiróse hacia el Mar Muerto, en donde dirigió á Dios fervientes súplicas, para que se dignase manifestar misericordiosamente la verdad á este nestoriano.

Su oración no tardó en tener efecto : á la mañana siguiente Teofanes vió á un hombre de imponente aspecto que le dijo : « Ven conmigo, y te mostraré la verdad. » Condújole á un lugar tenebroso é infecto, en donde le manifestó un abismo de fuego, en medio del cual vió á Nestorio, á Eutiques y á otros muchos herejes, y le dijo : « Hé aquí el lugar que Dios ha preparado á los heresiarcas y á los que siguen sus dogmas impíos. Si te agrada este lugar, persevera en la comunión que has seguido hasta ahora, más si quieres evitar estos suplicios, entra en la Iglesia católica, como te ha dicho ese anciano. No olvides que, aún cuando un hombre practique todas las demás virtudes, si no tiene la fé verdadera, será atormentado en este abismo que tienes ante tu vista. »

Convencido Teófanés con esta visión, de la verdad católica, renunció á su herejía, y á la vuelta de Ciriaco le refirió lo ocurrido. No quiso volver á su país, sino permanecer al lado de este santo anciano, en donde murió en paz al cabo de cuatro años.

Ciriaco tuvo también otra visión relativa á las blasfemias de Nestorio, como refirió á Juán Mosch y á san Sofronio. « Creí, dice, que durmiendo una noche, me hallaba á la puerta de mi celda, y ví á una señora vestida con ropaje de púrpura, y respirando cierto aire de santidad y de majestad. Venía acompañada de dos personajes vestidos igualmente con ropajes de gloria, y sus miradas inspiraban mucho respeto. Creí reconocer en esta señora á la Santísima Virgen, y en las personas que la acompañaban á san Juán Bautista y á san Juán Evangelista, y rogué á la señora con mucha humildad que se dignase entrar en mi celda y

santificarla con su presencia ; pero ella mirándome con aire de indignación, me dijo : No entro en un lugar en que está mi enemigo. Y diciendo esto, desapareció.

« Me desperté al punto, y como me encontrase solo en mi celda, quedé sumamente afligido con sus palabras, y temeroso de que este enemigo que le habia impedido entrar, fuese algún pecado secreto que yo tuviera en mi conciencia, é ignorase. En semejante turbación abrí un libro, que me habia prestado Hesiquio, sacerdote de la iglesia de Jerusalem, con el fin de encontrar algún consuelo en la pena que devoraba mi corazón ; pero al hojearlo, observé que habia al final dos tratados del impío Nestorio. Comprendí entónces que esto era lo que habia querido darme á entender la santísima Virgen en aquella visión. Devolví al punto el libro á Hesiquio, diciéndole que me habia sido más perjudicial que útil. Preguntóme la causa, y al referirle todo lo que me habia ocurrido, este sacerdote, que no habia visto los tratados de Nestorio, y que se hallaba animado de un santo celo, hizo pedazos el libro y lo arrojó al fuego, diciendo : « El enemigo de nuestra Señora, la santa Madre de Dios, no estará un instante más en esta celda. »

Refiere Juan Mosch otras dos apariciones de la Santísima Virgen, que omitimos por no separarnos más de nuestro propósito ; pero que pueden leerse en este escritor, por ser muy edificantes y propias para inspirar tierna devoción á esta divina Madre.

Hemos dicho que la laura, ó eremitorio de Elodis, estaba cerca del Jordán. Un solitario, llamado Antonio, fué su fundador, y la gobernó durante mucho tiempo con gran sabiduría. Juan Mosch y Sofronio aprendieron de él algunos de los pasajes de la vida de Teodosio, de que hablaremos despues. Habia habido en esta laura un religioso, llamado Estéban, de quién un anciano les habló con gran

elogio, y les dijo que fué sacerdote y ermitaño : que el demonio le habia tentado varias veces para que dejase su celda ; pero que Estéban habia rechazado todos sus artificios con la oración.

Este santo religioso tenía siempre presente á Jesucristo crucificado, el cual constituía el objeto ordinario de sus oraciones. Un dia vinieron á visitarle tres ancianos con objeto de consultar asuntos espirituales, y como hablasen mucho, él guardaba silencio, y no parecía tomar parte en la conversación. En vista de ello, le dijeron : » Padre mio, hemos venido á aprovecharnos de vuestras instrucciones, y nadanosdecís. » Más él les respondió : « Perdonadme, Padres mios, que no haya puesto atención á lo que habeis dicho : pues no me ocupo dia y noche en otra cosa que en Jesucristo clavado en la cruz. » Estas palabras les edificaron mucho más que todo lo que hubiera podido decirles.

El abad Juan, llamado también Molbas, refirió á Juan Mosch, que habiendo enfermado gravemente del higado á causa de su rigorosa abstinencia, le ordenaron los médicos que comiese carne. Obedeció, pero habiendo venido á verle un hermano suyo que era muy devoto, quedó admirado y aún afligido de ver que al fin de su vida se permitiese algún alivio en su penitencia. Pero bién pronto tuvo que justificarle, pues habiendo caido en una especie de éxtasis durante su oración, creyó ver delante de sí á uno que le decía : « ¿ Porqué te has escandalizado de ver comer carne á este sacerdote ? Lo ha hecho por necesidad y por obediencia, y si quieres conocer el mérito de tu hermano y la gloria que Dios le tiene preparada, mira detrás de tí. » Efectivamente, se volvió, y vió á su hermano crucificado con Jesucristo.

Teodosio vivió también entre los Eliotas, ó á lo ménos, cerca de ellos. El abad Antonio, hablando de él á Juan Mosch y á su compañero, dice que Dios le llamó al com-

bate de la vida religiosa por una visión que tuvo en la oración, ántes de que se retirase á la soledad. Vió con los ojos del espíritu á un hombre, cuyo rostro brillaba con la claridad del sol, y que, tomándole de la mano, le dijo : « Ven conmigo, porque es necesario que emprendas un combate. » De pronto se encontró en un anfiteatro en que había muchas personas, vestidas unas de blanco, y otras con ropajes negros. Entre ellas sobresalía un etiope de colosal estatura, con el cual debía combatir.

Lleno de espanto Teodosio al ver á este terrible gigante, dijo al jóven, que no sólomente no se sentía con fuerzas para combatir con él, sino que aún cuando todos los hombres se reuniesen para hacerlo, tendrían que sucumbir á sus golpes, porque su cabeza parecía llegar á las nubes. Pero el jóven le respondió : no temas ; ántes, por el contrario, animate y llénate de valor y confianza : yo estaré á tu lado para ayudarte, y ceñiré tu cabeza con la corona de la victoria. Entabló efectivamente el combate, y el jóven le asistió, y le coronó. Al mismo tiempo, todos los que estaban vestidos de negro, y que parecían etiopes, huyeron dando grandes lamentos ; mientras que los que llevaban vestiduras blancas le felicitaron por su victoria, y dieron gracias al que había ayudado á conseguirla.

Habiendo, pues, entrado este santo varón en la soledad como en un lugar de combate, pasó treinta y cinco años en el ayuno y en el silencio, no comiendo más que cada dos días, y no hablando más que muy raras veces ; pues lo hacía ordinariamente con signos, cuando tenía que comunicar sus pensamientos á otros. Tuvo un discípulo llamado Ciriaco, que refirió todo esto á Juan Mosch, si bien fué testigo de muchos de estos hechos, por haber vivido diez años entre los Eliotas.

Refiérese también de Teodosio, que, sabiendo Abraham, abad de Santa María la Nueva, que no tenía manto con que

cubrirse en el invierno, le envió uno ; pero se lo quitaron unos ladrones que entraron en su celda, sorprendiéndole dormido ; lo cual sufrió con tanta paciencia, que no profirió ni una sola palabra de queja.

Un santo anacoreta, llamado Teodoro, que moraba cerca del Jordán, vino á ver á Juan Mosch, que se hallaba en la laura de los Eliotas, y á suplicarle que le proporcionara un Nuevo Testamento, que estuviese completo. Sabiendo Juán que el abad Pedro, obispo despues de Calcedonia, tenia uno muy bién escrito, fué á rogarle que se lo vendiese. Díjole el abad Pedro que valía tres escudos ; pero que queria saber si era para él ó para alguno otro, á lo cual respondió Juán, que era para un excelente anacoreta. Entónces se lo entregó Pedro, y Juán lo llevó en seguida al que lo deseaba. Al cabo de diez meses se le presentó de nuevo este piadoso anacoreta, manifestándole que tenia escrúpulo de recibir gratuitamente el libro ; pero Juán le aseguró que Pedro se lo habia cedido de muy buena voluntad. Insistió, sin embargo, en querer pagárselo, y como no tuviese con que hacerlo, se puso á trabajar en una obra que construía el patriarca de Jerusalem, y cuando hubo ganado los tres escudos, llevó estos y el libro á Juán, encargándole que hiciese aceptar los unos ó el otro al abad Pedro. Este insistió en rehusar todo precio ; pero Juán le persuadió que no rechazase el fruto del trabajo de este buén anacoreta, al cual remitió el libro que tantas ventajas había de reportarle en el desierto.

El monasterio de Gerasimo, cerca del Jordán, tenía por superior en tiempo de Juán Mosch á un abad de gran mérito, llamado Alejandro, y el sacerdote de su Iglesia se llamaba Olimpio, y era personaje de rara virtud. Cansado un solitario de vivir en su celda, dijo á Alejandro que quería variar de vivienda. Más éste le dijo : « El fastidio que experimentais no procede de otra cosa, sino de que no

pensais en la recompensa que Dios tiene prometida á los buenos religiosos, ni en los suplicios eternos á que serán condenados los que no viven con arreglo á su estado. Si meditaseis estas grandes verdades, no os aburririais en vuestra celda.

Una gruta muy incómoda á causa del calor y de las moscas servía de morada y de ejercicio de paciencia al solitario Olimpío. Un religioso que vino á verle, le preguntó cómo podía vivir en ella. Más él le respondió : « Yo atiendo únicamente al porvenir, y sufro pequeños males que pasan, para evitar otros muy grandes y que no tendrán término. Espero que este calor contribuirá á preservarme del fuego eterno que abrasa á los condenados, y que las moscas me preservarán del gusano que incesantemente los corroe.

Habia cerca del torrente de Betasima, entre la iglesia de san Elpidio y el monasterio que se llamaba de los Extranjeros, una gruta, en que el solitario Nicolás se ejercitaba en la penitencia y en la práctica de la vida monástica, y del cual refería el abad Jordam á Juan Mosch este maravilloso acto de caridad. « En tiempo del emperador Mauricio, Namanes, jefe de una partida de sarracenos, hacía frecuentes correrías por el pais, y en una de ellas, tres de estos bárbaros cogieron cautivo á un jóven de Tiro, como de unos veinte años y muy bién formado, y lo entregaron al sacrificador, para que lo ofreciese á su falsa divinidad. Nicolás les encontró en el camino, y el jóven, anegado en lágrimas, le suplicó que lo librase.

Lleno de compasión, rogó á los bárbaros que lo dejasen en libertad, proponiéndoles quedar en su lugar, tanto más cuánto que, siendo este jóven muy delicado y lleno de fatiga, no podian sacar de él utilidad alguna. También les ofreció pagar su rescate; pero todo inútilmente : pues léjos de ceder á sus ofertas, le amenazaron con quitarle la

vida. Entónces Nicolás, postrándose en tierra, rogó á Jesucristo que librase á este pobre cautivo. Apénas hecha su oración, se apoderó el demonio de los tres sarracenos, que unos á otros se mataron. Su muerte dejó en libertad al jóven tirio, que viéndose salvo de tan gran peligro, no quiso volver al siglo, sino hacerse discípulo del que habia alcanzado su libertad con sus oraciones. Vivió á su lado siete años, consagrado á las prácticas de la profesión monástica, y al cabo de este tiempo murió.

Moraban también muchos anacoretas en una montaña muy elevada, llamada Mardes, cerca del Mar Muerto. Al pié de esta montaña habia un huerto de gran extensión, que les suministraba yerbas para su sustento. Hace notar Juan Mosch que estos anacoretas no bajaban por las yerbas, sino que un asno amaestrado iba instintivamente á llamar á la puerta; el hortelano lo cargaba con las legumbres que necesitaban, y el asno las subía sin necesidad de que nadie lo guiase.

El anacoreta Sergio vivió en el desierto de Rubán despues de haber estado algún tiempo en compañía de los ermitaños del monte Sinai. Dios le revelaba frecuentemente cosas ocultas, y de ello Juan Mosch nos ofrece dos ejemplos sensibles. El abad Gregorio, superior de un monasterio del mismo desierto, deseaba celebrar una conferencia con él, y rogó á uno de sus discípulos, llamado tambien Sergio y natural de Armenia, que le procurase este consuelo. Tan luego como Sergio vió á Gregorio, le saludó con gran respeto, y le lavó los pies con grande humildad. Conversaron durante todo el dia de cosas espirituales, y á la mañana siguiente se despidieron. Admirado el discípulo de la distinción con que habia recibido á su maestro, dijo á este: « Padre mio, os confieso que llama mucho mi atención la manera con que habeis recibido al abad Gregorio; pues nunca hicisteis tanto, ni

aún tratándose de obispos, sacerdotes y otras personas de consideración, que vinieron á visitaros. — Hijo mio, le respondió, yo no conozco á ese abad Gregorio de que me hablas: sé sólomente que he recibido á un personaje que lleva los distintivos de patriarca, y que tenía el santo Evangelio en sus manos. » Ésta fué una predicción de este anacoreta, que se realizó seis años más tarde: pues el abad Gregorio fué patriarca de Antioquía.

En otra ocasión se le presentó un jóven, manifestándole deseos de abrazar la vida monástica, y encargó á su discípulo que lo examinase, y lo instruyese en los deberes del estado. Este le habló á solas: le hizo presente que debía meditar mucho las obligaciones que iba á contraer, y le expuso todas las dificultades que tenía que superar: pero viendo que perseveraba en su resolución, y que deseaba verdaderamente santificarse, le presentó al santo abad, exponiendo que no encontraba obstáculo alguno para que se le admitiese á la profesión. Pero Sergio le dijo: « Ten cuidado, porque este jóven no está bautizado: llévale al monasterio de los Eunucos á fin de que reciba este sacramento. » Admirado el discípulo, llamó aparte al jóven, y le preguntó de donde era natural, á lo cual respondió, que venía del Occidente: que sus padres eran paganos, y que no sabía si estaba bautizado. En su consecuencia, le llevó al monasterio de los Eunucos, en donde se le instruyó en los misterios de la fé, se le bautizó en el Jordán, y se le vistió el hábito monástico, que recibió con muchas muestras de gozo y gratitud.

Refiérese también del abad Sergio, que, cuando se hallaba en Sina, le encomendó el superior el cuidado de los muleros del monasterio. Un dia vió un león recostado en el camino: se espantaron los muleros, así como los hombres que le acompañaban, y todos emprendieron la huida. Pero el santo varón, tomó del saco que llevaba



un pan, y acercándose al terrible animal, le dijo: « Recibe la bendición de nuestros padres, y déjanos pasar. » Lo cual hizo sin oponer resistencia alguna.

La laura de Farán estaba también habitada por santos solitarios. Juan Mosch habla en particular de Cosme, de Pablo y de Anajanón. Cosme unía á un profundo conocimiento de la sagradas Escrituras un celo ardiente por la fé católica y una piedad eminente. Tenía costumbre de estar de pié desde el sábado en la tarde hasta la mañana del domingo, recitando el oficio, y leyendo en su celda ó en la iglesia: despues se sentaba y leía el Evangelio hasta la hora de la misa.

Ocurriósele un dia cierta dificultad sobre un pasaje de las sagradas Escrituras, y fué al monasterio de las Torres, para que se la explicase el abad Teófilo. Cuando llegó á las inmediaciones de Calamón, vio bajar de la montaña una serpiente de enorme tamaño, cual nunca se habia visto. No le quedó duda de que era el demonio que intentaba de esta manera hacerle desistir de su viaje. Pero lejos de acobardarse, siguió las huellas del animal, y llegó hasta la morada de Teófilo, quién le dió la interpretación del pasaje bíblico que deseaba saber.

El abad Basilio, sacerdote del monasterio de los Bizantinos, vivió durante diez años en la laura de Farán, y refiere de Cosme, que habiendo ido á verle para conferenciar acerca de cosas espirituales, le citó un pasaje de san Atanasio, y que á propósito de este insigne doctor, le dijo: « Cuando halleis algún tratado de este Santo, si no teneis papel, escribidlo en vuestro hábito, y no dejeis pasar la ocasión de tener una copia. Murió Cosme durante un viaje que hizo á Antioquía, y fué sepultado en el monasterio del patriarca Gregorio. Un paralítico que oraba sobre su tumba, alcanzó la curación.

Pablo vivió cincuenta años en la laura de Farán, susten-

tándose únicamente con pan que recibía de la caridad de la Iglesia. Casi nunca hablaba. Se distinguió por su sobriedad y dulzura, y sobre todo por el extraordinario espíritu de compunción, que se revelaba en las lágrimas que continuamente caían de sus ojos.

Anajanón era natural de Ancira en Galacia. Se hizo solitario en la laura de Farán, en donde practicaba una abstinencia tan rigurosa, que durante cuatro días no tomaba otro alimento que un panecillo con el peso de los que se emplean para el santo sacrificio. Muchas veces extendía su ayuno á una semana entera. En los últimos días de su vida sufrió tan agudos dolores en las entrañas, que tuvieron que llevarle á la enfermería de Jerusalem, en donde le cuidaba el mismo patriarca. El abad Conón, que era entonces superior del monasterio de san Sabas, le envió seis escudos, para se que le comprasen algunas provisiones; pero los devolvió diciendo, que no le quedaban más que dos días de vida. Así fué efectivamente. Se sepultó su cadaver en la laura de Farán.

El abad Ménas era en tiempo de Juan Mosch, superior del monasterio de Severiano. En los consejos que daba á sus religiosos, recomendaba, en particular á los jóvenes, que huyesen del comercio con el mundo, que les era muy perjudicial. Decía á todos en general que la práctica de la penitencia era absolutamente necesaria, pues los jóvenes la necesitaban para domar sus pasiones, y los ancianos debían ejercitarse en ella por el hábito que debían haber adquirido. Decía que conoció á un solitario que durante cerca de sesenta años vivió á las orillas del Mar Muerto, sin cuidarse del rigor de las estaciones y sin comer más que yerbas silvestres.

El monasterio de Jeropotamo ó de san Sergio, cerca de Belen, estaba gobernado por el piadosísimo abad Eugenio, que fué más tarde obispo de Hermópolis en Egipto. Re-

fería á Juan Mosch y á Sofronio, que un solitario, llamado Alejandro de Cilicia, despues de vivir hasta la vejez en una de las grutas inmediatas al Jordán, se retiró á su monasterio, en donde fué recibido con suma caridad. Allí cayó enfermo; y diez dias ántes de su muerte permitió Dios, que fuese tentado por el demonio, que le atormentó cruelmente en su cuerpo. Pero sufrió esta aflixióu con grande paciencia, y para confundir el orgullo del maligno espíritu, le echó en cara, que venía á atacarle en la enfermedad de la vejez, siendo así que no se había atrevido á hacerlo en su juventud, y cuando, sostenido por la gracia de Jesucristo, servía á Dios en el desierto.

Habia á veinte millas de Jerusalem un anacoreta, llamado Juan, que profesaba una devocióu tiernísima á la Santísima Virgen, y á los santos Mártires. Para satisfacerla, tenía en su celda una imágen que representaba á esta divina Madre llevando en sus brazos al Niño Jesus. Y como su piedad le movía á hacer de tiempo en tiempo peregrinaciones, unas veces á Jerusalem para adorar la santa Cruz, y otras al monte Sinai ó á otros parajes para honrar las reliquias de los santos Mártires, ántes de emprender su viaje, encendia un cirio ante esta imágen, y le decía: Tened cuidado de este cirio, gloriosísima Señora, y haced que no se apague hasta que yo vuelva. Le pedía despues que hiciese un viaje feliz, y partía con una entera confianza en su proteccióu. A su regreso encontraba el cirio encendido, aunque hubiese estado ausente dos ó tres meses.

Decíase de él, y esto demuestra que caminaba bajo los auspicios de la santísima Virgen, que, al pasar un dia por un camino muy estrecho, salió á su encuentro un león, de modo que era preciso que uno ú otro retrocediese. El, sin embargo, no suspendió su camino; pero el animal, al verle venir, se encogió para dejarle paso libre.

Vino á visitarle un solitario, y no encontrando nada en su caverna, le dijo : ¿ Como podeis vivir aquí, padre mio, sin tener ninguna de las cosas necesarias para la vida ? Hijo mio, le contestó, esta gruta es un comercio espiritual que dá de un lado, y recibe de otro.

El monasterio de Constantino estaba cerca de Jericó, y se llamaba así, porque fué edificado por un religioso de este nombre, que tuvo por sucesores á Eudoxio, á Abraham y á Sergio. Se dió también á este monasterio ó á su iglesia el título de Santa María la Nueva. Nada de particular se sabe acerca de Eudoxio y de Sergio ; pero Abraham fué muy célebre. Edificó un monasterio en territorio de Jerusalem y cerca del monte de las Olivas, que se llamó monasterio de Abraham ó de los Bizantinos. Fué más tarde arzobispo de Éfeso, en cuya dignidad se distinguió por su dulzura. Fundó despues otro monasterio en Constantinopla, llamado de los Abrahamitas. Juan Mosch habla de él con motivo de una historia muy extraordinaria. Dice, que habia en el monasterio de san Teodosio dos religiosos tan estrechamente unidos, que prometieron recíprocamente no separarse, y eran tan exactos en el cumplimiento de sus deberes que edificaban á los demás religiosos. Pero uno de ellos tuvo la desgracia de relajarse, y empezando por la tibieza, llegó á hastiarse de su estado, y dijo al otro que iba á volver al mundo.

Afligido éste de ver á su compañero en tan malas disposiciones, no quiso abandonarle, no para imitar su conducta, sino para ser consecuente á la promesa que le había hecho de no separarse de él, y con intención de atraerle á su primitivo estado. Sin embargo, el primero se entregó á sus desórdenes, y por más que el otro le hacía reflexiones sobre el lastimoso estado de su alma, no las escuchaba, y le respondía que le dejase seguir sus pasiones. No se desanimó por ello el caritativo amigo ; ántes por el contrario, á las

exhortaciones unía las oraciones, ayunos y lágrimas que ofrecía á Dios por su conversión.

En aquel tiempo el abad Abraham hizo construir su monasterio de los Bizantinos, en donde ambos estuvieron trabajando como simples operarios; pero el libertino iba de cuando en cuando á la ciudad para entregarse á su vida licenciosa; miéntros el otro, por el contrario, á la vez que trabajaba mucho, ayunaba rigurosamente y guardaba profundo silencio, que no interrumpía sino para cantar los salmos. Los demás obreros nunca le veían comer, por más era muy asiduo en el trabajo, y edificados de su silencio, lo pusieron en conocimiento del abad Abraham, quién lo llamó á su celda para preguntarle cuales eran su naturaleza y profesión.

Le confesó todo lo que acabamos de exponer, y que sólamete por salvar el alma de su compañero se había condenado á tan rudo trabajo, esperando que Dios se aplacarí con su humillación y penitencia, y le concedería la conversión de este pecador. El grande Abraham, como le califica Juan Mosch, le dijo entónces con gran espíritu de fé y de confianza en Dios: « El Señor os ha dado el alma de vuestro hermano. » Y efectivamente, no tardó en ver realizada esta promesa, pues al salir de la celda del santo abad, vió venir á su compañero, que lleno de margura y arrepentimiento, le decía en alta voz: « Hermano mio, llévame al desierto, para que se salve mi alma. » En su consecuencia, partieron ambos á encerrarse en una de las cavernas inmediatas al Jordán para emprender una vida de penitencia.

Allí, este pecador sinceramente convertido, y ofreciendo continuamente á Dios los sentimientos de un corazón contrito y humillado, se elevó desde lo profundo del abismo á que cayera, á la cumbre de la virtud, y murió al poco tiempo en el ósculo del Señor. Su caritativo compañero, despues de darle cristiana sepultura, continuó observando

una vida santa en aquella misma gruta. Algún tiempo despues vino á visitarle un anciano del monasterio de Calamón, y le preguntó cuanto creía haber ganado en la presencia de Dios por haber abrazado la vida solitaria, y practicado sus ejercicios con tanta fidelidad. Le dijo que volviese al cabo de diez dias, y que entónces le daría la respuesta. Volvió efectivamente el anciano al tiempo que se le había señalado; pero le encontró muerto, y vió que en un ladrillo habia escrito estas hermosas palabras: « Perdonadme, padre mio: para responder á la pregunta que me habeis hecho, os diré sólamente, que en mis ejercicios no he procurado otra cosa que tener mi espíritu desprendido de las cosas de la tierra, y no permitir que jamás se pegue á ellas.

El solitario Zaqueo brilló por sus virtudes en las cercanías de Jerusalem. En su tiempo fué afligida por la peste la ciudad de Cesarea en Palestina. Un ilustre personaje, llamado Procopio se hallaba muy afligido, por haber sido atacadas de la enfermedad dos de sus hijas. En semejante aflixión determinó ir á tomar consejo de este santo religioso, y habiéndole encontrado orando en un rincón de la iglesia de nuestra Señora, le manifestó la causa de su amargura. Zaqueo nada le respondió por el pronto, sino que se volvió hacia el oriente, y elevando sus ojos al cielo, oró durante dos horas, al cabo de las cuales dijo á Procopio: « No os aflijais: tened confianza en Dios: vuestras hijas no morirán de esta enfermedad, que cesará dentro de dos dias.» Así sucedió efectivamente. Dios hizo conocer al mismo tiempo, que la curación se debía á sus oraciones, pues el abad Cipriano, llamado también Cuculas, que gobernaba un monasterio situado en las inmediaciones de Cesarea, y que padecía de la enfermedad reinante, suplicó al Señor con muchas instancias que librase á la ciudad de este terrible azote, y oyó una voz del cielo que le dijo: « He concedido esta gracia á Zaqueo. »

El abad Atanasio florecía en tiempo de Juán Mosch en

el monasterio de san Sabas, y decía á sus religiosos : « Nuestros padres han vivido en la pobreza, en el desprendimiento y en la mortificación de los sentidos ; mientras que nosotros buscamos la sensualidad y los bienes de este mundo. Nuestros padres despreciaban las cosas de la tierra, y no pensaban más que en las espirituales ; y nosotros no nos preocupamos más que de la cocina y del trabajo manual. » Dios le dió á conocer en una visión como serán tratados los religiosos fervorosos y los negligentes en la otra vida. Se le presentó en medio de su éxtasis un personaje que le invitó á seguirle, y le llevó á un lugar iluminado con brillante claridad, y desde donde se oía un considerable número de voces celestiales que alababan al Señor. Llamó á la puerta para entrar, pero se le respondió : « Los negligentes y perezosos no entran en este lugar. Id, pues, á combatir : no hagais caso de las vanidades del siglo, y entónces se os admitirá en este lugar. » Si este Atanasio es el mismo que gobernó el monasterio ó la iglesia llamada *Neas* ó la *Nueva*, debía ser superior de la nueva laura edificada por san Sabas, y no de la llamada gran laura : pues es de creer que la iglesia de *Neas* no fué otra que la de la nueva laura edificada por san Sabas. Existe una carta de san Gregorio Magno dirigida á este Atanasio, abad de Neas, en que, entre otros excelentes avisos, le dice estas hermosas palabras, que han merecido ser inscritas en el derecho canónico : « *No es por los lugares, ni por la dignidad de las profesiones y empleos, sino por los méritos de las buenas obras, por lo que se aproximan los hombres á su Criador.* »

Hay además en el *Prado espiritual* de Juan Mosch otros pasajes históricos muy edificantes, y que demuestran que la observancia regular se conservaba en su tiempo en un gran número de monasterios de la Palestina, y que había en esta provincia cenobitas y anacoretas de una grande santidad, á los que Dios favorecía con gracias extraordi-

narias. Puede aplicarse aquí lo que dice Fleury de los monasterios de Egipto, que visitó también Juan Mosch en sus viajes. « La vida monástica se conservaba entonces con el mismo fervor que en tiempo de Casiano, doscientos años ántes. »

---

## JUAN MOSCH Y SAN SOFRONIO, SU DISCIPULO

Juan Mosch y su discípulo san Sofronio estuvieron tan estrechamente unidos, que no es posible separarlos en esta historia, y aún cuando sobrevivió más de dieciseis años, y pasó del estado monástico á la silla de Jerusalem, que gobernó hasta la ocupación de la ciudad santa por el califa Omar, les seguiremos en los viajes que emprendieron para su edificación y en los trabajos que sostuvieron por la pureza de la fé.

Hemos dicho en otro lugar que Juan Mosch fué religioso del monasterio de san Teodosio en Palestina, y que emprendió dos viajes á Egipto, el uno hacia el año 580, por orden de Gregorio, su abad, para asuntos de su monasterio, y el otro en el año 605 en compañía de Sofronio. Éste era natural de Damasco, y habia estudiado con tanto aprovechamiento las letras humanas, que se le daba el título de sofista, que entonces era muy honorífico, y expresaba una idea muy distinta de la que hoy se le dá. Su virtud le hizo más recomendable aún que su ciencia. Pero más deseoso de crecer en la piedad, que de aumentar la reputación que le habia granjeado su ciencia, pasó á la Palestina para visitar las lauras y monasterios, y aprender al lado de los solitarios la práctica de las virtudes en que se ejercitaban con







*Jmp. Ch. Chaix et Paris*

*Grav. Juvet*

*Jean Mosch & St. Sofrone*

*Juan Mosch y San Sofronio*



tanto celo y edificación. Vió á un gran número de ellos, cuyo fervor no pudo ménos de admirar ; pero con ninguno se unió tan estrechamente como con Juán Mosch.

No se sabe positivamente en que paraje, ni en que tiempo le conoció. Los griegos dicen que fué en Alejandría ; pero otros pretenden que se habian visto ya en el monasterio de san Teodosio en tiempo del abad Gregorio, Sofronio estuvo, por lo tanto, muchos años sin profesar la vida religiosa, contentándose con aprender de los solitarios las prácticas religiosas, y despues de haber estado en Egipto, es cuando dejó enteramente el mundo para abrazarla.

Habiendo vuelto Juán Mosch á la Palestina despues de su primer viaje, permaneció diez años en la laura de los Eliotas, de que hablaremos en el capítulo siguiente, pasando despues con Sofronio á la nueva laura de san Sabas. Desde este tiempo Sofronio, aunque en hábito secular, quiso acompañarle en todos sus viajes, guardándole las consideraciones de padre espiritual y maestro.

El temor de las correrías que hacían los persas, les obligó á dejar la laura de san Sabas, para pasar á la Siria. Se retiraron primeramente á un lado de Antioquía, de aquí pasaron á las orillas del Oronte, en Seleucia, en que vieron al abad Teodosio, obispo á la sazón de esta ciudad. Visitaron también el monasterio de san Teodosio de la Roca, entre Seleucia y Rosa de Cilicia : vinieron despues á la Palestina, desde donde pasaron, sin detenerse, al monte Sinai y al Raitha, y por último, á Egipto, deteniéndose en Alejandría. En estas soledades tuvieron la dicha de trarar con un gran número de santos solitarios, de los cuales refiere Juán Mosch cosas maravillosas en su obra titulada *Prado espiritual*. De ella hemos hablado al tratar del estado de los monasterios de Egipto en tiempo de este autor.

Pero durante su escursión á Egipto, tuvieron ocupa-

ciones más interesantes para el bien de los fieles, que la de edificarse á sí mismos, recorriendo las celdas de los religiosos de estas soledades. San Juan el Limosnero, tan célebre en la historia monástica por la especial predilección que profesaba á los religiosos, habia sido elevado á la silla de Alejandría, hacia pocos años, y trabajaba con todas sus fuerzas por purgar el pais de la herejía de los acéfalos y jacobitas, que, á pesar de los cuidados y desvelos de san Eulogio y de otros prelados ortodoxos, se habia propagado y echado profundas raices. Entre los ministros que empleó para que secundasen su celo en esta importante y difícil empresa, no fueron los últimos Juan Mosch y san Sofronio, cuya piedad y sólida doctrina conocía muy bien. Juan era ya sacerdote, y san Sofronio abrazó entónces el estado religioso, y entró casi al mismo tiempo en la clericatura. Se consagraron á trabajar bajo las órdenes de este santo patriarca, y Dios difundió tantas bendiciones sobre sus expediciones evangélicas, que atraieron á la comunión de la Iglesia á muchas aldeas y monasterios.

Serviciós tan importantes dieron á conocer más y más su mérito, y les hicieron más apreciables al patriarca, que los admitió en el número de sus oficiales y ministros de su Iglesia. Quiso también que habitasen en su casa, y que perteneciesen á su consejo episcopal, aprovechándose de sus consejos y trabajos, tanto para los negocios de su diócesis como para el servicio de los pobres.

En aquel tiempo los persas, conducidos por su rey Cosroas, se hicieron dueños de la Palestina, y amenazaron el Egipto, sembrando el terror en estas regiones. Juan Mosch y Sofronio tuvieron entónces que pensar en su seguridad, y en vista de la muerte de Juan el Limosnero, acaecida poco antes, resolvieron satisfacer su deseo de pasar á Italia y observar el estado de la disciplina en los monasterios de Occidente.

Ya en camino, llegaron á las islas de Chipre y de Samos. En la primera visitaron el monasterio de Polixencio, en Dade, puerto de esta isla, en que vieron á un religioso llamado Isidoro, que suspiraba y lloraba incesantemente. Quisieron entrar en conversaci3n con 6l, y le rogaron que contuviese sus lagrimas por algunos momentos, á lo cual respondi3 : « No pidais esto del pecador m3s grande que ha habido sobre la tierra. » Le dijeron para consolarle, que s3lo Dios es impecable, á lo cual a1adi3 : « Es verdad, hermanos mios ; pero yo no he conocido un pecado tan grande como el mio, ni un cr3men que pueda igualar al cometido por m3, de lo cual os convencereis, cuando yo os lo declare, para que con vuestras oraciones me ayudeis á implorar el perd3n.

« Cuando me hallaba en el mundo, mi mujer y yo, pues « era casado, seguiamos el error del impio Severo, 3 de « los ac3falos. Viniendo un dia á mi casa, y no encon- « trando en ella á mi mujer, me dijeron que habia ido en « busca de una vecina, que era cat3lica, para comulgar « con ella. Corri al punto para impedirlo, y habiéndolas « encontrado comulgando, cog3 á mi mujer por el cuello, « obligándola á que arrojase la sagrada Forma, que eché « al muladar ; pero ap3nas caida en este lugar inmundo, « apareci3 rodeada de esplendente claridad. Dos dias des- « pues un hombre negro cual un etiope y medio desnudo, « se me apareci3 diciéndome : « Ambos somos condenados « al mismo suplicio. » — Le pregunté qui3n era, y me res- « pondi3 : « Yo soy el que abofeteé á Jesucristo, Creador « del mundo, en la noche de su pasi3n. » — Considerad, « hermanos mios, si tengo motivo para llorar incesante- « mente ».

En Samos visitaron al abad Isidoro, superior del monasterio de Carigena, qui3n les refiri3 el milagro que Dios habia hecho en una aldea inmediata, para patentizar la

inocencia de un sacerdote acusado falsamente. Siendo muy jóven este sacerdote habia sido obligado por sus padres á contraer matrimonio ; pero llevado de su amor á la continencia, persuadió á su mujer á que viviesen como hermanos. En su consecuencia, fué calumniado ante su obispo, que mandó encarcelarle. Pero un ángel le sacó de la prisión, lo cual hizo que el obispo reconociese su inocencia.

En la misma isla, una señora muy respetable y caritativa, llamada María, y esposa de un caballero llamado Pablo, le refirió el hecho que vamos á narrar por ser muy edificante, por más que no se relacione con la vida monástica. Decíale esta señora, que, hallándose en la ciudad de Nisibe, vivía en ella una mujer, cuyo marido era pagano, y que no tenían más que cincuenta monedas de plata. Propúsole el marido poner á réditos esta cantidad, con objeto de que les produjese algún interés. Pero la mujer, llena de una fé viva y de una confianza ciega en Jesucristo, le respondió : « Démoslas más bién al Dios de los cristianos, nada perderemos en ello ; ántes por el contrario, nos pagará crecido interés, y duplicará el capital. » En su virtud llevó á su marido á uno de los cinco pórticos de la Iglesia, y distribuyó el dinero entre los pobres.

Hallándose tres meses despues muy necesitados, se quejaba el pagano á su mujer de que el Dios de los cristianos no acudia á su necesidad. Ella le respondió que nada temiese, sino que fuera al lugar en que habia distribuido las cincuenta monedas, y recogería su interés. Fué efectivamente, y encontró en la tierra una de las monedas, con la que se procuraron algunas provisiones. Entre éstas, compró un pez, y al abrirlo su esposa, encontró en sus entrañas un hermosísimo diamante, el cual vendieron en trescientos escudos. Ebrio de gozo, el pagano vino á entregar á su mujer esta cantidad, y ésta, no cesando de admirar la bondad paternal de Dios, le dijo : « ¿ Ves quién es el Dios de los

cristianos? ¡ Cuán bueno es ! ¡ cuán dadivoso, y cuán reconocido á todo lo que por su amor se hace ! Le has prestado cincuenta escudos, y te ha dado seis veces más. Reconoce, pues, que es el único y verdadero Dios. » Instruido este hombre con este milagro, renunció el culto de los ídolos, y abrazó el cristianismo.

Juán Mosch y san Sofronio llegaron, por último, á Roma, y éste fué el último viage de Juán, pues murió tres años más tarde, es decir, en el año 620. Los discípulos que le acompañaron fueron doce, sin incluir á san Sofronio. Durante estos tres años compuso su *Prado espiritual*, que dedicó á san Sofronio, como su principal discípulo, y su inseparable compañero en sus piadosas escursiones. Hallándose próximo á la muerte, y teniendo congregados á sus discípulos, les suplicó que llevasen su cuerpo al monte Sinai, para ser enterrado con los Santos que en el descansaban, y en el caso de que no estuviesen libres los caminos á consecuencia de las incursiones de los bárbaros, les encargó que le enterrasen en el monasterio de san Teodosio. Así lo ejecutaron, pasando al oriente : pues los sarracenos que hacían sus correrías por los confines de la Palestina, no les permitían llevar su cuerpo al Sinai. Le colocaron en el monasterio de san Teodosio, despues de haber obtenido permiso de Jorje, que era su superior, ó tal vez abad en sustitución del abad Modesto, que, en ausencia del patriarca Zacarías, se hallaba encargado de la administración de la iglesia de Jerusalem.

Sigamos, pues, á Sofronio, que quedó solo despues de la muerte de Juán Mosch. Parece que no tardó mucho en volver á Egipto, á donde le llamaba la Providencia para detener los progresos de la naciente herejía de los monotelitas, que empezaba á formarse bajo la protección del patriarca Ciro, sucesor de Jorge, que gobernó la iglesia de Alejandria despues de san Juán el Limosnero.



Comenzó, pues, á desenmascarar esta herejía, que se encubrió con el especioso pretexto de unir los espíritus divididos, y que, no admitiendo más que una operación y una voluntad en Jesucristo, echaba por tierra las decisiones del concilio de Calcedonia. La combatió poderosamente de palabra y por escrito, y puede decirse que no tuvieron en este tiempo los monotelitas un adversario tan formidable.

Cuando el emperador Heraclio hizo las paces con los persas, volvió á la Palestina, y á la vez que el patriarca Zacarías asentaba nuevamente en su silla, Sofronio entró en el monasterio de san Teodosio. Pero habiendo vivido Zacarías poco tiempo despues de su restablecimiento, y habiendo muerto á los tres meses, el abad Modesto, que le sucedió, fué escogido para ocupar esta silla.

Como había trabajado con mucho éxito bajo los dos pontificados anteriores para restablecer en esta desolada iglesia la disciplina eclesiástica, tanto en lo relativo á la antigua liturgia y al servicio divino, como en la reforma de las costumbres, continuó con el mismo celo, cuando fué revestido de la autoridad episcopal. Sus trabajos para purgar su diócesis de los vicios y errores, respondieron á su infatigable celo.

No detallaremos todo lo que hizo contra el nuevo error de que hemos hablado, y que desgraciadamente había encontrado muchos defensores tanto en Constantinopla como en Alejandría ; pues esto no pertenece á la historia monástica, sino á la de la Iglesia en general. Baste decir en su elogio, que en el año 634 reunió un concilio de los obispos de su provincia, cuyas actas remitió al Papa y á Sergio de Constantinopla, con una carta sinodal, que contenía la refutación de los errores de los monotelitas ; que coleccionó en dos libros seiscientos pasajes de los santos Padres, para confundirlos y atraerlos á la verdad, y que, viendo, por último,

que el mal se agravaba, envió á Roma á Estéban, obispo de Dora, y el primero de sus sufragáneos, para defender ante el mismo Sumo Pontífice la causa de la verdad, y comunicarle los artificios de que se valían los herejes.

Antes que partiese Estéban, lo llevó al Calvario, y aprovechándose de la impresión que este lugar tan respetable, en que Jesucristo derramó toda su sangre, debía producir en su corazón, le hizo la siguiente conjuración : « Dareis cuenta al que ha sido crucificado en este santo lugar, cuando venga á juzgar á los vivos y á los muertos, si no defendeis la fé en el peligro en que se encuentra. Haced, por lo tanto, lo mismo que yo no puedo hacer personalmente á causa de las incursiones de los sarracenos. Id cuanto ántes desde este extremo de la tierra á presentaros á la silla apostólica, en que está el fundamento de la sana doctrina : dad á conocer á los santos personajes que la rodean todo cuanto aquí sucede, y no dejéis de rogarles que examinen la nueva doctrina, y la condenen canónicamente. »

Estéban llegó felizmente á Roma, á pesar de los obstáculos que le suscitaron los monotelitas. Encontró que había muerto el Papa Honorio ; pero prosiguió el negocio con la misma perseverancia con sus sucesores, hasta que consiguió que fueran condenados estos herejes por el Papa san Martino en el concilio de Letrán, celebrado en el año de 649 <sup>1</sup>.

San Sofronio no tuvo el consuelo de verle : pues cerca de diez años ántes fué á recibir en el cielo la recompensa de sus trabajos y de sus virtudes. En otro capítulo expon-dremos las circunstancias de su muerte.

<sup>1</sup> Los monotelitas fueron condenados nuevamente en el sexto Concilio ecuménico de Constantinopla, en los años 680 y 681. Pretendían estos herejes, que no había en Jesucristo mas que una sola operación. Esta herejía fué consecuencia del nestorianismo y del eutiquismo.

---

## SANTA ANASTASIA, PATRICIA

Hubo dos Anastasias que vivieron en una misma época, y ocupaban un rango muy distinguido en la corte del emperador Justiniano : una que casó con el patricio Pompeyo, pariente del emperador, de la cual hemos hablado en la vida de san Sabas, y que despues de la muerte de su esposo, abandonó el mundo, y se retiró al monte de las Olivas, en donde llevó una vida santa, como puede verse en los anales del cardenal Baronio. La otra de que vamos á hablar ahora, y que se conoce con el nombre de Patricia, título honorífico que se le ha conservado para distinguirla de la otra del mismo nombre, y que demuestra que era de muy elevada condición. Su belleza, su virtud y su excelente espíritu, juntamente con su esclarecido nacimiento le atraían el respeto y la consideración de todo el mundo. El emperador la distinguía también mucho, y esto fué precisamente lo que suscitó contra ella la persecución de la emperatriz Teodora, y lo que dió ocasión á su retiro del mundo y á su santificación.

Teodora, que había pasado del teatro al trono, conservó los defectos de su primera condición en el sublime rango á que había sido elevada <sup>1</sup>. Sin hablar de los errores que protegía, y de los males que causó á la Iglesia, era muy celosa, y así es que no pudo ver que el mérito de Anastasia fuese reconocido y aplaudido por el emperador, sin lle-

<sup>1</sup> Justiniano casó con Teodora antes de ser llamado al imperio.





Imp. de Charleville sur Paris

Gravé par J. B. Huet

*S<sup>te</sup> Anastasie.*

*Santa Anastasia.*



narse de envidia, y concebir un odio implacable contra ella.

Llegó á conocimiento de Anastasia, y se le aconsejó que conjurase la tempestad, retirándose durante algún tiempo de la corte ; pero más prudente y generosa que lo que se le aconsejaba, y reconociendo con las luces de la fé la vanidad de las grandezas humanas, se decía á sí misma : « Anastasia, salva tu alma ; demuestra que son injustos los « ceios de la emperatriz, y procura ser princesa del cielo. »

Liquidó, pues, todo su capital, y pasó á Egipto, en donde edificó un monasterio de mujeres, á unas dos leguas de Alejandría, y se consagró enteramente á trabajar por su salvación. Este monasterio se llamó despues de la Patricia. Vivió en esta santa casa hasta la muerte de la emperatriz Teodora. El príncipe que habia profesado siempre una estimación particular á su virtud y á su mérito, ordenó que se la buscasse para que volviese á Constantino-  
pola, y ocupase en la corte el rango que le correspondía. Llegó á conocimiento de Anastasia esta resolución, y se afligió en extremo, pues habiendo gustado en la soledad las dulzuras de la virtud, se le representaba la corte como morada de inquietudes y teatro de todas las pasiones.

El temor de ser reconocida y de que se le obligase á volver á ella, la hizo alejarse de su monasterio y buscar en el fondo del desierto un asilo más seguro. A favor, pues, de las tinieblas de la noche, se dirigió á la soledad de Esceté, en busca del abad Daniel, y despues de postrarse á sus pies, le expuso las razones que la habían movido á retirarse de Constantinopla, y las gracias con que Dios la había favorecido en su monasterio, suplicándole que le aconsejase lo que debiera hacer para asegurar mejor su salvación. El abad Daniel le dió un hábito de monje, y la encerró en una caverna situada á conveniente distancia de su monasterio, prescribiéndole las reglas que debía obser-

var. Entre otras, le prohibió severamente que saliese de su celda, y la entrada de cualquiera persona en ella. Encargó al mismo tiempo á uno de sus discípulos que le llevase todas las semanas un cántaro de agua, y que se retirase inmediatamente sin decir una sola palabra.

Allí pasó Anastasia veintiocho años consagrados al ayuno y á una oración casi continua, siendo de presumir que tuviese que sostener duros combates con los enemigos invisibles. Alcanzó sobre ellos grandes victorias, y Dios, siempre bondadoso con las almas que le son fieles, recompensó sus trabajos con gracias particulares, y entre otras muy señaladas, la de darle á conocer la hora de su muerte. En su consecuencia, dió aviso al abad Daniel, á quien Dios se lo habia también revelado. Vino éste á la celda de la Santa acompañado de su discípulo, le administró el santo Viático, y recibió su último suspiro. Su misma celda le sirvió de sepultura, y el abad Daniel refirió á su discípulo y á otros padres del desierto su historia, para que conociesen las maravillosas operaciones de la gracia divina sobre las almas, y animarles á glorificar á Dios y á aprovecharse de sus celestiales dones.

Ya hemos hecho mención de otras santas, que ocultaron su sexo, tomando hábito de monjes. Hay otros muchos ejemplos entre los orientales; pero estas acciones deben considerarse como sobrenaturales é inspiradas por un movimiento extraordinario del Espíritu Santo. Esta conducta, por admirable que sea, no debe proponerse como modelo, ni es permitida ordinariamente, y se halla condenada por algunos concilios.



---

## SAN ANASTASIO EL SINAITA Y SU DOCTRINA ESPIRITUAL

Hubo en los siglos sexto y séptimo tres célebres personajes, que llevaron el nombre de Anastasio. El primero fué patriarca de Antioquía en 561, y murió en 598 ó 599. El segundo, llamado el Joven, le sucedió, y fué asesinado por los judíos en 609 ó 610, en una sedición, que excitaron contra los cristianos. El tercero es el Santo de que aquí hablamos, que no fué obispo, sino sacerdote y monje del monte Sinai, de donde le viene el sobrenombre de Sinaita.

Se ignora si nació en Siria ó en Palestina; pero no puede negarse que recibió una educación muy esmerada, pues además de los primeros elementos de la doctrina cristiana, se le enseñó á adorar con profundo respeto á nuestro Señor Jesucristo, como á Dios todopoderoso, Criador del universo y esplendor del Padre celestial. Cuando leía ú oía leer el santo Evangelio, lo hacía con la misma fé y atención que si oyese la voz del divino Maestro. Recibíale sacramentado con los mismos sentimientos de amor y de veneración que si lo tuviese en sus brazos, y contemplaba sus imágenes, cual si lo tuviese presente.

Estas buenas disposiciones le movieron á abrazar la vida religiosa, y para consagrarse con más libertad y perfección al servicio de Jesucristo, entró en un monasterio, en el cual cumplió tan fielmente los deberes de la vida cenobítica, que en poco tiempo hizo maravillosos progresos en la piedad. Llevado de su fervor, visitó los sagrados

lugares de Jerusalem, lo que prueba que su monasterio se hallaba distante de esta ciudad. Deseoso de hacer una vida más austera que la que hasta entónces había practicado, aunque lo era mucho, pasó á los solitarios del monte Sinai, cuyas virtudes arrebataron su corazón, y le aficionaron á la soledad.

Se aplicó principalmente á una obediencia ciega y á servir á todos sus hermanos, lo que hacía con tanta humildad, que los religiosos atribuyeron á estas santas prácticas los maravillosos dones de ciencia y de sabiduría con que Dios le enriqueció tan abundantemente, y que fueron para los demás un manantial de instrucción y de edificación.

En efecto, el espíritu de Dios que residía en él, y que le destinaba á confirmar á sus hermanos en la fé, en un tiempo en que las iglesias de Oriente se hallaban turbadas por la heregía, no le dejó ocioso. Anastasio, por sus consejos particulares, por sus vivas exhortaciones, por sus públicas discusiones y por sus escritos, llegó á ser el azote del error, la antorcha de la verdad, el apoyo de los ortodoxos y el consuelo de la afligida Iglesia.

El sagrado carácter de sacerdote, de que se hallaba investido, le dió más autoridad y crédito, para defenderla contra los acéfalos, herejes procedentes de los eutiquianos, y divididos en diferentes sectas, que se habían extendido por la Palestina, la Siria, la Arabia y el Egipto, en donde causaban grandes desórdenes y pervertían a muchas almas. Para combatirlos, verificó varios viajes á estas provincias, y sobre todo á Alejandría, á donde fué llamado por el patriarca Eulogio.

Como tenia un profundo conocimiento de las sagradas Escrituras y de las obras de los santos Padres, y no ignoraba tampoco los artificios de los herejes, los atacaba siempre con grandes ventajas, y ninguno podía resistir á la

fuerza de su celo y de sus razonamientos. La primera regla que observaba, y que recomendaba muy encarecidamente á todos los que quisieren disputar victoriosamente con los enemigos de la fé, era conservarse siempre en una vida pura é inocente, para que sus corazones sirviesen de morada al Espíritu Santo, y fuesen ilustradas sus inteligencias con sus celestiales luces. Cuando entraba en disputa con ellos, explicaba con definiciones claras y distintas el sentido de los términos que se empleaban, con el fin de evitar todo equívoco, y les concedía todo aquello que no afectaba á la fé, para fijar con toda precisión el punto de la controversia, y para que no eludiesen la fuerza de sus razonamientos con sutilezas y subterfugios, como hacen de ordinario, cuando no pueden rebatirlos. Procuraba que no se saliesen del asunto que se cuestionaba, y no permitía que pasasen á otros, hasta que aquel estuviese suficientemente dilucidado. Les exigía ordinariamente confesiones sobre los puntos de doctrina, las cuales no podían rehusarle sin manifestar la impiedad de sus dogmas: les obligaba á suscribir estas confesiones, y de ellas partía, hasta hacerles caer con su habilidad en manifiestas contradicciones: confirmaba despues sus asertos con pasajes de la sagrada Escritura y de los santos Padres, consiguiendo de esta manera derrotar á sus adversarios y reducirles á silencio.

Este método lo explica extensamente en un libro que compuso sobre la manera de disputar con los herejes, y que lleva por título *Hodegos* ó Guía, en el cual hace constar el buén resultado que él mismo sacó de él. Celebró con ellos muchas conferencias en Alejandría, tanto en particular como en público, en presencia del patriarca, de todo el clero y de personas muy distinguidas. Los acéfalos, los severianos y los teodosianos, que formaban otras tantas ramas de la herejía de Eutiques, pero divididos entre sí en

diferentes puntos de doctrina, se reunieron contra él, y le opusieron los más sabios y hábiles para la controversia, entre otros á un tal Gregorio y á un monje llamado Juan Ziga, á quienes consideraban como á sus Aquiles; pero á ambos los confundió con tanta fuerza de razonamiento, que, indignado el pueblo con los errores con que pretendían seducirle, los llenó de injurias y hasta quería apedrearlos.

Nos enseña á este propósito una anécdota de los eutiquianos, que debió cubrirles de vergüenza, y llenó de indignación á todas las personas sensatas.

Después de la muerte del patriarca san Eulogio, vino un prefecto que pertenecía á la secta de los severianos, el cual llevó y dió albergue en su misma casa á catorce escribientes ó copistas, de los más hábiles que pudo encontrar, para que falsificasen los escritos de los santos Padres, y principalmente los de san Cirilo. De modo que, habiendo querido el Santo servirse de uno de estos manuscritos para refutar á los herejes, tuvo el sentimiento de ver que estaba adulterado. Pero bien pronto fué descubierta la impostura, confrontándolo con el ejemplar que se conservaba en la casa del patriarca, y que no había podido ser corrompido, como los demás, por los herejes. Lo exhibió Isidoro, prefecto de la biblioteca, y entónces pudieron conocerse los verdaderos sentimientos de san Cirilo, que pretendían los herejes serles favorable á los ojos del pueblo, merced á las variantes introducidas por ellos en sus escritos.

De este hecho se deduce cuán grande es la malicia de los herejes, y cuán voluntaria y deplorable es su obcecación. Pues ¿qué es lo que pretenden alterando el texto de los santos Padres? Si estos santos doctores habían pensado realmente como ellos, ¿para qué tocar á sus escritos? Bastaba con que los exhibiesen tal como los dieron á luz. Pero si pensaban de distinto modo que ellos, entónces las

variaciones que han introducido maliciosamente en sus obras les acusan ante Dios y en el tribunal de su propia conciencia, y demuestran la impiedad de sus dogmas, que no han podido sostener sino despojándose de su probidad y honor. Hacemos esta observación, porque no es ésta la única ocasión, en que los herejes se han valido de estos medios diabólicos. En todos tiempos han empleado tan mezquinas artes para atacar la verdad. ¿Qué puede, por lo tanto, esperarse de estos hijos primogénitos del demonio sino mentiras é imposturas?

Volvamos á san Anastasio. Viéndose vencidos los herejes, apelaron á algunos obispos de su secta, que había en Egipto, y que creían ser más hábiles que los que hasta entónces les habían ayudado. Pero no les dió mejor resultado este recurso. Los obispos heresiarcas se dirigieron á Alejandría, y se presentaron al prefecto con el fin de sostener una conferencia con Anastasio. En su consecuencia, el gobernador citó al Santo, y le manifestó el propósito de los prelados. Celebróse la reunión; pero el verdadero propósito de estos no era discutir con él, sino acusarle de turbar la paz en la ciudad, en el pueblo, y en sus iglesias. Anastasio no dió importancia á sus exclamaciones, sino que les dijo con dulzura: « Venerables Padres, aún todavía no me conocéis, pues no he tenido con vosotros ninguna conferencia: no conocéis mi doctrina ni mis sentimientos, pues no los habeis oido de mi boca: ¿podéis dudar de esto? — Es verdad, dijeron los obispos. — Pues entónces dispensadme la bondad de oirme, añadió el Santo: porque estoy seguro de que cesarán entónces vuestras acusaciones, y me hareis justicia. »

Despues de este exordio pidió papel y una pluma á los notarios que asistían al prefecto, y escribió estas palabras: *Yo Anastasio, monje de la santa montaña de Sinai, confieso que el Verbo de Dios engendrado por el Padre antes de*

*todos los siglos, fué crucificado y sepultado, que padeció y resucitó.* « No hablaba yo en esta fórmula, dice, ni de la carne que tomó el Verbo, ni de su venida y conversación entre los hombres, ni, en una palabra, de su encarnación, sino sólomente de su divinidad, y lo hice expresamente con el designio de obligarles á declarar la impiedad que, como todos los de su secta, ocultaban en el fondo de sus corazones. « Les presenté en seguida el papel, y habiéndolo leído, lo alabaron y manifestaron ser bueno y conforme con la verdad. Pues entónces, les dije, si convenís en que es bueno, sólo resta que lo suscribais, y en este caso estamos de acuerdo, y podremos entendernos fácilmente. Lo suscribieron al punto. Volví á tomar el papel, y dirigiéndome al que pasaba por más ágil y sabio de entre ellos, le dije: Recordad á lo ménos que *Cristo padeció en la carne*, como dice el apóstol san Pedro, y no en su divinidad, pues se caería en la impiedad de Severo, si hubiéseis suscrito el papel que os he presentado en el sentido de que padeció en su divinidad. Por esta razón no he hecho mención en este escrito de todo lo concerniente á la encarnación; pues con esta omisión no me propongo otra cosa, sino obligaros á que manifesteis vuestra impiedad, si os declarais severianos, ó á que entendais mi proposición en el sentido de que el Verbo padeció en su carne, y no en su divinidad, y por consiguiente, que hay en Jesucristo dos naturalezas, como enseña la fé ortodoxa. »

« Al escuchar estas palabras, quedaron atónitos los herejes cual si despertasen de un letargo, y pusieron en juego todos los medios que estaban á su alcance, para que les devolviese la fórmula que habían suscrito; pero todos fueron inútiles. Les respondí que por nada del mundo se lo devolvería; pues quería conservarlo para presen-

tarlo en el día del juicio universal ante Jesucristo » <sup>1</sup>.

No se limitaron á esto sus victorias sobre los herejes ; sino que continuó combatiéndolos con otros poderosos argumentos, pudiendo decirse que estos herejes tuvieron en él uno de sus más terribles adversarios, que no les dejó descansar, y que les persiguió no sólo durante su vida, sino con los escritos que dejó á su muerte, y que suministraron poderosas armas á los católicos. Nada más sabemos del resto de su vida, ni cuanto tiempo vivió, ni en que año murió ; pero en la explicación que hizo del salmo décimo sexto aparece que había nacido bajo el reinado del empe-

<sup>1</sup> Los entiquianos no admitían en Jesucristo más que una sola naturaleza, que era la divina, en la cual decían que se había confundido y perdido la naturaleza humana, y para explicar como esto había acaecido, se valían de la comparación de una gota de vinagre que se echa en el mar. Como se veían muy embarazados para explicar y defender este error, se dividieron en varias sectas. Las principales que prosperaron en Alejandría, y contra las cuales tuvo que defenderse san Anastasio, fueron la de los severianos, sectarios de un entiquiano llamado Severo, y la de los teodosianos, que reconocían por jefe á Teodosio. Los severianos, llamados también fantasiastas é incorruptibles, sostenían que Jesucristo había sido incorruptible, temerosos de que, diciendo que era corruptible, se viesen obligados á admitir distinción entre el cuerpo de Jesucristo y el Verbo de Dios, y por consiguiente, dos naturalezas en Jesucristo. Los teodosianos decían, por el contrario, que el cuerpo de Jesucristo era corruptible, pues de otro modo no podría explicarse la pasión. Convenían, por lo tanto, estas dos sectas en no admitir más que una sola naturaleza en Jesucristo ; pero discordaban en la manera de explicar la confusión de ambas naturalezas en una sola, así como la realidad de la pasión. Los obispos heresiarcas, contra quienes tuvo que luchar san Anastasio, eran de la secta de los teodosianos. Hé aquí porque, despues de hacerles suscribir la fórmula que les presentó, y que por la comunicación de idiomas puede entenderse en sentido católico, les puso en la necesidad, ó de declararse católicos, tomándola en el sentido ortodoxo que él defendía, ó de confesar que, tomándola en otro sentido, caían en la impiedad de Severo. Esto los deconcertó á tal extremo, que se propusieron arrancar de sus manos la fórmula por ellos suscrita, pero que el Santo conservó como una prueba de convicción y de triunfo contra el error.

rador Mauricio, es decir, á lo más tarde en 602, que fué el último de la vida de este príncipe, y en su *Hodegos* habla de Juán, que fué patriarca de Alejandría por parte de los teodosianos desde 677 hasta 686. Así es que vivió más de setenta, y tal vez ochenta años.

Hablemos ahora de su doctrina espiritual. Este gran Santo se aprovechó de los ricos dones que habia recibido de Dios, no solamente para defender á la Iglesia, sino para edificar á los fieles. No se contentó con garantizarlos del error y confirmarlos en la fé ortodoxa, sino que les dió santas máximas para regular sus costumbres y formentar su piedad, lo cual hizo con ejemplos y exhortaciones muy vivas y elegantes.

No poseemos todas sus obras, pues muchas de ellas han sido víctimas de la injuria de los tiempos, y entre otras tenemos que lamentar *las Viduas de los santos Padres* que habia escrito, es decir, de muchos santos solitarios del monte Sinai y de los desiertos inmediatos, cuya obra nos hubiera conservado grandes ejemplos de virtud, que han quedado sepultados en las tinieblas.

La principal que nos queda es el *Hodegos* ó Guía del verdadero camino. Poco diremos de ella, porque trata sólomente del dogma, lo cual no entra en nuestro plan. La primera regla que dá en ella á los que se consagran á combatir á los herejes, es que lleven una vida pura é inocente, con la cual se hagan dignos de recibir las luces del Espíritu Santo, y de ser sus instrumentos para defender la verdad; pues aún cuando la ciencia es necesaria, y no sea lícito comprometerse á disputar con los enemigos de la fé sin estar suficientemente instruidos en las materias de controversia, es indudable que la piedad é inocencia dé vida atraen grandes luces y poderosos auxilios para confundir á los herejes y aún para convertirlos, y así es que Dios ha derramado en todo tiempo sus bendiciones



sobre aquellos, á quienes ha llamado á la conversión de las almas, como se vé en santo Domingo, en san Francisco Javier, en san Francisco de Sales, en san Vicente de Paul y en otros innumerables varones apostólicos, que han extendido el reino de Jesucristo tanto con su piedad como con las luces de sus esclarecidos ingenios.

Tenemos además de san Anastasio dos consideraciones acerca del *Hexámeron*, ó la obra de los seis dias de la creación; pero en ellas nada hay que se refiera á nuestro propósito. Es una exposición del texto de Moisés, en un sentido místico y alegórico, sin excluir, no obstante, el sentido literal, ni oponerse á la interpretación de los santos Padres.

Tenemos también un sermón predicado en la dominica quinta de Cuaresma, y que se intitula, la sagrada Comuni6n. Este serm6n contiene excelentes instrucciones. Comienza haciendo un elogio de los salmos de David que se cantan á toda hora en la Iglesia: dice que en estos cánticos nos demuestra el real Profeta, de una parte lo que debemos creer, y de otra lo que debemos practicar: que en ellos nos excita á la templanza, al temor de Dios y á la consideraci6n de la severidad de su justicia: que nos inspira sentimientos de compunci6n, de penitencia, de paciencia, de dulzura, de castidad, de mortificaci6n, de caridad y de amor de Dios.

Añade que la asiduidad de la oraci6n y el gusto que inspira, así como la lectura de los Libros santos, son como la madre de todas las virtudes: porque es imposible que una persona que se aplique asiduamente y con piedad á este ejercicio, no llegue á conocer verdaderamente á Dios, y á obtener de su bondad los auxilios que necesita su alma. Dice, que si los que quieren adquirir el conocimiento de las artes se aplican á ellas durante muchos años, con mucha más razón los que quieren llegar al conocimiento de

Dios y á servirle fielmente deben aplicarse al ejercicio de la oración, que es el medio único y eficaz para conseguirlo.

Pero es muy deplorable, continúa, que el mundo no piense más que en las riquezas, en las grandezas temporales, en las dignidades y en todo cuanto puede satisfacer su ambición, y que no se piense en el alma, ni en la muerte, ni en el juicio, ni en los terribles castigos que Dios tiene reservados á los pecadores.

¡ Ay! plugiese á Dios que todo quedase reducido á esto! sería ménos mal, pero se vá más léjos: se añaden el odio, las injurias, la envidia y las calumnias. Los mundanos se olvidan de sí mismos, no ven sus propios defectos, y no miran más que los de los demás: se hallan sumidos en el lodazal inmundo del pecado, y no se fijan en ello; no se preocupan más que de los defectos de otros, y esto no un solo dia, no en alguna ocasión; sino que envejecen en esta indiferencia y en sus malas disposiciones para con el prójimo.

Nos hallamos agoviados bajo el peso de nuestras miserias, y no pensamos más que en las de los demás. No nos avergonzamos de estar bajo los pies de los enemigos de nuestra salvación, y sin embargo, nadie se libra de la malignidad de nuestras sátiras: á nadie respetamos: querríamos, por decirlo así, devorarlos á todos, tanto pequeños como grandes, tanto culpables como inocentes, tanto sabios como ignorantes, sin perdonar ni aún á los sacerdotes y maestros, á los que nos gobiernan y nos colman de bienes. »

¡ Ay! ¡ cuán grande es nuestra obcecación! carecemos de espíritu de penitencia, de temor de Dios y de compunción. Todo nuestro corazón se halla inclinado al mal. No aspiramos más que á los placeres, á los espectáculos, á las conversaciones peligrosas y á las obras del demonio, y lo que es aún más deplorable, descuidamos frecuentemente

los cuidados domésticos y las cosas más necesarias para correr en pòs de placeres frívolos y criminales, en que pasamos dias enteros : miéntas que se nos hace pesado y molesto pasar una hora en la lectura y en la oración, y no pensamos más que en salir de la iglesia con el mismo apresuramiento que si estuviéramos entre llamas.

Si la lectura del evangelio es más larga que de ordinario, si el sacerdote prolonga sus oraciones, si celebra pausadamente los divinos misterios, nos cansamos, nos adormecemos, y procuramos distraernos, llevando á todas partes la vista. Unos en lugar de purificar sus conciencias con un sincero arrepentimiento de sus faltas, no piensan más que en poner bién sus ricas vestiduras : otros al entrar en la iglesia, preguntan si se va á dar la sagrada Comunión, para no perder mucho tiempo. La mayor parte de las mujeres vienen al templo, más que para orar, para ser vistas y seducir á los sencillos. »

Pero ¿ puede concebirse alguna cosa peor que aproximarse, como desgraciadamente lo hacen muchos, á recibir este sagrado cuerpo y esta sangre adorable que ha sido derramada por la salvación de todo el mundo, con un corazón lleno de pecados, contentándose con lavar sus manos, como si fuera suficiente esta purificación, miéntas que la conciencia está manchada con las inmundicias de la culpa ? ¿ Quien ignora que Judas, despues de haber recibido indignamente el cuerpo de Jesucristo, se hizo culpable de sacrilegio, y dió libre entrada al demonio en su alma ? ¿ Como es posible acercarse á la sagrada Mesa con una conciencia tan manchada ? ¿ En que se piensa entónces ? ¿ qué se propone el que así lo hace ? ¿ Se atreverá á tocar los hábitos del rey, ni aún los suyos propios, el que tiene sucias las manos ? Sin embargo, no se teme recibir á nuestro Señor Jesucristo con un corazón sumido en la miseria

del pecado ¿ como puede presumirse alcanzar de Dios el perdón de las culpas? »

¿ Basta para ello entrar en la iglesia, venerar las sagradas imágenes, besar la cruz y lavar las manos? No: es preciso lavar las manchas del alma en las lágrimas de una buena confesión: es preciso huir del pecado: es preciso humillarse y excitarse á sentimientos de contrición, y no acercarse al altar sino despues de haber alcanzado estas santas disposiciones. »

Pero me direis, no está en mis atribuciones el tener estas lágrimas y llorar mis pecados. ¿ Sabeis de que procede esto? Procede de que nada haceis para alcanzar de Dios estas disposiciones: procede de que no os impresiona la divina gracia: procede de que no pensais en el terrible juicio á que habeis de comparecer. Pero si no podeis llorar, gemid á lo ménos en el fondo de vuestro corazón: excitaos á una saludable tristeza: cercenad vuestra risa; bajad los ojos á la tierra: humillad vuestro espíritu y vuestro corazón: confesad que sois pecadores, y poneos en la presencia del Señor penetrados del dolor de vuestras faltas y del respeto debido á su majestad soberana. Considerad con cuanta gravedad, con cuanta decencia, con cuanto respeto se acercan los cortesanos á un rey de la tierra, que muchas veces es un príncipe impío: tienen los ojos puestos en él: se guardan de mostrar la más leve ligereza en su presencia: procuran no extraviar su vista, ni hacer el menor gesto ni movimiento que pareciera inconveniente. Nosotros, por el contrario, asistimos al templo, cual si fuéramos al teatro ó al baño: nos reímos en él, hablamos y nos portamos cual si no estuviéramos en la casa de Dios. »

¿ Ignorais que la iglesia es para vuestra alma como una especie de almacén de medicamentos, y como un puerto de refugio? Si en ella no tomais las medicinas que necesi-

tais para vuestra curación, ¿ en donde las encontrareis ? Si en este puerto de salvación estais agitados por la tempestad, ¿ en donde encontrareis la calma ? Yo os recomiendo, por lo tanto, hermanos míos, que esteis en ella con el mayor respeto : dejaos penetrar de santo terror en el tiempo en que se celebran los santos misterios, y pensad que cuando presentais al Señor vuestras ofrendas, serán aceptadas según las disposiciones en que os encontréis. Asistid al santo Sacrificio con un corazón lleno de arrepentimiento : confesad vuestros pecados á Jesucristo por la mediación de sus sacerdotes : no os avergoceis de hacerlo, Condenaos ante los hombres, para que el soberano Juez os justifique en la presencia de los ángeles y de todo el mundo. Pedid misericordia : pedid perdón : pedid la remisión de vuestros pecados pasados, y la gracia de no cometerlos en adelante, para que podais participar dignamente de los sacramentos, y para que, recibiendo el cuerpo y sangre de Jesucristo con pura conciencia, no os sirva de condenación, sino para vuestra santificación. Vosotros sabeis que dice san Pablo, que es necesario probarse á sí mismo, y que el que come este pan y bebe este calix indignamente, come y bebe su propia condenación, y que han muerto muchos por acercarse con estas malas disposiciones. »

« Pero me direis : ¿ quién es digno de acercarse á esta terrible Mesa ? Yo conozco á muchos que lo son, y vosotros lo sereis tan luego como querais. Basta para ello que reconozcais humildemente que sois pecadores : dejad el pecado : arrancad de vuestros corazones todo sentimiento de malicia y de odio : haced obras de penitencia : practicad la templanza, la dulzura, la bondad y obras de justicia y de caridad : tened compasión de los pobres y sed liberales con ellos, y entónces sereis dignos de acercaros á Jesucristo. Derramad también vuestros corazones en su presencia,

llenadlos de contrición, y escuchará vuestras oraciones; pero si obráis de otra manera, es inútil que vengais á la iglesia: perdereis en ella el tiempo. ¿Y qué? me direis: ¿porque yo me halle lleno de culpas, he de dejar de asistir á la iglesia y de orar? No pretendo semejante cosa, y tomáis en mal sentido mis palabras: me he limitado sólomente á las disposiciones que necesitáis para comulgar dignamente.

Despues de esto, expone san Anastasio una parte de las oraciones que dice en alta voz el sacerdote para mover al pueblo á que se una á él en espíritu en la oblación de los santos misterios, y de ellas se sirve para exhortar á los fieles á los sentimientos que deben despertar en sus corazonas.

« El sacerdote, dice, es mediador entre Dios y los hombres, y ora por los pecados del pueblo: considerad, en su consecuencia, lo que debéis hacer de vuestra parte, y que en cierto modo os dice: Puesto que he sido elegido para ser en esta santa Mesa el mediador entre Dios y vosotros, os advierto y mando que pongais en este acto la atención, el respeto y el fervor que requiere. Rechazad de vuestro espíritu todo pensamiento mundano, y dejad el cuidado de las cosas terrenas. No es éste el tiempo adecuado para ocuparse de cosas vanas, sino para orar con aplicación y devoción. Escuchad lo que dice el diácono: *Estemos con gran respeto: penetrémonos de respetuoso temor: prestemos toda nuestra atención á la santa oblación: bajemos la cabeza y humillémonos.* »

« Acallemos, pues, nuestro espíritu y nuestra lengua, y que nuestra alma, haciendo un santo esfuerzo, se eleve, cual si tuviese alas, hasta llegar al cielo. Pasemos á través de los coros de ángeles y querubines, y lleguemos hasta el trono de Dios, postrémonos ante Jesucristo, abracemos sus sacratísimos piés, reguémoslos con nuestras lágrimas é

imploremos su misericordia. A esto nos exhorta el sacerdote, cuando nos dice: *Levantemos hacia arriba nuestros corazones.* Y ¿qué le respondemos? *Los tenemos levantados al Señor.* Pero ¿qué dices, ó hombre? ¿qué haces, mientras así respondes? ¿No temes decir mentira? El sacerdote ofrece por tí el sacrificio incruento, y tú apenas fijas tu atención en esta acción tan santa. El ministro de los altares tiene la mayor solitud por tí: se acerca al altar, cual si lo hiciese al tribunal de Dios: ruega, pide y solicita para tí los auxilios de la gracia: se esfuerza en atraerla con sus súplicas sobre tu alma, y tú por tu parte nada haces para merecerla. En tu espíritu no se agitan en ese tiempo más que ideas vanas, pensamientos de riquezas, de placeres, de negocios seculares, y sin embargo, respondes que tienes levantado tu corazón á Dios; Ah! considerad, os ruego, lo que decís: no es á Dios á quién levantaís vuestros corazones, ántes por el contrario, los bajáis á la tierra, á las vanidades y á todo lo que inspira el demonio.»

«Renunciad á esta mala disposición: uníos con el espíritu y con el corazón al sacerdote: unid vuestra oración á la suya, pues por vosotros, lo mismo que por él, clama al Señor. Obrad de acuerdo con él, pues con Dios no trata de otra cosa que de vuestras necesidades. Interesaos por vuestra propia salvación, pues como dice el apóstol Santiago *vale mucho la oración perseverante del justo* <sup>1</sup>. Este mismo valor tendrá para el justo, y experimentareis sus efectos, si sabeis unirla á la del sacerdote; pero si engañáis á Jesucristo, haciendo una cosa diferente de lo que respondeis al sacerdote, se os podrán aplicar estas palabras de las sagradas Escrituras: *Si hay uno que edifica y otro que destruye, ¿que provecho sacan ellos sino trabajo?*»

<sup>1</sup> Jacob. v, 16.

Después de estas piadosas instrucciones, habla san Anasasio de los que conservan en sus corazones resentimientos contra sus hermanos, « ¿Qué hay más digno de reprobación, dice con celo ardiente, qué hay más digno de reprobación que asistir á la colecta, y conservar en el corazón el recuerdo de las injurias y el veneno del odio, mientras que se dice á Dios: Perdónanos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos á nuestros deudores? ¿Como, ó hombre, tienes la audacia de hablar así á Dios? Tienes el corazón lleno de hiel contra tu hermano, te preparas á la venganza, tramas malos designios, y ¿te atreves á pedir á Dios que te perdone, así como tú perdonas? ¿vienes á la iglesia á orar ó á mentir? ¿vienes para alcanzar la gracia de Dios, ó para excitar su cólera? ¿vienes para merecer el perdón de tus pecados ó para aumentar su número? ¿vienes, en fin, para merecer tu salvación ó tu condenación? ¿No ves que durante la celebración de los santos misterios nos damos mutuamente á besar la paz, para que, rechazando con esta acción toda injusticia y toda dureza de nuestros corazones, los presentemos al Señor con la pureza de que deben estar adornados para acercarnos dignamente á él? »

« Los santos ángeles cumplen su ministerio cubriendo con sus alas la sagrada Mesa, los querubines la rodean, los serafines cantan, y entre tanto el sacerdote, profundamente inclinado en señal de respeto, ruega para alcanzar las misericordias del Señor y para reconciliarnos con él, y los ministros que le asisten procuran hacerlo con respetuoso temor. Mientras se inmola el Condero sin mancha, y desciende el Espíritu Santo sobre esta víctima sagrada, y los espíritus celestiales, colocados invisiblemente entre los fieles, observan á todos los que se hallan congregados, vosotros no experimentais el más leve temor; ántes bien, imitando al traidor Judas, os atreveis á dar el osculo de paz á vues-



tros hermanos, y á conservar al propio tiempo resentimientos contra él. ¿ Como no os llenais de terror al considerar que el veneno de la serpiente que guardais en vuestra alma, no puede ocultarse á Dios, que vé hasta los más ocultos repliegues de nuestros corazones? ¿ Como no os horrorizais al decirle: perdonadme, así como yo perdono á mi hermano? ¿ No es esta oración una imprecación contra vosotros mismos, por la cual os entregais á su terrible venganza? ¿ No dais la sentencia contra vosotros mismos? ¿ No es decirle: Si yo perdono, perdonadme: si yo tengo misericordia, tenedla de mí: si tengo piedad de mi hermano, tenedla de mí; pero si conservo resentimiento por la injuria que me ha inferido, haced lo mismo conmigo: si estoy encolerizado con él, estadlo conmigo: si es fingido el ósculo de paz que yo le doy, obrad conmigo de la misma manera: tratadme como yo le trato? »

Continuando el santo sobre las otras partes del sacrificio, dice: Rogamos con mucha frecuencia á Jesucristo que nos perdone, así como nosotros perdonamos á nuestros hermanos, y esto lo hacemos de una manera especial durante la celebración de los santos Misterios. Así pues, cuando el sacerdote ha pronunciado las palabras de la consagración, levanta en alto este pan de vida, lo muestra á todos los asistentes, y entretanto el diácono dice: *Estad atentos*. Poco ántes habiais dicho que teniais levantados vuestros corazones al Señor, y ahora añadís, perdonanos nuestras deudas así, como nosotros perdonamos á nuestros deudores, y en señal de reconciliación os abrazais mutuamente; pero como yo soy hombre, é ignoro lo que pasa en vuestro interior, no pretendo juzgaros, ni saber quienes entre los presentes son dignos de participar de los santos misterios. Sólomente os amonesto que prestéis atención á vosotros mismos, y consideréis ante quién os vais á presentar. »

Después que el diácono os ha hecho esta advertencia,

añade el sacerdote, las cosas santas son para los santos. ¿Porqué dice estas palabras, hermanos míos? Es con el fin de que examineis las disposiciones con que os acercáis á los divinos misterios, no sea que alguno de vosotros lo hagáis sin oír en el fondo de vuestras conciencias estas terribles palabras: *No me toques* <sup>1</sup>..... Apartaos *de mí todos los que obráis la iniquidad* <sup>2</sup>, pues conserváis el recuerdo de las injurias, y no quereis perdonar... *Si fueres á ofrecer la ofrenda al altar, y allí te acordares, que tu hermano tiene alguna cosa contra tí, deja allí tu ofrenda delante del altar, y vé primeramente á reconciliarte con tu hermano* <sup>3</sup>. Ved aquí, mis hermanos, lo que os enseña el sacerdote, cuando dice que las cosas santas son para los Santos, significándoos con esto, que sólomente rechazando de vuestros corazones todo sentimiento de aversión, es como podreis acercaros al Señor con conciencia pura, y decirle con confianza: Yo sé, Señor, que soy deudor á vuestra justicia, porque he cometido muchos pecados; pero he perdonado á mis hermanos en cumplimiento de vuestra santa ley, y para que os digneis concederme el perdón de mis culpas. »

Después de esta erudita explicación de algunas de las partes del santo Sacrificio según el rito antiguo, y como aparece en las liturgias de aquella época, que llevan los nombres de Santiago y san Basilio, propone san Anastasio el ejemplo de san Estéban y de Santiago, que murieron orando por los que los martirizaban, y por último, el ejemplo del mismo Jesucristo.

Insiste mucho en el perdón de los enemigos, y demuestra que el recuerdo de las injurias y el deseo de vengarse es el pecado que mayores obstáculos opone á la misericordia de Dios, y el que más ordinariamente causa la perdición

<sup>1</sup> Joan. xx. 17.

<sup>2</sup> Ps. vi. 9.

<sup>3</sup> Math. v, 23-24.

eterna de las almas. Pues el que tiene la desgracia, dice, de caer en un pecado de impureza, ó comete un homicidio, puede entrar en sí mismo, y llenándose de horror á vista de su crimen, concibe un grande dolor, y entra en sentimientos de penitencia; pero cuando el odio y la venganza se han, por decirlo así, petrificado en el corazón de un hombre, esta pasion le preocupa á toda hora: con ella se acuesta, con ella se levanta: al despertarse, es el primer pensamiento que brota en su mente: si ora, si anda, en cualquier paraje en que se encuentra, cualquiera que sea la acción que practique, lleva constantemente este veneno en su alma. Y cuando una vez este vicio echa profundas raices, nada hay capaz de arrancarlo de su alma: todo es inutil: nada alcanzan el ayuno, la oración, las lágrimas, la confesión, la oración, la pureza, la limosna ni las demás buenas obras que practique: el odio contra su hermano lo destruye todo. Notad que nuestro Señor no nos ha dicho: si teneis alguna cosa contra vuestro hermano, id á reconciliaros con él; sino que nos dice, *si vuestro hermano tiene alguna cosa contra vosotros*. Si pues estamos obligados á curar la malicia de nuestro hermano, ¿qué esperanza de perdón puede quedar al que conserva odio contra él? Yo oigo frecuentemente á algunos decir: ¡Desgraciado de mí! ¿qué haré para salvarme? no puedo ayunar, no puedo estar de vigilia, no puedo guardar continencia, me es muy duro dejar las cosas del mundo, ¿como podré salvarme. ¿Me preguntais como? Pues ved aquí en dos palabras un medio muy sencillo: *Perdonad, y se os perdonará* <sup>1</sup>. Ved aquí un camino muy corto y seguro para llegar á la salvación. Ved aquí otro: *No juzgueis, y no sereis juzgados* <sup>2</sup>. »

De estas últimas palabras toma ocasión el Santo para

<sup>1</sup> Marc XI.

<sup>2</sup> Math. VII.

exhortar á no juzgar mal del prójimo. « Aunque vosotros hayais visto, dice, caer á alguno en el pecado, acordaos que *no hay más que un Señor que dará á cada uno según sus obras*<sup>1</sup>. El juicio está reservado á Jesucristo; miéntras que nosotros compareceremos un dia ante su presencia para recibir la recompensa ó sufrir el castigo de que nos hayamos hecho merecedores. El que juzga ántes de la venida de Jesucristo usurpa sus derechos, y es una especie de Anticristo. Habeis visto á este hombre cometer el pecado; pero no sabeis si habrá hecho penitencia, ni cual será el fin de su vida. El ladrón que fué crucificado al lado de Jesucristo obtuvo en un momento el perdón, por más que había sido ladrón y homicida, y Judas pasó en un momento de apóstol y discípulo de Jesucristo, á traidor y pérfido. Éste se perdió, aquel se salvó. »

Pero no es esto [todo. Convengo con vosotros en que este hombre á quién habeis visto cometer el pecado es digno de censura; pero ¿sois testigo de todas las acciones de su vida? Puede ser que, despues de haber pecado á vuestra vista, haya hecho en secreto una grande penitencia, y por lo tanto, que miéntras le condenais interiormente como un gran pecador, se haya justificado en la presencia de Dios. »

« A nadie, pues, debeis juzgar y mucho ménos á los sacerdotes, sobre faltas secretas é inciertas, de que se os haya dicho que son culpables. No digais que debe ser juzgado. Es muy cierto, debe serlo; pero no sois vosotros los que teneis esta misión, que sólamente corresponde á Dios ó á su obispo. ¿Porqué perteneciendo vosotros al número de las ovejas, habeis de juzgar á los pastores? Porqué á ejemplo de los fariseos, os abrogais un poder que es exclusivamente propio de Dios? »

<sup>1</sup> Rom. II.

Termina san Anastasio su discurso refiriendo una historia muy edificante y apropiada á su designio. « Había, dice, en un monasterio un religioso que vivía con mucha tibieza y negligencia. Habiendo caido gravemente enfermo de la enfermedad de que murió, no se afligió por ello ; ántes por el contrario, daba gracias al Señor, y tenia un semblante risueño en el momento de salir de este mundo. Era costumbre en este monasterio que, cuando algún religioso se hallaba en el trance de la muerte, los demás, juntamente con el superior, se reunían á su alrededor para asistirle en los últimos momentos, y no se separaban hasta que el moribundo había exhalado su último suspiro. La tranquilidad de éste no pudo ménos de extrañar á uno de los Padres que se hallaba presente, el cual se acercó al enfermo, y le dijo con acento de confianza y dulzura : Hermano mio, nunca hemos visto que hayais cumplido con exactitud vuestros deberes ; ántes por el contrario, siempre hemos visto en vuestra conducta alguna negligencia. Decidme, pues, porque estais con tanta tranquilidad, y lejos de temer este terrible trance, manifestais cierto gozo. Dadnos á conocer, para gloria del Señor, que gracia os ha concedido para que manifesteis este gozo.

Entónces el enfermo se levantó dulcemente, en cuanto sus fuerzas le permitiesen, y dijo á los que estaban congregados : Venerables Padres, no puedo ocultar las negligencias de mi vida pasada ; pero hace poco que los ángeles de Dios me han presentado y leído una memoria que contiene todos los pecados que he cometido desde que abandoné el mundo, y despues me han preguntado si me acusaba y dolía de ellos. Les he respondido que sí ; pero al mismo tiempo les he dicho que desde [que tengo la dicha de ser monje, no he juzgado jamás á nadie, ni conservado el recuerdo de las injurias que he recibido, y por lo tanto, que pedia al Señor que me hiciese sentir el efecto de la pro-

mesa que hizo cuando dijo : *No juzgueis para que no seais juzgados : perdonad y sereis perdonados.* Apénas dije estas palabras, rompieron los ángeles el papel en que traían escritos mis pecados, lo cual me ha quitado toda intranquilidad acerca de mi vida pasada, y ved aquí la causa de mi gozo : espero ir á ver á Dios. Apénas pronunció estas palabras, exhaló su postrer suspiro, dejando á sus hermanos un ejemplo tan útil como edificante.

---

## CONTINUACION DE LA DOCTRINA ESPIRITUAL DE SAN ANASTASIO EL SINAITA

Tenemos algunos otros discursos de san Anastasio, llenos de instrucciones y de sentimientos muy piadosos. Entre ellos merecen especial mención dos que, en diferentes épocas, compuso acerca del salmo sexto. Copiaremos algunos trozos del primero, que puede servir de modelo para hacer un acto de contrición, pues todo él versa acerca del dolor de los pecados, y servirán al mismo tiempo para aprender la manera de meditar sobre los salmos, y formar sentimientos interiores sobre el contenido de estos sagrados cánticos.

Aparece del exordio de este sermón que lo predicó el Santo al principio de la Cuaresma, y el salmo que explica es muy adecuado á este santo tiempo de penitencia, como él mismo hace notar. Pues el Espíritu Santo, dice, se vale de su Profeta para enseñarnos la manera de apaciguar la cólera del Señor, es decir, por medio de una humildad sincera, de la confesión de los pecados, de los gemidos, de las justas reconvenciones que interiormente nos hacemos, del

dolor que concebimos á vista de nuestros innumerables pecados, de la asiduidad en las viglias, de la perseverancia en implorar la misericordia divina, y por último, de las santas lágrimas que el Espíritu de Dios, al visitarnos con su gracia, hace brotar de nuestros ojos. Estos sentimientos, así como éstas lágrimas, no sólomente son signos de la sinceridad de nuestra penitencia, sino de haber obtenido de la bondad infinita de Dios el perdón de las ofensas que le hemos inferido.

Dice, pues, el santo Rey : *Señor, no me reprendas en tu furor*. Se considera cual si estuviese ante el tribunal de Dios, y allí, prosternado á sus pies y con la cabeza inclinada hasta la tierra, y temiendo levantar sus ojos por la confusión que le causa la vista de los crímenes de que se siente manchado y de que no puede excusarse, no se atreve á pedir cosa alguna á su juez, y no dice más que estas palabras : *Señor, no me reprendas en tu furor*.

« Yo sé, Dios mio, que he de comparecer un dia ante vuestra presencia, y que manifestareis todos mis pecados ante los espíritus celestiales y ante todas las criaturas del universo, y cuando pienso en ello, se apodera de mí un terror que no puedo sufrir. ¿ Qué puedo, sin embargo, decir, y que cosa me atreveré á pedir, sintiéndome lleno de tantos pecados, que me parece que no merezco que me perdoneis? No sólomente os he ofendido en secreto, sino que lo he hecho públicamente y con escándalo. He irritado vuestro santo nombre más de lo que puede expresarse, y en mi vida licenciosa he ido más allá del hijo pródigo, por lo cual os soy más deudor que el que debía diez mil talentos á su señor. He sido más pecador que el publicano, que la mujer adúltera, que los ninivitas, que el rey Manasés y que la Cananea. No he observado vuestros mandamientos : he disipado los tesoros de vuestra gracia : me he servido para pecar de los bienes que he recibido de vuestra bondad :

he profanado mi cuerpo que debiera ser templo consagrado á vuestra majestad : he desfigurado mi alma que formasteis á vuestra imágen : he perdido con vuestros enemigos el tiempo que me disteis para consagrarlo á vuestro servicio : he manchado la vestidura blanca con que me investisteis, y he abusado de todos mis sentidos, de mis ojos, de mi lengua, de mi rostro, y de todo lo que tengo y lo que soy. ¡ Ay ! Nada de esto se os oculta. ¿ Qué os diré, Dios mio, y qué oración me atreveré á haceros á Vos, que estais lleno de clemencia y que sois infinitamente bueno ? Toda la gracia que os pido se reduce á que no me reprendais en vuestro furor en ese dia terrible, á que no me confundais, ni me lleneis de nueva vergüenza en presencia de los ángeles y de todo el universo. »

En este pasaje demuestra en primer lugar san Anastasio la turbación que agita el corazón del pecador, cuando empieza á entrar en sí mismo, y cuando considera el exceso de sus crímenes, su gran número, y la terrible cuenta que ha de dar en el juicio de Dios. Aterrorizado con estas consideraciones y confundido con los remordimientos de su conciencia y con el justo temor de los castigos que merece, este pecador piensa ménos en pedir á Dios que le perdone, que en rogarle que no entre en juicio con él con todo el rigor de su justicia. Esta es la primera sacudida, por decirlo así, que la gracia de conversión, que se le ha dado, hace en su corazón. Despues, saliendo poco á poco de este horror que tanto le había aterrorizado, y entrando en sentimientos de confianza, empieza á pedir á Dios un perdón de que se considera indigno, pero que no deja de pedirselo, y procura obtenerlo confesando sus crímenes y humillándose profundamente.

*Señor, no me reprendas en tu furor, ni me castigues en tu ira.* Ahora bien, continúa el Santo, si los criminales no pueden soportar la cólera de un príncipe irritado, ¿ como



podrá la criatura, ó Dios mio, soportar la vuestra ? Confieso que no merezco más que suplicios y castigos : pero castigadme y corregidme en vuestra misericordia y no en vuestra terrible cólera. El ladrón os pidió gracia, y la obtuvo : la pecadora os pidió misericordia, y se la otorgasteis : el publicano se humilló en vuestra presencia, y le acogisteis favorablemente. Yo soy más miserable que todos estos : yo carezco de toda la contrición que debiera tener : hasta el presente no he practicado ninguna obra de verdadera penitencia : no tengo caridad, ni abnegación, ni perseverancia en la oración, ni cosa alguna con que pueda merecer vuestra gracia. »

« ¿ Como he de atreverme á pedir os que me perdoneis, yo que tantas veces os he prometido convertirme, y que nunca lo he cumplido ? ¿ Yo que tantas veces he protestado en la iglesia que no pecaría más, y en seguida he reincidido en mis crímenes ? ¡ Cuantas veces he abusado de vuestra misericordia ! Muchas veces me habeis llamado, y mucho tiempo me habeis esperado á penitencia, pero nunca me he enmendado. Me habeis levantado con mucha frecuencia de mis caídas, pero al punto he reincidido : me habeis mirado con misericordia, y á vuestras bondades he respondido con la más negra ingratitude : me habeis favorecido con vuestros beneficios ; pero en vez de daros la gloria que os es debida, me he apartado de Vos. Como Padre infinitamente bueno me invitabais con ternura á volver á vuestro seno, cuando de él me he separado por la culpa : me llamabais como á hijo muy amado, me extendiais los brazos para recibirme, me dabais la mano para que me levantase de la tierra, y me haciais oír en el fondo de mí corazón estas dulces palabras : Nada temas, hijo mio, levántate, ven nuevamente á mí ; no quiero que mueras, porque no aborrezco mi obra : mis entrañas de padre no pueden cerrarse á un hijo. ¿ Como he de rechazar al hombre á

quién he formado con mis mismas manos, por quién he sufrido tantos oprobios, y por quién he derramado hasta la última gota de mi sangre? ¿ Como he de rechazarle de mi seno, cuando vuelve á él, y se humilla ante mi presencia? »

« De esta manera, Dios mio, me invitais á la penitencia, y me exhortais á que me reconcilie con Vos por medio de una sincera conversión. Pero yo he dejado corromperse mi corazón, y hasta endurecerse, cerrando mis oídos á vuestras tiernas exhortaciones, y he perseverado en la impenitencia. Vos, sin embargo, sois un abismo infinito de bondad, y vuestra misericordia no tiene límites, por esto os pido que *no me reprendais en vuestro furor, ni me castigais en vuestra ira*. No me trateis en vuestra justa indignación como la higuera estéril que hicisteis secar y arrancar de raíz. Concédame vuestra bondad el tiempo necesario para hacer frutos dignos de penitencia. Dadme un año más de vida : no me dejeis en mi negligencia y relajación : no me saqueis de este mundo hasta que me halle en disposición de comparecer ante vuestra presencia, y haya satisfecho enteramente á vuestro justicia. Tened paciencia con este siervo indigno, esperadle un poco de tiempo, tened piedad de un miserable, cargado de toda clase de pecados, que siente su peso, y que, lleno de vergüenza y de confusión, no se atreve á levantar á Vos sus ojos : que no sólo se reconoce indigno de entrar en el reino de los cielos, sino hasta de vivir sobre la tierra, y cuya suerte, si le castigais en vuestra cólera, será ir á los suplicios eternos.

*Apídate de mí, Señor, porque estoy enfermo. Enfermo en el cuerpo, enfermo en el alma : mi espíritu, mi razón, todo está enfermo en mí. Mi vigor me ha abandonado, y he prodigado el tiempo en cosas vanas ; pero me veo en el fin de mi vida, y acudo á Vos, ó Dios mio, para que con la virtud de vuestra mano omnipotente me saqueis de este*

abismo de crímenes en que me hallo sumergido. Abridme, Señor, la puerta de vuestra misericordia : no me la cerreis, por más que yo sea indigno : pues ¿quién podrá abrírmela, si Vos no lo haceis ? Si Vos no me ayudais, ¿quién me socorrerá ? Todos mis esfuerzos serán inútiles sin los auxilios de vuestra gracia, y yo trabajaría inútilmente, porque no tengo fuerzas, y soy un hombre enfermo. No tardeis, Señor, en venir en mi auxilio : hacedme entrar por medio de una sincera conversión en el camino de la salud, pues habeis dicho, *que sin Vos nada podemos hacer.* »

Vos sabeis cuales son los enemigos que envidian mi conversión, y los obstáculos que á ella me oponen. Todo en mí es un puro obstáculo : y tengo que combatir á un mismo tiempo mi espíritu, mi naturaleza, mi mala voluntad, y más que todo esto, los malos hábitos que he contraído, y que han envejecido conmigo. Hé aquí porque pido al Señor, que *se apiade de mí, porque estoy enfermo, y combatido por muchos enemigos.* En este estado deplorable no puedo ayudarme á mí mismo, ni sostenerme, ni darme, por decirlo así, la misericordia que os pido. Sólo me resta rogaros que os apiadeis de mí, y presentaros mi debilidad para que la cureis.

*Sáname, Señor, porque mis huesos están conmovidos, y mi alma está perturbada en gran manera.* La turbación se ha apoderado á un mismo tiempo de mi cuerpo y de mi alma : el uno y la otra se hallan violentamente agitados, porque me he entregado miserablemente á sus malas inclinaciones, y he seguido mis pasiones y depravados afectos. Todo lo que en mí podía darme fuerza se ha enervado : la fé, la prudencia, la esperanza, la caridad, la templanza, la continencia, la justicia, la piedad, la mansedumbre, la humildad, todo ha quedado debilitado, todo se ha quebrantado como se quebrantan los huesos del cuerpo. Así pues, veo que mis fuerzas se han desvanecido, que mis dias pa-

sau, y que me encuentro al fin de mi carrera : veo que ha llegado el tiempo de la mies, que el segador viene con la hoz en la mano, y que la segur está próxima á echar por tierra el árbol, todo lo cual no puede ménos de llenar mi alma de espanto. Veo que en lugar de haber trabajado por enmendarme, no he hecho más que unir pecados á pecados, y esto turba mi alma. Veo que es muy grande la distancia que hay que recorrer desde esta vida hasta la otra, y que no me hallo preparado para este viaje, por lo cual sufre mi alma gran violencia. Veo que se halla colmada la medida de mis días, que va á aparecer el Juez y á pedirme cuenta detallada de toda mi vida, y que los ministros de su justicia están dispuestos á ejecutar su sentencia. Veo que se reunen en derredor mio los testigos que han de acusarme, y que nadie se presenta á defenderme, por lo cual experimenta mi alma inexplicable amargura. Me hallo consternado, aterrorizado, y no sé que hacer. Si pido dilación, tal vez abuse de ella en lugar de aprovecharla para enmendarme, y no me sirva más que para aumentar la cuenta. Los enemigos invisibles de mi salud no cesan de atacarme : la carne no cesa de rebelarse y declararme la guerra : mi espíritu es un lazo para mí á causa de los malos pensamientos con que continuamente me agita. »

« Pero *¿ hasta cuando, Señor ?* Si, Dios mio, Vos á quién nada se oculta, veis lo que sufro ; veis todas las miserias de mi alma : veis la agitación en que me hallo : veis los enemigos que me rodean y las tentaciones que me asedian ; veis que me va á faltar el tiempo, y que mis fuerzas disminuyen de dia en dia. *¿ Hasta cuando Señor,* me habeis de dejar en esta incertidumbre que tanta pena me causa ? *¿ Hasta cuando habeis de diferir el hacer misericordia conmigo ó el castigarme, librarme de mi pena por vuestra bondad, ó castigarme como merezco ?* Pero no, Señor, aunque no merezco ninguna gracia, espero que

me perdonareis, porque vuestra misericordia es infinita. »

« *Vuélvete, Señor, y libra mi alma: sálvame por tu misericordia.* No os pido esta gracia en vista de mi obras, que han sido muy malas, ni por las palabras que os dirijo, que carecen de todo sentido, sino que os lo ruego por vuestra infinita misericordia. Si entráis, ó Diós mio, en juicio conmigo, seré el primero en condenarme: por eso imploro vuestra misericordia y recurro á ella: nada os puedo ofrecer que la merezca; por eso os la pido como un pobre pide una limosna, no exigiéndola con imperio, sino implorándola gratuitamente. »

« *Sálvame por tu misericordia.* Por grandes que sean mis pecados, nunca igualan á vuestra misericordia. ¿No es infinitamente más grande vuestra clemencia que mi iniquidad? Si no consultais más que á vuestra justicia, si me juzgais con todo rigor, nada podré replicar, no tendré excusa, porque en mí no encuentro más que abusos monstruosos, que he hecho de vuestras gracias. Me habeis sacado de la nada; me habeis conservado el sér que me habiais dado: me habeis protegido, y me habeis elevado sobre las demás criaturas, dotándome de razón y haciéndome á vuestra imágen y semejanza. Cuando más tarde he tenido la desgracia de extraviarme y alejarme de Vos por el pecado, me habeis buscado, me habeis encontrado, y tomándome en vuestros brazos, me habeis rescatado con vuestra preciosa sangre, y me habeis adornado con las verduras de la justicia de que me había despojado: me habeis enriquecido cuando todo lo había perdido, me habeis elevado á la dignidad de hijo adoptivo vuestro, me habeis hecho vuestro hermano y coheredero. Y cuando he tenido la ingratitud de abusar de tantas gracias, ¿qué podré contestar, si me juzgais con rigor? Yo os pido, pues, que no entrais en juicio con vuestro siervo: *volved vuestros ojos para no ver* mis ofensas: inclinad la balanza del lado de la cle-

mencia, á fin de que el peso enorme de mis pecado no la haga caer del de mi condenación. Salvadme por la misericordia, en cuya virtud han obtenido la salvación todos los que se han salvado, pues por ella lo han sido todos los santos. Moisés pecó, Aarón pecó, David pecó, ¿Qué digo? san Pedro á quién constituisteis cabeza de vuestra Iglesia, pecó, y animado con esta confianza os pido la salvación de mi alma; no confiado en mis obras, sino sólomente en vuestra clemencia. Hacedme pues, oír estas consoladoras palabras: *Tu fe te ha hecho salvo, vete en paz.* A ninguno de aquellos á quienes hicisteis misericordia, dijisteis, tus obras te han hecho salvo, y hé aquí porque insisto en implorar vuestra misericordia. Esta misericordia me llevará nuevamente á Vos, de quién he tenido la desgracia de separarme, y redimirá á este miserable esclavo de la culpa, ó Señor, que á todas horas realizais innumerables prodigios, ejerced conmigo uno digno de vuestra misericordia, pues salvais á todos los que en Vos ponen toda su confianza, y aún vais en vuestros beneficios mucho más allá de lo que pudiéramos esperar, y dais mucho más de lo que os pedimos.

Así continua san Anastasio la explicación de este salmo, y hemos creído conveniente exponer esta primera parte, á fin de que sirva de modelo á todos aquellos que en la oración quieren excitarse á sentimientos de contrición y penitencia. En ella pueden notarse tres cosas, á saber, el recuerdo de los pecados y la confesión que debe hacerse de ellos, la consideración de los beneficios que nos ha dispensado el Señor y el abuso que de ellos hacemos, y la necesidad, por último, de recurrir á la misericordia del Señor, que no merecemos sino por su infinita bondad. Se ven también tres grados de disposiciones por las cuales el pecador puede salir del estado de culpa y elevarse á Dios. La consideración de sus pecados le llena de espanto

y de temor, como hemos dicho, y pide al Señor que no le juzgue con todo el rigor de su justicia. Sigue la consideración de la misericordia infinita de Dios que excita la esperanza del perdón, y atenua el terror que se había apoderado de su alma, y llega, por último, á la consideración de los beneficios que ha recibido de Dios, y aún cuando ha abusado de ellos, sabe que la confianza que en él han puesto los pecadores penitentes les ha alcanzado la salvación. Así es que de la esperanza del perdón pasa á esa confianza tierna y amorosa, y reconoce que Dios, infinitamente rico en misericordia, le ha dado mucho más de lo que él podía esperar, y de lo que le ha pedido. Esta es la razón de que en su discurso distingue varias clases de lágrimas: unas naturales, que se derraman por la muerte de algún pariente ó amigo, que proceden de cierta disposición de los humores, ó de pena por no haber podido realizar algún proyecto de ambición que se había formado: otras proceden de un principio mejor, á saber, del temor de Dios, ó la consideración de la muerte y de las penas del infierno. Éstas, cuando en ellas se persevera, conducen á otras más perfectas, á las lágrimas santas que el amor de Dios y el deseo de poseerle hacen brotar del alma penitente, y éstas son, dice, las que derramaba el Real Profeta en la amargura de su corazón despues de haber ofendido á Dios.

Más para mover á los pecadores á volver al Señor con esta humildad y tierna confianza, termina su discurso con dos ejemplos, uno de los cuales es muy conocido, y lo refiere san Clemente de Alejandría. Es el de un jóven, á quién san Juan Evangelista, despues de inspirarle los primeros sentimientos de piedad, confió al obispo de Efeso para que continuase su educación. Pero este jóven se sustrajo á la vigilancia de este santo Obispo, frecuentó malas compañías, y se hizo jefe de bandoleros, continuando en

este género de vida hasta que san Juan regresó à Éfeso. Noticioso de sus desórdenes, le buscó hasta conseguir encontrarle, le atrajo á la iglesia, y le hizo concebir sentimientos de una verdadera penitencia y volver á la gracia del Señor.

El segundo ejemplo tan sólo nos es conocido por el relato de san Anastasio. Dice que en tiempo del emperador Mauricio había en las fronteras de la Tracia un ladrón famoso que ejercía horribles crueldades, esparciendo el terror por todas partes. Con frecuencia se habían enviado soldados para que se apoderasen de él: se le habían tendido muchos lazos, pero de todos escapaba. Por último, el emperador tomó el partido de enviarle sus propias y terminantes órdenes por medio de un jóven que se ofreció á ser portador de ellas. Tan luego como las vió el ladrón, dejó su humor sanguinario, cual si hubiese sido herido por una virtud divina, y cual manso cordero, vino á postarse á los pies del emperador, haciéndole confesión de sus crímenes y encomendándose á su clemencia.

Obtuvo el perdón, y habiendo caído enfermo algunos dias despues, fue conducido al hospital, en donde se fué agravando su dolencia. Viéndose en peligro de muerte, y repasando en su memoria la multitud de sus pecados, concibió tan vivo dolor de ellos, que dirigió á Jesucristo esta plegaria: Nada nuevo os pido, ó benignísimo Salvador, al implorar vuestra misericordia. Así como la ejercisteis con el ladrón que fué crucificado á vuestra derecha, dignaos ejercerla conmigo, y acoged las lágrimas que derramo en este trance terrible de la muerte. Acogisteis favorablemente á los que no vinieron al trabajo sino á la undécima hora, aunque poco pudieron hacer: dignaos también, por esta misma bondad, aceptar estas débiles lágrimas, y haced que por vuestra misericordia me sirvan como un segundo bautismo para purificarme y alcanzarme



la indulgencia y el perdón de los crímenes de toda mi vida. Me falta tiempo, puesto que muy pronto voy á entregar mi espíritu en vuestras manos ; pero os pido que no rechaceis esta humilde oración, y que no me pidais cuenta de las buenas obras que he podido hacer, y no he hecho. Mis crímenes me rodean por todas partes, y me encuentro al fin de mi vida, despues de haberla pasado toda en la iniquidad. Pero, ¡ó Dios mio ! Vos que aceptasteis las lágrimas que derramó vuestro Apóstol despues de haberos negado tres veces, aceptad las mias, y derramadlas sobre el libro de vuestra justicia, en que están escritos mis innumerables crímenes, y sea vuestra misericordia como una esponja que las borre. »

Hizo esta oración en presencia de muchas personas que rodeaban su lecho, y que fueron testigos de este suceso, y la acompañó de tantas lágrimas, que quedó enteramente empapado en ellas su pañuelo. Expiró, al fin, en medio de estos vivísimos sentimientos de contrición. Al mismo tiempo el médico que visitaba el hospital, hombre muy hábil y de gran reputación, tuvo un sueño, ó más bién una visión, en que le pareció ver al rededor del lecho de este enfermo una gran multitud de etiopes, cada uno de los cuales tenía en sus manos un papel en que estaban escritos sus crímenes. Vió también á dos personajes rodeados de luz resplandeciente, que se presentaron para examinar si había hecho algunas buenas obras. Se trajo una balanza, y habiendo colocado los etiopes en uno de los platillos todos los papeles en que estaban escritos sus pecados, cayó este platillo, haciendo que el otro se levantara ; pero los dos ángeles que se hallaban presentes dijeron : Y ¿ qué ? ¿ no hay nada que poner en el otro platillo para que contrabalancee al de los crímenes ? Pero ¿ que puede haber, cuando este hombre acaba de dejar una vida llena de maldades ? Examinemos, sin embargo, con más escrupulosi-

dad. — Registraron efectivamente el lecho, y encontrando el pañuelo con que había enjugado sus lágrimas, dijeron: Pongámoslo en el platillo vacío, y si Dios añade su clemencia, tendremos lo que deseamos. — No hicieron más que colocarlo, y al punto bajó el platillo, desapareciendo los papeles que había en el opuesto. La misericordia de Dios, exclamaron los ángeles, ha prevalecido sobre las iniquidades de este pecador. Entónces se apoderaron de su alma, miéntras que los etíopes desaparecían llenos de confusión.

Levantóse el médico despues de esta visión, y se dirigió al hospital para cerciorarse de la verdad de lo que había visto en su sueño, y encontró que el enfermo acababa de expirar, y que aún tenía sobre sus ojos el pañuelo empapado en lágrimas. Supo también por los que le asistían las señales de penitencia que había dado el difunto, y tomando el pañuelo, fué á manifestarlo al emperador, refiriéndole todo lo acaecido, y añadiendo: No ignorais, piadosísimo emperador, lo que refiere el Evangelio acerca del ladrón que alcanzó de Jesucristo el perdón de sus pecados, hallándose en el patíbulo de la cruz, y á éste ha concedido el Salvador la misma gracia.

A pesar de estos ejemplos, concluye san Anastasio, es preciso no esperar á la última hora, sino prepararse para este terrible trance por medio de la penitencia. ¿A cuantos no ha engañado esta presunción? ¿Cuantos no se han visto sorprendidos por una muerte repentina, sin tener tiempo para hablar, ni para llorar sus pecados, ni para hacer testamento? ¿Quién nos garantiza que en esta hora que debe decidir de nuestra suerte eterna, hemos de tener las lágrimas de este ladrón penitente, para ofrecerlas á Dios en expiación de nuestros crímenes? No esperemos hasta esta hora para llorarlos, sino empecemos á hacerlo desde ahora con una sincera penitencia: pues no he refe-

rido estos ejemplos para animar la pereza de vuestras almas, sino para excitarlas á salir de su tibieza, y á trabajar más ardentemente por su salvación, para que, haciendo obras dignas de penitencia y expiando vuestras faltas, os hagais dignos del reino de los cielos.

Tenemos también de este Santo ciento cuarenta y cuatro cuestiones, que se refieren principalmente á la explicación de algunos pasajes de la sagrada Escritura, así como muchas máximas muy útiles de moral. Así, por ejemplo, dice que, aún cuando bastan la fe y las buenas obras para ser un buén cristiano, se necesita además la humildad para serlo perfecto. Para hacer penitencia de los pecados, no basta abstenerse en adelante de ellos, sino que es preciso expiar las faltas de la vida pasada, y servir á la justicia, como se ha servido á la iniquidad. Es muy conveniente manifestar los defectos á personas espirituales, siempre que estén dotadas de sabiduría y prudencia, de modo que no perjudiquen por excesiva dulzura ni por rigurosa severidad. Los ejemplos de Abraham, de Job y de David, que eran casados, que tenían hijos y bienes, y que estaban, por consiguiente, agoviados de cuidados, quitan á las gentes del mundo todo pretexto de descuidar lo que á la salvación se refiere. Dios da algunas veces malos príncipes para castigar á los pueblos, y así es que Focas, cuando empuñó las riendas del imperio, derramó mucha sangre. Lamentándose un santo solitario de Constantinopla en la presencia del Señor de las crueldades de este príncipe, oyó una voz que le decía: Lo he dado, porque no encuentro otro peor. El tiempo de la muerte se nos ha ocultado por un designio de la divina Providencia: pues si nos fuese conocido, dejaríamos para los últimos dias de nuestra vida el pensar en nuestra salvación.

Si los pecados con que está manchada el alma son leves, pueden ser perdonados por las oraciones y sacrificios que

por nosotros ofrezcan los vivos; pero si son graves, no hay que esperar remisión despues de la muerte. Tengamos, pues, durante la vida tal cuidado de nuestra alma, que no fundemos nuestra salvación sobre las ofrendas que se hagan por nosotros despues de la muerte.

---

### TOMA DE JERUSALEM POR COSROES Y OMAR. ESTADO DE LOS MONASTERIOS DE LA PALESTINA Y MUERTE DE SAN SOFRONIO <sup>1</sup>.

Habiendo sido muerto el emperador Mauricio juntamente con sus hijos por órden de Focas que le sucedió, tomaron los persas pretexto para vengar su muerte y romper la paz. Pero habiendo sido á su vez cortadas á Focas las manos y la cabeza por Heraclio, que ocupó su trono, los persas, conducidos por su rey Cosroes, tomaron á Edesa y Apamea en el primer año de su reinado, y en los siguientes continuaron sus conquistas. En el quinto año, ó sea en 614, en el mes de Junio, se hicieron dueños de la Palestina y de Jerusalem. La toma de esta ciudad fué seguida de muchas desgracias: se dió muerte á muchos millares de clérigos, monjes, religiosos y vírgenes: las iglesias fueron saqueadas, profanadas y quemadas: arrebataron la verdadera Cruz: el patriarca Zacarías fué llevado cautivo con una gran parte del pueblo, y lo que es aún más horroroso, los judíos compraron á muchos de estos cautivos para tener la cruel satisfacción de matarlos en odio á Jesucristo,

<sup>1</sup> Antioco, los Bolandistas. Bibliot. PP.

llegando á noventa mil el número de víctimas inmoladas á su furor.

Al mismo tiempo los sarracenos hicieron escursiones por el pais, ejerciendo en él grandes crueldades. Uno de ellos atacó, seis ú ocho días ántes de la toma de Jerusalem, la laura de san Sabas. Tenemos la relación de este hecho en una carta que el venerable Antioco, de quién pronto hablaremos, escribió á Eustaquio, abad del monasterio de Galacio. Dice que una semana antes de que fuese tomada la Ciudad santa, vinieron los bárbaros á la laura, que abandonó la mayor parte de los religiosos ; pero otros, que por una larga y generosa aplicación á la virtud habian aprendido á despreciar la vida presente, para no aspirar más que á la eterna, no quisieron dejar sus celdas, y se prepararon á sufrir con paciencia las amenazas del furor sarraceno.

Entraron estos bárbaros en el monasterio sin encontrar resistencia, y saquearon la iglesia : pasaron en seguida á las celdas, y pidieron á los religiosos el dinero, creyendo que lo tuviesen oculto. Durante muchos dias los atormentaron despiadadamente, para obligarles á que les descubriesen sus tesoros ; pero viendo frustradas sus esperanzas, se llenaron de furor y les dieron muerte cruelísima. Hablando de estos mártires Estéban el Sabaita, dice que los bárbaros les fueron cortando á unos en pos de otros todos sus miembros sobre una piedra, y que por esta razón se conservaba esta piedra, y era tenida en gran veneración. Antioco ha omitido esta circunstancia, que no es esencial ; pero lo que importa mucho más es conocer la santidad de estos ilustres religiosos, que la consumaron con este glorioso triunfo : pues como dice Antioco, por más que nos esforcemos, nunca podremos alabar suficientemente su mérito. Eran verdaderamente hombres divinos, si pueden llamarse hombres los que llevaban una vida más angélica que humana.

Habían abrazado la vida monástica desde su juventud y envejecido en los ejercicios espirituales, de modo que eran más respetables por sus virtudes que por su ancianidad. Se distinguían por su humildad y modestia : eran sinceros, irreprochables en su conducta, justos, piadosos, alejados de todo vicio, adornados de bienes espirituales y sobre todo ricos en amor divino. Algunos no habían salido del monasterio hacía cincuenta ó sesenta años, y muchos de ellos no habían visto la ciudad desde que entraron en el monasterio. Practicaban, por último, tan perfectamente la piedad, que no se sabía, si llamarles hombres celestiales ó ángeles terrenos. De esta manera fueron encontrados dignos de una muerte tan gloriosa, y la sufrieron con un gozo tan grande, que se reflejaba en sus semblantes, pues desde hacía mucho tiempo deseaban unirse á Jesucristo, y en este momento le daban gracias, porque se dignaba llamarles á sí por medio del martirio.

Sus cuerpos, ó más bien sus miembros cortados en trozos, permanecieron muchos días sin recibir sepultura, hasta que volvieron los religiosos que habían huido á la Arabia. Es de creer que Antioco fuese del número de estos. Uno de ellos, llamado Nicodemo, cayó desfallecido al ver este trágico espectáculo.

El abad Modesto les había precedido, y recorrido todo el monasterio para reconocer el estado en que se hallaba : besó religiosamente los sagrados despojos de estos santos mártires, regándolos con sus lágrimas, y habiéndolos reunido y lavado, los depositó en el sepulcro de sus Padres, haciendo sobre ellos las preces acostumbradas. Después levantando la voz, exclamó con el profeta Isaías y el Sabio : *El justo perece, y no hay quien lo recapacite en su corazón, y los hombres misericordiosos son recogidos, porque no hay quien entienda : pues recogido es el justo por causa*

*de la malicia* <sup>1</sup>. *Las almas de los justos están en la mano de Dios, y no les tocará tormento de muerte. Pareció á los ojos de los insensatos que morían, y la salida de ellos fué reputada aflixión. Y el viaje que hacen desde nosotros, exterminio : más ellos están en paz. Y si delante de los hombres padecieron tormentos, su esperanza llena está de inmortalidad. Vejados en pocas cosas, en muchas les será retribuido : porque Dios los tentó, y los encontró dignos de sí. Probólos como el oro en la hornilla, y recibiólos como ofrenda de holocausto, y á su tiempo se tendrá cuenta de ellos. Resplandecerán los justos, y como centellas en el cañaveral discurrirán. Juzgarán las naciones, señorearán á los pueblos, y reinará el Señor de ellos por siempre. Los que confían en él entenderán la verdad, y los fieles en el amor descansarán en él, porque el don y la paz es para los escogidos* <sup>2</sup>.

Cuarenta y cuatro fué el número de estos santos mártires, y la Iglesia hace memoria de ellos en el Martirologio, el 16 de mayo.

Despues que el abad Modesto les tributó los honores de la sepultura, exhortó á los monjes á que no dejasen la laura, sino que sufriesen animosamente las persecuciones, acordándose de estas palabras de Jesucristo : *La puerta del cielo es estrecha así como el camino que á él conduce*, y estas otras del Apostol : *Es preciso pasar por muchas tribulaciones para llegar al reino de los cielos*. Todos siguieron este consejo ; pero dos meses despues, habiendo temores de una nueva invasión, se refugiaron en el monasterio de Anastasio, que distaba una legua de Jerusalem, en el cual nadie habitaba entónces, y en donde permanecieron cerca de dos años. Habiéndoles exhortado nuévemente el abad

<sup>1</sup> Is. LVII, 1.

<sup>2</sup> Sap. III, 1-9.

Modesto á que volviesen á su laura hubo muchos que lo hicieron inmediatamente ; pero algunos otros, retenidos por el temor de los sarracenos, volvieron más tarde, y otros, por último, ménos animosos, permanecieron en el monasterio de Anastasio bajo la dirección del abad Justino.

La laura de san Sabas tuvo por superior al venerable Tomás, que, habiéndose encerrado, como dice Antioco en la carta citada, desde su juventud en una celda, adquirió un gran fondo de doctrina y de piedad, de modo que los monjes que tenía bajo su dirección le miraban como un don que, en su misericordia, les había dispensado la divina Providencia. En efecto, por más que había vivido durante mucho tiempo en el más absoluto silencio, no por eso dejó de manifestarse en extremo dulce y afable para con los religiosos, cuando se le confió su gobierno. Por una parte estaba lleno de caridad y de compasión para todos, y los consolaba en sus trabajos ; mientras que por otra vigilaba severamente por la observancia regular, siendo siempre el primero que asistía á todos los ejercicios, animando á los demás con su ejemplo, todo lo cual hacía resaltar su humildad. De esta manera llegó la laura al más floreciente estado, y aumentó muy considerablemente el número de sus discípulos.

Puede considerarse como efecto de su buen gobierno la edificante disciplina que reinó en ella ; y que se conservó á pesar de la desgracia de aquellos tiempos, siendo de admirar que, aún cuando los musulmanes se hicieron dueños de aquella provincia, no dejó de dar grandes hombres á la Iglesia la comunidad de san Sabas ; pues los cuarenta mártires de que hemos hablado no fueron los únicos que la laura de este Santo envió al cielo ; sino que hubo otros muchos que imitaron su valor y alcanzaron no ménos glorioso triunfo. Pero como esto ocurrió á fines del siglo oc-



tavo, y nuestra historia no se remonta á esta época, pueden verse las actas de estos mártires en los continuadores de Bolando, dia veinte de marzo, así como en la vida de san Juan Damasceno, y de su sobrino san Estéban, que contribuyeron á la celebridad de esta laura, como puede verse en los mismos Bolandos, dia seis de mayo y diecinueve de julio.

El abad Modesto, de que hemos hablado, era superior del monasterio de san Teodosio. Los griegos, que le incluyen en el número de los santos, dicen que su padre padeció por la fé bajó el emperador Maximiliano ; pero es un error manifiesto, pues le han confundido con otro Santo del mismo nombre. Añaden que se crió en casa de un monedero de Atenas, y que los hijos de este, llenos de envidia, lo llevaron á Egipto, en donde lo vendieron como esclavo, y que, despues de la muerte de su señor, pasó á Jerusalem y más tarde al monte Sinai. Pero todo esto es dudoso.

Preciso es, por lo tanto, acudir á fuentes más puras. La carta, efectivamente, del venerable Antioco, autor contemporaneo y testigo ocular, es un documento más seguro, y éste lo representa como un hombre lleno de celo y dotado de una santidad eminente. Gobernó la iglesia de Jerusalem en ausencia del patriarca Zacarías, é hizo en ella cosas increíbles. Su solicitud no se extendía sólomente á todos los monasterios y religiosos de esta vasta diócesis, lo cual hizo con tanta caridad, que, confiesa Antioco, que aún cuando estaban rodeados por las tropas de los Persas y Sarracenos, gozaban, merced á sus cuidados, de reposo y tranquilidad en sus soledades.

Pero lo que no puede comprenderse y es mucho más admirable, como hace notar el cardenal Baronio, es que un modesto abad encontrase medios para restaurar las iglesias del Calvario, de la Resurrección, de la santa Cruz y de la Ascensión, que habían sido quemadas por los Persas. Esta

última en particular tuvo que edificarse desde los cimientos, y se llamaba madre de todas las iglesias.

En estas empresas de tanta importancia fué ayudado por san Juan el Limosnero, que fué más tarde patriarca de Alejandría, en donde hacía prodigios de caridad con sus increíbles larguezas en favor de los pobres fugitivos, que se habían acogido á su ciudad, despues que fueron despojados por los Persas. Este Santo le envió mil piezas de oro, mil sacos de trigo, mil de legumbres, mil libras de hierro, mil paquetes de peces en conserva, mil barriles de vino y mil obreros egipcios, juntamente con una carta en que le rogaba que le perdonase el no enviarle donativos dignos de las iglesias de Jesucristo, añadiendo que hubiera deseado contribuir con su trabajo personal á la reedificación de la iglesia de la Resurrección.

Siroes, hijo de Cosroes, y que le sucedió despues de hacer morir á su padre en una prisión, hizo la paz con el emperador Heraclio, mediante la devolución del madero sacrosanto de la cruz, juntamente con todos los cristianos que estaban cautivos en Persia ; y dió libertad al patriarca Zacarías, que había sufrido catorce años de cautividad. El abad Modesto continuó trabajando bajo sus órdenes, y por su muerte ocupó su silla ; pero no gobernó esta diócesis más que tres años, muriendo á fines del 632. Tal era el abad Modesto, y tales los trabajos que realizó en Jerusalem, en donde durante la cautividad de su sucesor sirvió de apoyo y de consuelo á los fieles de esta provincia en las desgracias que experimentaron, y por los cuales se le dió el título de Zorobabel de su tiempo, por haber reparado los templos consagrados al Señor.

El abad Justino se hizo también digno de los más grandes elogios en el gobierno de la numerosa comunidad que formó en el monasterio de Anastasio, llamado así del nombre de su fundador, que fué al mismo tiempo su primer abad.

El venerable Antioco no dá á Justino otro nombre que el de santísimo abad. Dice que vivió muchos años en la laura de san Sabas, en la que vistió el hábito monástico, y en la que, por la grande estimación que adquirió con su rigurosa observancia y con la práctica de todas las virtudes, se le consideró digno del sacerdocio. Habiéndose retirado al monasterio de Anastasio, se le agregó un número muy considerable de solitarios, á los cuales hizo observar con exactitud las reglas y usos de la laura de san Sabas. Como se había identificado con el espíritu de este Santo, su gobierno fué uno de los más sabios, y por su celo floreció en tal grado la disciplina monástica en su comunidad, que hubiera costado mucho trabajo encontrar en la Palestina y en otros países otra mejor regulada que la suya. El número de sus discípulos fué también muy considerable, y en constante aumento. Por último, dice Antioco, no se podía considerar el estado floreciente de su monasterio sin sentir el corazón lleno de consuelo.

Entre otros discípulos tuvo al célebre mártir de Persia san Anastasio, cuyas actas daremos en compendio, pudiendo verse más extensamente en las diferentes colecciones de vidas de los Santos. Fué éste natural de Razech, en Persia, y se llamaba Magundat ántes de ser bautizado. Su padre, que ejercía la profesión de mago, le instruyó en este arte diabólico; pero habiendo sido llevado á Persia el madero santo de la Cruz por Cosroes, quiso saber la causa de que los cristianos lo tuviesen en tanta veneración, y no consiguió otra cosa que concebir el pensamiento de abrazar la fé cristiana. Hasta entónces se había ocupado en el ejercicio de las armas, pero las dejó para retirarse á Hira-plia.

Un cristiano que en esta ciudad trabajaba en la moneda, le admitió en su casa, y le enseñó su arte. Le llevaba frecuentemente á las iglesias, en donde, considerando

las pinturas que las ornamentaban, se fijaba especialmente en las que representaban el combate de los mártires, que llamaba extraordinariamente su atención, lo cual era como un presagio de que un dia había de compartir con ellos la gloria del triunfo.

Pasó en seguida á Jerusalem, y se hospedó en la casa de otro monedero, à quien declaró su deseo de hacerse cristiano, y el que le presentó á un santo sacerdote llamado Elias, que á su vez lo hizo al abad Modesto, vicario á la sazón de la silla de Jerusalem. Fué bautizado juntamente con otro persa, que sufrió el martirio en Edesa; cambiando su nombre por el de Anastasio. Permanció una semana al lado de Elias, que lo miraba como a hijo espiritual; pero habiendo manifestado á este que deseaba renunciar enteramente al mundo, dejó el hábito blanco que durante ocho dias llevaban los recién bautizados, y se encaminó al monasterio del abad Justino, que le cortó el cabello, y le vistió el hábito monástico.

Aprendió la lengua griega y el salterio, y se le destinó á diferentes oficios principalmente à la cocina y al huerto. Esto no impedía que se aplicase con suma atención al oficio, asi como á la lectura de los Libros sagrados y de las vidas de los Santos; pero manifestaba siempre una especial predileccion por la de los mártires, que encendían en su alma el santo ardor de sufrir como ellos.

El demonio se esforzó por entorpecer sus piadosos progresos, trayéndole á la memoria las palabras de encantamiento que había aprendido de su padre. Esto le turbaba y afligía; pero habiendo manifestado al abad la causa de sus amarguras, fué librado de ellas por sus oraciones y por las de la comunidad.

El Señor que le destinaba al martirio, le dió á conocer en un sueño que muy pronto bebería su caliz, lo cual comunicó al abad Justino, diciéndole que muy pronto mo-

riria. Esta revelación aumentó aún más su deseo de padecer por Jesucristo: así que despues de fortalecerse con los consejos de su abad, asistió al oficio, recibió la sagrada Comunión, comió con la comunidad, y partió para Cesarea de Palestina, en donde pasó dos dias en la iglesia de la santísima Virgen.

Hallábase esta ciudad en poder de los persas, y habiéndole encontrado algunos caballeros, dijeron entre sí en lengua persa: Este es un espía y traidor. Respondióles en el mismo lenguaje: No soy lo que creéis, sino un cristiano. Entónces uno de los oficiales lo detuvo, y lo presentó á Marzabán, gobernador de Cesarea.

Interrogándole éste, y encontrándole firme en la confesion de Jesucristo, le hizo conducir á la prisión del castillo, en donde se le cargó de grandes piedras, y se le encadenó con otro prisionero. Algunos persas de su provincia vinieron entonces á insultarle, acusándole de que deshonoraba á su pais, dando de esta manera principio los combates que debía sufrir.

Se le hizo comparecer de nuevo á presencia de Marzabán, quién, viéndole constante, le hizo azotar. Quisieron atarle los verdugos, pero él les dijo que no era necesario; solamente les pidió que le quitasen su hábito monástico, para que no fuese profanado, y dijo á Marzabán que este hábito que despreciaba era precisamente lo que constituía su mayor gloria.

Fué enviado nuevamente á la prisión, en donde oraba dia y noche al Señor, cuidando de no inquietar al que con él estaba encadenado.

Su abad, que tuvo noticias de esta primera victoria, mandó que se hiciesen oraciones en comunidad, para alcanzarle la gracia de la perseverancia, y con dos de sus religiosos le envió una carta para animarle. También era consolado durante la noche con la visita de algunos án-

geles, que fueron vistos por uno de los carceleros, que era judío.

Entretanto Marzabán había escrito á Cosroes preguntándole lo que debía hacer con Anastasio, y recibió la orden de dejarle en libertad, y que le consintiese practicar la vida monástica, siempre que dijese en presencia de dos testigos que no era cristiano; pero el Santo rechazó indignado semejante proposición. Cinco dias despues se le trasladó á Persia, para que fuese juzgado por el mismo rey. Precisamente en uno de estos cinco dias coincidía la fiesta de la santa Cruz, que se celebraba el 14 de setiembre. Uno de los recaudadores de tributos, que era cristiano, y gozaba de grande prestigio para con Marzabán, alcanzó de éste, que Anastasio pudiese asistir á los divinos oficios en una de las iglesias de Cesarea, lo cual hizo acompañado de los dos religiosos que le había mandado el abad Justino. Su presencia fué un poderoso motivo de consuelo para los fieles, é inspiró ánimo á algunos, á quienes habían abatido la prosperidad de los persas y las desgracias de la Palestina. Todos le animaron á perseverar, besaron sus cadenas, y le tributaron todo género de obsequios. Despues de la santa Misa, el recandador, que le había garantizado, le convidó á desayunarse en su casa juntamente con los dos religiosos, volviendo despues á su prisión.

Partió en seguida para la Persia con algunos otros cristianos, siguiéndole uno de los monjes que le había enviado el abad Justino, pues llevaba órden de prestarle todos los servicios que necesitase, y de llevar una relación exacta de todo cuanto ocurriese.

Hallábase entónces el rey Cosroes en Discartes. Cuando el santo mártir llegó á Balsloe, pequeña ciudad situada á dos leguas de aquella, vino á examinarle un oficial de parte del príncipe. El Santo le respondió por medio de intérprete,

por no querer hablar la lengua persa, que nada podría separarle de la fe, y que despreciaba la fortuna que se le ofrecía. Entónces le tendieron en tierra, y le aplastaron con una gruesa piedra, sobre la cual se colocaron dos hombres para aumentar la presión. A este tormento añadieron el de los azotes que se repitieron hasta tres veces en diferentes dias. Despues se le suspendió atándole de una mano, y colgando una piedra de sus pies.

En el intervalo de estos suplicios fué visitado por el religioso y otros fieles, favorecidos por el principal de los carceleros, que era cristiano. Se dejó, por último, de atormentarle, y el rey mandó que se le diese muerte juntamente con otros setenta cautivos cristianos, para lo cual los sacaron fuera de la ciudad, y despues de decapitarlos uno á uno, se exigió nuevamente á Anastasio que obedeciese las órdenes del rey, si no quería sufrir la suerte de los demás. Entónces el Santo, levantando sus ojos al cielo, y dando gracias al Señor que había satisfecho sus deseos de morir por la fé, dijo á los oficiales del príncipe : No deseo otra cosa que morir por amor á Jesucristo ; así es que le doy gracias, porque con unos trabajos tan pequeños se digna hacerme participante de la gloria de los mártires. En vista de una resolución tan firme, le ahorcaron como á los demás, y le cortaron la cabeza para presentarla á Cosroes. Esto ocurrió el 22 de enero del año 628.

La víspera de su martirio anunció á los cristianos que la muerte de Cosroes les pondría en libertad. « Sabed, les dijo, hermanos míos, que por la gracia de Dios moriré mañana : pocos dias despues sereis librados de las amarguras de la esclavitud, porque morirá este rey injusto. » Al cabo de un mes Cosroes fué asesinado por su hijo Siroes, como hemos dicho al principio de este capítulo.

El cuerpo de san Anastasio fué rescatado y trasladado al monasterio de san Sergio, á una milla de distancia, por el

monje que le había seguido. Este volvió al cabo de un año al monasterio del abad Justino, llevando la túnica del santo mártir, y refiriendo toda la serie de sus tormentos al abad, que se apresuró á consignarlos por escrito. Este mismo religioso hizo otro viaje á Persia, y sacando el cuerpo del Santo del monasterio de san Sergio, lo llevó á Constantinopla, desde donde fué trasladado algún tiempo después á su monasterio de Palestina. No permanecieron en él mucho tiempo estas reliquias, sino que fueron trasladadas á Roma, á lo ménos su cabeza y su imágen, que fueron colocadas en la iglesia de la santísima Vírgen *ad aquas Salvias*. Dios manifestó la gloria de este Santo con muchos milagros, y su vida fué citada en la sesión cuarta del segundo concilio de Nicea, apareciendo también de las actas de este concilio que su imágen hizo un milagro.

El santo Padre Antioco, á quién somos deudores de la relación del martirio de los cuarenta y cuatro monjes asesinados por los sarracenos en la laura de san Sabas, fué también religioso de ésta. De él se conserva un *Tratado espiritual* lleno de piedad y de erudición, y que nos dá una excelente idea de sus virtudes y de su doctrina. Habiendo entrado los Persas en el Asia Menor, se apoderaron en el año 619 de la ciudad de Ancira, capital de la Galacia, en cuyas inmediaciones se hallaba el monasterio de Attalia, cuyos monjes huyeron para no caer cautivos. Viéndose obligados á mudar frecuentemente de lugar, y no pudiendo llevar libros en estos viajes, escribió su abad, llamado Eustaquio, á Antioco, encomendándole que hiciese un compendio de la santa Escritura en un solo volúmen, que contuviese lo más necesario para la salvación. Le rogaba al mismo tiempo que consignase todo lo relativo á la muerte de los monjes asesinados por los sarracenos, cinco años antes, y cuya fama había llegado hasta su provincia.

Antioco satisfizo sus deseos en una carta en que detallaba



los tormentos sufridos por los santos Mártires, y exponía todo lo que habían hecho los abades Modesto y Justino despues de la toma de Jerusalem por Cosroes, como ya hemos referido. Añade despues el compendio que se le pedía, de las principales máximas de la moral cristiana, dividido en ciento treinta capítulos ú homilias, dando principio por la fé, que es el fundamento de todas las virtudes, y sin la cual no puede agradarse á Dios.

Habla despues de la esperanza, y muy extensamente de la abstinencia, del ayuno, y de la renuncia de los bienes de la tierra y de todo cuanto pueda halagar al corazón humano. Recomienda que se evite toda comunicación peligrosa, que se emplee mucha circunspección en las palabras, y que haya costumbre de hablar poco, y esto con modestia religiosa.

Quiere también que los religiosos se conserven en grande pureza de espíritu y de cuerpo, y les propone que por la noche, y ántes de acostarse, digan alguna oración para evitar los lazos del demonio, y descansar en el seno de esta virtud angélica. Hé aquí lo más esencial de esta oración.

« Preservadnos, Señor, de las ilusiones del enemigo de nuestras almas, miéntas entregamos nuestros cuerpos al reposo que les es necesario. Reprimid en nosotros las pasiones y los lazos que nos tiende la carne, y haced que el sueño que tomamos nos sirva únicamente para reparar nuestras fuerzas, y para que podamos servirlos fielmente. No permitais que este sueño sea tan profundo, que nos impida levantar nuestro espíritu á Vos, hacer las vigiliass de la noche y de la mañana, y tributaros el homenaje que os es debido. Antes por el contrario, concedednos la gracia de poder vigilar constantemente para alabar á todas horas vuestro santo nombre con himnos y cánticos, O Trinidad adorable, Padre, Hijo y Espíritu Santo, que vives por los siglos de los siglos. Amen. »

Combate despues la cólera, el resentimiento, la tristeza, la pereza, la pusilanimidad, la murmuración, la maledicencia, y la libertad con que algunos condenan al prójimo, publican sus faltas, ó le reprenden indiscretamente. Habla contra lo ociosidad, la resistencia á las autoridades, la doblez, el orgullo, la vana gloria, y otros muchos vicios, y exhorta á las virtudes contrarias. Todo esto lo expresa de una manera muy conmovedora, y puede considerarse como un precioso compendio de todo lo más piadoso y útil que habían dicho los escritores ascéticos.

Dá reglas para el silencio, para las vigalias y para la salmodia, siendo muy digna de admiración la doctrina que expone acerca de la oración y de la compunción. Hace constar que deberíamos entregarnos constantemente á la oración, no sólomente por la necesidad que de ella tenemos, sino por los frutos que sacamos. Hemos de pedir al Señor este espíritu de oración continua, puesto que es el consuelo y la fuerza del alma en las diferentes disposiciones en que ésta se encuentra. Es preciso ántes de comenzarla, esforzarse por recoger el espíritu, para que no se extravíe en vanos pensamientos : acompañarla del arrepentimiento de las faltas, porque la compunción es una excelente disposición para orar bién, y nada contribuye tanto á hacer progresos en este santo ejercicio como las santas lágrimas. Enseña los medios para alcanzar el espíritu de contrición, y entre otras cosas dice estas hermosísimas palabras : « Dios es tan bueno, que hace sentir los efectos de su clemencia y de su misericordia á un alma, tan luego como la vé derramar lágrimas á sus pies.

Habla del amor de Dios en tales términos, que no puede ménos de vislumbrarse cuán intenso era el que abrasaba su corazón, y tratando despues de las ventajas de la adopción por la cual nos hacemos hijos de Dios, se expresa con la más dulce efusión de su alma para con Jesucristo, llena

de reconocimiento y de amorosas alabanzas. Termina este tratado con una oración, en que deplora, como otro Jeremías, las desgracias de Jerusalem, y suplica á la divina bondad que se apiade de ellas.

Hemos visto que esta ciudad santa fué reedificada en parte por los trabajos del abad Modesto ; pero pocos años despues de haber sido libertada de la opresión de los Persas, cayó nuevamente en la desolación bajo el yugo de los Musulmanes. Estos habían subyugado ya la Siria y la Palestina. Jerusalem se resistió durante diez años, y en este tiempo san Sofronio, que ocupó esta silla despues de la muerte de Modesto, nada olvidó para exhortar á su pueblo á que se aprovechase de esta calamidad para convertirse. De él se conserva un sermón que predicó en la fiesta de la Natividad, en el cual dice, que no basta conservar la verdadera fé, sino que es preciso defender al pueblo cristiano de los errores, con que los monotelitas y otros herejes habían infestado estas provincias, y añade que es preciso que la fé vaya acompañada de buenas obras. Se lamenta muy amargamente de que las incursiones de los bárbaros no permitan ir á Bethleem á tributar á Jesucristo homenaje en el lugar de su nacimiento.

« Los pastores, dice, tuvieron la dicha de ir á Bethleem á adorar al Salvador del mundo, y no encontraron ningún obstáculo. Los Magos, guiados por la estrella que Dios les había mostrado, no se ocuparon durante su viaje sino de Aquel á quién buscaban, y tuvieron la dicha de encontrarle en la cueva, envuelto en pobres pañales, en los cuales reconocieron al Dios, al Señor, al Salvador del mundo, por más que su divinidad no pudiera ser vista con los ojos corporales, sino envuelta en el velo de la humanidad. Pero en cuanto á nosotros, nuestros pecados nos impiden participar de esta dicha, viéndonos obligados á permanecer encerrados en el recinto de nuestros muros, y aún cuando no nos

sujetan todavía las cadenas de la esclavitud, nos contiene el temor de caer en poder de los sarracenos. Nuestros pecados son indudablemente la causa de esta desgracia: pues si mereciésemos participar de los consuelos de los magos y pastores, podríamos, como ellos, ir á nuestra querida Bethlehem, que no vemos sino desde léjos, y cantaríamos el himno de los ángeles en la tierra: *Gloria á Dios en las alturas, y paz á los hombres de buena voluntad* <sup>1</sup>. »

« Es verdad que podemos cantarlo aquí; pero no tenemos el consuelo de ir á visitar la santa cueva, porque nos hemos hecho indignos por nuestros pecados. Nos acontece como á nuestros primeros padres, cuando fueron arrojados del paraíso terrenal, los cuales permanecieron en sus inmediaciones, porque la espada del ángel les impedía la entrada. No tenemos que temer la espada de fuego que brillaba á la puerta del lugar de las delicias, pero tememos la de los bárbaros, que, hallándonos situados á dos pasos de Bethlehem, nos impide ir á ella. Entremos en nosotros mismos, volvamos á Dios por una sincera conversión: dejemos las obras de iniquidad que tanto detesta este divino Niño, y tendremos la dicha de ir al lugar en que quiso nacer, para tributarle nuestras adoraciones, etc. De esta manera exhorta san Sofronio á penitencia á su pueblo aflijido.

Por último, en el año 636, capituló la ciudad de Jerusalem, y se rindió al califa Omar, que mandaba personalmente el ejército. Una de las condiciones que exigió san Sofronio es que se permitiese el libre ejercicio de la religión cristiana en toda la Palestina. Accedió á ella Omar, y expidió letras de salvaguardia á Jerusalem concebidas en estos términos. « En nombre de Dios clemente y misericordioso. De parte de Omar, hijo de Hittab, se ha conce-

<sup>1</sup> Luc. ii.

dido seguridad al pueblo de la ciudad de Elia (Jerusalem), tanto para sus personas, como para sus hijos, para sus mujeres, para sus bienes y para sus iglesias. Estas no serán destruidas ni cerradas. » Pero este pérfido, tan malvado por su hipocresía como temible por su espada, no cumplió su palabra; pues aún cuando no fué sanguinario, la brutalidad de sus soldados, á quienes no quiso contener, redujo el pais al más lastimoso estado.

En estas tristes circunstancias dió san Sofronio pruebas de ánimo y de una caridad heróica. Impidió la dispersión de su rebaño: lo consoló y fortificó con su palabra; lo asistió con toda la liberalidad de que podía disponer: expuso su vida por él, y habló á Omar con la libertad digna de un pontífice de Jesucristo. Pero viendo que los males aumentaban de dia en dia, se sintió tan impresionado por el celo de la religion y por el tierno amor que profesaba á sus ovejas, que, sucumbiendo al peso de su affixion y de su edad, murió en 638, ó lo más tarde en 639, á los ochenta y siete años de edad.

Esta fué, dice Baronio, una pérdida muy considerable para la Iglesia: pues además de que la defendió con inquebrantable firmeza contra los monotelitas, y que la edificó con la santidad de su vida: si se considera la profundidad de su doctrina por los pocos escritos que de él quedan, merece ser considerado como una de las más brillantes lumbreras del Oriente, y ocupa un rango muy distinguido entre los más ilustres obispos de la antigüedad.

---

## PARTE VIII

### SOLITARIOS DEL ASIA MENOR Y DE LAS PROVINCIAS VECINAS

---

**San Basilio el Grande y san Gregorio Nacianceno** <sup>1</sup>.

Estos dos ilustres santos honraron tanto la vida monástica, que no es posible dejar de hablar extensamente de ellos al principio de este libro. Resumiremos, sin embargo, lo que no se relacione con nuestro propósito, para tratar con más extension lo que á sus ejercicios ascéticos se refiere. Hemos creído que no debíamos separarlos, pues fué muy estrecha su amistad, y procedieron con la más perfecta armonía para dar al estado monástico en sus provincias el mismo realce que tenía en la Mesopotamia, en la Siria, en la Palestina y en el Egipto.

Opina el cardenal Baronio, aunque sin fundamento, que san Basilio fué el fundador de los monjes en el Ponto y en la Capadocia. Es verdad que no tenemos pruebas en contrario ; pero es difícil concebir que unos solitarios que se habian extendido desde la Siria y la Mesopotamia hasta la Persia, no se hubiesen establecido también en el Asia Menor, en donde encontraban ménos dificultades. El acla-

<sup>1</sup> S. Basilio el Grande, san Gregorio Nazianceno, san Gregorio de Nisa, Rufino, Sozomeno, Theodoretto, Sócrates y Baronio.

rar este punto sería una discusión inútil para nuestro objeto, puesto que por una parte la opinión de Baronio no se funda más que en conjeturas, y por otra, nada nos dicen los historiadores acerca de los solitarios del Ponto ántes de san Basilio, y aún cuando ántes los hubiese habido en esta región, nada podríamos decir que satisficiera la piadosa curiosidad de nuestros lectores, cualquiera que fuese la opinión que siguiéramos. En fin, si no podemos dar á san Basilio el título de primer fundador de las órdenes monásticas en el Ponto, no puede dudarse que, á lo menos, fué su celoso propagador, y que llegó á ser el padre de los monjes de Oriente por las reglas que les dió, y que han sido casi universalmente seguidas.

La ciudad de Cesarea, en Capadocia, fué la patria de este Santo, asignándose su nacimiento hacia el año 328 ó 329, y encontrando en su familia nobleza, riquezas y santidad. Hablaremos en particular de él para no interrumpir el hilo de su historia. Fué educado en su infancia por su abuela santa Macrina, y recibió de su padre los primeros conocimientos de las letras humanas, y probablemente de la retórica. Pasó sucesivamente á Cesarea de Palestina, á Constantinopla y Atenas para hacer otros estudios, y en esta última ciudad es en donde contrajo una estrecha amistad con san Gregorio Nacianceno, que era casi de su misma edad, y tenía las mismas inclinaciones á la virtud.

La conducta que observó en estas diferentes ciudades correspondió á la santa educación que había recibido, y á las excelentes disposiciones que demostraba para todas las ciencias. San Gregorio Nacianceno describe de esta manera la vida que hacía en Cesarea de Palestina. « Sólomente los que le han instruido saben cuán digno y simpático se mostraba para con sus maestros y discípulos. Igualaba á aquellos, y sobrepujaba á estos en todo género de ciencias. Se grangeó en poco tiempo una gloria extra-

ordinaria en todo el pueblo y aún entre los personajes más ilustres de la ciudad. Admirábase en él una ciencia y una erudición superior á su edad, y aparecía en sus modales una gravedad y una dignidad mucho más admirables que su ciencia. El estudio de la elocuencia era para él muy secundario, y no se servía de ella sino en cuanto contribuía al esplendor de la filosofía cristiana, y á la mejor y mas clara manifestación de sus pensamientos. Su estudio principal consistía en aprender á desprenderse del mundo para unirse á Dios, en ganar los biénes inmutables y eternos por medio de los frágiles y pasajeros, y en adquirir el cielo aún á costa de todas las cosas de la tierra.

Basilio continuó portándose de la misma manera en Constantinopla, en donde estudió bajo la direccion del célebre Labanio, que desde entónces le miraba con respeto, aunque era muy jóven, á causa de la gravedad de sus costumbres, y se sentía arrebatado de admiración á vista de su elocuencia. La divina Providencia y su irresistible inclinación á las ciéncias le llevaron á Aténas. San Gregorio Nacianceno, á quién había conocido en Cesarea, había llegado ántes que él. Este santo nació hacia el año 329, en la aldea de Arioza, en el territorio de Nacianzo, lo cual es causa de que se le dé el nombre de este territorio. Fué su padre Gregorio, que más tarde ocupó la silla episcopal de esta ciudad, y su madre la bienaventurada Nona, ambos venerados como santos, así como san Cesáreo su hermano, y santa Gregoria su hermana. Despues de la de san Basilio hablaremos de esta santa familia. Su madre le obtuvo por el fervor de sus oraciones, y su infancia pasó en una hermosa inocencia, sostenida y alimentada por la piedad de sus padres. Desde sus más tiernos años manifestó una especie de gravedad que presagiaba la que había de distinguirle durante toda su vida. La inclinación de su corazón hacia la virtud crecía con la edad : gozaba en la lec-



tura de los Libros santos, y ninguna recreación le satisfacía tanto como conversar con personas piadosas. Un sueño que tuvo, y en que le pareció presentársele la castidad con sus celestiales atractivos, abrazó su corazón en amor hacia esta virtud, y se consagró enteramente á ella. En su consecuencia renunció á todas las recreaciones de la juventud, y á todo cuanto pudiera ofrecerle en el mundo motivo de tentación, y desde entónces no encontraba satisfacción en ninguna cosa más que en el servicio de Jesucristo.

Despues de aprovecharse en su casa de los cuidados que se había tomado su padre por su educación, pasó á Cesarea de Capadocia y despues á Cesarea de Palestina, en donde asistió á las lecciones de Thespeso, célebre profesor de elocuencia. Pero al cultivar las letras humanas, daba siempre la preferencia á las divinas, que consideraba como el único estudio digno de un cristiano. Permaneció algún tiempo en Alejandría, y despues pasó á Aténas para perfeccionarse en la elocuencia. En su viaje se le manifestó de una manera extraordinaria la protección que Dios le dispensaba, pues que le destinaba para ser una firme columna de su Iglesia y un celoso ministro de la salvación de las a'mas. El buque que le conducía fue combatido veinte dias por una violenta tempestad, durante la cual se hallaron todos los pasajeros á punto de perecer. Casi todo este tiempo lo pasó postrado sobre la cubierta implorando el auxilio de Dios, á quién renovó la promesa que había hecho su madre al darle á luz. Sus padres sufrieron también amargamente, considerando el peligro en que se hallaba, y unieron sus oraciones á las del jóven náufrago. Dios las escuchó misericordiosamente : el mar se calmó, y todos los pasajeros estaban tan persuadidos de que debían su salvación á sus oraciones, que abrazaron la fé de Jesucristo. Llegó, por último, á Egina, desde donde se trasladó á Aténas. Esto acontecía hacia el año 350,

en cuyo tiempo podía tener unos veintiuno ó veintidos años.

San Basilio, cuya historia reanudamos, llegó á la misma ciudad el 351, siendo para él un gran motivo de consuelo el encontrar á su íntimo amigo, Pero viendo que Aténas no respondia á la idea que se había formado, comenzó á arrepentirse de su viaje. Gregorio levantó su abatido ánimo, y lo tranquilizó, diciéndole que, como no era posible conocer las costumbres de los hombres sino despues de una larga experiencia, así también se necesitaba algún tiempo para juzgar su doctrina.

Su amistad, que hasta entonces era puramente natural, fué de dia en dia más estrecha y sólida, á medida que se comunicaban los sentimientos más íntimos de sus corazones, y se confiaban sus ardientes deseos de consagrarse enteramente al Señor, hasta el punto de tener una morada y una mesa común, por lo mismo que no tenían más que una voluntad de servir á Dios con toda perfección. « ¡ Ay ! dice san Gregorio hablando de esta hermosa unión, ¿ como podré yo referirla sin derramar lágrimas ? La ciencia, tan propensa á la envidia, era el fin á que nos consagrábamos, y sin embargo, no sentiamos los estímulos de esta villana pasión ; ántes por el contrario, la emulación sóloamente nos excitaba á estudiar mejor, y nos esforzábamos, no en sobresalir el uno sobre el otro, sino en aprovechar mútuamente. Cada cual miraba la gloria del otro como propia. Todos nuestros esfuerzos, todas nuestras pretensiones eran adelantar en la virtud. No queríamos vivir en la tierra sino para hacernos dignos de la vida del cielo. Trabajábamos por desasirnos de esta vida ántes de dejarla, y á este fin únicamente dirigíamos todas nuestras acciones. La ley de Dios nos guiaba, y mútuamente nos animábamos á la práctica de la virtud. No nos tratábamos con los estudiantes libertinos, sino con los más

recogidos y castos. Evitábamos la compañía de los turbulentos, y buscábamos la de los pacíficos, porque es más fácil contagiarse con el vicio que imitar la virtud. Nos complacíamos más en las ciencias que reportan utilidad, que en las que no sirven sino de pura recreación. No sabíamos más que dos caminos, el de la Iglesia, que nos era muy agradable, y el que nos conducía á la casa de nuestros maestros, dejando á otros el que llevaba á las fiestas profanas, á los espectáculos, á las asambleas y festines, porque no debe hacerse caso sino de lo que contribuye á santificar la vida. Hay muchos que se envanecen con el nombre de sus padres, á con los cargos que ejercen y las dignidades que los honran ; pero nosotros no queríamos otra gloria que ser llamados cristianos, y serlo verdaderamente. »

Así se expresa san Gregorio, y hemos creído conveniente exponer la edificante conducta que observaron durante el tiempo de sus estudios, para presentarlos como modelos de jóvenes estudiosos, sin que puedan excusarse con su juventud ni con los malos ejemplos, pues estos santos se hallaban en la edad en que combaten las pasiones con más vehemencia, y en que no faltan en las ciudades en que estudian escolares libertinos, que al mismo tiempo que cultivan sus inteligencias con el estudio, abandonan sus corazones á toda clase de excesos.

Juliano, que despues fué emperador y apóstata, vino á Atenas en la época en que estudiaban estos dos santos. Pronto conocieron los sentimientos que abrigaba su in-noble espíritu, por más que procuraba ocultarlos, lo cual hace exclamar á san Gregorio con amargura : « ¡ Que grande mal alimenta el imperio romano en este jóven ! ¡ Quiera Dios que yo sea un falso profeta ! » Poco tiempo permanecieron en esta ciudad despues de la llegada de este príncipe, pues san Basilio se retiró el año 355, á pesar de los esfuerzos que se hicieron para retenerle. Poco

despues le siguió san Gregorio, yendo uno en pos de otro á Constantinopla, y reuniéndose al fin en Capadocia.

San Basilio había perdido á su padre, y habiendo llegado á Cesarea, su patria, « dió alguna cosa al aire del mundo y á la escena del siglo, » según la expresión de san Gregorio, lo que puede significar que enseñó la retórica, no por ostentación, sino por satisfacer los deseos de sus conciudadanos. Pero su hermana santa Macrina, uniendo sus consejos á las inclinaciones que sentía por abandonar enteramente el mundo, acabó por determinarlo á esta resolución. « Comenzó, pues, dice san Gregorio Nacianceno, á vivir para sí mismo : dejó de ser jóven indeciso, para hacerse varón fuerte, y á esforzarse generosamente por llegar á la divina filosofia. Despreció todo el vano aparato y brillantez de la ciencia profana, para abrazar una vida humilde, como Moisés había preferido la pobreza de los hebreos á los tesoros de los egipcios. »

Pero oigamos al mismo san Basilio que describe en estos términos el estado en que entónces se hallaba su espíritu. « Despues de haber dado, dice, mucho tiempo á la vanidad, y de haber empleado casi toda mi juventud en adquirir con un largo é inútil trabajo las ciencias que conducen á la sabiduría reprobada por Dios, me levanté al fin como de un profundo sueño. En este estado necesitaba un guia que me condujese, é hiciese entrar en los principios de la piedad. Mi mayor cuidado era reformar mis costumbres. Leí, pues, el Evangelio, y encontré que no hay un medio más adecuado para llegar á la perfección, que vender los bienes, distribuir su valor á los pobres y desprenderse de todos los cuidados de esta vida, de tal manera que el alma no se halle turbada por el apego á las cosas de la tierra. »

Dice Rufino que fué san Gregorio Nacianceno el que, valiéndose de la libertad que le daba la amistad, le hizo descender de la cátedra para abrazar la vida monástica y

el retiro ; pero es seguro que santa Macrina contribuyó, por lo ménos, tanto como él. San Gregorio, que había diferido la recepción del santo bautismo hasta regresar á su pais, emprendió, despues de recibirlo, la misma perfección que se había esforzado por inculcar á su amigo, y se entregó tan enteramente á Dios, que no quiso tener otra posesión que su santo amor. Despreció absolutamente las riquezas, la nobleza, la reputación, el poder y todas las voluptuosidades bajas y perecederas de la tierra... « Todo lo he dado, dice él mismo, al que me ha recibido y me ha conservado en su heredad. Le he consagrado mis bienes, mi gloria, mi salud y el talento de la palabra que pudiera tener, y no he sacado otro fruto de todas estas ventajas terrenas que el despreciarlas, y tener alguna cosa en que poder preferir á Jesucristo. » Desde entónces miró con aversión profunda todas las grandezas y dulzuras de la tierra. Todo el regalo de su mesa consistía en un poco de pan con sal y agua, y estimaba esta vida pobre y penitente mucho más que las delicias de que puedan gozar las más distinguidas personas en el mundo.

Esto nos demuestra que los dos santos abrazaron desde entónces la vida ascética ; pero no permanecieron juntos, aunque lo hubieran deseado, porque san Gregorio se vió obligado á cumplir para con sus padres los deberes que la misma naturaleza impone. San Basilio emprendió algunos viajes que consideró convenientes para su propósito de consagrarse enteramente á Dios, recorriendo la Mesopotamia, la Celesiria, la Palestina y el Egipto. Visitó á los santos solitarios de estas comarcas, y admiró su vida austera y laboriosa, así como su fervor y su asiduidad en la oración. Quedó sorprendido de ver que, insensibles al sueño y á las demás necesidades de la naturaleza, al hambre, á la sed, al frio y á la desnudez, sin permitirse el más pequeño alivio, cual si sus cuerpos les fuesen extraños;

tenían siempre el espíritu libre y levantado à Dios, demostrando con su conducta, que, aún estando en la tierra, se puede ser ciudadano del cielo.

Hay motivos para suponer que san Basilio se hallaba en Alejandría, cuando el impío Jorje, furioso ariano, perseguía encarnizadamente à los católicos y à los discípulos de san Atanasio, como hemos visto en otro lugar. En uno de estos viajes, hacia el año 357 ó 358, tuvo el sentimiento de ver en todas partes, que los más ilustres y virtuosos obispos y muchos eclesiásticos eran desterrados y maltratados por los arianos, que turbaban la paz de la Iglesia con sus errores y cismas. Su corazón se desgarraba de amargura al considerar que, mientras la unión reinaba en los diferentes estados de la vida, en la Iglesia, por el contrario, por la cual había muerto Jesucristo, y sobre la cual descendían con abundancia los dones del Espíritu Santo, se oponían la mayor parte de los pueblos à las verdades del Evangelio. Pero lo que amargaba aún más su alma era ver que los sacerdotes se hallasen divididos en puntos fundamentales de fé, y que su conducta fuese tan opuesta à los divinos preceptos, desgarrando sin compasión à la Iglesia de Dios, y turbando la paz del rebaño de Jesucristo, realizándose de esta manera lo que decía el apóstol san Pablo, à saber : que muchos enseñarían una doctrina corrompida para atraerse discípulos con su novedad. Quiso examinar por sí mismo cual era la causa de estos desórdenes, y despues de consultar las sagradas Escrituras, reconoció que estas divisiones, así como la temeridad de los que inventaban dogmas nuevos, y preferían formar nuevos partidos contra Jesucristo àntes que someterse à su doctrina, no podía proceder de otra causa que de haber abandonado à Dios y no querer reconocerle por rey.

Dianeó era obispo de Cesarea desde muchos años àntes que Basilio regresase de sus viajes, y de sus manos recibió

el santo bantismo. Temiendo este prelado que otra iglesia se lo arrebatase, lo ordenó de lector, lo cual no fué obstáculo para que Basilio se esforzase en imitar la vida de los solitarios que había visitado, y para ello se unió á Eustaquio y á sus discípulos que profesaban la vida monástica. Eustaquio era compatriota y amigo suyo desde la infancia, y había edificado un monasterio en donde había reunido muchos discípulos, que observaban la más exacta disciplina. Creyó Basilio que debía unirse á ellos, pues su vida exterior se asemejaba á la de los monjes que había visto en otras provincias; sin embargo, muchas personas le aconsejaron que no se tratase con ellos, porque la voz pública proclamaba que sostenían erróneas doctrinas acerca de la divinidad de Jesucristo. Pero el Santo no atendió á estos consejos, porque no podía persuadirse que fuesen interiormente otra cosa de lo que manifestaba su exterior modesto y penitente. Pronto conoció que se había equivocado en el concepto favorable que de ellos se había formado, y le bastó leer la *Historia eclesiástica* para distinguir en Eustaquio á un discípulo de Ario, á un veleidoso que no tenía otra fé que la que le convenía, y al más grande perseguidor que tuvo san Basilio.

Et Santo no permaneció mucho tiempo en Cesarea, pues sólomente esperaba á san Gregorio Nacianceno para dirigirse al Ponto; pero no pudiendo éste acompañarle, aprovechó esta ocasión para hacer una visita á su madre, que vivía con su hermana santa Macrina en un monasterio que habían edificado, y cerca de él encontró una soledad muy adecuada para secundar sus deseos. Este monasterio estaba situado á orillas del Iris, á poca distancia de Ibora, pequeña ciudad episcopal del Ponto, y á siete ú ocho estadios de la iglesia de los Cuarenta Mártires. La soledad que escogió san Basilio estaba á la otra orilla del Iris, y de ella hace una descripción muy agradable á san Gregorio para

animarle á que le acompañase. Pero aún no era tiempo.

Puede asignarse este primer retiro hacia el año 350. La vida que luzo en él era muy pobre y austera : pan, sal y agua constituían su único alimento, como hemos dicho de san Gregorio : cuando añadía algunas yerbas ó legumbres, era para él un gran festín. Entónces es cuando escribió la excelente carta á san Gregorio Nacianceno, que se halla colocada á la cabeza de todas las suyas, muy llena de erudición, y en la que expone muy extensamente la conducta de los solitarios. Entra en muchos detalles que pueden servir á las personas religiosas para dirigir todas sus acciones, y llegar á la más eminente santidad. En las reglas que dá no hace otra cosa que exponer su propia conducta.

Para convencerse de ello, basta leer lo que san Gregorio de Nisa, su hermano, y san Gregorio Nacianceno escribieron de él. Dicen que, al resolverse á abrazar la pobreza evangélica, fué tan firme su propósito cual una roca en medio de las olas : que sus riquezas consistían en no poseer cosa alguna y en abrazar la cruz del Salvador : que no poseía más que su cuerpo, y que empleó todo lo que le quedaba en el alivio de los pobres. Su abstinencia, por último, era tan grande, que los que, habiendo sido testigos de las austeridades de su vida, le alabaron despues de la muerte, dicen que daba á su cuerpo, no lo que exigía la naturaleza para su conservación, sino lo que prescribía la ley de la abstinencia que se había impuesto.

Rindióse, al fin, san Gregorio Nacianceno á sus invitaciones, y vino á unírsele en la soledad. De él tenemos una carta que le escribió, y en la cual, recordando los dias de consuelo que habían pasado en los ejercicios de la vida religiosa, nos enseña el género de vida que en ella hacían. « ¿ Quien tuviera, dice, la dicha de gozar sólamente durante un mes de los dias que hemos pasado, comunicán-



donos nuestras satisfacciones y penalidades? Tan cierto es que los más grandes trabajos se hacen agradables cuando los llevamos voluntariamente, así como las cosas más lisonjeras se convierten en molestas, cuando se hacen violentamente; ¿Quién pudiera gozar de aquellos cánticos, de aquellas vigiliás, de aquellas oraciones que nos trasportaban de la tierra al cielo: de aquella vida casi desprendida de la materia: de aquella emulación que teníamos por la práctica de la virtud, y aquel celo con que procurábamos conformar nuestras acciones con las reglas de la sólida piedad? ¿Con cuanta satisfacción me aplicaba entónces al estudio de las santas Escrituras? Y hablando de otras cosas de ménos importancia, ¿no he de ver yo más aquel tiempo que dedicábamos á los trabajos manuales, á llevar leña, á cortar piedras, á plantar árboles y á regar la tierra? »

De esta manera recuerda san Gregorio á san Basilio las inocentes delicias de su retiro, que se reducían al gusto por la oración, al ejercicio de las virtudes, á los trabajos de la penitencia, y á la meditación de las santas Escrituras, á la cual añadían la lectura de los santos Padres que las habían explicado ántes que ellos, para sacar de sus interpretaciones el verdadero sentido y tradición de la Iglesia.

Los habitantes de Neocesarea pidieron en esta época á san Basilio, por medio de sus principales magistrados, que viniese á encargarse de la educación de la juventud; pero prevaleció en su corazón el amor á la soledad, y aunque fueron muy grandes las instancias que se le hicieron, prefirió tratar con Dios en el silencio de su retiro, que enseñar á otros el arte de hablar con elocuencia. Pero aún cuando se había retirado al Ponto para no entregarse más que á Dios y á sí mismo lejos del tumulto de las ciudades, no pudo impedir que de todas partes viniesen á él para pedirle reglas de conducta con tanta más razón, cuanto que, ade-

más del raro talento con que explicaba las santas máximas de la religión, en que estaba muy instruido, las practicaba y enseñaba con su ejemplo.

Esto dió ocasión al establecimiento de un gran monasterio, y más tarde á otros, pues la caridad le hacía trabajar con tanta atención como celo por la gloria de Dios y la salvación de las almas. Sabemos por san Gregorio Nacianceno, que los religiosos vivían en este monasterio bajo la dirección del Santo en una unión la más estrecha y caritativa, en un fervor extraordinario por la práctica de las virtudes, y amándose unos á otros, de tal manera que podía decirse, que por su fervor se hacían hombres superiores á sí mismos y enteramente celestiales. El Santo quiso que viviesen en común, y que uniesen la sociedad con el retiro, por lo cual los llama ordinariamente comunidades de hermanos, y si es lícito usar de este término, fraternidades.

Para establecer mejor entre ellos una observancia, exacta y uniforme, los instruía en las máximas de los Padres y primeros maestros de la vida religiosa, y les prescribió reglas para conducirse y santificar su estado. A esto se debe el precioso tesoro de reglas que se contiene en sus obras. á saber ; las grandes reglas que contienen cincuenta y cinco cuestiones y otras tantas respuestas, y las pequeñas reglas en número de trescientas trece, en las cuales son tratadas las materias con ménos extensión. De unas y otras hablaremos en un capítulo especial. Escribió también en su soledad diversas cartas, tanto á monjes, como á vírgenes, y á otras personas, de cuyos documentos también tendremos ocasión de hablar. Pero al mismo tiempo que trabajaba por inspirar á los hombres el amor al retiro, sabiendo por propia experiencia las ventajas que proporciona al alma, no manifestaba ménos celo por llenar el monasterio de su hermana santa Maerina de castas palomas, cuyo principal

ejercicio era suspirar incesantemente por el cielo. Así lo declara expresamente á una señora llamada Julita, que era parienta suya y viuda, asegurándola que, si tuviese la dicha de verla abrazar un día un género de vida tan santa y sublime, necesitaría tener á su lado un gran número de personas para dar á Dios la debida acción de gracias.

No se limitó su celo á estas primeras fundaciones : pues enseña Rufino que iba por todas las ciudades y aldeas del Ponto, animando á los habitantes de esta provincia con conmovedoras exhortaciones á salir de la relajación para servir fielmente á Dios : que consiguió que muchos renunciasen al mundo para no pensar más que en la salvación de sus almas y en el servicio de Dios : que les enseñó á edificar monasterios, á establecer comunidades en ellos, á que cuidasen los unos de los otros, á fin de que no les faltase nada de lo necesario : á que se ocupasen en la oración, en el canto de himnos y salmos, y á que cuidasen de los pobres, edificándoles habitaciones modestas y suministrándoles las cosas necesarias para la vida. Cuidó también de las religiosas como lo hacía de los hombres, y enseñó á los pueblos á que educasen vírgenes que fuesen dignas esposas de Jesucristo. De esta manera cambió en poco tiempo la faz de esta provincia, en la que casi todo el mundo empezó á llevar una vida pura y casta, y en que muchas personas le entregaban sus bienes para que los distribuyese á los pobres.

Dice también Zozomeno, ampliando lo expuesto por Rufino, que el Santo estableció muchos monasterios en el Ponto : que recorría las poblaciones para instruir al pueblo, y que consiguió que en todas partes se abrazase la fé de Nicea, de que hacía pública profesión sin temer las persecuciones de los arianos, que por desgracia gozaban de gran prestigio en aquella época. San Gregorio Niseno dice que de toda la provincia venian á verle muchas perso-

nas, y añade el Nacianceno que era como una lámpara que, puesta en el candelero por su elevación al sacerdocio, hacía brillar por todas partes su luz, haciéndose de día en día mas esplendente y hermosa.

El mismo san Gregorio Nacianceno trabajaba también por su parte en la gloria de Dios : así es que estos dos ilustres personajes, á quienes el Señor había dado á su Iglesia para sostenerla en los borrascosos tiempos del arianismo, hacían entónces los ensayos de su celo con éxito maravilloso, aprovechando sus talentos y sus estudios en convertir á los pecadores, en animar á los justos y en defender la pureza de la fe contra los asaltos de error. Esto hacía que, comparando Rufino á estos dos santos, dijese que Basilio, lleno de ternura y de compasión para con los pecadores, trabajaba con dulzura para levantarlos de las miserias de la culpa, miéntras Gregorio, previendo todo lo que podía arrartrarles al pecado, procuraba evitarles que cayesen en él. El uno era puro en su fé, el otro la anunciaba con libertad : el uno era humilde ante Dios, el otro lo era también ante los hombres : el uno se elevaba sobre los soberbios, despreciándolos, el otro los atraía con la fuerza de sus razonamientos, y de esta manera, dotados de diversas gracias, caminaban ambos al mismo grado de perfección, y cumplían su misión divina de gobernar á los pueblos.

San Gregorio no pudo gustar mucho tiempo la dicha de vivir con san Basilio en su soledad : pues su padre, que era obispo de Nacianzo, le llamó, y tuvo necesidad de ir á su lado, entre otras razones porque este prelado tuvo la desgracia de ser sorprendido por los artificios de los arianos, y suscribió el capcioso formulario de Rímini, que tantos desordenes produjo en la Iglesia. A consecuencia de esta debilidad los monjes de la diócesis de Nacianzo se separaron de él, y Gregorio tuvo necesidad de intervenir para remediar los males causados por esta caída.

Por otra parte, Dianeos, obispo de Cesarea, había caído en la misma falta del padre de san Gregorio, y aunque san Basilio le amaba muy tiernamente por haber sido su padre espiritual y haber recibido de sus manos el santo bautismo, se vió obligado á separarse de su comunión, pues anteponía su fé al cariño filial que profesaba á este prelado. La sencillez del padre de san Gregorio y su natural rectitud, juntamente con su avanzada edad, habían sido causa de que se hubiese dejado engañar por la doblez de los arianos, y de que no hubiese conocido el veneno que contenía la fórmula de Rímmini. A su vez el carácter dulce de Dianeos, que le impedía ser sostenido en sus resoluciones, dió motivo á su caída.

Habiendo llegado san Gregorio á Nacianzo y presentándose á su padre, hizo todos los esfuerzos que estaban á su alcance, para que se le uniesen todos los que se habían separado de su comunión, y tuvo, al fin, el consuelo de conseguirlo. Los monjes, que habían sido los últimos en separarse de él, más aflijidos que indignados por la caída de su obispo, fueron los primeros en darle ejemplo de paz. Esto acaecía hacia el año 364, le pidieron que celebrase esta reunión con un discurso público. Hízolo así, pues á pesar de sus repugnancias, había recibido de su mismo padre el carácter sacerdotal, retirándose en seguida al lado de san Basilio para dulcificar en alguna manera el dolor que había experimentado ; pues su modestia le hacía temer tan alto ministerio.

Poco tiempo antes, ó sea en el año 362, recibió también san Basilio en Cesarea el órden sacerdotal. Había sido llamado á esta ciudad por el obispo Dianeos, que, viéndose en el lecho de la muerte, quiso reconciliarse con él, y le protestó que, al suscribir la fórmula de Rímmini, no conocía la doblez que encerraba, y que no había pretendido separarse de la fé de Nicea, con lo cual quedó enteramente

satisfecho el Santo. Muerto Dianeó, le sucedió Eusebio, el cual, después de su consagración, se apresuró á elevar á san Basilio al sacerdocio para detenerle entre su clero, lo cual le causó la misma pena que á san Gregorio. Vióse, pues, obligado á permanecer en Cesarea, y en una carta que dirigió á san Gregorio se lamentaba de no poder volver á su amada soledad del Ponto, contestándole éste, para consolarle, en estos términos : « Ambos hemos sido cogidos en los mismos lazos : se nos ha obligado, á pesar de nuestras resistencias, á ser sacerdotes. Ambos hemos ambicionado siempre la vida más humilde y baja, y á nuestro juicio, se opone á ella la vida sacerdotal. A lo ménos, yo así lo creo, hasta que no conozca cuales son los designios que Dios tiene sobre nosotros. Pero puesto que ya no hay remedio, preciso es someternos, principalmente en estos tiempos, en que nos atacan por todas partes los herejes, y no hacer cosa alguna indigna de las esperanzas que se han concebido de nosotros, ni de la vida que hasta el presente hemos llevado. »

Aunque mucho se aflijieron estos Santos por su ordenación, pues se hallaban penetrados del sentimiento de su bajeza y temían la dignidad sacerdotal, la Iglesia tuvo motivo para regocijarse de ella por los grandes beneficios que le reportó en aquellos calamitosos tiempos, en que la constancia de los fieles necesitaba ser sostenida por ministros sabios é intrépidos contra las violencias de Juliano el Apóstata y de los arianos. Resistieron efectivamente á este emperador con una firmeza heroica en 362, que fué el año en que se dejó sentir más vivamente la persecución en Capadocia, como puede verse con más extensión en la historia eclesiástica. Baste decir que, á pesar de las promesas que les hizo Juliano para halagarlos, y de las penas con que más tarde les amenazó, despreciaron su amistad y su indignación, y que este príncipe, que temía su erudición

y elocuencia, como uno de los mayores obstáculos que se oponían á sus designios de establecer la idolatría sobre las ruinas del cristianismo, se propuso al fin inmolarlos al demonio despues de su regreso de la guerra de Persia, como las víctimas más agradables que pudiera ofrecerle. Pero Dios le castigó con la muerte ántes de realizar sus nefandos propósitos.

Esta muerte fué una especie de triunfo para san Basilio, á quién Dios reveló el momento en que había acaecido ; pero permitiendo al mismo tiempo que padeciese otra especie de persecución de quién, al parecer, ménos debiera esperarla, de Eusebio, su nuevo obispo. Porque ¿ quién debiera serle más adicto que este prelado ? Más como dice san Gregorio Nacianceno, se dejó llevar de la debilidad humana : pues la gloria que san Basilio se había conquistado con sus talentos y virtudes y el entrañable amor que le profesaba la ciudad de Cesarea, llenaron su corazón de envidia y de aversión.

Esta pasión hubo de manifestarla en la manera injuriosa con que le trató en más de una ocasión, y con lo cual no consiguió otra cosa que malquistarse con lo más santo y sabio que había en su iglesia, y en particular con los monjes, que no podían tolerar que se maltratase á un hombre que tanto honraba su profesión. Llegó á tal extremo este asunto, que, temiendo el Santo una división entre el pastor y las ovejas, tomó la resolución de dejar secretamente la ciudad, y volver á su soledad del Ponto, á donde le siguió san Gregorio, y en donde continuó gobernando los monasterios que habia fundado. Al saber el pueblo de Ceseara su desaparición, le manifestó la pena que le habia causado su ausencia, y le rogó que volviese á su patria querida ; pero el Santo se limitó á contestar con gran modestia y á suplicar que le dejarasen gozar durante algún tiempo las delicias que encontraba en la compañía de los

santos, es decir, de san Gregorio y de los religiosos de su monasterio, expresándoles al mismo tiempo el amor que profesaba á sus conciudadanos, y el celo que le abrasaba por su salvación, y recomendándoles que se guardasen de los arianos, á quienes llamaba filisteos, para que no turbasen con sus blasfemias la pureza de su fé.

Nada sabemos de sus ocupaciones durante este segundo retiro ; créese, sin embargo, que ayudó á san Gregorio en la confección de dos discursos que hacia este tiempo publicó contra Juliano. No es de suponer que san Gregorio estuviese mucho tiempo á su lado, á causa de necesitarle su padre para que le ayudase en el gobierno de su diócesis. Eusebio le honraba mucho y le invitaba á las asambleas ; pero Gregorio le manifestó en una carta que, aún cuando le estaba reconocido por las distinciones que le dispensaba, debía, no obstante, decirle con la libertad de que hacia profesion, y de que no debía ofenderse un amante tan sincero de la verdad como Eusebio, que le afectaban en extremo las injurias que había hecho, y continuaba haciendo á Basilio : que siendo éste su íntimo amigo y compañero, el honrar á uno y maltratar al otro era acariciar á una persona con una mano y abofetearle con la otra, y por lo tanto, le pedía que pusiese término á esta situación en la seguridad de que Basilio no dejaría de guardarle las consideraciones debidas. Consiguió al fin, que Eusebio se reconciliase con este santo, y habiendo sido enviado para traerle á Cesarea, consumó esta paz que todo el mundo deseaba.

Nada más conveniente á la iglesia en aquellos tiempos : pues habiendo vivido poco tiempo Joviano y sucedídole Valente, gran partidario y fautor de arianos, se llenaron de osadía estos herejes, y en gran número entraron en Cesarea para sembrar la discordia con sus errores. Pero san Basilio los combatió con tanta energía y fuerza de razonamiento, que Valente y los obispos arianos que con él



habían venido, se vieron obligados á retirarse llenos de confusión.

Esto acaecía hacia el año 366, despues de haber vivido nuestro Santo tres años en su retiro del Ponto. No puede expresarse el número considerable de bienes que dispensó á Cesarea despues de la huida de los herejes. Su primer cuidado fué captarse de tal manera la voluntad de Eusebio, que le quitó todo motivo de desconfianza y de sospecha. Estaba continuamente á su lado, le instruía, y le obedecía prestándole los oficios de un excelente consejero, de un auxiliar dispuesto siempre á complacerle, y de un sabio intérprete de los divinos oráculos, de modo que podía decirse que de todos los ministros del prelado ninguno le era más fiel y útil que Basilio. Esto dice más en favor de su conducta en Cesarea que todo cuanto pudiéramos aducir, pues descender á estos detalles nos separaría de nuestro propósito, que es tratar sólomente de aquello que se relaciona con la vida monástica.

Eusebio murió á mediados del año 370, teniendo el consuelo de expirar en brazos de san Basilio, que le sucedió en el gobierno de su iglesia, á pesar de los esfuerzos que, para impedirlo, hicieron gentes mal intencionadas y ambiciosas, y hasta obispos envidiosos de su mérito. La diócesis de Cesarea era una de las más importantes, y san Gregorio la llama madre de casi todas las iglesias : pues era metrópoli de toda la Capadocia, y aseguran muchos sabios que era la capital de todo lo que los romanos conocían bajo el nombre de diócesis del Ponto, es decir, la Capadocia, la Galacia, la pequeña Armenia, toda la costa del Ponto, la Paflagonia, y la Bitinia, todo lo cual comprendía en tiempo de Teodoreto once provincias y más de la mitad del Asia Menor. No es de extrañar, por lo tanto, que fuese para muchos objeto de ambición ; pero nadie era tan digno de gobernarla como el gran Basilio, ya se considere su mérito

personal, ya se atiendan las críticas circunstancias de aquellos tiempos, en que, se necesitaba un varón tan eminente en ciencia, en talento, en firmeza y en santidad.

No defraudó efectivamente las esperanzas de los que le colocaron en aquella silla, figurando entre otros muchos el anciano Gregorio, padre de san Gregorio Nacianceno, y san Eusebio de Samosata, á quién acudió aquel para apoyar esta elección con la autoridad que le daban su reputación y su mérito eminente. Basilio se superó á sí mismo, dice san Gregorio Nacianceno, cuanto había superado á los demás, y las sabias resoluciones que adoptó, y los gravísimos negocios que tuvo que resolver, no sirvieron sino para evidenciar más y más la firmeza de su fe, y la grandeza de su celo y de su piedad. La historia de su episcopado daría materia para más de un libro, como puede verse en Hermant y Tillemont, que la han trazado apoyándose en los monumentos más seguros de la Historia eclesiástica. No expondremos aquí más que lo más esencial, en cuanto se relaciona con nuestro principal objeto.

Puede considerarse la conducta de san Basilio en el episcopado, ó con relación al gobierno de su iglesia, ó bajo el punto de vista de los beneficios que dispensó á las provincias vecinas, ó en los trabajos que realizó por la Iglesia universal, para sostener la pureza de la fé, para reformar las costumbres, ó para animar y perfeccionar á los fieles en la piedad. No creía que el cuidado de su persona debía formar parte de su solicitud pastoral : no le preocupaba otra cosa que la gloria de Dios y la salvación de las almas. Su familia era poco numerosa. Las rentas de su iglesia no le impedían ser pobre : pues le agradaba sentir las incomodidades de la estrechez, y que le faltase lo más necesario á un obispo. Observó durante toda su vida un ayuno rigoroso, siendo imposible expresar las enfermedades que padeció, y la debilidad á que la mortificación redujo su cuerpo, así

como los trabajos que sufrió para cumplir dignamente su cargo, sin reconocer al mismo tiempo la mano del Señor que le fortalecía con su gracia, y le sostenía por una especie de milagro para el bién de su iglesia. No puede establecerse más diferencia entre san Basilio en su retiro y san Basilio en el episcopado, que la que procede del rango y de las ocupaciones eclesiásticas : pues unas mismas eran las austeridades y unas mismas las virtudes.

Conócese el celo que le animaba por el bién de su pueblo en las frecuentes instrucciones que le dirigía. No se contentaba con hacérselas en los domingos y dias festivos, sino siempre que veía venir á la iglesia gente ávida de escucharle. Estableció prácticas para atentar la piedad. « Viene el pueblo, dice en una de sus cartas, muy de mañana á la casa de la oración, hace su confesión con un vivo dolor, con una grande compunción y con torrentes de lágrimas. De la oración pasa á la salmodia, dividiéndose en dos coros para cantar alternativamente. De esta manera se fortalece en la meditación de la palabra de Dios, y conserva su alma en el recogimiento. Uno se encarga de comenzar lo que ha de cantarse, y los demás continúan y responden, etc. Cuando llega el dia, todos ofrecen á Dios el salmo de la confesión, y cual si tuviesen una sola lengua y un solo corazón, manifiestan con palabras tiernas y expresivas la amargura que le causan sus faltas.

Hace notar que en una ocasión había ido su pueblo á orar á una iglesia de mártires, y que en ella permaneció desde la mañana hasta el mediodía adorando á Dios y cantando sus alabanzas. Entretanto él había ido á otra iglesia más lejana para cumplir en ella ciertos deberes de la liturgia, y al mediodía vino á la otra en que se hallaba congregado el pueblo, en donde le explicó el salmo ciento catorce. En una de sus cartas dice también que los fieles comulgaban con mucha frecuencia en su iglesia ». Es muy bueno y

útil, dice comulgar todos los días : pues Jesucristo dice terminantemente que el que come su carne y bebe su sangre tendrá la vida eterna ; Quién puede, por consiguiente, dudar que cuanto más se participa de este pan, tanto más se participará de su vida ? Hé aquí porque se comulga cuatro veces en semana : el domingo, el miércoles, el viernes y el sábado, y algunos otros días, cuando se celebra la fiesta de algún mártir ».

A estos cuidados particulares sobre su ciudad episcopal añadía frecuentes visitas á las parroquias de la campiña, sin atender á su extrema debilidad que apenas se lo permitía ; pero Dios le recompensaba con las bendiciones que derramaba sobre sus apostólicos trabajos. A esto es preciso añadir el prodigioso número de cartas que escribía, tanto para consolar á unos en sus aflicciones, como para exhortar á otros á que perseverasen en la piedad, ó con otros motivos relacionados con la salvación de sus almas.

También lo hacía, cuando en ello se interesaba la caridad para negocios temporales de su conciudadanos. Así es que, en su cualidad de obispo, se consideraba como el padre y el pastor de su pueblo, y llenaba estas funciones con toda la ternura de que era capaz su corazón.

Esta caridad se manifestó principalmente en el magnífico hospital que erigió para los pobres y enfermos, y especialmente para los leprosos. Era éste un edificio, ó más bien, muchos edificios, que san Gregorio no tiene dificultad en llamar una nueva ciudad, y dice que se hallaba extramuros : que era tesoro común de los ricos, y en donde las exhortaciones de san Basilio hacían que muchas personas no sólomente se desprendiesen de lo superfluo, sino hasta de lo necesario en furor de la indigencia. Allí es, dice este Santo, en donde la enfermedad se sufre con gozo, en donde la miseria parece dichosa, y en donde se practica la verdadera caridad. En efecto, según el plan formado por san

Basilio, este hospital estaba dedicado á todos aquellos que por su edad ó por sus enfermedades necesitaban de los auxilios de otros, aunque fuesen extranjeros. Había habitaciones para todo el personal que en él se invertía; para los medicos, para los guardias, para los criados, para los enfermeros y para todos los trabajadores. Hace notar Teodoro, que el Santo, que lo visitaba con mucha frecuencia, tenía un cuidado especial de los leprosos, y que era tan extremosa su caridad para con ellos, que, sin considerar su nacimiento ni su dignidad, no se desdeñaba de abrazarles y besarles como á hermanos. Este hospital fué célebre mucho tiempo despues, y del nombre de su fundador se le llamo la Basiliada, debió ser comenzado en el año 371 ó 372. Había además otros pequeños en la campiña para los enfermos de las villas ó aldeas, cuya inspección estaba encomendada á los corepiscopos.

Si tanta atención prestaba á los pobres y enfermos, no era ménos la que ejercía para proporcionar buenos ministros á la Iglesia, y para que su clero observase una conducta edificante. Había muchos corepiscopos para que gobernasen la diócesis bajo su dirección, y los congregaba algunas veces en la fiesta de san Eupsico. Renovó los cánones de los santos Padres, en cuya virtud debían los corepiscopos designar á los obispos las personas que habían de ser admitidas al estado eclesiástico, cuyo precepto se hallaba descuidado, y ordenó á estos corepiscopos que le enviasen los nombres de todos los clérigos, el lugar de su nacimiento, por quién habian sido admitidos, cual era su profesión. Mandó también que los que habían sido admitidos por los sacerdotes desde la primera indicción, ó sea desde el año 358, fuesen excluidos por los corepiscopos, á no ser que estos, despues de examinarlos, los encontrasen dignos. Por esta exactitud para elegir bién á los ministros inferiores se puede inferir cuales serían sus precauciones, cuan-

do se trataba de la ordenación de diáconos y sacerdotes.

De esta manera llegó á conseguir que los más ilustres personajes figurasen en su clero, y elevó á éste á una reputación digna del obispo que lo gobernaba. Así lo manifestó en una ocasión en que, deseando Inocente, obispo de una ciudad que no se nombra, muy léjos de Cesarea, pero en el Oriente, conocer al que le había de suceder, por hallarse muy avanzado en edad, se dirigió al Santo, suplicándole que le mandase á un eclesiástico que le designaba. Pero san Basilio, que conocía la importancia de una acertada elección, le escribió diciéndole, que el que le indicaba tenía muy buenas cualidades, pero no las necesarias para ocupar su silla. En su consecuencia, le recomendó á uno muy anciano, á quién llamaba un vaso precioso, así como también á un hijo del bienaventurado Hermógenes, hombre capaz de sostener el peso del episcopado, de un aspecto venerable, muy adecuado para instruir con dulzura á los que se opusiesen á la verdad, grave en sus costumbres, instruido en los cánones, puro en su fé, observante de las reglas de la continencia y de los ejercicios religiosos y desprendido de los bienes de la tierra. Es de notar con muy razonable fundamento, que no se hubiera desprendido fácilmente de un eclesiástico tan eminente, si no hubiese tenido otros del mismo mérito. Efectivamente, entre otros muchos sobresalían Melecio, á quién llama el Santo su cooperador en los trabajos evangélicos, Pemeno, su pariente, cuyas virtudes elogia en una de sus cartas, y Fileromo, de quién habla Paladio en su Lausiaco, y que había confesado generosamente la fé en presencia de Juliano el Apóstata.

No seguiremos á san Basilio en todas las empresas de su episcopado; pero fué tan gloriosa la victoria que alcanzó sobre el emperador Valente, que por sí sola basta para hacer imperecedera la memoria de un obispo. Seguiremos en

este relato á san Gregorio Naciancerro y á san Gregorio de Nisa, que fueron testigos oculares.

Habiéndose propuesto este emperador la destrucción de la Iglesia católica en favor de los arianos, á quienes protegía decididamente, creyó que con la destitución y el destierro de otros obispos no conseguiría sus designios, mientras no pudiese ganar á san Basilio. Con esta intención partió de Constantinopla, haciendo que le precediese Modesto, prefecto del Pretorio <sup>1</sup> para que preparase el camino de la impiedad. Despues de haber afligido con todo género de males á los católicos de la Bitinia y de la Galacia, entró en la Capadocia, y llegó á Cesarea á fines del año 371. Al llegar á las inmediaciones de la ciudad, se detuvo, y envió al prefecto con órden expresa de que san Basilio se sometiese á su voluntad. Hízole llamar Modesto : le habló en un principio con grande consideración y dulzura, si hemos de creer á Teodoreto, y le manifestó que debía acomodarse á las circunstancias de los tiempos, y no turbar la Iglesia con cuestiones, que él llamaba de poca importancia, prometiéndole al mismo tiempo la amistad del emperador, si le obedecía, así como toda clase de favores para sí y para sus amigos. Pero san Basilio le respondió que sus discursos no eran buenos más que para niños, y que las personas instruidas en la verdadera doctrina se hallaban dispuestas á sufrir una y mil muertes, ántes que prescindir de una sola sílaba de la doctrina de la Iglesia. Que él, por otra parte, agradecía el favor del príncipe, siempre que no se opusiese á la piedad y á la fé, en cuyo caso lo rechazaría en absoluto. San Gregorio Niseno y Teodoreto dicen que el pre-

<sup>1</sup> El título de prefecto del Pretorio fué dado por Augusto al comandante de las cohortes pretorianas ; pero en tiempo de Valente y desde Constantino, el prefecto del Pretorio no tenía más que una autoridad puramente civil. Este elevado personaje gobernaba las cuatro prefecturas de Oriente, de Iliria, de Italia y de las Galias.

fecto mezcló las promesas con las amenazas; pero san Gregorio Nacianceno, sin detenerse en el prelude de la dulzura de Modesto, refiere en estos términos esta célebre conferencia.

« Se condujo, dice, al generoso Basilio ante el prefecto, el cual estaba animado de tanta cólera, que nadie se atrevía á hablarle; pero Basilio se presentó á él con tanta confianza, cual si hubiera sido invitado á una fiesta, y no como compareciendo ante el tribunal de un juez. Tan difícil era expresar la ira del prefecto, como la firmeza y la sabiduría de Basilio. ¿ Como es, Basilio, le dijo, pues no se dignaba darle el tratamiento de obispo, como es que teneis la osadía de oponeros á un emperador tan poderoso, y resistir necia é insolentemente sus órdenes? — ¿ Porqué me hablais de esta manera? le respondió Basilio. No veo la razón en que os fundeis para injuriarme. — Es, replicó el prefecto, que rehusais abrazar la religión del emperador, despues que todos los demás se han sometido á ella — Mi emperador, dijo Basilio, no puede pretender semejante cosa. Yo que he sido creado por Dios, no puedo adorar nada creado. — Pues entónces ¿ quién creéis que soy? dijo el prefecto. — Para mí, respondió Basilio, nada sois, cuando me imponeis semejante mandato — ¿ Que? ¿ no mirariais como un gran honor el ser elevado al mismo rango que ocupo? — Vos sois prefecto, dijo Basilio: vuestro rango es muy emiiente; pero no os eleva sobre Dios ».

Arrebatado de cólera el prefecto, se levantó de su silla, y tomando un tono imperioso, le dijo: ¿ No temeis mi poder? — ¿ Porqué lo he de temer? dijo Basilio: ¿ qué me vais á hacer? — La confiscación de vuestros bienes, el destierro, los tormentos, la muerte. — Buscad, dijo Basilio, buscad otras amenazas, pues éstas me importan muy poco. Un hombre que nada tiene, no teme la confiscación, á no ser que os apodereis de estos pobres y desgarrados vestidos



y de algunos libros que tengo. En cuanto al destierro, no lo conozco : no tengo afecciones á ningún lugar : el que habito no es mio, y en cualquiera parte en que viva me consideraré en mi patria. Por lo que á los suplicios se refiere, ¿ me los aplicareis ? No tengo cuerpo capaz de soportarlos, á no ser que llameis tormento al primer golpe que me deis : pues es todo lo que podrá hacerme sufrir vuestro poder. Y en cuanto á la muerte, la recibiré como un beneficio, pues me llevará más pronto á Dios, por quién vivo, por quién trabajo, y por quién suspiro desde hace mucho tiempo. »

Sorprendido con este discurso el prefecto, dijo : « Jamás ha hablado nadie á Modesto con tanta libertad. — Es seguramente, dijo Basilio, por que nunca habreis tratado con ningún obispo, pues todos os hablarán el mismo lenguaje, cuando tengan que defender la misma causa. Cuando se trata de otros asuntos, hablamos con más moderación : somos los más humildes de todos los hombres, como nos manda Dios, y no nos atreveríamos á oponernos, no ya á un emperador, sino ni al último de los hombres. Pero cuando se trata de Dios y de sus intereses, no miramos más que á él solo, todo lo demás lo despreciamos : el fuego, las espadas, las bestias y las uñas de hierro nos sirven de delicias más bien que de suplicios. En su consecuencia, tratadnos de la manera más injuriosa ; emplead todo género de amenazas, ejerced vuestro poder de la manera que os plazca : referid al emperador todo cuanto os he dicho, pero estad seguro de que jamás nos inclinaremos á la impiedad, aún cuando nos amenaceis con los más espantosos suplicios. »

Considerando el prefecto la inquebrantable firmeza de san Basilio, dejó de amenazarle, y lo despidió respetuosamente y hasta con cierta especie de sumisión. A este relato de san Gregorio Nacianceno podemos añadir lo que dice

san Gregorio Niseno, á saber : que le dijo el prefecto que sería probable que en el número de sus oyentes tuviese en la iglesia al emperador, y que sería conveniente que no emplease la palabra consustancial. A lo que respondió el Santo que desearía ver al emperador en la verdadera fé de la Iglesia, porque deseaba su salvación como la de los demás ; pero que por nada del mundo añadiría, ni quitaría una sola palabra al Símbolo. Reprendió, por ultimo, al prefecto, por los males que había causado, y le exhortó á que se corrigiese. El prefecto, no obstante, según dice Rufino, le concedió lo que restaba de aquella noche como plazo para que deliberase, pero el Santo le replicó : « Mañana diré y sostendré lo mismo que digo y sostengo hoy ; y deseo que por lo que á mí toca tampoco varieis vos. »

El prefecto hizo una relación de todo lo que había ocurrido al emperador que se aproximaba á la ciudad, é irritado este príncipe con el mal resultado de sus primeras gestiones quiso asistir personalmente al debate, que encomendó á Demóstenes, intendente de su mesa y de su cocina, hombre muy osado, y por lo mismo, adecuado para sus designios. Demóstenes, en efecto, empezó haciendo ridículos alardes de triunfo, con lo cual cobró ánimo el abatido prefecto que se hallaba presente. La cólera del emperador inspiraba la misma pasión á todos los asistentes, que consideraban deber su autoridad á esta baja adulación. Pero en esta ocasión, dice san Gregorio de Nisa, triunfó la virtud y la generosidad cristiana de san Basilio de todo el poder y de todo el furor de sus enemigos.

La vergüenza de que se había visto cubierto el prefecto con la resistencia de san Basilio, excitó nuevamente su amor propio, y le movió á volver á la carga. Congregó á los ministros de la justicia, á los heraldos, á los sargentos y á los lictores, pretendiendo inspirar terror con este formidable aparato de fuerza, y se presentó al Santo más enco-

lerizado que ántes ; pero no consiguió otra cosa sino que éste añadiese nuevos laureles á la corona de gloria que ya había ceñido.

Despues de este último esfuerzo el profecto se vió obligado á ceder ; así es que, presentándose al emperador, le dijo : Somos vencidos por el que gobierna esta iglesia : es un hombre inaccesible á toda amenaza, invencible á todos los discursos, inquebrantable á todas las persecuciones. Puede intentarse abatir á los que tienen ménos ánimo ; pero éste sólo puede vencerse por la violencia : es imposible hacerle ceder por las amenazas. No queriendo Valente seguir este consejo, y aunque era enemigo del Santo, no pudo ménos de trocar su odio en admiración. Hizo que cesasen las amenazas, y mandó que no se le hiciese violencia. Pero dice san Gregorio Nacianceno, que esto no duró más que un momento, pues el hierro, aunque doblegado por el fuego, no dejó de ser hierro. Concibió cierta estima al Santo, pero no quiso abrazar su comunión, sólo por que no se dijese que había cambiado de parecer. Fácilmente, por lo tanto, se buscó un medio de reparar lo que contra él se había hecho.

El más adecuado fué asistir á la iglesia con toda su corte en el dia de la Epifanía ó Teofanía, el 6 de enero de 372. Se mezcló con el pueblo, escuchó el discurso del Santo, aparentando con esto querer reconciliarse con él. Expongamos las mismas palabras de san Gregorio Nacianceno. « Habiendo entrado en la iglesia, dice, los salmos que oyó fueron como otros tantos truenos que sonaron en sus oídos. Vió con admiración la grande afluencia de pueblo, que se asemejaba á las oleadas del mar. Consideró extasiado el órden y ornato que resplandecía en el santuario, y que parecía más un espectáculo angélico que humano. De una parte miró con atención particular á este arzobispo que estaba de pié ante su pueblo, y en la misma posición en

que la santa Escritura representa á Samuel, es decir, teniendo el cuerpo, los ojos y el espíritu fijos y tranquilos, cual si nada de particular le ocurriese; mientras que los demás eclesiásticos le miraban y asistían con veneración profunda. Como el emperador nunca había presenciado un espectáculo semejante, se vió vivamente conmovido, su vista se oscureció, su cabeza se turbó, y un grande terror se apoderó de su alma. Pocas personas se apercibieron de ello en un principio; pero cuando se acercó al altar para ofrocer sus dones, nadie se presentó á recibirlos, porque no se sabía si el santo prelado los aceptaría. Entónces fué cuando toda el mundo se apercibió de la turbación del emperador, pues empezó á temblar, y si uno de sus ministros no se hubiese apresurado á sostenerle, hubiera caido desfallecido.

Nada tan glorioso para san Basilio como el triunfo que acababa de conseguir, pero no por eso perdió nada de su humildad, y escribiendo á Eustaquio, obispo de Sebaste, que más tarde se hizo su perseguidor, despues de darle las gracias por haberle enviado á Eleusino, para que le auxiliase en los combates que tenia que sostener, añade que estos combates habían sido tan muy grandes; pues tuvo en contra suya á los principales oficiales de la corte imperial, y sobre todo al prefecto del Pretorio, pero que al mismo tiempo daba gracias á la misericordia divina que le había fortalecido, no permitiendo que se mostrase débil y vacilante en la fé.

Aún cuando Valente había resuelto dejar en reposo á san Basilio; pero como era esclavo de los arianos que, al par que le obedecian, le engañaban, quiso hacer una nueva tentativa en su favor, y viniendo de nuevo á la iglesia, le obligó á que se hiciese de su partido; pero fué tan poco obedecido como antes. Entónces mudó de resolución, y se determinó á desterrarle. Hallábase todo dispuesto para la

ejecución de esta orden, que, al mismo tiempo que colmaba de gozo á los herejes, llenaba de consternación á los católicos. Al llegar la noche estaba el carro dispuesto; pero miéntras Valente, dice san Gregorio, expedía el decreto contra el Santo, Dios daba otro contra el hijo único de este príncipe, llamado Galato, de seis años de edad, que fué repentinamente acometido de una fiebre tan violenta, que, à pesar de los remedios empleados, hacia desesperada su curación. La emperátriz Dominica se vió afligida aquella misma noche por espantosos fantasmas que la llenaron de terror. Tanto ella como su marido reconocieron en estas desgracias las venganzas que Dios les preparaba por la injuria hecha al Santo; así es que Valente recurrió á la fé del que acababa de condenar. Pero causábale vergüenza llamarle por sí mismo, despues de la conducta indigna que habia empleado con él. Entónces comisionó á dos cortesanos, para que le atrajesen al palacio con objeto de visitar al niño. San Basilio, tan humilde como caritativo, no quiso aumentar la regia desgracia con su negativa; así es que al punto se trasladó al palacio, y apénas entró en él, empezó el niño á sentir alivio. Aseguró el Santo al emperador que curaría enteramente, si le prometía que sería educado en la fé católica, y que recibiría el bautismo de manos de los ortodoxos, y si él mismo abrazaba la verdadera fé y se unía á la Iglesia. Sabemos por san Efrén que Valente prometió hacerlo, y que haciendo oración san Basilio, quedó curado el niño. A pesar de estas promesas, éste fué bautizado algún tiempo despues por los herejes, y en seguida murió. Los demás autores refieren estos hechos de distinta manera; pero todos convienen en que Galato murio cuando recibió de los arianos el bautismo.

Esta muerte fué para Valente y para toda su corte una desgracia que los humilló y afligió en extremo, y fué causa de que se detuviese el destierro de san Basilio, pues todos

creían que Dios había herido al hijo para castigar á los padres. Así es, dice Rufino, que, temerosos de nuevas desgracias, enviaron á suplicar al Santo que orase por ellos. Pero lo que no puede concebirse, si no se supiera que el espíritu de la herejía es opuesto al Espíritu de Dios, es que, despues de estas señales de la protección divina sobre Basilio y de su cólera contra la casa del emperador, se dejase arrastrar este príncipe por los arianos hasta el punto de desterrar à este hombre incomparable. Es que su constancia lo hacía de dia en dia más odioso á sus ojos, y sus prodigios les irritaban en lugar de convertirlos.

Entónces fué cuando dió la órden de destierro; pero cuando se la presentaron á la firma, rehusó la pluma coadyuvar á su iniquidad, y se rompió ántes de que pudiese trazar un solo rasgo. El tirano más insensible, dice san Efrén, que la misma pluma, no se admiró de verla romperse, sino que pidió otra, que también se rompió. «Tomad otra, ó emperador, exclama este Santo, vereis que también se rompe, ántes que cooperar á vuestros malos designios.» En efecto, también se rompió la tercera. Añade Teodoreto que, obstinándose Valente en firmar la órden impía, sintió su mano turbada y temblorosa, y lleno de horror, hizo pedazos el papel que la contenía.

Valente asistió segunda vez á la Iglesia, y oyó la instrucción que san Basilio dirigía á su pueblo. Cuando hubieron terminado los santos oficios, entró en el interior de los sagrados velos, es decir, en el lugar más próximo al altar, à donde san Basilio le había llamado, y conferenciaron acerca de la fé, lo cual deseaba Valente hacía mucho tiempo. San Gregorio Nacianceno, que se hallaba presente, dice que el Santo se expresó con elocuencia divina. Demóstenes, intendente de la imperial cocina, y de quién ya hemos hablado, se hallaba entre los personajes de la corte, y al pretender contradecir al Santo, no dijo más que

necesidades. Sonriéndose entónces Basilio, dijo : « ¡ Vah ! Demóstenes no sabe habrar. » Ofendido el cocinero, y lleno de cólera, respondió que emplearía contra él el hierro y el fuego que eran los instrumentos de su oficio. Pero san Basilio se contentó con responderle que cuidase de que la comida y las salsas de la mesa del emperador estuviesen bién dispuestas, que era su obligación ; pues en órden á las cosas de Dios, tenía los oídos muy tapados para oirlas. « De esta manera, dice san Gregorio Nacianceno, envió á este nuevo Nabuzardán á que cuidase de su cocina. »

Quedó tan complacido el emperador de su entrevista con Basilio, que dió al hospital de leprosos, de que ya hemos hablado, las mejores tierras que habia en aquel partido, y éste fué, dice el mismo san Gregorio, el principio de la dulzura que desde entónces empezó á usar con los católicos de la Capadocia y del Ponto, lo cual quebrantó en parte la impetuosidad del torrente que venía asolando el Oriente. Pero aún lo que debe admirarse más, y lo que demuestra que la firmeza de san Basilio fué un poderoso auxilio para los fieles, es que Valente le dió la comisión de elegir obispos para las iglesias de la Armenia, y claro es que esta elección no recaería en arianos. Hé aquí un nuevo triunfo de este incomparable Santo. El prefecto Modesto, se vió obligado á reconocer su virtud y su mérito en la presencia de Dios. Cayó enfermo, y sirviéndole de instrucción su enfermedad, recurrió con mucha humildad á san Basilio : le rogó que viniese á verle : le pidió perdón por la conducta que con él había observado, y le suplicó que orase para que Dios le concediese el restablecimiento de su salud. El Santo pidió efectivamente por él, y le alcanzó la curación. Este prodigio lo publicó Modesto por todas partes : en adelante no dejó de admirar y alabar las virtudes del Santo, y le exhortó á que le escribiese con toda libertad, con el fin de que sus cartas atrajesen á sus amigos al

verdadero conocimiento, lo que hizo el Santo siempre que encontró ocasión oportuna.

Aún cuando, al parecer, nada tenía ya que sufrir por parte del emperador y de Modesto, tuvo, no obstante, que sostener la persecución del vicario del Ponto, que se cree haber sido Eusebio, abuelo de la emperatriz, y empedernido adversario de la fé ortodoxa, y en su consecuencia, del que era su más decidido defensor. Este vicario del profecto encontró ocasión de maltratarle con motivo de que una viuda de elevada posición rehusaba contraer matrimonio con el asesor de un magistrado. Esta viuda se refugió en el santuario para ponerse á cubierto de toda violencia. En su virtud, la tomó san Basilio bajo su protección ; pero Eusebio mandó que le fuese entregada esta señora, y para hacer sospechosa la virtud del Santo, ordenó á sus oficiales que hiciesen un registro tan inútil como injurioso en la casa episcopal, é hizo comparecer personalmente á san Basilio, para que se justificase.

Basilio se presentó, pues, en su tribunal, y se le hizo permanecer de pié ante un juez tan lleno de soberbia, que ordenó al mismo tiempo que le quitasen el manteo y la túnica. Se le amenazó con azotarle, y Basilio le presentó su cuerpo descarnado. Eusebio le dijo que le haría destrozarse con uñas de hierro, y que le arrancaría el hígado, á lo cual respondió el Santo, que esta víscera le era molesta, y que arrancándosela, se le libraría de una parte del cuerpo que le era muy dolorosa. Pero el pueblo se apercibió de lo que pasaba, y el temor de que su obispo fuese maltratado armó á todo el mundo contra su perseguidor, que no encontró otro medio de librarse de la cólera popular, que trocar su papel de juez por el de suplicante. Se humilló miserablemente para implorar la compasión de los habitantes de Cesarea, y presentándose Basilio ante ellos, los apaciguó y salvó la vida de su perseguidor.



Estas demostraciones de celo, de ánimo y de caridad bastan para darnos una justa idea del episcopado de este invencible defensor de la fé ortodoxa y de la piedad cristiana, sin que sea preciso detallar los demás servicios que prestó á la Iglesia, y las virtudes episcopales que le adornaban. Todos estos por menores pueden verse en san Gregorio Nacienceno, en san Gregorio de Nisa y en los historiadores de la Iglesia, así como en Hermant y en Tillemont. Por último, despues de una larga serie de cuidados, de solicitudes pastorales, de instrucciones, de escritos dogmáticos, de combates contra los herejes, de persecuciones y de trabajos sufridos con heróica paciencia: despues de una vida intachable y pura, siempre penitente, siempre llena de contradicciones y ejercitada en la virtud, las frecuentes enfermedades que venía padeciendo se agravaron y pusieron término á la carrera de sus sufrimientos y de sus méritos.

En el año 377, los godos, á quienes el emperador Valente había recibido como amigos en la Tracia, y á quienes había hecho apostatar de la fé católica para convertirse al arianismo, tomaron las armas contra él, y Dios quiso castigar por medio de ellos al que había corrompido su fé. Le derrotaron cerca de Andrinópolis, el dia 9 de agosto del año siguiente, y le quemaron en una cabaña, en que se había refugiado. Graciano, sobrino de Valente, príncipe muy celoso por la fé católica, que ya era emperador de Occidente, lo fué también de Oriente. Hizo llamar á todos los obispos desterrados por su tío, cesando de esta manera, en lo posible, los males ocasionados por los arianos. San Basilio vió entónces realizados sus deseos, y creyó que, como el santo anciano Simeón, debía pedir á Dios que le dejase morir en paz, porque había tenido el consuelo de ver el principio de la pacificación de la Iglesia. Se le concedió esta gracia en los primeros dias del año 379, pero

no sin que le precediese un nuevo milagro, no ménos extraordinario que los que en su favor se habían obrado hasta entónces. Quedándole ya pocos momentos de vida, quiso que le trasladasen á la iglesia, para dar el último adios á su pueblo, é imponer sus manos para consagrar á algunos de sus más fieles discípulos, á fin, dice san Gregorio Nacianceno, de que poseyese el altar á los que habían sido educados en su escuela, y le habían asistido y cooperado en su sacerdocio. Esto nos demuestra que á muchos de los eclesiásticos de su jurisdicción los elevó al episcopado, aprovechando la paz que la muerte de Valente había dado á la Iglesia, para establecer obispos católicos en donde no los había.

Llegó al fin, su última hora, toda la ciudad le rodeaba sumida en dolor profundo por la pérdida que iba á experimentar. Diríase que todos querían hacer violencia á su alma, para que no se separase de su cuerpo; pero el coro de los ángeles esperaba al que tanto tiempo había suspirado por su compañía. Así es que, despues de dar algunas piadosas instrucciones, acabó su vida con estas palabras de Jesucristo á su Padre celestial: En tus manos encomiendo mi espíritu. Murió á la edad de cincuenta años.

Hé aquí uno de los mayores elegios que pueden hacerse de su virtud, y que san Gregorio condensa en dos palabras. Al morir, llevó consigo todos los bienes que poseía sobre la tierra: pues no dejó riquezas con que se le pudiese levantar un momento: Esto, sin embargo, no impidió que fuesen solemnísimos sus funerales. La multitud que acompañaba su cadáver era muy numerosa: todos se afanaban por tocar su cuerpo, ó por llevarse alguna parte de sus hábitos. Las plazas publicas, las galerías y todas las casas del tránsito estaban llenas de gente. Los llantos y gemidos impedían que se oyese el canto de los salmos. Toda la ciudad derramaba lágrimas: los paganos,

los judíos y los extranjeros se hallaban mezclados con los católicos, y se disputaban la manera de dar al Santo mayores pruebas de afecto. Por último, después de grandes esfuerzos para pasar á través de la multitud, se le colocó en el sepulcro de los obispos sus predecesores.

Vengamos ahora á san Gregorio Nacianceno, cuya historia hemos interrumpido para seguir de la san Basilio.

Le habíamos dejado en la soledad del Ponto con Cesario, en la cual no pudo permanecer mucho tiempo, por haberle llamado su padre. No le faltaron tampoco amarguras y trabajos: por una parte estaba obligado á ayudar á su padre en el gobierno de su iglesia, tanto más cuanto que era muy anciano, y á su madre en los asuntos domésticos, sobre todo en la sucesión de su hermano Cesario, que murió á fines del año 368 ó principios del 369. A esto es necesario añadir la debilidad de su complexión física y sus frecuentes enfermedades: así es que no se hallaba exento de cruces, que acompañan siempre á los amigos de Dios. Pero las llevaba con una resignación digna de su piedad, cuando le sobrevino una, que no podía esperar, pues precisamente fué ocasión de ella, aunque inocente, san Basilio, que no atendía á otra cosa que á la gloria de Dios. La Capadocia, que hasta el año 370 habia formado una sola provincia fué dividida en dos en lo referente á lo civil. Cesarea continuó siendo capital de una de ellas, y la ciudad de Tianes adquirió el mismo rango en la segunda. Antimo, que era obispo de aquella, pretendió que también se había dividido la provincia en lo eclesiástico, y se atribuyó los derechos de Metropolitano sobre las iglesias del territorio, que empezó á conocerse con el nombre de segunda Capadocia.

San Basilio se opuso á ello, y para sostener su posesión tal como la había recibido de sus predecesores, erigió algunos obispos, y entre otros al de Sasimes, pequeña aldea

situada en una de las principales vías de Capadocia, colocando en esta silla á san Gregorio Nacianceno, para que le defendiese contra Antimo, que quería apoderarse de ella. San Gregorio, que era muy amante de la paz y de la tranquilidad, y que no suspiraba más que por su retiro, se vió muy afligido con esta elección, y tuvo que hacerse mucha violencia para ceder á las instancias de san Basilio, y esto por imponérselo su padre como un mandato. Acaecían estos hechos hacia el año 372. Pero cuando quiso ir á gobernar su nueva iglesia, encontró que Antimo se había apoderado de ella, y, segun cree Baronio, había puesto en ella un obispo. No queriendo el Santo establecerse en ella con violencia y lucha, tomó el partido de retirarse á una montaña.

No gozó mucho tiempo de reposo en este lugar: pues habiéndole llamado su padre, se presentó á él, pero á condición de que no iría á Sasimes, y se comprometió á gobernar bajo su dirección la iglesia de Nacianzo, sin que esto le comprometiese para el porvenir. Se consagró á su nuevo cargo con el celo que era de esperar de su piedad, hasta que en el año 374 perdió á su padre, que tenía más de cien años, y casi al mismo tiempo á su madre santa Nona, que próximamente tenía la misma edad. Aún cuando despues de esta desgracia se proponía volver á su soledad, las instancias de toda clase de personas, y en particular de Bosforo, obispo de Colonia, le hicieron desistir de su resolución. Pero no consintió en gobernar la iglesia de Nacianzo sino en cualidad de ecónomo y no como titular, lo cual no carecía de precedentes. De esta manera esperaba que los obispos no tardarían en dar un pastor propio á este rebaño, como lo suplicaba con mucha frecuencia.

Por último, despues de haberlo pedido durante tres años, alegando como razón, que las enfermedades que padecía

le imposibilitaban para el desempeño de sus funciones, y viendo que sus gestiones no daban resultado, se retiró de pronto á Seleucia. No aparece que Nacianzo hubiese tenido obispo hasta el año 381, en que el Santo volvió á ella despues del concilio de Constantinopla, como pronto veremos. Seleucia era metrópoli de la Isauria. Las reliquias de la ilustre santa Tecla se conservaban piadosamente en la iglesia de su nombre, por lo cual el Santo la llama Seleucia de santa Tecla. Allí vivió mucho tiempo, probablemente hasta el año 379. Allí fué en donde, abandonando la gloria, los bienes, las esperanzas del mundo, y hasta la misma ciencia, y en donde contentándose con un poco de pan para alimento, se esforzaba por elevarse sobre las cosas sensibles, para no ocuparse más que de las celestiales. Pero tampoco dejó de encontrar allí su cruz, pues su corazón no podía ménos de sufrir cruel amargura á vista de los males con que los arianos afligían la iglesia de Capadocia, acerca de lo cual escribió muchas cartas á san Gregorio de Nisa, en las cuales le anuncia el fin de la persecución, que tuvo lugar con la muerte de Valente. Graciano que, como hemos dicho, le sucedió, comenzó su reinado dando la paz á la Iglesia, la cual fué de mucho consuelo para nuestro Santo; pero la muerte de san Basilio vino á amargarle nuevamente, sin que pudiese mitigar su dolor la satisfacción de ir á besar sus preciosas reliquias, por hallarse enfermo.

Habiendo dado Graciano la paz á la Iglesia, hizo en 19 de enero de 379 abdicación del imperio de Oriente en el gran Teodosio, príncipe muy católico y adicto á la fé de Nicea. Tratábase de restablecer esta fé en Constantinopla, en donde los arianos habian causado males de mucha consideración. Eran señores absolutos, y empleaban su poder en perseguir con encarnizado furor á los ortodoxos. No había género alguno de oprobio que no empleasen contra

ellos : los colmaban de injurias y de amenazas : les robaban sus bienes, ó se los confiscaban : los desterraban, y los asesinaban públicamente sin respetar ni aún á los obispos y ancianos. Sólomente á los católicos se privaba de libertad, viéndose estos, por lo tanto, expuestos á todo género de males. San Gregorio dice que la gran iglesia de santa Sofía podía llamarse la ciudad del demonio, que se había apoderado de ella para que en su recinto acampasen sus soldados. Allí se congregaban todo el ejército de la mentira y las legiones de los espíritus impuros en compañía de las fieras, que no de otro modo podían llamarse las mujeres arianas, que, llevadas del ardor de secta, superaban á la impía Jezabel.

No era éste el único mal que infestaba la ciudad imperial. Los novacianos tenían en ella muchas iglesias : la herejía de los Macedonios, que negaban la divinidad del Espíritu Santo, hacía también grandes progresos : los Apolinaristas comenzaban á amenazarla, y los eunomianos tenían en ella su obispo. De esta manera parecía como que la verdadera fé estaba envuelta en el sudario de la infidelidad y de la idolatría. Sin embargo, conservaba un resto de vida en un pequeño número de personas fieles ; pero era como un pequeño rebaño sin pastor, sin orden y sin disciplina. La reputación de la ciencia y de la virtud de Gregorio, que había traspasado los mares del Asia, y que no había cesado de ensalzar Eusebio de Samosata, hizo que lo solicitasen los católicos de Constantinopla, así como los obispos de los territorios comarcanos y el de Tracia, á los cuales se unieron san Melecio, Bosforo de Colonia y otro obispo de Capadocia, llamado Teodoro. También lo había solicitado san Basilio ántes de morir. Muchos de estos se quejaron de su tardanza en complacerles, como puede verse por las cartas en que expone las razones que le asistían.

Llegó, pues, á Constantinopla el año 379, siguiéndole el don de milagros con que había sido favorecido; pero su principal apoyo era el auxilio de Jesucristo, por cuya gloria iba á combatir, Así lo prueba la manera con que hizo su entrada en esta segunda Roma, lo mismo que su profunda humildad. Dice que su designio debía parecer tan extraordinario, como el de David, cuando adelantaba al encuentro del gigante Goliath; que nada había en el mundo tan despreciable como él: que no sólomente era extranjero, sino natural de una miserable aldea: que se hallaba agoviado por la enfermedad y los años: que llevaba la cabeza baja: que era calvo, de fisonomía muy vulgar, y consumido por las lágrimas, por las austeridades y por el temor de los juicios de Dios: que su language era tosco y grosero, y por último, que se hallaba mal vestido, y que no tenía dinero para portar de otra manera.

Al llegar, fué recibido en casa de unos parientes que no le estaban ménos unidos por los vínculos de la carne que por los de la piedad. Cree Baronio que esta casa era la de Nicobulo, marido de su sabrina. No teniendo los católicos lugar alguno en que congregarse, erigieron en esta casa una pequeña capilla, que se hizo muy célebre en el trascurso de los tiempos por la magnitud y riquezas de que la dotaron los emperadores, Se le llamó la Anastasia ó la Resurrección, á causa de la verdadera fé, que estaba como muerta en Constantinopla, y que empezó á revivir en ella. Allí fué en donde este gran doctor combatió todas las herejías con sus grandiosos discursos, preservando de los errores á los católicos, explicando la doctrina de la Iglesia, y dirigiendo las costumbres según las leyes del Evangelio.

Preservó sobre todo á los fieles de un lazo muy peligroso que les tendían los herejes, y que consistía en querer penetrar con las luces de la razón la sublimidad de los misterios, y juzgar por ellas de su veracidad. Así es que

hablaban de ellos de una manera capciosa y sofisticada, bajo pretexto de elevación de espíritu, y procuraban deslumbrar á los fieles con las fábulas en que envolvían las verdades más santas. Se hablaba también de religión en las reuniones familiares, en las comidas y hasta en los lugares destinados á la recreación. Nada, sin embargo, tan impropio é inconveniente, al mismo tiempo que peligroso, á causa de las herejías que por todas partes pululaban.

El Santo, pues, recomendó muy eficazmente á los fieles que no se mezclasen en disputas de religión, demostrando que no todos tienen esta misión, ni debe hacerse en todos tiempos, ni en todos los lugares, ni ante toda clase de personas, y que nadie debe esforzarse por penetrar lo que está sobre la capacidad humana, añadiendo esta hermosa máxima: Hay ocasiones en que debe escucharse, otras en que se debe hablar, y otras, por último, en que debemos quedarnos en suspenso sin oír ni hablar. Es verdad que hay ménos peligro en oír que en hablar, pero aún hay ménos en retirarse que en escuchar. »

Era éste un excelente preservativo contra las disputas y conversaciones con los herejes. Pero temiendo al mismo tiempo que se creyese que hablaba así por no ser capaz de defender las verdades de fé, hizo cuatro discursos excelentes en que explicó con grande erudición la doctrina de la Iglesia acerca de la Trinidad, y en que refutó valerosamente los falsos razonamientos de los herejes. Estos discursos son los que le merecieron el sobrenombre de Teólogo.

El principal motivo de estas predicaciones era la defensa de la fé y la refutación de los herejes; pues lo exigía el estado de la ciudad, pero no por esto dejó de ocuparse de lo relativo á las costumbres. Daba como regla á los fieles, que no consistía la verdadera piedad en hablar incesantemente y sin discernimiento de las cosas de la religión, sino en observar los mandamientos de la ley de Dios, en dar



limosna, en ejercer la hospitalidad, en visitar á los enfermos, en orar, en llorar los pecados, en mortificar los sentidos, en reprimir la cólera, en moderar la risa, en cuidar de la lengua, en someter el cuerpo al espíritu, etc. Es verdad que la elocuencia que empleaba en sus discursos era fruto del estudio que había hecho de los autores profanos ; pero también lo es que había perfeccionado y ennoblecido este estudio con la lectura de los Libros santos, y como él mismo dice, con el madero vivificante de la cruz.

De todas partes acudían en tropel á escucharle, y muchas veces se traspasaban las balaustradas del coro para oírle más de cerca. No hubo un solo hereje, de cualquiera secta que fuese, ni un solo pagano, que no acudiese á oírle con placer : unos para aprender su doctrina, otros atraídos por su elocuencia, y todos para oírle con admiración.

Pero la predicación más eficaz era la de su ejemplo. Muy raras veces se le veía en las calles : no se detenía á hablar con persona alguna, como no fuese de asuntos de verdadero interés, y en este caso su conversación era grave y seria. No faltaban personas que desearan que viniera á sus casas ; pero prefería que se le tachase de poco atento, ántes que acceder á sus deseos. Rehusaba toda visita inútil, y de ordinario permanecía en su casa, ocupado en sus obras de piedad. Pasaba las noches ó conversando con Jesucristo, ó cantando salmos, alternando con otros. Gozaba postrándose en la presencia del Señor, y derramando lágrimas de compunción. Maceraba su cuerpo con todo género de austeridades, y en la oblación del augusto Sacrificio de nuestros altares, se ofrecía á sí mismo en unión de Jesucristo.

Lo que más le grangeaba el afecto de todo el pueblo de Constantinopla es que no se notaba en él precipitación, ni importunidad, ni violencia, ni ostentación, ni vanidad, sino que, por el contrario, se le veía siempre modesto,

humilde, recogido y como solitario en medio de los hombres, llevando la vida de un filósofo, pero de un filósofo cristiano. Así es que el ejemplo de una piedad tan eminente, unido á la fuerza de su elocuencia, redujo al silencio á los herejes, y produjo maravillosos efectos en favor de la fé, lo cual era tanto más importante para la religión, cuanto que Constantinopla era considerada como el lazo de unión del Oriente con el Occidente, y como el manantial desde donde se difundía la fé por todas las comarcas orientales.

No es creible, por lo tanto, que estos lisonjeros resultados fuesen una consecuencia de los aplausos que se le tributaban, sino que fueron fruto de su paciencia y de sus trabajos, y Dios quiso que coronasen las persecuciones que había sufrido de parte de los herejes. En efecto, tan luego como apareció en la ciudad, se unieron todas las sectas para combatirlo, esforzándose por difamarle públicamente, y despues de atacarle con la baja calumnia, se cebaron encarnizadamente en su rebaño. El fanatismo armó á monjes apóstatas, á mujeres sin pudor, á vírgenes necias, y á toda la gente de mal vivir. Todo este tropel acudió á la Anastasia un dia en que administraba el santo bautismo, y por consiguiente, en la fiesta de la Pascua, que en el año 379 coincidía en 21 de abril, y penetrando hasta el recinto del coro, profanaron el altar con sus sacrilegios, y colocaron en la cátedra á su ídolo, es decir, á su obispo Demófilo. A estas profanaciones sucedieron el vino, las danzas y toda clase de sacrilegios. Pero el objeto principal del odio de aquellas desenfrenadas turbas eran el Santo y los ministros que le asistían : hísrieron á unos, mataron á otros, y un católico celoso fué muerto á golpes en uno de los lugares más públicos de la ciudad. No concluyó con esto la persecución, sino que hicieron toda clase de ultrajes á los fieles, sacándolos de sus casas, y hasta de las soledades en que se

habían refugiado. San Gregorio fué llevado á los tribunales como un criminal, haciéndole comparecer, aunque contra las intenciones del emperador, ante uno de los más malvados prefectos <sup>1</sup>. Pero Jesucristo le protegió, y le hizo salir glorioso de este tribunal.

Nada tan admirable como la paciencia y moderación con que sufrió esta persecución : sólo le afligían las injurias que hacían los herejes á Dios, maltratando á sus siervos, y la obstinación con que permanecían en la impiedad. « Cuando yo vine á esta ciudad, decia á sus perseguidores en uno de sus discursos, lo hice apoyado en una poderosa autoridad, (se referia á la del emperador), y sin embargo, no me he aprovechado de ella, aún cuando me hayais dado muchos motivos. ¿ Os he disputado vuestros bienes, aún cuando seais muy ricos? ¿ Os he despojado de alguna de vuestras Iglesias, aún cuando la mayor parte para nada os sirven, y yo no tenga ninguna? ¿ Que edicto imperial no he sostenido con calor, cuando vosotros los despreciáis todos con insolencia? ¿ A qué prefecto he acudido en contra de vosotros? ¿ Qué queja he dado por vuestras crueldades? Me he limitado á decir con san Estéban : Señor, no les imputeis este pecado. » Es tan edificante la carta que sobre este particular escribió á Teodoro, que despues fué obispo de Thianes, que desearíamos transcribirla íntegra, si no nos viésemos obligados á abreviar : « Dominamos por la dulzura, dice entre otras cosas, á los que nos han ofendido : los ganamos por medio de la piedad, y dejamos que los castigue, no nuestra cólera, sino su conciencia. No cortemos todavía un árbol que puede dar fruto : no destruyamos en una hora una obra tan gloriosa é importante, por un accidente que la malicia ó la envidia del demonio han podido producir ».

<sup>1</sup> El título de prefecto se daba á un gran número de jefes civiles, militares y administrativos.

De esta manera compartía san Gregorio con su ilustre amigo san Basilio la gloria de haber sido perseguido por los arianos, y de haber triunfado de ellos por sus virtudes. Tuvo también que sufrir mucho de parte de algunos envidiosos, y en particular de un sacerdote extranjero y poco piadoso, que, no habiendo recibido de él ningún agravio, se llenó de odio sin otro motivo que la envidia, y se puso á la cabeza de un cisma, que alcanzó á una parte de su rebaño, favoreciendo al mismo tiempo la temeridad de Máximo el Cínico, que tuvo la osadía de hacerse elegir furtivamente obispo de Constantinopla por los obispos venidos secretamente de Egipto, y enviados por Pedro, patriarca de Alejandría, á quien Máximo había engañado. Pero éste es un punto de historia eclesiástica, que no es de nuestra competencia. Baste decir que este usurpador no tardó en ser mirado con execración por el pueblo, que permaneció fiel á nuestro Santo, y que habiendo tenido la osadía de presentarse al emperador Teodosio en Tesalónica fué rechazado ignominiosamente. De esta manera se devolvió la paz á los católicos de Constantinopla.

Habiendo llegado de Macedonia este príncipe, el día 24 de noviembre de 380, hizo á san Gregorio una acogida muy honrosa. Dice Sócrates que en la primera entrevista le pidió el Santo permiso para retirarse de Constantinopla, lo cual está conforme con estas palabras que le dirigió el emperador. « Dios se sirve de mí para colocaros en la silla de esta iglesia. La ciudad lo pide con tanta instancia, que no sería fácil que desistiese, y hasta me hace violencia, pues sabe que en ello tengo yo también una grande satisfacción ».

El emperador hizo que se preguntase á Demófilo, obispo de los arianos, si quería aceptar la fé de Nicea juntamente con la parte del pueblo que le seguía, y habiendo contestado negativamente, se le ordenó que dejase todas las igle-

sias, las cuales fueron de vueltas á los católicos pues hacía cuarenta años que los herejes se habían apoderado de ellas, cuando Eusebio usurpó la silla del obispo san Pablo en 339. El pueblo fiel manifestó su gratitud á Teodosio, aclamándole, y le pidió que le diese por obispo á Gregorio, protestando que ninguna gracia le seria tan satisfactoria. El Santo, lleno de temor casi podía hablar, pues comprendía que el clamor popular conseguiría su objeto. Exhortó, pues, al pueblo, á que no pensase en otra cosa que en dar gracias á Dios, y á que dejase para tiempo más oportuno lo demás. Todos, y más que nadie Teodosio, admiraron su modestia, y este príncipe empezó por darle posesión de la casa episcopal, de las rentas eclesiásticas y de todas las iglesias de la ciudad. Gregorio, sin embargo, no quiso subir desde el primer día al trono episcopal, hasta que algunos días despues le forzaron á hacerlo. Los herejes montaron en tanta cólera, que quisieron quitarle la vida, y habiéndose escargado un jóven de llevar á cabo un crimen tan execrable, no permitió Dios que lo ejecutase ; ántes por el contrario, él mismo fué su propio denunciador y vino á postrarse á los pies del Santo, confesando su malvado designio. Este le perdonó, y le admitió en el número de sus amigos, lo cual contribuyó á acrecentar la grande estima que se profesaba á su caridad y á su generosidad. Aún cuando le hubiera sido muy fácil perseguir á los herejes, por contar con el apoyo decidido del emperador, no quiso emplear más que temperamentos de dulzura para curarlos, esperando que su propia moderación les haría más moderados y propicios á la conversión. Tal fué su conducta en estas circunstancias tan favorables á los católicos como humillantes para los arianos.

Toda la que observó durante el corto espacio de tiempo que gobernó la iglesia de Constantinopla puede considerarse como modelo de grandes prelados. Su desiuterés en la ad-

ministración de las rentas de su iglesia era tan grande, que no invirtió cosa alguna de ellas en su propia persona. Tuvo un cuidado especial de los pobres, de los monjes, de las vírgenes, de los extranjeros, de los prisioneros y de todas las personas piadosas. Encomendó á personas de toda su confianza el cuidado de los pobres : procuró que se celebrasen con toda solemnidad el canto de los salmos y las vigili-  
as. Por último, con sus cuidados, con sus exhortaciones, con sus discursos llenos de unción apostólica, con su vigilancia y con sus oraciones, atrajo tantas bendiciones sobre su pueblo, que consiguió que triunfasen la verdadera fé y la piedad. Servicios de tanta importancia merecían haber sido reconocidos, mejor que lo fueron, por los obispos congregados en el concilio ecuménico allí celebrado ; pero Dios reservaba toda la recompensa del Santo para el cielo. Habiendo dado el emperador Teodosio posesión de todas las iglesias de Constantinopla á los católicos, procuró que todos los obispos de sus estados se congregasen en esta ciudad para confirmar la fé de Nicea, establecer en ella un obispo y hacer reglamentos para la conservación de la paz. Congregáronse, pues, ciento cincuenta obispos, comprendiéndose en este número los de Egipto y Macedonia, que no acudieron al principio. Se elevó unánimemente á san Gregorio á la silla de Constantinopla con gran satisfacción del emperador y de los más santos obispos. Solo él se resistió, y hubo que hacerle violencia. Pero algunos de los asuntos que se discutieron hubieron de disgustar al Santo, por lo cual suplicó se le admitiese la dimisión de su alta dignidad. Pueden verse en los historiadores eclesiásticos las razones en que apoyaba su conducta. En su consecuencia, se eligió á Nectario, y cual un gamo escapado de las redes, se retiró Gregorio de Constantinopla, para descansar en el retiro de los trabajos que había sufrido, y de las amarguras que sus émulos le habían causada. Se diri-

gió á Nacianzo, en donde no pudo, sin embargo, gozar de la tranquilidad que buscaba : pues tuvo el sentimiento de encontrar á esta iglesia semejante á una nave que camina sin piloto por alta mar. Carecía de obispo, y se hallaba entregada á los Apolinaristas. En vano procuró poner en ella un obispo, y no pudiendo encargarse de esta silla á causa de sus enfermedades, se retiró al territorio de Arianzo que había heredado de su padre, para restablecer su quebrantada salud. Esto acaeció por los años 381 ó 382. No por eso permaneció ocioso, pues escribió muchas cartas, en particular para restablecer la fé en Nacianzo, en donde los apolinaristas habían tenido la osadía de poner un obispo de su secta. Esto fué causa de que los fieles de esta ciudad le obligaran á venir, tanto por el amor que le profesaban, como para que combatiese á estos herejes.

Su humildad, juntamente con sus enfermedades, le hizo mirar el peso de esta iglesia como superior á sus fuerzas; pero obtuvo que se le sustituyese con un obispo, que fué Eulalio, su discípulo. Viéndose ya libre y en estado de no pensar más que en Dios y en su salvación, se retiró el resto de sus dias al campo, en donde hizo vida monacal con otros solitarios. » Vivo, dice, entre rocas y bestias feroces : mi morada es una caverna, en donde paso la vida solo. No tengo más que un hábito : carezco de calzado y de fuego, y no vivo más que de la esperanza. Soy el desecho y el aprobio de los hombres : me acuesto sobre la paja, me cubro con un saco, y tengo constantemente regado el suelo con las lágrimas que derramo. » Esto no impedía el que algunas personas, y entre ellas Máximo el Cínico, que tenían un exterior de filósofos y que se mofaban de las austeridades de los verdaderos religiosos, considerasen su vida como un crimen, y como voluptuosa y delicada. A estas necedades contestó con un pequeño poema que compuso.

Escribió también otros muchos, porque era un excelente

poeta, y su elocució no brillaba ménos en la prosa que en el verso. Pero este don no lo empleaba más que para llevar almas á Dios, á quién había consagrado sus afectos y sus obras. Mucho tendríamos que hablar de los hechos realizados por este Santo y de sus escritos ; pero esta tarea pertenece á los historiadores eclesiásticos. Vengamos, pues, á su dichosa muerte. Dios le había preparado gradualmente para ella con frecuentes enfermedades ; así es que la esperaba tranquilo y confiado. No sabemos las circunstancias que en ella concurrieron ; pero como san Jerónimo dice que murió tres años ántes de que formase su catálogo de los autores eclesiásticos en el año 392, preciso es que acaeciese en 389 ó á principios de 390, á los sesenta ó sesenta y un años de edad, si nació, como se cree, en 329.

La Iglesia latina celebra su fiesta el 9 de Mayo : los griegos le honran el 30 de enero juntamente con san Basilio y san Juan Crisóstomo, y en particular el 25 de dicho mes. Su cuerpo fué trasladado de Nacianzo á Constantinopla por orden de Constantino Porfirogeneto, y depositado en la iglesia de los Apóstoles, cerca del altar y de las reliquias de san Juan Crisóstomo. Posteriormente fué trasladado á Roma, según el Cardenal Baronio, y colocado bajo el altar de la iglesia de la Virgen en el campo de Marte, en 1505, desde donde fué trasladado por orden de Gregorio XIII en 11 de junio de 1582 á una hermosa capilla erigida en honor del Santo en la basílica Vaticana, colocándosele al dia siguiente bajo el altar. La fiesta de esta traslación se halla asignada en el Martirologio romano al 11 de junio.

El cardenal Baronio hace una descripción del cuerpo y del rostro del Santo, que dice haber sacado de un manuscrito griego del Vaticano, y los griegos la repiten dos veces en sus Méneos. Según esta pintura, el Santo era de una estatura mediana, algo pálido, pero de manera que no oscurecía su bélleza : tenía la nariz afilada, las cejas altas y po-







Imp. Ch. Chauveau aîné. Paris

Gravé par M. L.

*S<sup>te</sup> Macrine.*  
*Santa Macrina.*



bladas, el ojo derecho un poco triste y encogido á causa de una cicatriz que le había quedado : la barba espesa, pero corta y negra por las extremidades, y la cabeza calva, y blancos los pocos cabellos que le quedaben.

---

## PADRES DE SAN BASILIO. SANTA MACRINA LA JOVEN Y SU MONASTERIO.

Aún cuando los padres de san Basilio y de san Gregorio Nacianceno no profesaron la vida monástica, nos creemos en el deber de dar una idea de sus virtudes, en cuanto contribuyen á la gloria de estos Santos. Comenzaremos por los de san Basilio.

Era este Santo muy noble por parte de ellos ; así es que si hubiese querido prevalerse del lustre de su familia para aspirar á los honores mundanos, le hubiera sido muy fácil demostrar que las más encumbradas dignidades, tanto de la judicatura como de la administración, que la autoridad y prestigio en las cortes de los príncipes, los honores públicos, y las más sólidas reputaciones eran cosas muy comunes en su familia. Pero había entre sus antepasados otros motivos más sólidos de gloria, pues la virtud les hace aún en el día objeto de veneración en toda la Iglesia.

Su abuela paterna santa Macrina, cuya festividad celebra el Martirologio Romano el 14 de enero, se hizo célebre por su insigne piedad. Era natural de Neocesarea en el Ponto, y fué instruida en la doctrina de san Gregorio Taumaturgo por sus discípulos : doctrina que conservó preciosamente en su corazón, y en la cual educó á su nieto san Basilio desde la infancia. Su marido, cuyo nombre igno-

ramos, adelantó, como ella, en la práctica de todas las virtudes. En tiempo de la persecución de Diocleciano, continuada por Maximiano Galerio y por Maximino, fueron del número de los santos fugitivos, que prefirieron privarse de sus bienes y sufrir todas las incomodidades de un destierro voluntario, y aún exponerse á la muerte, ántes que al peligro de perder su alma. Se retiraron hacia el año 305 en unión de otros cristianos á uno de los bosques que cubren el Ponto. Este destierro debió ser muy molesto á personas de tanta consideración, y duró cerca de siete años.

Dios manifestó por medio de un milagro evidente que, sólo movidos por el Espíritu Santo, se habían refugiado en este retiro : pues hallándose destituidos en él de todo auxilio humano, les envió para su sustento grandes ciervos que bajaban de la altura de la montaña, y que se dejaban coger cual mansos corderos. Esta maravilla de la Providencia les fortaleció en su combate. Es de suponer que salieran de este retiro despues del edicto que Maximiano Galerio, aterrizado por el poder de Dios, se vió obligado á dar en favor de los cristianos, el 30 de abril del año 311, como puede verse en la historia de la Iglesia. Pero como san Gregorio Nacienceno, y aún más claramente san Gregorio de Nisa, dicen que santa Macrina sostuvo grandes combates en defensa de la fé, y que sus bienes y los de su marido habían sido confiscados, es de creer que debieron confesar á Jesucristo, ó bajo Maximino, que al cabo de un mes renovó la persecución, ó hacia el año 320, bajo Licinio. Se supone que santa Macrina murió en el Ponto hacia el año 340.

Su piedad y la de su marido pasó á Basilio, su hijo, padre de nuestro Santo, que enseñó la elocuencia con tanta reputación, que fué maestro de discípulos muy distinguidos, y alcanzó una estimación universal. Su virtud no cedió más que á la de su hijo. Fué considerado como el

más ilustrado maestro de la piedad en el Ponto, así como lo era de la elocuencia. Su sabiduría y excelente conducta en todas sus acciones le merecieron el honor de tener por esposa à santa Emelia.

Esta ilustre santa, cuyo nombre expresa la armonía y concordia de todas las perfecciones que poseía, profesaba grande amor á la virginidad ; pero habiendo perdido á su padre, á quién la cólera del emperador pagano, (se cree que fuese Licinio), había despojado de los bienes y de la vida, y habiendo perdido á su madre, que aún era jóven, se vió obligada á casarse, porque su extrema belleza era causa de que muchos sollicitasen su mano, no faltando quién abrigase el designio de arrebatarla. De modo que el temor de este peligro le hizo pensar en librarse de él por medio del matrimonio, prefiriendo á Basilio sobre todos los demás pretendientes.

Su piedad les unió no ménos que el matrimonio : se hallaban perfectamente de acuerdo sobre las buenas obras : alimentaban á los pobres, recibían á los peregrinos, y en medio de la persecución consagraban á Dios una parte de sus bienes, los cuales multiplicó Dios despues de la persecución en tal manera, que eran los más ricos del pais. Tenían posesiones en tres provincias diferentes, en el Ponto, en la Capadocia y en la pequeña Armenia, con lo cual tenía una posición muy desahogada su numerosa familia. San Gregorio de Nisa asegura que estaban colmados de las bendiciones divinas ; pues cada uno de sus hijos tenía bienes más cuantiosos que si todos se los hubieran dejado á uno solo. Estos hijos eran diez ; pero uno de ellos murió de muy corta edad ; y cuando murió el padre, se repartieron los bienes entre cuatro varones y cinco hembras.

La mayor de todos fué Macrina la Jóven : san Basilio fué también el mayor de los varones, Nocracio el segundo, san Gregorio de Nisa el tercero ó cuarto, y san Pedro,

obispo de Sebaste, el último. No se tienen noticias de las otras cuatro hijas, sino que su madre las colocó honestamente. En otro lugar hablaremos de las sobrinas de san Basilio, hijas de una de sus hermanas, que gobernaron un monasterio de vírgenes en Cesarea.

Ocupándonos ahora de cada uno en particular, nada notable sabemos acerca del padre de san Basilio, sino lo que hemos dicho de sus virtudes en general, á lo cual debemos añadir que, habiendo caído san Basilio gravemente enfermo en su infancia, oró su padre por su curación, y Dios le apareció una noche, diciéndole como en otro tiempo dijo Jesucristo al señor de Cafarnaum: « Anda, tu hijo está bueno. » Lo cual demuestra que la fé de este santo hombre era muy viva, y que se hallaba favorecido con una grande comunicación con Dios. El esmero con que enseñó á nuestro Santo los primeros elementos de la retórica, demuestra cuán grande era la atención con que cumplía sus deberes de padre de familia. Concluyó gloriosa y santamente su vida, despues de inspirar á sus hijos con sus lecciones y ejemplos los buenos sentimientos que nos recomienda la religión, y murió lleno de merecimientos hacia el año 349 ó más tarde, poco despues del nacimiento de san Pedro de Sebaste.

En cuanto á santa Emelia, su esposa, no la separaremos de santa Macrina, su hija, que fué su fiel compañera hasta la muerte, y que contribuyó mucho á elevarla al grado de perfección, que consumó con una muerte santa, y que, como á su esposo, le ha merecido un lugar entre los santos de la Iglesia, el dia 30 de mayo. Su intención al contraer matrimonio fué, como hemos visto, escapar á los peligros del mundo, más bién que seguir sus vanidades. Ocupada enteramente en los cuidados domésticos, que son los principales deberes de la madre de familia, Dios le dió en el primer fruto de su matrimonio una ayuda, más bién

que una hija, para que cooperase á la educación de los demás hijos que en su misericordia le preparaba, y esta hija la secundó en todo, tanto en los negocios de la casa, como en el cuidado de su numerosa familia.

Dios se dignó anunciarla que llevaba en su seno un fruto de la divina gracia, y le dió á conocer el altísimo grado de santidad á que la destinaba : pues hallándose dormida algunos dias antes de darla á luz, le pareció como que veía en sus brazos á esta dichosa hija, y que un hombre de una estatura y de una majestad sobrehumana le dió el nombre de Tecla, lo cual repitió tres veces, y desapareció. Pocos despues la dió á luz con toda felicidad, y desde entónces consideró este nombre como un signo de la conformidad de sentimientos entre esta Santa y su hija.

Se la confió á una nodriza, pero sin salir de la casa : así es que á todas horas estaba la tierna niña en brazos de su madre. La educación que más tarde recibió fué muy piadosa, pues lejos de presentarle Emelia ninguna cosa que pudiese inspirarla deseos mundanos, le hacía aprender aquellos pasajes de la santa Escritura que consideraba más fáciles y adecuados á su edad. Comenzó por los libros sapienciales, escogiendo las sentencias más propias para dirigir los movimientos de su corazón y todos los actos de su vida. Le hizo aprender también los salmos, y la acostumbró á nutrir su alma con los santos afectos que se encuentran en estos sagrados cánticos, de modo que podía decirse, como asegura san Gregorio de Nisa, de quién tomamos todo este relato, que en cualquier paraje y situación en que se hallaba Macrina, y en todas las cosas que hacía, tenía en estos sagrados cánticos una fiel compañía que jamás la dejaba.

Si estos eran los frutos de los cuidados de su cariñosa madre, lo eran también de la docilidad de la hija ; pues por esta docilidad aprendió todas las labores propias de su sexo



con muy notable aprovechamiento. A estas excelentes dotes del alma de Macrina añadió el Señor una belleza corporal tan perfecta, que no había en todo el país quién la igualase ; lo cual fué causa de que sus padres procurasen ocultarla. Pero á pesar de estos cuidados, no pudo escapar á las miradas de algunas personas de distinción, que pretendieron su mano. Creyó su padre que, para librarla de importunos pretendientes, debería escoger un hombre de buenos antecedentes y dotado de piedad, pero difiriendo siempre todo compromiso por ser todavía muy joven Macrina.

Dios, que se había reservado esta casta paloma, para que le consagrarse su virginidad, hizo que, mientras que este hombre se esforzaba por confirmar la buena opinión que de él se había formado, sucumbiese á una corta enfermedad, que desvaneció todas las esperanzas que en él se habían fundado.

Esta inesperada muerte fijó para siempre la suerte de Macrina en el estado de la virginidad, que deseaba conservar para entregarse enteramente á Jesucristo. Así es que, proponiéndole sus padres un nuevo y no ménos ventajoso partido, contestó, « que no había muerto su esposo, sino que vivía para Dios, y aún para ella por la esperanza de la resurrección : que sólomente había ido á un viaje, y por lo tanto, que estaba obligada á guardarle fidelidad ».

Con estas razones se afirmó más y más en su resolución, pero procurando no apartarse de su madre, lo que hacía decir á ésta, que á los demás hijos los había llevado nueve meses en su seno ; pero que á ésta la había llevado en cierto modo constantemente. Léjos de serle enojosa esta asiduidad, le fué tanto más agradable, cuanto que además de la ternura que le profesaba, había recibido de ella servicios más importantes que de los más adictos criados. Ambas, dice san Gregorio de Nisa, reportaban beneficios de este

estrecha unión: la madre dirigía el espíritu de la hija, y ésta tenía un cuidado tan esmerado de la madre, que le hacía amasar con sus propias manos el pan que comía. Después de la muerte del esposo, se vió Emelia á la cabeza de cuatro varones y cinco hembras, que se hallaban repartidos en las tres provincias del Ponto, de la Capadocia y de la pequeña Armenia. Macrina compartió con ella todos los cuidados de esta numerosa familia, y la fué llevando poco á poco á una virtud muy perfecta.

Hemos visto en la vida de san Basilio, como esta cariñosa hermana le llevó al desprecio de la sabiduría del mundo y á abrazar la del Evangelio. Educó en la misma forma á su hermano san Pedro, obispo de Sebaste, sirviéndole como de madre y preceptora en lo que á la piedad se refiere. Cuando todos sus hermanos llegaron á la mayor edad, y se hallaban colocados, persuadió á su madre á que la acompañase á un monasterio.

Con este designio edificaron uno en el Ponto, á orillas del Iris, y á poca distancia de la ciudad de Ihora. En su consecuencia, rompieron todos los lazos que las ligaban con el mundo; dejaron el género de vida que hasta entónces habían practicado para emprender otro más perfecto, y llevaron consigo á algunas de las personas de su servidumbre, que se consagraron también á la vida religiosa. Se le unieron algunas otras personas, y santa Macrina, después de su madre, gobernó esta comunidad, que se distinguió por la severidad de su doctrina. Dió á los pobres, todo la herencia que había recibido por muerte de sus padres, y siguiendo el consejo evangélico, ganó con sus propias manos su sustento. Otro tanto hacían las demás religiosas, pues el trabajo manual era uno de los principales preceptos de la regla.

San Gregorio de Nisa traza en estos términos el plan de su conducta y de la observancia regular. « Había entre ellas

una perfecta igualdad en la comida, en los muebles, en las celdas y en todas las demás necesidades, sin que quedase ningún vestigio del rango que cada una tenía en el mundo. La vida que llevaban era tan santa, y tan eminente su virtud, que no hay palabras capaces de expresarlas. Su exactitud en la observancia de la santa disciplina correspondía á la grandeza de su virtud y al fervor que abrasaba sus almas. Podía comparárseles á esas almas dichosas, que vuelan al cielo despues que salen de la prisión de sus cuerpos : pues sus corazones se hallaban desprendidos de las cosas de la tierra, pudiendo decirse que llevaban vida de ángeles. »

No se veían en ellas señales de cólera ni de envidia, así como tampoco sospechas ni odios. Habían rechazado de sus corazones toda vanidad, todo deseo de honores y estimación por parte de las criaturas. Ponían todas sus delicias en la templanza : toda su gloria en ser desconocidas, y todas sus riquezas en no poseer cosa alguna. Habían renunciado á todas las comodidades de la vida, y consideraban como un tiempo perdido el que se empleaba en las cosas perecederas de este mundo. Todas sus ocupaciones así como su reposo consistían en la continua oración, y en el cántico de los salmos que no interrumpían de dia ni de noche. Era, por último, tan perfecta su vida, que puede considerarse como un medio entre la humana y la angélica, porque participaba de una y otra. » Tal es la idea que nos da san Gregorio de las virtudes de estas fervorosas vírgenes de Jesucristo.

Pero si eran tan perfectas, ¿ cuanto no debería serlo la bienaventurada Macrina, que con tanta prudencia y piedad las dirigía? Asegura el mismo Santo, que, no hallándose nunca satisfecha de su mérito en la presencia de Dios, ponía toda su atención en purificarse de las más pequeñas imperfecciones, y en aspirar á nuevos progresos en la vir-

tud, á que la gracia del Señor la llamaba misericordiosamente. San Pedro, su hermano, á quién hemos dicho que formó en la virtud desde la infancia, la dirigía entónces espiritualmente así como á su comunidad : pues se retiró á la misma soledad, y san Basilio le prestó también grandes auxilios.

En una ocasión quiso Dios manifestar el mérito de esta Santa con una curación milagrosa, y demostrar cuán agradables le eran sus oraciones. Se le formó en el codo un tumor de extraordinaria magnitud, siendo preciso hacerle una incisión para evitar que tomase mayores proporciones, y le causase la muerte. Su madre la obligaba á llamar al médico, diciéndole que la ciencia de la medicina está recomendada por el mismo Dios para el bién de la humanidad ; pero esta hija en extremo pudorosa prefería soportar el mal ántes que enseñar una parte de su cuerpo á una persona desconocida. Un dia, pues, despues de asistir hasta las vísperas á su piadosa madre, como tenía de costumbre, y despues de reiterarle ésta que llamase al médico, se retiró á una capilla que había en el interior del monasterio, en donde pasó la noche pidiendo al Señor, que es el soberano médico, que la curase ántes de tener que ser vista por un hombre. Despues tomó un poco de tierra humedecida con sus lágrimas, y la aplicó á la parte enferma, esperando que Dios bendeciría aquel remedio, como así sucedió. Despues de la oración volvió á su madre, y le dijo que, para ser sanada, bastaría que le hiciese la señal de la cruz ; pero al meter la mano, encontró que estaba perfectamente curada. Sólomente le quedó una pequeña cicatriz, como la picadura de una laguja, la cual perseveró hasta la muerte, habiéndolo Dios permitido así, como hace notar san Gregorio de Nisa, para que fuese un testimonio perenne del milagro que se había obrado en su favor, y para obligarla á que nunca olvidase el beneficio que le había dispensado.

Santa Emelia, que era ya de una edad muy avanzada, pagó al fin el tributo impuesto á la naturaleza. Sus hijos se hallaban ausentes, á excepción de santa Macrina y de san Pedro que vivían á su lado. Cuando se sintió próxima á la muerte, teniendo á ambos á su lado, les habló con ternura de los demás, dió su bendición á todos, y elevó esta hermosa plegaria.» Os ofrezco, Señor, las primicias y el diezmo de los frutos que han salido de mi seno : mi hija, que se halla presente, puede muy bién llamarse las primicias, y éste, como el último de todos, el diezmo. Así pues, además de que los he recibido de vuestra liberalidad, os pertenecen por un derecho especial. Dignaos, pues, Dios mio, colmar sus corazones de santidad. » Al mismo tiempo que esta bendición terminó su vida, á fines del año 373. Se le enterró al lado de su marido, á seis á siete estadios de su monasterio, en la iglesia de los Cuarenta Mártires. La Iglesia la honra el 30 de mayo.

Puede calcularse el dolor de santa Macrina y de su hermano san Pedro por el mérito de la santa madre que acababan de perder ; pero su piedad cambió este dolor en olor de suavidad agradable á Dios por su resignación. Así nos lo dá à entender san Gregorio de Nisa, cuando dice, que, despues de enterrarla en la forma que les había encargado, procuraron dominarse á sí mismos, haciendo sus últimas acciones más perfectas que las precedentes, y esforzándose por llegar á la cumbre de la virtud. La de santa Macrina había sido ántes sometida á una durísima prueba con la pérdida de su hermano Nocracio, á quién trajeron muerto de la campiña, juntamente con su criado Crisafó, sin que hubiese sido posible averiguar como acaeció este trájico suceso. « Macrina, dice san Gregorio de Nisa, apareció tanto más admirable en esta ocasión, cuanto que sabía perfectamente que perdía con este desgraciado accidente á un hermano, á quién amaba con extraordinaria ternura.

Pero se sobrepuso á sus sentimientos, y con su ejemplo y sus razones consoló á su madre, que aún vivía. Así es que, en la violencia de un golpe tan terrible, no dió gritos, ni desgarró sus vestiduras, ni se entregó á los trasportes de dolor, que son ordinarios en otras madres, ni hizo cosa alguna que fuese indigna de su piedad. » Por último, añade el mismo san Gregorio, llegó la virtud de Macrina á un grado tan elevado, que en todo lo desagradable que acaecía á su madre, no permitía que el sentimiento superase al gozo de las gracias de que era deudora á la bondad divina.

Después de este doble sacrificio de la muerte de Nocracio y de santa Emelia, le exigió Dios otro no ménos sensible ántes de coronar sus trabajos en el cielo, y fué el del gran san Basilio, que murió en 379, como hemos dicho en el capítulo precedente. Si este gran ductor, al abandonar la tierra, dejó á la iglesia en la mayor aflixión, ¿cual debió ser la amargura de santa Macrina, cuando llegó á su monasterio la infausta noticia? Pero, añade san Gregorio de Nisa, así como el oro se prueba pasándolo por diferentes hornos, siendo el más excelente el que ha pasado por tres crisoles, así el alma de esta vírgen pasó por tres pruebas durísimas, la muerte de Nocracio, la de su madre y la de san Basilio, saliendo de ellas tan pura y tan fuerte, que no se observó en su conducta ni debilidad ni el más leve defecto.

A fines del mismo año en que acaeció la muerte de san Basilio, asistió san Gregorio de Nisa al gran concilio que celebraron los orientales en Antioquía, y una vez terminado, quiso este Santo visitar á su hermana santa Macrina, á quién no había visto hacía ocho años. La consideraba ménos como hermana que como maestra, así es que ordinariamente le daba este nombre. Además de la satisfacción de verla, quería consolarla por la muerte de san Basilio. Pero en lugar de esta satisfacción, quiso Dios que tuviese

el dolor de asistir á la muerte de esta Santa, para cumplir el deseo que ésta tenía de verle ántes de salir de este mundo, y de recibir de él los últimos auxilios de la religión.

Para referir lo que sucedió en esta visita, exponremos las mismas palabras del Santo, que son muy, expresivas : « Despues de un largo viaje, y no quedándome ya más que una jornada, me quedé dormido, y tuve una visión en que se me anunciaba lo que iba á ocurrir. Me pareció, pues, que llevaba en mis manos reliquias de mártires, las cuales arrojaban un resplandor tan grande, que mis ojos no podían soportar. Por tres veces tuve esta visión, sin que yo pudiese comprender lo que significaba. Tuve pena, y me resigné á esperar los sucesos. »

Cuando me acercaba al retiro en que mi hermana hacía una vida celestial, en contré á un criado, y le pregunté si estaba mi hermano, respondiéndome que hacía cuatro dias que había marchado, y que mi hermana estaba enferma. Esto me obligó á apresurar el paso, y llenó mi corazón de tristeza. Mis hermanos, es decir, los monjes, que sabían mi llegada, salieron á recibirme, pues tenían costumbre de honrar de esta manera á sus amigos. Por otra parte la comunidad de religiosas se hallaba reunida en la iglesia, en donde esperaban mi llegada con gran modestia. »

« Cuando llegué, hice las oraciones acostumbradas, y les dí la bendición, que recibieron con humildad profunda, y despues se retiraron en silencio, para dedicarse á sus respectivos oficios. Mi hermana, que era la superiora, no estaba entre ellas; pero me abrieron la puerta que conducía á su celda. La encontré acostada, no en un lecho ni en un jergón, sino en tierra, sobre una tabla cubierta de cilicio, y en lugar de almohada, tenia otra tabla cortada de manera que pudiera sostenerle la cabeza. Estaba muy enferma, y no pudiendo salir á mi encuentro á causa de la extrema debilidad y de la fiebre que la devoraba, se incor-

poró en cuanto le fué posible, para recibirme con honor. Corrí á ella, y la supliqué que no hiciese esfuerzo alguno. Entónces levantó sus manos y sus ojos al cielo, diciendo: Gracias os doy, Señor y Dios mio, por haber accedido á mis deseos, inspirando á vuestro siervo que venga á visitar á vuestra sierva. »

Procuraba ocultar la dificultad de su respiración, para no afligirme, y poner un rostro alegre, hablándome de cosas que me agradaban, pero la conversación nos llevó á hablar de nuestro Basilio, y no pude disimular mi dolor; pero ella, léjos de imitarme, encontró motivo para expresar sus sentimientos de la más alta piedad, y animada del espíritu de Dios, me habló de la sabiduría divina en todo cuanto acontece en la tierra, y en las affixiones que nos envía, con tal elevación de conceptos, que mi alma se sintió como trasportada á sentimientos superiores á los de la naturaleza. »

« No podía ménos de admirar como, en el ardor de la fiebre que la consumía y anunciaba su último fin con el copioso y frio sudor que la producía, conservaba toda la libertad de su espíritu, cual otro Job lleno de úlceras, y con que facilidad y sublimidad de expresión hablaba del estado del alma, de la vida que pasamos sobre la tierra, del fin para que hemos sido criados, de la inmortalidad que un dia revestirá el cuerpo, y de la necesidad de dejar de vivir en este mundo para entrar en otra vida enteramente nueva. Las palabras salían de su boca cual el agua de cristalina fuente, y si no hubiese temido fatigarla, la hubiera rogado que explicase todos los demás puntos de nuestra religión. »

« Cuando hubo concluido de hablar de estas materias, me dijo: Debes estar muy fatigado, hermano mio, del largo camino que has hecho, y es preciso que tomes algún descanso. Tendré mucha satisfacción en que lo hagas. La



obedeci, y me encaminé á un huertecito inmediato, en donde me senté á la sombra de algunos árboles. Nada, sin embargo, podía satisfacerme, pues tenía mi corazón desgarrado por la pena de la pérdida que había sufrido, y por el temor de la que me esperaba. La visión de las reliquias de los mártires no me parecía ya un enigma, y de ella hablé á algunas personas que estaban presentes. »

« La Santa que penetraba mis pensamientos, me envió á decir que no me afligiese, porque ella esperaba que había de resultar mucho bién de su mal ; pero por estas palabras no entendía otra cosa sino que el fin, por el cual suspiraba su alma para gozar de Dios, estaba muy próximo. Al oír esta noticia, nos levantamos todos para ir á su lado, y cuando nos vió, no queriendo perder el tiempo en discursos inútiles, comenzó á referirnos todos los hechos de su vida, con tanta precisión y exactitud, cual si tuviese un libro ante su vista, detallando todos los beneficios que Dios había dispensado á nuestros padres y hermanos, para tributarle la debida acción de gracias. »

« Quise hablarle de lo que había sufrido cuando me desterró el emperador Valente, y de los demás trabajos que me proporcionaron los males que la Iglesia sufría ; pero me respondió : ¿ No dejarás de dar gracias á Dios ? Teme caer en la ingratitud, olvidando los beneficios que has recibido de su mano misericordiosa : pues si nuestro padre se hizo célebre por las acciones públicas que le merecieron el aprecio de sus conciudadanos, su reputación no pasó de la provincia del Ponto ; miétras que la tuya se ha extendido mucho más lejos : pues las iglesias te llaman en su ayuda, y se dirigen á tí para el restablecimiento de la disciplina. Reconoce en todo esto el favor que has recibido de Dios, y el efecto de las oraciones de nuestros padres. »

« Al oírla expresarse de esta manera, hubiera yo deseado que aquel diu no se hubiese acabado nunca. Pero llamán-

dome á vísperas el cántico de las vírgenes, me dijo que me trasladase á la iglesia; miéntras ella oraba. De este modo pasó la noche, y cuando empezó á clarear el dia, me fué fácil conocer que era el último de su vida, pues la fiebre habia consumido enteramente sus fuerzas. Mi alma se hallaba entónces agitada por dos sentimientos diferentes: uno de dolor, porque me era imposible resistir á la naturaleza, oyendo las últimas palabras de una persona tan querida, y otro de admiración viendo con que tranquilidad y confianza esperaba la muerte, ó mas bién, con que deseos suspiraba por verse libre de los lazos de la carne para ir á gozar de la presencia del Esposo celestial, á quién habia amado con todo su corazón. »

« Próximo estaba á ocultarse el sol, sin que todavía hubiese perdido el vigor de su espíritu. Cesó de hablarnos y teniendo las manos unidas y los ojos dirigidos al cielo, conversaba con su celestial Esposo, pero con una voz tan baja, que apenas se le entendía. Oíamosle, sin embargo, decir: Me librais, Señor, del temor de la muerte: haceis que el fin de esta vida sea el principio de otra más excelente: nos dejais dormir un poco de tiempo, para despertarnos al son de la trompeta al fin de los siglos. Confiais á la tierra, como un depósito, la tierra de nuestro cuerpo que formasteis con vuestras manos, y lo secareis de ella para revestirlo de tierra inmortal. Nos habeis librado de la maldición del pecado, y habeis querido cargar con ella por amor nuestro: habeis quebrantado la cabeza de la serpiente que, inspirando al hombre la desobediencia, le hizo esclavo: habeis roto las puertas del infierno, y abierto el camino de la resurrección, humillado al autor de la muerte: habeis dado á los que os temen el signo de vuestra santa cruz, para confundir á este enemigo irreconciliable, y poner á salvo nuestra vida. Dios eterno, á quién he pertenecido desde el vientre de mi madre, á quién he amado con todo

el afecto de mi corazón, y á quién he consagrado desde mi infancia mi cuerpo y mi alma, dadme un ángel de luz que me conduzca al seno de los santos Padres, al lugar del refrigerio y del descanso. Vos que perdonasteis á uno de los que fueron crucificados á vuestro lado, por haber acudido á vuestra misericordia, acordaos, os ruego, de mí en vuestro reino, porque yo también he crucificado mi carne con Vos, y he sido enclavada por los clavos del temor con que he mirado vuestros juicios. Que no me separe de vuestros elegidos un caos espantoso: que el espíritu envidioso del bién de los hombres no me impida ir á Vos: que mis faltas se borren á vuestros ojos, y puesto que teneis el soberano poder de perdonar los pecados de los hombres, perdonadme los que me ha hecho cometer la fragilidad humana en mis acciones, en mis palabras y pensamientos, para que, al abandonar mi alma este cuerpo, se halle purificada de todas sus faltas, y la recibais en vuestras manos como un perfume de suavidad ante vuestra presencia. »

« Despues de este coloquio amoroso con Jesucristo, hizo la señal de la cruz sobre sus ojos, sobre su boca y sobre su corazón, y habiéndole secado la lengua el ardor de la fiebre, no pudimos comprender que continuaba orando sino por el movimiento de sus manos y de sus labios. Cerró los ojos, y acercándosele una luz, los abrió, y dió á entender que quería decir visperas; pero faltándole la voz, las decía mentalmente, moviendo como ántes las manos y los labios, comprendimos que las había terminado, porque llevando su mano al rostro, hizo la señal de la cruz. Por último, lanzando un largo y prolongado suspiro, concluyó su vida al mismo tiempo que su oración. Viendo que era cadáver, y recordando que en nuestra primera entrevista me había pedido que le cerrase los ojos y la boca, levanté mi mano lánguida por el dolor, pero sóla-

mente para cumplir mi palabra, pues sus ojos y sus labios estaban cerrado, cual si estuviese profundamente dormida, más bién que muerta. Su cuerpo había quedado en una posición la más modesta. » Tal es la relación, que hace san Gregorio de Nisa, como testigo ocular, de la muerte de su hermana.

Sus religiosas, que hasta entónces habían ocultado su dolor en lo más profundo de sus corazones por respeto á su superiora, no pudieron ocultarlo más tiempo, y se desahogaron con lamentos, suspiros y lágrimas. El mismo san Gregorio, á pesar de su resolución de permanecer firme, no pudo ménos de unir sus lágrimas á las de aquella desconsolada comunidad; pero habiéndose re-  
puesto algún tanto, dijo en alta voz á aquella asamblea respetable de vírgenes: Fijad vuestros ojos en el motivo de vuestro dolor, y acordaos de las instrucciones que os ha dado para conduciros á la perfección. No os permitia llorar más que en la oración, y esto debemos hacer ahora sustituyendo los salmos por las lágrimas. Despues les rogó que pasasen á un lugar inmediato, quedando sólamente algunas para que velasen el cadáver.

Vestiana, señora muy respetable, que, despues de haber perdido á su marido con el cual estuvo desposada muy poco tiempo, había escogido á la Santa, para que la dirigiese por los caminos de la perfección, y que pasaba la mayor parte del tiempo al lado de estas vírgenes, fué una de las que quedaron al lado de la Santa. San Gregorio se dirigió á ella, preguntándole si podría proporcionar algunos vestidos preciosos con que amortajarla, y le respondió que esto se oponía á los deseos de la difunta. Una vírgen, llamada Lampadia, muy instruida en el canto, de que estaba encargada, dijo también entre sollozos, que su superiora no había querido durante su vida, ni quería para supultura otro ornato que la pureza de sus acciones, porque

siempre despreció los adornos corporales. Además, que aún cuando se quisiese, no podía ponerse otro hábito que el que tenía puesto.

« Pero ¿ no hay, replicó san Gregorio, ninguno otro reservado? — Hé aquí, dijo Lampadia, su manto, su velo, y su calzado: todo está muy usado: estos son todas sus riquezas y todos sus muebles, y nada hay reservado en los cofres: pues había escogido el cielo para poner en él todos sus tesoros en seguridad, y nada tenía en la tierra. »

De esto se deduce cuán grande era la pobreza y el desprendimiento de esta santa virgen, que puede servir de perfectísimo modelo á todas las que profesan la vida religiosa. Un velo, un hábito, un manto, un calzado usado, constituían todo el moviliario de esta santa esposa de Jesucristo. Pero cuanto más desprendida estaba de los bienes de la tierra, tanto más rica era en los celestiales. Sin embargo, san Gregorio preguntó á Lampadia, si estaría mal visto que se empleasen estas prendas en adornar su cuerpo para los funerales. Creo, contestó, que si ella viviese, tendría dos razones para no oponerse: primera vuestra dignidad de obispo, á la cual profesó siempre grandísimo respeto: segunda los vínculos de sangre que os unen, y que no la permitirían oponerse á vuestra voluntad.

Estas dos razones decidieron al obispo san Gregorio, y ordenó á uno de sus familiares que trajese una de sus túnicas para cubrir el santo cuerpo. La piadosa Vestiana que ayudaba á vestirla, puso la mano sobre su cabeza, y sacó un cordón, del cual pendían una cruz y un anillo de hierro que la difunta llevaba sobre su corazón, y los presentó á san Gregorio. Dividámoslo, dijo éste; tomad la cruz, y yo me quedo con el anillo — Habeis hecho una buena elección, dijo Vestiana, porque el anillo tiene un trozo de la verdadera cruz.

La virgen Lampadia propuso á san Gregorio que se

cubriese el cadáver con un manto que se conservaba de su santa madre. Aprobólo el Santo, y por un efecto de la divina Providencia, el negro color del manto realzó de manera extraordinaria la singular belleza de la santa vírgen. Su rostro, dice san Gregorio, apareció tan radiante de luz, que parecía, como me se había representado en una visión, que salían rayos de deslumbradora claridad.

La noticia de la muerte de la Santa atrajo al monasterio extraordinaria concurrencia, y san Gregorio dispuso los funerales, que se celebraron con gran solemnidad.

Araxo, obispo de la diócesis, asistió con todo su clero, llevando el féretro juntamente con san Gregorio de Nisa y con otros dos eclesiásticos distinguidos, llevando los demás cirios encendidos. Era tan grande la concurrencia, que se empleó casi todo el dia en el camino, aunque se salió muy de mañana, y sólo distaba el monasterio una milla de la iglesia de los Mártires. Después de celebradas las exequias, se depositó el cadáver en el sepulcro de sus padres.

Asegura san Gregorio que recibió el don de milagros, y entre otros el de arrojar los demonios de los cuerpos de los energúmenos, de curar á los enfermos, y de predecir con certeza las cosas futuras. Refiere en particular la curación prodigiosa de la hija de uno de sus parientes, que mandaba las tropas en la ciudad de Sebaste. Se cree que la muerte de santa Macrina ocurrió un año después de la de san Basilio, ó sea, á fines del 379. Los griegos celebran su fiesta el 19 de julio, así como el Martirologio Romano, por más que su muerte tuvo lugar en noviembre ó diciembre. San Gregorio de Nisa, su hermano, escribió su vida, que la dirigió á Olimpo, solitario, que se la había pedido.

Hemos dicho que nada sabemos en particular de las demás hermanas de santa Macrina; pero san Gregorio Nacienceno dice en general, que todos los hijos de santa Eme-

lia llegaron á una virtud eminente, tanto los que siguieron el estado del matrimonio, como los que fueron elevados al sacerdocio, ó abrazaron la virginidad.

---

## NOCRACIO, SAN GREGORIO DE NISA Y SAN PEDRO DE SEBASTE, HERMANOS DE SAN BASILIO (1)

El primero de los hijos de santa Emelia despues de san Basilio fué Nocracio, que debió nacer hacia el año 330. Santa Macrina, su hermana, le profesaba especial cariño, y merecía efectivamente que todo el mundo le apreciase, pues se hallaba adornado de todas aquellas cualidades de cuerpo y de espíritu, que pueden hacer estimable á un hombre y elevarle á los más distinguidos empleos. No tenía más que veintidos años, cuando llenó de admiración á todos los que le oyeron en un discurso de arrebatadora elocuencia.

Pero más impresionado de la gracia que de todas las ventajas que pudiera proporcionarle el mundo, lo dejó para abrazar una vida pobre y solitaria, á la que no llevó otra cosa que á sí mismo.

Crisafo, uno de sus criados, que no sentía ménos inclinación á este género de vida, le siguió. En compañía de éste se retiró, pues, á tres jornadas del monasterio de su madre y de su hermana, á una colina que encontró á lo largo del Iris, y próxima á un espeso bosque. Este lugar, dice san Gregorio de Nisa, le pareció muy adecuado para vivir léjos del ruido de la guerra, del tumulto de las ciudades, de las agitaciones de la corte y de las inquietudes y falso brillo del

<sup>1</sup> S. Gregorio de Nisa, Paladio, Rufino, Teodoreto y Tillemont.

foro. Unía el ejercicio de la caridad con el reposo del retiro : pues habiendo encontrado en este paraje á dos aucianos, tan pobres como enfermos, quiso asistirlos y servirlos con sus propias manos. Los sustentaba con lo que podia recoger de la caza, pues era muy buen tirador, y domaba la carne con este ejercicio : de modo que á un mismo tiempo practicaba la caridad y la penitencia. San Gregorio de Nisa añade á estas dos virtudes la de una perfecta sumisión á la voluntad de su madre, que ejecutaba con sumo gozo, tanto para cumplir el precepto divino, como para manifestarle su extremado cariño.

Cinco años pasó de esta manera, hasta que un dia, en que había salido de cacería, se le encontró muerto juntamente con Crisafio, por un accidente que san Gregorio no refiere. Bulteau dice que fueron asesinados por unos malvados, Santa Eumelia, su madre, tuvo necesidad de toda la fuerza de su virtud, para sobrellevar este golpe tan inesperado como terrible. Al tener noticia de él, cayó desmayada perdiendo la palabra y el conocimiento ; pero su santa hija Macrina la consoló, sobreponiéndose á su aflixión con heroica paciencia. La muerte de Nocracio debió acaecer hacia el año 357.

San Gregorio de Nisa, así llamado porque fué obispo de esta ciudad, puede considerarse ménos como solitario, que como hermano de san Basilio : pues no puede decirse que abrazó la vida monástica, sino sólamente que practicó durante algún tiempo sus ejercicios en el monasterio de este santo Doctor. Como era más jóven que Nocracio, no pudo nacer ántes del año 331. Su disposición para la elocuencia le hizo digno de sus hermanos, todos los cuales sobresalieron en este arte. Esto hace que Rufino le ignale en elocuencia y doctrina á san Basilio : que san Sofronio de Jerusalem le llame rio de elocuencia, y que otros escritores eclesiásticos le tributen grandes elogios.



lia llegaron á una virtud eminente, tanto los que siguieron el estado del matrimonio, como los que fueron elevados al sacerdocio, ó abrazaron la virginidad.

---

## NOCRACIO, SAN GREGORIO DE NISA Y SAN PEDRO DE SEBASTE, HERMANOS DE SAN BASILIO (1)

El primero de los hijos de santa Emelia despues de san Basilio fué Nocracio, que debió nacer hacia el año 330. Santa Macrina, su hermana, le profesaba especial cariño, y merecía efectivamente que todo el mundo le apreciase, pues se hallaba adornado de todas aquellas cualidades de cuerpo y de espíritu, que pueden hacer estimable á un hombre y elevarle á los más distinguidos empleos. No tenía más que veintidos años, cuando llenó de admiración á todos los que le oyeron en un discurso de arrebatadora elocuencia.

Pero más impresionado de la gracia que de todas las ventajas que pudiera proporcionarle el mundo, lo dejó para abrazar una vida pobre y solitaria, à la que no llevó otra cosa que á sí mismo.

Crisafo, uno de sus criados, que no sentía ménos inclinación á este género de vida, le siguió. En compañía de éste se retiró, pues, á tres jornadas del monasterio de su madre y de su hermana, à una colina que encontró á lo largo del Iris, y próxima á un espeso bosque. Este lugar, dice san Gregorio de Nisa, le pareció muy adecuado para vivir léjos del ruido de la guerra, del tumulto de las ciudades, de las agitaciones de la corte y de las inquietudes y falso brillo del

<sup>1</sup> S. Gregorio de Nisa, Paladio, Rufino, Teodoreto y Tillemont.

foro. Unía el ejercicio de la caridad con el reposo del retiro : pues habiendo encontrado en este paraje á dos ancianos, tan pobres como enfermos, quiso asistirlos y servirlos con sus propias manos. Los sustentaba con lo que podia recoger de la caza, pues era muy buen tirador, y domaba la carne con este ejercicio : de modo que á un mismo tiempo practicaba la caridad y la penitencia. San Gregorio de Nisa añade á estas dos virtudes la de una perfecta sumisión á la voluntad de su madre, que ejecutaba con sumo gozo, tanto para cumplir el precepto divino, como para manifestarle su extremado cariño.

Cinco años pasó de esta manera, hasta que un dia, en que había salido de cacería, se le encontró muerto juntamente con Crisafio, por un accidente que san Gregorio no refiere. Bulteau dice que fueron asesinados por unos malvados, Santa Eumelia, su madre, tuvo necesidad de toda la fuerza de su virtud, para sobrellevar este golpe tan inesperado como terrible. Al tener noticia de él, cayó desmayada perdiendo la palabra y el conocimiento; pero su santa hija Macrina la consoló, sobreponiéndose á su aflixión con heroica paciencia. La muerte de Nocracio debió acacer hacia el año 357.

San Gregorio de Nisa, así llamado porque fué obispo de esta ciudad, puede considerarse ménos como solitario, que como hermano de san Basilio : pues no puede decirse que abrazó la vida monástica, sino sólomente que practicó durante algún tiempo sus ejercicios en el monasterio de este santo Doctor. Como era más jóven que Nocracio, no pudo nacer ántes del año 331. Su disposición para la elocuencia le hizo digno de sus hermanos, todos los cuales sobresalieron en este arte. Esto hace que Rufino le ignale en elocuencia y doctrina á san Basilio : que san Sofronio de Jerusalem le llame rio de elocuencia, y que otros escritores eclesiásticos le tributen grandes elogios.

Vivió primeramente en el mundo; como aparece de lo que dice en su libro de la *Virginidad*, en donde confiesa con amargura que la vida común y secular que había llevado le separaba, como un muro, de esta virtud. Se cree que casó con Teosabia, de quién hace grandes elogios san Gregorio Nacianceno. Era todavía muy jóven, y se hallaba dedicado á los negocios del mundo, cuando le sobrevino un accidente, que su humildad ha querido referirnos. Habiéndose retirado su madre santa Emelia á un lugar cerca de Ihora, quiso poner en una iglesia inmediata, y en la que despues fué enterrada, reliquias de los cuarenta Mártires de Sebaste, y recibirlas con grande solemnidad. Quiso también que asistiese á ésta fiesta su hijo Gregorio; pero como éste era jóven, seglar y dedicado á los negocios, se disgustó de que su madre no lo hubiese dejado para otro tiempo. Asistió, pues; pero no lo hizo hasta la víspera, y mientras que los demás pasaron la noche orando y cantando salmos, el se acostó en una casa inmediata. Los santos Mártires, sin embargo, no le dejaron dormir tranquilamente; pues soñó que quería entrar en un jardín en que se celebraba la vigilia, y que, al llegar á la puerta, encontró á unos soldados que se lo impedían, amenazándole con las varas que llevaban en las manos; pero uno de ellos, más dulce y afable, rogó á los otros que le perdonasen. Se despertó en seguido, y conoció que era un aviso de los santos Mártires por la tibieza con que asistía á la fiesta. Sus ojos se deshicieron en lágrimas, é imploró la intercesión de estos generosos soldados de Jesucristo, para que le alcanzasen las divinas misericordias. El Santo refirió todo esto en un discurso que dirigió al pueblo, para demostrar que los mártires viven verdaderamente aute el trono de Dios.

Esta visión contribuyó indudablemente á hacerle renunciar á las esperanzas del mundo, pues al poco tiempo pasó al estado eclesiástico; pero cediendo á una tentacion del de-

monio, abandonó el altar y la lectura de los Libros santos para tomar los de retórica, que enseñó á varios jóvenes. Se murmuró de él por la deserción injuriosa que había hecho de su estado, y por el escandaloso ejemplo que había dado. San Gregorio Nacienceno le escribió con tanta dulzura y caridad, como con energía y fortaleza, haciéndole comprender su falta, y consiguiendo con esta carta todo el efecto que podía desear. Desde entónces no se vió en él ninguna variación, sino que se consagró enteramente á los estudios sagrados y á la práctica de la virtud.

Se retiró al Ponto cerca de su hermana santa Macrina, y al monasterio establecido por san Basilio. Lo demás de su vida se refiere á su episcopado, cuyos deberes cumplió con tanta virtud, como otros muchos grandes y santos obispos de su tiempo. Nisa, pequeña ciudad de Capadocia, distante treinta leguas de Cesarea por la parte de Ancira, y muy inmediata á Commena, fué la silla que ocupó hacia el año 372. Es preciso no confundir esta ciudad con otra del mismo nombre en el Asia proconsular. Fué consagrado por san Basilio en su cualidad de metropolitano.

San Eusebio de Samosata escribió á este santo Doctor para manifestarle el gozo que le habia producido su promoción, al mismo tiempo que la pena que le causaba el que no se le hubiese confiado otra silla de más importancia. A esta carta contestó san Basilio, que hubiera deseado que su hermano gobernase una iglesia proporcionada á su capacidad, es decir, que abrazase todo el territorio alumbrado por el sol ; pero como esto era imposible, deseaba sólomente que fuese un obispo, que honrase la iglesia que se le daba, en lugar de ser honrado por ella : pues es un gran hombre no sólomente capaz de grandes cosas, sino de hacer que apareciesen como grandes las pequeñas. »

San Gregorio merecía, efectivamente este elogio ; pues fué necesario hacerle grande violencia para que aceptase el

episcopado, y si fué honrado con él, él lo honró á su vez con la santidad de su conducta, con sus trabajos, con sus escritos y con sus sufrimientos. Demuestran la pureza de su fé las persecuciones que sufrió de parte de los arianos, quienes lo depusieron y desterraron, por lo cual mereció el glorioso título de confesor. Fué también perseguido por Demóstenes, vicario del Ponto y encarnizado enemigo de los católicos. A la muerte de Valente fué restablecido en su silla juntamente con otros prelados que habían sido desterrados por la fé de Nicea. Asistió al concilio que celebraron los orientales en Antioquía en 379, del cual recibió la comisión de visitar las iglesias de Arabia para regularizar en ellas los asuntos eslesiásticos. En 381 asistió al gran concilio de Constantinopla, que se reconoce como el segundo ecuménico, y en el que fué nombrado por la célebre ley de 30 de julio de 381, para ser, juntamente con Heladio de Cesarea y Otreo de Militina, el centro de la comunión católica en el Ponto. También asistió á otros dos concilios celebrados en la misma ciudad en 382 y 383, pronunciando en este último su magnífico discurso sobre la divinidad del Hijo y del Espíritu Santo y sobre Abraham. Se halló también en 394 en la dedicación de la iglesia que Rufino, prefecto del Pretorio, hizo construir en un barrio de Calcedonia, llamado la Chene, y que tomó despues el nombre de este ministro. El cuidado de esta iglesia se confió á unos monjes.

Ocupádonos ahora en sus virtudes, diremos con san Basilio, que, siendo obispo, practicaba la más estrecha pobreza. La vida que llevaba era muy austera : no se dispensaba de los ayunos ni aún en los largos viajes, en los cuales cantaba las alabanzas divinas, cual si estuviese en una iglesia ó en un monasterio. Su espíritu y su corazón estaban constantemente ocupados en la oración : el temor de los juicios divinos había penetrado de tal manera su alma, que

á todas horas meditaba en ellos. Su humildad era sincera y sólida, y casi nunca se atrevia á nombrar á san Basilio, su hermano, por considerarse muy inferior á él. Nunca se fiaba de sus luces en la explicación de las santas Escrituras, lo que le hacía decir que el sentido que les daba no eran más que conjeturas verosímiles, que sometía al juicio de sus lectores. « Mi pobreza, dice en una homilía sobre los Cánticos, no es capaz de comprender los tesoros contenidos en estas palabras; sin embargo, á fin de que no se me tache de perezosos, me someto al cumplimiento de la ley que me impone el deber de estudiar las sagradas Escrituras, y haré todo cuanto esté de mi parte para profundizar su sentido. »

No podía ménos de manifestar su satisfacción, cuando veía á su pueblo congregado en la iglesia para oír la palabra de Dios. « Hoy, decía en uno de sus discursos, es cuando reconozco á mi rebaño: hoy veo lo que puede llamarse una asamblea ó una iglesia: habeis dejado los negocios temporales para venir á tributar vuestros homenajes á Dios: continuad, hermanos míos, haciéndolo así, y procurad que no se entibie vuestro fervor. Hoy me encuentro para con vosotros en las mismas disposiciones, en que se halla un pastor para con su rebaño, y me siento entusiasmado al veros rodeando esta santa cátedra. Muy grande es el gozo que experimento, y lo manifiesto con mis palabras, como los pastores lo manifiestan con sus sencillos cantares. Por el contrario, cuando os dejais arrastrar por los espectáculos paganos, como sucedió el domingo pasado, me aflijo sumamente, y no puedo resolverme á hablar, sino que desearía huir y encontrar un Carmelo, como el profeta Elías, ó una roca deshabitada.

Hemos dicho que fué á la Arabia para arreglar los asuntos eclesiásticos de esta comarca y de la Palestina. Al hacer este viaje, pasó por Antioquía, en donde encontró al solita-

rio Olimpo, su amigo, con el cual habló de las virtudes de santa Macrina, y con cuyo motivo le rogó este solitario que escribiese la vida de tan ilustre Santa. Le preguntó también como podía llegarse á la perfección, á lo que respondió el santo obispo con un excelente tratado, en que le hacía ver que, para alcanzarla, era preciso consagrarse enteramente á la imitación de las virtudes de nuestro señor Jesucristo.

Visitó en Jerusalem los santos Lugares honrados con la presencia y muerte del Salvador. Fué también á Belen, al monte de las Olivas, al Calvario y al santo Sepulcro, experimentando en su alma un gozo santo al ver los recuerdos de la misericordia infinita que ejerció Jesucristo con nosotros. Pero el consuelo que tuvo en estas visitas de devoción no dejó de mezclarse con amarguras, á causa del mal estado en que se hallaba esta iglesia por un cisma, que no se había podido cortar, y á causa también de las depravadas costumbres de los cristianos.

Pero en medio de estas disidencias y de esta depravación, vió almas muy santas y agradables á Jesucristo, entre las cuales cita á Eustaquia, Ambrosia, y Basilisa, á las cuales escribió poco tiempo despues de su partida una carta que aún se conserva. Las dos primeras eran hermanas, y á Basilisa la llama su muy virtuosa y venerable hija. Esta carta no contiene cosa alguna que se relacione con nuestro propósito, pero hay otros dos tratados, el primero de los cuales está dedicado, al parecer, á una nueva comunidad de religiosos que había establecido en su diócesis. Les dice que no debe ser otro el fin que se propongan en sus ejercicios que la pureza del corazón, y ya hemos visto en muchos pasajes de esta historia que éste era principalmente el que recomendaban los antiguos Padres de la soledad á sus religiosos. Añade que es necesario que vivan en absoluta pobreza, y que tanto los que gobiernan como los que son goberna-

dos, deben consagrarse á cumplir la voluntad de Dios, practicando la humildad y la caridad, y progresando siempre en los caminos de la gracia. Quiere que á la austeridad del ayuno añadan la asiduidad de la oración, y les advierte que no consideren ésta como una obligación pesada, que no se cumple más que por temor, sino como un santo y dulce empleo, al que deben consagrarse por el atractivo del amor divino. Exhorta también á los que no han adquirido el don de una oración perfecta, á que lo suplan con una grande exactitud en cumplir los deberes de la obediencia y en servir á sus hermanos.

El otro tratado está dirigido á un abad de Capadocia, que le había consultado lo que debía hacer con unos religiosos que querían visitar los santos Lugares. En su virtud les aconseja que salgan de sí mismos por el desprendimiento de todo en obsequio á Jesucristo, ántes que salir de Capadocia para ir á Jerusalem. Hace constar que las peregrinaciones no son absolutamente necesarias, lo cual no quiere decir que las desapruébe, puesto que él mismo las ha emprendido, sino que son en cierto modo peligrosas para algunas personas, como aconseja la experiencia; pero en cuanto á los religiosos, asegura que no les conviene emprender largos viajes, durante los cuales tienen que mezclarse con todo género de personas, alojarse en hospederías, y presenciar desórdenes y escandalosas.

Habiendo empleado san Gregorio de Nisa toda su vida con tanta utilidad para la Iglesia como para su alma, la terminó en una edad avanzada, pero no sabemos en que año. El de 394 es el último en que se habla de él en los monumentos eclesiásticos, y debía tener entónces más de sesenta y cuatro años. No es de creer que presenciase las turbulencias excitadas en 403 ó 404 por Teófilo de Alejandría contra san Juan Crisóstomo. Los griegos honran



su memoria el 14 octubre, y los latinos el 9 de marzo, fiesta de los Cuarenta Mártires. Sería muy largo exponer todos los elegios que se han hecho de él, y que pueden verse en los historiadores eclesiásticos. Baste decir que todos le daban en el concilio segundo de Nicea, en 787, el glorioso título de Padre de los Padres.

San Pedro de Sebaste fué el último de los hijos de santa Emelia, y el diezmo que ofreció á dios de la fecundidad con que había bendecido su matrimonio. Nació ántes del año 349, y poco despues perdió á su padre. Su hermana santa Macrina se encargó de educarle tan luego como salió de los brazos de su nodriza, y desde su infancia le infundió el amor de las cosas santas sin permitirle que se consagrara á estudios vanos é inútiles. Así es que le sirvió de padre, de madre y de maestro, como hemos dicho en la historia de esta gran Santa. El corazón del jóven Pedro fué qual cera blanda, que fácilmente recibió las impresiones de una tierna y sólida piedad. Ardía en el amor de la virtud, y desde su niñez se le podía considerar como un anciano, ¡ tan grande era la sabiduría que había adquirido bajo la dirección de su santa hermana! Tenía, por otra parte, una disposición tan extraordinaria para todas las cosas, hasta para las obras manuales, que hacía con la mayor perfección muchas cosas que otros no podían ejecutar sino bajo la dirección de experimentados maestros.

El conocimiento natural que adquirió de las ciencias, le bastaba, sin que necesitase hacer estudios meditados y profundos. Toda su atención la dirigió á la virtud, y para perfeccionarse más y más en ella, la estudió en su santa hermana, imitando sus ejemplos. Así es que al lado de su madre y de esta hermana llevaba una vida enteramente angelical. Entónces vivían en Annés, cerca de Iris.

En este lugar había fundado san Basilio un monasterio de hombres separado del de su hermana por este rio, go-

bernándolo hasta el año 386, en que se vió obligado á ejercer las funciones sacerdotales en Cesarea, y sucediéndole san Pedro en su dirección, así como en la del de las vírgenes de que era superiora su hermana. San Gregorio de Nisa refiere que los peregrinos eran recibidos en él con la más exquisita atención, ó mejor dicho, con la mayor caridad: pues no descuidaba en los demás, sino que frecuentemente preparaba con sus propias manos los manjares con que los obsequiaba. La reputación de su caridad era tan generalmente conocida, que en un año de pública calamidad acudió á su monasterio una considerable multitud de pobres, pudiendo decirse que con este motivo se había convertido la soledad en ciudad populosa. En tan críticas circunstancias encontró este Santo medios de hacer cuantiosas limosnas.

La dignidad de sacerdote á que le elevó san Basilio, una vez hecho obispo de Cesarea en 378, fué para él un motivo de vivir con mayor perfección. El amor que profesaba á la virtud se unió á la obligación de cumplir dignamente los deberes de su santo ministerio, y tomó nuevo crecimiento en su corazón. Aún permanecía en su monasterio, cuando murió su hermana santa Macrina; pero á fines del año 380 fué elevado á la silla de Sebaste, en la pequeña Armenia, considerándose como un designio de la divina Providencia el que un hermano de San Basilio asentase sobre el trono de Eustaquio, el más formidable enemigo de este Santo.

Nada sabemos del episcopado de san Pedro, sino que en 381 asistió al concilio ecuménico de Constantinopla; pero es indudable que fué tan digno obispo como excelente solitario y abad. Tenemos de él una carta dirigida á su hermano san Gregorio, único monumento que se conserva, y no puede ménos de sorprendernos, dice un docto escritor de nuestra época, que no habiendo estudiado las letras

humanas, aparezca de esta carta que tuvo toda la elocuencia, toda la belleza y pureza de estilo que prolongados estudios dieron á sus hermanos. Así es que san Gregorio de Nisa tenía de él tan elevado concepto, que le dedicó algunas de sus obras, y encomendó á su prudencia el que les añadiese lo que considera faltarles. Palsedio le pone en el número de los obispos, á quienes santa Olimpiada había dado sumas considerables de dinero y de tierras para sus iglesias y para los pobres. Teodoreto le coloca entre los más ilustres defensores de la fé, y entre los obispos que más se han distinguido por su celo y su sabiduría.

Ignoramos el año en que murió ; pero es indudable que fué despues del año 391 y ántes que san Gregorio de Nisa. Su fiesta se halla asignada en el Martirologio Romano al 9 de enero.

---

## FAMILIA DE SAN GREGORIO NACIANCENO

Lo que vamos á decir de la familia de san Gregorio Nacianceno no se relaciona más que indirectamente con nuestro propósito ; pero puesto que hemos hablado de la familia de san Basilio, tan íntimo amigo de san Gregorio, conviene que hablemos también de la de este Santo, pues en ella hay mucho que nos intruya y edifique.

La familia de san Gregorio se componía de santos y santas, pues su padre, que también se llamaba Gregorio, se celebra por los griegos en primero de enero : su madre santa Nona es honrada por las iglesias griega y latina en 5 de agosto : su hermano san Cesáreo lo es también por

los griegos el 9 de marzo, y por los latinos el 25 de febrero, y por último, su hermana santa Gorgonia lo es en el Martirologio romano el 9 de diciembre.

Gregorio, su padre, nació de una familia pagana, y si él no tributó culto á los ídolos, perteneció, sin embargo, á la secta de los Hipsitarios, que, al mismo tiempo que adoraban á un Dios altísimo y omnipotente, mezclaban con esta verdad fundamental impiedades y supersticiones paganas, pues mientras que despreciaban los ídolos, adoraban el fuego, y rechazaban la circuncisión, al mismo tiempo que, con los judíos observaban el sábadó y la distinción de animales. Sus costumbres eran, sin embargo, muy buenas y laudables. Eran castos y modestos, dotados de rectitud y prudencia, siendo de notar que, á pesar de haberse hallado al frente de los negocios de la ciudad, no habían aumentado sus bienes con ningún género de injusticias.

Pero el Señor le concedió la gracia de abrir los ojos á la verdadera fé, y de reconocer, á beneficio de su luz, la mentira que le había seducido. Despues de Dios, tuvo su esposa santa Nona la parte más principal en su conversión, Ya sea por las oraciones que incesantemente elevaba al Señor, ya por el ejemplo de sus virtudes, que eran muy eminentes. Esta mudanza fué al mismo tiempo muy notable por dos sucesos maravillosos. Santa Nona le instaba con mucha frecuencia para que asistiese al canto de los salmos, con la esperanza de que hiciesen impresión en su corazón los sentimientos que expresan estos sagrados cánticos ; pero nunca pudo resolverse á ello. Sin embargo, una noche le pareció cantar en sueños este versiculo del salmo 121 : *Me he regocijado en lo que se me ha dicho, iremos á la casa del Señor.* Éste era un cántico nuevo para él y al referírsele á su esposa, se aprovechó ésta de tal ocasión para explicarle este sueño de una manera conforme

al deseo que tenía de su conversión. Desde entónces concibió Gregorio el designio de abrazar la fé cristiana.

Esto acaecía en el año 325, precisamente cuando se hallaban congregados los obispos en Nicea para condenar la herejía de Ario. Gregorio manifestó sus proyectos á algunos de estos que pasaron por Capadocia, entre los cuales se hallaba san Leoncio, metropolitano de Cesarea, á cuya prudencia se confió para entregarse enteramente á Dios. Era costumbre que permaneciesen en pié los catecúmenos para recibir las instrucciones con que se les disponía para el bautismo, pero los prelados que instruían á Gregorio le pusieron, por una distracción de rodillas, como se hace en la consagración de los obispos, lo que auguraba que un dia sería elevado á esta dignidad. Y cuando se le bautizó, añadió Diós un milagro á esta circunstancia, pues á medida que salía del agua, fué rodeado de una luz que fué vista por muchas personas, y el obispo de Nacianzo, que practicaba la ceremonia, quedó tan sorprendido, que dijo en presencia de todo el mundo que seguramente Gregorio sería un dia su sucesor.

Su vida demostró efectivamente que era un hijo de luz: las tinieblas de su espíritu se disiparon, su fé fué muy viva, corrió con ardor el camino de todas las virtudes, y como dice san Gregorio Nacianceno, su hijo, aunque entró tarde en la viña del Señor, se adelantó en poco tiempo por sus trabajos á los que le habían precedido. No tardó en pasar del rango de las ovejas al de los pastores, para ocupar en él uno de los puestos más distinguidos. Se cree que en el año 329 fué encargado de la iglesia de Nacianzo; en cuya época tenía más de cincuenta años de edad. Esta iglesia había sufrido mucho á causa de la negligencia ó ineptitud de sus predecesores; era como, un erial que necesitaba mucho celo y trabajo, y Gregorio no lo escatimó. Se aplicó con ardor al estudio de las Escri-

turas, en las cuales adquirió en poco tiempo profundos conocimientos, y en una época en que los preladados, arrastrados por el arianismo, devoraban, como encarnizados lobos, sus rebaños, alimentó el suyo con el pasto de la verdadera fé, y lo conservó con tanto cuidado, que se decía que su iglesia era como una nave que flotaba en medio de las olas de la herejía, que hacía perder muchas almas. Es verdad que tuvo la desgracia de suscribir la fórmula de Rímini, como hemos dicho en la vida de su hijo; pero lo hizo engañado por los arianos, y porque, en la rectitud que lo caracterizaba, no creyó que los que le pedían que la suscribiese fueran capaces de tanta doblez, encubriendo con artificiosas palabras el veneno de la herejía.

Muy pronto reparó su falta asistido de su hijo que vino á auxiliarle. Este consiguió que se le uniesen los monjes y los fieles que se habían separado de su comunión. Demostró tanta firmeza bajo el emperador Juliano el Apóstata, cuando el gobernador de Capadocia vino á Nacianzo á destruir sus iglesias, que este oficial se vió obligado á desistir de su empresa. No bastaba, sin embargo, esto á su celo: durante un año no se acostó más que sobre la tierra, que regaba con sus lágrimas, para alcanzar de Dios la protección de su iglesia y el fin de la persecución.

Su hijo san Gregorio, que hace su elogio en varios pasajes de sus obras, se congratula de tener un padre tan eminente, tan sencillo en su conducta, en quién veía el modelo de una vida santa, y á quién podía llamarse un segundo Abraham, tanto por su virtud como por su edad. Dice que era muy afable en su trato, de un semblante ordinariamente tranquilo, y de un corazón sensible y celoso; que si alguna cosa le molestaba, nunca llegaba á encolerizarse: que perdonaba en seguida las ofensas que se le inferían, pidiendo muchas veces perdón al mismo que le injuriaba. Mostró siempre una probidad intachable en los negocios públicos,

y una sabiduría y una generosidad admirable en los asuntos domésticos y en la administración de los bienes que le había dado la Providencia. Tenía un corazón en extremo compasivo para con los pobres, y abiertas siempre sus manos para socorrerlos : empleaba en su favor no sólomente lo superfluo, sino hasta en muchas ocasiones lo necesario : no examinaba con escrupulosidad si eran verdaderamente necesitados, pues consideraba que debía dar á todos, no fuese que, por rehusar á algunos sus limosnas, privase de ellas á verdaderos necesitados.

Tales eran las virtudes que practicaba ántes de su episcopado ; pero esta dignidad las desarrolló y las puso de relieve. Tenía un celo muy ardiente por la casa del Señor : á nadie elevaba al sacerdocio, como no lo considerase digno. Como era de un carácter franco y sincero, incapaz de malicia ni doblez, no permitía que se injuriase á la Iglesia, y arrojaba de la sagrada Mesa á los pecadores con una energía que les infundía saludable temor. Conciliaba tan perfectamente la afabilidad con la firmeza, que su bondad no le exponía á ser despreciado por los pecadores, ni su firmeza degeneró en celo imprudente ni en dureza. Venció la resistencia de muchos pecadores con sus oraciones, que, alcanzando muchas veces castigos pasajeros sobre ellos, les hacían entrar en sí mismos, y les obligaban á postrarse á sus pies, para manifestarle su arrepentimiento y su pena por no haberse aprovechado de sus instrucciones. Jamás hubo un hombre de justicia tan inflexible, tanto para juzgar los litigios, como para perseguir el vicio y honrar la virtud. Amaba la humildad, pero la humildad sincera, que no hacía consistir sólomente en los hábitos pobres, en la inclinación de cabeza, en la voz apagada, en los ojos bajos, en la larga barba, en los cabellos recortados, en el andar pausado, y en otros signos que exteriorizan esta virtud, y de que frecuentemente se vale la hipocresía sino la que se funda en la

verdadera virtud, y en el bajo concepto de sí mismo. Así es que evitaba en sus vestidos todo lo que pudiera traducirse en lujo ó en bajeza afectada. Reprimía su lengua, evitando de esta manera la vanidad, y todo lo que pudiese ofender á la pureza y á la caridad. No buscaba más que la gloria de Dios, y huía de todos aquellos que hacen consistir la felicidad en la estimación de las criaturas. Como no esperaba ser recompensado más que por Dios, no se ocupaba en otra cosa que en enriquecer de méritos su alma, ni se proponía otro objeto que santificarse y santificar á los demás. Todo lo demás lo consideraba como inútil. De esta manera adquirió una virtud la más sólida, y esta virtud hacía las veces de elocuencia en sus discursos que, por lo mismo, producían abundantes frutos.

Gregorio terminó en 374 su vida cargada con los méritos de cuarenta y cinco años de episcopado, y teniendo cerca de ciento de edad. El vigor de su espíritu sostuvo su cuerpo y sus sentidos, elevándolos sobre las fuerzas de la naturaleza. Su enfermedad fué muy larga y molesta; pero á pesar de los dolores que casi de continuo experimentaba, no dejaba de ofrecer diariamente el santo Sacrificio, y la sagrada Eucaristía mitigaba sus dolencias. Entregó su alma á Dios en postura de orar, y dejó á todo su pueblo tan lleno de aflixión por su pérdida, que fué necesario que san Basilio viniese á consolarlo, como lo hizo efectivamente, tanto con esta intención, como para rendir homenaje á la memoria del santo obispo, y consolar á su hijo Gregorio, que pronunció la oración fúnebre.

Santa Nona, que se hallaba presente, le sobrevivió muy poco tiempo, pues tenía casi la misma edad. San Gregorio, su hijo, le tributó grandes alabanzas, que ella tenía muy merecidas por las raras cualidades y virtudes que adornaban su alma. Hé aquí lo que refiere en varios pasajes de sus obras. Procedía de una raza de santos, y excedió á to-



dos sus anteparados. No tenía más que el cuerpo de mujer, pues su alma superaba en fortaleza y ánimo á la de los más esforzados varones. Dejaba para los comediantes las bellezas fingidas, no conociendo ni buscando otra que la de conservar y perfeccionar la imágen divina impresa en su alma. No estimaba otra nobleza que la de la piedad, pues sabía que venimos de Dios, á quién hemos de volver. No conocía otras riquezas que las que no pueden arrebatarse, es decir, el mérito de ofrecer á Dios las que podía distribuir entre los pobres. Su marido le dejaba enteramente el cuidado de esta distribución, pues conocía muy á fondo su prudencia y caridad. Era la protectora y como la madre de las viudas y de los huérfanos : nadie le igualaba en caridad para enjugar las lágrimas de los afligidos, y ejercía principalmente esta virtud con los necesitados, tratándolos con nobleza y generosidad, para mitigar más eficazmente sus males.

Los ejercicios de piedad á que se consagraba no le impedían dedicarse á los cuidados domésticos. Semejante á la mujer fuerte, cuya conducta ensalza Salomón, administraba y aumentaba los bienes de fortuna con su vigilancia y economía, siendo muy de admirar que lo hacía con tanta aplicación, como si no pensase en las cosas de Dios, y estaba tan aplicada al servicio divino, como si no pensase en los cuidados domésticos, pues conciliaba perfectamente ambos deberes. La oración cotidiana era su primera ocupación, y la hacía con tanta confianza en la bondad divina, que su corazón tenía más seguridad en lo que esperaba, que otros en lo que poseen.

Aunque contrajo el vínculo del matrimonio, practicaba los principales ejercicios de las vírgenes, cuyo estado tenía en gran veneración : así es que aflagia su carne con vigili-  
as y ayunos, y pasaba gran parte del día y de la noche cantando los salmos, sin que los asiduos cuidados de su estado le impidiesen tener libre su espíritu y elevado su cora-

zón á Dios. No se dedicaba á las cosas temporales sino para consagrárselas por la pureza de intención, ni se proponía otro objeto que cumplir su voluntad y obrar según la inspiración de su gracia.

Su celo por la fé le hacía huir de toda comunicación con los paganos. No permitía que su lengua, consecrada por la recepción de los santos Misterios y por las alabanzas divinas, ni aún sus oídos fuesen manchados por las fábulas de la idolatría, ni por las licencias del teatro : pues estaba persuadida de que ninguna cosa profana conviene á personas que están consagradas á Dios por el bautismo y por la profesión de fé.

Miraba con mucho respeto á los sacerdotes, y cuando se hablaba de religión, guardaba el más absoluto silencio. Jamás hablaba en la iglesia, ni volvía los espaldas al altar, ni aún se atrevía á escupir sobre el pavimento demostrando de esta manera su fé viva, su celo y su respeto á las cosas santas.

Su vida, como la de todos los elegidos, estuvo llena de aflixiones que soportó con admirable paciencia; pero sus lágrimas se secaban tan luego como hacía la señal de la cruz sobre sus ojos. San Gregorio Nacianceno, que habla de sus virtudes más extensamente de lo que nosotros podemos hacerlo, dice que tuvo que devorar muchas amarguras, de que sólomente eran testigos Dios y algunos de sus domésticos de más confianza. No repetiremos lo que trabajó hasta conseguir que su esposo abrazase la verdadera fé. La educación cristiana que dió á sus hijos Gregorio y Cesáreo y á su hija santa Gorgonia no prueba ménos su celo y santidad, que las demás virtudes. San Gregorio, por último, uniendo las alabanzas de esta madre tan digna á las que tributa á su padre, nos representa á estos santos esposos como firmemente consagrados á la ley de Dios, que era el principio y el fin de sus acciones, y asegura que no

se sabía cual de los dos adelantaba más en la virtud : que la practicaban con tanta unión como ardor : que eran objeto de la pública admiración, y que aún en su ancianidad parecían haber traspasado los límites de la debilidad humana : pues que mientras más agoviados estaban sus cuerpos por el peso de los años, tanto más vigor cobraban sus almas. Amaban tiernamente á sus hijos, pero amaban mucho más á Jesucristo, pues no cifraban su gozo en otra cosa, sino en que estos hijos fuesen fieles á Dios, y en que adelantasen en la virtud.

Santa Noua gozaba de muy buena salud : nunca estuvo enferma hasta el año 371, en que estuvo muchos dias sin tomar alimento ; pero de este mal curó milagrosamente, y en 374 murió poco despues de su esposo, próximamente á la edad de cien años. Dicen los griegos que san Gregorio hizo su elogio fúnebre, como había hecho con su padre.

Dios dió tres hijos á esta ilustre Santa, que fueron san Gregorio, san Cesáreo y santa Gorgonia. Cesáreo fué el más pequeño, y no se sabe si san Gregorio fué el mayor, ó si siguió á santa Gorgonia. Ignoramos también el año en que nació Cesáreo, así como los hechos de su infancia ; pero no podemos dudar que recibió una educación digna de sus padres é igual á la de san Gregorio. Despues de haber sido instruidos suficientemente en las escuelas de su pais, partieron de Capadocia para dedicarse á estudios mayores : san Gregorio se fijó en Cesarea de Palestina, y san Cesáreo se dirigió á Alejandría, cuya ciudad era entonces como una célebre academia de todas las ciencias. No perdió ciertamente el tiempo : aprendió la geometría y la astronomía, y se hizo muy perito en la aritmética. Pero sus mayores progresos fueron en la medicina, en la cual alcanzó tantos laureles, que su fama se extendió no sólo por el Oriente, sino también por el Occidente. También poseyó en grado muy eminente al arte de hablar y la filosofía.

Aunque en una ciudad tan populosa como Alejandría pasaban desconocidos los más grandes talentos, su mérito le hizo célebre aún entre los más eminentes magistrados, no sólo por sus profundos conocimientos en las ciencias, sino por su intachable conducta.

Antes de regresar á su patria, quiso pasar algún tiempo en Constantinopla. Como era de aspecto muy simpático, y á sus bellas cualidades físicas añadía una sabiduría y un talento envidiables, muy pronto se atrajo en esta ciudad imperial la estimación y el afecto de todo el mundo, hasta el punto de que, para que no se marchase, se le ofrecieron honores públicos, un matrimonio muy ventajoso y la dignidad de senador. La ciudad en masa envió una comisión al emperador Constancio, que se hallaba en Milan, para suplicarle que les concediese el honor de darles á Cesáreo por ciudadano y médico, á lo cual accedió este príncipe; pero las instancias de su hermano que le rogaba que viniese al lado de sus padres, pudieron más que todas estas consideraciones.

Ambos, pues, regresaron á su país, en donde brilló Cesáreo en todas las ciencias que había adquirido, y especialmente en la medicina. Pero no fué muy larga su permanencia, pues el deseo de gloria y de ser protector de su patria cerca del emperador le llevó á la corte. Este viaje no fué del agrado de sus padres y de su hermano; pero no podían condenarse sus propósitos, porque no todos son llamados á la soledad, que era el gran atractivo de su hermano. Poco trabajo le costó obtener el rango de primer médico y aún de favorito del emperador, pues hasta los que ocupaban los más honoríficos puestos quedaron muy por bajo de su reputación á causa del acierto y desinterés con que asistía á los enfermos. Esta generosidad contribuyó mucho á su fortuna, y se concibió tan elevada estimación de su mérito, que los cortesanos y hasta el mismo emperador

lo creían digno de mayores recompensas, que las que se le habian atorgado.

Sin embargo, su prosperidad no le enorgulleció, ni corrompió la grandeza de su alma. Por muy considerables que fuesen las ventajas de que gozaba, ninguna estimaba tanto como el ser cristiano y practicar la ley santa del Señor. Estaba enteramente alejado del lujo y de la ostentación de la corte: su modestia y buén comportamiento eran tan poco comunes y tan estimados, que se le confiaban los asuntos de más importancia. Su corazón estaba enteramente desprendido de los bienes de la tierra: daba con mucha liberalidad á los pobres, y á nadie podía rehusar cosa alguna.

Se ejercitó en obras de piedad poco comunes, y en las ocupaciones de su profesión, y hasta en sus recreaciones procuró agradar á Dios. Su rectitud le inspiró el celo por la verdad, y en los combates que tuvo que sostener demostró que sabía defenderla, y que la amaba con preferencia á todas las demás cosas. Tal fué la conducta observada por Cesáreo en la corte.

Pero por digno de elogios que apareciese, no estaba satisfecho de él san Gregorio. No dejaba de escribirle, animándole á dejar la corte, pues temía que el aire de los palacios le contagiase, como sucede de ordinario. Pero estas alarmas fueron más vivas, cuando por muerte de Constancio se puso al servicio de Juliano el Apóstata.

Este príncipe se declaró decididamente en favor de la idolatría, y apénas tomó posesión del imperio, arrojó de su corte á todos los oficiales que profesaban el cristianismo. Cesáreo permaneció, no obstante, en su servicio, escandalizánse todo el mundo de su resolución y encontrádo anómalo et que el hijo de un obispo permaneciese en la corte de un apóstata, en medio de las profanaciones y sacrilegios que en ella tenían lugar.

Su padre fué penetrado del más vivo dolor, si bién Gregorio, que no se hallaba ménos afligido, procuró tranquilizarle, haciéndole ver que su hermano estaba muy firme en la fé, y que, por lo tanto, no tardaría en abandonar un lugar en que estaba expuesto á perderla. Uno y otro tuvieron mucho cuidado de ocultar lo que acaecía á santa Nona, que habría experimentado inconcebible amargura. Por último, san Gregorio resolvió hacer un esfuerzo supremo para arrancarlo de este lugar de perdición, y le escribió una carta exponiéndole de una parte el escándalo que daba á todo el mundo y la affixión que producía á su familia, y por otra, que en la casa de su padre encontraría todo lo que pudiera desear, y sobre todo una sólida piedad. Concluye declarando que, si pretendía conservar en la corte de Juliano la pureza de su fé, ocuparía un lugar muy bajo é indigno, y que si quería hacer fortuna en lo temporal, tendríá necesariamente que recibir heridas en su alma.

Muy pronto experimentó Cesareo la verdad de lo que Gregorio le decía : pues tuvo que sostener un combate con el príncipe, que atacó su religión en presencia de muchas personas. Pensaba Juliano embarazarle con sus artificiosos discursos : pero Cesáreo, que era muy instruido, y que en este peligro se hallaba asistido por la divina gracia, le respondió con la misma facilidad que si hubiese hablado con un niño, y concluyó diciendo en voz alta que era cristiano y que quería serlo siempre. Viéndole Juliano tan firme en su fé, dejó escapar estas palabras que todo el mundo oyó : « ¡ O dichoso padre ! ¡ ó felices hijos ! » queriendo significar con ellas que era muy dichoso Gregorio por tener unos hijos tan generosos, y que estos no lo eran ménos por su constancia en la fé ; pues no sólomente hablaba de Cesáreo, sino también de su hermano, cuyo mérito y aversión á la idolatría le eran conocidos.

No queriendo llevar el asunto más adelante, lo dejó para otra audiencia, pues se hallaba muy preocupado con los preparativos de la guerra que se proponía hacer á los Persas. Pero Cesáreo no esperó esta segunda audiencia, sino que siguiendo el precepto del Evangelio, que prohíbe exponerse á peligro, se retiró de la corte, y volvió al lado de su padre con los laureles del triunfo, aunque sin haber derramado su sangre. Allí permaneció hasta la muerte de Juliano, haciendo una grande provisión de fuerzas para defenderse de la corrupción de la corte, en la que volvió á brillar con mayor claridad.

La muerte de Juliano ocurrió en la noche del 26 al 27 de junio de 363, y Cesáreo apareció nuevamente en la corte de Joviano, príncipe muy religioso, con tanto honor y gloria, que más bién parecía recibir una gracia el emperador, que dispensarla. Los cambios que ocurrieron después de su reinado, que sólo duró algunos meses, no disminuyeron el prestigio de Cesáreo: pues los emperadores Valentiniano y Valente se disputaban el honor de tenerle á su lado. Permaneció en el servicio de este segundo, que le confió un importante cargo en la administración, creyéndose que fuese el de tesorero de la Bitinia, lo cual le obligaba á vivir en esta provincia, que, como no estaba lejos de Constantinopla, no amenguaba su prestigio.

Una fortuna tan brillante no halagaba á su hermano san Gregorio, que juzgaba de las cosas terrenas según las máximas del Evangelio. Tenía pena de que un alma tan generosa se apegase á la bajeza de las cosas del mundo, y no dejaba de aconsejarle en todas las ocasiones que se le presentaban, y otro tanto hacía san Basilio; pero como Cesáreo difiriese la ejecución de lo que le proponían, se encontró sorprendido en Nicea, el 11 de octubre de 368, por un terrible terremoto, que acabó de destruir esta ciudad, ya quebrantada por anteriores sacudidas, pereciendo

bajo las ruinas la mayor parte de sus habitantes. Cesáreo resultó con algunas heridas: perdió casi todos sus bienes, y escapó de la muerte por una especie de milagro. San Gregorio aprovechó esta ocasión para exhortarle á que diese gracias á Dios por haberle librado de tan grande peligro, y á que pusiese en práctica sus propósitos de consagrarse enteramente á su servicio.

San Basilio le escribió con el mismo objeto una carta muy edificante, y en la que entre otras cosas le decía: «Dá gracias al Señor que ha ejercido contigo su misericordia, librándote de un peligro tan inminente. Guárdemonos de ser ingratos, y publiquemos su poder y su bondad con vivo reconocimiento. Pero no basta que lo manifestemos con palabras, sino que es preciso hacerlo con obras, tales, como las que presumo que haces. Nunca podré exhortarte suficientemente á servir á Dios con fidelidad, y á añadir el temor saludable de su justicia al reconocimiento que debes á su misericordia, á fin de que llegues á la perfección. Usa, como prudente administrador, de la vida que te ha conservado; pues si, según las santas Escrituras, debemos vivir siempre como personas que han resucitado, con más razón estamos obligado á ello, cuando hemos sido arrancados de los brazos de la muerte. A mi juicio, nada tan conveniente como ejercitarnos en los mismos sentimientos que tendríamos á la hora de la muerte: pues entónces conocemos mejor la vanidad é inconstancia de las cosas humanas, y al mismo tiempo que nos produce remordimientos el recuerdo de la vida pasada, prometemos á Dios la enmienda, si nos libra del peligro. Tú te has encontrado en el mismo caso, y por lo tanto, te debes considerar cargado de una deuda que un dia habrás de satisfacer. El gozo que experimento por la gracia que Dios te ha otorgado me dá libertad para hablarte de esta manera, y mayor aún sería mi satisfacción, si aceptases este escrito



con la misma docilidad que has manifestado en nuestras conversaciones familiares. »

Cesáreo supo aprovecharse de los consejos de este excelente amigo y de su hermano : pues escribió á este manifestándole que había resuelto dejar el servicio del rey de la tierra para consagrarse al del cielo. Como no era más que catecúmeno, recibió el santo bautismo ; pero no tuvo tiempo de poner en practica sus propósitos : pues poco despues del terremoto de que hemos hablado, es decir, á fines del 368 ó principios del 369, se sintió acometido de una enfermedad que le llevó al sepulcro. Quiso que los pobres fuesen sus únicos herederos, por ser saltero. Se le enterró en Nacianzo y en la tumba que para sí tenían preparada sus padres, y en lo que fué colocado por ellos mismos. Su madre, con un espíritu de piedad superior á su amargura, asistió á los funerales, no con hábito de duelo, pues estaba segura que, si el cuerpo de su hijo había bajado á la tierra, su alma había subido al cielo, como las primicias que de su familia ofrecía á Dios, por más que era el más pequeño.

Su hermano san Gregorio honró la fúnebre solemnidad con un excelente discurso que pronunció ante su tumba. Esta pérdida le fué muy sensible, y diez años despues le profesaba la misma ternura, besando cariñosamente los objetos que le habían pertenecido. En sus sueños le veía coronado de gloria, ya fuese por una verdadera aparición ó ya porque su amor se lo representase tal cual esperaba verlo en el dia de la resurrección. La Iglesia, en efecto, le honra como santo : la latina el 25 de febrero, y la griega el 9 de marzo.

Réstanos hablar de santa Gorgonia. Ya hemos dicho que no se sabe si era la mayor de los hermanos, ó si nació despues de san Gregorio ; pero consta que lo fué ántes de san Cesáreo, el menor de los hijos de santa Nona. Nada olvidó

esta piadosa madre para educarla en la piedad, valiéndose de las instrucciones y de su propio ejemplo. Fué dada en matrimonio á un hombre de la provincia de Pisidia, que, según se cree, era pagano, cosa no extraña en aquél tiempo. Su nuevo estado la obligó à vivir en Icona, metrópoli de la segunda Pisidia, en donde habitaba su marido. Allí se puso bajo la dirección espiritual del obispo, que se presume fuera Faustino, antecesor de san Anfiloco. Bajo este sabio prelado, que la dirigió hasta su muerte, llegó á un grado tan eminente de santidad, que le mereció el culto público en la Iglesia. Ya se la considere en el ejercicio de la religión, ya en el gobierno de su casa, ó bién en su trato con el mundo, demostró siempre una virtud poco común y muy excelente.

La oración contituía una de sus principales ocupaciones, acompañándola con atención respetuosa y ardiente fervor. Derramaba en ella abundantes lágrimas, y hacía frecuentes genuflexiones. No podía verse su asistencia á la iglesia y su atención á la salmodia sin sentirse edificado. Mortificaba su cuerpo con ayunos y vigiliás, hasta el punto de rehusar á sus sentidos las más inocentes satisfacciones.

A pesar de ser casada, observó siempre una grande modestia, no haciendo caso de los atavíos mundanos y guardando una compostura exterior capaz de honrar y edificar á las vírgenes consagradas al Señor. Era seria, no por tener un caracter desapacible, sino porque amaba el silencio y el recogimiento. Su vigilancia sobre sus palabras y sus acciones la preservaba de la multitud de imperfecciones que se cometen ordinariamente por falta de atención y recogimiento interior.

Estaba de ordinario retirada en su casa, atendiendo á los cuidados domésticos y á la educación de sus hijos, como madre de familia que quiere cumplir exactamente los deberes que su estado le impone. Por otra parte, por aficionada

que fuese al retiro, que observaba en cuanto se lo permitían sus atenciones, no dejaba su casa de estar abierta á todas las personas que hacían profesión de piedad, recibiendo afectuosamente á todas las que acudían á su caridad, ó á pedirle consejo; pues como por una parte, estaba dotada de un excelente espíritu así como de sabiduría y prudencia, se le consideraba como consejera del país, y como se conocía, por otra parte, su compasión por la desgracia, todos acudían, y no en vano, á su caridad.

Se dominaba á sí misma por la paciencia y por la perfecta sumisión á la voluntad de Dios en las adversidades y contradicciones de que está sembrada la vida. En todo lo que hacía la guiaba la intención más pura, no proponiéndose más que la gloria de Dios, así es que ocultaba con el mayor esmero sus buenas obras, no dejando entrever más que aquello á que estaba obligada para dar buen ejemplo.

Era tan grande su confianza en Dios, que en una herida que sufrió al caer de su carruaje, y no queriendo manifestarse al médico acudió sólo á la bondad divina, que recompensó su modestia con una curación milagrosa.

En otra enfermedad que tuvo, y en que los médicos desesperaban de su salud, se hizo conducir á la iglesia, puso la cabeza sobre el altar, derramó abundantes lágrimas, y tomando la sagrada Eucaristía, quedó enteramente curada.

Tuvo muchos hijos, pero no conocemos más que el nombre de sus tres hijas, la mayor de las cuales se llamaba Alipiana, y las otras dos Eugenia y Noua. Alipiana encerraba en un pequeño cuerpo una virtud muy grande: se dedicaba exclusivamente á las ocupaciones propias de su sexo: su alma estaba abrasada en el fuego del amor divino, y para hacer su oración inclinaba su cabeza hasta tocar la tierra. « Hé aquí, decía san Gregorio hablando de ella, cuán grande es la sabiduría de sus palabras; desprecia los adornos mundanos: su generosidad es superior á su sexo:

cuida incesantemente de su casa, y se desvela por el bienestar de su marido. » Este marido era Nicóbulo, cuyo elogio hace san Gregorio en otro pasaje, y de quién confiesa haber recibido muchas atenciones. Murió muy jóven, hacia el año 385, dejando á su esposa á la cabeza de numerosa familia. Su hijo mayor llevaba el mismo nombre que él, y una de sus hijas, llamada Alipiana, como su madre, abrazó la virginidad con un espíritu y una resolución tan generosa, que admiró á su mismo tio san Gregorio.

Las otras dos sobrinas de este Santo, Eugenia y Nona, no se aprovecharon tanto como Alipiana de las instrucciones de su piadosa madre. Quisieron en un principio consagrarse á Dios en el estado de la virginidad, pero no perseveraron en su santa resolución, lo cual fué causa de que su abuelo san Gregorio no les distinguiese en su testamento tanto como á Alipiana.

En cuanto á santa Gorgonia, ántes de morir tuvo el consuelo de que su esposo y sus hijos recibiesen el santo bautismo: así es que, despues de haber puesto á toda su casa en camino de salvación, no aspiró más que á la dicha de poseer á Dios eternamente. Previó su muerte, y se preparó á ella redoblando su fervor, entregando su espíritu al Señor, hacia el año 379, con los sentimientos de piedad que habían animado su corazón durante toda su vida. San Gregorio asistió á su muerte, con la bienaventurada Nona, su madre, su marido y sus hijos, é hizo su oración fúnebre, que es un compendio de las virtudes que la distinguieron. Los griegos celebran su memoria el 23 de febrero y el 9 de diciembre, y los latinos lo hacen en este segundo dia.

---

## MONASTERIOS Y DOCTRINA DE SAN BASILIO

Hemos visto en la vida de san Basilio, que, deseando este Santo abrazar la vida monástica, emprendió diferentes viajes á la Siria, á la Palestina y al Egipto, para aprenderla de los solitarios que la practicaban con más perfección. Regresó cargado de tesoros espirituales, y se retiró al Ponto cerca del monasterio de su madre y de su hermana santa Macrina, para establecer una comunidad de hombres y conducirlos por el camino de la perfecciónsegún las reglas que había aprendido de aquellos monjes, como lo hacían estas señoras con sus religiosas.

El monasterio que fundó está separado del de éstas por el rio Iris, dirigiendo uno y otro durante algunos años, hasta que se encargó de ellos su hermano san Pedro, ántes de ser elevado á la silla de Sebaste. Cuando se retiró á este monasterio, hizo los mayores esfuerzos por atraer á su lado á san Gregorio Nazianceno, que se había retirado á Tiberina, territorio de la diócesis de Nazianzo, en que se hallaba enclavada la ciudad de Arianzo, de que era natural. En una de sus cartas le hacía esta hermosa descripción de su retiro.

«Habeis faltado tantas veces á vuestras promesas, que ya no abrigo esperanza de que vengais aquí, como desea mi hermano. Mis negocios no me han permitido esperaros más tiempo. Me he retirado despues al Ponto para gozar de mí mismo, y Dios me ha proporcionado una morada conforme á mis deseos, y tal como podíamos imaginarla, cuando no nos lo impeditan los asuntos eclesiásticos.

Es una elevada montaña cubierta de un bosque espeso, y cuyo pié riega por la parte del Septentrión un manantial de fresca y cristalina agua. En su falda hay una llanura fecundizada por abundantes arroyuelos. Esta llanura está rodeada de una multitud de árboles, que crecen naturalmente, y que le sirven como muro de defensa. Los encantos de la isla de Calipso tan celebrados por Homero, no tienen comparación con los de este paisaje. Pudiera muy bién esta llanura llamarse una verdadera isla, pues está como aislada y defendida por todas partes. Además de que la circundan valles profundos, un rio que se precipita desde las alturas, la riega y le sirve de muralla por un lado, miéntrás que por el otro le sirve como de fortaleza inaccesible la misma montaña. No hay más que un paraje por donde se puede entrar á ella, de modo que somos los dueños de ella. »

« Habitamos en una altura, desde la cual se descubre toda la planicie y el curso del rio que la circunda, lo que hace que sea más agradable á la vista que el rio Estrimón, que forma las delicias de los habitantes de Anfipolis en la Macedonia ; pues miéntras que éste corre tan lentamente, que apénas se le puede llamar rio, el que nos ocupa corre con velocidad vertiginosa, produce espantoso ruido al chocar sus aguas con las rocas, y se precipita con impetuosidad en un abismo profundo, todo lo cual constituye uno de los espectáculos más grandiosos que ofrece la naturaleza. En este abismo ó sima alimenta una cantidad muy considerable de peces, proporcionando así grandes beneficios á los habitantes del pais. »

« No os hablaré de los suaves vapores que de él se desprenden, ni del aire purísimo que aquí se respira, ni de la variedad de flores que recrean la vista y embalsaman el ambiente, ni de la multitud de avecillas que con sus melodías encantan el oído. Produce tambien este terreno exce-

lentes y abundantes frutos. A otro cualquiera encantaría este paisaje, pero á mi más que su encantadora belleza me agrada el reposo que en él se disfruta, no sólo porque se halla alejado del tumulto de las ciudades, sino porque ni aún es paso para ninguna parte, y sólo se vé alguno que otro cazador que viene á solazarse. No hay osos, ni lobos, ni otras fieras, sino sólomente ciervos, cabras silvestres, liebres y otros animales apacibles y útiles. En vista de esto, ¿direis que carezco de gusto, preifriendo este retiro á vuestra Tiberina, que es lo último del mundo? Estoy seguro de que me perdonareis por haberme apresurado á venir aquí. Alcmeon puso fin á sus correrías cuando encontró las Equínadas. »

Aunque ensalza tanto san Basilio los encantos del desierto que habitaba, puede asegurarse que ni él ni sus religiosos disfrutaban de ellos, pues llevaban una vida pobre, laboriosa y mortificada. Así lo dice san Gregorio en una de sus cartas, en que se mofa en cierto modo de las bellezas de esta soledad tan ensalzada. Pues como san Basilio había deprimido su Tiberina, llamándola lo último del mundo, porque este lugar era muy bajo y lleno de lodo, san Gregorio á su vez le contesta en estilo zumbón sobre los atractivos de su morada, y aún cuando se conoce que se expresa de este modo por efecto de la amistad que los une, dá á entender muy claramente que san Basilio y los suyos vivían con mucha austeridad.

Hé aquí lo que en resúmen le recuerda san Gregorio, despues de pasar algún tiempo en este retiro, y de regresar á Narianzo. Le dice que su casa no tiene techo ni puerta ; que no se veía en ella fuego ni humo, ni aún para secar los muros que eran de barro : que allí se moría de sed en medio de las aguas : que en lugar de las delicias de Alcinus que, al sacarle de Capadocia, le habia hecho concebir, había encontrado una mesa más pobre que la de Latófages,

y un festin en que nada se podía comer : que siempre se acordaría de sus panes y de sus panatelas : que los panes eran tan duros, que no les entraban los dientes, sino con peligro de rompérselos, y estaban tan mal cocidos, que más parecía tomar cieno que alimento, y por último, que habría muerto de miseria, si su madre (santa Emelia), tan compasiva para con los pobres no le hubiese asistido en aquella miseria.

Continuando san Gregorio esta especie de zumba, dice que su jardín era tan ameno, que sólo se encontraban hierbas en él : recuerda que el estercolero era tan fétido como el de Augías, que sacaban de la casa para llevarlo al pretendido jardín, y como para colmo de felicidad, Basilio y él tenían que tirar de un enorme carro, que les había dejado lisiados para mucho tiempo.

El estilo de esta carta da á entender cuán grande era la austeridad con que se vivía en este monasterio de san Basilio, en el cual se practicaba la más rigurosa abstinencia y el más absoluto desprendimiento, y en que se domaba la carne con el trabajo manual, sin que se le concediese el más ligero alivio.

Pero cuando san Gregorio escribía más seriamente á su ilustre amigo, lo hacía recordando con satisfacción los dias venturosos que había pasado en su monasterio, en que el canto de los salmos, las vigiliias y la oración trasportaban sus espíritus desde la tierra al cielo, y en que miraban como delicias el trabajo, el acarreo de leña, la plantación de árboles, y el riego de los campos. Por estas cartas sabemos cuales eran las prácticas que hacía observar san Basilio á sus religiosos, siendo de creer que se observarían en los demás monasterios que fundó en otros lugares de la misma provincia, así como en Cesarea. Pero este gran santo detalla estas religiosas observancias en una célebre



carta que dirigió al mismo san Gregorio sobre los deberes de la vida monástica.

« El único medió, dice en ella, para aprovecharse de las ventajas de la soledad, es renunciar absolutamente al mundo. No digo que sea necesario morir corporalmente, pero sí que es preciso no apegar á él el corazón. No tenemos ni ciudad, ni casa, ni familia, ni amigos, ni campos, ni bienes, ni cosa alguna propia. Renunciamos á toda clase de negocios, á los contratos y á los pleitos, y de tal manera despojamos nuestros corazones de las cosas humanas, que se hallen en disposición de recibir la doctrina celestial, y de renunciar á todas las falsas máximas que se aprenden en el trato con el mundo. »

« Para esto es preciso escoger una soledad como la habitada por nosotros, en la cual vivimos enteramente separados del mundo, y en la que no es interrumpida la meditación por personas extrañas. Las santas lecturas alimentan el alma y la nutren de buenos pensamientos ¿ Qué felicidad puede haber sobre la tierra que sea comparable á la de llevar una vida angélica? Se comienza la oración con el día, se adora al Criador con himnos y cánticos, y más tarde se trabaja, sin que el trabajo interrumpa la oración. »

« Los cánticos llenan de gozo el alma y dulcifican las amarguras de la vida. El reposo de la soledad dispone el alma para que se purifique ; la lengua no profiere discursos profanos : los ojos no se recrean en la belleza de los objetos : la actividad del espíritu no se debilita por las distracciones del oído, y no hallándose el alma disipada por los objetos exteriores, ni por los placeres de los sentidos, entra fácilmente en sí misma para aplicarse sin obstáculos á la contemplación de las cosas divinas. Penetrado el espíritu de estas luces divinas, olvida todo lo demás, y apenas piensa en vestir y alimentar el cuerpo. Las cosas temporales no le causan inquietud : no suspira más que por los

bienes eternos, y hé aquí porque se aplica toda á adquirir la virtud de la fortaleza, de la templanza, de la prudencia, de la justicia y todas las demás que hacen al hombre vigilante, y lo disponen para llenar todos sus deberes. »

« La meditación de las sagradas Escrituras es el mejor medio que puede emplearse para conocer la verdad y los propios deberes. En ellas se encuentran las reglas que han de dirigir nuestras acciones, y las vidas de los santos que en ellas se refieren son como una luz que conduce á Dios. Así como los que copian un cuadro dirigen de tiempo en tiempo una mirada sobre el original para fijarse en los más pequeños detalles, así los que quieren adquirir la virtud deben tener delante el ejemplo de los santos para imitar todas sus acciones. La oración que sigue á la lectura encuentra al alma más dispuesta y como abrasado en el fuego del amor divino, é imprime en ella un conocimiento más perfecto de la Divinidad. El considerar que Dios habita en nosotros es en cierto modo poseerlo anticipadamente. »

« Debemos aplicarnos con sumo cuidado á hablar con circumspeccion y prudencia, proponiendo nuestras dudas y cuestiones con dulzura, respondiendo de una manera afable y respetuosa, sin obstinarse ni debatir contra los que son de opinion contraria, sin manifestar desprecio á sus razones, sin hacer vanos alardes de ciencia, y tomando tiempo para resolver en cualquier asunto que se nos consulte. No debemos avergonzarnos de aprender, ni rehusar malignamente á otros las luces que se nos han dado. »

« Cuando se habla, es preciso dar á la voz la entonación correspondiente, procurando que no sea tan baja, que no se enteren los asistentes de lo que decimos, ni tan fuerte que los aturda. Sed dulces y complacientes en el trato social, y no descendais á chanzonetas inconvenientes. Procurad que por vuestra dulzura se os califique de hombres prudentes, humildes y pacíficos, y que nunca aparezca en

vuestro rostro la acritud, aunque os veais precisados á reprender. »

« El ojo debe estar siempre bajo y modesto para que se conforme á los sentimientos de humildad que debe haber en nuestros corazones. Es preciso que no haya afectación en los vestidos ni en el cabello, que el hábito esté modestamente ceñido, que el paso no sea excesivamente lento ni precipitado : que al vestirse no se procure más que cubrirse decentemente y preservarse de las inclemencias del tiempo : que las ropas sean suficientemente tupidas para conservar el calor : que el calzado sea cómodo, pero no lujoso, y que el alimento no consista más que en pan para apaciguar el hambre, y en agua para aplacar la sed. »

« No debe comerse con avidez, y durante la comida ha de meditarse en las cosas divinas. Antes de sentarse á la mesa es justo bendecir á Dios, y darle gracias por el alimento que nos dá. La hora de la comida debe ser fija y no cambiarse. Basta dedicar una hora al día para las necesidades del cuerpo, y consagrar todo lo demás á las de espíritu. Sea el sueño ligero y el estrictamente necesario para satisfacer á la naturaleza. Para los que se consagran á la piedad empieza la aurora á la media noche : pues desprendida el alma en esta hora de los cuidados é impresiones de los sentidos, se eleva más fácilmente á Dios, piensa en sus pecados para corregirse, busca los medios de evitarlos, y pide á Dios los auxilios necesarios para conseguir el objeto á que aspira. »

Trazando de esta manera san Basilio los deberes de los solitarios, nos enseña que los practicaba en su monasterio de las orillas del Iris, como lo veremos más detalladamente al hablar de sus ascéticos : pues siendo este monasterio el primero que fundó, tenía naturalmente su predilección, así es que, aún cuando en Cesarea tenía muchos monjes bajo su dirección, suspiraba siempre por las delicias espirituales

de su primera soledad. Por esta razón habiendo podido en el año 375 desprenderse durante algún tiempo de los negocios que lo embarazaban vino al lado de su hermano san Pedro de Sebaste que entónces se hallaba en ella, y al año siguiente escribió á sus religiosos, diciéndoles que esperaba que Dios le concedería la gracia de visitarles nuevamente, pues nada le era tan grato como estar á su lado y recibir noticias de ellos. « El mayor consuelo que puedo tener, les decía, es saber que haceis progresos en la perfección de vuestro estado, y que os consagrais constantemente á la práctica de los preceptos de Jesucristo. Así pues, hallándome lejos de vuestro lado, no encuentro otro medio más adecuado para compensarme de esta amargura, que enviaros á algunos de nuestros hermanos, y hablar por cartas con vosotros. Con este objeto os he enviado al sacerdote Melecio, nuestro querido y muy piadoso hermano, y cooperador de mis trabajos evangelicos, el cual os manifestará mi deseo de visitaros, y mi solicitud por vuestras almas.

Asegura Rufino que no se contentó san Basilio con edificar este primer monasterio, y que iba por todas las ciudades y villas del Ponto, en donde no sólomente exhortaba á los pueblos de esta provincia á que despertasen del letargo é indiferencia con que miraban las cosas de Dios y de su salvación, sino que les hacía conocer las ventajas de la vida religiosa. Por este medio llegó á fundar muchos monasterios tanto de hombres como de mujeres. Nada de particular sabemos acerca de estos establecimientos monásticos; pero no podemos dudar que los dotó de las mismas reglas, con que se dirigía el de Iris. Los visitaba de tiempo en tiempo, aún despues de ser obispo de Cesarea, y tenía sus delicias en verse en medio de los santos religiosos que él había educado y nutrido en la piedad con sus exhortaciones, con las santas reglas que les había dado, y con las cartas que les dirigía.

Es de suponer que en una de estas visitas le ocurrió lo que leemos en Casiano. Habiendo dejado un senador los empleos del mundo y distribuido una parte de sus bienes á los pobres, se reservó una parte de ellos, porque no podía resolverse á vivir en una total renuncia, ni practicar la obediencia que en los monasterios se tributa á los superiores, ni vivir del trabajo corporal para sostener el cuerpo. Pero como pretendía haber renunciado al mundo, le dijo san Basilio. « Habeis perdido la cualidad de senador, pero no habeis adquirido la de religioso.

Los frutos de vida que las fundaciones de estos monasterios produjeron en el Ponto y en las provincias vecinas, no sirvieron sólo para la santificación de los religiosos que los habitaban, sino también para la conservación de la fé católica contra los esfuerzos de los herejes que infestaban el Oriente. » Pues, dice Sozomeno, si los errores de Apolinar y de Eunomio no hicieron allí grandes progresos, ni encontraron gran número de sectarios, preciso es confesar que se debe á la virtud y al celo de los santos solitarios. Todos los habitantes de la Siria, de la Capadocia y de las provincias circumvecinas profesaban firmemente la doctrina del concilio de Nicea, sin lo cual todo el Oriente, desde la Cilicia hasta la Fenicia, se hubiera hallado invadido por los errores de Apolinar, y la herejía de Eunomio se hubiera extendido desde la Cilicia y el monte Tauro hasta el Helesponto y Constantinopla : pues poco trabajo costó á estos herejarcas el que fuesen admitidos sus errores en los países que habitaban, como poco trabajo había costado también á los arianos el difundir los suyos. El pueblo que profesaba grande estima y veneración á la virtud y santidad de estos solitarios, no pudiendo persuadirse de que sus sentimientos no se hallasen conformes con la verdad, profesaban grande horror á los que de ella se separaban. Otro tanto sucedió en Egipto, en donde los pueblos, adheridos á la fé que pro-

fesaban los santos monjes, detestaron, como ellos, la doctrina impía de los sectarios de Ario.

San Basilio dirigió también en Cesarea á muchos monjes, ya porque los hubiese hecho venir del Ponto, ó porque los encontrase establecidos en esta ciudad. Como amaba mucho á los que profesaban este estado, quiso tener siempre religiosos á su lado, y aparece de una de sus cartas que, habiendo resuelto un sujeto llamado Heráclides retirarse á una soledad con Anfilocó, y habiendo venido de parte de este santo á pedirle consejo, le retuvo á su lado para instruirle y dirigirle en la piedad. Se sabe que su celo por la sana doctrina y por la virtud le atrajo enemigos, que se valieron de la calumnia para hacerle sospechoso aún á los ojos de los monjes ortodoxos ; pero estas nefandas artes se disiparon fácilmente. Como se le tachase de favorecer y extender el estado monástico, respondió que esta acusación constituía su mayor gloria, y que sólo deseaba que fuese mucho más verdadera, y que la virtud de estos religiosos igualase á la de los Padres del Egipto, de la Palestina y de la Mesopotamia, á cuya lado, dice humildemente, somos niños.

Había también en Cesarea un monasterio de religiosas, que era gobernado por dos sobrinas de san Basilio, y cuya iglesia estaba dedicada á los santos Cuarenta Mártires, por conservarse en ella algunas de sus reliquias. Habiendo llegado á esta ciudad san Gaudencio, obispo de Bresa, de paso para Jerusalem, visitó á estas religiosas, y les manifestó deseos de que le cediesen parte de este precioso tesoro, en lo cual no hubo dificultad alguna. Dice de las sobrinas de san Basilio, que no sólomente eran hermanas por los vínculos de la sangre, sino también por su fé viva, por su ardor por las cosas santas y por su excelente pureza. Añade que en sus respectivos cargos imitaban perfectamente á Marta y á María, mereciendo, por lo tanto, ser consideradas como dos almas muy amadas de Jesucristo, lo cual demuestra

que sabían unir la vida activa con la contemplativa, y que las solitudes de sus cargos no les impedían consagrarse á un grande recogimiento .

El cuidado con que velaba san Basilio por estas esposas de Jesucristo no le hacía descuidar á las que profesaban el mismo estado en otros lugares, y sobre todo á las religiosas del monasterio de su hermana santa Macrina. Se conserva una carta de este Santo dirigida á Teodora, canonessa, inclinándose Tillemont á creer que ésta vivía en este monasterio, lo cual, sin embargo, es incierto. Teodora era de muy ilustre nacimiento, y hacía profesión de observar exactamente las reglas del Evangelio hasta en las cosas más pequeñas. Expondremos lo que le dice el Santo, porque puede servir de regla de conducta á las personas que aspiran á la perfección evangélica.

« La incertidumbre, dice, en que me hallo de que mis cartas lleguen á vuestro poder, me hace perezoso en escribiros. La malicia de los mensajeros hace que las cartas vayan á otras manos, pues las cosas están ahora en un estado lamentable. Por esta razón esperaba que me hicieseis alguna reconvencción, y que me obligaseis á escribiros para salir de mi duda. Pero ya os escriba, ya guarde silencio, ocupais siempre en mi memoria un lugar preferente, y todos los dias os encomiendo á Dios, para que podais concluir santamente vuestra vida, y llegar al fin á que aspirais. »

« No es pequeña empresa cumplir exactamente todas las promesas que habeis hecho. Cada cual puede abrazar un estado de vida conforme á las máximas evangélicas ; pero conozco á pocas personas que cumplan exactamente los deberes de su profesión, y que no los quebranten en algunas ocasiones. Hablar con sobriedad, tener los ojos puros como manda el Evangelio, trabajar sólomente por servir y agradar á Dios, componer modestamente el exterior y arreglar los movimientos del cuerpo según el orden establecido por

Dios, ser modesto en el vestir, circunspecto en el trato con los hombres, comer lo estrictamente necesario, y prescindir de lo superfluo son cosas que, consideradas en sí mismas, parecen de poca importancia, pero que se necesita hacer grandes esfuerzos para practicarlas con perfección, como lo sé por experiencia. »

« La humildad exige no dejarse hinchar por el brillo del nacimiento, ni por otras ventajas tanto corporales como espirituales, y que la opinión que de nosotros hayan formado los hombres no sirva de materia para fomentar nuestro orgullo y vanidad. Todas estas máximas se refieren á la profesión de la vida evangélica, así como la continencia, la asiduidad y el fervor en la oración, la compasión de los que sufren, la caridad para proporcionarles las cosas de que necesitan, los sentimientos de humildad, la compunción del corazón, la sinceridad de la fé, la paciencia en las adversidades y la continua consideración del juicio divino y de su tribunal, ante el cual hemos de comparecer en breve. Pocas personas piensan en esto seriamente, ni se preocupan de su suerte. »

Tenemos una carta dirigida por el Santo á unas canonesas, á quienes los herejes, para arrastrarlas al error, habían intentado hacer sospechosa su fé, mientras que habían insinuado en el ánimo del Santo malas ideas de ellas, con objeto de sembrar la división entre las personas que seguían la verdadera fé. Pero habiendo intervenido el obispo de Bósforo, disipó estas sospechas, y descubrió los artificios de la impiedad.

Por lo demás, estas canonesas eran verdaderamente religiosas, pues desde el tiempo de san Basilio tomaron este nombre todas las vírgenes consagradas al Señor y sujetas á una regla, que en griego se designa con la palabra *cánon*, catálogo de la comunidad. La prueba de ello se vé en la descripción del *Tratado de las penitencias regulares*, en que



halla al fin de las pequeñas reglas dictadas para las mujeres que vivían en común en un monasterio, y que seguían la observancia de los regulares en comunidad.

Este santo Doctor habla también en algunos otros pasajes de sus obras, del gobierno de los monasterios de religiosas. Hé aquí lo que dice en un *Tratado espiritual* para la dirección de los solitarios. Después de exponer la ventajas de la vida religiosa, la necesidad de ser dirigida por un superior, la obediencia que se le debe dar, la caridad fraterna, las conversaciones de los religiosos y la manera de salir del monasterio, dice, hablando de las religiosas : « Más puesto que no son sólomente los hombres los que forman las comunidades, sino que éstas se componen también de vírgenes, lo que acabamos de decir debe entenderse de unos y otras, siendo necesario notar que la dirección de las vírgenes necesita mayor atención y una disciplina más exacta, pues su estado las obliga á mayor pobreza, á silencio más rigoroso, á obediencia más perfecta, á caridad más ardiente, á más severa precaución en las salidas del monasterio, á especial vigilancia sobre sí mismas en las conversaciones, á mayor afecto entre sí, y á mayor alejamiento de toda parcialidad y división : pues en el celo y aplicación á todas estas cosas consiste la principal perfección de las vírgenes. »

« La que se halle encargada de la dirección del monasterio no buscará aquello que más agrade á las hermanas para satisfacer sus pasiones, sino que guardará en todas las cosas la autoridad y la gravedad, haciéndose respetar de todas sus súbditas, no olvidando que Dios ha de pedirle estrecha cuenta de todas las faltas que se cometan en la comunidad. » Hagamos notar aquí, aunque de paso, que las superiores no deben tomar tan á la letra las palabras de san Basilio, que bajo pretexto de guardar la autoridad y la gravedad, falten á la dulzura y condescendencia que inspira

la caridad cristiana, pues al mismo tiempo que superiores, son madres, cuyo carácter exige tanta autoridad como ternura.

« Que ninguna religiosa, prosigue san Basilio, pida á la superiora cosas que le sean agradables, ni la obligue á dar cuenta de sus mandatos, porque semejante conducta sería un acto de rebelión y un principio de independenciam. Pues así como nos sometemos á los mandatos de Dios, sin exigirle la razón en cuya virtud los impone, de la misma manera deben las religiosas recibir, sin discutir las, las órdenes de la superiora, y ejecutarlas con gozo, para merecer de Dios la recompensa de su sumisión. »

« Y no sólomente deben someterse á su superiora, cuando lo que les ordena es conforme á la más exacta disciplina, sino cuando les prohíbe ayunar, ó les manda tomar alimentos más sólidos, ó hacer alguna otra cosa que mitigue el rigor de la observancia, en cuyo caso deben prestarle una perfecta obediencia, estando persuadidas de que cada una de sus palabras es una ley. » Notemos acerca de estas palabras, que no pretende el Santo dar á las superiores la facultad de alterar el rigor de la observancia con dispensas dadas sin necesidad y por capricho; sino que sólomente dá á entender que, cuando una superiora, que ama el buen orden y la regularidad, crea oportuno dispensar, por causa de enfermedad ó de trabajo, algunas austeridades de la regla, como el ayuno, las vigiliass y otras prácticas semejantes, la religiosa debe recibir este mandato con sumisión, y no oponerse con pretexto de celo ó de fervor, sino que ha de someter su propio juicio al de la superiora.

Dice despues el Santo que, cuando sea necesario hablar á algún hombre para cosas necesarias, deberá hacerlo la superiora en presencia de una ó dos religiosas ancianas y respetables por su virtud. Esto mismo lo confirma en el compendio de sus reglas, que se conocen vulgarmente con

el nombre de *Ascéticas*, en que, explicando como deben hablar los religiosos con las hermanas, dice: 1° que deben abstenerse de hacerlo por pura complacencia, y sólomente por necesidad; 2° Que no debe darse licencia á todos absolutamente; 3° que deben tenerse en cuenta el tiempo, la utilidad, los lugares y otras circunstancias, á fin de quitar toda sombra de sospecha y de mal ejemplo; 4° que las personas que se escojan para hablar de cosas agradables á Dios, ya se refieran á necesidades temporales, ya á espirituales, demuestren en sus palabras y en toda su conducta la santidad, la prudencia y la sabiduría que deben esperarse de una profesión tan santa; 5° que se procure que en estas conferencias no haya por cada parte ménos de dos personas, ni más de tres, para que el excesivo número no sea obstáculo á los que se debe á Dios, y por último, que se procure que haya mucha sabiduría tanto en las preguntas como en las respuestas que se hagan de una y otra parte, á fin de que saquen edificación y provecho espiritual.

Hé aquí otra recomendación que hace muy encarecidamente, y que demuestra la atención que ponía en conservar el buén orden en los monasterios de religiosas: pues para quitar toda ocasión de murmuración, ó de división, quiere: 1° que el superior no tenga frecuentes conversaciones con la superiora, sino que las evite, ó las abrevie en lo posible: 2° Proponiendo la cuestión de si un superior debe hablar á una religiosa de las cosas concernientes á la edificación de la fé, es decir, de cosas espirituales, sin que se halle presente la superiora, contesta que el hacerlo así no está conforme con el precepto del Apóstol, que manda que todo se haga con decoro y orden. 3° Pregunta también si la superiora tendría derecho á quejarse en el caso de que el superior mandase alguna cosa á una religiosa sin participárselo, y responde que tendría mucha razón para hacerlo.

Debemos observar que estas reglas no se refieren á los obispos, sino sólomente á los superiores nombrados por el obispo diocesano para dirigir los monasterios bajo sus órdenes, y como el obispo escogia ordinariamente para este cargo á religiosos venerables por su edad y por su virtud, debían estos superiores obrar en todo de acuerdo con la superiora, á fin de que fuese esta armonía el fundamento de la que debía reinar en el monasterio.

Añadiremos, por último, que aparece de una de las reglas de san Basilio, que las religiosas se ocupaban en hacer obras de lana, habiendo en el monasterio una religiosa encargada de dirigir y hacer la distribución de los trabajos, acarca de lo cual dice, que esta hermana debía guardar las lanas y obras con ellas construidas, como un depósito que Dios le había confiado, distribuyendo la tarea de cada religiosa sin acepción de personas.

Nadie tan adecuado para instruir á las religiosas como el gran san Basilio, pudiendo asegurarse que ninguno otro lo habría hecho con más celo y caridad. Así aparece de lo que hemos dicho, y lo confirmará el resúmen que vamos á hacer de sus cartas y de sus *Ascéticas*. Expondremos primeramente lo que escribió á un superior encomendándole á un prosélito, y despues daremos sus lecciones á las religiosas en general.

« Ha venido aquí, dice al superior de uno de sus monasterios, un hombre, manifestando que profesa grande desprecio á las vanidades de este mundo, y que se halla convencido de que los placeres de esta vida son cortos, mezclados de grandes amarguras, y despues de la muerte sirven de pábulo al fuego eterno. En su consecuencia, añade que se halla resuelto á renunciar al mundo para entrar en el camino de la salvación. Si es firme su propósito, como dice, si su corazón se halla verdaderamente penetrado del amor de Dios, si ama, según la frase de las santas

Escrituras, al Señor con todo su corazón, con todas sus fuerzas y con toda su alma, cuidado de instruirlo en las dificultades y trabajos, que tendrá que vencer en el estado que quiere abrazar: fortalecedle al mismo tiempo con la esperanza de los bienes invisibles que Dios tiene reservados á los que le sirven con fidelidad. Os ruego que lo examineis, y lo admitais caritativamente en vuestra compañía. Formadle según las reglas que nos han prescrito los santos Padres; poned ante sus ojos lo que deben hacer los que abrazan la vida religiosa, para que instruido perfectamente en sus deberes, los pueda practicar, y ved, por último, si se halla dispuesto á llevar el yugo de Jesucristo, cuyo ejemplo debe seguir, si ha de merecer las recompensas que ha prometido á los que cumplen fielmente su vocación. Deseaba comenzar aquí este género de vida; pero he preferido enviarle á vuestro lado, para que vuestro buen ejemplo le anime al combate espiritual. Dadle un director según la voluntad de Dios, que le instruya en sus deberes, y lo ilustre con su prudencia. Haced sin mí lo que yo deseo hacer con vuestra ayuda. »

Esta carta enseña á los directores de las casas religiosas como deben examinar á los que han de entrar en ellas: como deben escudriñar sus intenciones y disposiciones: que han de procurar que no ignoren las dificultades del estado que quieren abrazar, ni las austeridades de la regla: que han de animarlos con las recompensas eternas, y por último, que han de darles un director que los instruya, y que con su vigilancia, con sus consejos y su solicitud los pongan en disposición de ser buenos religiosos.

Se encuentra también entre las cartas de este Santo una exhortación á unas religiosas jóvenes, que, más que una carta íntegra, parece ser el final de un discurso. Hé aquí lo que les dice. « Vosotras que habeis abrazado la vida solitaria para seguir las reglas de la fé y de la piedad, ejer-

citaos en la meditación de las máximas evangélicas : aprended á domar el cuerpo, á humillar el orgullo del espíritu, á purificar vuestros pensamientos y á resistir los ímpetus de la cólera. Si se os ha hecho alguna injusticia, perdonadla por amor de Dios : sufrid con paciencia las persecuciones y las injurias : no deis treguas á los vicios : abrazaos á la cruz de Jesucristo : no os afaneis por otra cosa que por agradar á Dios, para que merezcáis ser admitidas á la compañía de los ángeles y de los santos. Desead ardientemente participar de esta dicha por la gracia de Jesucristo, á quién sea dada gloria por todos los siglos. »

Tenemos otra carta dirigida al solitario Chilon, y en la que dá excelentes consejos á los novicios. « Mi trabajo, querido hermano, le dice, no será inútil, si escuchais con docilidad los consejos que he resuelto daros sobre la importancia de vuestros deberes, y que me habeis pedido con mucha instancia. Muchos comienzan con gran fervor ; pero hay pocos que concluyan con el mismo. No basta manifestar ánimo en un principio : pues no se recompensa más que el fin de la carrera. Es preciso, por lo tanto, que en un principio hagais grandes esfuerzos, si habeis de llegar al fin que os habeis propuesto. No es perfecto el que comienza, sino que es preciso que lo sea cuando llegue el juicio á que ha de comparecer en la presencia de Dios. »

« Vigilad sobre vos mismo, no sea que el enemigo de vuestra alma os envuelva en sus redes, como se envuelve un gamo. Recordad que estais rodeado de peligros, y que caminais por la pendiente de un precipicio. No os hagais la ilusión de llegar desde un principio al más alto grado de la perfección religiosa. Caminad paso á paso por este sendero : no lo hagais por vuestros propios consejos : matad poco á poco los malos hábitos : no os dejéis acobardar : cuando hayais estirpado enteramente la raiz de una pasión, atacad la otra : de esta manera triunfareis fácilmente. »

La paciencia es uno de los medios más adecuados que podeis emplear contra las tentaciones que de tantas maneras combaten á los siervos de Dios. Sed dulce y apacible : no habéis con aturdimiento : no disputeis, ni os obsteneis por vana gloria. Guardad los secretos que se os confien : proceded en todo con buena fé, hablad poco, y nunca la echeis de maestro. Estad siempre dispuesto á escuchar : no tengais curiosidad de saber las novelorías del mundo. Amad el recojimiento : no andeis mucho por las calles, ni visiteis las casas particulares. Si alguna os invita á su casa bajo pretexto de piedad, escusaos en cuanto os sea posible. No os apureis por las cosas de vuestras parientes y amigos, y hacedles caridad. Combatid el deseo de emprender viajes : aficionaos á la soledad, y contentaos con vos mismo sin poner vuestro afecto en otras personas. »

« Estad muy persuadido de que la oración y la salmodia son vuestra principal obligación : dedicad bastante tiempo á la lectura, sobre todo del Nuevo Testamento : sobrellevad y edificad á aquellos con quienes teneis que vivir, y procurad no escandalizarlos nunca, recibiendoles siempre con du'zura y fraternal amor. No violentéis las reglas de la hospitalidad con profusión de esquisitos manjares. Temed el dinero como un peligroso enemigo : no os encargueis de la distribución de limosnas de otro : domad vuestra carne con el trabajo : pensad frecuentemente en la muerte, y oponded este pensamiento ú otros piadosos á las malignas sugerencias del enemigo, que se esfuerza por separaros de vuestra profesión. »

« Tal vez os dirá : Ya ves que molesta es tu soledad, en que no tienes ningún trato con los hombres : estás privado de toda clase de auxilios y de instrucciones, separado de tus hermanos, y hasta careciendo de celo y fervor por los mandamientos del Señor. La vida que haces aquí es salvaje. ¿ No ves que los obispos, que están establecidos

por Dios, reúnen á los fieles en sus iglesias, para tratar con ellos de las cosas espirituales? No puede expresarse el fruto que se saca de estas conferencias, y el gozo que en ellas se experimenta; miéntras que tú renuncias á estos beneficios, y vives en este desierto como una bestia. Tales son los artificios del enemigo, que, para engañaros mejor, os propone motivos de piedad. Pero respondle: Se me ha dicho que el mundo está lleno de encantos, y para huir de ellos, me he retirado á esta soledad: me he refugiado á esta montaña, como el pájaro que vuela para huir de los lazos de los cazadores. Quiero imitar en esta soledad el género de vida que me ha enseñado mi Maestro: no quiero vivir por mi cuenta, sino estar abrazado á su cruz. No he sido hecho para el mundo, ántes por el contrario, el mundo entero ha sido hecho para mí. »

« Hé aquí, carísimo hermano, como debeis chasquear al enemigo, oponiendo buenos pensamientos á los artificios con que pretende seduciros. A combatirlo debeis aplicar toda vuestra atención según las reglas que os he dado. Trabajad hasta la muerte por la defensa de la verdad y por conformaros á Jesucristo. Si así lo haceis tendreis la dicha de salvaros, nos calmaréis de gozo, y glorificareis á Dios eternamente. »

Los religiosos jóvenes que, despues del tiempo de prueba, son aplicados por sus superiores á los estudios propios de su estado, encontrarán en la carta de san Basilio á sus discípulos Festo y Magno, á quienes había educado con el mayor esmero en las virtudes religiosas, el modo de conciliar la piedad con la ciencia, dando siempre la preferencia á la primera.

« Deber es de los padres, les dice, cuidar de sus hijos, como lo es de los maestros vigilar por sus discípulos. Los hijos que crecen en virtud y los discípulos que aprovechan en las ciencias son el consuelo de sus padres y maestros.



Tengo tanto cuidado de vuestra educación, y me prometo de ella resultados tanto mejores cuanto la piedad excede á todas las demás cosas. Deseo verla arraigada en vuestros tiernos corazones, y que el vicio no la ofusque, hasta que haya llegado á su perfección por vuestro fervor y por mis oraciones. Estais convencidos del afecto que os profeso, y no dudais que Dios no dejará de prestaros los auxilios que necesitais : pues á nadie, ya se le llame, ya no se le llame. Todo hombre que ama á Dios tiene natural inclinación á las ciencias, así como el deseo de enseñar es insaciable en los maestros, cuando encuentran discípulos dóciles y aplicados. Nuestra separación no impedirá que yo os lleve á la perfección de la sabiduría, porque la actividad del espíritu no se limita al cuerpo, y no necesita lengua para hacerse entender. Así pues, aún cuando nuestros cuerpos se hallen separados, estamos siempre unidos en espíritu. Si los deseais, yo me encargaré de vuestra instrucción, sin que nos lo pueda impedir la distancia. »

Terminaremos este capítulo con algunos trozos de una carta muy larga que escribió san Basilio á los religiosos sobre la perfección de la vida monástica, la cual contiene no sólo excelentes consejos á los religiosos á quienes va dirigida, sino á toda clase de personas, pues expone los más hermosos preceptos de la moral cristiana. Parece haber sido ésta la intención del Santo, pues dirige la palabra al cristiano, aunque parezca hablar á los religiosos.

« Un cristiano, dice, debe tener siempre pensamientos conformes á su vocación y llevar una vida conforme al Evangelio. No debe perder de vista á Dios, ni su voluntad ni sus juicios. Está llamado á toda la perfección de la ley que impide jurar, mentir, blasfemar, etc. Es preciso que sea paciente, que soporte los defectos de los demás, que corrija oportuna y caritativamente á los que yerran, no haciéndolo

por espíritu de venganza, sino según lo prescribe la ley divina. No debe murmurar de los ausentes, aunque sea verdad lo que dice, porque no por eso dejará de faltar á la caridad. »

« Los que trabajan deben hacerlo con celo y con tranquilidad. Nadie debe entrometerse á hablar con autoridad á los hermanos, si no tiene licencia del superior, quién la dará cuando lo crea conveniente para el bién común. Es necesario abstenerse del vino, no comer manjares delicados ni con destemplanza. Nada debe poseerse en particular, ni disponer de sí mismo, sino que todos han de considerarse como servidores de los demás, y hacer todas las cosas con órden. Es preciso no murmurar, ni quejarse de estar muy cargado de trabajo ; pues esto debe decidirlo el superior. No debe sin su permiso dejar una obra para emprender otra, á no ser en caso muy necesario, como, por ejemplo, para ayudar á uno que va muy cargado. Cada cual debe estar en el lugar que se le ha designado, sin salirse de sus límites, ni ingerirse á hacer lo que no se le ha mandado. »

« No se haga ruido ni ningún movimiento que signifique vanidad, cólera ó disipación : sea siempre el tono de voz proporcionado á lo que se quiere expresar : no se responda nunca con altanería ó desprecio ; ántes bién, demuéstrese á los demás complacencia y deferencia respetuosa ? Absténganse de los guiños de ojos y de otros movimientos que pueden causar pena en los hermanos : evítense la afectación y el fasto en los vestidos y en el calzado, y conténtese cada cual con lo necesario, evitando siempre lo delicado y superfluo. »

« No se ambicionen los honores ni los puestos distinguidos, y prefíerese en todo á los demás. Es preciso someterse en todo á la voluntad de los superiores por la gloria de Dios. No debe dejarse la celda pura ir de acá para allá. No se obre nunca con espíritu de acritud ni de envidia, ni se

insulte á los que tienen alguna falta ; ántes por el contrario, demuéstrese pena por lo malo, y gozo por lo bueno. El que reprende, hágalo con entrañas de compasión y de temor de Dios. El que es reprendido reciba la corrección con docilidad, y persuádase que se hace por su bién. Cuando se reprende á algún religioso, no debe ninguno otro formar partido en su defensa, ni permitir que por su causa se resista á la corrección ; pero si ésta le parece infundada, puede sincerarse humildemente. »

« Un hombre que ha pecado y que hace penitencia no debe conservar el recuerdo de las injurias que se le han hecho ; sino que es preciso que perdone de todo corazón, si ha de hacer buenos frutos de verdadera penitencia. Cuando despues de haber cometido alguna falta, se entra dentro de sí mismo y se obtiene perdón, si se cae nuevamente en el pecado, la reincidencia es mucho más culpable, y se sufrirá un juicio más riguroso. Antes de ponerse el sol, debe apagarse la cólera que se ha concebido contra algún religioso, y que no estén reñidos el intervalo de una noche. No debe dejarse para otro tiempo la enmienda, porque nadie está seguro de vivir el dia de mañana : muchos que obraban de esta manera han sido sorprendidos por la muerte. »

« Es preciso no gastarse en un trabajo immoderado para reunir más de lo necesario. Contentémonos, como dice el Apóstol, con tener con que vivir y vestirnos. No debe amarse el dinero, ni reunir tesoros inútiles. El que quiere marchar por los caminos de Dios, debe amar la pobreza y temer el juicio divino. Desearia con todo mi corazón que os penetraseis de estas máximas que ayudan á buscar la gloria de Dios, con la cooperación de nuestro señor Jesucristo. »

## ASCÉTICAS DE SAN BASILIO

Cuando san Basilio instruye á sus religiosos, les dá diferentes nombres : unas veces les llama *cristianos* á causa de su religión y de la perfección evangélica á que deben aspirar : otras les dá el nombre de *monjes*, á causa de su vida retirada y solitaria : otras los designa con el de *hermanos*, en vista de los lazos de caridad que los unen : otras también les llama *ascetas*, en atención á sus ejercicios, principalmente los de penitencia, así como *canónigos* ya por estar sujetos á una regla, ya porque están asignados á un lugar para servir en una determinada iglesia. Pero más ordinariamente los llama hermanos ó ascetas, y por esta razón dá el nombre de *Ascéticas* á las obras que compuso para que les sirviesen de norma de conducta ; pero de una manera más especial se dá este título á algunos tratados que compuso, y entre otros á las grandes y pequeñas reglas y á sus constituciones monásticas.

En los tiempos de Focio, se hallaba dividido el cuerpo de las ascéticas en dos libros. El primero contenía el tratado del *Juicio de Dios* y el de la fé, y el segundo comprendía las *Morales* juntamente con las grandes y pequeñas reglas ; pero como los dos primeros tratados y las *Morales* no son propiamente reglas de disciplina, sino sólomente instrucciones, no hablaremos aquí más que de las grandes y pequeñas reglas, de las constituciones monásticas y de algunos discursos preliminares que en ellas se encuentran, para dar á nuestros lectores una verdadera idea de la observancia que este Santo hacía practicar á sus religiosos, reduciendo

toda esta materia, para mayor orden, á los principales artículos.

Ante todo debemos notar dos cosas. Primera, es de creer que ántes que san Basilio diese estas reglas, debió traer alguna de los monasterios que habia visitado en la Siria, en la Palestina ó en el Egipto, y que la hizo observar en su monasterio de las inmediaciones del Iris y en los demás que fundó en el Ponto : pues como hemos visto en el capítulo precedente, al recomendar á un jóven á un superior de sus monasterios, tal vez el de Iris, le encarga que lo instruya y eduque *según las reglas que los santos Padres les habían prescrito*. Luego estas reglas no eran las suyas, sino mucho más antiguas, y preciso era, ó que las hubiese traído de los monasterios que habia visitado en otras provincias, ó que en el Ponto estuviesen establecidas ántes que las suyas, lo cual no parece muy fundado, como hemos visto al hablar de la vida del Santo.

Debemos notar en segundo lugar que san Basilio estimaba mucho el estado de los anacoretas, pero aún prefería el de los cenobitas, por creerlo más seguro y ventajoso para el alma, tanto por la obediencia que en él se practica, como por los auxilios espirituales y temporales que mutuamente se prestan los religiosos. En una carta que escribió á unos monjes, á quienes aconsejó que se reuniesen en comunidad, se expresa en estos términos: « Creo que, por la gracia de Dios, no necesitais exhortaciones, despues de los discursos que os he hecho, para animaros á arreglar vuestra vida á la norma de la que observaron los apóstoles. Habeis seguido un consejo tan saludables, y por ello habeis dado gracias á Dios. No os dirigía palabras vanas, sino que os daba preceptos que debíais reducir á la práctica para vuestra utilidad, para vuestro consuelo y para gloria de Jesucristo. Ved aquí por que os envio á nuestro querido hermano : él hará conocer á los fervorosos, animará á los

perezosos, y descubrirá quienes son los que se oponen á nuestras máximas. Deseo con grande vehemencia veros reunidos, para que se sepa que no temeis tener testigos de vuestra vida, y que desais animaros mutuamente con vuestros buenos ejemplos, y edificaros con las buenas obras que entre vosotros se practican. Pues por este medio cada cual tendrá la recompensa que merezca tanto por sus buenas obras como por el ejemplo de los demás. Debeis edificaros unos á otros con vuestras acciones y palabras. »

« El abad Piammón, á quién Casiano hace hablar en una de sus Colaciones, dice que habiendo ido al Ponto y á la Armenia á llevar limosnas, que el emperador Valente enviaba á los solitarios de Egipto, tuvo lugar de ver la disciplina de los cenobítas establecidos en algunas ciudades; pero que ni aún se conocía allí el nombre de anacoretas. Sozomeno dice también que la mayor parte de los monjes de Galacia y de Capadocia observaban vida común en las ciudades y aldeas, pues los que les precedieron no les enseñaron otro género de vida, además de que los grandes frios de este pais no permitían que nadie viviese en los desiertos. Sabemos por san Gregorio Nacienceno que había algunos anacoretas en este pais, de los cuales se hacían grandes elogios, y si el abad Piammón no tuvo lugar de verlos, es porque fué muy corta su estancia. Por otra parte, aunque san Basilio habla en sus reglas á los solitarios que vivían en común, no deja de dar también saludables consejos á los anacoretas, lo que prueba que los había en la Capadocia y en el Ponto.

Las grandes y pequeñas reglas están escritas en preguntas y respuestas, lo cual indica que las compuso sobre las cuestiones que le proponían sus religiosos para su instrucción y edificación. Pueden considerarse como el resultado de las conferencias espirituales que tenía con ellos en su monasterio de Iris, y de las cuales formó despues un cuerpo

de obra ascética, al cual dió la última mano en Cesarea, despues de haber sido elevado al sacerdocio. Es de suponer que san Gregorio Nacianceno tomase alguna parte en esta obra, cuando se hallaba en su monasterio. No daremos importancia á algunos que, según Sozomeno han atribuido las Ascéticas á Eustato de Sebaste; pues sóloamente algunos sectarios de los errores de este obispo han podido imaginar semejante fábula, desechada por toda la antiqüedad, y es de estrañer que, con motivo de este pasaje de Sozomeno, haya querido Scultet quitar esta excelente obra á san Basilio, lo cual hace, dice Tillemont, sin ninguna prueba que pueda resistir á un exámen serio.

Debemos advertir que, además de las grandes y pequeñas reglas y de las constituciones de san Basilio, hay cuatro pequeños tratados sobre la misma materia, dos de los cuales aparecen en la edición de Paris de 1618, que seguimos, inmediatamente ántes de estas reglas, y los otros dos ántes de los discursos sobre la fé y el juicio, que preceden á los morales. De estos cuatro tratados tomaremos lo que vamos á decir. El primero se titula *De abdicacione rerum*, el segundo de *Askesi, seu exercitatione monástica*: el tercero y el cuarto, de *institutionibus monachorum*.

§. 1. — *Excelencias de la vida monástica y sus deberes en general.*

1º Queriendo san Basilio darnos á comprender cuanta es la excelencia de la vida monástica, le aplica estas palabras de nuestro señor Jesucristo: *Venid á mí los que estais fatigados y cargados: yo os aliviaré.* « Estas palabras, dice, nos exhortan de una parte á librarnos de la pesada carga de los bienes de este mundo, y nos animan, por otra, á abrazar con ardor la vida religiosa y solitaria, que hace profesión de llevar la cruz. Todo aquel, por lo

tanto, que se ha formado el designio de obedecer á Jesucristo, y arde en el santo deseo de abrazar este género de vida tan pobre y enteramente desprendido de los cuidados é inquietudes del mu, es verdaderamente y se le debe considerar como muy dichoso. » Habla tambien en otro pasaje de esta estado, y dice que se debe tener en grande estima, que el que lo profesa ha de llevar una vida enteramente celestial, entrar en una negociación espiritual y comercio con los ángeles, y combatir generosamente al lado de los discípulos de Jesucristo.

2º En otro tratado compendia todos los deberes de un solitario y de un religioso, siendo este tratado como el resumen de toda la obra de las Ascéticas. « Ante todas cosas, dice, es preciso que un solitario haga profesión de no poseer nada y de llevar una vida pobre : que su exterior sea modesto, honestos sus vestidos, moderada su voz, y prudentes sus palabras : que coma y beba sin precipitación y con gravedad ; que guarde silencio en presencia de los mayores ; que tenga caridad con sus iguales y condescendencia con sus inferiores : que se separe de los relajados : que hable poco y sin ostentación : que no se ria mucho ; que baje los ojos á la tierra, y levante su espíritu al cielo : que no sea dado á contradecir que sea sumiso y humilde : que no se desdeñe del trabajo manual : que ocupe su espíritu con la meditación de los novísimos : que sufra con paciencia la adversidades, y que dé gracias á Dios por los beneficios que recibe : que ore incesantemente ; que se humille ante todo el mundo : que con sus buenas obras amontone tesoros en el cielo : que examine todos los dias sus pensamientos y acciones : que no se implique en los negocios de este mundo : que no sea curioso por investigar los defectos agenos, y que se esfuerce por imitar á los Santos. Es preciso también que se goce de la virtud de los demás ;



que se compadezca de las debilidades del prójimo, y que se reconozca á sí mismo como un gran pecador.

## §. II. — *De los novicios.*

1º El santo Doctor no quiere que se abrace con ligereza la vida religiosa, ni que se crea que no ofrece más que dulzuras. « Aconsejo, dice, á los que quieran abrazar el estado monástico, que no lo hagan sin haberse probado previamente, y no se figuren que el peso de esta vida tan perfecta es fácil de llevar, y que la salvación se alcanza sin combate; ántes por el contrario, les exhorto á que se ejerciten ántes en este combate, no sea que, no teniendo fuerzas para soportarlo, vuelvan de nuevo al mundo que habian abandonado. »

2º Como el santo no quiere que nadie entre en religión sin haberse ántes probado, tampoco quiere que se admitan indiferentemente y sin exámen á todos los que se presentan. « Como quiera, dice, que Dios, que tanto ama á los hombres, y nuestro Salvador Jesucristo nos invitan á que vayamos á él, para ser ayudados, sería peligroso rechazar á los que desean acercarse á él por este medio. Sin embargo, es preciso considerar la conducta que han observado ántes los pretendientes. Si conocemos que han hecho progresos en la virtud, es preciso levantarlos á mayor perfección; si por el contrario, han vivido mal, debemos informarnos si han sido ligeros, inconstantes y arrebatados en sus resoluciones, pues son sospechosos los que mudan de parecer con frecuencia, y además de que no reportan ningún beneficio de nuestra profesión, la deshonan, y perjudican á los demás. »

« Pero como no hay desórden que no pueda corregirse cuando se procede con cuidado y temor de Dios, preciso es no desesperar, sino tomar el tiempo necesario para pro-

barlos con saludables ejercicios, á fin de admitirlos, si los soportan con resignacion, ó despedirlos si se vé que no adelantan. Es preciso observar durante este exámen, si los que han caido en faltas graves y ocultas, se acusan de ellas, y renuncian á los cómplices de sus pecados por la vergüenza que les causa el haberlos cometido : pues es de esperar en este caso que caerán nuevamente en ellas. »

« Pero la manera más general de probar á toda clase de personas es ver si se hallan resueltas á aceptar sin repugnancia la práctica de las humillaciones, sin rehusar los más viles oficios, y cuando los muy prácticos en esta clase de averignaciones reconocen que los pretendientes se hallan en disposición de ser admitidos, se les pondrá en el número de los que son consagrados al Señor. »

3º Estaba prohibido por la regla grande décima segunda recibir á un hombre casado sin el consentimiento de su mujer, ni recibir á ésta en el monasterio de las religiosas sin el consentimiento de su marido. Hé aquí la observación que á este propósito hace san Basilio : » Hemos reconocido por experiencia, dice, que ocurre con frecuencia que, á causa de orar y de ayunar continuamente, han conseguido muchos llevar una vida casta, habiéndose Dios servido tocar el corazón de la parte que se habia resistido obstinadamente á los deseos de la otra, y llevarla al consentimiento de una resolución tan justa como razonable. »

4º No se admitían á los que estaban bajo el dominio de alguna persona, como los esclavos, ni á los que habían ejercido cargo público, sin que previamente hubiesen rendido cuenta de su administración, á fin de que, una vez hecha su profesión, no se turbase el monasterio por esta causa. « Pues claro es, dice el Santo, que los que están encargados de lo que pertenece al César deben someterse á las órdenes del César. »

5º El superior á nadie debe admitir sin dar previo aviso

á los hermanos : » pues si nuestro Señor Jesucristo nos enseña, dice el Santo, que cuando un pecador hace penitencia, deben llamarse los vecinos y amigos para que tomen parte en el gozo, es aún mucho más necesario no recibir á nadie en una comunidad religiosa sin el consentimiento y aprobación de las personas que la componen, para que participen de este gozo, y oren los unos por los otros. »

6° No quería que se rechazase á los que quisieran venir al monasterio sólo por algún tiempo : así es que, despues de citar estas palabras de Jesucristo : *no rechazaré á los que vienen á mí*, añade. « Es justo concederles esta autorización, pues no sabemos lo que ha de resultar. Con frecuencia ocurre que los que entran por algún tiempo en el monasterio permanecen en él durante toda su vida, para gozar de los consuelos que encuentran en él. Además es muy conveniente que vean la exactitud de la disciplina que se observa entre nosotros, y que se desvanezcan por este medio las preocupaciones que hayan concebido en contra de nuestra conducta. »

7° Exhorta con mucha insistencia en un capítulo particular á los novicios, á que venzan con ánimo los primeros obstáculos que encuentren al entrar en religión, y sobre todo el sacrificio de sus bienes y la separación de sus parientes.

« Entrad con ánimo esforzado, les dice, en la sociedad de los religiosos, y demostrad un vigor generoso desde el principio de vuestra renuncia al mundo, no sea que las caricias de los parientes y amigos os arrastren á las cosas de la tierra. Que los bienes que abandonais no os vuelvan á turbar, y estad persuadidos que los enviáis al cielo como precursores de vuestra eterna felicidad. Despues de esta doble renuncia, miraos como vasos consagrados al Señor. »

§. III. — *Del director ó maestro de novicios.*

1º San Basilio estaba muy convencido de la necesidad de educar bien á los novicios, así es que no podia dejar de consignar en sus reglas las cualidades que debían adornar á los que habían de informarlos en los deberes del estado que iban á abrazar. « El director que se escoja, dice, debe estar instruido en la manera de llevar á Dios á los que le buscan : debe estar adornado de todas las virtudes, y manifestar en todas sus obras el amor que profesa á Dios. Debe tener profundos conocimientos de las Escrituras santas, y procurar que no se extravíe su espíritu con vanas distracciones. No debe tener afecto á los bienes del mundo, ni implicarse en los negocios temporales. Debe amar á Dios sinceramente, así como á los pobres y la pobreza. No debe dejarse llevar de la cólera, ni del resentimiento de las injurias. Debe trabajar con sumo cuidado en la edificación de las almas que le están encomendadas. Debe rechazar de su corazón toda vanidad y todo movimiento de orgullo. Debe ser firme é inflexible en el bien y preferir á Dios sobre todas las cosas. »

2º Quiere el Santo que los novicios se entreguen sin reserva á este director por una absoluta negación á su propia voluntad, á fin de que su corazón sea como un vaso purísimo que pueda recibir los bienes que Dios derrame sobre ellos, y que serán como semilla fecunda de gloria eterna. Si se confían á la dirección de este hombre sabio y virtuoso, heredarán sus bienes y progresos espirituales. Si, por el contrario, por un amor desordenado á sí mismos, prefieren un director que condescienda con sus defectos, y que, por decirlo así, se deje caer con ellos, es inútil abrazar el combate espiritual renunciando al mundo, pues toman por guía á un ciego que les conducirá al precipicio, cayendo él primero. »

3º Recomienda también el Santo á los novicios que no hagan nada sin conocimiento del director, aún cuando se trate de acciones buenas. « Si es verdaderamente buena esta acción, dice, ¿ por que habeis de hacerla ocultamente ? Examinad con la mayor atención vuestro espíritu, y vereis que os tiende, por decirlo así, lazos á la mano derecha para arrebatáros las riquezas espirituales, separándoos de la sencillez de la obediencia que debeis á vuestro director. »

#### §. IV. — *De los niños que se educan en los monasterios.*

Éste es un punto muy instructivo y edificante de la antigua disciplina de los monasterios, y que demuestra que el celo de sus santos fundadores se extendía á todas las edades para llevar á todas las almas á Dios. San Basilio lo había aprendido indudablemente de los monasterios de Egipto, sobre todo de Tabenna, y lo estableció en los que fundó, imitándole san Benito en Occidente.

Pregunta, pues, el Santo en sus grandes reglas, á que edad puede permitirse que los pretendientes se consagren á Dios, y cuando ha de constituir la profesión de la virginidad una obligación ineludible. Esta cuestión envuelve otras dos : la una se refiere á la edad en que puede entrarse en los monasterios, y la segunda á la edad en que debe hacerse la profesión religiosa.

1º Respondiendo á la primera cuestión, se expresa en estos términos : « Habiendo dicho Jesucristo en el santo Evangelio : *Dejad que los niños se acerquen á mí*, aprobamos que se admitan en cualquiera edad, á fin de tomar bajo nuestra tutela á aquellos que han perdido á sus padres, pues que, á ejemplo de Job, somos los padres de los huérfanos. En cuanto á los que se hallan bajo el dominio de sus padres, no debemos admitirlos sino en presencia

de muchos testigos, que puedan cerrar la boca á la maledicencia. » En las mismas condiciones se admitían á las jóvenes en los monasterios de religiosas, como se practicaba en los monasterios del Egipto y de la Palestina.

2º Tanto los niños como las niñas admitidos en los respectivos monasterios, estaban separados del resto de la comunidad, acerca de lo cual aduce san Basilio varias razones, siendo una de las principales el que no se familiarizasen con los ancianos, dándose ocasión á que les faltasen al respeto. En segundo lugar, para que cuando se penitenciasen á algún religioso, no lo presenciasen ; pues de otro modo se les autorizaría en cierta manera á cometer faltas, viendo que los religiosos no estaban exentos de ellas. En tercer lugar, para que no tuviesen la temeridad de hacer lo que muchas veces se permite á los ancianos á causa de su edad. En cuarto lugar, y por último, para que el monasterio no se turbase con el ruido que acompaña siempre á la instrucción de los niños.

3º Quería, sin embargo, el Santo que estos niños asistiesen con los religiosos á las oraciones que hacían en común durante el día : « Pues éste es el medio más eficaz, dice, para acostumbrar á los niños á la compunción, y para procurar á los mayores el grande auxilio que prestan las oraciones de los niños. »

4º Dice que es preciso regular los ejercicios y la vida de estos niños en todo lo concerniente á las vigiliias, al sueño y á las comidas, guardando en todo el tiempo, la moderación, la calidad y la decencia que corresponde á esta edad : que es preciso además darles un director experimentado y muy paciente, á fin de que con su paternal dulzura y con sus sabios consejos pueda corregirlos y aplicar á sus defectos remedios convenientes. Quiere que estos medios no consistan sólomente en castigar sus faltas, sino en combatir sus nacientes pasiones con la práctica de las vir-

tudes contrarias. » Así por ejemplo, dice, si alguno se ha dejado llevar de la cólera contra otro, es preciso obligarle á que se humille ante el, y á que le preste algún obsequio proporcionado á la gravedad de la falta : pues la practica de la humildad es muy propia para reprimir los arrebatos del espíritu, que son de ordinario una consecuencia de la hinchazón del corazón. De la misma manera, si algún niño come furtivamente ántes de la hora acostumbrada, es preciso dejarle ayunar hasta la tarde : si come con exceso y destemplanza, se le reprenderá, haciéndole que imite la templanza y moderación de los demás. Si contesta palabras inconvenientes, ó injuria á alguno, ó dice mentira, ó hace alguna otra cosa prohibida por la ley, es preciso que el vientre sufra el castigo, ó penarle con el silencio hasta hacerle entrar en el cumplimiento de su deber. »

5° « Es preciso también, añade el Santo, usar con ellos de mucha precaución en la enseñanza de las bellas letras, y no instruirlos más que en aquellas cosas que están conformes con el fin que debemos tener siempre presente ante nuestros ojos, de modo que no se sirvan más que de aquellos términos que se emplean en la sagrada Escritura, y que en lugar de distraerlos con fábulas profanas, se les refieran los hechos narrados en ella, y que se les forme en la virtud con las sentencias de los Proverbios de Salomón. »

6° Será también muy conveniente ejercitar su memoria-proponiéndoles recompensas tanto para su aplicación al estudio, como para las buenas obras que practiquen. Éste es uno de los medios más adecuados para animarlos, sin trabajo ni violencia, al estudio y á la virtud. Como que es muy tierna el alma de estos niños, y susceptible, cual blanda cera, de toda clase de impresiones, es preciso inclinarles desde luego al bién y ejercitarlos en la práctica de la virtud, á fin de que, cuando se desarrolle su razón, y les dé la edad un discernimiento más sólido y más juicioso de las cosas,

se encuentren recorriendo el sendero de la piedad. Su razón les presentará entónces con entera claridad el cúmulo de sus deberes, y el hábito contraído les facilitará su cumplimiento. »

Por último, dice san Basilio que es preciso observar el arte á que manifiestan más inclinación y especiales disposiciones, y permitirles que, durante el día y bajo la dirección de hábiles maestros, se ejerciten en él, volviendo para las horas de la comida y de la noche á su respectivo departamento. Estos maestros deberán reprenderles cuando no trabajen bién ; pero si cometen alguna falta en orden á las costumbres, deberán ponerla en conocimiento del superior.

#### §. V. — *Del tiempo de la profesión religiosa.*

Despues de hablar san Basilio del esmero con que debe educarse á los niños, responde á la segunda parte de la cuestión que se había propuesto, y que consiste en saber en que tiempo pueden hacer la profesión religiosa, para la cual exige tres condiciones. Primera, que se hallen en estado de hacer un sólido discernimiento de las cosas, y que hayan contraído facilidad para el bién por la práctica de las reglas que se les han dado : la segunda, que obren con entera libertad, y no por instigación de alguna persona : la tercera, en fin, que sean examinados por el obispo, para que forme juicio de la verdad de su vocación. Es tan sabio, tan piadoso y conforme á las reglas de la prudencia lo que dice el santo Doctor sobre esta materia, en que se trata de un empeño para toda la vida, que creemos conveniente exponerlo aquí para instrucción y edificación de los fieles.

« Sólomente, dice, cuando los que quieren consagrarse á Dios por la profesión religiosa tengan la razón enteramente formada, y se hallen en disposición de formar un



juicio estable y sólido acerca de las obligaciones que van á contraer, es cuando se les podrá conceder. Es preciso que lo hagan por su propia elección, y que se tomen por testigos de sus resoluciones los obispos de las iglesias, á fin de ofrecer á Dios, por su mediación, la santificación del cuerpo por el sacrificio de la virginidad, como una cosa santa, y que su autoridad dé peso y firmeza á una acción de tanta importancia. Esta precaución impedirá por una parte que el celo de los religiosos no se halle expuesto á la maledicencia, y por otra, que los que, habiéndose consagrado al Señor, quisiesen variar de designio, no puedan con esta precaución encontrar el menor pretexto para ejecutar este exceso de imprudencia. »

« Más si alguno no se halla resuelto á pasar toda su vida en este estado, preciso será que se le despida en presencia de los mismos testigos. Pero cuando las personas que quieren abrazar la vida religiosa, despues de sufrir un exámen riguroso y de dejárseles mucho tiempo para deliberar, á fin de que no se crea que se les saca artificiosamente del mundo, resuelven decididamente consagrarse á Dios, deberán admitirse en el número de los religiosos, y concedérseles que vivan en la comunidad, y que tomen asiento en la mesa con los religiosos de más edad y de gran perfección. »

Se deduce de estas palabras que sólamente en una edad en que la razón está plenamente formada, y es capaz de conocer toda la importancia de un empeño irrevocable en la religión, y despues de una plena deliberación y exámen, es cuando se admitia á la profesión religiosa. Pero una vez hecha esta profesión, duraba y se extendía á toda la vida, y no era permitido que un religioso abandonase su estado; pues estaba consagrado á Dios por verdaderos votos, que no se podían quebrantar sin hacerse culpable de infidelidad. Esto se confirma por una carta que escribió el Santo á un monje apóstata, que despues de llevar en el monasterio

una vida muy edificante, cayó en tentación, y se fugó con el dinero que pudo robar. Entre otras razones que le aducía para obligarle á que volviese al claustro, é hiciese penitencia, le recordaba la promesa que había hecho á Dios en presencia de muchos testigos, á la que llamaba un contrato que había concertado públicamente con Dios. En el mismo sentido escribe á un ermitaño y á una religiosa, que habían caído en la misma desgracia. Puede verse, por último, lo que escribe en la segunda carta canónica á san Anfíloco y algunos otros pasajes de sus obras.

### § VI. — *De los superiores.*

1º La dirección de las almas exige que nadie se ingiera en ella por sí mismo, sino que el que la ejerza sea llamado por Dios, para que no se pierda, ni pierda á los demás. Así pues, san Basilio truena con ardiente celo contra los que aspiran á poner en juego influencias para lograr este fin. « Este deseo de dominación, dice, es una enfermedad diabólica, y una de las causas que precipitaron al diablo desde las alturas del cielo. Los que se dejan arrastrar de esta miserable pasión son envidiosos, querellosos, acusadores de sus hermanos, insolentes, calumniadores y soberbios : tienen un alma baja : se rebajan vergonzosamente á los demás, son vanidosos é insolentes, y su espíritu se halla agitado por las más rastreras pasiones. »

« Cuando un religioso, añade, se encuentra en esta miserable situación, mira con ojo envidioso á los que tienen más mérito que él, y los zahiere con la maledicencia y la calumnia. Hasta les deseará alguna vez la muerte, para que careciendo el monasterio de personas competentes para desempeñar sus cargos, vengan á él los sufragios. Halará también á los que han de darle sus votos, y al mismo tiempo que esta esperanza le lleve á cometer bajas é indig-

nas sumisiones, se enojará, por el contrario, é impugnará á los que se hallan sobre él, ó se oponen á sus desiguos : inventará mentiras y calumnias : excitará divisiones, y albergará en su alma miserables pasiones : perderá la tranquilidad y la calma : el Dios de paz será desterrado de su corazón, y en ninguna parte encontrará reposo.

2º Las cualidades que exige san Basilio en un religioso para que merezca ser colocado á la cabeza de sus hermanos, y gobernarlos según el espíritu de Jesucristo, son las virtudes diametralmente opuestas á los vicios de los ambiciosos, de los vanos, de los soberbios, de los turbulentos, de los imprudentes y de los que carecen de paz y de caridad para consigo mismos y para con los demás. « Un superior, dice, no debe olvidar estas palabras del Apostol : *Sed el ejemplo y el modelo de los fieles* <sup>1</sup>, y debe proceder en todas las cosas de manera que su conducta sea un ejemplo visible y eficaz de la práctica de los mandamientos divinos. »

« Es preciso en primer lugar que cumpla tan perfectamente todos los deberes de la humildad cristiana por amor á Jesucristo, pues éste es efectivamente el primero de sus preceptos, haciéndolo de tal manera que, sin abrir la boca, tenga su ejemplo más fuerza, y sus acciones más eficacia para instruir á la comunidad que los más elocuentes discursos. De este modo la dulzura y la humildad de corazón deben ser el carácter que distinga al superior de los demás religiosos. »

« Debe también hallarse lleno de compasión y de ternura, y soportar con generosa paciencia á los que, no hallándose experimentados en la vida espiritual, cometen faltas contra ella. No quiere esto decir que esté obligado á disimular sus pecados y encubrirlos con el silencio, sino que es preciso que trate con dulzura á los tímidos, y que

<sup>1</sup> I Tim. iv, 12.

les aplique remedios convenientes y oportunos con toda la ternura y moderación posibles. Es preciso además que sea industrioso en inventar remedios particulares y proporcionados á las enfermedades de los que dirige. Tales son las cualidades que debe tener para encargarse de la dirección de los demás, y establecer el órden y la disciplina en la comunidad. »

3º Cuando exige san Basilio que los superiores den un grande ejemplo de humildad á sus subordinados, y que los traten con mucha dulzura, no pretende que se humillen fuera de tiempo, ni que su ternura degenerere en debilidad, pues esto, más que ventajoso, sería nocivo á la comunidad. Por esta razón dice en una de sus reglas : « Salomón nos enseña que *todas las cosas tienen su tiempo*. Hay, pues, un tiempo destinado á la práctica de la humildad, otro á los ejercicios de la autoridad y del poder, y otro á la corrección y á la exhortación : en una palabra, nada hay en el mundo que no se deba hacer ú omitir según la ocasión y el tiempo oportuno. Así pues, unas veces debemos abatirnos, como si fuésemos niños, sobre todo cuando tenemos que cumplir con los otros los deberes recíprocos que la caridad nos impone, ó prestarles los auxilios corporales que exijan sus necesidades. Debemos en otras ocasiones usar el poder que Dios nos ha dado para edificar ó para destruir, cuando conocemos que es necesario hablar con libertad contra los defectos de alguno. Hay ocasiones en que debemos portarnos con dulzura, y hay otras en que debemos llenarnos de indignación y de celo, y hasta llegar al castigo. »

« 4º Advierte el Santo á los superiores que, si no corrijen á los delincuentes, serán juzgados con extremo rigor. » El que está encargado, dice, de la dirección de un monasterio, debe obrar con conciencia de que ha de dar una cuenta muy rigurosa hasta de los más pequeños detalles,

y estar íntimamente persuadido de que, si alguno de los religiosos comete una falta por no haberle advertido previamente sus deberes, ó si, despues de haber caido, persevera en su falta por no haberle levantado, *Dios le hará responsable de su sangre*<sup>1</sup>, según la amenaza que hace por uno de sus profetas. Para que no sobrevenga un mal tan grave es preciso observar esta regla que prescribe el Apostol: *Así como fuimos aprobados de Dios, para que se nos confiase el Evangelio, así hablamos no como para agradar á los hombres, sino á Dios que prueba nuestros corazones. Porque nuestro lenguaje nunca fué de adulación, como sabeis, ni un pretexto de avaricia, Dios es testigo, no buscando gloria de los hombres, ni de vosotros, ni de otros*<sup>2</sup>. Es preciso, por lo tanto, que el superior no se deje llevar de deseos mundanos, y que el temor de afligir á los hombres no le haga ser dulce y condescendiente con los pecadores; sino que ha de anunciar la palabra de Dios con caridad y libertad cristiana, sin respetos humanos, ni consideraciones mundanas, y sin proponerse otro fin que el conocimiento y la práctica de la verdadera doctrina.

5º Como los superiores, por estar encargados de la dirección de otros, no dejan de ser hombres, y por consiguiente, están expuestos á caer en faltas, dice san Basilio que debe advertírseles cuando caen en alguna. Pero para no turbar el órden y la disciplina de la casa, es preciso que los más caracterizados por su edad y prudencia sean los encargados de hacer estas advertencias, pues es el medio más eficaz de auxiliarles espiritualmente; pero si no tienen fundamento las sospechas que se han concebido de él, los que estén persuadidos de esta verdad procurarán desvanecer los juicios temerarios.

<sup>1</sup> Ezech. xx.

<sup>2</sup> II Tessal. I, 4-6.

6° Debe haber asambleas periódicas de los superiores en los diferentes monasterios, á fin de remediar los abusos y conservar en su vigor la disciplina. « Es muy conveniente, dice el Santo, que los superiores de los monasterios se reunan de tiempo en tiempo, á fin de conferenciar y consultarse mutuamente la manera de extirpar los defectos y abusos que se hayan introducido, y de resolver las dificultades que se afrezcan en el gobierno de las comunidades. De esta manera, si se han cometido estas faltas, se descubrirán más fácilmente, y las decisiones que se adopten estarán apoyadas con la autoridad de muchos. » En estas palabras se vé que el uso de los capítulos ó asambleas de los superiores de un mismo instituto estaba en vigor.

7° Como sucedía algunas veces que algunos religiosos, ó descontentos de sus superiores, ó cansados de estar en un monasterio, pasaban á otros, en donde fácilmente se les admitía, san Basilio reprende esta conducta, tanto de los religiosos inconstantes, como de los superiores que la toleraban. « Los superiores, dice, deben observar entre sí una caridad recíproca, la cual les obliga á no quebrantar las leyes de los monasterios, y á no recibir indistintamente y sin pruebas á los religiosos que han abandonado sus casas: pues esta manera de obrar dá origen á una extraña confusión, á un horrible desórden y á un trastorno perjudicial en todo lo espiritual. Los que dejan sus monasterios no son religiosos dotados de sabiduría y de prudencia, ni se conducen por el temor de Dios, sino relajados y negligentes. Así es que debe avergonzárseles y rechazárseles con indignación, á fin de que vuelvan á sus monasterios. Hay una sola ocasión en que es lícito á un religioso salir de su monasterio, á saber, cuando lo hace por órden del superior, que se lo ordena atendiendo a elevadas consideraciones de necesidad ó conveniencia. »

8° Desaprueba san Basilio que haya dos comunidades de

un mismo orden en una ciudad, aduciendo para ello muy sólidas razones, y entre otras, el que esto divide con frecuencia los espíritus por motivos de interés, que origina envidias, y el que, siendo difícil encontrar un superior con todas las cualidades necesarias para que gobierne bien, debe serlo aún más encontrar dos en un mismo lugar, sobre todo cuando éste no es muy grande.

9º Recomienda el santo Doctor á sus religiosos que descubran sus corazones y ocultos pensamientos al superior, y les señala la manera con que han de conducirse con éste. « Es preciso, dice, que los inferiores que quieren hacer progresos en la piedad, y que aspiran á la perfección, no le oculten ninguno de los pensamientos de su alma, ni dejen escapar de su boca ninguna palabra que no hayan examinado atentamente, sino que descubran sus pensamientos á los que por caridad están encargados de su dirección; mientras que estos, á su vez, los miren con compasión y ternura. Esta mútua comunicaci6n nos hará llegar sin trabajo alguno á la cumbre de la perfección. »

10º Queriendo, por último, este gran Santo expresar el espíritu de que deben hallarse animados los superiores, les dá este consejo, que merece muy bien ser seguido, cuando se quiere dirigir á los demás según las máximas del Evangelio. « Es preciso, dice, que el superior se porte como ministro de Jesucristo y como dispensador de los misterios de Dios, no sea que, diciendo, ú ordenando alguna cosa contraria á la voluntad divina consignada en los Libros sagrados, se convierta en un falso testigo ante Dios, y en un sacrilego. Y en cuanto á los religiosos se refiere, debe portarse con ellos cual una madre que ama tiernamente á sus hijos, hallándose dispuesto á dar por ellos, no sólomente el trabajo y la fatiga de la predicaci6n evangélica, sino hasta la vida, si necesario fuese, á imitaci6n de Jesucristo. »

§. VII. — *De los oficiales y empleados del monasterio.*

No pudiendo los superiores hacerlo todo por sí mismos, es preciso que tengan bajo sus órdenes á otros religiosos capaces de secundar su solicitud, y que se dediquen á las diferentes necesidades de la comunidad y de cada uno de sus miembros. Unos de estos empleados se dedican á las cosas temporales, y otros á las espirituales, tanto del interior como del exterior de la casa. El superior es el que confiere estos cargos, atendiendo á la aptitud y capacidad de los que han de desempeñarlos.

El superior tenía un sustituto ó vicario, que le representaba y gobernaba la comunidad en sus ausencias y enfermedades. « Como en algunas ocasiones, dice el Santo, se halla ausente el superior, ya por alguna enfermedad, ya por la necesidad de hacer algún viaje, ó por alguna otra causa, preciso es que haya otro, que habiendo sido elegido por su aprobación y por la de otros hermanos capaces de sólido y prudente juicio, se halle en disposición de ocupar su lugar y de suplirle en sus ausencias, para que nunca falte á los religiosos quién les instruya, y para que la comunidad, por falta de cabeza, no se parezca á un cuerpo popular y democrático, lo cual destruiría la buena disciplina que debe reinar en ella. »

Después de este sustituto ó vicario del superior había el maestro de novicios, cargo importantísimo en toda comunidad. Ya hemos visto las cualidades que en él exige san Basilio, pues es uno de los principales fundamentos de la vida regular. También hemos visto que había religiosos propuestos por los superiores para que entendiesen en las faltas de los religiosos, y á quienes estos daban cuenta hasta de los más secretos pensamientos, de sus trabajos interiores, de sus tentaciones y de todo lo concerniente á



sus conciencias. Estos cargos, pues, estaban establecidos para el bién espiritual de los religiosos.

En cuanto á lo temporal, fácil es comprender cuales serían los cargos propios para atender á las necesidades de los religiosos. Había, pues, administradores, porteros, cocineros y enfermeros, que eran nombrados y dirigidos por el superior.

San Basilio recomienda á los superiores por una ley especial, que vigilen cuidadosamente sobre todas las necesidades, no sólomente espirituales, sino temporales de los religiosos. « Siendo el padre de todos, dice, y mirándolos como verdaderos hijos, ha de proveer á todas sus necesidades, cuidando de ellos con grande atención y con toda la vigilancia posible, y soportando con paternal cariño las enfermedades corporales y espirituales de todos los miembros de la comunidad. »

En cuanto á los oficios que obligan á salir del monasterio, ordena que se confien á religiosos que puedan cumplirlos sin perder nada de su espíritu y recogimiento: « De otra manera, dice, sería preferible sufrir la indigencia ántes que exponerse á la pérdida del alma. »

En cuanto á los destinados á proveer á las necesidades interiores del monasterio, dá san Basilio esta regla: « Habrá en el interior de la casa personas de diferentes órdenes, encargadas de distribuir á los religiosos todas las cosas que necesiten para su uso, que procurarán imitar á los Apóstoles, de los cuales se dice, que *repartian á cada uno según lo que habia menester*<sup>1</sup>. Su principal ocupación, por lo tanto, debe ser hacer sentir á todos los efectos de una compasión tierna y de una dulzura infatigable, de modo que no se pueda sospechar que por afecto particular den á unos más que á otrós, y ménos á unos que á otros

<sup>1</sup> Act. iv. 35.

por aversión, evitando siempre los extremos que destruyen la unión santa que debe formar la caridad en toda sociedad religiosa. »

Dá, por último, estos excelentes consejos á los diferentes oficiales del monasterio : « 1º En los diferentes oficios que se os den, además del trabajo corporal emplead palabras de consuelo y de dulzura para manifestar la caridad con que desempeñais vuestros deberes, para que vuestro ministerio sea más agradable. 2º No permitáis que ninguno otro desempeñe el oficio que se os ha encomendado, para que no seais privados de la recompensa. 3º Cumplidlo con la mayor modestia y cuidado, como si lo hicieseis al mismo Jesucristo. 4º Procurad no abusar por superfluidad ú orgullo, y considerad que Dios os está mirando. Es una acción muy meritoria prestar servicio á los demás, pues nos alcanza el reino de los cielos. »

### § VIII. — *Del trabajo manual y de las labores.*

1º Hemos visto en muchos pasajes de esta historia que el trabajo manual se ha recomendado siempre á los religiosos como uno de sus principales ejercicios, y san Basilio tampoco olvida este punto esencial de disciplina monástica. Así es que insiste mucho en él en sus *Ascéticas*, y particularmente en el capítulo XXXVIII de sus grandes reglas, en donde prueba con muchos pasajes de la sagrada Escritura que debemos aplicarnos al trabajo. Pues así como necesitamos comer todos los dias para la conservación de la vida, así también necesitamos trabajar si hemos de comer.

2º Quiere, sin embargo, el Santo que se trabaje más en beneficio de los hermanos que en el propio de cada cual, para que puedan un dia oirse estas consoladoras palabras : *Venid, benditos de mi padre, poseed el reino que os está preparado desde el establecimiento del mundo : porque tuve*

*hambre y me dísteis de comer: tuve sed y me dísteis de beber: era huésped y me hospedasteis: desnudo, y me cubristeis: enfermo y me visitasteis: estaba en la cárcel, y me vinisteis á ver.* <sup>1</sup> Así es que, explicando en una de sus reglas el pasaje del Evangelio, eu que dice Jesucristo que no debemos trabajar por el alimento que perece, sino buscar ante todo el reino de Dios y su justicia, dice que el Maestro celestial no prohíbe el trabajo, sino que, por el contrario, lo recomienda, y nos manda cuidar de nuestro prójimo y trabajar en su obsequio con celo y aplicación. Otro tanto dice, aunque con más extensión en la regla cuarenta y dos.

3º Enseña también cuales son las obras manuales á que han de consagrarse los religiosos en los monasterios. « Dificil es, dice detallar con precisión cuales sean estas obras, pues son diferentes según los países: sin embargo, todas pueden reducirse y encaminarse á conservar el órden y la paz de la vida religiosa, procurando no buscar muy lejos ni con gran solicitud y gasto la materia necesaria. Es preciso también no dedicarse á aquellas obras en que es precisa la unión de hombres y mujeres, que sería contraria al recogimiento que exige nuestra profesión. Debemos también buscar en estas obras, no lo que halaga las pasiones y la curiosidad, sino la sencillez y la utilidad. Así por ejemplo, cuando hacemos una tela, deberá procurarse que sirva para los usos de la vida, y no para fomentar el lujo y la licencia. Otro tanto debe decirse de las demás artes, como la zapatería, la arquitectura, la carpintería, y la agricultura, que se ocupan en cosas necesarias á la vida. Es necesario, pues, preferir estos trabajos que no nos separan de la oración, ni de los demás ejercicios de nuestro profesión, que no turban la tranquilidad, y que

<sup>1</sup> Math. xxiv, 36.

no se oponen, como es consiguiente, á nuestro género de vida. »

4° Recomienda el Santo que no se hagan largos viajes para la venta de las obras del monasterio, sino que, en cuanto sea posible, se vendan en los lugares inmediatos, tanto para evitar la disipación, cuanto para procurar mayor edificación. « Más si no es posible, dice, procúrese entónces que los hermanos encargados en diferentes monasterios de vender las obras, se reúnan para emprender el camino, y marchando en compañía unos de otros, hagan sus oraciones, alójense en una misma casa, guarden las observancias religiosas, y para vender los objetos que lleven, válganse de personas piadosas, á fin de que no tengan que entenderse directamente con gentes violentas y demasiado interesadas. » Prohíbe también que se hagan estas ventas en las ferias que se celebran en las fiestas de los patronos de los lugares : « pues los religiosos no deben hallarse en estas fiestas, sino para ofrecer á Dios oraciones y para celebrar la memoria de estos santos, pero no para poner en venta sus obras. »

« 5° Ninguno debe dedicarse por su propia voluntad, dice, á los trabajos que son permitidos, sino sólomente á los que los superiores los encuentren con disposición. » Prohíbe también dejar un trabajo impuesto por la obediencia para escoger otro, pues esto manifestaría un espíritu ligero, inconstante y aferrado á su propia voluntad : « porque un solitario para nada puede disponer de sí mismo, ni le es permitido dedicarse á una cosa sin previa autorización. Si cree que la debilidad de su cuerpo es una causa suficiente para dispensarse de las órdenes del superior, descubra á éste su enfermedad, y sujétese á lo que se le mande. »

« 6° Es preciso también que el solitario ejecute las obras más viles con mucho celo y ardor, estando persuadido que nada hay pequeño, cuando se trata de servir á Dios : de

modo que, aún cuando se le emplease en cuidar de las bestias que sirven en el monasterio, no deberá excusarse, sino considerar que Jesucristo no se desdeñó de ejercer los oficios más bajos con sus apóstoles, y que debe tener como un grande honor el servir á Dios en sus hermanos. »

7º En otros muchos pasajes de estas Ascéticas dá san Basilio excelentes reglas sobre el trabajo manual, las cuales pueden servir de instrucción á los religiosos y religiosas en los diferentes oficios á que se les dedica. Las expondremos en pocas palabras. 1ª Dice que no es permitido al religioso rehusar el oficio que se le encomienda, ni pedir otro, porque en otro caso violaría la obediencia, demostraría que no habia renunciado á sí mismo, abriría la puerta á la resistencia, daría un mal ejemplo á los demás, y revelaría que más quiere hacer su obra, y agradar á aquellos en cuyo favor la hace, que servir á Dios. 2ª Cuando se trabaja, nunca se crea haber hecho demasiado, sino considerarse como siervo inútil, según nos lo recomienda Jesucristo en el santo Evangelio. 3ª Si un religioso encargado de un trabajo va más allá de lo que se le ha ordenado por su superior, se le debe quitar el oficio y considerarle como un desobediente. Otro tanto debe decirse del que no sufre con paciencia el que no se le permita hacer una obra, para la cual no se le considera adecuado. 4ª Un religioso que come como los demás, que no está débil, ni padece enfermedad alguna, es culpable de pereza, si dice que no puede trabajar.

8º Propone el Santo una cuestión muy propia para desvanecer les ilusión de los que, bajo pretexto de orar, descuidan el trabajo. « Puesto que hay algunos que, con pretexto de la oración y de la salmodia, se dispensan del trabajo, necesario es que sepan que cada hora del dia ha de estar destinada á una cosa, segun la palabra del Ecle-

siastés, que dice que cada cosa tiene su tiempo oportuno <sup>1</sup>. Ahora bién, en cuanto á la oración y la salmodia, todo tiempo es bueno para dedicarse á obras tan santas, de modo que cuando trabajamos podemos orar vocalmente, y el hacerlo así es muy edificante. Más si esto no es posible, deberá, á lo ménos, hacerse con el corazón, para impedir el extravío del pensamiento y la disipación, á lo cual llama san Pablo orar incesantemente y trabajar noche y día <sup>2</sup>. Sin embargo, debe haber horas en que no se haga ningún trabajo, y que se consagren enteramente á la oración. »

9º Los religiosos destinados por el superior para que vigilen á los que trabajan, eran los únicos que podían entrar en los departamentos de labores. Se les recomendaba que tuviesen grande cuidado de los instrumentos de que se servían; pues, como dice el Santo, debían considerarse como cosas consagradas á Dios, y se haría reo de sacrilegio el que no cuidase de ellos, y los dejase perder. Ningún religioso podía servirse de estos instrumentos por su propia autoridad, sino que debia distribuirlos el que estaba encargado de la dirección de los trabajos.

### § IX. — *De la oración y de la salmodia.*

1º Cosas admirables dice san Basilio sobre la necesidad de la oración y la manera de hacerla bién. Se extiende principalmente sobre esta materia en el primer capítulo de sus *Constituciones*, que merece ser leído íntegramente, pero del que sólo daremos un resúmen. « Debemos preferir, dice, la oración como la más elevada y noble de todas nuestras acciones exteriores y muy superior á la ca-

<sup>1</sup> Eccli. viii, 1.

<sup>2</sup> II Tess. v, 17.

ridad para con el prójimo, como aseguró el mismo Jesucristo á Marta, cuando le dijo que su hermana María había escogido la mejor parte. Sin embargo, tanto las unas obras como las otras son buenas, y tendrán su recompensa; pues Jesucristo, al dar la preferencia á María, no dijo á Marta que dejase de trabajar. Así es que si alguno quiere imitar á estas dos hermanas recogerá por dos partes el fruto de salvación. »

« 2º Hay dos maneras de orar: la primera consiste en glorificar á Dios con profunda humildad, y la segunda en pedirle sus auxilios. No comenceis la oración pidiendo, para que no oreis por vuestro propio interés; pero procurad olvidar todo lo terreno, y comenzad glorificando á Dios, humillándoos en su presencia, y diciéndole de lo íntimo de vuestros corazones. Gracias os doy, Dios mio, por la dulzura y paciencia con que me sufrís, á pesar de que os ofendo á cada momento. Gracias os doy por el cuidado con que velais por mi salvación, atrayendome á Vos unas veces por el temor, y animándome otras con vuestras exhortaciones. Confieso que soy indigno de hablaros, siendo, como en realidad soy, un gran pecador. Humillándoos de esta manera es como debeis empezar la oración, aún cuando la conciencia no os acuse de nada, y despues podeis pedir la gracia que necesiteis. No digais: soy pecador, y Dios no me escuchará, pues esto sería una desconfianza imperdonable. Aún cuando pasase un año entero, ¿ qué digo? aún cuando pasasen dos ó tres años sin escucharos al parecer, no os desanimeis, sino continuad pidiéndole con fé, y durante este tiempo haced todo cuanto podais. »

« Cuando nos oprima la tentación, es preciso hacer todo cuanto esté de nuestra parte para vencerla, y sobre todo pedir á Dios que nos ayude con su gracia, no flojamente y con un espíritu disipado, sino poniéndonos en su pre-

sencia con santo temor y sin pensar en otras cosas, pues Dios no vé sólomente nuestras exterioridades, sino que penetra en lo más secreto de nuestros corazones. »

» En otro tiempo esperaban los santos Padres con paciencia el efecto de sus oraciones y el cumplimiento de las divinas promesas sin caer en el abatimiento. Propongámonos imitar su ejemplo; hemos orado durante un año, no por eso dejemos este santo ejercicio. Hemos ayunado dos años, no abandonemos nuestro ayuno, sino esperemos que Dios cumpla sus promesas. No digais, he pedido con insistencia una gracia á Dios y no la he obtenido; pues esto ha sido sin duda, porque la habreis pedido malamente, porque lo habreis hecho con desconfianza, ó con disipación, ó porque no os convendría lo que habeis pedido, ó porque, en fin, no habeis perseverado en la oración. »

« Dios se anticipa á nuestras oraciones en las cosas que son necesarias á la vida, pues hace que llueva sobre los justos y los pecadores; pero en lo que se refiere á las virtudes y al reino de los cielos, si no se lo pedimos con instancia y paciencia, no recibiremos, porque ante todo es preciso tener un gran deseo de estas cosas, buscarlas sinceramente, esperarlas con fé y paciencia, contribuir y coadyuvar en todo cuanto esté de nuestra parte, no pedir con negligencia y tibieza, y recibir lo que se digne darnos. De ordinario, no difiere el acceder á nuestras súplicas, sino para probar nuestra fé y nuestro fervor, y para que comprendamos que así como lo que nos dá es puro efecto de su liberalidad, así estamos obligados á conservar con temor lo que se ha dignado concedernos. »

7º Exponiendo el Santo la manera de hacer la oración sin distracciones, dice que se consigue siempre que estemos bién persuadidos de que nos hallamos en la presencia de Dios: « Pues, dice, si, cuando se habla á un príncipe, y hasta á un magistrado, no se vuelve la vista á todos



lados, ¿ con cuanta más razón no debemos tener fija la mirada de nuestra alma en Aquel, que, según la frase de David, sondea los corazones? El mismo Profeta nos enseña con su ejemplo á no separar de Dios nuestro pensamiento durante la oración, cuando dice: *Siempre he tenido los ojos elevados al Señor*<sup>1</sup>... *he tenido siempre al Señor ante mis ojos.*

4º Señala el mismo Santo en sus Ascéticas las horas del día y de la noche en que deben reunirse los religiosos para celebrar los divinos oficios, y el fervor y el gusto con que deben entregarse á este santo ejercicio. « No hay tiempo en la vida, dice, que no deba destinarse á la oración; pero como es necesario interrumpir la salmodia y las genuflexiones, deben observarse las horas que los Santos nos han prescrito para la oración. David decia<sup>2</sup>: *Me he levantado á media noche, para alabaros, ó Dios mio .... En la tarde, en la mañana y al medio día meditaré y oraré con fervor.* Se dice en los Hechos apostólicos, que el Espíritu Santo descendió sobre los discípulos á la hora tercera del día, y la hora de Nona se consagra á la memoria de la Pasión de nuestro señor Jesucristo. Más como diga David que ofrecia al Señor alabanzas siete veces al día, y los tiempos de que acabamos de hablar no llegan á este número misterioso, preciso es dividir en dos partes la oración del mediodía, haciendo una ántes de la comida, y otra despues. »

Esta distribución de las horas canónicas está marcada más extensamente en las grandes reglas del Santo. « 1º Por la mañana pedimos á Dios que nos conceda consagrarle los primeros movimientos de nuestra alma, y ocuparnos en nuestros respectivos oficios despues de haber

<sup>1</sup> Ps. xxiv, 10.

<sup>2</sup> Ps. xv, 8.

encontrado nuestras delicias en pensar en él. 2° Volvemos á la oración á la hora de tercia, y nos congregamos todos los hermanos, aunque estemos en parajes retirados, para traer á nuestra memoria los dones del Espíritu Santo que en esta hora recibieron los Apóstoles, y para hacernos dignos de participar de ellos. 3° En seguida vamos al trabajo, y nos reunimos nuevamente á la hora de sexta para orar, y recitamos el salmo XC, para que Dios nos libre de toda caída y de las embestidas del demonio meridiano. 4° Sebemos por la lectura de los Hechos de los Apóstoles, que san Pedro y san Juan subieron al templo para asistir á la oración que se hacía á la hora de Nona, y nosotros nos conformamos á esta práctica. 5° Cuando ha concluido el día, damos gracias al Señor por los beneficios que hemos recibido de su bondad durante el día: examinamos nuestra conciencia para reconocer los pecados que hemos cometido, y pedimos al Señor que nos perdone. Este exámen bien practicado es un medio muy eficaz para no caer en nuevas faltas: *De lo que decis en vuestros corazones, decia David, compungios en vuestros lechos* <sup>1</sup>. 6° Al empezar la noche, debemos pedir á Dios que nos preserve de las ilusiones del demonio, y que tomemos el descanso sin tentación ni escándalo, para lo cual repetimos el salmo XC, que ya habíamos recitado á la hora de sexta. Sebemos por san Pablo y Silas, que la media noche es también hora de oración, y por eso la hacemos imitando su ejemplo. Por último, nos levantamos muy de mañana para orar, á fin de que no nos sorprenda el día dormidos. *Mis ojos se adelantaron hacia tí, decia el real Profeta, de madrugada para meditar tus palabras* <sup>2</sup>.

Observa Hermant en sus notas sobre las *Ascéticas* de

<sup>1</sup> Ps. IV, 5.

<sup>2</sup> Ps. CXXVIII, 148.

san Basilio, que lo que acabamos de decir de este Santo es uno de los más ilustres monumentos de la antigüedad en favor de las horas canónicas y del oficio eclesiástico. Ya hemos hablado de esta materia, refiriendo lo que acerca de ella dice Casiano en sus Instituciones; pero debemos hacer constar que, aún cuando san Basilio habla de la oración de la mañana y ántes de la aurora, ésta oración es diferente de la de Prima, que no estaba todavía en uso en los monasterios del Ponto, y que tuvo principio en el de Palestina, en que fué educado Casiano, y de donde pasó su uso á los demás monasterios.

La excelente práctica de levantarse á media noche para cantar las alabanzas divinas, era observada por todos los religiosos y religiosas, y en este sentido habla de ella san Gregorio Nacianceno « ¿ No veis, dice, como los hombres y las mujeres pasan las noches en las vigiliás y en la salmodia, sin cuidarse de las necesidades de sus cuerpos? Fijad vuestra atención en esa multitud innumerable de santos y santas, en esas asambleas de tantas personas consagradas á Dios, en esos coros angélicos que á veces cantan unidos, y á veces alternativamente, y que, guardando rigoroso orden, cantan continuamente las alabanzas del Señor. »

4º Se encuentran también en las Reglas de san Basilio algunas instrucciones relativas al oficio divino, y que no debemos omitir: 1ª Es muy conveniente variar las oraciones y los salmos, porque la uniformidad hace que no se impresione el alma, y que se distraiga; mientras que la variedad de la salmodia inspira nuevo fervor y mayor recogimiento. 2ª Si en el tiempo en que los religiosos del monasterio se congregan para la oración y la salmodia, se halla alguno ausente ú ocupado en obras que le impidan la asistencia á estos actos de comunidad, está obligado á practicarlos en particular, sin que pueda dispensarse con ningún pretexto. Lo cual demuestra la obligación que

tenían de recitar el oficio divino, aunque no asistiesen á coro. 3ª Cuando se asistía á la oración común, debía perseverarse en ella, y no fijar la atención en las pequeñas incomodidades que proporciona, pues lo contrario causa perjuicios al alma. 4ª Debía guardarse silencio en el monasterio durante el tiempo de la salmodia, aún por aquellos que estaban encargados de oficios que no les permitían asistir al coro, debiendo únicamente hablarse cuando hubiese una necesidad absoluta, y esto con mucha discreción. 5ª Pregunta el Santo si deberá obligarse á cantar las alabanzas divinas á una religiosa que lo rehusa, y responde en estos términos : « Si no se porta con celo en la salmodia, si no tiene las mismas disposiciones en que se hallaba David cuando decía : *¡Cuán dulces son tus palabras á mi paladar, más que la miel á mi boca!* : si no está persuadida de que no puede interrumpir este ejercicio sin causar grandísimo detrimento á su alma, es preciso corregirla ó separarla de la comunidad. » Queriendo, por último, este gran Santo enseñarnos el espíritu de piedad con que debemos cantar el oficio divino, pregunta : ¿ que significan estas palabras de David : *Cantad con sabiduría* ? y responde : « La sabiduría y la inteligencia son para las sagradas Escrituras lo que el gusto es para la comida. Aquellos, pues, que sienten conmovida su alma por la fuerza de cada una de sus palabras, como el que come experimenta satisfacción á cada bocado, realiza lo que desea David, cuando dice : *Cantad con inteligencia y sabiduría* ».

### § X. — *De la Santísima Eucaristía.*

1º Preguntando san Basilio, si es necesario celebrar las asambleas eclesíasticas, es decir, los santos Misterios en

<sup>1</sup> Ps. cxviii, 103.

las casas particulares, responde en estos términos : « Las mismas razones, por las cuales no es lícito usar de vasos profanos en el Santuario, prohíben celebrar los santos Misterios en las casas particulares. En el antiguo Testamento no lo permitía Dios, y Jesucristo dice : *Aquí está el que es mayor que el templo* <sup>1</sup>. Lo cual nos enseña que no debemos deshonorar la Cena del Señor, recibéndola en nuestras casas, á no ser en caso de absoluta necesidad, y aún en este caso debe escogerse un lugar decente y cual conviene á la santidad de este misterio. »

2º Pregunta el Santo, con que plenitud de fé y de celo deben recibirse el cuerpo y la sangre de nuestro Señor Jesucristo, y responde : 1º Que el Apóstol nos enseña con quanto tenor debemos acercarnos á la sagrada Mesa, cuando dice : *El que come y bebe indignamente, come y bebe su propio juicio* <sup>2</sup>. 2º Nuestro espíritu debe estar plenamente convencido de la verdad de este misterio, creyendo firmemente las palabras de Jesucristo, que dice : *Este es mi cuerpo, que ha sido entregado por vosotros : haced esto en mi memoria*. 3º Cuando el alma ha creído estas palabras y otras semejantes de las sagradas Escrituras, conoce de una parte la grandeza y la majestad de la gloria de Dios, y admira por otra los excesos de humildad y obediencia que prestó Jesucristo á su eterna Padre, entregándose á la muerte para darnos la vida, y me persuado que esta consideración la lleva á abrazarse de caridad para con el Padre, que ha entregado á la muerte á su propio Hijo, y á encenderse en amor por Jesucristo, que se hizo obediente hasta la muerte, y muerte de cruz para librarnos y salvarnos. « Hé aquí cual debe ser la disposición y la preparación del que quiere participar del cuerpo y sangre de Jesucristo. »

<sup>1</sup> Math. xii, 6.

<sup>2</sup> I Cor. xi, 29.

## CONTINUACIÓN DE LA MISMA MATERIA

Vamos á resumir en este capítulo algunos otros puntos de la disciplina que se observaba en los monasterios de san Basilio, y despues daremos una idea de las virtudes religiosas, de que trata más extensamente en muchos pasajes de sus *Ascéticas*.

1º DEL HABITO RELIGIOSO. — « Debemos, dice, practicar la humildad en la manera de vestirnos, así como esta virtud nos inspira la sobriedad y mortificación en el alimento. El estado que hemos abrazado nos enseña á rebajarnos á los demás. Es preciso, pues, poner nuestra gloria en vestirnos más pobremente que los demás ; porque el que por la profesión de la humildad se reduce al último rango, debe ser el último en la manera de vestirse. El apóstol san Pablo dice : *no blasonando de cosas altas, sino acomodándoos á los humildes* <sup>1</sup>. ¿ A quienes, pues, debemos asemejarnos ? ¿ á los que viven en las cosas de los reyes y en los palacios, á los que visten con lujo y ostentación, ó al precursor de Jesucristo ? Los antiguos profetas estaban cubiertos de pieles, y san Pablo nos enseña, que, *teniendo con que sostenernos y con que cubrirnos, contentémonos con esto* <sup>2</sup> » con lo cual nos demuestra que sólomente tenemos necesidad de cubrirnos, y que la diversidad de vestidos y de adornos no sirve más que para satisfacer el lujo. Así es que en un principio no dió el Señor otros vestidos á los hombres, que pieles de animales. Pero como al mismo tiempo necesitamos los vestidos para preservarnos del frio, preciso es que llenen estas dos condiciones : que

<sup>1</sup> Rom. xii, 16.

<sup>2</sup> I Tim. vi, 8.

las casas particulares, responde en estos términos : « Las mismas razones, por las cuales no es lícito usar de vasos profanos en el Santuario, prohíben celebrar los santos Misterios en las casas particulares. En el antiguo Testamento no lo permitía Dios, y Jesucristo dice : *Aquí está el que es mayor que el templo* <sup>1</sup>. Lo cual nos enseña que no debemos deshonorar la Cena del Señor, recibéndola en nuestras casas, á no ser en caso de absoluta necesidad, y aún en este caso debe escogerse un lugar decente y cual conviene á la santidad de este misterio. »

2º Pregunta el Santo, con que plenitud de fé y de celo deben recibirse el cuerpo y la sangre de nuestro Señor Jesucristo, y responde : 1º Que el Apóstol nos enseña con cuanto temor debemos acercarnos á la sagrada Mesa, cuando dice : *El que come y bebe indignamente, come y bebe su propio juicio* <sup>2</sup>. 2º Nuestro espíritu debe estar plenamente convencido de la verdad de este misterio, creyendo firmemente las palabras de Jesucristo, que dice : *Este es mi cuerpo, que ha sido entregado por vosotros : haced esto en mi memoria*. 3º Cuando el alma ha creído estas palabras y otras semejantes de las sagradas Escrituras, conoce de una parte la grandeza y la majestad de la gloria de Dios, y admira por otra los excesos de humildad y obediencia que prestó Jesucristo á su eterna Padre, entregándose á la muerte para darnos la vida, y me persuado que esta consideración la lleva á abrazarse de caridad para con el Padre, que ha entregado á la muerte á su propio Hijo, y á encenderse en amor por Jesucristo, que se hizo obediente hasta la muerte, y muerte de cruz para libraros y salvarnos. « Hé aquí cual debe ser la disposición y la preparación del que quiere participar del cuerpo y sangre de Jesucristo. »

<sup>1</sup> Math. xii, 6.

<sup>2</sup> I Cor. xi, 29.

## CONTINUACIÓN DE LA MISMA MATERIA

Vamos á resumir en este capítulo algunos otros puntos de la disciplina que se observaba en los monasterios de san Basilio, y despues daremos una idea de las virtudes religiosas, de que trata más extensamente en muchos pasajes de sus *Ascéticas*.

1º DEL HABITO RELIGIOSO. — « Debemos, dice, practicar la humildad en la manera de vestirnos, así como esta virtud nos inspira la sobriedad y mortificación en el alimento. El estado que hemos abrazado nos enseña á rebajarnos á los demás. Es preciso, pues, poner nuestra gloria en vestirnos más pobremente que los demás ; porque el que por la profesión de la humildad se reduce al último rango, debe ser el último en la manera de vestirse. El apóstol san Pablo dice : *no blasonando de cosas altas, sino acomodándoos á los humildes* <sup>1</sup>. ¿ A quienes, pues, debemos asemejarnos ? ¿ á los que viven en las cosas de los reyes y en los palacios, á los que visten con lujo y ostentación, ó al precursor de Jesucristo ? Los antiguos profetas estaban cubiertos de pieles, y san Pablo nos enseña, que, *teniendo con que sostenernos y con que cubrirnos, contentémonos con esto* <sup>2</sup> » con lo cual nos demuestra que sólomente tenemos necesidad de cubrirnos, y que la diversidad de vestidos y de adornos no sirve más que para satisfacer el lujo. Así es que en un principio no dió el Señor otros vestidos á los hombres, que pieles de animales. Pero como al mismo tiempo necesitamos los vestidos para preservarnos del frio, preciso es que llenen estas dos condiciones : que

<sup>1</sup> Rom. xii, 16.

<sup>2</sup> I Tim. vi, 8.



por una parte nos cubran, y que por otra, nos preserven de las inclemencias del tiempo ».

« Como hay vestidos que sirven para muchos usos, y otros que no son de tanta comodidad, justo es que se prefieran los más útiles, y que revelen más perfecta pobreza. Porque, ¿ para que sirve tener unos hábitos para pura ostentación, y otros para el uso doméstico? ¿ Para qué unos para el día, y otros para la noche? Por lo tanto, es preciso tenerlos de tal manera, que puedan servir para todos usos, y que cubriéndonos de día, nos sirvan de abrigo durante la noche. »

« Todos debemos estar vestidos de la misma manera, con la misma sencillez y pobreza, para que por la forma de nuestros vestidos, se conozca la profesión que hemos abrazado. Además de la ventaja de la uniformidad, servirá esto para que todos se edifiquen con la santidad de nuestro vida, y aún los más negligentes, á pesar suyo, servirán de edificación á los demás. »

« Lo mismo que de los vestidos, debe decirse del calzado, de manera que se halle reducido al uso y necesidad, sin ninguna vanidad ni superfluidad. Los santos que nos han precedido en les vida religiosa, nos han enseñado también con su ejemplo el uso de la correa ó ceñidor. Elías lo usó, así como el Bautista y los Apóstoles. No es necesario, por último, hablar del número de hábitos, pues escrito está, que el que tenga dos, dé uno al que de él carezca. »

2º DE LAS AUSTERIDADES CORPORALES. — « La vida de los religiosos es una vida laboriosa y mortificades. Los ayunos, las vigiliass, el trabajo manual, y muchas prácticas necesarias para domar la carne y someterla al espíritu, eran sus ejercicios cotidianos. Un solitario era un hombre de penitencia, que no daba á su cuerpo, sino con gran pena, lo que no podía rehusarle sin destruirlo, y que no vivía, por de-

cirlo así, sino para el espíritu. » Quería, sin embargo, san Basilio que se usase de discreción en las maceraciones corporales, no sea que, entregándose á ellas con excesivo celo, se pasasen los límites de la moderación. « Para observar las verdaderas reglas de una prudente templanza, dice, es necesario no buscar las delicias, pero no abatir tampoco el cuerpo con excesivas mortificaciones. Evitemos ambos excesos, para que de una parte el cuerpo demasiado halagado no turbe al alma, y para que por otra, un rigor desmedido no nos imposibilite para ejecutar los mandamientos divinos : pues tanto perjuicio sufre el alma, cuando no se halla sometida la carne, como cuando el cuerpo se halla tan abatido por las austeridades, que queda sin movimiento ni acción. El dolor que éste sufre obliga al alma á inclinarse á la tierra para socorrerlo, y la impide elevarse á la contemplación de las cosas celestes. » Los solitarios de Oriente no usaban en todas partes el mismo género de alimentación. Muchos no se sostenían más que con pan y agua : otros añadían sal y yerbas saladas, y otros, frutos y peces. San Basilio no determina la clase de alimentos á sus religiosos ; pero insiste mucho en su cantidad. Con respecto á la cualidad, dice en sus Constituciones que los verdaderos solitarios no deben sustentarse más que con alimentos secos y poco nutritivos. Habla también del uso del aceite y de los pescados salados, pero siempre en corta cantidad, y no quería que niuguno se privase de comer, cuando se les presentasen otros alimentos, no sea que, por singularidad, se turbase el orden de la comunidad. » No haya dificultad, dice, en mezclar el pan con el caldo de este pequeño trozo de pescado salado, sino hágase con acción de gracias, pues estando cocido con tanta cantidad de agua y de legumbres, nadie podrá tacharlo de delicadeza, sino ántes por el contrario, lo considerará una verdadera austeridad propia de solitarios. Obrar de otra

manera, sería echar por tierra la disciplina común del monasterio, y dar motivo de escándalo.

Acerca de la cualidad de los alimentos dá un excelente consejo que demuestra cuanto interes tenía en que sus religiosos practicasen la templanza y la pobreza. « Al tomar el alimento, dice, no debemos proponernos satisfacer el paladar, sino sólomente conservar la vida, y para ello es preciso usar de alimentos que no nos proporcionen excesivo trabajo y cuidado, y de ello nos ha dado ejemplo el mismo Jesucristo, no distribuyendo al pueblo que le seguía, ávido de escuchar su divina palabra en el desierto, más que algunos panes de cebada y peces, que multiplicó milagrosamente. Preciso es, por lo tanto, usar aquellos alimentos que son más fáciles de condimentar, que son más comunes en el país, que cuestan ménos, y que son más propios para muchas personas, no haciendo más provisiones que las necesarias para la vida, como el aceite y otras cosas semejantes, así como también las que sean necesarias para los enfermos : Pero el uso de estos manjares debe excluir todo desasosiego, toda curiosidad y toda turbación. »

Quiere el mismo Santo que el superior regule la cantidad de los alimentos con prudencia y caridad. « Como quiera, dice, que pueden hacerse diferentes usos de los alimentos, según la diversidad de edades y de profesiones, y según la disposición corporal de cada uno, no puede ser una misma la cantidad para todos. Por esta razón se deja á la discreción de los superiores el regular esta cantidad, según las diferentes condiciones de los que están bajo su dirección. En su consecuencia, ordenarán la clase de manjares que se han de dar á los enfermos, ó á los que se hallan fatigados por rudos trabajos, así como á los que hayan de hacer algún viaje. Regularán, pues, todas estas cosas según la necesidad de cada uno. »

Dice el Santo en sus reglas : 1º que tanto los que bus-

can más la delicadeza de los alimentos que su cantidad, como los que, por saciarse, buscan más la cantidad que la cualidad, se hallan espiritualmente enfermos, los unos por apego al placer, y los otros por excesiva avidez; 2º que los que murmuran de los alimentos cometen la misma falta que los que murmuraban de Moisés en el desierto; 3º que todo religioso que pide encolerizado las cosas que necesita, debe ser privado de ellas por el superior, á fin de que se cure la cólera, que pone su alma en gran necesidad de virtud; 4º que si un religioso que ha trabajado mucho, pide algo más de lo ordinario, debe esperar la recompensa más bién de Dios que de las criaturas, pues sólomente á él ha de dirigir sus acciones. « Esto no impide, sin embargo, añade, que el que está encargado de proveer á las necesidades de los religiosos, ponga una atención especial en los que sufren un penoso trabajo. » 5º Reprende muy severamente á los que buscan alimentos distintos de los que se ponen á la demás religiosos, y en cuanto á los que dicen que lo que se les dá es contrario á su salud, y se afligen porque no se les dé otra cosa, dice que no parecen hallarse penetrados de la caridad del que tiene el cuidado de atender á las necesidades de todos y á las suyas en particular, y que deben tener confianza en él, pues está expresamente encargado de la salud de todos los religiosos.

Se leía durante la comida, y queriendo el santo Doctor enseñar á sus religiosos el espíritu de piedad con que habían oir esta lectura, decía que debían encontrar más placer en ella que en los alimentos, á fin de que el alma no se disipase con las satisfacciones del cuerpo. Ésta es precisamente una de las razones por las que quería el Santo que todos comiesen juntos, además de que el buén orden así lo exigía. Acerca de este punto pregunta, como debía tratarse á los que faltaban á este acto de comunidad, y responde que, si algún religioso llegaba más tarde por

estar muy léjos el lugar en que se hallaba ocupado, ó por no haber podido dejar la obra que estaba haciendo, tenía una causa legítima de dispensa ; pero si no asistía por negligencia, debía dejársele en ayunas hasta el dia siguiente.

Una de las grandes reglas prescribe la manera de recibir á los extraños á la mesa, por lo cual merece ser expuesta. No puede dudarse que san Basilio quería que se recibiese á los huéspedes con grande caridad ; pero, como era enemigo de la ostentación y de la superfluidad, recomendaba que se recibiesen como convenía á personas que hacían profesión de pobreza y templanza.

« Cuando se presente algún extraño á quién sea preciso dar hospitalidad, dice, si es religioso, encontrará en nuestra casa la misma mesa y todo lo que haya dejado en su monasterio ; pero si se halla fatigado del camino, se le dará algún alivio. Más si es una persona del mundo, es preciso que conozca nuestro género de vida, que nuestra sobriedad le sirva de ejemplo, y que salga edificado de nuestra pobreza y de nuestra mortificación. Si en lugar de impresionarse con este género de vida, se mofa de ella, no nos importará otra vez. » Estas últimas palabras son muy notables, así como muy sabia toda esta regla.

Puede decirse que los solitarios ayunan constantemente, puesto que no hacen más que una comida al dia, y ésta por la tarde y con tanta frugalidad, que en vez de satisfacer al cuerpo, sólo servía para sostenerle. San Basilio recomienda mucho la templanza y el ayuno á sus religiosos, proponiéndoles el ejemplo de los justos de la ley antigua, el de nuestro Señor Jesucristo y el de todos los Santos, « que han recibido, dice, un testimonio glorioso de su templanza, y cuya vida mortificada debe alentarnos á imitarles. » No recomienda menos las vigílias como una de las principales prácticas de los religiosos. Y, en efecto, no sólo interrumpen su sueño en medio de la noche para can-

tar las alabanzas divinas, sino que se levantan muy temprano para continuar el mismo ejercicio, y nunca les sorprende la aurora en su lecho, como hemos dicho en otras partes.

Sin embargo, el Santo que era un modelo de discreción, y que no ignoraba cuán necesaria es esta virtud en los ejercicios laboriosos del cuerpo, no quería que ningunos de sus religiosos, por su propio consejo, ayunase, ni velase más que los demás, « pues todo, dice, lo que hace un hombre por el movimiento de su propia voluntad, es una acción que carece de mérito, y se halla muy distante de la sólida piedad. Si alguno cree deber hacer más que los demás, tanto en el ayuno, como en las vigiliass ó en cualquiera otra obra de piedad, descubra su deseo al superior de la comunidad, y confórmese á lo que éste determine. »

Quiere el Santo que los religiosos ayunen voluntariamente y no por temor; pero al mismo tiempo reprende á los que, por haber ayunado excesivamente, se ven obligados á usar manjares diferentes de los que se dan á la comunidad; porque es mejor seguir la regla común, que tener que usar una particular, bajo pretexto de más rigurosa mortificación.

3º DE LA CORRECCIÓN Y DE LAS PENITENCIAS. — Después de instruir san Basilio á los superiores de sus monasterios de la obligación en que se hallan de reprender á los que faltan á sus deberes, si no quieren hacerse cómplices de sus faltas por una débil complacencia y por su silencio, explica como deben usar de la corrección: « No obre jamás el superior, dice, por pasión cuando se vea obligado á corregir á sus religiosos, pues entónces, léjos de curar sus faltas, comete él mismo una muy grande. »

Imite el superior en sus correcciones á los médicos, que nunca se encolerizan con los enfermos, sino que combaten la enfermedad, sirviéndose de cosas contrarias á los

males de que los ven afligidos, y aplicándoles, cuando la necesidad lo exige, remedios fuertes y enteramente opuestos á sus malas disposiciones. Por ejemplo, si se trata de curar la vana gloria, les prescribirá acciones de profunda humildad ; si son propensos á discursos inútiles, les ordenará el silencio ; si duermen excesivamente, les mandará que pasen la noche en vigilia y en oración ; si son dados á la pereza, les hará trabajar mucho ; si comen con destemplanza, les impondrá ayunos ; si se entregan á la murmuración, los separará de la compañía de los demás religiosos, sin permitirles que trabajen con ninguno de ellos, hasta que se hallen suficientemente corregidos.

Después de esta regla, señala el Santo las condiciones en que ha de recibirse la corrección y la penitencia. Esta instrucción debe estar profundamente grabada en el corazón de las personas religiosas, y su práctica es muy eficaz para enmendar las faltas, y perseverar en la observancia regular. « Así como hemos demostrado, dice, que el superior está obligado á la curación espiritual de los enfermos, sin dejarse llevar de ningun movimiento de pasión, así estos enfermos están obligados á no recibir la corrección, como si ésta fuese un acto de hostilidad contra ellos, y á no atribuir á un dominio tiránico lo que es efecto de una tierna compasión y de un verdadero interés de los superiores por su salvación. ¿ No sería vergonzoso que, mientras que los que se hallan afligidos por una enfermedad corporal, tienen tanta confianza en sus médicos y los hourau como á bienhechores, aunque empleen medios violentos para su curación, estuviésemos nosotros mal prevenidos contra nuestros médicos espirituales? *Si yo os contristo*. decia el apostol san Pablo á los fieles de Corinto, ¿ *quién es el que me alegrará, sino el que es contristado por mí ?...* *Porque por la mucha aflixión y angustia de corazón, y con muchas lágrimas os escribí, no para que fueseis contrista-*

*dos, sino para que supiéseis cuanto más amor tengo para con vosotros.* « Así pues, un religioso que considera atentamente las cosas, debe mirar como á un verdadero bienhechor al que excita en su corazón un dolor santo y saludable. »

4º DE LA CONDUCTA QUE DEBE OBSERVARSE PARA CON LOS DEMAS. — Sobre este particular dá san Basilio las siguientes reglas. « No prestéis oídos á todos los que os hablen, y cuyas inútiles conversaciones no servirán para otra cosa, que para separaros de vuestra resolución de pasar vuestra vida en los ejercicios espirituales de la vida religiosa. Escuchad atentamente los buenos consejos que se os den, y nutrid con ellos vuestras almas. No escuchéis á los que hablan de cosas mundanas, ni tengais curiosidad por saber lo que otros dicen, ni asistais á las reuniones de personas poco espirituales, para que no se mofen ni murmuren de vosotros. Atended sólomente á lo que os es útil, hablad sólomente de lo que os es útil, responded sólomente lo que os sea útil. No tomeis nunca asiento en presencia de vuestros superiores, y si se os obliga á hacerlo, buscad un asiento más bajo. Si se os pregunta, responded en tono bajo y con modestia : si nada se os pregunta, guardad silencio. Cuando os sentéis, no habeis de cruzar las piernas, pues esta postura indica una falta de atención y un espíritu disipado. Si hablais á alguno que sea inferior á vosotros, y que os proponga alguna cuestión, no le respondais con altanería, deshonorando á Dios con el desprecio que haceis de vuestro hermano. En vuestras conversaciones no tengais para vuestros hermanos sino palabras de consuelo y de consideración. Alegraos en las buenas obras del prójimo, como si fuesen vuestras. Ocupad siempre el último puesto, y cuando esteis en la mesa, no movais impolítica-



mente la mano izquierda, que no debe servir sino para ayudar á la derecha. »

5° DE LAS CONVERSACIONES CON LOS RELIGIOSOS. — He aquí lo que de ellas dice el Santo en uno de sus tratados espirituales : « Es necesario desterrar enteramente los discursos inútiles y todas las disipaciones que proceden de vanas conversaciones, y no hablan más que de aquellas cosas que pueden contribuir á la edificación de las almas. Hasta de las mismas cosas útiles y edificantes no debe hablarse sino con orden, es decir, en tiempo y lugar oportunos, y ésto sólomente por aquellos que tienen autoridad de hablar. En cuanto á los inferiores, no deben hablar sino cuando sus superiores se lo permiten. Está prohibido hablar á otros al oído, ó por medio de signos, y cuando se habla, ha de hacerse con tono de voz moderada y suficiente para ser escuchado.

6° DE LA ENTRADA EN EL MONASTERIO. — « Es absolutamente necesario, dice san Basilio, excluir á las mujeres de la entrada en los monasterios, y procurar que no todos los hombres entren indistintamente, sino sólo aquellos á quienes el superior conceda permiso ; porque ocurre con frecuencia que la libertad que se concede á toda clase de personas dá motivos á que se profieran y escuchen palabras inútiles, que á su vez producen pensamientos perniciosos.» De esta sabia precaución dá el Santo varias razones en sus *Constituciones monásticas*, siendo la principal el que las gentes del mundo son muchas veces injustas, y no desean ver á los religiosos sino para censurar su conducta, y poner de relieve los defectos que les parezcan descubrir en ellos, en vez de buscar su propia edificación.

Si alguna persona viene al monasterio y se dirige á un religioso para proponerle una cuestión, ordena el Santo en su regla que este religioso se dirija al superior, ó al que en sus ausencias lo represente, y que no resuelva por sí

mismo esta cuestión. Quiere también el Santo que, cuando los religiosos reciban una visita de las gentes del mundo, las exhorten á orar, y que con motivo de estas visitas no dejen sus trabajos, á no ser que lo reclame una razón poderosa, cual es el bién espiritual de las personas que vienen á visitarles.

Como entre aquel gran número de solitarios habrá algunas veces algunos que no observaban exactamente el retiro, ya porque estuviesen disgustados de su estado, ó ya por ligereza de espíritu, é iban rodando de monasterio en monasterio, dice san Basilio, que es necesario guardarse de ellos, « porque nada hay sólido, nada firme, nada regulado, nada prudente y sabio en el alma de esta clase de personas; sino que todo es en ellos disipación de espíritu y corrupción de costumbres. Son ligeros, inconsiderados, mentirosos, hipócritas, y aduladores; no saben dominar su lengua, ni someter su vientre á la templanza, y su espíritu está siempre disipado. » El Santo se extiende mucho en estos defectos, y concluye mandando que no hablen con ellos los religiosos de sus monasterios, tanto para impedir que éstos se perviertan, como para que esta separación les haga entrar en sí mismos por la saludable confusión que debe producirles.

Puesto que los religiosos han renunciado á todo, dejando el mundo, quería el Santo que los de sus monasterios no desearan ni procurasen las visitas de sus parientes, ni que se mezclasen en sus negocios temporales. Así lo manda expresamente en muchos pasages de sus *Ascéticas*, que sería muy largo exponer aquí.

7º DE LA SALIDA DEL MONASTERIO Y DE LOS VIAJES. — San Basilio dá muy excelentes instrucciones sobre esta materia. « Excusaos, dice á sus religiosos, excusaos, en cuanto os sea posible, de salir del monasterio, pues de esta manera evitareis la disipación de espíritu; pero si teneis absoluta

necesidad de hacerlo, fortificaos con el santo temor de Dios, armaos con la caridad de Jesucristo, y despues que hayais terminado el asunto que os ha hecho salir, retiraos inmediatamente sin deteneros á tratar con el mundo... Es preciso, dice también en sus *Constituciones*, no salir frecuentemente del monasterio bajo pretexto de visitar á otros religiosos: pues es un artificio de que se vale el enemigo de la salvación para destruir la regularidad y el órden de la vida que hemos abrazado. No quiere decir esto que yo exija que un religioso esté constantemente encerrado en su celda, como en una prisión, y que no pueda emprender viajes que sean de necesidad y que contribuyan al bién espiritual: pues, en algunas ocasiones, podrá visitar á religiosos de reconocida virtud, y cuyo ejemplo le sea muy util, siempre que estos viajes se hagan con moderación.

« Las visitas de caridad, dice el Santo en una de sus reglas, son muy agradables á Dios; pero el que quiere cumplir este deber, es necesario que practique lo que dice el Apóstol: *Vuestra conversación sea siempre sazónada con gracia, con sal, para que sepais como debéis responder á cada uno*: pero no conviene á nuestra profesión hacer visitas sólomente por razón de amistad ó de parentesco. »

A ningún religioso se permistía salir de la comunidad sin permiso del superior, y con más razón emprender un viaje, y el superior no debía permitirlo, sino cuando consideraba que no había detrimento para el alma, sino edificación en el trato con otras personas. Cuando los religiosos regresaban de sus viajes, estaban obligados á dar cuenta al superior de su conducta, el cual hacia un exámen riguroso de ella. « Cuando el que haya sido comisionado para hacer este viaje, dice, regresa al monasterio, se le hará dar cuenta de todos sus actos, de las personas con quienes haya tratado, de las conversaciones que haya tenido con

ellas, y hasta de sus pensamientos durante todo este tiempo; si ha pasado el día y la noche en el santo temor de Dios; si se ha separado en alguna cosa de las instrucciones que recibió en el monasterio; si la agitación de los negocios le ha hecho caer en alguna falta; si la ha comedido por su propia negligencia, etc. »

8º DE LOS ENFERMOS Y DE LOS HOSPITALES. — La caridad de los principales Padres del estado monástico les movió á fundar en las inmediaciones de sus monasterios algunos hospitales, en que los religiosos asistían á los pobres con grande piedad. De ellos se habla en las *Ascéticas* de san Basilio; pero como este Santo no se proponía sólomente la curación corporal de los enfermos, sino que su principal objeto era curar sus enfermedades espirituales, recomienda muy encarecidamente que se tenga un grande cuidado de ellos, sobre todo de los que han tenido la desgracia de caer en la culpa. Pero si en lugar de sacar de ellos frutos de verdadera penitencia, tropieza el celo de los religiosos con la obstinación de los pecadores, ordena el Santo que se les despida.

Los religiosos enfermos eran asistidos por sus hermanos con todo género de consideraciones, con celo y paciencia. Así lo recomienda san Basilio en muchos pasajes de sus *Ascéticas*, que no exponemos aquí para no dar excesiva extensión á esta obra. Pero en una de sus grandes reglas pregunta, si podrán los religiosos, sin separarse de su instituto, servirse, cuando se hallan enfermos, de los remedios que prescribe la medicina, y responde en estos términos: « Cada una de las artes se ha establecido por una bondad especial de Dios para alivio de la debilidad de nuestra naturaleza: así, por ejemplo, la agricultura ha sido inventada para que la tierra produzca lo necesario para nuestro sustento, y el arte de fabricar telas para que tengamos con que cubrirnos. Otro tanto podemos decir de la

medicina. Si Adam no hubiese pecado, no necesitaríamos de la agricultura, ni de la industria, así como tampoco de la medicina, porque no habiéramos contraído enfermedades; pero una vez que prevaricaron nuestros primeros padres, todas estas artes son necesarias para nuestra existencia. Por otra parte, la tierra no produce casualmente yerbas que tienen la virtud de curar nuestros males, sino que se les ha dado la bondad divina para que contribuyan á nuestro bienestar. Todas las cualidades naturales que tienen las raíces, las flores, las hojas, los frutos, los jugos de las yerbas y de las plantas, así como los minerales, los animales y las aguas, las aprovecha el hombre para su alimento y curación. Pero debemos renunciar á los remedios que exigen demasiado costo é inquietud, y que nos obligan á pasar toda la vida en los cuidados corporales. »

« Cuando nos veamos obligados á acudir á la medicina, no le atribuyamos toda la virtud de nuestra curación, como si en este arte pusiésemos sólo nuestra confianza, y cuando nos hallemos privados de sus auxilios, esperemos que *Dios, que no permitirá que seamos tentados mas allá de nuestras fuerzas* <sup>1</sup>, nos asistirá misericordiosamente, Además, la medicina que está establecida para la salud del cuerpo, nos sirve de instrucción para procurar la del alma : pues así como para curar el cuerpo de los males que ha contraído, se necesita purgarlo de todo lo extraño y superfluo, así también para curar el alma, es preciso privarla de las superfluidades, y suministrarle todo lo que conviene al estado primitivo de inocencia, pues *Dios formó al hombre en la rectitud y justicia* <sup>2</sup>. »

Sau Basilio se extiende mucho en esta materia, y concluye con estas palabras, que hacen el elogio de la medi-

<sup>1</sup> I Cor. x, 14.

<sup>2</sup> Eceli. vii, 50.

cina y nos instruyen admirablement en lo que al alma se refiere. « Este arte, dice, me parece muy útil para llevarnos á la continencia, por lo mismo que prescribe que se cercenen las delicias, condena los excesos de la destemplanza, rechaza la diversidad de comidas y el esmero en su condimentación, como cosas nocivas y perjudiciales, y ensalza la indigencia como madre de la salud. »

La disciplina regular es el sostén, el alimento y la conservación de las virtudes. Es preciso, por lo tanto, que, despues de haber expuesto los diferentes puntos de observancia que contienen las *Ascéticas* y que habia establecido en sus monasterios, fundándose en las reglas de los solitarios que le habian precedido, demos un compendio de las santas máximas que se hallan esparcidas en su obra sobre la práctica de las virtudes cristianas y religiosas.

1ª SOBRE EL AMOR DE DIOS. — De esta materia trata muy extensamente el Santo en la segunda cuestion de sus grandes reglas, y habla con esa elevación de pensamientos que procede de un corazón abrazado en el fuego divino. Grande pena nos cuesta no poder exponerla íntegramente. « La caridad que debemos tener hacia Dios, dice, es una cosa que no se enseña, así como no necesitamos de maestros para aprender á regocijarnos en la luz, á amar la vida y á querer á nuestros padres. Pero además se nos ha impuesto el precepto de amarle, y en el primer instante de nuestra creación hemos recibido la facultad de hacerlo, inclinación que no podemos ménos de sentir dentro de nosotros mismos, puesto que nos vemos arrastrados á amar todo lo bello y bueno. »

« Y ¿ qué cosa hay más admirable que la belleza de Dios ? ¿ qué idea podemos formar en nuestro espíritu más grande que la de su magnificencia ? ¿ que deseos más impetuosos pueden concebirse que los que Dios hace nacer en un alma purificada de malicia, y que puede decir como

la Esposa de los Cantares : *Estoy herida de caridad?* Los brillantes esplendores de la divina belleza son inefables : no hay palabras que puedan describirlos, ni oídos capaces de comprenderlos. Comparadlos con la claridad de la estrella de la mañana, de la luna y del sol, y nada de esto nos dará una idea, ni aún aproximada, del esplendor de la gloria divina. Hay más distancia entre estas cosas y la verdadera luz, que entre las tinieblas de una noche tempestuosa y la claridad del sol en los esplendores del mediodía. »

« Esta belleza divina no es accesible á los ojos de la carne : sólo el espíritu es capaz de comprenderla, y cuando alguno de los Santos ha sido rodeado de este esplendor, ha dejado en el fondo de su corazón un aguijón tan penetrante, y le ha excitado un deseo tan vehementemente de la otra vida, que se le ha hecho insoportable la presente. El amor de Dios es, pues, una deuda que tenemos que pagarle, y el mal peor que pueda acaecer á un alma es estar privada de él, y éste será el mayor tormento que tendrá que sufrir en el infierno. »

Hace san Basilio en sus pequeñas reglas tres preguntas sobre el amor de Dios : 1ª ¿ Qué medida debe guardarse en este amor ? A lo cual responde : es preciso elevarnos sobre nosotros mismos para hacer sólo su voluntad, sin proponernos otro fin, ni desear otra cosa que hacerlo todo por su gloria. 2ª ¿ Como se llenan los deberes de este amor ? y responde, que por una continua meditación de sus beneficios, acompañada de reconocimiento. 3ª ¿ Cuales son las señales de nuestro amor á Dios ? y dice que nuestro Señor Jesucristo nos las ha enseñado, cuando dice : *Si me amais, guardad mis mandamientos* <sup>1</sup>.

2º DEL CELO Y DEL FERVOR. — San Basilio habla de esta

<sup>1</sup> Joan. xvii, 7.

materia en muchos pasajes de sus reglas. 1º Dice que el relajado y negligente en el servicio de Dios podrá adquirir un santo ardor, si considera, por una parte, que Jesucristo mira todas sus acciones, y si reflexiona, por otra, sobre la amenaza que fulmina en el Evangelio contra el siervo perezoso, y sobre la esperanza de la inestimable recompensa que promete san Pablo en nombre de Dios, el cual ofrece premiar á cada uno según su trabajo. 2º Dice que las santas disposiciones con que hemos de servir á Dios son un deseo ardiente, insaciable, firme y constante de agradarle, el cual se adquiere con una sabia y continua meditación de su gloria, con sentimientos de gratitud y con el frecuente recuerdo de los beneficios que de su bondadosa mano hemos recibido. 3º Dice que el religioso que obra con fervor de espíritu es el que hace la voluntad de Dios con ardiente deseo y celo insaciable en la caridad de Jesucristo, y puede decir con el real Profeta, que se complace mucho en sus mandamientos <sup>1</sup>. 4º Un alma á la que Dios concede la gracia de estar siempre ocupada en su servicio, debe entrar en los mismos sentimientos de admiración del que decía: ¿Quién soy yo, y cual es la casa de mi padre, para que me hayais amado de una manera tan extraordinaria? y debe practicar lo que dice san Pablo: *Dando gracias á Dios Padre que nos hizo dignos de participar la suerte de los Santos en luz, que nos libró del poder de las tinieblas, y nos trasladó al reino de su Hijo muy amado.*

3º *Del recogimiento y del silencio.* 1º La disipación del alma, dice san Basilio, procede del poco cuidado que pone en las cosas necesarias, y cae en la relajación y en la pereza cuando no atiende á la presencia de Dios, que sondea los corazones. 2º El medio más eficaz para conservar el recogimiento es entrar en los mismos sentimientos de

<sup>1</sup> Ps. CXI, s.



David, cuando decia : *Miraba yo siempre al Señor delante de mí, porque está á mi derecha, para que no sea yo conmovido.... Los ojos del Señor sobre los justos, y sus orejas á los ruegos de ellos. Más el rostro del Señor sobre los que hacen cosas malas, para borrar de la tierra la memoria de ellos.* Se pierde fácilmente el recuerdo de Dios, cuando se olvidan sus beneficios y se cae en la ingratitud. 4º Señalando el Santo las ocasiones en que ha de hablarse, dice que nuestros discursos no deben versar más que sobre la virtud, y que hemos de hacerlo tan sólo cuando haya ocasión favorable, ajustando nuestras palabras á lo necesario, no diciendo cosa alguna que no contribuya á la edificación de nuestros oyentes, y rechazando todas las demás conversaciones como superfluas. Condena en absoluto todo género de bromas, y dice que, si en alguna ocasión se prescindiese de la austera gravedad que nos es propia, para decir alguna cosa agradable, es preciso que nuestro discurso vaya acompañado de gracejo espiritual y de sal evangélica. Preguntando, en fin, cuales son las palabras inútiles, responde, que lo son todas aquellas que de nada sirvan para el servicio de Dios, y á ellas se refería san Pablo, cuando decia : *Ninguna palabra mala salga de vuestra boca, sino sólo la que sea buena para edificación de la fé, de manera que dé gracia á los que la oyen* <sup>1</sup>.

4º *De la humildad.* Dice san Basilio que la humildad consiste en creer, según la regla del Apóstol <sup>2</sup>, que todos los demás se hallan sobre nosotros, y que todo hombre adquiere esta virtud acordándose de lo que dice Jesucristo : *Acordaos de mí, que manso soy y humilde de corazón* <sup>3</sup>..... *...Todo el que se humillare será ensalzado* <sup>4</sup>. Para adquirir

<sup>1</sup> Ephes. iv, 46.

<sup>2</sup> Philip. ii, 3.

<sup>3</sup> Math. xi, 29.

<sup>4</sup> Luc. vii, 21.

la verdadera humildad, es preciso humillarse de espíritu y de corazón en todas las ocasiones. A Dios solo debemos atribuir la causa y principio de todo lo bueno que hacemos, y esta disposición de espíritu producirá en nosotros la humildad, que es precisamente el tesoro de todas las virtudes.

Emplea el Santo un capítulo entero de sus *Constituciones* para enseñar á combatir la vana gloria, que es opuesta al espíritu de humildad. «Pues ella, dice, nos hace perder la corona despues del trabajo, tiende lazos á nuestra salvación, destruye el árbol de las más sólidas virtudes, cuyas ramas se elevan hasta el cielo. Cuando el demonio vé que una persona se ha consagrado á la penitencia, y se ha provisto de todo género de virtudes, procura excitarle tan violentas tempestades, que, sin un auxilio especial, cae en la desanimación. Cuando se apercibe de que un solitario se propone el cielo como término de su peregrinación por la tierra, distrae su espíritu con el deseo de la gloria humana. Huyamos, pues, de este vicio, que es como un audaz ladrón, que nos arrebatata las riquezas espirituales, como un enemigo que se afana por dar muerte á nuestras almas, y como un gusano que corroe todas las virtudes.

«Insistiendo en la humildad, pregunta san Basilio, si puede un inferior permitir que le preste algún servicio un superior, y responde que la misma humildad que mueve á este superior á servir á los demás, debe servir de regla á los inferiores para permitir que aquellos les sirvan en algunas ocasiones, como nos lo enseña el ejemplo de Jesucristo y de los Apóstoles, pues, en este caso, los inferiores manifiestan su humildad obedeciendo. «Toda contradicción, añade el Santo, supone cierta independenciam.» Preguntando en otro lugar, con cuanta humildad es preciso recibir la asistencia que prestan los hermanos, res-

ponde que deben tenerse las mismas disposiciones que tiene un criado para con su amo, y las que tenía san Pedro cuando le servía Jesucristo, lo cual demuestra el peligro á que se exponen los que no quieren que se les sirva.

5º *Sobre la caridad para con el prójimo.* Después de hablar san Basilio en el principio de sus grandes reglas del amor de Dios, pasa en seguida á hacerlo del amor del prójimo, que es el segundo mandamiento de la ley de Dios, y que Jesucristo dice ser semejante al primero. ¿Quién no sabe, dice, que el hombre es un animal dulce y sociable, y que no es naturalmente ni salvaje ni solitario? Nada hay tan propio de nuestra naturaleza como la comunicación recíproca, la necesidad que tenemos unos de otros, y la caridad para con nuestros semejantes. Pues bién, Jesucristo nos exige esta caridad para con el prójimo en el nuevo mandamiento que nos impone de amarnos unos á otros, y dice que en esto se reconocerá que somos sus discípulos. De este manera, estos dos preceptos atribuyen, como hecho á Él mismo, el bién que hagamos á los demás, de modo que es evidente que no cumple el primer mandamiento, sino el que cumple el segundo, ni cumple éste, sino el que cumple el primero, y el que ama á Dios ama necesariamente al prójimo. »

« Debemos tener los unos para con los otros la misma caridad que nos enseña Jesucristo, cuando dice : *Amaos unos á otros, como yos os he amado á todos.* Si este deber nos obliga hasta dar la vida por el prójimo, con más razón nos obliga en las cosas pequeñas, no para prestar á nuestros hermanos servicios puramente humanos, sino para agradar á Dios. Nos moveremos á cumplir este deber, si tememos violar el mandato de Jesucristo, y si consideramos la recompensa que nos ofrece. Si consideramos al mismo tiempo, que aún humanamente debemos practicar la caridad, porque algunas veces la practicaron los pa-

ganos, como dice el mismo Jesucristo, deduciremos que los cristianos estamos obligados á hacerlo con más perfección. Consideremos, por último, que aun cuando nuestro hermano nos hayan inferido alguna ofensa, no por eso estamos dispensados de amarle, ya en virtud del mandamiento de la caridad, ya porque es un medio muy eficaz para alcanzar de Dios las mayores gracias. »

« Conoceremos que amamos al prójimo, según el precepto de Jesucristo, si nos afligimos cuando le vemos caer en el pecado, y nos alegramos cuando le vemos practicar buenas obras. Si no tenemos estas disposiciones, es evidente que no le amamos. »

6° *De la dulzura y de la paciencia.* Ante todas cosas, es preciso que un solitario esté lleno de dulzura y de modestia, pues posee, ó desea poseer el espíritu de estas virtudes, y ha de tener mucha caridad con el peregrino que se hospeda en el monasterio. Si por razón de su autoridad, ha de manifestar el superior en algunas ocasiones un movimiento de indignación para con sus inferiores, preciso es que este movimiento esté fundado en razón, y que no se convierta en cólera: pues una indignación razonable aprovecha mucho á la persona que es corregida, mientras que la cólera nada bueno consigue. »

« Hay una unión muy estrecha entre la dulzura y la paciencia, en cuanto aquella es madre de ésta. Hay cierta especie de bondad que se manifiesta en el espíritu y en las acciones de aquellos que están dotados de verdadera dulzura, pues nada austero ni duro se halla en su manera de obrar. Por último, hallándose unidas y confundidas estas cualidades, producen la caridad, que es la más excelente de todas las virtudes. »

7° *De las amistades particulares.* San Basilio las prohíbe en absoluto en muchos pasajes de sus *Ascéticas*. « La ley de la caridad, dice, no permite que haya amistades y pre-

dilecciones especiales en esta sociedad común, pues no pueden ménos de perjudicar á la unión y concordia de la comunidad. Es preciso que todos los religiosos se profesen mutuamente el mismo afecto, y que la medida de la caridad se extienda á toda la sociedad. Así pues, si hay alguno que manifieste especial inclinación á alguno de sus hermanos, merecerá ser castigado por hacer un ultraje á la caridad. »

« Es preciso, dice en otro capítulo, que todos los que viven en la comunidad tengan los mismos sentimientos de compasión y el mismo afecto entre sí : pues cuando alguno ama á otro más que á los demás se acusa y condena á sí mismo por carecer de caridad perfecta. » De esta materia habla aún más extensamente el Santo en el capítulo vigésimo nono de sus *Constituciones monásticas*, en donde dice que los que se separan de los demás para constituir una especie de sociedad dentro de la sociedad general, deben ser reprendidos por el superior, y si no se corrigen, deben separarse del rebaño como ovejas extraviadas y contagiosas, para que no infesten á las demás. Por otra parte, estas amistades son contrarias á la institución de la vida monacal, y tienden á la destrucción del órden y de la disciplina. »

8º *De la pobreza religiosa*. Establece san Basilio como uno de los principios fundamentales de la vida religiosa, la práctica de la exacta pobreza evangélica. Quiere que los que hacen profesión de esta vida santa comiencen por la renuncia de todos los bienes de este mundo, á fin de que se hallen más libres para adquirir las riquezas eternas de una virtud perfecta. A este propósito cita esta lección de Jesucristo : *Si alguno de vosotros no renuncia á lo que posee, no puede ser mi discípulo*. Por lo tanto, este desprendimiento debe empezar por la entera renuncia de todas las cosas exteriores, como son las riquezas y la vana gloria.

No basta, por último, dejar el mundo, sino que es preciso renunciar á todo afecto de las cosas del mundo, que nos impidan conseguir la verdadera piedad. »

« Cuando nos reservamos alguna posesión temporal y corruptible, nuestro espíritu cae en una especie de cenagal, y nuestra alma se halla imposibilitada de concebir deseos de las cosas celestiales y de aspirar á los bienes eternos que se nos han prometido. Por el contrario, el renunciar á las cosas pasajeras del mundo es romper los lazos que nos unen á esta vida terrestre, es librarnos de la enojosa carga de los negocios humanos, es ponernos en disposición de entrar en los caminos de Dios, es poseer sin obstáculo todo cuanto hay de más precioso, y para abrazar en pocas palabras su mérito, es un admirable transporte que hace pasar el corazón del hombre á una conversación enteramente celestial, y que le pone en disposición de poder decir como el Apóstol : *Nuestra morada esta en los cielos* <sup>1</sup>. »

« Un religioso que ha hecho profesión de vivir en comunidad, debe estar exento de toda propiedad de bienes temporales, de otra manera destruiría la disciplina común de todo el monasterio, daría señales de infidelidad y de falta de confianza en Dios, se separaría de sus hermanos, y abandonaría su salvación por el vil interés. » El Santo llama también á ésta propiedad un robo que se hace al monasterio, y compara al que lo hace con el traidor Júdas. En una de sus pequeñas reglas dice también que el que, viviendo en la sociedad religiosa, quiere tener alguna propiedad, se separa de la iglesia de Dios y de la caridad de Jesucristo.

Había en el monasterio, según la regla del Santo, un lugar destinado para guardar los hábitos y objetos desti-

<sup>1</sup> Philip. III, 20.

nados al uso de los religiosos, estando uno de estos encargado por el superior para cuidar de ellos, y distribuirlos á los hermanos, según fuese necesario. Ninguno tenía derecho para tomar cosa alguna por su propia autoridad, ni para dar sus vestidos viejos. El que cambiaba de hábito dejaba el que ántes tenía. Tampoco quería el Santo que los religiosos escogiesen el hábito que más les agradase, sino los más deteriorados y viles, para que de este modo practicasen la humildad y la pobreza. « Si los hábitos, dice en una de sus pequeñas reglas, ó los zapatos que se nos dan, son muy pequeños ó muy grandes, se limitarán á hacerlo presente al que los distribuye ; pero si no tienen otro defecto que el ser usados y viejos, conténtese con lo que se le dé. »

1º *De la castidad.* San Basilio recomienda muy especialmente á los religiosos la exacta modestia que regula los sentidos exteriores, y habla expresamente de ella en dos capítulos de sus *Constituciones monacales*, en los cuales nos enseña el modo con que debemos vigilar sobre nuestros pensamientos y sobre los afectos de nuestro corazón. Insiste despues en la huida de las ocasiones que podríau sernos motivo de escándalo y caída, diciendo : « No basta moderar los pensamientos de nuestro espíritu, ni enfrenar las pasiones de la carne, sino que es preciso alejarnos, en cuanto sea posible, de aquellos objetos que pudieran despertarlas, turbando nuestro razón y excitando luchas y combates interiores. Por esta razón nada hay tan insensato como excitarlas, y para evitar que nos turben, debemos evitar la conversación con las mujeres, ó no ser que haya una necesidad ineludible, y en este caso, debemos usar mucha precaución, y retirarnos lo más pronto que sea posible.

10º *De la obediencia.* En sus *Constituciones monásticas* ata muy extensamente san Basilio de esta virtud, que es

la fundamental de la vida religiosa, y sin la cual no puede sostenerse ninguna institución. Después de haber demostrado en un capítulo especial que los religiosos no han de separarse nunca de la sociedad de sus hermanos, demuestra en el capítulo siguiente, valiéndose del testimonio de las sagradas Escrituras y de los ejemplos de los Santos, la necesidad y la fidelidad con que ha de practicarse esta gran virtud.

« Quiere el Apóstol, dice, que *todu alma esté sometida á las potestades superiores* <sup>1</sup>, refiriéndose á las potestades de este mundo, como consta de la serie del discurso. Si, pues, la ley de Dios nos obliga á tener una grande sumisión á los poderes terrenos, que tienen su autoridad en virtud de una ley humana, ¿ que sumisión no deberá prestar el religioso al superior que ha sido establecido por Dios, y que ha recibido su autoridad en virtud de leyes enteramente divinas? ¿ Como podrá resistirse á él sin resistir al mismo Dios? El mismo santo Apóstol nos manda que abedezcamos á nuestros superiores, y les estemos sumisos <sup>2</sup>. »

« No será ciertamente una temeridad el comparar la obediencia que deben los solitarios á sus superiores con la que deben al mismo Dios. No soy yo el que tal cosa digo, sino las santas Escrituras. Jesucristo dice á sus Apóstoles : *El que á vosotros escucha á mí escucha, y el que á vosotros desprecia, á mí desprecia* <sup>3</sup>. Fácil es demostrar con otros pasajes de los Libros santos que esto que dice á sus Apóstoles lo ha establecido como una ley que estamos obligados á cumplir para con aquellos que están establecidos por el mismo Dios para que sean nuestros guías y directores. De modo que no hacemos nada que no sea conforme á las leyes divinas, cuando asentamos como principio que la

<sup>1</sup> Rom. XIII, 5.

<sup>2</sup> Heb. XIII, 16.

<sup>3</sup> Math. x, 40.



obediencia que prestan los Santos á Dios es el modelo de de la sumisión que debemos á nuestros superiores. »

« Cuando Jesucristo dijo al Príncipe de los Apóstoles : *Pedro, ¿ me amas ? : pues apacienta mis ovejas*, dió el mismo poder á todos los pastores y directores. Luego de la misma manera con que las ovejas obedecen al pastor, y caminan por el sendero que les señala, deben obedecer á su superior [los que hacen profesión de caridad, sin indagar los motivos de sus preceptos. »

« Así como un obrero se vale de los instrumentos de su arte, y todos estos siguen los movimientos que les trazan las manos del artista, de la misma manera es necesario que el solitario obedezca á su superior en todas las cosas que le ordene. Nunca ha de resistir á sus mandatos ; sino estar persuadido que es muy difícil conocernos y dirigirnos á nosotros mismos, porque el amor propio nos impide discernir la verdad. Por el contrario, es muy fácil hacernos conocer y dirigir por los superiores, porque entónces el amor propio no oscurece el amor de la verdad, y no turba nuestro juicio. Miétras esta unión de espíritu y de corazón subsista en una comunidad religiosa, se conservará en ella la paz, y todos sus miembros contribuirán á su salud. » Ya hemos visto lo que dice, tanto en las grandes como en las pequeñas reglas, contra los que murmuran de las órdenes de los superiores.

---

## SOLITARIOS DE LA DIOCESIS DE NACIANZO

Sabemos por san Gregorio Nacianceno las virtudes que distinguían á los solitarios de esta diócesis, y lo que,

apoyándonos en su relato, vamos á exponer es tan cierto, cuanto que habla como testigo ocular. Hemos visto al trazar su vida, que, cuando su padre, que era obispo de Nacianzo, tuvo la desgracia de suscribir la fórmula de Rímíni, los solitarios se separaron de su comunión, lo cual demostraba el celo ardiente que les animaba por la fé católica. Pero como este celo era puro, y por lo tanto, acompañado de caridad y de respeto hacia con su prelado, fueron los últimos en separarse de él, y los primeros en manifestar su adhesión.

Declara san Gregorio la alta estima en que tenía su profesión y su santidad, en un poema que, en 372, dedicó á su amigo Heleno, intendente de los subsidios, pidiéndole la exención de los religiosos : « Pues no toman, le decía, parte alguna en las cosas de la tierra, no se ocupan noche y dia en otra cosa que en cantar las alabanzas divinas. No poseen bienes algunos en la tierra, pues la esperanza de poseer los del cielo constituye todas sus riquezas. Han renunciado al matrimonio, y por consiguiente, al deseo de tener hijos que sean su apoyo y consuelo en la ancianidad. Están enteramente desprendidos de la carne y de la sangre; no buscan los cargos públicos, ni los honores ni la ostentación ; no hacen caso de las grandezas humanas, que consideran como un sueño, ó cual sombra que se desvanece. Solo Dios es el objeto de sus deseos ; llevan una vida oculta y enteramente celestial ; sumidos constantemente en la oscuridad y en el polvo, no aspiran más que á la felicidad eterna y á contemplar con los espíritus bienaventurados á la Trinidad adorable. »

Pasa en seguida el Santo á sus diferentes prácticas de penitencia y dice : « Muchos de ellos viven en cavernas, evitando el trato con los hombres, y buscando la tranquilidad que es amiga de la sabiduría. Otros se encierran en estrechas celdillas, en que jamás ven á persona alguna :

otros se cargan de cadenas para mortificar sus cuerpos y domar sus pasiones. A otros se ven pasar veinte días sin tomar alimento, no comiendo, cuando lo hacen, más que peces. Hay quienes se condenan al más rigoroso silencio, quienes pasan la vida orando constantemente en la iglesia, lo que parece increíble, algunos en la presencia de Jesucristo se asemejan á piedras vivas, que nunca cierran el ojo para dormir. Uno de estos solitarios no comía más que lo que le traía un cuervo.

Demostrando en otro pasaje cuán superiores son las virtudes de los cristianos á las de los filósofos, traza la vida mortificada y penitente de estos solitarios : « Se les vé, dice, ocupados en purificar sus almas para que sean templo agradable á Dios : pasan las noches enteras en las vigiliyas y en los cánticos sagrados, se elevan en espíritu hacia el Espíritu supremo, y no se sirven de las cosas sensibles más que para conocer las invisibles y espirituales. Hay algunos que, á fuerza de estar cargados de cadenas, han sabido domar los movimientos rebeldes de la concupiscencia, otros para reparar las faltas que cometieran por medio de sus sentidos, se han condenado á prisiones estrechas é impenetrables á los rayos del sol, encerrándose y como sepultándose en las cavernas y en los agujeros de las rocas. Otros, para evitar las ocasiones de pecado, se confinan con las bestias á los bosques, en donde se constituyen en hombres especiales, que no conocen otra cosa de este mundo, que lo que ven á su alrededor. Algunos, para atraerse las misericordias del Señor, se cubren de saco y de ceniza, derraman abundantes lágrimas, duermen sobre la desnuda tierra, ó están de pié durante dias, meses y aún años enteros, haciéndoles inmóviles la fé y el temor de Dios, y estando su espíritu como separado del cuerpo. Esto parecerá increíble ; pero yo y otros muchos han sido

testigos de estos prodigios. Pero ¿ qué digo ? hay algunos á quienes el celo ha llevado á una vida tan extraordinaria, que comían ceniza amasada con sus lágrimas, y que, contra las leyes de la naturaleza, han vivido sin pan y sin agua. »

Dice, por último, que no era posible hacer la enumeración de estos grandes hombres, cada uno de los cuales se distinguía por una virtud especial ; que este ejército de santos estaba dirigido por el mismo Dios, y unido á Jesucristo por la caridad del Espíritu Santo ; que no concedían casi nada á su carne ; que estaban enteramente consagrados á calmar las agitaciones de su alma, á pesar sus palabras, á regular su silencio, á moderar sus goces, á contener sus ojos, y á reprimir la curiosidad ; que andaban con los pies desnudos, vestidos con un sencillo hábito, pálidos, macilentos, lángidos y como muertos sobre la tierra, al mismo tiempo que su espíritu se elevaba al cielo.

Habla también el Santo de algunos de estos solitarios en particular, á saber : Cledono, Eulalio, Cartero, Nicomédes, Theogno, Evandrio, Astero, Filadelfo, Regino, Leoncio y Heliodoro.

Cledono había figurado mucho en la corte del emperador ; pero queriendo renunciar al mundo, distribuyó todos sus bienes entre los pobres, y se consagró á Jesucristo en la vida monástica. San Gregorio le llama el primero, lo que hace presumir que ocupaba por su piedad un rango muy eminente entre los solitarios. Es de creer que Cledono no murió en el desierto, sino que entró en el clero, y fué ordenado sacerdote, porque se opina generalmente que es uno de los que firman el testamento de san Gregorio Nacianceno, y que tenía el título de sacerdote de Icona. Tal vez Anfíloco, hecho obispo de esta ciudad en 374, le llevó consigo desde Capadocia, y lo devolvió despues á san Gregorio, en atención á serle necesario en la iglesia de Nacianzo,

miéntras restablecía su quebrantada salud en su retiro de Arianzo.

El solitario Cle dono no brilló ménos en el clero que en el desierto : gobernó la Iglesia de Nacianzo en ausencia de san Gregorio, quién lo propone como un sacerdote insigne por su piedad y por su fé, á quién había autorizado para enseñar en esta iglesia, para extirpar los males que la afligian, y para instruir á los que deseaban abrazar la verdadera fé. Dice también el Santo que se valia de este excelente cooperador para guiar su rebaño, é impedir que en su ausencia fuese devorado por los lobos, y asegura, por último, que brillaba entre los fieles como un diamante entre las demás piedras preciosas. Desde su retiro de Arianzo le dirigió dos célebres cartas, ó dos discursos contra la heregia de Apolinar, que enseñaba que Jesucristo no tenía más alma que su divinidad.

Eulalio era cocinero de san Gregorio, y tenía un hermano llamado Heladio, con el cual abrazó la vida solitaria. Su madre estaba dotada de una virtud tan excelente, que no puede expresarse en pocas palabras, bastando con decir que era una madre digna de tales hijos.

Eulalio vivía en Lamis con otros muchos religiosos, cuando en la cuaresma de 382 fué á visitarle san Gregorio. Este santo obispo no permitió que se interrumpiese el riguroso silencio que en este santo tiempo se observaba en aquella morada. El ayuno que practicaban era tan austero, que este Santo lo calificaba de excesivo. Eulalio pasó del rango de los solitarios al de los sacerdotes, y san Gregorio le hizo corepíscopo, y le envió á Teodoro de Tyanes para que le informase de los errores de los apolinaristas. Le escogió, por último, para que le sucediese en el gobierno de la iglesia de Nacianzo, de la que fué hecho obispo por los de la provincia de la segunda Capadocia. No debe confundirse á Heladio, hermano de Eulalio, con el

que sucedió á san Basilio en la cátedra de Cesarea, pues murió ántes que este Santo.

Representa san Gregorio á Cartero como un solitario de los más recogidos, y que, por la elevación de su espíritu, parecía hallarse desprendido de la carne: así es que su gloria era muy grande en lo cielo, porque no tenía el más pequeño afecto á las cosas de la tierra. Es de presumir que éste es el mismo que, según Sócrates y Sozomeno, fué más tarde superior de los monasterios de Antioquía y padre espiritual de san Juan Crisóstomo.

Nicomédes era casado ántes de retirarse del mundo. Tuvo un hijo y una hija, á los cuales procuró formar en la vida espiritual, dándoles excelentes lecciones, siendo la más eficaz su ejemplo. El hijo se retiró á un monasterio, y la hija á una comunidad de vírgenes, por lo cual le compara san Gregorio con el patriarca Abraham. Se distinguió principalmente por su absoluto desprendimiento, y el santo obispo le llama la gloria de su rebaño, es decir, de su monasterio y de su diócesis.

Teogno entró muy tarde en el camino de la perfección; pero marchó con tanto ardor, que muy pronto fué de los más perfectos. Manifestaba la tranquilidad de su alma en la afabilidad de su rostro y dulzura de sus palabras, y su corazón estaba penetrado del santo temor de Dios.

A otros muchos elogia san Gregorio, pero más brevemente dice de Evandrio que era muy rico en divinos dones, y que su alma era más blanca que sus cabellos; que Astero y sus dos hermanos vivían en una comunidad muy perfecta y edificante: que Filadelfo, que habia sido personaje de gran posición, le era muy querido, y que Regino, Leoncio y Heliodoro habían llegado á la cumbre de la sabiduría evangélica. Se cree que este Leoncio es el que más tarde fué obispo de Ancira en Galacia, pasando de la vida religiosa al episcopado.

Habla, por último, el santo Doctor de las vírgenes de Nacianzo, algunas de las cuales vivían en comunidad, y otras en sus casas, asegurando que no cedían á los solitarios en ánimo y fervor, en las prácticas de la virtud y los ejercicios de la mortificación religiosa, pues en nada estimaban su belleza, ni los vanos adornos con que pretenden realzarla las mujeres del mundo, ni trataban sus cuerpos con delicadeza, sino llevando siempre el silicio, acostándose sobre la desnuda tierra, pasando las noches en oración, en gemidos y lágrimas de santa compunción, é igualando en virtud á las que constituían la gloria de la Armenia, en donde había un gran número que vivían con la mayor perfección.

---

SAN ANFILOCO, OBISPO DE ICONA, SAN ASCOLO, OBISPO DE TESALONICA Y LOS BIENAVENTURADOS LEUCADO Y EL PRESBITERO SACERDOS, AMIGOS DE SAN BASILIO Y DE SAN GREGORIO NACIANCENO.

Teodoreto hace grandes elogios de san Anfíloco, el cual merece los de toda la Iglesia por los grandes servicios que le prestó: pues, como dice este historiador, y como aparece de la estrecha amistad que le unió con san Basilio y san Gregorio Nacianceno, fué uno de los más ilustres prelados de su siglo, y uno de los más generosos defensores de la fé contra los ataques de la herejía.

Era natural de Capadocia, en donde se dedicó durante algún tiempo á la profesión de la oratoria. Frecuentó también el foro, y ejerció las funciones de abogado y de

juez. Aunque era entónces muy jóven, adquirió una gran reputación de sabiduría y de probidad ; pues no tenía prevenciones contra ninguna persona, y no se supo que hubiese cometido una sola injusticia, ni que se hubiese dejado llevar del vil interés. Sin embargo, fué inquietado por la defensa que en una ocasión hizo de un criminal á quien consideraba inocente, siendo necesario que san Gregorio ejerciese su poderosa influencia para que no le molestasen.

No sabemos si Dios se valió de esta contrariedad para que el mundo le disgustase, ó si á ello le determinó san Gregorio Nacianceno, lo cierto es que este santo Doctor le llama su gloria, como una conquista que hizo para Dios.

Se retiró á la Capadocia, y vivió en una comarca llamada Ozizola, en donde cuidaba de su padre, que era de edad muy avanzada. Este cantón tenía muy ricas praderas, jardines y huertos, pero carecía de trigo, lo cual era para él un motivo de solicitud y mortificación. Le tenía en tanta estima san Gregorio, que le consideraba como su apoyo, su fiel consejero y su compañero en la piedad. Pero tenemos la pena de no saber nada más de su vida como religioso, pues el resto de ella se refiere á su episcopado.

Aunque estaba muy unido, y este Santo le llamaba su amado hijo, se alejó de él tan luego como fué elevado á la cátedra de Cesarea, por temor de ser llamado al ministerio de la iglesia. Pero Dios, que en todo tiempo sabe escoger, como dice este santo Doctor, los vasos de elección que le son agradables, le prendió en los lazos de su gracia, y le llevó á la Pisidia, en donde la admiración que produjeron sus virtudes le elevó al gobierno de la diócesis de Icona y de toda la Licaonia <sup>1</sup>. Esto acaeció hacia el año 374. Se lamentaba á san Basilio del peso de su dignidad, como una carga superior á sus fuerzas ; pero san

<sup>1</sup> Antigua región del Asia Menor en las montañas del Tauro.



Basilio le contestó bendiciendo al Señor por la elección que había hecho, y manifestándole el gozo que experimentaba. Le exhorta á gobernar su pueblo con ánimo y prudencia, asegurándole que tenía fuerzas suficientes para llevar el peso de su ministerio, y que Dios le ayudaría á llevarlo.

Así lo experimentó san Anfíloco, y vió los efectos de esta promesa en los bienes sin número que reportó la Licaonia, que gobernó, dice el santo Doctor. de una manera apostólica. A él escribió más cartas este Santo que á ninguno otro : pues aún cuando por sus talentos y dignidad era muy capaz de enseñar, se gloriaba de ser discípulo de san Basilio y de aprender de esta gran lumbrera la ciencia eclesiástica, lo que demuestra la pureza de su celo y su profunda humildad.

Asistió á diversos concilios, y entre otros al segundo ecuménico de Constantinopla en 381, y del cual fué uno de los principales ornamentos. La estimación general que le merecieron sus virtudes y la pureza de su fé hicieron que en este mismo concilio, y en seguida por la ley publicada por Teodosio en 30 de julio, fuese escogido para uno de los centros de la comunión católica en las diócesis de Asia.

Combatió esforzadamente la herejía de los Mesalianos y purgó de esta peste á su rebaño, haciéndolos condenar en el concilio de Sida, en Panfilia, de que fué presidente, y los refutó en dos libros valiéndose de sus mismas palabras. San Gregorio Nacianceo atestigua que curaba á los enfermos con sus oraciones, con la invocación de la santísima Trinidad, y con la oblación del santo Sacrificio. Es de creer que muriese ántes de las turbulencias suscitadas en Oriente desde 403 con motivo de la deposición de san Juan Crisóstomo. Tanto los griegos como los latinos celebran su memoria el 23 de Noviembre.

San Ascalo ha sido uno de los más célebres prelados de la Iglesia, como se deduce de la gran estimación en que le tenían san Basilio, san Ambrosio, el papa Inocencio y todos los que tuvieron ocasión de tratarle. Lo que escribe san Ambrosio á los sacerdotes de Tesalónica para consolarles por su muerte y felicitarles por el sucesor que les había dado, es un elegio, que de buena gana insertaríamos en este lugar para dar á conocer mejor sus virtudes, si no nos viésemos obligados á abreviar. Por este santo Doctor sabemos la piedad que le distinguía desde su juventud, el desprecio que manifestó siempre á todas las cosas de la tierra, el sacrificio que de sí mismo hizo á Jesucristo en la vida solitaria, y los importantes servicios que prestó á su diócesis y á la Iglesia, cuando fué elevado á la dignidad episcopal.

Era natural de Capadocia como sabemos por san Basilio; pero abandonó su patria casi desde la niñez, y se retiró á un monasterio de la Acaya <sup>1</sup> en donde pasó su juventud. Allí vivió en tan gran desprendimiento de las cosas de la carne y de la sangre, que, cuando venían á visitarle sus parientes, les respondía, como Jesucristo, que no tenía á otros, que los que hacían la voluntad del Señor. Su fervor le llevó á encerrarse en una pequeña celdilla para entregarse únicamente, en el más absoluto olvido del mundo, á la contemplación de las cosas celestiales. Pero mientras más procuraba ocultarse á los ojos de los hombres, más se daba á conocer su virtud, y los pueblos de Macedonia vinieron á suplicarle que se encargase de su dirección espiritual en cualidad de obispo de Tesalónica, que era la metrópoli. Los obispos de la provincia no pusieron reparo en su edad, pues era muy jóven, sino que sóloamente aten-

<sup>1</sup> Pequeña comarca de la antigua Grecia, al norte del Peloponeso. Esta comarca pertenece hoy á la cabeza de partido de Patras.

dieron á su eminente virtud, por la cual le consideraron muy adecuado para este puesto de tanta importancia.

La caída de Eremo, su predecesor, que había sucumbido bajo la violencia de Constancio, hacia el año 355, exigía en efecto un hombre de sus condiciones para reparar los males que en esta diócesis había causado la debilidad de aquel obispo. Esto hacía decir á san Ambrosio que Ascola vino, cual otro David, á restablecer la paz en los pueblos, y como un bajel cargado de riquezas espirituales. Este mismo santo le llamaba también el muro de la fé, de la gracia y de la santidad, y, escribiendo de su muerte á Aniso, su sucesor y discípulo, le dirige estas hermosas palabras que tanto honran á uno y otro. « Me congratulo, hermano mio, de que se haya encontrado en vos tanto mérito, que no se haya vacilado un solo momento en escogeros para suceder á un hombre tan eminente ; pero al mismo tiempo es para vos una grande carga el tener que sostener tan alta reputación, pues se pretende que revivan en vos Ascola, su virtud, su regularidad y su ánimo invencible. »

Dice este mismo santo Doctor que, efecto de este ánimo esforzado, se trasladaba inmediatamente, según exigían las necesidades de la Iglesia, á Constantinopla, á Epiro, y á Italia, y esto con más prontitud que los que eran más jóvenes y robustos, á los cuales costaba trabajo seguirles ; pues tenía de tal manera sujeto su cuerpo, que parecía no depender de él.

Desde el año 371 contrajo en Capadocia una estrecha amistad con san Basilio, quién desde entónces lo tuvo en gran estimación. En su consecuencia, le envió el cuerpo de san Sábás, que en 372 sufrió el martirio, juntamente con una relación de todos los tormentos que había padecido, y que estaba escrita bajo el nombre de la iglesia de los godos. Por la manera con que se expresa san Gregorio al darle las gracias, se desprende que participó de los tor-

mentos que habían sufrido los mártires en su país.

En el año 380 se hallaba en Tesalónica, desde donde gobernaba toda la Macedonia en la unión de la caridad y en la verdad de la fé, como hace notar Sozomeno, cuando allí cayó enfermo el gran Teodosio, y quiso recibir el bautismo. Este emperador quiso saber quién era el obispo, y cual la doctrina que profesaba, pues temía caer en manos de algún ariano; pero se le dijo que Ascola era tan puro en su fé como santo en sus costumbres, y en su virtud recibió de él el sello sagrado de la regeneración.

Asistió al concilio de Constantinopla en 381, y á fines del mismo año al de Roma, desde donde pasó á visitar á san Ambrosio que se hallaba enfermo. Este Santo nunca le había visto, y por su extraordinaria reputación deseaba tener esta dicha. Nada más conmovedor que lo que escribe á Aniso, su sucesor, acerca de esta consoladora entrevista. « No permitiéndome, dice, la enfermedad que yo padecía ir á visitarle, vino él personalmente á verme. ¡ Con qué ternura y afecto nos abrazamos mutuamente! Nos lamentamos de los males de nuestra época, y desahogamos el dolor de que se hallaban penetrados nuestros corazones con lágrimas tan abundantes de una y otra parte, que humedecieron nuestros vestidos. »

Los godos y otros pueblos bárbaros hicieron durante su episcopado diferentes irrupciones en la Tracia y la Iliria, desde el año 377 hasta el 382; pero mientras que impunemente robaban y saqueaban en las ciudades y aldeas por donde atravesaban, se vieron obligados á pedir la paz, cuando llegaron á Tesalónica. Al fin consiguió arrojarlos de toda la Macedonia, en donde no había tropas que pudiesen hacerles frente, y lo hizo con sus fervorosas oraciones, alcanzando de Dios que enviase sobre su ejército una peste que le obligó á ponerse en fuga y á pedir de nuevo la paz. Alcanzado este beneficio para su provincia,

pasó Ascola á gozar de la paz eterna en el cielo, que había merecido por sus grandes virtudes y por los trabajos que había sufrido por su pueblo y por toda la Iglesia. Acaeció su muerte en el invierno y á principio del año 384.

San Ambrosio, que, como hace notar en la carta que dirigió al clero de Tesalónica con motivo de la muerte de este santo prelado, tenía siempre fija en su espíritu la imágen de tan ilustre obispo, supo la noticia de su muerte, cuando se hallaba aplicado á considerar sus grandes acciones. Parece, por la manera con que se expresa, que tuvo esta noticia de una manera extraordinaria, y tal vez por la aparición del mismo Santo, pues todos los caminos estaban cerrados por mar y tierra. » Inútilmente me preguntareis, dice, como he sabido la muerte de este santo hombre ántes de recibir vuestra carta ; pues ninguno de vosotros ha podido venir á participármela, estando interceptadas todas las vias de comunicación. Sólo os diré que la he sabido, y no me cabe duda de que el mismo Santo es el que me la ha anunciado, estando ya desligado de los lazos del cuerpo, y gozando del fruto de sus trabajos entre los coros de ángeles. »

« No ha muerto, pues, añade ; es que ha ido á Jesucristo, y ha dejado la tierra para subir al cielo en alas de sus méritos. Hacía mucho tiempo que suspiraba, como el Apóstol, por esta mansión de bienaventuranza ; pero, como el mismo Apóstol, estaba detenido por el bién de la Iglesia, pues no vivía para sí mismo, sino para los demás, á los cuales servía su ministerio como de fuente de salud. Hoy es habitante del cielo, y ha tomado posesión de la celestial Jerusalem. Allí contempla sin obstáculo alguno la extensión inmensa de esta ciudad bienaventurada, edificada con oro el más puro y con piedras las más preciosas, á la cual ilumina con eternos resplandores el Sol de justicia, y en que todo es diferente de lo que aquí abajo vemos. Con-

templando, por último, su inestimable belleza, dice : Al presente veo en la ciudad del Dios de las virtudes, en la ciudad de nuestro Dios lo que se nos habia anunciado durante nuestra vida mortal, y gozo de lo que nos había enseñado la fé. »

Su pueblo quedó más aflijido de su muerte que de la guerra de los bárbaros, y sólo pudo consolarse con la elección de san Aniso, su discípulo y heredero de sus virtudes, como aparece de la carta que le dirigió san Ambrosio para felicitarle por su elección.

San Gregorio Nacianceno habla en una de sus cartas de un abad de gran mérito, llamado Leucadio, que era superior en un lugar llamado Sarmabado, un doble monasterio, es decir, compuesto de dos comunidades, una de hombres y otra de vírgenes, lo que no era raro en aquel tiempo : pues en más de un pasaje de sus obras habla este Santo de esta clase de monasterios, y dice que era conveniente que ambos sexos cooperasen al servicio de Dios en una santa sociedad. Pero estos monasterios estaban dispuestos con tanta sabiduría que sus moradores estaban enteramente separados para evitar toda sospecha y motivo murmuración.

No sabemos el país de que era natural el abad Leucadio ; pero fué tenido en grande veneración por sus virtudes y por la sabiduría de su gobierno, siendo muy sentida su muerte por los religiosos y vírgenes sagradas, á quienes había dirigido por los senderos de la salvación. San Gregorio les escribió, con motivo de su muerte, una carta de consolación, en la cual le dice que es preciso no llorar á un atleta que sale victorioso de la lid, y que vá á ceñir la inmortal corona ; pero que es necesario imitar las virtudes que habían admirado en él, á fin de que reviviese en cada uno de ellos. Les recuerda la pureza, la dulzura, la humildad, el fervor en la observancia religiosa y las demás vir-

tudes que le distinguieron, y desea que se esfuercen por imitarle, y que al mirarse unos á otros, crean ver á su padre y superior, cual si estuviese vivo. El bienaventurado Leucadio debió morir hacia el año 386.

El presbítero Sacérdos ocupó un lugar muy preferente entre los amigos de san Gregorio, que le tributó grandes alabanzas. Su piedad se adelantó á la edad, y fué elevado al sacerdocio por san Basilio. Hemos hablado en la vida de este santo Doctor del hospital que fundó en Cesarea. Pues bién, encomendó á Sacérdos su administración, así como el gobierno del monasterio que debió estar unido al caritativo establecimiento. Sacérdos desempeñó durante muy largo tiempo su cometido con la más perfecta caridad y prudencia, lo que le atrajo el afecto de todos los monjes.

Pero era preciso que su virtud fuese probada por las armas que la justicia tiene á su izquierda, según la expresión de san Gregorio, es decir por las tribulaciones y las adversidades, y así se verificó bajo el episcopado de Heladio, sucesor de san Basilio. Sacérdos cumplió tan exactamente su ministerio, que no pudo ménos de tener envidiosos. Estos le calumniaron, tejiendo su acusación con tanto artificio y malicia, que el prelado se dejó sorprender, y le quitó el gobierno de los monjes y de los pobres. La manera con que se portó hace sospechar que él mismo fuera el que incitó al acusador.

San Gregorio, que amaba entrañablemente á Sacérdos, le escribió más de una carta para animarle en la tentación, y como conocía que estaba muy bién arraigado en la virtud, y que podía soportar las verdades más amargas, le dijo sin rodeos, que, al entrar en la vida religiosa, no debió imaginarse que nada tendría que sufrir; que si otra cosa había pensado, no debía considerarse como verdadero religioso, ni honraba á los que le habían instruido, y que,

por el contrario, si sabía que los justos han de ser perseguidos, debía sufrir generosamente.

En otra carta le dá estas hermosas lecciones : « ¿ qué es lo que puede afligirte ? Nada más que perder á Dios y la virtud : todo lo demás ha de venir según plazca á Dios, que es el dueño de nuestra vida, y sabe perfectamente la razón de todo lo que nos ocurre. Temamos sólomente hacer algo que sea indigno de nuestra piedad. Hemos alimentado á los pobres, hemos cuidado de nuestros hermanos, y hemos cantado los salmos con todo el fervor que nos ha sido posible. Sin embargo, nada de esto se nos permite : pues empleemos de otra manera nuestra piedad. La gracia no es estéril en medios de salvación. Permanezcamos, pues, en la soledad, ocupémonos en la contemplación, purifiquemos nuestros espíritus con las luces divinas, lo cual no es ménos perfecto que lo demás que hacemos.

Se deduce de una carta del mismo Santo á Homofronio, que parecía ser uno de los principales religiosos del monasterio de Sacérdos, que éste se hallaba muy impresionado con la persecución que se le había suscitado, por lo cual le ruega que lo anime, y lo exhorte á que se aproveche de esta tribulación para apaciguar á su obispo y fortificar á los religiosos. Escribió también á este obispo en su favor, no tanto por la amistad que profesaba á Sacérdos, sino principalmente para defender su inocencia, tanto más cuanto que todo el mundo se hallaba escandalizado de que se maltratase á un religioso de tanto mérito. La respuesta del prelado no le pudo satisfacer, lo que no impidió que siempre conservase la misma estima á este sacerdote injustamente acusado, y que murió en esta persecución. Lo cual hace decir á san Gregorio, que había ido al seno de Dios, cediendo sin mucho trabajo á la envidia y á los ataques del demonio.

Sacérdos tenía una hermana casada y llamada Tecla, á



la que san Gregorio llama sierva de Dios y las primicias de la piedad. Dios bendijo su matrimonio con el nacimiento de algunos hijos, que ella le ofreció como hostias vivas y agradables. Habiendo quedado viuda, se retiró á un monasterio en busca del recogimiento que tanto amaba, ó á una casa inmediata á una iglesia dedicada en honor de algunos santos mártires. Allí, separada del mundo, no pensaba en otra cosa que en agradar á Dios.

Su piedad no se desmintió con la muerte de su hermano, ni en las persecuciones que éste había sufrido, y cuyos efectos también ella experimentó, pues suponiendo Heladio que Sacerdos había administrado mal los bienes de los pobres, quiso inquietarla, como heredera. Dios le reservaba esta prueba para purificar su virtud y hacerla más perfecta con la práctica de una humilde paciencia. San Gregorio fué á visitarla, y quedó muy edificado de su piedad, admirando la firmeza de su fé y su amor al recogimiento. Despues de la muerte de su hermano le escribió consolándola, y de esta carta se desprende que esta piadosa mujer había prometido á Dios observar las reglas de la perfección evangélica. De esta promesa se sirve el Santo para hacerle comprender que estaba más obligada á sufrir las tribulaciones y adversidades de esta vida miserable. Le dá otras excelentes instrucciones, y con motivo de los sufragios que ofrecía por los muertos, le dice, que ninguno podía serles tan provechoso como el soportar con paciencia los trabajos ; pues « estoy persuadido, dice, que las almas de los santos conocen lo que nosotros hacemos en la tierra. »





Imp. Ch. Charbonnier à Paris.

Goussier del.

*St. Philorome.*

*San Filoromio.*



---

## FILOROMO Y ELEMÓN SOLITARIOS, Y SANTA EUSEBIA LA EXTRANJERA

Apoyándonos en el testimonio de Paladio, vamos á hablar de estos dos solitarios que conoció en la Galacia.

Filoromo era hijo de una esclava y de un padre libre, pero si su nacimiento no fué esclarecido, su virtud le ennobleció á los ojos de Dios. Renunció al mundo en tiempo de Juliano el Apóstata, cuya cólera se atrajo por haberle hablado con santa libertad, habiendo merecido por esta causa que le rarasen y abofeteasen ignominiosamente. Léjos de afligirse por esta afrenta, la sufrió con la generosidad de un verdadero discípulo de Jesucristo, y dió las gracias á este príncipe. Vivió durante cuarenta años en un monasterio, en que se ejerció fielmente en todos los deberes de la vida religiosa, guardando una conducta tan santa, que todos cuantos le veían le consideraban como un ángel de la tierra. Pero no por eso se vió libre de violentos combates : pues el demonio le tentó más de una vez, siendo vergonzosamente rechazado con las armas de la fe y de la mortificación. Cargose de una pesada cadena : se encerró en una estrecha celda : ayunaba muy rigurosamente : no comía cosa alguna condimentada, y durante treinta y dos años no tocó un solo fruto.

Creyendo que un miedo que le asaltaba frecuentemente, aún durante el día, era un artificio con que pretendía turbarle el enemigo, se encerró durante seis años en una tumba, en donde su principal ocupación era copiar libros, y despues de atender con lo que ganaba á sus necesidades,

que eran muy reducidas, invertía lo demás en socorrer á los pobres. Su avanzada edad no le impedía ganar su sustento con el trabajo manual : pues en esta ocupación llegó á los ochenta años, que fueron, al parecer, los de su vida. San Basilio tenía en gran estimación su virtud. Hizo á pié un viaje á Roma para visitar los sepulcros de san Pedro y san Pablo, así como las peregrinaciones de Alejandría y Jerusalem, sin que en estas expediciones perdiese la presencia de Dios, cual si estuviera en su celda. Esta era su práctica favorita, y la que caracteriza su piedad.

Había también en tiempo de Paladio, en Ancira, capital de la Galacia, un santo monje, padre de los monasterios, que se distinguió por su grande caridad para con los pobres y afligidos. Este historiador no dice su verdadero nombre, sino que le llama Elemon, es decir el Limosnero, dándole á conocer por la caridad que ejerció con tanto celo. El obispo de dicha ciudad le llevó á su lado, y quiso hacerle sacerdote, pero este hombre verdaderamente humilde, le rogó que no lo hiciese, y se entregó enteramente á las obras de misericordia para con los pobres de la diócesis.

Nunca podrán expresarse suficientemente los infatigables cuidados que se tomó por sus vestidos, por sus alimentos, por sus medicinas y por todas las cosas necesarias á su subsistencia, ó para remediar sus males. Los visitaba en los hospitales y en las casas particulares, é iba á las de los ricos para implorar su caridad. En cuanto á sí mismo, estaba tan pobremente vestido, que no hubiera dado, dice Paladio, un óbolo por su hábito. El alimento que tomaba era tan pobre como sus vestidos, y si se le hacía algún obsequio, lo vendía para distribuir su precio á los indigentes, aduciendo como razón, que el uso mejor que podía hacerse de aquel objeto era practicar la caridad tan recomendada en el Evangelio. Con tan excelentes obras ad-

quirió este limosnero un tesoro inestimable de méritos para el cielo.

Había otros muchos monasterios en otras provincias del Asia-Menor, pero no tenemos documentos que expresen su disciplina, ni las virtudes de los religiosos que los habitaban. Surio y Bolando refieren la vida de una Santa llamada Jessé, es decir, Extranjera, pero cuyo nombre verdadero era Eusebia, y cuya vida debió haber sido escrita por un autor contemporáneo. Daremos el compendio que de ella hace Bulteau, que la ha insertado en su *Historia monástica*. Era natural de Roma, y oriunda de una casa muy rica. Sus padres, que no habían tenido otra hija, quisieron casarla con una persona de su misma posición social; pero ella prefirió al Esposo celestial, y huyó de la casa paterna, movida por una inspiración interior, pues la santidad de su vida demuestra que su resolución fué efecto del amor divino y no de un pasajero capricho.

Después de repartir entre los pobres el importe de sus bienes y de sus alhajas, se ocultó bajo el traje de hombre juntamente con dos de sus criadas que quisieron seguirla, y se dirigió en un buque á Egipto. Llegó á Alejandría, y sin detenerse pasó á la isla de Cos, en el archipiélago, en donde volvió á tomar el hábito propio de su sexo, no temiendo ya el ser reconocida.

La Providencia que guiaba todos sus pasos, le dió á conocer en este lugar á un venerable anciano llamado Pablo, á quién creyó en un principio obispo de aquella comarca, pero que en realidad no era sino superior del monasterio de san Andrés de Milasa, en la provincia de Caria. Acababa este anciano de regresar de Tierra Santa, y se apresuraba á unirse á su comunidad, y Eusebia le manifestó su propósito de consagrarse enteramente á Dios; pidiéndole que le enseñase los medios de hacerlo con toda perfección. Pablo

le propuso que le siguiese á Milasa, en donde procuraría satisfacer sus deseos, como así lo hizo.

La alojó cerca de la iglesia catedral, en donde edificó un monasterio, de que fué superiora. Se le unieron muchas jóvenes que formaron una comunidad muy edificante. Al poco tiempo murió Cirilo, obispo de Milasa, y el abad Pablo, que le sucedió por unánime elección del clero y del pueblo constituyó á Eusebia en el ministerio de diaconisa. La santidad de su vida la hizo muy digna de este empleo. Su abstinencia era increíble, pues frecuentemente pasaba semanas enteras sin comer, y cuando tomaba algún alimento, no consistía éste en otra cosa que en un poco de pan mojado en sus propias lágrimas, y sobre el cual echaba ceniza del incensario de la capilla. Pasaba también muchas noches enteras en oración.

Pero al mismo tiempo que se mostraba tan rigurosa consigo misma, su caridad la hacía para con sus hermanas dulce, benéfica y solícita para atender á todas sus necesidades. Por otra parte, por grandes que fuesen sus progresos en la virtud, se consideraba siempre como la última y más imperfecta de todas las religiosas. Conociendo por una enfermedad molesta que le aquejaba, que había llegado al término de sus días, congregó á toda la comunidad en la capilla del monasterio, dedicada á san Estéban, y exhortó á todas las religiosas á que imitasen á las vírgenes prudentes del Evangelio, que, esperando al esposo, tienen constantemente encendida en sus corazones la lámpara del amor divino: rogó por ellas, se encomendó á sus oraciones, y despidiéndose cariñosamente, se puso de rodillas para continuar su oración, durante la cual salió su alma de su cuerpo para unirse á Dios en la eternidad. Las dos criadas que le habían seguido desde Roma murieron poco tiempo despues, y fueron enterradas á sus pies. No tardó en seguir las el obispo Pablo, que fué sepultado en su mo-



nasterio de san Andrés. Sus reliquias, así como las de santa Eusebia, fueron consideradas como la gloria y defensa de Milasa.

Se llamó á esta santa Jessé ó Extranjera, porque lo era relativamente á esta ciudad; pero también podía dársele este nombre, porque se miraba como extranjera en esta tierra, y todos sus deseos tendían al cielo.

## PARTE IX

### SOLITARIOS DE CONSTANTINOPLA Y DE LAS PROVINCIAS VECINAS

---

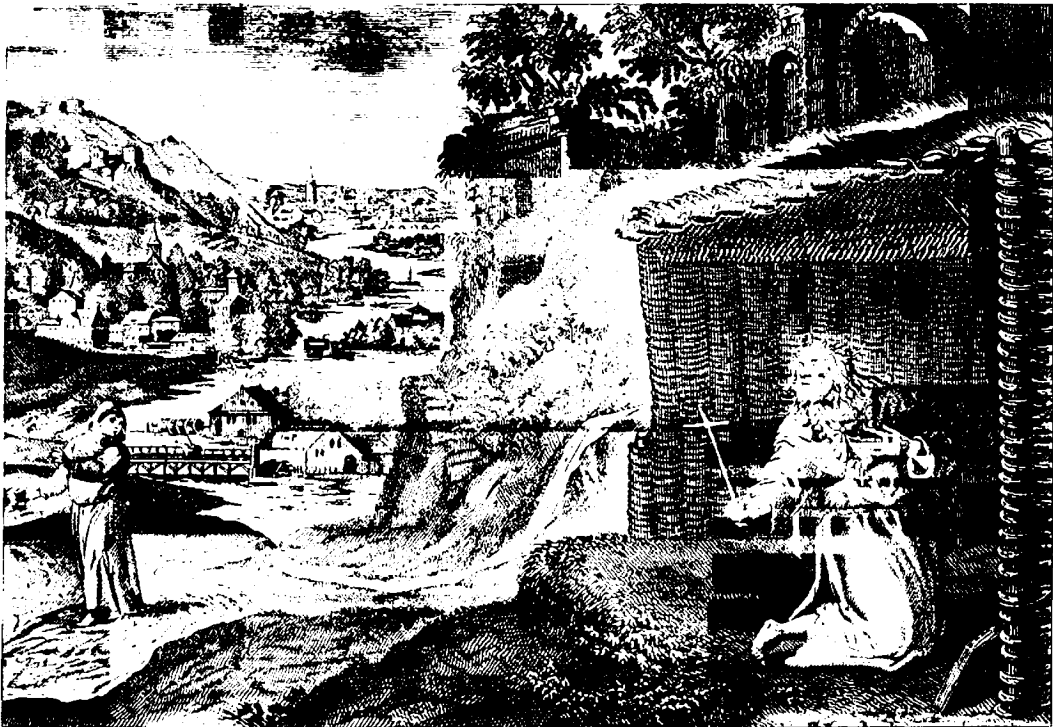
Monasterios de Nicomedia y Calcedonia.

#### LOS SANTOS ARSACO É HIPACO

La historia de los solitarios de que vamos á hablar en este libro forma parte de la Iglesia, y nos obliga á recurrir á ella. No se encuentra en ellos esa vida tranquila y enteramente alejada del mundo en el reposo del desierto, que hemos visto en todos los solitarios de que hemos hablado en los capítulos precedentes. Pero podremos admirar en ellos la firmeza en la fé ortodoxa y el celo para conservarla en tiempos peligrosos, en que la Iglesia, aflijida por las herejias, los ha visto salir de su retiro para consolarla en su dolor y ayudarla en sus trabajos, no sólo con sus oraciones, sino también con los dones celestiales con que Dios los había favorecido.

Veremos, pues, de una parte á estos hombres extraordinarios, enviados por Dios para atender á las necesidades de su Iglesia, y combatir por ella, sosteniendo con ardoroso celo sus decisiones, y edificándola con sus portentosas virtudes. Pero por otra parte, no podemos pasar en silencio la





Imp. G. Chardon aini Paris.

From dress!

*Saint Hippolyte.*  
*San Hipacio.*



deserción de muchos falsos monjes seducidos por los obispos heresiarcas, y tan obstinados en seguir sus errores, como coadyuvaban los buenos con los ortodoxos á conservar el precioso deposito de la fé en la misma pureza en que lo habían recibido de los apóstoles. Procuraremos, por lo tanto, ser breves en lo que á la historia de la Iglesia se refiere, y no perderemos de vista nuestro principal objeto, evitando toda digresión.

El estado monástico que florecía en la Siria, en la Mesopotamia y en el Ponto, se extendía también á la Bitinia, en que la célebre ciudad de Nicomedia, regada poco tiempo ántes por el emperador Diocleciano con la sangre de innumerables mártires, fué también ilustrada por las virtudes de los solitarios. Entre otros muchos se distinguió san Arsaco, que tuvo la gloria de confesar el nombre de Jesucristo en la persecución de Licinio. Era natural de Persia y oficial del emperador; pero habiendo renunciado este cargo, ya fuese voluntariamente, ó bien á causa de su religión, abrazó la vida monástica, y se retiró á una torre de Nicomedia. Allí, ocupándose en los ejercicios de su profesión, se elevó á una virtud eminente, y Dios le favoreció con el don de milagros y de profecía. Libró á muchos poseidos del maligno espíritu, y entre otros á uno que, espada en mano, corría por las calles, haciendo que todo el mundo huyese de él, lo aterrizó con sólo pronunciar el nombre de Jesucristo, é hizo que el demonio lo abandonase. En otra ocasión apareció en el campo un dragón de enorme estatura, cuyo aliento era tan mortífero, que mataba á todos los que se ponían á su alcance. Hallábase oculto en una caverna de uno de los caminos más pasajeros, y tan sólo salía cuando pasaba alguna persona, que no tardaba en devorar. Habiendo llegado á conocimiento de Arsaco los destrozos causados por el terrible animal, rogó al Señor que fuese destruido, y al punto fueron escuchados sus ruegos, pues

al salir el dragón de su cueva, se dió muerte á sí mismo, éstrellándose contra una piedra.

Sozomeno que refiere este hecho apoyándose en testigos fidedignos, añade que hizo otras muchas maravillas, que no pueden atribuirse sino á una virtud celestial; pero ninguna merece tanta atención como la revelación que tuvo de la ruina de Nicomedía. Dios le dió á conocer que esta ciudad sería destruida por un terremoto, y que debía salir de ella, si no quería ser envuelto en la desgracia de sus habitantes. En su consecuencia, dejó Arsaco su celda, se dirigió á la Iglesia, congregó al clero y al pueblo, les declaró la revelación que había tenido, y les exhortó á orar para aplacar la justicia divina y librarse de la desgracia que les amenazaba. Pero viendo que muchos, en vez de prestar crédito á sus palabras, se burlaban de su predicción, volvió á su torre, y postrándose en tierra, pidió al Señor que le sacase de este mundo, para no presenciar la ruina de una ciudad, que amaba como á su propia patria, pues en ella había aprendido á amar á Jesucristo y á vivir según las leyes del Evangelio. Así se aseguraba despues de su muerte, ya fuera porque se presumiese, ó ya porque lo hubiese manifestado en sus conversaciones.

Sin embargo, su predicción se realizó el día 24 de agosto del año 358. Entre seis y siete de la mañana, uno de los más terribles terremotos que se han conocido, destruyó la ciudad, siendo seguido de un horroroso incendio que duró cincuenta dias. Este accidente fué tan súbito, que no dió lugar á que nadie huyera para ponerse á salvo. Así es que perecieron todos los habitantes, á excepción de muy pocos que quedaron heridos. Todos los historiadores, tanto eclesiásticos como profanos, hablan de este terrible suceso. Pero la torre en que habitaba el Santo no sufrió el más leve desperfecto, y cuando hubo concluido el terremoto, se le en-

contró muerto, y en la posición que tenía cuando se puso á orar.

Rufino, prefecto del pretorio, que gobernó el Oriente bajo el gran Teodosio, edificó á tres millas de Calcedonia, y en el barrio llamado Chene un magnífico palacio con una suntuosa Iglesia, y al cual, en memoria de su fundador, se le dió el nombre de Rufiniao. La Iglesia se llamó *Apostoléton*, porque fué edificada en honor de los apóstoles san Pedro y san Pablo. A su dedicación, que tuvo lugar el año 394, fueron invitados muchos prelados y monjes, y con este motivo se celebró un concilio en Constantinopla. Rufino hizo que unos monjes se encargasen del culto y del oficio divino en esta Iglesia, para lo cual edificó un monasterio. Hízose bautizar y quiso <sup>1</sup> que Ammonio, uno de los *grandes hermanos* de que hemos hablado en otro volúmen, le administrase el sacramento de la regeneración. Este Ammonio murió algún tiempo despues, y fué sepultado en esta Iglesia.

En más de un pasaje de la *Historia monástica* se habla del monasterio de Rufino; pero sabemos por las actas de san Hipaco, que vamos á exponer, que los monjes de Egipto que fueron llamados para que lo habitasen, lo abandonaron despues de la muerte de su fundador, y se retiraron á su provincia. Dícese también que, habiendo querido otros habitarlo, se vieron obligados á abandonarlo á causa de los malignos espíritus que lo infestaban; de modo que quedó cerrado hasta que san Hipaco, más animoso que los demás, vino á establecer en él su morada, y formó una nueva comunidad.

<sup>1</sup> Dice Fleury que Evagrio asistió á la ceremonia en cualidad de padrino; pero Tillemont y Bulteau, á quienes seguimos, sostienen que fué Ammonio (Tillem. tom. X, pag. 795; Bult. lib. III, cap. XIII, nº 2). Hay también alguna dificultad relativamente á este Rufino que fundó este monasterio, y que no es de nuestro incumbencia resolver.



Los Balandos han dado á luz la vida de este Santo, escrita por uno de sus discípulos llamado Calicino, y por consiguiente, testigo ocular de sus virtudes. Era natural de Frigia, y sus padres unian á la nobleza de su estirpe la piedad cristiana y el temor de Dios. Su padre, que era hombre de letras, procuró con gran solicitud cultivar su espíritu en las ciencias humanas y alimentar su corazón con las más saludables instrucciones.

Hiparco, por su parte, le correspondía con su docilidad y buenas inclinaciones. Tenía horror al pecado, y concebía el más vivo dolor por la más pequeña de sus faltas: todos sus deseos se encarnaban únicamente á servir á Dios con toda fidelidad, y nunca estaba tan contento, como cuando podía ir á la iglesia ó á algún monasterio para conversar con los siervos de Dios.

Se separó de sus padres á la edad de dieciocho años, y habiendo entrado despues de tres dias de camino en una iglesia, oyó que se leían estas palabras del Evangelio. *Cuaquiera que dejare casa, ó hermanos, ó hermanas, ó padre, ó madre, ó mujer, ó hijos, ó tierras por mi nombre, recibirá ciento por uno, y poseerá la vida eterna* <sup>1</sup>. Se las aplicó á sí mismo, y las consideró como un aviso del cielo, para que siguiese el deseo que le animaba de abrazar una vida perfecta. Al salir de la iglesia, vió que muchas personas se dirigian á Tracia, y se unió á ellas. Al entrar en esta provincia, y no encontrando lugar en que hospedarse, se vieron obligadas á retirarse á una montaña cubierta de espeso bosque, y como pretendiesen descansar, se vieron turbadas por los fantasmas que les ofreció una multitud de demonios que infestaban el lugar. Pero al mismo tiempo oyeron que estos espíritus de las tinieblas decían entre sí: « No podemos hacer daño á esta gente, porque entre ellos

<sup>1</sup> Math. xix, 29.

viene un jovén, á quién ha dado Dios poder contra nosotros. »

Se levantaron todos llenos de horror, al oír los espantosos gritos que lanzaban estos espectros al huir á través de los árboles, y despertaron á Hipaco que dormía tranquilamente. Preguntáronle si había oído alguna cosa, y respondiendo este negativamente, se convencieron de que Dios le protegía de una manera especial, tanto más cuanto que habían observado en él sentimientos de una grande piedad y de una singular modestia. Dieron gracias á Dios por haberles proporcionado este compañero de viaje, y lo confiaron á un habitante de la montaña, para que cuidase de él. Éste le encargó la guarda de sus ganados, y cumplió este oficio con la mayor fidelidad, por lo mismo que se conformaba con sus inclinaciones de llevar una vida solitaria.

El paraje en que apacentaba el ganado estaba muy cerca de una iglesia, y oyéndole cantar un dia el sacerdote que estaba al cuidado de ella, le propuso que le enseñaría á cantar los salmos, y le colocaría en un monasterio. Ésta era precisamente la aspiración de su corazón, así es que, dejando el ganado, se puso bajo la dirección de este sacerdote, y se aprovechó tan bién de sus lecciones, que todo el mundo estaba admirado de la facilidad con que había aprendido los salmos, y de la hermosura de su voz.

Nunca bebía vino, y veía con dolor que algunos sacerdotes lo usasen con exceso, dando mal ejemplo á los seglares. Esto le movía á suspirar con ardor por la vida religiosa, y á pedir con abundantes lágrimas á Dios que le concediese esta gracia. Dios oyó sus oraciones, y colmó sus deseos de una manera extraordinaria.

Un soldado armenio, llamado Jonás, se sentía movido muy vehementemente por Dios á dejar la vida de la milicia, y á no combatir más que en la vida monástica bajo la ban-

dera de Jesucristo. Varias veces, y todas inútilmente, había pedido su licencia al tribuno de su cohorte, hasta que por último se dirigió al emperador que se hallaba en Constantinopla, y llevando un haz de leña y fuego, le dijo públicamente con el ardor propio de un militar: «Príncipe, hasta ahora he servido fielmente á vuestra majestad: yo os suplico que me permitais separarme de vuestro servicio para consagrarme al de Jesucristo; pero si no he cumplido mi deber, he aquí leña y fuego, mandadme quemar.» Conmovido el emperador á vista de un sentimiento tan ardiente de verdadera piedad, ordenó que se le diese la licencia, y que se le dejase en libertad para realizar sus designios.

Después de conseguir lo que deseaba, salió Jonás de la ciudad, y se refugió en una choza de la montaña inmediata á la iglesia en que estaba Hipaco. Habiéndole descubierto la gente que habitaba la campiña, y queriendo que fijase allí su morada para tener á su lado á un siervo de Dios que les favoreciese con sus oraciones, vinieron en gran número, y se apresuraron á construirle una celda rodeada de un pequeño recinto, en donde pudiese entregarse á los ayunos, á las vigilijs, á la salmodia y á los demás ejercicios de los solitarios.

No estuvo mucho tiempo solo, pues no tardaron en unírsele algunas personas para vivir bajo su dirección, y habiendo llegado á conocimiento de Hipaco, rogó al sacerdote y á los demás eclesiásticos de su iglesia que le permitiesen retirarse al lado de Jonás. Concediéronselo, no sin grande pena, tanto á causa de su vida edificante, como porque no había ninguna persona que fuese tan asidua como él en la oración. Tenía veinticuatro años, cuando se puso bajo la dirección de Jonás, y su ejemplo atrajo un número tan considerable, que en poco tiempo se formó una comunidad de ochenta religiosos, para lo cual fué necesario plantar

un huerto, sembrar tierras y construir un monasterio, á cuyo lado se levantó una fortaleza para defenderse de los Hunos, que en aquel tiempo habían hecho una irrupción en Tracia, y desolaban el país.

Jonás era el que se hallaba á la cabeza de la comunidad, é Hipaco le secundaba tan perfectamente en todos los deberes de la vida religiosa, que se distinguía de todos los demás hermanos en los ayunos, en las vigiliás, en la oración y en la salmodia, así como en la obediencia, en el silencio, en la humildad, en la pobreza y en todas las demás virtudes religiosas. Esto le grangeó el aprecio y la estimación de todos, y agradaba tanto á su superior, que se complacía en celebrar con él frecuentes conferencias.

El buén olor que sus virtudes esparcían por todo el monasterio, hacía que los demás religiosos desearan oírle hablar de Dios, no dudando que lo haría con la unción de que estaba llena su alma; pero su humildad le obligaba á callar, y como un dia se le instase á que rompiese el silencio para que con sus consejos edificase á sus hermanos, se excusó modestamente, diciendo que era un pobrecillo sin instrucción de ningún genero, en lo cual aludia á su profesión de pastor, y que sólomente había venido al monasterio para ser el último servidor de los demás. Al decir estas palabras, se postró á los pies del superior, y le rogó que le confiase el cuidado de los enfermos, prometiendo ejercerlo con la mayor solicitud, á fin de recibir un dia la recompensa que promete Jesucristo á los que practican obras de misericordia.

El superior accedió á sus deseos, é Hipaco se portó con tanto celo en este oficio de caridad, que, con pretexto de visitar las tierras, salía del monasterio, para volver cargado con algún pobre enfermo que encontraba en el camino, y dejándolo en la puerta, avisaba al superior que había llegado un enfermo alcanzando permiso para en-

trarle y cuidarle. En seguida Hipaco le preparaba una cama, curaba las llagas, si el enfermo las tenía, le daba el alimento necesario, y lo trataba con toda la ternura de un corazón lleno de caridad. Si el enfermo llegaba á agravarse, lo ponía en conocimiento de un sacerdote, para que le administrase los santos Sacramentos, y no le abandonaba hasta que moría, ó recobraba la salud.

Añade el autor de su vida que, cuando sabía que algún hermano se hallaba enfermo, iba á visitarlo, hacía sobre él, y sin que lo advirtiese la señal de la cruz, y tomándole de la mano, le decía: « El mal ha cesado: podeis entregaros á vuestro oficio. » Y efectivamente, estaba curado.

Envidioso de su fervor, el demonio le atacó con tentaciones muy violentas, á las que Hipaco opuso las armas de la oración y del ayuno, saliendo siempre victorioso. Pasaba con frecuencia cinco dias sin tomar ningún alimento, y se acostaba sobre una estera. Sintiendo más violentado por la tentación, pasó cincuenta dias sin beber, lo cual le produjo dolores muy agudos en las entrañas, y sus labios, quemados por el ardor de la sed, aparecieron quebrados por grietas enormes. Notándolo sus hermanos, dieron parte al superior, el cual le llamó despues del oficio de la noche, y en presencia de los demás le hizo tomar un poco de pan mojado en vino. Obedeció Hipaco, por más que nunca había probado esta bebida, persuadido de que esta obediencia sería más agradable á Dios que su abstinencia.

En este tiempo hizo el Señor sentir de una manera especial su protección sobre el monasterio. Los bárbaros que hacían sus correrías por la Tracia, vinieron á apoderarse de él, más una piedra arrojada sobre ellos por uno de los agujeros del muro que lo defendía, los puso á todos en fuga. Pero al mismo tiempo que estos religiosos se vieron libres de los bárbaros, fueron cercados por una multitud

numerosa de gente de la campiña, que había sido despojada de sus bienes por los invasores, y que venía á buscar en su caridad recursos para no morir de hambre.

El abad Jonás que, como hemos dicho, era superior del monasterio, carecía de medios para atender á esta calamidad, y se dirigió á Constantinopla, exponiendo á las personas más caracterizadas de esta ciudad el estado deplorable á que se hallaban reducidos sus vecinos, y su imposibilidad de atender á sus necesidades. Sus ruegos fueron atendidos, y se le enviaron algunas naves llenas de trigo y de legumbres, para que distribuyese estos socorros según su prudencia.

Pero no se limitó el celo del abad Jonás á esta obra de caridad, sino que á muchos poderosos, que cometían toda clase de vejaciones, les exhortó á que las reparasen, si no querían atraer sobre sí las venganzas divinas. Hizose el defensor de los que eran injustamente perseguidos, sin temor ni respetos humanos, y su virtud le atrajo tanta veneración, que se le miraba como á un padre, de quién debían esperarse tanto las manifestaciones de cariño como las justas reprobaciones.

Tal era el crédito que en poco tiempo alcanzó el abad Jonás en la ciudad imperial. Miétras que en ella se hallaba detenido por una enfermedad, llegó el padre de san Hipaco para evacuar un litigio, y atravesó el Bósforo para ver á su hijo en su monasterio. Se anunció al que hacía las veces de superior como padre de Hipaco, y todos los religiosos quedaron admirados de la humildad de este hermano, que, por amor de Dios, había querido ocultar su verdadera condición, y pasar por sirviente de un rico ganadero. Le anunciaron la llegada de su padre, pero este perfecto religioso, que se había desprendido de la carne y de la sangre, se excusó de verle en un principio, y fué necesario que lo violentase en cierto modo la obediencia.

Abrazó, pues, tiernamente á su padre, le preguntó por su madre, y supo que hacía algún tiempo que habia muerto. Cuando tuvo conocimiento del negocio que llevaba su padre á Constantinopla, pidió licencia al superior para acompañarle y recomendarle al abad Jonás que aún estaba en esta ciudad. Se hospedó con su padre en el barrio de Eleuterio, como entónces se le llamaba, para vivir con mayor recogimiento, y despues de atender á su padre y de prestarle los servicios que estaban á su alcance, dándole consejos saludables, se separó de él.

Pero Dios, cuya Providencia dirige todas las cosas á fines altísimos, hizo ver que en esta ocasión habia atraído á Hipaco á Constantinopla, para un negocio de mayor importancia, que el que preocupaba á su padre. Habia en Constantinopla un asceta llamado Timoteo, muy estimado por su virtud, el cual, atraído por la de Hipaco, vino á visitarle al barrio en que se hallaba hospedado, y le pidió que lo admitiese en su compañía. Otro religioso llamado Mosquión vino con la misma pretensión, pero como Hipaco no tenía pensamiento de permanecer en Constantinopla, aún cuando en esta ciudad habia otros religiosos, manifestó á estos pretendientes que no acostumbraba vivir en las ciudades, sino en las montañas. Le respondieron que estaban dispuestos á seguirle á donde quisiese, y en su consecuencia atravesaron el mar, y se dirigieron á Calcedonia, desde donde avanzando hacia el Oriente para encontrar una caverna adecuada á sus designios, descubrieron una á tres millas de la iglesia y del monasterio de Rufino, de que más arriba hemos hablado. Pero desde que los monjes egipcios habían abandonado esta casa, no se veían más que ruinas, en que apenas podían reconocerse vestigios de una casa religiosa.

Hipaco no temió fijar allí su residencia á pesar del rumor que aseguraba que este lugar estaba infestado por el

demonio ; ántes bién, armándose con el signo de la cruz, se estableció con sus compañeros, y aún cuando de tiempo en tiempo hacía el maligno espíritu mil escaramuzas y ruidos para espantarlos, ellos perseveraron fiel é intrépidamente sus observancias monásticas. De todas las antiguas celdas sólomente quedaban una utilizable y el oratorio para la salmodia y para los demás ejercicios de piedad. Vivían del trabajo manual : unos se dedicaban á hacer cilicios, otros esteras, y otros á cultivar un pequeño huerto. Había entre Hipaco y Timoteo como una especie de piadosa emulación, esforzándose cada uno en ayunar, en velar, en orar, y en hacer todo género de progresos en la humildad y en la caridad.

El demonio, que con sus artificios no había conseguido arrojar de aquel lugar á los siervos de Dios, intentó dividirlos, inflamando más de lo conveniente el celo de Timoteo. Habían venido otros muchos religiosos á unírseles, y la pequeña comunidad se había aumentado considerablemente, con cuyo motivo el celo de Timoteo creció con el de nuestro Santo, que era más dulce y moderado. Quería este que Timoteo se encargase de la dirección del monasterio, y soportaba con mucha moderación su carácter desabrido, pero á la vez que Timoteo rehusaba este cargo, quería que todo se gobernase á su capricho. Entónces Hipaco tomó el partido de ceder y retirarse á su primer monasterio de Tracia. Encontró á uno de sus compañeros que abrigaba los mismos deseos, y emprendieron el camino ; pero hé aquí que un dia un hombre poseido del demonio y paralítico les suplicó que le socorriesen. Hipaco, lleno de compasión, propuso á su compañero llevarlo en hombros á la iglesia, y habiéndole frotado con aceite de la lámpara, despues de orar por él, quedó enteramente curado.

Admirados de semejante prodigio, los habitantes del



lugar les suplicaron que se detuviesen para curar á otros enfermos, pero los santos varones respondieron que eran miserables pecadores, y que sólomente debían atribuir al poder de Dios la curación de este paralítico. Este no quiso abandonarles, y les siguió hasta el monasterio, en que el abad Jonás y sus religiosos los recibieron con señales de gozo y de ternura, tanto más cuanto que el paralítico les refirió como había sido curado por las oraciones de Hipaco. Todos dieron gracias al Señor, y no alvidaron que el Santo, ántes de partir para Constantinopla, había recibido el don de milagros y sobre todo el de curar á los enfermos. En cuanto al paralítico, renunció al mundo, y se hizo monje en esta casa.

Hipaco pidió al abad Jonás que le diese una celda en donde pudiese vivir con el más absoluto recogimiento. Entre tanto Timoteo y los demás religiosos de su monasterio, llenos de aflixión por verse privados de Hipaco, no dejaron de buscarle, hasta que, sabiendo que se hallaba en el monasterio de Jonás, se aprovecharon de un viaje que este abad había hecho á la ciudad, y vinieron á postrarse á sus pies, pidiéndole encarecidamente que les mandase á Hipaco. En este tiempo cayó enfermo Jonás, y mandó llamar al Santo, sabiendo por revelación que no curaría, mientras éste no viniese á orar por él.

Hubiera deseado que se revocase esta orden para no tener que dejar su retiro; pero la obediencia le obligó á partir con otro religioso que se le dió por compañero. En el camino le manifestó Dios su voluntad por medio de una voz celestial, que, al hacer la oración de la hora de Tercia, le dijo que era voluntad de Dios que volviese al monasterio de Rufino, en donde le destinaba para grandes cosas y para su gloria. Esta voz fué oída al mismo tiempo por su compañero, que, lleno de terror, se postró en tierra.

Encontraron tan enfermo al abad Jonás, que había perdido la palabra. Hipaco oró por él, y teniéndole de la mano, le dió de comer, pues hacía bastante tiempo que no había tomado alimento. Poco á poco fué recobrando sus fuerzas, y al cabo de algunos dias estaba enteramente restablecido. Entónces le dijo que era voluntad de Dios que fuese al monasterio de Rufino para cumplir los designios que acerca de él tenia, y llamó á Timoteo. Cuando ambos estuvieron en su presencia, les dijo con gran dulzura, que no era extraño que hubiese entre ellos alguna divergencia, pues que hasta entre los apóstoles la hubo; pero que les exhortaba á vivir en adelante en la más estrecha unión. Al oír estas palabras, se postró Timoteo á los pies de Hipaco, que á su vez hizo otro tanto. Se pidieron mutuamente perdón, y sus religiosos se sometieron enteramente á la dirección de Hipaco, en cumplimiento de la voluntad de Dios que se lo había revelada en el camino. Con todo el celo de que era capaz se consagró á conducirlos por el camino de la perfección religiosa. Tenia entónces cuarenta años.

Aunque había muchos monasterios tanto en Constantinopla, como en Nicomedia y sus alrededores, no formaban todos comunidad, sino que cada uno seguía sus leyes particulares, y se gobernaba bajo la dirección de su abad. Era conveniente que se uniesen bajo la misma regla y gobierno, y san Isaac, sacerdote y abad de Constantinopla, que vivía en tiempo de nuestro Santo, y de quién más adelante hablaremos, fué escogido para visitarlos. Por los cuidados de este Santo vinieron á formar todos estos monasterios un solo cuerpo compuesto de muchas casas religiosas, en que los monjes, en número de cincuenta, y aún de ciento, se consagraban á glorificar á Dios, tanto con sus virtudes como con la salmodia, lo cual era un motivo de edificación para todo el mundo.

San Isaac venía con mucha frecuencia á ver á san Hipaco, y no cesaba de bendecir al Señor que le había escogido para restablecer el monasterio de Rufino. Le miraba como á su hijo predilecto, pues era considerado como el padre espiritual de todos los religiosos de aquella comarca. Entre los consejos que le dió para la gloria de Dios y el gobierno de sus hermanos, le habló un dia de esta manera : « Quiero, hijo, mio, confiaros un secreto de caridad, y deseo que nunca lo olvidéis. Ya se halle vuestro monasterio en la pobreza, ya tenga abundancia, nunca negueis la hospitalidad : abrid vuestra puerta á todos los extranjeros que necesiten de vuestros auxilios, y Dios os coronará de gloria. » Hipaco recibió con gran respeto este consejo, y habiéndose puesto de rodillas para recibir la bendición del venerable anciano, no sólo dió hospitalidad á los pobres, sino que salía á buscarlos.

El número de sus religiosos llegó á treinta, y se ejercitaban en la oración y en la caridad para con los pobres y enfermos. Su unión era muy perfecta, y el monasterio de Hipaco era la morada de todas las virtudes. El don que había recibido de curar á los enfermos brilló con más claridad, pudiendo decir con san Pablo que compartía sus trabajos con los afligidos : que era prisionero con los que estaban cargados de cadenas : que sufría con los que estaban agoviados de trabajos : que derrámaba lágrimas con los que lloraban, y que se regocijaba con los que estaban alegres. Esta conducta tan digna de un buen cristiano le atraía el afecto y la admiración de todo el mundo.

Un cubiculario ó camarero del emperador, llamado Urbico, le profesaba especial estimación. Conveucido de su caridad y del don de milagros con que Dios le había favorecido, le llevó á un desgraciado imbécil, á quién su propio hermano tenía encerrado, y deseaba que muriese para apoderarse de sus bienes. Pero habiéndole hecho

observar un criado de este oficial, que si el enfermo moría en el monasterio, querrian los religiosos que se les indemnizasen los gastos, para lo cual retendrían sus bienes, y que en este caso el hermano le obligaría á pagar, vino alarmado al monasterio, pidiendo que se le devolviese al enfermo para entregarlo al hermano.

San Hipaco le respondió que no podía entregarlo hasta que estuviese enteramente curado, y que si temía por sus propios intereses, le daría un documento firmado por su propia mano, y por el cual se comprometía á suplir todos los gastos que se hiciesen. Aunque con alguna repugnancia por parte de Urbico, continuó el Santo sus caritativos cuidados, pidiendo al Señor la curación del enfermo. Ésta le fué concedida, y habiéndose restablecido enteramente, permaneció en el monasterio, en donde se instruyó en la piedad, y pasó el resto de su vida, dando gracias al Señor por haberle curado y traído á aquella santa casa. Algún tiempo despues cayó nuevamente enfermo, y murió edificando á todos los que le rodeaban.

San Hipaco participó su muerte á Urbico, el cual fué al monasterio y ofreció pagar todos los gastos causados; pero el Santo no quiso aceptar cosa alguna, y le hizo entrega de todo lo que pertenecía al muerto. Esta generosidad conmovió á Urbico, el cual abrazó con efusión al Santo, y le rogó que á lo menos le permitiese hacer todas las reparaciones que necesitaba el monasterio para hacerlo habitable. En su consecuencia, hizo venir un gran número de trabajadores, y ayudándoles los religiosos, en poco tiempo quedaron concluidos el oratorio, las celdas y la iglesia, pudiendo decirse que se levantó un monasterio de nueva planta y con capacidad, para que lo habitase una numerosa comunidad. Se hizo también un cementerio para los religiosos, y el emperador contribuyó también á la obra.

El Santo hizo construir para él una celda, en la cual se encerraba durante la cuaresma, cerrando la puerta y no dejando más que una pequeña ventana por la cual recibía un poco de pan cada dos días, y hablaba á los religiosos cuando era necesario. Pero aún cuando recibía todo el pan que se le llevaba, se descubrió, que comía muy poco de él, y el día de Pascua salía con un aire tan venerable, que se asemejaba á un ángel del Señor.

Había sido ordenado de sacerdote por Filoteo, que, según la opinión de los continuadores de Bolando, era obispo de Calcedonia, y cuando celebraba la santa Misa, se hallaba su corazón lleno de un respeto tan grande y de una compunción tan viva, que, exhalando grandes suspiros en la presencia de Dios, se movían á lágrimas todos los asistentes. Cuando iba á la Iglesia, todos se sentían llenos de piadoso temor, tanto por las palabras de vida y conmovedoras exhortaciones que les hacía, como por la piedad con que celebraba los divinos misterios. Todos se agrupaban á su alrededor con respetuosa atención, cual tiernos niños que asientan al lado de un padre tierno y cariñoso.

La celda que se había reservado era también para él un lugar de oración y de contemplación, en que Dios le instruía, y le manifestaba con frecuencia los secretos de los corazones, como lo experimentaron muchos religiosos, que, hallándose tentados de diferentes maneras, y mientras que creían que estas tentaciones de nadie eran conocidas, le veían venir en su auxilio para ayudarles con sus consejos á combatir y á alcanzar la victoria sobre el enemigo de las almas.

El abad Jonás, que se acercaba al término de su vida, vino á visitarle por última vez, y despues de orar y de darle su bendición, como abad suyo que había sido, le dijo con ternura: « He querido, hermano mio, venir á veros por última vez, pues estoy próximo á entrar en el camino de mis

padres. No dejo de abrigar alguna queja, de que, siendo mi brazo derecho en mi monasterio, me hayais abandonado. » Tal era la ternura paternal con que se expresaba este venerable anciano, el cual volvió á su monasterio, y en seguida reposó en la paz del Señor.

Pero por grande que fuese la pena de Jonás por haberse separado de él, Dios manifestó de una manera muy clara que había destinado á Hipaco al monasterio de Rufino, tanto por los nuevos milagros que operó, como por el aumento de la comunidad, que llegó hasta el número de cincuenta religiosos. Hipaco experimentó en más de una ocasión los efectos de la divina Providencia, que con frecuencia le proporcionó milagrosamente medios de sustentar á sus religiosos, ora multiplicando los granos, ora purificando el trigo de una cantidad prodigiosa de gusanos que lo devoraban. Así lo dice el historiador de su vida, el cual añade otros muchos milagros que hizo para la curación de muchos enfermos y principalmente para la salvación de las almas; pues además de la gloria de Dios, á la cual dirigía en primer término todas sus acciones, era tan vehemente su caridad para con el prójimo, que nada encontraba difícil cuando se trataba de practicarla. Muy larga sería la enumeración de los prodigios que realizó, limitándonos á decir en general, que no hubo género alguno de enfermedad que no curase con sus oraciones y con el signo de la cruz, y que tenía tal imperio sobre los espíritus malignos, que se veían obligados á dejar los cuerpos de los poseidos, sin que ninguno se le resistiese. Entre otros casos, refiere su historiador uno que patentiza su autoridad sobre los espíritus de las tinieblas.

« Había á tres millas de su monasterio una comunidad de religiosos, dirigida por un superior llamado Eumatho, hombre de una virtud extraordinaria, y que se distinguía por su amor á Dios: Quiso el demonio sembrar la discor-

dia en esta comunidad de fervorosos monjes, y para ello les envió á un mago, que fingió querer renunciar al mundo y abrazar su instituto. Llevaba consigo á un hijo, y no pudiendo sospechar el superior sus malvadas intenciones, le recibió con mucha caridad : pero no tardó en darse á conocer, escandalizando á toda la comunidad con su depravada conducta. En una ocasión tuvo un trasporte de cólera tan violento contra su hijo, que lo hirió cruelmente con una vara, y lo cubrió de sangre. Eumatho y sus religiosos, turbados y afligidos á vista de estos excesos, rogaron á san Hipaco que viniese á ayudarles con sus consejos. Hízolo así inmediatamente el Santo, y apénas vió al autor de la perturbación, comprendió que era un emisario del príncipe de las tinieblas, y le golpeó con la misma vara que había empleado contra su hijo, diciéndole. ¿ Has venido aquí, miserable, á cometer un asesinato ?

Léjos de aprovecharse este desgraciado de la corrección, se irritó furiosamente, y dijo al Santo, que no pasaría una semana sin que experimentase lo que pensaba hacer. En efecto, habiendo vuelto Hipaco á su monasterio, le envió cuatro demonios bajo figuras monstruosas, y que parecían querer devorarle ; pero un ángel le libró de ellos, é Hipaco rogó al Señor que el mal que le preparaba este mago cayese sobre él mismo, para que sufriese la pena de su pecado. Su oración fué oída inmediatamente, pues los mismos espíritus infernales se apoderaron de aquel desgraciado el cual lleno de furor, se destrozaba á bocados, é imploraba el auxilio de Hipaco. En su consecuencia, le rogaron los religiosos que volviese á su monasterio para orar por él. Hízolo así, y al ver al energúmeno, le dijo : « ¿ Te atreverás á decir que Dios es injusto, porque castiga á los que le ofenden? Esto te indicará que cuida de una manera especial de los que le sirven. » Oró en seguida por él, le frotó con aceite bendito, y le libró de los

demonios que le atormentaban. Le quedó, no obstante, una gran debilidad, y el Santo dijo á Eumatho : « Cuidad de él con caridad hasta que dentro de algunos dias esté perfectamente curado, y en seguida despedidle. Tuvo la dicha de aprovecharse de este justo castigo.

Se le presentó también un hombre aflijido de un tumor, que le abultaba desmesuradamente la cabeza. El Santo lo limpió con mucha caridad, no obstante estar cubierto de úlceras y de pus, y le trató con mucho esmero aplicándole varios remedios y rogando por él ; pero el mal aumentaba, y llegó á sospechar que en la conciencia de este hombre hubiera algún crimen oculto que impidiera los efectos de su oración y de los remedios que empleaba : « ¿ No habeis cometido, le dijo, algún pecado, por el cual impida Dios, y no bendiga mis cuidados ? » La vergüenza le hizo no confesarlo, y respondió que no se sentía culpable. El Santo acudió de nuevo á la oración, y por la noche se le aparecieron cinco demonios diciéndole : « Pierdes el tiempo, con este hombre : no conseguirás lo que te propones, pues nos pertenece por el crimen que ha cometido. Ha engañado á su legítima esposa, y es un perjuró, que no ha temido profanar los santos evangelios. » Instruido con estos antecedentes, Hipaco dijo al enfermo : « Habeis cometido éste y aquel crimen, y no habeis querido confesarlo. Si hubiéseis hecho una confesión humilde, si os hubiéseis humillado en la presencia de Dios con una verdadera contrición, habríais experimentado los efectos de su misericordia ; pero la obstinación en no querer confesar vuestros pecados merece ser castigada. Así pues, léjos de curar como deseais, morireis dentro de tres dias, y sufriréis la pena á que os habeis hecho acreedor. » El historiador del Santo parece indicar que este desgraciado murió en la impenitencia.

De este pasaje se desprende que, además del don de los



milagros, le había otorgado Dios el de la profecía, y así se vió en varias ocasiones. Un ángel le anunció que hiciese grandes provisiones para el sustanto de sus religiosos y de los pobres, porque una gran escasez había de aflijir á todo el pais. Con este aviso celestial tomó sus precauciones, pidió algún dinero de personas que se hallaban en posición de prestárselo, é hizo gran provisión de trigos y legumbres. Diez dias despues se vió por la carestía de todos los géneros, que no se había engañado. Tres años duró el hambre, y durante este tiempo no dejó de socorrer á las gentes de la campiña, ordenando que se cociesen legumbres, que se les distribuían á la hora de Nona ; pero al mismo tiempo las obligaba á cantar *Kirie eleisón*, y á dar gracias á Dios por el alimento que les enviaba, pues no quería que se le alabase por su caridad, y si alguno lo hacía en su presencia, se avergonzaba y decia : « Estais engañados, hermanos míos, esto viene de Dios, y si alguna cosa falta, yo tengo la culpa. Dad á Dios la gloria y el reconocimiento que le son debidos, y á nadie alabeis ántes de su muerte, porque miéntras estamos en este cuerpo mortal, nos hallamos expuestos á caer, por lo mismo que somos hombres frágiles, y debemos desconfiar de nosotros mismos y obrar nuestra salud con temor y circumspección. »

Un conde llamado Elpidio, arquitecto del emperador, sufría vehementes dolores en todo su cuerpo por las vejaciones del demonio, y lanzaba gritos extraordinarios. Hizo que le llevasen en una litera al Santo, el cual oró por él : pero no habiéndose apaciguado enteramente los dolores, le rogó el Santo que no se marchase tan pronto, presintiendo sin duda lo que había de ocurrir. En efecto, tan luego como quiso ponerse en marcha, se reprodujeron los dolores, y hablando el demonio por su boca, exclamó : « Poseo riquezas innumerables. » Ésto no fué sin misterio, pues á pocos dias vió Hipaco acercarse al monasterio una

gran multitud de pobres, quejándose de las injusticias que les hacía Elpidio, el cual se había enriquecido por medio de estas vejaciones. El Santo entónces le dijo : « Muy pronto habeis de morir, porque Dios ha dispuesto castigar vuestros crímenes. Volved pues á vuestra casa, poned en órden vuestros negocios, y restituid los bienes que habeis adquirido injustamente, para que Dios perdoue vuestros pecados. » Terrible en extremo fué esta nueva para el rico avariento : el temor de una próxima muerte le determinó á hacer las restituciones que el Santo le había recomendado ; pero á su regreso los médicos, tan avaros como él, pretendieron persuadirle de que no corría riesgo alguno su vida. Tuvo la debilidad de creerlos. Sin embargo, la palabra del Santo se cumplió, pues Elpidio murió á los tres dias, exclamando : O abad Hipaco, ¿ en donde estais ?

Pero una de las principales profecías de este Santo fué la que hizo en órden al heresiarca Nestorio, y que vamos á exponer, tal como la refiere su historiador. Cuando Dénis, que mandaba el ejército de Oriente, acompañó á Nestorio en el año 428, para que tomase posesión de la cátedra de Constantinopla, y hallándose próximo á la ciudad, tuvo san Hipaco una revelación, en la cual le pareció ver que muchos seculares colocaban á este nuevo obispo sobre el trono pontifical, y al mismo tiempo oyó una voz que dijo : « Pasarán tres años, y habrán terminado estas alegrías. » Fácilmente comprendió el sentido de estas palabras, y dijo á sus religiosos y á algunas personas de su confianza : « Temo que este prelado caiga en el error : pero su gobierno no durará más que tres años y medio. »

Llegó esto á oídos de Nestorio, que se sintió muy molestado, así es que visitando los monasterios que había al paso, no quiso entrar en el de este Santo. Cuando se hubo instalado en su cátedra, le envió á decir con uno de sus clérigos : « Sois un imbécil : sabed que gobernaré durante

veinte años mi iglesia, y entónces ¿de qué servirán todas vuestras visiones? » Hipaco le respondió : « Si la visión que he tenido se confirma con el suceso, la revelación habrá sido verdadera : pero si sucede lo contrario, entónces me habrá engañado mi imaginación, como con frecuencia ocurre á los hombres. » No se limitó á esto el patriarca, sino que poco despues le envió á varias personas, para que le sorprendiesen en sus palabras, y tener motivo para castigarle. Hiciéronle varias preguntas inútiles y frívolas, que no sirvieron para otra cosa, que para poner de manifiesto su prudencia : de modo que los que habían venido para tenderle lazos, no pudieron ménos de admirar su profunda sabiduría. Así lo dijeron á Nestorio, que en adelante se abstuvo de enviarle á ninguna otra persona.

Al cabo de tres años empezó este heresiarca á manifestar sus errores, lo cual sabido por Hipaco, borró su nombre de los sagrados dípticos de su iglesia, y no hizo conmemoración de él en los sagrados misterios. Eulalio, obispo de Calcedonia, que no le era adicto, le reprendió é hizo severas amenazas, pero le respondió con firmeza, que desde que Nestorio había empezado á publicar su impia doctrina, se había separado de su comunión, y en cuanto á las amenazas que le hacía, podía ponerlas en ejecución, porque se hallaba dispuesto á sufrirlo todo en defensa de la fé. No tardó mucho en celebrarse el concilio ecuménico de Efeso, en el que fué depuesto Nestorio precisamente en el tiempo que se había revelado á nuestro Santo. De esta manera se verificó la visión, sin que pudiera tacharse de ilusión, como había pretendido el impío heresiarca.

Pero más que todo esto justificaba la verdad de estas dones sobrenaturales la santidad de su conducta y las virtudes de que se hallaba adornada su alma. Con más de un ejemplo hemos visto cuán grande era su compasión para con los afligidos, y con cuanta profusión socorría á los que se

hallaban en necesidad. Podía, dice su historiador, llamársele el padre de todos los que se hallaban destituidos de todo auxilio humano. Pero si grande era su caridad para con el prójimo, ¿cuanto no era su amor á Dios y su celo por su gloria y por la salvación de las almas? Llevado de este celo, purgó una gran parte de la Bitinia de los errores de la idolatría y cuando sabía que los paganos se congregaban bajo algún árbol para tributarle un culto sacrilego, se levantaba muy de mañana, é iba con sus discípulos á arrancarlo y echarlo al fuego, con lo cual fué apartando poco á poco á estos pueblos de sus supersticiones, y haciéndolos cristianos. En esto imitó el ardor del abad Jonás, su padre espiritual, que dulcificó las costumbres de un gran número de idólatras en la Tracia; atrayéndolos á la verdadera fe.

Llevado de este mismo celo, se opuso con la firmeza de un hombre apostólico al restablecimiento de los juegos olímpicos en la ciudad de Calcedonia. Habían sido abolidos por el emperador Constantino y sus sucesores, como un resto de idolatría; pero el prefecto Leoncio se propuso restablecerlos. San Hipaco se afligió mucho con esta determinación, y en el justo dolor que amargaba su espíritu, exclamó al Señor: « ¿Permitireis, Dios mio, que se restablezcan las supersticiones del paganismo, y que yo sea testigo de tan grande desgracia? »

Se presentó al obispo Eulalio juntamente con veinte de sus religiosos, y le expuso que no debía consentir una impiedad tan descarada. Eulalio no hizo caso, porque los miraba con desprecio, y les respondió que vería lo que había de hacer, y que á él sólo le correspondía guardar silencio en su soledad. « Puesto que vos, que debéis hacerlo, respondió Hipaco, lo rehusais, sabed que moriré, ó lograré mi designio. » No hizo más caso Eulalio de esta resolución, é Hipaco congregó á todos los archimandritas

de los diversos monasterios que le respetaban como á padre, y les dijo que se trataba de impedir á todo trance los juegos olímpicos, ó de morir en la demanda. Todos se ofrecieron gozosos á seguirle, pero Leoncio que había sido avisado de lo que ocurría, no se atrevió á celebrar los juegos, sino que, enjiéndose enfermo, se trasladó á Constantinopla, y en adelante no se volvió á hablar de estos juegos profanos.

Entónces fué cuando Eulalio conoció la pureza del celo y el mérito de Hipaco: comprendió que era un hombre crucificado para el mundo y dispuesto siempre á sacrificarse por la gloria de Dios. Con este motivo empezó á respetarle tanto como ántes le había despreciado, y le consideró como un bondadoso padre. Como este celo no tenía otro principio que una fe viva y un amor ardiente á Dios, no podía permitir que se hiciese ofensa á la doctrina que la Iglesia había recibido de los apóstoles, como estos la habían recibido de Jesucristo.

Después que Nestorio hubo sido depuesto y desterrado, muchos eclesiásticos y seglares, así como personas constituidas en dignidad vinieron á preguntarle si creía que volvería Nestorio á Constantinopla. « Si volviera, contestó, habrían llegado los tiempos del Antecristo, porque con su impia doctrina es su precursor. Pero si el Antecristo no debe aparecer todavía, estad seguros de que Nestorio no será restablecido en su silla... Me avergüenzo, continua, hermanos míos, de que haya impíos que se atrevan á apoyarle y á hablar como él. ¿Piensan escapar á la cólera de Dios que los amenaza, si no cambian de pensamientos y hacen penitencia, esos espíritus vanos, que tanto se complacen en sus falsas luces? »

« Por lo que á nosotros toca, hermanos míos, sigamos las luces de la fé, no nos separemos jamás del camino de la verdad, que nos ha sido trazado por los apóstoles, y crea-

mos constantemente en la santísima y adorable Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo. Creamos firmemente que el Verbo divino, el Hijo único del Padre, tomó carne en el seno de la santísima Virgen María por obra del Espíritu Santo ; que nació según la tradición de los Padres ; que apareció en carne mortal ; que realizó obras divinas y milagros ; que se dignó sufrir en esta carne el suplicio de cruz y la muerte ; que resucitó, y quiere que todos nosotros resucitemos de la muerte del pecado para restituirnos á la primera inocencia. »

Cuando de esta manera hablaba de los sagrados dogmas de la Iglesia opuestos á los errores de Nestorio, se le escuchaba con admiración, se le manifestaba el gozo con que se le oía, y todos se instruían con santo avidez en las verdades católicas. Pero no eran sólomente sus palabras las que conmovían los corazones y hacían gustar la verdad, sino que su solo ejemplo bastaba para mover y producir vivísimas impresiones, á que era muy difícil sustraerse. ¿ Cuantos paganos, dice su historiador, no se sentían, sólomente con verle, abrasados en ardientes deseos de recibir el santo bautismo ? ¿ Cuantos herejes no abjuraron sus errores ? ¿ Cuantos pecadores no se separaron de sus desórdenes, y cuantas personas, entregadas exclusivamente á los tumultuosos negocios del siglo, no lo abandonaron todo para entregarse enteramente á la salvación de sus almas ?

Atraía á sí á muchas personas de los más remotos países : su reputación se extendía tanto al Oriente como al Occidente : de todas partes se le escribía, y se le enviaban eulogios de Siria, de Jerusalem, de Egipto, de Tesalónica, de Asia y de Roma. Los más célebres archimandritas de entre los solitarios le escribían para encomendarse á sus oraciones, y para participar de las bendiciones que había recibido del cielo en beneficio de sus almas. A todos respondía con una caridad y una humildad, que los confirmaba

en la alta estima en que tenían su piedad, y les pedía que le alcanzasen de Dios la gracia de no separarse del camino de la virtud durante la peregrinación de esta vida.

El emperador Teodosio el joven vino á visitarle más de una vez en su monasterio, y admirando más y más su virtud, le abrazó diciendo : « No me han engañado en lo que de vos me han dicho : juzgo por mí mismo, y veo que me han dicho la verdad. » Le escribía también muy frecuentemente, y recibía con grande satisfacción sus respuestas. Algunas veces le decía el Santo : « Ruego al Señor que os conceda la gracia de observar sus mandamientos con un corazón recto y con la única intención de agradecerle.

Las tres princesas, hermanas de este emperador, que eran muy piadosas, venían de tiempo en tiempo á un palacio inmediato á la iglesia de los Santos Apóstoles (ésta era la de su monasterio, como hemos hecho notar al principio de este capítulo), y le hacían llamar, si no quería que fuesen en busca suya. Al punto se trasladaba al palacio por respeto á su rango y á su piedad, y despues de edificarlas con su conservación llena de saludables instrucciones, oraba por ellas, les daba su bendición y regresaba á su retiro.

De esta manera se realizaba lo que Dios le dió á entender, cuando le ordenó que viniese al monasterio de Rufino, en donde le prometió que trabajaría por la gloria de su nombre, y que brillarían sus obras hasta en los países más remotos. Y efectivamente, basta fijar la atención en la santidad de su vida, para que no extrañe el respeto y la estimación que por todas partes se le profesaba.

Hierbas ó legumbres con un poco de pan constituían todo su alimento : no bebió vino sino en su vejez, y esto en muy corta cantidad. No comía hasta despues de la hora de Nona, y algunas veces hasta más tarde. En la cuaresma pasaban dos dias sin que tomase, ningún alimento, y sin

embargo, no le abatía tan rigurosa abstinencia, y su semblante estaba de tan buen color, cual si se alimentase con los más delicados manjares.

A ejemplo del real Profeta oraba al Señor siete veces al día. Después del primer sueño se levantaba, así como á media noche, para cantar los salmos, en número de ciento con otras tantas oraciones, lo cual observó religiosamente hasta la muerte, y dejó como un punto de regla á sus discípulos. Leía asiduamente las sagradas Escrituras, que formaban las delicias de su alma. Se complacía así mismo en los libros de piedad, principalmente en aquellos que contenían máximas adecuadas para la práctica de la virtud. No salía de su monasterio sino para asistir al santo Sacrificio en la iglesia de los santos Apóstoles, ó cuando tenía que hacerlo para gloria de Dios. Fuera de estas ocasiones, que eran muy raras, permanecía, constantemente en su retiro, que formaba las delicias de su alma, ocupándose asiduamente en la contemplación de las cosas celestiales y en el gobierno de su comunidad. Su constante aplicación á las cosas divinas no le impedía vigilar á sus religiosos, y procurar el orden en su monasterio, tanto en lo temporal como en lo espiritual. Y en cuanto á lo temporal, por más que no tenía ese conocimiento del mundo, que se necesita para el buen éxito de los negocios, Dios le dió una inteligencia privilegiada hasta el punto que, habiendo admitido á un considerable número de discípulos, se admiraban muchas personas habituadas á los negocios de ver una inteligencia, á cuya penetración nada escapaba.

Su oración era ardiente y acompañada de sentimientos de grande compunción. No siempre podía contener los trasportes de amor y de contrición de que estaba lleno su corazón, y á pesar suyo, los manifestaba con gemidos y lágrimas que conmovían á los demás. Procedía esto de que amaba á Dios con extremada ternura y con todo el afecto



de que era capaz, y este amor le daba tal confianza en la bondad divina y en su protección, que, cuando se trataba de los intereses de su gloria, no encontraba nada imposible, ni temía nada, ni guardaba consideraciones humanas.

Alejandro, fundador de los Ascemetas, de quienes hablaremos en su lugar, cayó en desgracia del emperador, fué arrojado de su monasterio juntamente con sus discípulos, y desterrado despues de habersele azotado despiadadamente. Se obligó á sus religiosos á que lo condujesen, porque á causa de los malos tratamientos, se hallaba imposibilitado de andar. San Hipaco, que conocia su virtud, fué tan vívamente afectado, que, saliendo á su encuentro, lo recibió en su monasterio, hasta que estuvo enteramente curado. El obispo de Calcedonia, que temía que esto sentase mal en la corte, le envió á decir que inmediatamente échase á Alejandro de su monasterio ; pero el Santo le respondió que conocía muy á fondo la virtud de Alejandro, por lo cual consideraba que el que le maltratase ofendería á Dios en las niñas, como suele decirse, de sus ojos. Esto, sin embargo, no impidió que se presentasen al dia siguiente algunos oficiales del obispo para arrojar á Alejandro. Antes que estos llegasen, se supo la noticia en el monasterio, alarmándose todos los habitantes de la campiña, que lo tenían en gran veneración, y que vinieron á ofrecer sus auxilios contra los oficiales del obispo. Pero Hipaco que estaba muy léjos de emplear la menor violencia, les respondió que no quería que le defendiesen, y que si era voluntad de Dios que muriese, este Señor era infinitamente poderoso para impedir que se cumpliese su voluntad. En efecto, cuando se preparaba á retirarse juntamente con Alejandro y los religiosos de ambas comunidades, pidieron á los oficiales del obispo que se les permitiese llevar consigo algunos libros para su consuelo espiritual ; pero entretanto

se presentó un oficial del emperador, llamado Efipo, el cual dijo en voz alta :

« Que se llame á un notario para que dé fe de todos los que se hallan aquí : pues el emperador quiere saber quienes son los que vienen á maltratar á los siervos de Dios. » Al escuchar estas palabras, todos se cubrieron el rostro para no ser conocidos, y se retiraron. De esta manera permaneció san Hipaco tranquilo en su monasterio, y Alejandro se retiró con sus discípulos á quince millas de distancia, en una soledad en que edificó un monasterio muy considerable, que fué habitado por trescientos religiosos.

Queriendo san Hipaco visitar á los hermanos que habitaban el pais de Bitinia regado por el rio Riba, escogió la época en que los paganos celebraban la fiesta de Diana, que se llamaba Kalathi.

Esta fiesta se hacía con gran tumulto, á semejanza de las bacanales : de modo que los caminantes corrían grandes peligros durante esta época, que era de cincuenta dias. Se expusieron, pues, al Santo estos peligros ; pero contestó souriendo : « Dios cuidará de mí durante este viaje, y nada tendré que temer. » Se sintió, en efecto, animado de una fé viva que redobló su valor.

No tardó en experimentar los peligros que se le habían anunciado ; pero fué para vergüenza del maligno espíritu. En el camino se le presentó un espectro que tenía la figura de una mujer, pero tan alta como diez hombres, y rodeada de un rebaño de cerdos. No necesitó más que hacer la señal de la cruz para que se dispase este fantasma, que no era sino un espíritu maligno, al que tributaban sacrilego culto aquellos ciegos idólatras durante estas fiestas.

En otra ocasión experimentó también la protección divina de una manera no ménos prodigiosa. Iba á visitar con algunos de sus religiosos á los que habitaban el monte Olimpo, que se halla situado á cien millas de Calcedonia.

Cuando hubieron llegado á la montaña, se cubrió el cielo de oscuras nubes, y se levantó una tempestad horrorosa. Era en el otoño: los que le acompañaban le rogaron que pidiese á Dios que no cayese granizo. Levantó, efectivamente, sus manos al cielo, y por un prodigio digno de admiración, la lluvia que en grande abundancia caía mezclada de granizo, y que se extendía por el espacio de una legua, no les tocó, y llegaron al monasterio á que iban tan secos, como si hubiesen venido con un tiempo sereno.

El historiador de su vida refiere otras muchas maravillas, que nosotros suprimimos por abreviar, y protesta ser verdadero todo cuanto dice: que el celo por la gloria de este Santo no le arrastra á usar de hipérboles, y por ultimo, que no era sólomente Hipaco, sino el mismo Jesucristo el que obraba en él estas cosas extraordinarias: pues que este Santo le amaba con toda la ternura de su corazón, y ejecutaba su divina voluntad con el más sincero fervor.

Aproximóse el tiempo de su muerte, y Dios le concedió el consuelo de dar ántes sepultura á un excelente solitario llamado Zenón, natural de Alejandria, y que vino de un monasterio situado á orillas del mar Rojo para morir en sus brazos. Este religioso perfecto era ecónomo de su monasterio, compuesto de cincuenta religiosos, que parece ser el de Raitha, saqueado en esta época, como anteriormente lo había sido, por los Blemienses. Zenón fué avisado por una voz celestial para que se trasladase al lado de san Hipaco, á quién Dios había escogido para que cerrase sus ojos, así como también se le reveló que este Santo le sobreviviría muy poco tiempo. Obedeció, pues, á esta orden, y habiendo llegado á las inmediaciones del monasterio, encontró que iba en dirección de una viña, que, no obstante su avanzada edad, se había encargado de cultivar para uso de los enfermos. Su barba y sus cabellos blancos como la nieve, y su aire venerable que inspiraba respeto á

todos los que le veían, le hicieron presumir que era Hipaco, y al saber de su boca que lo era efectivamente, le declaró que Dios lo enviaba para que le diese sepultura. Nada tenía Zenón que previniese en su favor; ántes por el contrario, estaba cubierto de un hábito pobre y rústico, y ocultaba su mérito bajo un exterior bajo y humilde. Hipaco, á quién sólamente guiaba la caridad, le llevó á su monasterio, y se notó que durante los diez dias que Zenón estuvo en él, trabajó más que ninguno otro.

Al cabo de este tiempo vió que iban á enterrar á un religioso, y pidió al Señor que le concediese esta misma gracia. Cayó enfermo aquel mismo dia, y murió á los seis. Despues de su muerte se encontró bajo los hábitos un documento auténtico, en que constaba haber sido elevado al sacerdocio, cuyo carácter había ocultado por humildad, y que fué confirmado algún tiempo despues por uno de sus hermanos, que vino al monasterio de Rufino.

En cuanto á san Hipaco, despues de haber gobernado durante cuarenta años su comunidad, y honrado su sacerdocio con la santidad de su vida: despues de haber visto morir á cincuenta de sus religiosos, no sobrevivió más que tres meses al solitario Zenón, estando ya dispuesto, cual sazonado fruto, para el cielo, no por su edad que era entónces de ochenta años, sino por la elevada perfección á que habia llegado. Sintiendo, pues, que se acercaba su fin, congregó á sus religiosos, y les habló de esta manera. « No pasarán tres meses sin que el Señor descargue sobre la tierra el peso de su cólera: así es que es para mí más consoladora la muerte, que ser testigo de las tribulaciones que han de afligir al mundo. Pensad, pues, en vosotros mismos, pues yo he terminado mi carrera, y sed fieles al Señor: obrad vuestra salvación con temor, y seguid exactamente las reglas que os he prescrito, y de que he procurado daros ejemplo. Yo espero que, si realizais la obra de

Dios con fidelidad, nunca os abandonará ; que experimentaréis su misericordia como yo mismo la he experimentado, y por último, que coronará vuestra paciencia con una gloria que no tendrá fin. Con estas condiciones os reconoceré como verdaderos hijos, y habitaremos juntos los tabernáculos del Señor. »

Excelente instrucción para los religiosos, que deben considerar que los fundadores de sus órdenes no reconocen en la presencia de Dios como á hijos, más que á los que han sido fieles observantes de sus reglas. Sin embargo, los de san Hipaco no pudieron oírle sin deshacerse en amargo llanto, pues veían que no deseaba otra cosa que la muerte. Su enfermedad duró cinco dias, y al sexto, que era domingo, dijo : « Llamad á todos los hermanos, para que yo les dé por última vez la santa comunión. » Pero ántes quiso dar á cada uno en particular su bendición, y fué arrobado en un éxtasis, durante el cual se le oyeron estas palabras : « Venid, regocijémonos en el Señor. » En seguida, y miéntras que daba á sus religiosos la santa Eucaristía, cantaron estos algunos salmos ; pero las lágrimas que brotaban de sus ojos, apagaban sus voces.

Parecióles durante este tiempo que los ángeles venían á recibir su alma, con lo cual se cambió en gozo su tristeza, y entonaron el salmo : *venid, regocijémonos en el Señor*, Volvió el Santo á caer en su éxtasis, y como si viese obispos que venían á llevarle consigo, les pidió su bendición, la cual le otorgó uno de ellos. Su pobre lecho estaba rodeado de clérigos, de monjes y de muchos de sus amigos, que habían corrido al monasterio para recibir su bendición. Dióselo efectivamente á todos cual padre cariñoso, y entregó su espíritu al Señor, dejando en su monasterio cincuenta religiosos, que encomendó muy encarecidamente al que había de sucederle en su dirección.

Muchos prelados y un gran número de siervos de Dios

que le habían tratado íntimamente, se congregaron para celebrar sus exequias. La afluencia de pueblo fué extraordinaria, concurriendo de todos los parajes vecinos y de diferentes monasterios con autorchas encendidas, y en medio de cánticos y salmos se le condujo al oratorio, en que los religiosos hacían sus oraciones, depositándolo en un sepulcro de piedra, mientras se concluía el que estaba construyendo á sus expensas el cubiculario Pedro. Pero cuando se iba á colocar en la tumba, se arrojó el pueblo sobre su cuerpo, queriendo cada cual arrebatar un pedazo de hábito, de modo que costó mucho trabajó darle sepultura.

No habían transcurrido treinta días, sin que se dejasen sentir las desgracias que había vaticinado. Primeramente cayó una fuerte granizado que destruyó todas las viñas, y cinco meses despues se dejó sentir un terrible terremoto, y los hunos que, en diferentes irrupciones habían llegado de la Tracia, se hicieron tan poderosos, que llegaron á apoderarse de cien ciudades. Poco faltó para que llegasen á la misma Constantinopla, de donde se habían retirado muchos habitantes, y la mayor parte de los religiosos se refugiaron en Jerusalem, para estar más léjos de estos bárbaros.

Es imposible describir los excesos de crueldad que cometieron en esta provincia. Por todas partes la inundaron de sangre : saquearon las iglesias y los monasterios, asesinaron á los monjes y religiosas, y devastaron todo el país. « Nosotros pudimos salvarnos, dice el historiador de la vida del Santo, lo que demuestra que era uno de sus discípulos : recordamos lo que nos dijo poco ántes de su muerte, y ¿ como lo hubiera sabido este santo hombre, si Dios no se lo hubiese revelado ? »

San Hipaco tenía una hermana que, habiendo quedado viuda, se santificó en su estado, siguiendo fielmente las

reglas prescritas por san Pablo. Murió ésta tres dias ántes que el Santo, y dejó una hija que, despues de contraer matrimonio y de tener una hija, abrazó, lo mismo que su marido, la vida religiosa. El fué elevado al diaconado, y ella llegó á una grande perfección en el monasterio en que se había retirado. De esta manera, según hace notar su historiador, este Santo que tan fielmente había imitado las virtudes de san Antonio, tuvo, como éste, una hermana única, que se consagró al Señor, y tuvo también la dicha de contemplar á este santo patriarca en una visión, en medio de los Apóstoles, y de recibir su santa bendición. Es de creer que san Hipaco muriese el año 446, acerca de lo cual puede verse á los Bolandistas.

---

## DISCIPULOS Y DOCTRINA ESPIRITUAL DE SAN HIPACO.

San Hipaco tuvo cien discípulos, cincuenta de los cuales le sobrevivieron. Quedaron estos muy unidos entre sí, y continuaron conduciéndose cual si su padre estuviera presente, y recordando sin cesar las excelentes instrucciones que les había dado. De esta manera su monasterio fué objeto de edificación, y glorificó mucho al Señor con la exactitud que se observaba en el oficio divino y con la práctica fiel de la regla.

El ejemplo de sus virtudes, así como sus conmovedoras exhortaciones y sus extraordinarios milagros poblaron el monasterio. Su historiador cita entre sus discípulos á Aquila, que, habiendo sido casado, vino á ponerse bajo su dirección, llevando á cinco hijos, que quisieron seguir su ejemplo,

así como à una esclava, que habitó en una celda inmediata al monasterio, y en que se santificó con los éjercicios de piedad. Entre sus hijos se distinguió uno llamado Benjamin, que en poco tiempo hizo grandes progresos en la virtud, y se preparó santamente para el cielo. Habiendo caido gravemente enfermo el Santo, se affligió de tal manera este jóven, que rogó fervorosamente al Señor morir en lugar de este santo abad, que tan útil era para los religiosos y para los pobres. Dios escuchó su oración, pues murió despues de tres dias de enfermedad. En quanto à Aquila, llegó à una edad muy avanzada, y se hizo digno de elogio por la regularidad de su conducta.

Monaxo, consular muy poderoso, tuvo cuatro hombres de su comitiva, que le abandonaron para hacerse monjes bajo la disciplina del Santo. Envió al punto emisarios para que averiguasen su paradero, sobre todo el de uno de ellos que era pariente suyo, y à quién amaba entrañablemente. Apoderáronse de uno de ellos llamado Pablo, al que Monaxo hizo azotar y encerrar en una prisión; pero durante la noche un ángel le puso en libertad, y por este medio pudo unirse à san Hipaco. Supo, al fin, Monaxo en donde se hallaban, y envió à decir al Santo que se los devolviese; pero éste le respondió que no era justo quitarlos à Dios para entregarlos à él, y que, si quería usar de violencia, podía venir al monasterio para arrebatarnos del lugar santo en que habían querido refugiarse.

Semejante respuesta embarazó à este señor, al mismo tiempo que le habían infundido temor la libertad milagrosa de Pablo y la santidad de Hipaco. Tomó, pues, el partido de enviar algunos sacerdotes para que rogaran al Santo que se presentase à él. Excusóse en un principio, y aún se le aconsejó que no lo hiciera, no fuese que, una vez estando en su poder, lo encarcelase hasta hacerle entregar à sus cuatro servidores. Sin embargo, ninguna de estas consideraciones



le impidió ir, y Monaxo lo recibió con grandes muestras de consideración : pues en aquella noche, le dijo, había tenido un sueño, en el cual le parecía haberle visto entrar en su casa y hacer oración. Persistió, no obstante, en su demanda, y le relató con grande élocuencia los hechos que había realizado en las tres veces que había ejercido la prefectura de la ciudad.

Viéndole san Hipaco tan obstinado, se afligió en extremo y le dijo : « Si en este asunto no juzgais sino con arreglo al espíritu del mundo, vuestros servidores, á quienes he dado acogida, deben volver á vuestras órdenes ; pero si juzgais según el espíritu de Dios, se han hecho siervos del Señor universal á quién vos debéis acatar. Si quereis retirarlos de este soberano Señor para apropiároslos, temed que os hagais merecedor de su justa cólera. » Conmovidó Monaxo con esta respuesta, y temiendo las amenazas que se le hacían, le dijo : « No quiero, Padre mio, oponerme á los divinos designios : estoy muy satisfecho de que se hayan consagrado al servicio del Señor. Bendecid mi casa y mis hijos, y orad por nosotros : en adelante no os causará aflixión este negocio. » Despues de darle el Santo la bendición que deseaba, se retiró á su monasterio.

Podemos también colocar en el número de sus discipulos á cuatro personajes, que con sus oraciones ganó para el Señor, y que, sin haber tomado el hábito religioso en su monasterio, vivieron juntos bajo su dirección en el ejercicio y fervor propios de los santos monjes. Hé aquí como refiere este hecho su historiador. « Un buén abogado y fervoroso cristiano contrajo estrecha amistad con el Santo á causa de su insigne piedad, y hablaba frecuentemente de él á tres hermanos que tenía y que, como él, frecuentaban el foro. Dos de ellos no estaban bautizados, y deseaban visitar al Santo. Los llevó su hermano, y quedaron encantados de oírle hablar con tanta unción de las

cosas santas. Uno de ellos, como para ver lo que respondía, le dijo : « Padre mio, hay una doncella muy virtuosa que desea que le hagais un presente, el cual podremos llevarle nosotros. »

Ilustrado el Santo con una luz celestial, le dijo : « No es costumbre mia hacer presentes á las doncellas ; pero yo quiero recibir uno de vuestra parte. » Penetraron su pensamiento, y recibieron el santo bautismo. Esto era precisamente lo que el Santo pretendía. Dió al Señor humilde acción de gracias, y les dió los libros necesarios para que se instruyesen en los deberes de un buén cristiano, y se dispusiesen al sacramento de la regeneración. Díjoles también, aludiendo á los cuantiosos bienes que poseían : « Trabajad todos los dias en la salvación de vuestras almas : pues esto es lo único que os quedará despues de esta vida ; mientras que los tesoros que poseeis, los habeis de dejar en la tierra. »

Les confirió el santo bautismo, que uno de ellos recibió con tanta abundancia de gracias, que, hallándose ántes enteramente consagrado á los negocios mundanos, sintió desde entónces su corazón tan desprendido de las cosas de la tierra, que hubiérase dicho que se había trasportado al cielo. Casi no sabía otra cosa que orar, gemir y llorar en la presencia del Señor. El espíritu de compunción de que estaba penetrado edificaba admirablemente á todo el monasterio.

Hubiera deseado el Santo tenerle á su lado ; pero le dijo que quería volver á su casa para convertir á su mujer. Anuncióle el Santo que muy pronto sería ordenado sacerdote, como así se realizó. Una vez revestido del carácter sacerdotal, miró á su mujer cual sí fuese una hermana, é imitó las virtudes del Santo, pidiéndole que le pusiese por escrito la regla que había de seguir. Practicó esta regla con tanta exactitud, que admiraba y edificaba á todos con

su fervorosa piedad. Habiendo sido elevado poco tiempo despues su hermano al sacerdocio, vivieron juntos, sirviendo á Dios con toda fidelidad.

Un secretario del prefecto, llamado Egercio, que aún era pagano, perdió unos papeles de importancia. En el disgusto que experimentaba oyó hablar del Santo, y vino á postrarse á sus pies, diciéndole : « Rogad, Padre mio, para que yo encuentre mis papeles, y prometo hacerme cristiano. De otra manera me encuentro perdido : tendré que huir, ó seré condenado á muerte. » Exhortóle el Santo á que pusiese su confianza en el Señor, y oró por él. « Volveos, le dijo, y en el camino encontrareis á un hombre, el que os dará la buena nueva de haberse encontrado vuestros papeles : no olvideis que habeis prometido á Dios haceros cristiano, y cumplid vuestra promesa. » Apénas había caminado una legua, vió venir á uno de sus criados, que se apresuró á participarle que se habían encontrado los papeles. El gozo que esto le produjo le hizo volver para dar las gracias al Santo. No sólamente quiso ser bautizado, sino que le rogó que le vistiese el hábito monacal, é hizo renuncia de su cargo. Poco despues se le encomendó por el Santo el cuidado de recibir en el monasterio á los religiosos extranjeros y á los pobres, cuyo cargo ejerció con grande caridad.

Se cuenta también entre sus discípulos á un hombre llamado Macario, que, habiendo recibido el santo bautismo, le rogó que lo admitiese en su comunidad. En un principio demostró mucho celo y muy buena voluntad, pues él solo hacía el trabajo de cuatro, y en todos los officios suplía á los demás, lo cual no impedía que recitase dos veces cada dia todo el salterio. Era tan grande su caridad, que se olvidaba de sí mismo para buscar el bién de sus hermanos ; pero despues de haber perseverado durante dieciocho años en este estado, el demonio, que encontró en

él una funesta predisposición á la vanidad, le inspiró la ilusión de haber llegado á más perfecta virtud que los demás. Esta vana presunción fué apoderándose de su alma, hasta precipitarle en la locura.

Los consejos de san Hipaco no hicieron en su ánimo impresión alguna; ántes por el contrario, resolvió dejar el monasterio, por más que sus hermanos, que le veían caminar á su perdición, quisieron detenerle con sus lágrimas y ruegos. Cuatro años perseveró en este miserable estado, y en este tiempo murió san Hipaco; pero un año despues fué acometido de una enfermedad peligrosa, que le hizo entrar en sí mismo. Sus hermanos le recibieron nuevamente, y le trataron con la más grande caridad. Ochenta dias estuvo sin tomar alimento alguno, y durante este tiempo sentía como si desgarrasen su cuerpo con grandes golpes, exclamando incesantemente: « ¡ Desgraciado de mí, que he despreciado á mi padre Hipaco! » Al fin exhaló su espíritu en medio de los más acerbos dolores, y dejando á sus hermanos un ejemplo memorable de la necesidad de ser humilde, por muy grandes que sean los progresos que se hayan hecho en la virtud.

La vocación de Elpidio, otro discípulo del Santo, fué muy maravillosa. Era idólatra, y habitaba con otros cuarenta que profesaban sus mismas supersticiones, á tres jornadas del monasterio, en donde ejercían las prácticas de su abominable culto, no obstante la prohibición de los emperadores; pero Elpidio que quería hacerse cristiano, rehusaba tomar parte en ellas, lo cual dió motivo á que los demás le castigasen y vejasen, diciéndole: « Mira de que te sirve el Cristo de los cristianos. » Súpolo san Hipaco, y le envió algunos emisarios y un caballo, para que lo trajesen á su lado, pues no se hallaba en estado de caminar á causa de los golpes que había recibido. Le acogió con su acostumbrada caridad, limpió sus llagas, las curó, y en seguida

le dió el santo bautismo y el hábito monacal. Tres años perseveró Elpidio en este estado observando la regla con grande piedad, y al cabo de este tiempo murió con la muerte de los justos. En cuanto á los demás idólatras, san Hipaco los exhortó á la conversión y á la penitencia, si no querian experimentar los efectos de la cólera divina; pero obstinándose en su idolatría, no tardaron en ser castigados, pues al poco tiempo se hundió la casa en que vivian: algunos de ellos fueron poseidos por el demonio, que les hizo perecer con una muerte cruel: otros fueron dispersados, y todos sufrieron la desgraciada suerte que el Santo les había predicho.

Antioco, personaje muy estimado en todo el pais, fué por esta misma causa objeto de la envidia de algunas personas, que se valieron de maleficios para perderle, y el demonio le hizo sufrir tan cruelmente, que no podía vérsese sin experimentar compasión. Cincuenta dias estuvo sin poder reposar un solo instante, y dando continuamente espantosos gritos. En vano se le llevó á diferentes oratorios: Dios quería servirse de san Hipaco para su curación. Una vez obtenido este beneficio por sus oraciones, no se limitó Antioco á manifestarle su gratitud, sino que quiso recibir el hábito monacal, y abrazó la santa observancia con tanto celo, que hizo grandes progresos en la virtud, y fué uno de los discípulos más queridos del Santo.

Lo mismo sucedió á otro llamado Dionisio, à quién el Santo libró del demonio. Su curación le determinó á dejar el mundo para abrazar la vida religiosa, en la cual pasó el resto de su vida bajo la dirección del santo abad. Por el contrario, otro á quién el historiador no nombra, y que era albañil de profesión, sufrió el castigo de su infidelidad. Viendo la virtud eminente de san Hipaco, había prometido á Dios hacerse monje; pero muy pronto se olvidó de su promesa, y Dios hubo de castigarle privándole de la vista.

Se presentó nuevamente al Santo y confesó su falta, pidiéndole ser curado. El santo abad oró por él, y fué oído. Esta gracia milagrosa debiera haberle movido á cumplir su voto ; pero fué ingrato, y poco tiempo despues fué sepultado bajo las ruinas de un edificio que estaba construyendo, quedando tan destrozado su cuerpo, que no pudo encontrarse uno solo de sus huesos.

El historiador del Santo alaba á otro de sus discípulos, llamado Polícrono, que, aún siendo seglar, practicó muy buenas obras. En este tiempo tuvo una úlcera en el pié derecho, que parecía incurable, y vino á pedir su curación al Santo, hallándose resuelto á hacerse religioso, si Dios escuchaba sus votos. San Hipaco, que no ignoraba el bién que hacía en el mundo, rehusaba admitirlo, para no privar al público de sus obras de caridad. Díjole, pues, que reconocería que su vocación al estado monástico procedía de Dios, si era oída la oración que habia hecho por la curación de su pié. Dios escuchó favorablemente su oración: Polícrono fué curado, y admitido en el número de los monjes, entre los cuales vivió como muy buen religioso.

Los griegos hacen mención en sus *Méneos* de un asceta ó religioso llamado Juán, que vivió santamente en el monasterio de Rufino ; pero ignoramos la época en que vivió, y no podemos contarle en el número de los discípulos de san Hipaco.

Expongamos ahora algunas de las instrucciones que daba á sus religiosos.

Un día les decía : « Sabed, hermanos míos, que un monje debe aplicarse principalmente á tres virtudes, que son las fundamentales de la vida religiosa. La primera es la renuncia á su propia voluntad : la segunda una perfecta sumisión á la de su superior, y la tercera una total entrega á Dios : porque él ejerce un cuidado especial sobre noso-

tros, y jamás rechaza á los que en él ponen su confianza. Habeis renunciado al mundo, habeis dejado todo cuanto más amabais en él, y habeis venido á mí, que nada valgo, para ponerlos bajo mi direccíon. Así como yo hago todos los esfuerzos que están á mi alcance para instruiros en lo que manda el Señor, así es necesario que vosotros lo ejecuteis, para que le seais agradables, y para que en el dia del juicio pueda yo decir con entera confianza á Jesucristo : « Heme aquí, Señor, con todos los hijos espirituales que me habeis dado. »

Viendo que algunos religiosos se descuidaban en el cumplimiento de sus deberes, les dijo en un arrebatado de celo : « Guardaos, hijos míos, de que llegue á indignarme vuestra negligencia, pues esto me impediría orar con la atención de espíritu y de corazón que yo deseara. Me veo obligado á instruiros y corregiros, porque Dios me ha confiado vuestra direccíon, y temo que, faltando á este deber, me suceda como al sacerdote Heli, que fué castigado en sus hijos por no haberlos corregido. Esforzaos, pues, hijos míos, en practicar la virtud con los auxilios de la gracia, que Dios no os negará. Perseverad en el bién que habeis comenzado, y hacedlo, no por instigación sino por inclinación. Absteneos de todo lo que tenga apariencia de mal : ejercitaos en la longanimidad y en la paciencia, pues esta virtud nos es absolutamente necesaria para cumplir la voluntad del Señor y hacernos dignos de sus recompensas. No olvideis que, para alcanzar el reino de los cielos, es preciso hacerse violencia. »

Con mucha frecuencia les repetía estas importantes máximas. « Mis queridos hijos, no es asunto de poca importancia el cumplimiento de los deberes que nos impone la religión cristiana. Tenemos necesidad de combatir constantemente ; pero no por eso nos hemos de desanimar. Consideremos que el trabajo durará muy poco tiempo, y

que la recompensa será eterna : hagamos, pues, todos los esfuerzos posibles para alcanzar esta bienaventuranza, que no ha de tener fin. Corramos para ceñir la corona que nos está preparada. Aprendamos á practicar el bién, y Dios nos fortalecerá. Tenemos que combatir contra los demonios y contra nuestras pasiones : tomemos como armas espirituales, el escudo de la fé, la coraza de la salud y la cortante espada de la divina palabra. Ciñamos nuestros lomos, y calcemos nuestros pies, para marchar por el camino del Evangelio de paz. Presentémonos á nuestros enemigos como soldados de Jesucristo : combatamos esforzadamente, y no economicemos nuestra sangre, cuando se trate de resistir á las potestades de las tinieblas y al pecado. La virtud sólida consiste en renunciar á las satisfacciones de los sentidos, en alejarse de lo malo, en practicar el bién y en imitar al santo Apóstol, que servía á Dios en los trabajos, en las vigiliás, en los ayunos, en el frio, en la desnudez, en los azotes, en las prisiones y en todas las penalidades que hay que sufrir. »

« No demos asentimiento, les decía en otra ocasión, á los que discurren como los filósofos, aún cuando hablen de cosas de Dios, ni á aquellos que hablan muy elocuentemente, pero que no practican lo que dicen. Por el contrario, profesemos especial afecto á los que, tanto con sus palabras como con sus obras, nos enseñan á practicar el bién : pues el reino de Dios no consiste en palabras ni en apariencias, aún cuando se tengan las de una oveja, y Jesucristo nos enseña que el árbol se conoce por sus frutos. Si alguno guarda con todo su corazón los mandamientos divinos, y sus obras son conformes á sus palabras, si tiene compunción de corazón, si trabaja noche y dia en hacerse perfecto, mirémosle como á maestro, como á padre, como á hermano en la fé y como á un amigo de



la mayor confianza; porque el que trata á los santos, se santificará con ellos. »

« Sacudamos la pereza, mis queridos hermanos, pues el trabajo no es grande, y se nos prometen grandes recompensas. Apresurémonos á entrar en el reino de los cielos, soportando para ello los trabajos de esta vida, que es tan poco duradera, y hagámonos dignos de compartir con los santos la herencia que ellos han adquirido. No hay comparación entre los trabajos de este mundo y la gloria futura que nos está preparada, si somos fieles. »

« Aprovechemos, por último, mis amados hermanos, aprovechemos el tiempo de esta vida: vigilemos sobre nosotros mismos, y perseveremos en el servicio del Señor, no sea que, no trabajando en el tiempo de la vida presente, tengamos que arrepentirnos inútilmente en la eternidad: pues entónces de nada nos servirá nuestro arrepentimiento, porque ya no será tiempo de practicar el bién, que debiéramos haber hecho en la vida. La relajación y la vana solicitud por las cosas del mundo acarrean grandes perjuicios á nuestra alma, y por esta razón debemos procurar alejarnos de todo lo malo, y amar á Dios con toda fidelidad. Un hombre que no tiene arreglada su conducta y que sigue las inclinaciones de los sentidos, nunca será un hombre interior, ni experimentará la abundancia de luz y de consuelo, con que Dios favorece á las almas reguladas y mortificadas. Por el contrario, los que combaten animosamente sus pasiones, los que vigilan incessantemente para reprimir sus movimientos, los que se desprenden de las cosas de la tierra para amar sólomente las del cielo, los que aman sinceramente á Dios, y le sirven noche y dia, tienen el consuelo de recibir en sus almas las ilustraciones divinas, se hacen de dia en dia más interiores, y son dirigidos por el Espíritu Santo, que les lleva á la salud por el camino estrecho. Pero ántes de llegar á este

estado, tenemos que pasar por muchas tentaciones y aún cuando hagamos progresos, no faltarán estas tentaciones y tribulaciones ; así es que no debemos dejarnos llevar por la pereza y la relajación, sino perseverar constantemente en el bién, acudiendo á Dios por medio de la oración. Suframos generosamente porque la caridad todo lo sufre ; Dios vendrá en nuestro auxilio, y su paz habitará en nuestros corazones. »

« Para beneficio vuestro, me veo obligado á deciros, mis amados hijos, algunas cosas que yo debería tener ocultas ; pero como no busco más que la gloria de Dios y vuestra utilidad, os las diré con sencillez. Hace sesenta años que abracé la vida solitaria, y durante este tiempo no recuerdo haber dormido todo lo que hubiera deseado, ni haber quedado satisfecho en la comida. De esta manera me hacía violencia, para ser fiel al Señor, y merecer que un día me diga : Tén ánimo, siervo bueno y fiel, entra en el gozo de tu Señor. Reconozco, sin embargo, que léjos de poderme presentar como modelo á ningún siervo de Dios, soy el menor de todos : pues desde que estoy encargado del gobierno del monasterio, y obligado á vigilar la conducta de cada uno de vosotros en particular, siento que mi espíritu está lleno de mil cuidados, y que no se eleva á Dios con la misma pureza que ántes. En otro tiempo no tenía yo cosa alguna que solicitase mi atención : todo mi sér estaba ocupado en Dios, en quién tenía una confianza enteramente filial. »

Esto lo decía san Hipaco con aire de dulzura, pero mezclado con cierta tristeza. Uno de los religiosos que le escuchaba atentamente, le dijo : « Padre mio, entónces no trabajabais más que por vuestro propio bién, y ahora lo haceis por el de muchos ¿ Creeis haber perdido algo ? No, ántes por el contrario, habeis ganado el doble. Nuestro

Señor Jesucristo vino á salvar el mundo. » La reflexión de este religioso consoló al Santo, que cambió en gozo su tristeza.

---

## MONASTERIOS DE CONSTANTINOPLA Y DE LA GOTIA

La historia de los grandes hombres que profesaron la vida religiosa en Constantinopla, no puede ser tratada en un solo capítulo, así es que en el presente no daremos más que una idea general de sus monasterios y de los de Gotia, que no estaban muy distantes; y despues hablaremos, en diferentes capítulos, de san Isaac, de san Dalmacio, del bienaventurado Dios, de san Alejandro, de san Daniel Estilita y de otros muchos que se distinguieron por su santidad, y por los servicios que prestaron á la Iglesia.

En el tiempo del gran Constantino había monasterios de hombres y comunidades de vírgenes en Constantinopla. Eusebio dice de este emperador que profesaba grande veneración á los que se habían consagrado á los ejercicios de la vida religiosa, y que honraba también á las comunidades de mujeres, que habían prometido á Dios pasar su vida en el santo estado de la virginidad. Suidas y Rufino atribuyen los mismos sentimientos á santa Elena, madre de este emperador.

Dícese que esta piadosa princesa hizo edificar en Constantinopla los monasterios de Belén, y de Castria, y otro bajo la advocación de san Carpio y san Babilas, pero esto es muy dudoso. Floro y Calístrato edificaron dos casas, que fueron convertidas en monasterios en tiempo de

este emperador. Zotico, oficial de Constancio, emperador ariano, estableció también una comunidad de monjes, á los cuales suministraba todo lo que necesitaban para vivir. Este príncipe se indignó contra él, y le condenó á muerte, lo que indica que Zotico era buen católico, así como los monjes que gobernó.

Hemos visto en la vida de san Gregorio Nacianceno que, habiendo prevalecido el arianismo bajo Constancio en la ciudad imperial, se halló ésta enteramente infestada con tan nefando error, así es que los monasterios del gran Constantino fueron destruidos, ó dados á monjes pervertidos, que habían abrazado la religión del príncipe.

El heresiarca Macedonio, que subió á la silla episcopal de Constantinopla en 331, fundó dos monasterios. Maratón, su discípulo favorito, tomó el hábito religioso, y edificó un monasterio que llevó su nombre. Los novacianos tuvieron también en la misma ciudad un obispo llamado Pablo, que formó una sociedad de religiosos, cuya observancia era muy exacta, pero que desgraciadamente no vivían en la comunión de la verdadera Iglesia. Eutiquiano, de la misma secta, hizo profesión de la vida monástica en las inmediaciones del Monte Olimpo. Si los herejes tuvieron en este tiempo sus falsos monjes, como habían tenido en los anteriores sus falsos mártires, la Iglesia católica tuvo también sus verdaderos monjes, que opuso á estos hijos de perdición.

Habiendo venido san Gregorio Nacianceno á Constantinopla, y habiendo hecho revivir con sus trabajos la verdadera fé, tuvieron los monjes católicos libertad para establecerse en ella, y floreció el estado monástico. La silla patriarcal quedó vacante por la dimisión de este Santo, y Nestorio, que le sucedió, celebró un concilio, á que asistió un gran número de prelados, y que se cree haber sido congregado á instancias del prefecto Rufino, el cual

Señor Jesucristo vino á salvar el mundo. » La reflexión de este religioso consoló al Santo, que cambió en gozo su tristeza.

---

## MONASTERIOS DE CONSTANTINOPLA Y DE LA GOTIA

La historia de los grandes hombres que profesaron la vida religiosa en Constantinopla, no puede ser tratada en un solo capítulo, así es que en el presente no daremos más que una idea general de sus monasterios y de los de Gotia, que no estaban muy distantes; y despues hablaremos, en diferentes capítulos, de san Isaac, de san Dalmacio, del bienaventurado Dios, de san Alejandro, de san Daniel Estilita y de otros muchos que se distinguieron por su santidad, y por los servicios que prestaron á la Iglesia.

En el tiempo del gran Constantino había monasterios de hombres y comunidades de vírgenes en Constantinopla. Eusebio dice de este emperador que profesaba grande veneración á los que se habían consagrado á los ejercicios de la vida religiosa, y que houraba también á las comunidades de mujeres, que habían prometido á Dios pasar su vida en el santo estado de la virginidad. Suidas y Rufino atribuyen los mismos sentimientos á santa Elena, madre de este emperador.

Dícese que esta piadosa princesa hizo edificar en Constantinopla los monasterios de Belén, y de Castria, y otro bajo la advocación de san Carpio y san Babilas, pero esto es muy dudoso. Floro y Calistrato edificaron dos casas, que fueron convertidas en monasterios en tiempo de

este emperador. Zotico, oficial de Constancio, emperador ariano, estableció también una comunidad de monjes, á los cuales suministraba todo lo que necesitaban para vivir. Este príncipe se indignó contra él, y le condenó á muerte, lo que indica que Zotico era buen católico, así como los monjes que gobernó.

Hemos visto en la vida de san Gregorio Nacianceno que, habiendo prevalecido el arianismo bajo Constancio en la ciudad imperial, se halló ésta enteramente infestada con tan nefando error, así es que los monasterios del gran Constantino fueron destruidos, ó dados á monjes pervertidos, que habían abrazado la religión del príncipe.

El heresiarca Macedonio, que subió á la silla episcopal de Constantinopla en 351, fundó dos monasterios. Maratón, su discípulo favorito, tomó el hábito religioso, y edificó un monasterio que llevó su nombre. Los novacianos tuvieron también en la misma ciudad un obispo llamado Pablo, que formó una sociedad de religiosos, cuya observancia era muy exacta, pero que desgraciadamente no vivían en la comunión de la verdadera Iglesia. Eutiquiano, de la misma secta, hizo profesión de la vida monástica en las inmediaciones del Monte Olimpo. Si los herejes tuvieron en este tiempo sus falsos monjes, como habían tenido en los anteriores sus falsos mártires, la Iglesia católica tuvo también sus verdaderos monjes, que opuso á estos hijos de perdición.

Habiendo venido san Gregorio Nacianceno á Constantinopla, y habiendo hecho revivir con sus trabajos la verdadera fé, tuvieron los monjes católicos libertad para establecerse en ella, y floreció el estado monástico. La silla patriarcal quedó vacante por la dimisión de este Santo, y Nestorio, que le sucedió, celebró un concilio, á que asistió un gran número de prelados, y que se cree haber sido congregado á instancias del prefecto Rufino, el cual

rogó que se dedicase solemnemente la iglesia de Calcedonia, en que puso religiosos, como hemos dicho en la vida de san Hipaco.

Queriendo san Efrén demostrar en uno de sus tratados, que las calamidades que muchas veces nos afligen son enviadas por Dios para nuestra enmienda, habla de un religioso llamado Macedonio, que puede considerarse como uno de los más antiguos de Constantinopla. Dice que, hallándose afligida esta ciudad por un mal contagioso, los que habitaban en los lugares bajos, en que se respiraba un aire ménos sanos, eran atacados con preferencia. Éste, á lo ménos, era el juicio formado por un médico llamado Domno, el cual se creyó libre del contagio por habitar una casa muy cómoda y situada en una eminencia, en que el aire era muy puro. Creyéndose de esta manera libre de todo peligro, se dejó cegar, hasta el punto de entregarse á las locas supersticiones del paganismo, y de enseñarlas á sus confidentes. Era del número de estos Macedonio, médico como él, el cual escuchaba sus enseñanzas como secretos importantes; pero, despues de una larga conferencia que sostuvieron entre sí, Domno fué atacado de la enfermedad contagiosa, y murió. Este accidente impresionó á Macedonio, el cual se dijo á sí mismo: Éste creía que su hermosa casa y que el aire sano que respiraba habían de preservarle del contagio, y hé aquí que ha muerto: ¿de qué le han servido todas sus precauciones? Reconoció que ni las riquezas ni las comodidades de la vida pueden garantizarnos de la muerte, y esta reflexión hizo tan profunda impresión en su ánimo, que renunció al mundo y abrazó la vida religiosa.

Los Godos, que se creen originarios de la Escandinavia, cuyo nombre se conserva aún en la parte más meridional del reino de Suecia, despues de haber dejado diversas colonias en la Alemania y en la Laguna Meótides, vinieron,

á lo más tarde en el siglo segundo de la Iglesia, á hacerse señores del país de los antiguos Getas y de las tierras que se hallan al norte del Danubio, cerca de la baja Mésia.

No se sabe con precisión cuando recibieron la fé de Jesucristo. San Basilio habla de ello como de cosa muy antigua. Teófilo, su obispo, asistió al concilio general de Nicea en 325, y suscribió como metropolitano de la Gotia, lo que hace suponer que había otros obispos de que era jefe, y san Cirilo de Jerusalem colocaba en 347 á los Godos y á los Sármatas entre los pueblos cristianos que tenían obispos sacerdotes, diáconos, monjes y vírgenes.

San Epifanio parece atribuir, á lo menos en parte, la conversión de los Godos al monje Audio, hereje antropomorfito y jefe de la secta de los audianos. Era natural de Mesopotamia, muy celoso de las buenas costumbres, pero este celo era tan ardiente como ignorante, y llevó á los fieles al cisma bajo pretexto de huir de la conversacion con los pecadores. Celebraba la fiesta de la Pascua al mismo tiempo que los judíos, y atribuía á Dios figura humana. El emperador le desterró de sus estados, y le relegó á la Escitia. Penetró muy adentro en el país de los Godos, formó discípulos y edificó monasterios. De esto procede, dice san Epifanio, el que se encuentren casas religiosas en estos pueblos, y que en ellos se viera florecer la virginidad y la vida solitaria. Pero Tilemont hace notar que, si bien había monjes audianos entre los godos, los había también católicos, pues no es de creer que san Cirilo, á quien hemos citado, haya querido hablar de los discípulos de Audio, que llevaban el nombre de su jefe, y no de los verdaderos monjes. Después de la muerte de este hereje, los godos que eran paganos, arrojaron á sus discípulos, que se retiraron á las inmediaciones de Chalsis, en la Siria, en donde edificaron algunos monasterios; pero su secta se fué debilitando hasta desaparecer en el siglo quinto.



Ulfilas, que sucedió al obispo Teófilo civilizó algún tanto á los godos. Les enseñó el arte de escribir, y les dió una versión de los Libros santos, de modo que le reverenciaron como á maestro y luz de su país. Pero la autoridad que ejerció entre ellos les fué funesta, pues habiéndolo caído en el arianismo, que dominaba en el Oriente, los arrastró consigo. Posteriormente trataron de convertirles algunos prelados católicos, pero inútilmente. San Juan Crisóstomo les envió á un excelente obispo, llamado Urilas, y supo por algunos religiosos godos, que no había dejado de obtener buen éxito. No puede dudarse que estos religiosos fuesen católicos, y por consiguiente, que los había en esta nación.

La iglesia griega hace mención en 26 de marzo de san Arfilas solitario, que sufrió el martirio juntamente con dos sacerdotes y otros veintitres hombres y mujeres, bajo un príncipe godo llamado Jongeric. San Britannión, obispo de Tomis en la pequeña Escitia, mantuvo en ella la fé ortodoxa en tiempo de Valente, emperador ariano, y no puede caber duda de que en este país hubiese solitarios, pues los había en el vecino de los godos; pero el ejemplo que cita Bulteau, hablando de san Teótimo, que sucedió en el episcopado á san Britannión, no es una prueba. Sozomeno, que hace de él grandes elogios, dice que tuvo la profesión de filósofo, lo que, á lo sumo, puede significar que practicaba la vida de los ascetas, y no la de los monjes: pues si los escritores eclesiásticos llamaron algunas veces una santa filosofía á la vida de los monjes, se vé claramente que lo hacían para ensalzar sus excelencias, pero no para darles una denominación que los distinguiese absolutamente de los demás cristianos, que, sin ser monjes, llevaban una vida retirada y mortificada, y es de creer que de este número fuese san Teótimo, más bién que del de los monjes. Sin embargo, es muy edificante lo que acerca de él dice

Sozomeno, y que no conceptuamos como una digresión inútil exponer en este lugar.

San Teótimo había sido educado en la filosofía griega, á la que añadió la práctica de las virtudes evangélicas: así es que se le puede llamar, no ya simplemente filósofo, sino filósofo cristiano. Todo correspondía en él á este título glorioso; el interior por la pureza de su vida, y el exterior por su mortificación. Además del hábito y de los largos cabellos que llevaba, se privaba de todos los placeres de la vida, y sin sujetarse á determinadas horas para la comida y la bebida, no tomaba alimento, sino cuando se encontraba muy forzado por la necesidad. Su mérito le elevó á la cátedra de Tomis despues de la muerte de san Bretanniön, pues se necesitaba un hombre tan santo como él para sucederle dignamente. No se limitó su celo á su diócesis, sino que pasó el Danubio para llevar las luces de la fé á los Hunos, que ocupaban el pais de los Dacios y de los Getas, inmediato á la pequeña Escitia. Se grangeó de tal manera su veneración por sus virtudes y por los prodigios que obró entre ellos, que le llamaban vulgarmente el Dios de los Romanos. Un dia en que viajaba con algunos de sus compañeros, apercibieron estos á algunos bárbaros, que hacían sus correrías para robar. Creyéronse perdidos, pero el Santo bajó de su caballo, se puso en oración, y Dios los hizo invisibles á los ojos de estos bárbaros.

Con semejantes maravillas alcanzó grande prestigio entre ellos, del cual se aprovechó para evitar el que hiciesen correrías á la pequeña Escitia, de que era metropolitano. Consiguió dulcificar su carácter, que era naturalmente cruel, proporcionándoles algunos recreos útiles y haciéndoles presentes. Estas liberalidades hubieron de hacer creer á uno de ellos, que era muy rico, por lo cual le tendió sus redes para robarle. Para ello echó una cuerda á su cuello; pero cuando levantó sus manos para tirar de

ella y sujetarlo, quedaron sus brazos sin movimiento, no pudiendo librarse de este lazo invisible hasta que reconoció su falta y rogó el Santo por él.

San Teótimo estaba íntimamente unido á san Juan Crisóstomo, y tomó con grande celo su defensa en un sínodo que contra este santo Doctor se celebró en Constantinopla. No se sabe en que tiempo murió, ni la edad que tenía. Su memoria se halla consignada con grande honor en el Martirologio romano el dia 20 de abril.

Un gran Señor, llamado Promoto, que fué cónsul en 389, fundó en la Tracia y á la parte del Asia un monasterio que fué habitado por los godos, á lo ménos, estos componían la mayor parte de la comunidad. Este lugar no se hallaba muy distante de Constantinopla, y los monjes de que hablamos eran tan adictos á san Juan Crisóstomo como san Téotimo: así es que, cuando fué desterrado por las intrigas de sus enemigos, fueron envueltos en la persecución que sufrieron todos sus amigos. El santo Doctor se lamentaba de que entre los muchas violencias cometidas por sus adversarios no era la más pequeña el haber hecho sufrir hambre y persecución á muchos monjes y vírgenes, y dice particularmente de los monjes godos de Promoto, que tuvieron que sufrir muchas vejaciones. Les escribió para animarlos y exhortarlos á que continuasen sufriendo la persecución con tanto ánimo y paciencia como habían empezado.

---

## SAN SILVANO, OBISPO DE TROADE, SAN ISAAC Y SAN DALMACIO

El nombre de san Silvano se encuentra en el Martirologio romano en el día 2 de Diciembre, y su historia fué escrita por Sócrates. Hé aquí un resúmen de lo que dice. Silvano estudió la retórica bajo el sofista Troilo, gran orador y hombre de estado ; pero, aspirando á la perfección evangélica, no quiso tomar el manto que llevaban los oradores, y abrazó la vida monástica. Attico, patriarca de Constantinopla, le ordenó obispo de Filippópolis, metrópoli de la Tracia propiamente dicha. Allí permaneció tres años, y no pudiendo soportar el frío del país á causa de la delicadeza de su temperamento, rogó á Attico que pusiese otro obispo en su lugar, lo que le fué concedido.

Volvió, pues, á Constantinopla, y emprendió nuevamente los ejercicios de la vida monástica. Muy grande era su alejamiento del fasto y de los placeres, pues con frecuencia se le veía en los sitios más céntricos de la gran ciudad con sandalias de esparto. Habiendo vacado la silla de Troade, se presentaron sus habitantes á Attico pidiéndole un nuevo obispo, y como este patriarca pensase en quién había de poner sus ojos, le sacó Silvano del embarazo, viniendo en aquel momento á visitarle. Tan luego como le vió, no pensó en ninguno otro, y le dirigió estas palabras : « Ya no teneis excusa para encargaros del gobierno de otra iglesia : en Troade no hace frío, y Dios os presenta un lugar apropiado para vuestra salud. Id, pues, hermano mio, sin ninguna tardanza. » Aceptó Silvano, en efecto, y un

milagro que vamos á referir demostró que Dios estaba con él. En el puerto de Troade se había costruido una gran embarcación para conducir unas columnas ; pero cuando se procedió á lanzarla al agua, no se pudo conseguir por más esfuerzos que se hicieron, y entónces se acudió al Santo para que interpusiese sus oraciones. En un principio se excusó por humildad, protestando que era un gran pecador, y que era preciso ser santo para alcanzar de Dios gracias extraordinarias. Por último, obligado por las instancias que se le hicieron, se trasladó al lugar, tomó un cable, y ordenó á algunos que le ayudasen á tirar de él. Apenas puso sus manos, el buque se deslizó suavemente hacia las aguas. Este prodigio, unido á la santidad de su vida, le hizo célebre en toda la provincia, é inspiró un grande amor á la piedad.

Habiendo observado Silvano que sus eclesiásticos percibían algunos emolumentos de los procesos que juzgaban, no nombró en adelante á ninguno de ellos para que ejerciese el cargo de juez, sino que tomaba los documentos que le entregaban las partes litigantes, y los ponía en manos de de un seglar, cuya probidad conocía, encargándole el fallo de los negocios. Por este ejemplo se vé, dice Tilemont, que entónces los obispos no sólomente juzgaban de los negocios particulares, sino que nombraban jueces que entendieran en ellos.

Es preciso no confundir á este san Silvano con otro obispo del mismo nombre, de que habla Paladio, y el cual fué perseguido por ser adicto á san Juan Crisóstomo, y reducido á vivir en Troade y á sustentarse de lo que ganaba pescando.

San Isaac es célebre en la historia eclesiástica por una brillante acción que practicó en defensa de la fé católica en tiempo de los arianos, y por la prisión á que fué condenado por este motivo, lo que le mereció entre los griegos el título

de Confesor. Expondremos lo quo acerca de él dicen Teodoro y Sozomeno con preferencia á las dos Vidas, que editaron los continuadores de Bolando.

Los godos que Valente, emperador ariano, había admitido en la Tracia, y que sus generales procuraban contener al lado allá del Danubio, para dominarlos mejor y que no traspasasen este rio, los godos, digo, se quejaban de algunas injusticias que con ellos hacían los Romanos, y declarándoles la guerra, los vencieron en varios encuentros, llegando hasta las mismas puertas de Constantinopla. Era esto un efecto visible de la cólera de Dios contra Valente, que perseguía á la Iglesia. Así es que el conde Trajano, buén católico, y á quién había destituido de la comandancia de la infantería, le reprochó diciéndole : « Señor, no es por mi causa el haber sido vencido : sois vos mismo el que habeis entregado la victoria á los bárbaros, y les habeis procurado el auxilio de Dios, á quién haceis la guerra. Por esta razón se ha puesto de parte de nuestros enemigos, y la victoria, que siempre le sigue, ha sido para aquellos á quienes ha auxiliado. »

Hallándose los negocios en un estado tan lamentable, quiso Valente marchar en persona contra los bárbaros. San Isaac vivía entónces en las inmediaciones de Constantinopla, haciendo vida de solitario. Su historiador, citado por los Bolandistas, dice, que desde su juventud, había abrazado esta profesión en el Oriente, y que por una inspiración divina se había trasladado á la ciudad imperial. En ocasión en que este príncipe salía de la ciudad, se presentó á el, y le dijo : « ¿ A donde vais, Señor, que, por lo mismo que haceis la guerra á Dios, estais privado de sus auxilios? Él es el que ha sublevado á los bárbaros contra vos, porque habeis armado contra él las lenguas de muchos blasfemos, y habeis arrojado de sus casas á los que cantan sus alabanzas. Cesad, pues, de hacerle la guerra, y él cesará de hacerla á vos :

devolved los pastores á sus rebaños, y alcanzareis la victoria sin trabajo alguno. Pero si dais la batalla sin haberlo hecho, *coceareis contra* el aguijón, perdereis vuestro ejército, y vos mismo perecereis. — A mi regreso, contestó Valente lleno de cólera, te haré morir, como mereces, para que no hagas más falsas predicciones. — Si, replicó el Santo con intrepidez, hacedme morir, si no es verdad lo que os digo. »

El emperador ordenó que se le encarcelase [hasta su regreso; pero la predicción no tardó en realizarse. Se sabe que Valente perdió la batalla, y que fué quemado en una cabaña, en que se había ocultado huyendo de los bárbaros, que perseguían su ejército. Teofano, Zonaro y Cedreno dicen que Isaac supo en su prisión la muerte trágica de este príncipe en el mismo momento en que acaeció.

Se dice en las *Vidas de los Bolandistas* que habiendo alcanzado este Santo su libertad á consecuencia de la muerte de Valente, Teodosio el grande, que empuñó el centro del imperio, y que se informó de su predicción, le dió grandes pruebas de afecto y consideración : que Isaac quiso volver á su primera soledad de Oriente, pero que se le edificó una celda cerca de la ciudad, en que muchos, atraídos por sus instrucciones y prodigios, se hicieron sus discípulos, de suerte que edificó un monasterio, que no tardó en ser el principal de todos los de Constantinopla.

Viendo Isaac su próximo fin, congregó á todos sus discípulos, á los cuales, despues de dar saludables consejos, les designó como sucesor á san Dalmacio. Despues de su muerte se le enterró en la iglesia de san Estéban, edificada cerca de su monasterio por Aureliano, uno de los principales personajes de la corte de Teodosio, y desde esta iglesia fué trasladado á la de todos los Santos en tiempo del emperador León el Sabio.

Su monasterio tomó despues el nombre de Dalmacio, ó

por corrupción, de los Dálmatas, de donde proviene que el Santo es llamado en la historia abad de los Dálmatas. De ésto se deduce que san Dalmacio le sucedió muy dignamente, y que fué más célebre que él, sobre todo por lo que hizo contra Nestorio y en el concilio general de Efeso congregado contra este heresiarca.

Era san Dalmacio de una familia muy distinguida de Oriente. En su juventud siguió la profesión de las armas, y sirvió en cualidad de oficial bajo el gran Teodosio, en la segunda compañía de los guardias de palacio. El contagio del mundo en este empleo no corrompió su corazón; sino que se sostuvo en la piedad que le había sido inspirada desde la infancia, y vivió en su estado de una manera muy edificante. Estaba casado desde el tiempo del emperador Valente, y en su familia, que era muy numerosa, reinó la piedad. Habiendo san Isaac venido desde el Oriente á Constantino-pla, trabó amistad con él, y en una ocasión estuvo siete dias en su monasterio para aprovecharse mejor de sus instrucciones. El Santo le hizo conocer, despues de esta especie de retiro, que Dios le quería á su lado, á lo cual no opuso dificultad Dalmacio, ni otra dilacion, sino la necesaria para disponer á su esposa, y para ordenar los asuntos domésticos. Como su casa era una mansión de virtudes, no le costó trabajo obtener de su esposa el sacrificio que Dios exigía, y la misma sumisión encontró de parte de sus hijos.

Vino, pues, al lado de san Isaac, llevádo consigo á uno de sus hijos llamado Fausto, que quiso imitarle en su retiro. Muy pronto se hizo el primer discípulo de su padre espiritual, tanto por el ardor con que abrazó la penitencia y por su caridad para con los pobres, como por su amor al retiro y por los progresos que hizo en la perfección. Sus ayunos eran rigurosos y frecuentes, y se asegura que pasó una cuaresma sin tomar alimento alguno. Su vida, relatada por los Bolandistas, añade que estuvo



hasta el día de la Ascensión en una especie de éxtasis, durante el cual fué trasportado en espíritu á la iglesia de los santos Macabeos, miéntras que el patriarca Attico celebraba en ella la santa Misa, y que declarándolo al abad Isaac, le aseguró que había visto á tres religiosos de su monasterio que asistian al santo Sacrificio. Uno de ellos estaba cerca del santuario, el otro en la tribuna, y el tercero en una puerta, lo cual comprobó Isaac ser cierto, cuando se informó al regreso de estos religiosos.

Habiendo ido este Santo á recibir en el cielo la recompensa de sus trabajos y de su celo, y habiendo dejado á Dalmacio por sucesor en el gobierno de su monasterio, se consagró éste con un celo increíble á hacer florecer todas las virtudes religiosas. Para formar juicio, basta fijar la atención en el retiro que constantemente observó, pues en el espacio de cuarenta años no salió ni una sola vez de su claustro. Durante este tiempo la ciudad de Constantinopla fué sacudida por terribles terremotos, y como se hacían procesiones para aplacar la cólera divina, el emperador hizo gestiones para que el Santo asistiese á ellas; pero éste pidió la gracia de permanecer en su celda. El príncipe, que le profesaba grande veneración, no insistió en sus pretensiones.

La manera con que Dios castigó á un gran pecador, hizo que se aumentase la alta estima que se le tenía en la corte. Dos litigantes habían llevado su pleito ante el emperador, y el demandante, que lo era muy injustamente, había dado con sus enredos y artificiosas palabras, un giro tan favorable á su causa, que el otro se vió á punto de sucumbir. En este apuro se postró á los pies del emperador, y le dijo: « Príncipe, tened piedad de mí, enviadnos al uno y al otro al abad Dalmacio, para que él decida: pues nos dará un juicio no ménos equitativo que el vuestro, y espero que Dios, por su mediación, mani-

festará la verdad. » Accedió el emperador, y ambos litigantes se encaminaron al monasterio. « Explicadme, les dijo el santo, el motivo de vuestra venida. » Entónces el inicuo demandante queriendo hacer valer su pretendido derecho, empezó á tartamudear, y cayó á los pies de Dalmacio, el cual envió su decisión al emperador en estos términos: « Dios mismo ha juzgado esta causa en favor del que se hallaba perjudicado, » lo que llenó de admiración á este príncipe y á toda la corte.

Pero más que en ninguna otra ocasión brillaron el celo y la virtud de san Dalmacio en el servicio que prestó á la Iglesia contra Nestorio, que había venido de Antioquía á ocupar la cátedra de Constantinopla despues de Attico: pues Dios le reveló los sentimientos de este heresiarca ántes que los manifestase. Cuando quiso venir á su celda con óbjeto de visitarle, le dijo con firmeza: « Podeis retiraros, pues no os recibiré hasta que hayais renunciado á vuestros errores. » Nestorio se vió obligado á retirarse, y el Santo dijo á sus religiosos: « Tened cuidado, hermanos míos, porque ha venido á este pais una bestia mala, que vá á perjudicar mucho al mundo con su perniciosa doctrina.

Muy pronto se dió á conocer el escándalo. Nestorio, como hemos dicho en la vida de san Hipaco, declaró un dia sus dogmas impíos, y para condenarlos, se congregó el concilio de Efeso. Todos los heresiarcas han tenido sus partidarios, y no había de hacerse una excepción para Nestorio. Antes del concilio de Efeso, este herésiarca, que tenía un carácter impetuoso, vano y altanero, no podía soportar que se le contradijese, y celebró un concilio en que depuso y excomulgó á los sacerdotes, diáconos y legos que se oponían á su impiedad, llegando su temeridad hasta el extremo de deponer á algunos obispos.

En fin, obstinándose más y más en su impiedad,

apesar de lo que el papa Celestino y san Cirilo habían escrito para hacerle desistir, se congregó en el año 431 el concilio ecuménico de Éfeso, á que asistieron más de doscientos obispos y en el cual presidió san Cirilo de Alejandría como legado del papa Celestino. Esta santa asamblea condenó á Nestorio, y lo depuso de su dignidad. Pero no puede expresarse todo lo que este heresiarca y sus partidarios hicieron, ni las intrigas de que se valieron para impedir la ejecución del concilio. Juan, patriarca de Antioquía y amigo de Nestorio, que había sido sacado de su clero, llegó al concilio cuatro dias despues de haberse dado la sentencia. Iba acompañado de los obispos de Oriente, es decir, de la Siria, muchos de los cuales, es de suponer que tuviesen los mismos sentimientos de Nestorio. Se lamentaban de haberse procedido con mucho precipitación en este juicio, y su pasión les llevó á congregar un falso sínodo, en que tuvieron la osadía de deponer á san Cirilo y á Mennón, obispo de Efeso.

El conde Candidiano, á quién Teodosio el Jóven, que era entónces emperador, había enviado al concilio para mantener en él la paz, se puso al lado de Juan de Antioquía y de sus adictos, y haciendo una falsa relación al príncipe, que estimaba á Nestorio, creyéndole católico, le movió á desaprobar lo hecho contra él. Pero tres nuevos legados que llegaron entónces de parte del Papa, confirmaron la sentencia del concilio. Sin embargo, los amigos de los orientales continuaron trabajando por la causa de Nestorio. La corte se dividió en dos bandos, y Teodosio, que obraba según los informes que se le trasmitían, confundió á los inocentes con los culpables, y envió á Efeso al conde Juan, para aprisionar á un mismo tiempo á san Cirilo, á Mennón y á Nestorio. Los dos primeros fueron detenidos en poder de Candidiano, y no se permitió á los preladados del concilio que saliesen de la ciudad, en donde

murieron muchos á causa de los excesivos calores del estío. Publicáronse contra ellos calumnias y todo género de injurias, y miéntras que los partidarios de Nestorio podían enviar á la corte todo lo que querían, los Padres del concilio no tenían libertad para escribir, ó se interceptaba todo lo que de ellos procedía. Por último, para hacer llegar sus cartas á su destino, se sirvieron de un hombre disfrazado de mendigo, que ocultó las cartas en una gruesa caña que le servía de báculo.

Hallándose los negocios de la religión en tan mal estado en Éfeso, los Padres del concilio dieron conocimiento á san Dalmacio, así como al clero y á los abades de Constantinopla. El Santo les respondió, asegurándoles que haría todo género de esfuerzos para remediar tantos males. Para ello se le ocurrió un medio singularísimo, que está atestiguado haberle sido revelado por el cielo.

Teodosio no hacía la debida justicia al concilio, porque estaba engañado por las falsas relaciones que le hacían los amigos de Nestorio; miéntras que las verdaderas no llegaban á su poder. Entónces san Dalmacio, que hacía cuarenta y ocho años que no había salido de su monasterio, y á quién iba á visitar el mismo emperador, cuando quería verle, salió de su clausura llevado por la gloria de Dios, y acompañado de una parte de sus religiosos, á los cuales se unieron otros muchos con sus abades, y todos juntos y seguidos de una considerable multitud del pueblo, fueron procesionalmente al palacio del emperador, llevando cirios encendidos en sus manos y entonando salmos.

Al oír el canto, preguntó el emperador lo que ocurría, y se le respondió que era el abad Dalmacio, que con sus religiosos venía al palacio. Éstos se detuvieron á las puertas, y Dalmacio entró á ver al príncipe, presentándole las cartas del concilio, de que quedó sumamente sorprendido y hasta turbado, viendo que su contenido era enteramente dis-

tinto de lo que se le había referido. Le dijo que las diese á leer á todo el mundo, para que todos conociesen la verdad, y le prometió que daría entera libertad al concilio, para que le enviase sus diputados, y que emplearía toda su autoridad para sostener lo que en él se había hecho.

Al salir del palacio, se dirigió san Dalmacio al monasterio de san Mocio, mártir, y allí, subiendo á una tribuna, leyó ante todo el mundo la carta del concilio, que contenían la relación verdadera de todo lo que había pasado en el juicio dado contra Nestorio, y declaró las determinaciones del emperador para el sostenimiento de la fé ortodoxa. Concluyó su discurso asegurando al pueblo, tanto por prudencia como por humildad, que, si las cosas habían tenido tan buen resultado, no debía atribuirse á sus persuaciones ni á sus oraciones, sino á la piedad del príncipe, que hacía profesión de seguir la fé de sus antepasados, y recomendó á todos que pidiesen por él. Entónces el pueblo que ya había pronunciado anatema contra Nestorio, le anatematizó de nuevo.

San Dalmacio, Samsón, Maximiano y otros eclesiásticos de Constantinopla se apresuraron á participar al concilio todo lo que había ocurrido, y le pidieron que diese á su iglesia un pastor en lugar de Nestorio. San Dalmacio se calificaba en esta carta como sacerdote, archimandrita y padre de los monasterios, y se encomendaba humildemente á las oraciones del concilio. Este mismo título se le dá en la carta que todos los obispos de esta asamblea le enviaron, y que es muy gloriosa para la memoria de este Santo. « Hemos dado gracias á Dios, le dicen, por haberos suscitado para sostener la fé ortodoxa, y para dar á conocer á los piadosísimos emperadores Teodosio y Valentiniano, así como á los santos archimandritas y á todo el amable clero y pueblo, las penalidades y trabajos que hemos sufrido para conservarla : pues vos sois el único que nos ha so-

corrido. Así, pues, muy gozosamente levantamos nuestras manos al cielo, y rogamos al Padre celestial por la conservación de nuestros piadosísimos emperadores y por vuestra santidad. »

« Os exhortamos á que siempre esteis unido á nosotros, y á que obreis en nuestro nombre en todo lo concerniente á la fé. Pero no es necesario que os lo recomendemos, porque no ignoramos que Dios os había revelado el veneno que Nestorio tenía en su alma ántes de su llegada á Constantinopla. »

Los griegos, en su oficio, dan á este Santo el glorioso titulo de *Abogado del concilio de Éfeso*, en memoria de lo que acabamos de referir. Dicen que el concilio constituyó su monasterio en cabeza de todos los de Constantinopla, como se hace constar en su vida. El papa san Celestino, escribiendo al concilio, le concedió la misma prerogativa, y confirma que el Santo había conocido por una luz celestial, que, cuando Nestorio vino á Constantinopla, tenía su alma manchada con el error.

San Dalmacio era ya muy anciano en este tiempo, pues tendría cerca de ochenta años. Maximiano, religioso, y despues sacerdote del clero de Constantinopla, fué colocado en lugar de Nestorio, en 25 de octubre del año 431; pero no ocupó esta silla más que dos años, cinco meses y diecinueve días, y murió el 12 abril de 434, sucediéndole san Proclo. Bajo este pontificado, san Dalmacio, despues de haber gobernado santamente á sus discípulos y todos los monasterios de la ciudad imperial, fué á recoger en el cielo el fruto de sus santas obras. Su cuerpo fué primeramente llevado con toda solemnidad á la gran iglesia, precedido del obispo Proclo, de todo su clero y del pueblo, llevando cirios encendidos, y entonando himnos y cánticos espirituales. Despues fué llevado á su monasterio, en donde se le dió sepultura. Asegura el historiador

de su vida, que de tiempo en tiempo salía de su tumba un licor que servía para curar á los enfermos, que con él se ungián. Es difícil saber el año en que murió, pues el episcopado de san Proclo duró desde el año 434 hasta el 446 ó 447. Sin embargo, como aún vivía, cuando san Proclo escribía á Juan de Antioquía, debió haber ocurrido su muerte entre los años 438 y 446.

---

### LA HEREJIA DE NESTORIO EN LOS MONASTERIOS DE ORIENTE.

No entraremos aquí á detallar los males que causó á la Iglesia la herejía de Nestorio, porque esto nos separaría de nuestro propósito. Bastará referir en compendio las funestas consecuencias que tuvo en los monasterios de Oriente. No Nestorio, sino sus partidarios fueron los que extendieron sus errores en la Mesopotamia, en la Persia y hasta en la India. Para tomar la cosa en su origen, diremos que había en Edesa, desde remotos tiempos, una célebre escuela en que se enseñaban las sagradas letras á los Persas que profesaban la fé cristiana, y que en gran número acudían á ella. Habiendo Nestorio anunciado sus errores, empezó teniendo muchos partidarios, siendo uno de ellos Juan, patriarca de Antioquía, que sostuvo su mala causa, hasta que se reconcilió con san Cirilo de Alejandría, como puede verse en la historia eclesiástica. También le siguieron con grande obstinación los principales de la escuela pérsica de Edesa. Ibas, que tan célebre se hizo en la historia de la Iglesia, y que sucedió á Rabulas en el episcopado de esta ciudad, contribuyó en gran manera á la propagación de

estos errores. Por último, Rabulas, que en un principio estuvo unido á Juán de Antioquía contra san Cirilo, y que más tarde abrazó la buena causa, arrojó de la escuela pérsica de Edesa á todos los fautores del nestorianismo, obligándoles á refugiarse en otros lugares.

Su expulsión, sin embargo, no los convirtió, sino que los incitó á propagar con más osadía el error en todos los parajes en que se dispersaron. Acacio, Barsumas, Maanes, Absocas, Juán, Miqueo, Pablo, Abraham, Narses, y Ezelio, del monasterio de Cafármari, fueron los falsos apóstoles de esta doctrina impía. Se retiraron al pais dominado por los Persas, y para colmo de males, la mayor parte de ellos fueron hechos obispos, con lo cual tuvieron medios más eficaces para establecer y autorizar el error. Lo mismo los monasterios que las iglesias fueron infestados, y por último, el nestorianismo, que parecía haberse extinguido por los cuidados de san Proclo, de san Cirilo de Alejandria, de Juán de Antioquía, despues de unirse con éste ultimo, y de otros muchos obispos que tanto trabajaron por la defensa de la fé, se sostuvo, y creció, perdiendo á muchas almas.

Barsumas, una vez hecho obispo de Nisibe, cuya iglesia gobernó desde el año 435 hasta el de 489, nada omitió para pervertir toda la Caldea y la Persia, y por consiguiente, á todos los monjes de estos paises. Le secundó en esta obra de impiedad Maanes, que sucedió á Maris de Persia, y á quién Ibas envió la célebre carta, que tantas turbulencias ocasionó.

Este Barsumas fué el que acusó á Babue, arzobispo de Seleucia y de Ctesifonte, que resistía á sus errores, ante Feroso rey de Persia, diciendo que profesaba la fé de los Romanos, y que era su espía, reclamando facultades para apoderarse de él y deponerle de su dignidad. Nada puede leerse tan odioso, como lo que este nestoriano impostor



hizo creer á este príncipe contra los católicos. « Si permitis, dice, que los cristianos que viven en vuestros dominios, tengan los mismos sentimientos que los griegos, jamás os serán sinceramente adictos. » Considerando el rey que esta reflexión era muy justa, le mandó que obrase como quisiese, y Barsumas añadió : « Hay entre los griegos un patriarca llamado Nestorio, hombre muy sabio y erudito, que ama á los Persas, y que decía frecuentemente á los griegos, si quereis ser verdaderos cristianos, si quereis seguir fielmente la doctrina y el ejemplo de Jesucristo, sed sumisos á vuestros enemigos, prestadles la obediencia que les debeis, y orad por los que os maldicen. De esta manera llegó á hacérseles odioso, y le depusieron de su silla. Si, pues, vos me facultais, obligaré á todos los cristianos que se hallen en vuestros dominios á seguir los sentimientos de Nestorio, y siendo de esta manera odiosos á los griegos, os serán seguramente fieles. » Este consejo agradó mucho al rey, y en virtud del poder que le concedió, celebró muchos conciliábulos contra los católicos, hizo dar muerte á Babue en cuyo lugar pusieron los católicos á Acacio, á quién también persiguió Barsumas.

Pero mientras que este impío vejaba de tal manera á los fieles de Persia, Giro, que había sucedido á Ibas en el obispado de Edesa, arrojó de esta ciudad todos los restos de la escuela persa, que sostenían los errores de Nestorio. En el lugar de esta escuela hizo edificar un templo bajo la advocación de la Santísima Virgen María, Madre de Dios.

El autor del *Catálogo de los patriarcas de Caldea* dice que Barsumas consiguió á fuerza de amenazas que Acacio se hiciese nestoriano ; pero Assemani hace notar que este hecho no está suficientemente comprobado, puesto que en una asamblea de obispos griegos, protestó enérgicamente que detestaba la doctrina de Nestorio, que se esforzaba Barsumas en propagar. Así pues, ó es una impostura de

los nestorianos, ó Acacio se mostró algo débil en la defensa de la fé. Lo que puede inclinarnos á creerlo así es que, habiendo sido enviado por el rey de Persia al emperador Zenón para evacuar ciertos asuntos de estado, los obispos de Occidente le declararon en una asamblea que celebraron, que, habiendo sabido que Barsumas había dado muerte á Babue, y que en un conciliábulo había establecido cánones impuros, sin que Acacio se opusiese cual era su deber, le significaban que, si al regresar á su país, no lo deponía, ellos le depondrían á él mismo. Acacio les prometió hacerlo; pero Barsumas fué á dar cuenta en el terrible tribunal de Dios ántes que Acacio llegase.

No dejó efectivamente de tener motivos la asamblea de obispos orientales para acusar á Acacio de negligencia: de lo contrario, tendríamos que acusar de calumnia al autor del *Catálogo de los Patriarcas de Caldea*, por haberlo puesto en el número de los que fueron pervertidos por Barsumas; pues si no lo fué enteramente, fué, á lo ménos, uno de esos obispos tolerantes, que casi hacen tanto mal, como los que sostienen abiertamente la herejía, y, como dice Asseniani, si la escuela de los persas nestorianos fué destruida por la autoridad de Zenón y los cuidados de Ciro, sucesor de Ibas, la de Nisiba concluyó por hacer nestoriano á casi todo el Oriente por la tolerancia de Acacio. En efecto, Narses, compañero de Barsumas en la célebre escuela que había dirigido en Nisiba, no dejó de sostener el nestorianismo durante los cincuenta años que la presidió, despues de haber vivido veinte años en Edesa. Tuvo por sucesor en esta escuela á José Husita, también nestoriano, al cual sucedieron Jesu-Jabus y Hanano, imbuidos en los mismos errores. Habiendo muerto Acacio en 496, Babeo, á quién colocaron en su lugar los nestorianos, extinguió la fé católica de casi todo el Oriente.

Barsumas no se contentó con apoyar el nestorianismo,

sino que con su ejemplo enseñó todo género de libertinaje : pues contrajo nupcias sacrílegas con una religiosa llamada Mammea, y en un conciliábulo, que en 485 celebró en Seleucia, escribió una carta sinódica, en la cual permitía á los sacerdotes y monjes que se casasen. Los cinco obispos que le sucedieron, á saber : Babeo, Silas, Eliseo, Narses y Pablo, siguieron sus errores y su incontinencia, y Babeo, en un falso concilio que celebró en 499, estableció que podían casarse los obispos, los sacerdotes y los monjes.

Esta ley, tan odiosa y repugnante para el episcopado y el estado monástico, demuestra que Dios castigó de una manera terrible á estos furiosos propagadores de la impiedad de Nestorio, permitiendo que cayesen en las más ignominiosas pasiones. Pero ¿no podemos echar en cara esta misma baja de á los novadores modernos, que, combatiendo el estado sagrado de las vírgenes que han constituido siempre el honor de la Iglesia, y que ésta opuso aún á los mismos paganos como una prueba de la santidad de sus costumbres, se han hecho sectarios de la apostasía, no tanto por seguir sus falsos dogmas, cuanto por satisfacer sus impuros deseos?

Es imposible expresar los desórdenes que estas sacrílegas leyes de Barsumas ocasionaron en estas provincias. Los monasterios se trocaron en casas de infamia : muchos monjes abandonaron sus celdas y sus hábitos para volver al siglo, que habían abandonado por amor de Dios, y para vivir en la incontinencia que sus heréticos obispos les habían permitido.

El patriarca Marabas y Abraham, padre de los pobres, quisieron remediar estos males. El primero, que fué obispo de los nestorianos desde el año 536 hasta el 552, reunió un concilio en 544, en el cual se prohibió que fuesen elegidos patriarcas ú obispos los que estuviesen casados, y habiendo venido Abraham de Egipto, en donde había recibido el hábito religioso, á Asiria, con objeto de restable-





*Imp. Ch. Barbou aîné, Paris.*

*Gravé d'après*

*St<sup>e</sup> Dominique.  
Santa Dominica.*



cer el estado religioso, fundó un monasterio en el monte Isla y no admitió más que á aquellos monjes que quisiesen vivir en la castidad propia de su estado. Pero tuvieron la desgracia de separarse de Dios por su afecto al nestorianismo, y nada hay tan deplorable como leer en los escritores sirios de esta secta el número tan considerable de monasterios que fundaron sus discípulos y sucesores en la Mesopotamia, en la Siria, en la Persia y aún en países más remotos, llevando á todos estos lugares, juntamente con sus *Institutiones monásticas*, los errores de Nestorio. Así es que, al pretender sacar á los idólatras de sus supersticiones, no hicieron otra cosa que sacarlos de un abismo, para que cayesen en el que ellos mismos se habían precipitado.

## MONASTERIOS DE SANTA DOMINICA, DEL BIENAVENTURADO DIUS Y DE SANTA PULQUERIA <sup>1</sup>.

Volvamos á Constantinopla para hablar de cosas más edificantes, despues de haber deplorado en el capítulo precedente los escándalos de los sectarios de Nestorio. Hubo en esta ciudad dos monasterios llamados de Alejandro, y que fueron edificados por santa Domnena ó Domínica y por santa Maura, las cuales vivieron en ellos, en tiempo de Teodosio el Grande, que les fué propicio, y les cedió el terreno para edificarlos. No se habla de estas santas en el *Martirologio romano*, y no sabemos otra cosa de santa Do-

<sup>1</sup> Sozomeno, Sócrates, Nicéforo, Tillemont y Bulteau.

mínica, que lo que refieren los griegos en su Menologio ; es decir, que vino á Constantinopla con cuatro doncellas, que habían sido bautizadas por el patriarca Nestorio : que Domnena abrazó la vida religiosa, ejercitándose en los trabajos de la penitencia monástica, y que llegó á una virtud tan eminente, que Dios la favoreció con singulares gracias y extraordinarios prodigios, particularmente con el don de profecía. Como vino á Constantinopla en tiempo del gran Teodosio, y como aseguran los griegos que vivía aún en el de los emperadores León y Zenón, se deduce que vivió más de cien años. Añade Bulteau que dirigió un monasterio fundado ó reedificado por ella, que llevó el nombre de san Zacarías, y que ejerció también el cargo de diaconisa. Santa Maura fundó también otro monasterio que llevó su nombre.

Los griegos celebran el oficio del bienaventurado Dios el 12 de julio, dándole el sobrenombre de Taumaturgo. El Menologio latino de Canisio dice que fué natural de Antioquía, en donde se hizo muy célebre. Movido de una inspiración especial de Dios, vino despues á Constantinopla y edificó un monasterio, al que contribuyó Teodosio el Jóven. Este monasterio llevó el nombre de Dios. Se supone que introdujo en él la regla de los Ascemetas, de que hablaremos en el capítulo siguiente. San Attico le ordenó sacerdote, y se habla de su monasterio como de uno de los principales de Constantinopla. Martino era su abad en 448, cuando Eutiques publicó sus errores. Quiso este heresiarca apoyarse en el crédito de estos monjes, y para arrastrarlos á su heregía, hizo circular entre ellos un escrito para que lo firmasen. Constantino, diácono de su monasterio, vino á presentárselo á Martín, que rehusó suscribirlo, pretextando que sólomente á los obispos correspondía suscribir fórmulas de fé. Constantino quiso engañarle é intimidarle, diciendo que el escrito era de san Cirilo y de los Padres del concilio de



Éfeso que habían condenado á Nestorio, y que, si no se adhería á Eutíques, tendría que sufrir de parte de este prelado; pero Martín permaneció firme, y lo despidió. Ninguna otra cosa digna de mención podemos referir del monasterio del bienaventurado Dios. Había también en el siglo quinto, en Constantinopla ó en sus inmediaciones, un monasterio que llevaba el nombre de san Talaso, otro que se llamó de Job, otro habitado por monjes egipcios, y otro por sirios.

No podemos hablar extensamente de los monasterios que santa Pulqueria fundó en Constantinopla, porque carecemos de documentos; pero las virtudes de esta célebre princesa merecen que les demos un lugar preferente en atención á la protección que dispensó á la vida religiosa, cuyos ejercicios practicaba en su palacio, en cuanto su estado le permitía.

Fué hija del emperador Arcadio, nieta de Teodosio el Grande y hermana de Teodosio el Joven, de cuya educación cuidó con especial esmero. Tenía otras tres hermanas, llamadas Flaccila, Arcadia y Marina.

Su nacimiento tuvo lugar en 19 de enero de 399. Lo mismo que sus hermanos tuvo una inclinación natural á la piedad; pero sólo ella manifestó haber heredado el ánimo y el genio del gran Teodosio, su abuelo. Desde sus más tiernos años se notó en ella una prudencia impropia de su edad, y tan excelente como para el consejo, era pronta para su ejecución; así es que á los quince años, ó sea, el 4 de julio de 414, fué declarada Augusta y emperatriz, para que gobernase todo el imperio y educase á su hermano Teodosio, que tenía dos años menos que ella.

Su amor á Dios y á la pureza le determinó á consagrar su virginidad á Jesucristo, é inclinó á sus hermanas á que hiciesen otro tanto, y para demostrar de una manera más auténtica su consagración, hizo donación á una iglesia de

Constantinopla de una mesa de altar, enriquecida con oro y pedrerías, sobre la cual mandó que se pudiese un grabado en que constase que la ofrecía á Dios como prenda de la consagración que le hacía de su virginidad, y de que quería que todo el mundo fuese testigo.

La vida austera que practicó es una prueba de que hacía esta consagración por mera piedad, y no con fin alguno político : pues todos los cuidados de la dignidad imperial no le impidieron vivir en una oración casi continua, cantar los salmos y profesar grande veneración á todas las personas que estaban consagradas á Jesucristo.

Zosomeno refiere detalladamente los ejercicios á que se consagraba en unión con sus hermanas, diciendo que frecuentaban mucho las iglesias : que eran muy caritativas para con los pobres y extranjeros, y que de ordinario comían y salían juntas ; que día y noche cantaban las alabanzas del Señor ; que trabajaban en obras de tapicería y en otras semejantes á que se consagraban las damas virtuosas ; pues aún cuando eran, dice, princesas y educadas en medio de la grandeza y del esplendor de la corte, habían renunciado enteramente al ocio y á la pereza, como cosas indignas del estado de la virginidad á que se habían consagrado. » Todo su gozo, todas sus delicias consistían en cantar las alabanzas del Señor, en meditar las verdades eternas, y su más preciado tesoro era socorrer las necesidades de los pobres. Su virginidad era la gloria de toda la tierra y de todas las iglesias, que se complacían en ver á unas reinas constituidas en esposas de Jesucristo.

Pulqueria en particular mortificaba su cuerpo con sufrimientos voluntarios, haciéndolo templo de Jesucristo crucificado. Dotada de excelentes prendas de cuerpo y de alma, no se servía de ellas sino para glorificar á Dios con obras de piedad. Supo de tal manera inclinarse á su hermano y á sus hermanas á la virtud, que la corte era una espe-

cie de monasterio, dice Sócrates, en que se practicaban todos los ejercicios de la más sólida piedad.

Sería demasiado largo, dice Sozomeno, describir el considerable número de iglesias erigidas por esta princesa en todas partes con real magnificencia, los hospitales que fundó en favor de los pobres y extranjeros, los monasterios que edificó dotándolos de rentas para el sustento de las personas que á ellos se retiraban, y preciso es añadir con Teofanes, los cementerios que construyó para los extranjeros. Teodoro el Lector hace mención en particular de las iglesias de Blaquernes, de Calcoplateés y de Hodeges, que hizo construir, y que eran muy grandes y dedicadas á la santísima Virgen.

La de Hodeges ó de Guidas estaba en las orillas del mar, y servía á un monasterio de hombres. Pulqueria colocó en esta un retrato de la santísima Virgen hecho por san Lucas. Dios distinguía á esta piadosa princesa con favores especiales, á la vez que ella le correspondía con grande fidelidad. La emperatriz Eudoxia, esposa de Teodosio su hermano, vino á Jerusalem hacia el año 439, y al regresar, llevó como reliquia, un brazo de san Estéban, saliendo á recibirla Pulqueria, que había tenido una revelación, y colocando este precioso tesoro juntamente con otras reliquias de santa Inés y san Lorenzo, en una iglesia erigida por ella en honor de este Santo. También encontró en la iglesia de san Tirso, despues de tres apariciones con que la favoreció este Santo, algunas reliquias de los cuarenta Mártires de Sebaste, que estaban ocultas. Hizo colocarlas en una caja muy rica, y las llevó cerca de las de san Tirso con gran solemnidad. Sozomeno, que se hallaba presente, relata extensamente este hermoso descubrimiento. Al final de este capítulo pondremos su relato, para no interrumpir con esta digresión lo que nos resta que decir de esta ilustre princesa.

Puede verse en los historiadores eclesiásticos todo lo que hizo en defensa de la fé católica contra las herejías de Nestorio y de Eutiques. Sozomeno dice que ella fué la que principalmente impidió que no dominasen estos errores, y se deduce de una epístola de san León el esmero con que defendió la fé, así como de los elogios que le tributaron los Padres del concilio de Calcedonia : pues este santo Pontífice reconoce que Dios la puso en la Iglesia para que fuese su defensa ; que tuvo una parte muy principal en todo lo que hicieron los obispos de su tiempo contra los enemigos de la fé católica ; que siempre asistió á la Iglesia en sus trabajos y tribulaciones, por lo cual los Padres del concilio le dieron el titulo de muy piadosa emperatriz, llena de amor de Dios, muy amada de Dios, guardiana y conservadora de la fé ortodoxa, y demuestran con mucha extensión que la Iglesia le era deudora de todos los beneficios que entónces disfrutaba.

No podemos ocuparnos aquí en lo que hizo esta santa princesa en el gobierno civil del imperio. Los mismos nestorianos, que la odiaban, han hecho su elogio precisamente tratando de calumniarla. Por último, esta gloriosa emperatriz, despues de haber consagrado toda su vida á la gloria de Dios, á la defensa de su Iglesia, al gobierno del imperio, y al socorro de los pobres y aflijidos, fué á recibir en el cielo la recompensa de sus santas obras el año 453. Su cuerpo fué depositado en la Iglesia de los Apóstoles. Los latinos y los griegos honran su memoria el dia 4 de setiembre.

No debemos omitir que las hermanas de esta santa princesa señalaron también su piedad con monumentos públicos, y de Arcadia en particular se dice que edificó una iglesia en honor de san Andrés.

Resta referir el descubrimiento de las reliquias de los cuarenta Mártires de Sebaste, según lo hace Sozomeno,

como testigo ocular. Es un trozo de historia muy edificante, y damos la traducción hecha por el presidente Cousin.

INVENCION DE LAS RELIQUIAS DE LOS CUARENTA MARTIRES POR  
SANTA PULQUERIA.

Una mujer, llamada Eusebia, que ejercia el cargo de diaconisa entre los Macedonios, tenía una casa y un jardín en las inmediaciones de Constantinopla, en donde guardaba las reliquias de los cuarenta soldados, que sufrieron el martirio en Sebaste, en el reinado de Licinio. Cuando conoció que se aproximaba el fin de sus dias, dejó por su testamento esta casa á unos monjes de su secta, á condición de que pusiesen las reliquias de los santos Mártires en una caja que habían de colocar sobre su cabeza, y con la expresa cláusula de que á nadie diesen conocimiento. Los monjes cumplieron este mandato; pero para no privar á los mártires del honor que les era debido según la intención de Eusebia, edificaron debajo de tierra y en lugar próximo á la tumba, una pequeña capilla, y encima una habitación cuyo pavimento estaba embaldosado. Cesáreo, uno de los personajes más poderosos del siglo, que había sido cónsul y prefecto del Pretorio, hizo enterrar algún tiempo despues á su mujer cerca de Eusebia, para cumplir sus deseos, pues ambas habían tenido una estrecha amistad, y los mismos sentimientos. Cesáreo quiso despues comprar la casa y el jardin con el propósito de elegir una sepultura cerca de la de su mujer. Los monjes se la vendieron sin declarar que estaban allí las reliquias de los santos Mártires, y se retiraron á otro lugar. Cesáreo echó por tierra la casa con objeto de edificar en su lugar una magnífica Iglesia en honor de san Tirso mártir. Yo estoy persuadido de que

Dios permitió que la casa fuese demolida, para hacer que fuese más maravillosa la invención de las sagradas reliquias, ó para dar pruebas más sensibles de su amor á la persona á quien reservaba la gloria de esta invención. San Tirso mártir apareció á Pulqueria tres veces, le declaró el paraje en que estaban depositadas las reliquias de los cuarenta soldados, y le ordenó que las trasladase cerca de las suyas, para que recibiesen de los fieles el mismo honor. También se le aparecieron los cuarenta Mártires cubiertos con blancas vestiduras. Sin embargo, la cosa parecía increíble, y no se vizlumbraba esperanza alguna de encontrar las santas reliquias. Los más ancianos, tanto eclesiásticos como seglares, nada sabían, ni tenían el más leve indicio. Como se desesperase de sacar de ellos alguna luz, Dios hizo recordar á un sacerdote, llamado Policronio, antiguo doméstico de Cesáreo, que este lugar había sido poseído en otro tiempo por unos monjes de la secta de Macedonio. Fué, pues, á tomar informes á eclesiásticos de la misma secta: pero todos habían muerto, á excepción de uno que parece haber sido reservado para demostrar el lugar en que se hallaban depositadas las reliquias de los bienaventurados Mártires. Policronio le preguntó si tenía alguna noticia del particular, y habiendo conocido que no se explicaba muy claramente, como así era en efecto, á causa del secreto á que Eusebia había obligado á los monjes, le manifestó la revelación que había tenido la emperatriz Pulqueria, y la inquietud en que ésta se hallaba. Entónces le confesó el monje con toda franqueza, que recordaba que en su juventud, y cuando empezaba su educación bajo la dirección de los superiores del monasterio, se colocaron las reliquias de los Mártires junto á la tumba de Eusebia; pero que, habiendo pasado mucho tiempo y habiéndose removido todos aquellos terrenos, no podía asegurar, si estarían las reliquias en la iglesia ó en otro parajé. « Recuerdo, dijo

Policronio, haber estado en el sepulcro de la mujer de Cesáreo, y por la disposición del lugar, creo que está en el sitio que hoy ocupa el púlpito. — En este lugar precisamente, replicó el monje, debe estar también la tumba de Eusebia, porque ambas eran muy amigas, se visitaban con mucha frecuencia, y se habían prometido elegir sepultura en un mismo lugar. « Advertida Pulqueria de todo esto, mandó que se hiciesen excavaciones bajo el púlpito, y no tardó en encontrarse el sepulcro de Cesáreo, según las conjeturas de Policronio. A alguna distancia se encontró un pavimento embaldosado y una tumba de mármol del mismo tamaño, bajo la cual estaba el sepulcro de Eusebia, y al lado una pequeña capilla revestida de mármol rojo y blanco. Debajo del sepulcro de Eusebia había una especie de altar. En lo alto de uno de los rincones del paraje en que se hallaban las sagradas reliquias había un agujero, en el cual metió su bastón uno de los oficiales del emperador, y al sacarlo, se difundió por el aire un olor muy agradable. Cuando se abrió el sepulcro, apareció el cadáver de Eusebia; sobre su cabeza había un pequeño cofre cerrado, guardado de hierro y plomo, y sobre él una pequeña abertura. Tan luego como ésto se hizo público, Pulqueria y los obispos se encaminaron á la iglesia del santo Mártir, é hicieron desclavar el cofre. Interiormente había muchos perfumes, y pequeñas cajas de plata en que estaban contenidas las reliquias. Pulqueria dió gracias al Señor, no sólomente porque le había revelado este precioso depósito, sino por haberlo encontrado. Lo puso en seguida en una caja de gran valor, y lo colocó cerca de las reliquias de san Tirso con una pompa magnífica, á que yo asistí. Todos los que concurrieron, pues esto acaeció en tiempo de Proclo, obispo de Constantinopla, pueden dar testimonio.

---

## ALEJANDRO, FUNDADOR DE LOS ASCOMETAS <sup>1</sup>.

La órden de los Ascemetas fué en su tiempo uno de los más grandes ornamentos del Oriente, tanto por la santidad de su instituto y de los que lo profesaban, como por haber florecido en él las ciencias, por cuyo motivo fué de grandísima utilidad para la Iglesia contra la impiedad de los herejes. Llamáronse estos monjes Ascemetas, es decir, que no dormían á causa de la continua salmodia, tanto de dia como de noche, que era su principal observancia.

El respetable Alejandro, que la estableció, tuvo que sufrir grandes contradicciones. Fué educado en una isla del mar Egeo, hoy el Archipiélago, lo que hace presumir que era del Asia Menor, y su nacimiento se pone bajo el reinado del emperador Constancio. Su familia era muy ilustre y antigua en el pais. Fué enviado á Constantinopla para que aprendiese las letras humanas, y despues tuvo un empleo entre los oficiales de la prefectura, el cual ejerció también bajo Teodosio el Grande.

Sus ocupaciones seculares no le impidieron aplicarse á la meditación de las verdades contenidas en los Libros santos, de los cuales hacía un estudio particular. Movidó de estas palabras de Jesucristo en el santo Evangelio : *Si quieres ser perfecto, vé, vende todo lo que tienes, dalo á los pobres, y tendrás un tesoro en el cielo*, quiso practicar á la letra este consejo : se desprendió de su cargo y de su patrimonio, que era muy considerable, distribuyéndolo á los

<sup>1</sup> Los Bolandistas, Bulteau.







*Imp. G. Chardon aîné, Paris*

*Gravé Jussé!*

*Alexandre, fondateur des Ascètes*  
*Alejandro fundador de los Ascemitas.*



pobres, y se retiró á un monasterio de Siria gobernado por un piadoso abad llamado Elías, para vivir bajo su dirección en la soledad y en la penitencia. Al cabo de cuatro años, el deseo de más grande perfección le llevó á un desierto, al lado del Eúfrates, en donde pasó siete años para afirmarse más y más en la austeridad de la penitencia, en la contemplación de las cosas divinas, en la fé y en la caridad.

Despues de este tiempo se sintió movido á predicar el Evangelio á los idólatras, para no ser en la Iglesia del número de los siervos inútiles, y habiendo ido á la extremidad de la Siria y de la Mesopotamia, supo que había una ciudad cuyos habitantes se hallaban enteramente entregados á las supersticiones del paganismo, celebrando con grande aparato sus fiestas profanas, y cometiendo todos los crímenes que su infame religión autorizaba. Apresuróse, pues, á trasladarse á ella, y habiendo entrado en su templo, hizo con sus oraciones que descendiera fuego del cielo para reducirlo á cenizas. Esto fué muy suficiente para excitar el furor de los paganos, que en tropel corrieron á prenderle y matarle; pero Dios puso en su boca palabras que los dulcificaron y aplacaron.

Rabulo, gobernador de la ciudad, hombre rico y elocuente, pero muy adicto á la idolatría, los congregó y les expuso que no había ningún motivo para abandonar el culto de los dioses de su patria y seguir la religión de los cristianos: que habían sido demasiado cobardes dejándose fácilmente apaciguar, despues de haberse hecho una injuria tan grande á su religión, y por lo tanto, que quería vengarla por sí mismo, y demostrar que Alejandro era un mago é impostor. Fue, pues, á buscarle, y le dijo: « ¿ Eres tú el que ha destruido el templo de nuestros dioses, y quieres hacernos culpables de tu sacrilegio? ¿ Qué esperanzas pueden tener los cristianos para exponerse á peligros en empresas tan temerarias?

« Os demostraremos, contestó Alejandro con intrepidez, la verdad de nuestra fé por medio de las obras, y comprendereis que no es vana la esperanza que, despues de la muerte, tenemos de una gloria inmortal. » En seguida le expuso en un discurso lleno de fortaleza y de unción la verdad de la fé confirmada con grandes prodigios, y tomando sus pruebas desde el principio del mundo, y refiriéndole el milagro realizado por Elías que hizo descender fuego del cielo. Se burló Rabulo de él, diciendo que querría ver otro semejante. El Santo lo alcanzó de Dios en aquel mismo momento, lo que le confundió y le convirtió al mismo tiempo, siendo seguido su ejemplo por su familia. No se contentó con recibir el bautismo, sino que, despues de hacer dimisión de su cargo y de renunciar sus rentas en favor de su mujer y de sus hijos, dió libertad á sus esclavos, remunerándolos con largueza, y se retiró al desierto, para no entregarse más que á la oración y á la contemplación de las cosas celestiales, y abrazó la pobreza evangélica. Despues fué elevado á la cátedra de Edesa.

Despues que Alejandro hubo hecho estas conquistas para Jesucristo, pensó de nuevo en los medios de procurar su gloria ; pero al mismo tiempo el pueblo á quien había convertido quiso tenerle por obispo, así como le había tenido por catequista. Repugnaba semejante cargo á su humildad, y determinó huir ; pero se habían puesto centinelas en las puertas de la ciudad para impedirlo, y no pudo escapar, sino como san Pablo lo hizo en Damasco, procurando que sus discípulos le descolgasen desde los muros, durante la noche, en una espuerta.

Una vez escapado, se dirigió al desierto, pero despues de dos dias de camino cayó en poder de una partida de bandoleros, compuesta de treinta hombres. Lleno de confianza en la protección divina, y sin ocuparse de su propia vida, que se hallaba en tan grande peligro, no

pensó más que en ganarlos para Jesucristo. Sus oraciones fueron oídas, pues habiendo sido conducido por uno de estos facinerosos á su jefe, Alejandro no le habló más que de la fé, y de tal manera le conmovió, que de un pagano hizo un cristiano, y de un malvado un perfecto penitente. Le dió el santo bautismo, y despues le dijo : « ¿ No habeis pedido nada á Dios, miéntras recibiais el sacramento de la regeneración ? — Perdonadme, le respondió el neófito, he pedido al Señor que muy pronto me saque de este mundo. » — Su oración fué oída efectivamente : pues pasó una semana entera derramando lágrimas que le arrancaba de lo íntimo de su corazón el arrepentimiento, y al dia octavo entregó su alma en manos del Señor.

Una muerte tan preciosa, en que no podía desconocerse la misericordia del Señor, llenó de admiración á sus compañeros de pillaje, los cuales rogaron á Alejandro que los bautizase, y despues de haber recibido este sacramento, fueron penetrados de una fé tan viva y de un deseo tan ardiente de su salvación, que convirtieron el lugar de sus proezas en un monasterio, y tardaron poco tiempo en hacer extraordinarios progresos en la práctica de las virtudes monásticas. Viéndoles Alejandro tan afianzados en la fé y en la virtud, creyó que podían pasar sin su presencia ; les dió un superior para que los gobernase : les prescribió las reglas que habian de seguir, los confirmó en su buena voluntad con una fervorosa exhortación sobre la perseverancia, y rogó al Señor que los protegiese.

Partió, pues, penetrado su corazón de un santo gozo por haberlos ganado al Señor, y al cabo de dos dias llegó al Eúfrates, que atravesó para detenerse á la orilla opuesta, en donde pasaba los dias en oración, en las alturas de las montañas, y las noches en un gran tonel que le proporcionó la divina Providencia, y que le servia de

retiro. En el espacio de veinte años, durante los cuales vivió en este desierto, se le unieron cuatrocientos monjes de cuatro lenguas diferentes : á saber, latinos, griegos, sirios y egipcios, que dividió en veinticuatro coros, para que se relevasen sucesivamente en la continua recitación del oficio divino : pues era su intención, que así como los ángeles alaban continuamente á Dios en el cielo, les imitasen, en cuanto es posible, sus discípulos en la tierra.

Quiso también que practicasen una pobreza sumamente estrecha : que no tuviesen más que una sola túnica : que confiasen más en la divina Providencia que en su industria, no proveyéndose más que de los alimentos necesarios para el día, y distribuyendo los sobrantes entre los pobres. Cuando hubo establecido sobre sólidas bases la observancia de esta regla, que pudiera llamarse angélica, por el fin que se proponía y por el orden que se guardaba, escogió, para imitar á Jesucristo, setenta discípulos llenos de fé y de amor divino, y los envió á diferentes lugares, para que convirtiesen á los idólatras. Tomó también otros ciento cincuenta, para que le siguiesen al desierto, con la esperanza de encontrar paganos á quienes llevar á la fé, y dejó á los demás en el monasterio bajo la dirección del venerable Trofimo, á quien dió instrucciones para el buen gobierno.

La soledad á que se retiró por el lado de la Persia era muy estéril. Sus religiosos no encontraban más que frutos y yerbas silvestres, lo cual fué para ellos un motivo de tentación. Treinta le dijeron, como en otro tiempo los israelitas á Moisés, que les había llevado al desierto para que perecieran de hambre, y pensaron regresar al monasterio. Alejandro, con la luz especial con que Dios le había ilustrado, penetró sus corazones, y despues de reprenderles su falta de confianza en Dios, hizo que regresasen al claustro, diciéndoles que en aquel mismo día se convence-

rían de que Dios no abandona á los que viven en el desierto.

En efecto, á medida que se retiraban, fueron testigos de que los tribunos y soldados romanos que guardaban las fronteras del imperio, llevaron á Alejandro y á los que habían permanecido en el desierto provisiones en grande abundancia : lo cual les conmovió de tal manera, que algunos, viendo como se cumplían sus predicciones, se prostraron en tierra, arrepentidos de su desconfianza, dejando que los otros regresasen al monasterio. Los que habían quedado al lado de Alejandro no quisieron dejar el desierto, y se retiraron más al interior, en donde perseveraron hasta la muerte.

Los romanos que le habían llevado víveres le invitaron á que viniese á sus moradas, para que orase por ellos, y los bendijese. Hízolo así, y su visita produjo grandes frutos de salvación. La misma confianza que tenían en él hizo que los que tenían entablados litigios, quemasen sus papeles, y lo constituyeron en árbitro de sus diferencias.

Dios castigó con una sequedad de tres años las tierras de una de estas aldeas, que no había querido aprovecharse de sus consejos, y que no cesó hasta que sus habitantes acudieron á él para que alcanzase del cielo el beneficio de la lluvia. Recorrió los desiertos de Mesopotamia, sin dejar de cantar con sus discípulos las alabanzas divinas, como se hacía en el monasterio, y llegó á Palmira, cuyos habitantes, aunque cristianos en apariencia, eran judíos por su avaricia, y le cerraron las puertas, dando por razón que un número tan considerable de monjes no podía ser sostenido por el pueblo. Alejandro, lejos de aflijirse, dió gracias al Señor, diciendo con el Profeta : *Mejor es poner la confianza en Dios que en los hombres.* No os aflijais, pues, hermanos míos, el Señor vendrá en nuestro auxilio mucho ántes de lo que vosotros creéis. » En efecto, los



bárbaros, que se habían esparcido por este país, les trajeron las provisiones que necesitaban, y que les duraron tres días, á pesar de haberlas compartido con los pobres de la ciudad.

Algunos de sus discípulos quisieron obsequiar á los otros preparándoles los manjeres que les habían llevado de una manera más esmerada. Alejandro lo permitió, pero miétras trabajaban en su preparación, tomó el libro de los Evangelios, y dijo que era necesario partir, para enseñarles de esta manera á desprenderse de toda solicitud por las cosas terrenas, no permitiendo que ninguno de ellos tocase lo que se había preparado. Los discípulos obedecieron ciegamente.

Después de cuatro días de marcha llegaron á un monasterio, de que era superior un hermano suyo, llamado Pedro. Quiso conocer por sí mismo, si se conducía según las máximas estrechas de la renuncia evangélica, y tomando consigo á uno de sus discípulos, llamó á las puertas del monasterio. Díjole el portero que esperase á que diera parte al superior ; pero le siguió, y se presentó á éste al mismo tiempo que el portero. Pedro le reconoció al punto, por más que hacía treinta años que no le había visto, y arrojándose á sus pies, le rogó que dispensase al portero, por haberle dejado entrar inmediatamente. Pero Alejandro le dijo con tono severo que estaba obligado á admitir á los extranjeros y á servirles á ejemplo de Abraham, y como mandaba Jesucristo : así es que se retiraba sacudiendo el polvo de sus hábitos. Su hermano y sus religiosos quisieron que se detuviese, á lo ménos un día : pero se contentó con hacerles una exhortación sobre el espíritu de pobreza y sobre el amor de Dios, é inmediatamente emprendió el camino de Antioquía.

No era desconocido en esta ciudad, pues había estado en ella hacía veinte años, y se había distinguido por el celo

con que se opuso al establecimiento de Porfirio, que se había apoderado de la silla patriarcal despues de la muerte de Flaviano, en 404. El historiador de su vida dice que Teodoreto era entónces obispo, y que, habiéndose dejado llevar de la malicia é hipocresía de algunas personas mal intencionadas, le entregó juntamente con sus compañeros á éstas, para que los arrojasen de la ciudad, lo que ejecutaron con groseras injurias. Alejandro atribuyó estos malos tratamientos á la malicia del demonio más bién que á la de los hombres ; así es que aprovechó las tinieblas de la noche para volver á entrar, y se retiró á un edificio aruinado, en que ántes había habido baños públicos, y allí continuó su salmodia.

Esto irritó nuevamente al obispo, el cual temió al pueblo, que miraba á Alejandro como á un profeta, y que acudía en tropel para oírle hablar de Dios, tanto más, cuanto que apoyaba su palabra con sus prodigios, así es que en adelante no se le hizo violencia. Alejandro se aprovechó de esta calma para devolver bién por el mal que se le había hecho, y se sirvió del ascendiente que sus discursos le daban sobre los espíritus para mover á muchas personas á que edificasen un hospital.

Sin embargo, experimentó muy bién que, cuando se quieren reprender los desórdenes del pueblo con la esperanza de remediarlos, y cuando se dice la verdad á los grandes, se corre peligro de ser víctima del celo. La dijo, efectivamente, al obispo y al ejército, lo mismo que al clero ; pero no recogió otro fruto, que malos tratamientos. Un subdiácono, llamado Malco, hombre fiero y arrogante, se quejó de él al obispo. Le pintó á Alejandro como hombre fanático y perturbador, y en prueba de ello recordó que hacía veinte años se opuso á que Porfirio tomase posesión de la silla episcopal, y concluyó rogando al prelado, que se le arro-

jase de la ciudad, ó en caso contrario, que se retiraría todo el clero.

Teodoreto, extremadamente crédulo, le dió facultades para hacerlo, y el subdiácono acompañado de algunos sepultureros fué en busca de Alejandro, y al verle, le dió una bofetada, diciéndole : « Sal malvado, de esta ciudad. » Alejandro recibió la bofetada con la dulzura de un cordero, contentándose con repetir estas palabras del santo Evangelio : *Y el nombre de este siervo era Malco*. Los que se hallaban presentes quedaron admirados de la propiedad con que había aplicado estas palabras, y de la paciencia con que había sufrido aquella afrenta. Le defendieron contra Malco y su tropa ; pero Alejandro se vió obligado á partir por orden del gobernador, que le desterró á Chalcis con sus discípulos.

Se aprovechó de este destierro para visitar los monasterios que había edificado en diferentes lugares, y algunos años despues vino secretamente á Antioquía para confirmar en la virtud á los que había ganado para Dios. Se detuvo el ménos tiempo que le fué posible, y partió con intención de encontrar algún lugar en que fuese útil á las almas. A una jornada, entró en un monasterio llamado Critheu, y quedó sorprendido de que se observaba la misma regla que había prescrito á los suyos, y la misma práctica de las virtudes evangélicas que él inspiraba á los que se ponían bajo su dirección. Examinando detenidamente todas las cosas, llegó á conocer que lo había fundado uno de sus discípulos ; pero vió que se cultivaba un jardín de grande extensión, y dijo á los religiosos que no tenían entera confianza en la divina Providencia. Al oír esta reprensión, reconocieron á Alejandro, de quién les había hablado su fundador que ya había muerto, y cuya reputación se hallaba extendida por todo el Oriente.

Dejó la Siria, se trasladó á Constantinopla con veinte de

sus discípulos, llenos de ardoroso celo por la gloria de Dios y enteramente desprendidos de todas las cosas del mundo, y fundó un monasterio cerca de la Iglesia de san Mennas. El resplandor de sus virtudes, así como la sublimidad de sus discursos y la estrecha observancia á que sujetaba á sus discípulos, atrajo á su lado á muchas personas, que de todas partes venían á admirar su renuncia de todas las cosas de la tierra, su pobreza voluntaria, su abandono en la divina Providencia, y la continua salmodia que allí se observaba, y de que no había ejemplo en ninguna parte. Su comunidad creció tanto en poco tiempo, que se encontró compuesta de trescientos solitarios de tres lenguas diferentes, griegos, latinos y sirios, que eran católicos, y muchos de los cuales habían vivido en otros monasterios. Los dividió en seis coros, que cantaban sucesivamente y sin interrupción las alabanzas divinas.

Algunas personas, que no podían comprender como sostenían esta observancia, ni como podían sostenerse unos religiosos que nada poseían, entraron en desconfianza, y para observarlos y satisfacer su curiosidad, vinieron á pasar algunos dias en el monasterio. A nadie manifestaron sus desiguos, pero Dios se los hizo conocer á Alejandro, y manifestó con un milagro la providencia especial que ejercía con él. Alejandro dijo á un religioso encargado de tratar con las gentes que venían el monasterio, que fuese á la puerta, y recogiera lo que trajesen. Nadie había llamado, pero ántes de llegar el religioso á la puerta, oyó que daban en ella fuertes golpes, y vió á un jóven que venía cargado con panes muy blancos, y todavía calientes para la comunidad. Preguntóle el portero quién le mandaba; pero no supo responder otra cosa sino que un hombre vestido con un hábito blanco le había dicho en el momento en que sacaba los panes del horno, que los trajese el monasterio. Añadió que este hombre era el

que había llamado á la puerta, y que inmediatamente desapareció. Se reconoció sin dificultad que era un ángel enviado por el mismo Dios, á quién se dió fervorosa acción de gracias.

Refiere también el historiador de su vida, que Dios le manifestó una falta cometida por uno de sus religiosos, y que éste no se había atrevido á confesarle. Hizo que hirviese agua en una marmita, sin que bajo ella se colocase fuego. Pero la admiración con que el pueblo miraba su piedad y el buén orden de su monasterio, no tardó en convertirse en persecución. El demonio, continua su historiador, no podia permitir que viniese á Constantinopla á practicar tanto bién, como había hecho en otras provincias, y le acusó de pretender enseñar una falsa doctrina en la Iglesia, consiguiendo de esta manera que fuese llevado al prefecto, lo cual debe entenderse de la iglesia y del clero, ó de los obispos que se encontraban en esta ciudad. Dice Bolando que era entónces Nestorio el obispo de Constantinopla, y temía, en vista de lo que Alejandro había hecho en Antioquía para oponerse á la intrusión de Porfirio, que se opusiese también á sus errores. Como quiera que sea, se le obligó á comparecer en juicio, y fué condenado por el pronto á salir de la ciudad. Sin embargo, á nadie más que al mismo Dios había encomendado su defensa, y fué socorrido tan poderosamente, que no tardó en volver á su monasterio, sin que nada se le impidiese.

Gozó algún tiempo de paz; pero no tardó en suscitársele una nueva persecución con motivo de unos religiosos que habían pasado de otros monasterios al suyo, de lo cual se le hizo un crimen. En su consecuencia, se le aprisionó con estos religiosos, se les maltrató, y se dió una orden para que cada cual volviese á su monasterio. Esto interrumpió por algunos dias la salmodia perpetua; pero bién pronto volvieron á emprenderla, pues habiendo sacado á Alejan-

dro de la prisión, por creerse que estaría solo, se le unieron al punto todos sus discípulos, y fueron á establecerse en un paraje de la Bitinia llamado Gomón, en la embocadura del Ponto-Euxino. Créese que vivió algún tiempo despues de este último establecimiento, á lo ménos el autor de su vida dice que murió en él. Bolando cree que su muerte acaeció el año 430.

Presumiendo san Marcelo, su discípulo, que le habian de poner en su lugar, no esperó á que espirase, sino que se retiró secretamente, y no volvió al monasterio, hasta que supo que había sido elegido superior un anciano llamado Juán. Durante su gobierno, un tal Filoteo le persuadió que trasladase su monasterio á un lugar, á que se dió el nombre de Ireneo, es decir, tranquilo y apacible, también en la Bitinia, á orillas del mar y cerca de Sosthenium, que es un puerto ó ensenada de la Tracia, al norte de Constantinopla, y llamado Laosthene por los antiguos. Este nuevo monasterio fundado por sus discípulos, es el que se llamó de los Ascemetas, que más tarde se hizo muy célebre. A él fué trasladado el cuerpo de Alejandro, que según su historiador, hacía todos los dias muchos milagros.

Este escritor, que era uno de sus discípulos, y que asegura referir lo que él mismo vió, dice que no sólomente se conservó la disciplina establecida por él, sino que la institución de la salmodia se propagó á otros muchos lugares, tanto del imperio romano como de los países bárbaros, lo cual se encuentra confirmado en la vida de san Marcelo.

Lo que, al parecer, atrajo persecuciones á Alejandro, fué el que se pretendía que perteneciese á la secta de los euquistas ó mesalianos, herejes que no se cuidaban más que de la oración, y que miraban como inútiles los demás ejercicios de piedad, lo cual fué causa de que el gran san Nilo condenase este error en una de sus cartas. Pero debe notarse que, si Alejandro estableció la oración continua,

no pretendia que ésta fuese el único ejercicio de piedad; pues sus religiosos no oraban juntos, sino que se dividían en varias tandas, entregándose unos á diferentes ejercicios, mientras que otros cantaban las alabanzas divinas.

Es verdad, como hace notar Bulteau que hay algo extraordinario en estos actos, y que no debe ser imitado, así como también hay en Tillemont algunos pasajes críticos que no son favorables al ilustre varón de que tratamos, pero estos mismos actos son muy justificables, como hace constar Bolando en sus notas marginales. Hay efectivamente, en la vida de los siervos de Dios cosas extraordinarias, de que no podemos formar un juicio exacto, porque para hacerlo, sería necesario haber vivido en su tiempo, haber presenciado todas las circunstancias, y haber penetrado en sus disposiciones interiores, lo cual solo Dios puede hacer. Por último, si, según el oráculo de Jesucristo, el árbol se conoce por sus frutos, no hay más que considerar los grandes servicios que el orden de los ascetas ha prestado á la Iglesia para juzgar favorablemente de su fundador.

---

### RABULO, MONJE Y OBISPO DE EDESA, SAN JUAN CALIBITA.

Hemos dicho en la vida de Alejandro, que Rabulo, que era un gran señor y prefecto de una ciudad pagana, se convirtió al cristianismo. Su familia siguió su ejemplo, y su mujer edificó un monasterio, en donde, habiéndose consagrado á Dios juntamente con sus hijas y sus criadas, perseveró hasta el fin de sus días en los ejercicios de la vida

religiosa. En cuanto á él, abrazó la vida monástica, y se sujetó á las máximas de desprendimiento de las cosas mundanas, que aprendió de Alejandro, de quién se hizo fiel discípulo. El escritor de las actas de Alejandro, dice que Rabulo llevó una vida tan austera y santa, que no parecia estar revestido de carne mortal. Sus ayunos eran muy largos, sus vigiliias casi continuas, y todas sus ocupaciones consistían en orar y gemir por el tiempo que había pasado en las supersticiones de la idolatría.

Despues se le sacó de su retiro para colocarle, cual brillante lámpara sobre el candelero, y por todos los habitantes de Edesa fué elegido metropolitano de Mesopotamia. Cumplió con tanta exactitud este cargo, que, según dice su historiador, fué el maestro de toda la Siria, de la Armenia, de la Persia y de casi todo el Oriente.

Su celo por la conversión de los paganos se demostró principalmente en el cuidado que tomaba por lo educación de los niños. Como en el gran colegio de la ciudad había muchos de las provincias inmediatas, los llamaba á sí todos los meses, les enseñaba los misterios de la fé y las máximas del Evangelio: despues los bautizaba, y cuando los veía bién instruidos en la religión, los enviaba á su pais, y de este modo propagaba la religión cristiana.

Por esta época empezaban á tener resonancia los errores de Nestorio, y Rabulo se puso en un principio de parte de Juán de Antioquia, que apoyaba á este heresiarca juntamente con un gran número de obispos orientales. Pero no tardó en abrir los ojos, y en declararse adversario de estos dogmas impíos, lo cual hizo decir á san Cirilo que Rabulo era el fundamento y la columna de la verdad para todos los orientales. Arrojó del colegio de Edesa á todos los que sostenían los errores de Nestorio, y con el mismo celo se declaró contra Teodoro Mopsuesteno, á quién anamatizó en plena iglesia, así como á los que leían las obras de este



autor, ó no se las traían para que las quemase, y á los que leían lo que los orientales, y principalmente Andrés de Samosata, habían escrito contra los Anatematismos de san Cirilo, ó no estaban conformes con los sentimientos de este santo Padre.

Esto le atrajo una persecución de parte de los sectarios de Nestorio, y el odio de Ibas, que entónces pertenecía á su clero, y que le trataba de tirano y de perseguidor de la Iglesia, todo lo cual puede verse detalladamente en la historia eclesiástica. Rabulo, según el autor de la vida de Alejandro, fué treinta años obispo de Edesa, y Bulteau y Tillemont siguen esta opinión; pero Assemani, apoyado en la crónica de Edesa, dice que fué obispo desde el año 412 hasta el de 435, y por consiguiente, que su episcopado no duró más que veintitres años.

En su avanzada edad perdió la vista, sin que por esta causa dejase de obrar, pues asistió al concilio celebrado en Armenia hacia el año 435, en donde se condenó la carta de Teodoro Mopsuesteno, y murió poco tiempo despues.

Tenemos dos Vidas de san Juan Calibita, puestas por Bolando el 15 de enero; y se prefiere la primera, por considerarla más exacta, que segunda traducida por el cardenal Siret, y que se atribuye á Metafraste, ó á algún otro griego de la edad media. Seguiremos, pues, la primera, para no exponernos á copiar las faltas de la segunda.

Eutropio, general de las tropas de Teodosio el Joven, tuvo en Constantinopla tres hijos, dos de los cuales ocuparon empleos correspondientes á su nacimiento; mientras que el menor, de quién aquí hablamos, tomó por herencia la cruz y la santa abyección de Jesucristo,

Fué educado en las letras y en el santo temor de Dios, conformé á la condición y á la piedad de sus padres, y desde su juventud demostró gran desprecio á las riquezas y á la vanidad mundana. A la edad de doce años se le veía

frecuentar las iglesias, entregarse noche y día á la oración, y dar señales de la virtud perfecta á que en breve se había de elevar.

Un religioso de la comunidad de los ascemetas fué en peregrinación á Jerusalem, y á su paso por Constantinopla se hospedó en el palacio de Eutropio. Con este motivo tuvo Juan lugar de tratarle, y su corazón quedó tan abrasado en el fuego de la devoción, que se informó de las condiciones de su retiro, del lugar en que se hallaba su monasterio, y del superior que lo gobernaba. Cuando este religioso hubo satisfecho á sus primeras preguntas, y á medida que avanzaba en los detalles de la vida religiosa, parecía como que sus palabras caían en el corazón de Juan cual maná delicioso, que saboreaba con dulce devoción. Estrechándole la mano, le hizo prometer que á su regreso de los santos Lugares, pasaría por Constantinopla, y le llevaría consigo á su monasterio.

Cuando hubo partido el religioso, no se ocupó Juan en otra cosa que en renunciar al mundo, y mientras que los jóvenes de su edad sólo piensan en pedir dinero á sus padres para satisfacer sus placeres y su vanidad, Juan sólomente pidió á los suyos que le proporcionasen un libro de los santos Evangelios. Esta petición no podían negársela por ser muy conforme á sus piadosos sentimientos, y le proporcionaron uno muy bello, tanto por sus caracteres como por su encuadernación.

El ascemeta no faltó á su promesa, y en ello experimentó Juan un grande placer, que compara su historiador al que siente el ciervo sediento al percibir una fuente de cristalina agua. Salió de su casa para ir á la escuela, como acostumbraba, no llevando consigo más que el libro del Evangelio, y juntamente con el ascemeta emprendió el camino del mar, subiendo á un buque que los trasportó al sitio en que estaba el monasterio por que suspiraba.

El religioso que le acompañaba previno al abad acerca de los piadosos designios del jóven y de la excelente condición de sus padres, y le dió cuenta de lo ocurrido. San Marcelo, que se cree ser éste excelente superior, opuso alguna dificultad en admitirle, atendida su corta edad y la delicadeza con que habia sido criado. Le expuso las austeridades de la regla, y cuanto era de temer, que, una vez pasado el primer fervor, se relajase á causa del excesivo trabajo, y arrastrase en su relajación á los demás religiosos. Sin embargo, para no rehusar enteramente sus súplicas, le permitió permanecer cuarenta dias en el monasterio, para que viese más de cerca los ejercicios que se practicaban, y se pudiera juzgar de su perseverancia. Pero Juán, arrojándose á sus pies, le suplicó encarecidamente que no dilatase admitirle en el número de los hermanos, hasta conseguir que el santo abad le cortase el cabello, y le vistiese el hábito religioso.

Inútil es expresar el dolor de sus padres, cuando vieron que no volvía. Le buscaron por todas partes, y aún cuando el monasterio no distaba mucho de Constantinopla, no creyeron que se hubiese retirado á él, disponiéndolo así la divina Providencia, para que no viniesen á arrancarle de su retiro.

Pasó seis años practicando con gran fidelidad la regla y las virtudes propias de su estado, y sirviendo á los demás de modelo de humildad y de obediencia. Pero al séptimo año el enemigo de las almas, enfurecido de ver su fervor, le representó tan vivamente en la imaginación la inquietud y tristeza que habia causado á sus padres, y excitó al mismo tiempo en su corazón una ternura tan grande hacia ellos y un deseo tan vivo de verlos, que en poco tiempo se fueron debilitando sus fuerzas, y estuvo en peligro de muerte. Viéndole tan demacrado su superior, y atribuyendo la causa á algún exceso de penitencia que practicase secreta-

mente, le dijo que no era propio de la virtud ni del buen sentido practicar tantas austeridades, y le exhortó á moderarlas. Pero Juan, que no sabía fingir, le confesó ingenuamente que su mal no procedía de otra causa, que del deseo que tenía de ver á sus padres: que reconocía que era una tentación del demonio para turbar su alma, pero si quería concederle su permiso para hacer este viaje, esperaba que Jesucristo le concedería la gracia de conducirse de tal manera, que, lejos de ser vencido por el enemigo, triunfaría de él, siempre que contase con sus oraciones y con las de sus hermanos.

El abad que no podía esperar semejante petición, sintió, su corazón traspasado del más vehemente dolor. Le recordó los grandes deseos que había manifestado de ser admitido en el monasterio, y que, al concedérselo, se había hecho á sí mismo grandísima violencia. Le pidió que cambiase de sentimientos, acompañando su exhortación con abundantes lágrimas. Sin embargo, á la mañana siguiente, reuniendo á todos los religiosos, le concedió en presencia de ellos el permiso que solicitaba, y le dijo con voz entrecortada por los sollozos: « Parte, pues, hijo mio, y que el Señor guie tus pasos según su santa voluntad. »

Por grande que fuese el deseo que tuviera Juan de ver á sus padres, no pudo dejar la compañía de sus hermanos, sin que el corazón se le desgarrase de dolor: así es que, al despedirse de ellos, derramó abundantes lágrimas, así como ellos, y cuando se puso en marcha, volvía de cuando en cuando sus ojos con sentimiento de dolor hacia el monasterio, hasta que lo perdió de vista. Dios que quería hacer en él un ejemplar de su gracia, cambió sus sentimientos de ternura en sentimientos de una mortificación heroica, y le dió fortaleza para hollar bajo sus pies al enemigo, que parecía haberle vencido. A su paso encontró á un pobre lleno de andrajos, que combió por su hábito,

para ser ménos conocido, y con tan mezquino equipaje se dirigió á Constantinopla. Cuando vió la casa de sus padres, levantó su espíritu al Señor, y le rogó que, puesto que le había concedido la gracia de despreciar desde su juventud los honores y las riquezas del mundo, no permitiese que su corazón fuese en busca de ellos, y que le ayudase á vencer á su enemigo, que tan tentadores lazos le tenía.

Despues de esta oración, se colocó muy de mañana á la puerta del palacio, esperando que la abriesen. El criado que lo hizo, le preguntó lo que deseaba ; pero los andrajos de que estaba cubierto indicaban claramente que pedía limosna. Algún tiempo despues el intendente de la casa le permitió que se alojase en una pequeña habitación, desde la cual veía á los que entraban y salían. Todos los dias, por lo tanto, veía á sus padres y hermanos, y tenía que sufrir de los criados desdenes é injurias. En estas pruebas tan duras la naturaleza le daba asaltos muy violentos, y necesitaba de todos los auxilios de la gracia para no darse á conocer ; pero la oración le alcanzó el don de la perseverancia, para triunfar generosamente de la naturaleza.

Su padre, que era muy caritativo para con los pobres, y que no había opuesto dificultad en que Juán ocupase aquella pequeña habitación de su casa, se fijó atentamente, al cabo de un año en su paciencia, y mandó á sus criados que le llevasen de los mismos manjares de su mesa. Juán los recibió con humildad y reconocimiento ; pero no comía más que lo absolutamente necesario, dando lo demás á los pobres. Pero Dios quiso que además sufriese otra prueba muy dolorosa de parte de su madre. Salía esta señora un dia de su palacio acompañada de numeroso cortejo y habiendo dirigido casualmente su mirada al pobre Juán, sintió grande disgusto de verle tan miserable y andrajoso ; por

lo cual ordenó que se le retirase de aquel lugar, para que no le viese á su paso.

Dos años sostuvo este combate, no cejando nunca en su resolución, y al tercer año, Dios le reveló que moriría tres dias despues, lo cual fué para él un motivo de consuelo, despues de haber sufrido tantos trabajos y humillaciones. Su corazón se ensanchó, y la gratitud hizo brotar de sus ojos lágrimas de gozo y fervor. Dios, que al mismo tiempo quería dar á conocer al mundo su virtud, que hasta entónces había quedado oculta bajo el velo de la pobreza y de la humildad, le inspiró hablar á su padre sin darse á conocer, y rogarle que alcanzase de su esposa que no se desdeñara de bajar á su habitación, aún cuando él fuese un miserable mendigo, pues Jesucristo quiso abrazar la pobreza por nuestro amor. Quedó muy admirada esta señora, y preguntó á su marido, si era decente que fuese a ver á un pobre tan mal vestido. Lejos de rehusárselo este señor, la exhortó á hacerlo, diciéndole que Dios tenía predilección por los pobres. Por fin se determinó á hacerlo; pero en lugar de ir á la habitación en que estaba, ordenó á algunos de sus criados que lo trajesen á su presencia. Cuando el pobre Juan compareció, le dijo que la molestia que estaba causando iba á terminar con su muerte, y Dios, que miraba como hecho á sí mismo todo cuanto se hace en beneficio de los pobres, no dejaría de recompensar la caridad que habían ejercido con él, y por último, le rogaba que se le diese sepultura con sus andrajosos hábitos en el mismo lugar en que habitaba. Así se lo prometió la señora, y al mismo tiempo Juan le dió, como única cosa que poseía el libro de los Evangelios, diciéndole: Deseo, señora, que este libro sagrado sea para vos y para vuestro esposo una señal de protección en esta vida y una prenda para conseguir la futura. Aceptólo guslosa su madre, y quedó sorprendida de que un libro tan hermoso y bién acondicionado estuviese en manos

de un hombre tan pobre. Retiróse Juán, y examinando su madre más atentamente el libro, se dijo á sí misma. « En verdad que este libro se parece mucho al que dimos á nuestro hijo Juán. Esta idea le despertó el recuerdo de su hijo, á quién creía perdido, y al regresar por la tarde su marido al palacio, le enseñó el libro, y le manifestó sus sospechas. Conoció este señor que aquel era efectivamente el libro que habían dado á su hijo ántes que desapareciese, y se trasladaron en seguida á la habitación de Juán, para que les dijese el tiempo en que lo había adquirido, esperando de este modo tener alguna noticia de su hijo.

Le licieron muchas preguntas, rogándole que nada les ocultase, y entónces el Santo, que sentía hallarse próximo á su muerte les dijo, que ellos mismos eran los que se lo habían dado. Al oír estas palabras, se fijaron más atentamente en él, y le reconocieron á través de la mudanza que en su semblante había producido la penitencia. El gozo de verle y la pena de perderle trabaron una especie de combate en sus corazones, y se entregaron á los trasportes del más acerbo dolor.

Juán, por su parte, esperaba con confianza el último momento de su vida, y al fin, espiró dulcemente tres ó cuatro horas despues de haberse dado á conocer. Su madre, olvidando en su dolor la promesa que había hecho de enterrarle con sus pobres vestidos, le puso una rica vestidura, pero al punto quedó paralítica. Su marido le hizo observar, que esta nueva desgracia tal vez reconocería por causa el no haber ejecutado la voluntad de su hijo, y no quedó curada hasta que el cadáver fué nuevamente cubierto con sus andrajos.

Muy pronto se supo en toda la ciudad lo que pasaba : las gentes corrián en tropel, unos felicitando á sus padres por la santidad de su hijo, y otros llorando con ellos su pérdida. Le enterraron, por último, en la forma que ha-

bía manifestado, y sobre su tumba edificaron una iglesia, para dar gracias al Señor. El ejemplo de la penitencia de su hijo reanimó en sus corazones los sentimientos de la piedad cristiana, y emplearon una parte muy considerable de sus bienes en enriquecer esta iglesia y en socorrer á los pobres.

Se cree que este Santo murió hacia el año 464.

### SAN MARCELO, PROPAGADOR DEL ORDEN DE LOS ASCOMETAS.

Surio nos ha trasmitido la vida de san Marcelo escrita por Metafraste, lo cual no previene mucho en su favor, pero los más severos críticos han debido encontrarla verídica, pues se halla conforme con los historiadores de su tiempo, está escrita en un tono grave y edificante, y Metafraste debió haberla tomado de algún original antiguo, hecho por persona muy erudita. Así lo cree Tillemont. Baillet habla muy favorablemente de ella, y sin citar á Baronio, á Godeau y á otros muchos, Bulteau y Fleury han tomado de ella lo que han escrito acerca de este Santo.

La ciudad de Apamea en Siria fué la patria de san Marcelo. Sus padres éran muy considerados por su nobleza y opulencia. Los perdió hallándose aún en la flor de su edad y aún cuando por esta circunstancia quedó exento de la patria potestad, no abusó de su libertad ni de sus bienes, sino que miró con horror los placeres sensuales, y se retiró á Antioquía para entregarse á los estudios que pudieran llevarle á la práctica de la virtud cristiana. Era el único designio que se proponía, y para conseguirlo, buscó un



de un hombre tan pobre. Retiróse Juán, y examinando su madre más atentamente el libro, se dijo á sí misma. « En verdad que este libro se parece mucho al que dimos á nuestro hijo Juán. Esta idea le despertó el recuerdo de su hijo, á quién creía perdido, y al regresar por la tarde su marido al palacio, le enseñó el libro, y le manifestó sus sospechas. Conoció este señor que aquel era efectivamente el libro que habían dado á su hijo ántes que desapareciese, y se trasladaron en seguida á la habitación de Juán, para que les dijese el tiempo en que lo había adquirido, esperando de este modo tener alguna noticia de su hijo.

Le hicieron muchas preguntas, rogándole que nada les ocultase, y entónces el Santo, que sentía hallarse próximo á su muerte les dijo, que ellos mismos eran los que se lo habían dado. Al oír estas palabras, se fijaron más atentamente en él, y le reconocieron á través de la mudanza que en su semblante había producido la penitencia. El gozo de verle y la pena de perderle trabaron una especie de combate en sus corazones, y se entregaron á los trasportes del más acerbo dolor.

Juán, por su parte, esperaba con confianza el último momento de su vida, y al fin, espiró dulcemente tres ó cuatro horas despues de haberse dado á conocer. Su madre, olvidando en su dolor la promesa que había hecho de enterrarle con sus pobres vestidos, le puso una rica vestidura, pero al punto quedó paralítica. Su marido le hizo observar, que esta nueva desgracia tal vez reconocería por causa el no haber ejecutado la voluntad de su hijo, y no quedó curada hasta que el cadáver fué nuevamente cubierto con sus andrajos.

Muy pronto se supo en toda la ciudad lo que pasaba : las gentes corrián en tropel, unos felicitando á sus padres por la santidad de su hijo, y otros llorando con ellos su pérdida. Le enterraron, por último, en la forma que ha-

bía manifestado, y sobre su tumba edificaron una iglesia, para dar gracias al Señor. El ejemplo de la penitencia de su hijo reanimó en sus corazones los sentimientos de la piedad cristiana, y emplearon una parte muy considerable de sus bienes en enriquecer esta iglesia y en socorrer á los pobres.

Se cree que este Santo murió hacia el año 464.

### SAN MARCELO, PROPAGADOR DEL ORDEN DE LOS ASCOMETAS.

Surio nos ha trasmitido la vida de san Marcelo escrita por Metafraste, lo cual no previene mucho en su favor, pero los más severos críticos han debido encontrarla verídica, pues se halla conforme con los historiadores de su tiempo, está escrita en un tono grave y edificante, y Metafraste debió haberla tomado de algún original antiguo, hecho por persona muy erudita. Así lo cree Tillemont. Baillet habla muy favorablemente de ella, y sin citar á Baronio, á Godeau y á otros muchos, Bulteau y Fleury han tomado de ella lo que han escrito acerca de este Santo.

La ciudad de Apamea en Siria fué la patria de san Marcelo. Sus padres éran muy considerados por su nobleza y opulencia. Los perdió hallándose aún en la flor de su edad y aún cuando por esta circunstancia quedó exento de la patria potestad, no abusó de su libertad ni de sus bienes, sino que miró con horror los placeres sensuales, y se retiró á Antioquía para entregarse á los estudios que pudieran llevarle á la práctica de la virtud cristiana. Era el único designio que se proponía, y para conseguirlo, buscó un

guia seguro que dirigiese sus acciones, como había buscado un maestro que le enseñase las ciencias.

No encontrándose satisfecho en Antioquía, se persuadió que conseguiría más fácilmente sus deseos en Éfeso, y con este designio, despreciando las magnificencias de Antioquía, como lo había hecho con las dulzuras de la patria, distribuyó entre los pobres su cuantioso patrimonio, y se dirigió á Efeso, hospedándose en la casa de un buen hombre, cuya piedad, así como la de su muger, se acomodaba mucho á la suya. Había también entre ellos un esclavo llamado Promoto, cuya virtud era venerada por toda la ciudad, y se refería de él, que con frecuencia pasaba las noches enteras en las iglesias de los monasterios, entrando en ellas cuando estaban cerradas sus puertas. Esto era conocido de todo el mundo, y es lo que había inspirado á sus amos los sentimientos de extraordinaria piedad de que hacían profesión, y no sirvió ménos á formar la de nuestro Santo con sus saludables consejos y ejemplos.

Entre otras cualidades tenía Marcelo la de escribir muy bien, y la empleó en copiar libros, que vendía, y con cuya producto atendía á sus necesidades y á las de los pobres. No pasaba, sin embargo, todo el tiempo en esta ocupación, sino que gran parte de él lo consagraba á la oración, que constituía su principal ejercicio.

La reputación de Alejandro, fundador del orden de los ascetas, le atrajo á Constantinopla, en donde fué recibido con muchas consideraciones á causa de una recomendación de uno de sus religiosos llamado Jacobo, que le había tratado familiarmente en el mundo. Su conducta atrajo sobre él las miradas de todos los religiosos, y esto le hizo temer que, á la muerte de Alejandro, le eligiesen superior del monasterio. Con él y con sus hermanos había compartido las persecuciones que tuvieron que sufrir, y con ellos se había retirado á Gomón, como hemos dicho en la vida

de san Alejandro. Pero viendo á éste próximo á su fin, comprendió que se le quería hacer abad : salió para evitarlo, secretamente de su monasterio, y fué á visitar otros, edificándose con las virtudes de los Santos que en ellos encontraba.

Su ausencia obligó á los religiosos á poner los ojos en otro, tan luego como hubo espirado Alejandro, y lo hicieron en un anciano llamado Juán, no ménos estimable por su prudencia que por su edad. Cuando Marcelo supo esta elección, vino á congratularse de ella con sus hermanos ; pero el nuevo abad no le dejó gozar más que en parte, de las ventajas que había creído proporcionarse con su retirada, pues reservándose sólo su cualidad de abad, compartió con él sus funciones y trabajos. Procedían con maravilloso acuerdo, y brillando igualmente sus virtudes, fueron elevados en un mismo dia el uno al sacerdocio, y Marcelo al diaconado.

Habían ya dejado á Gomón y retirándose á otro paraje cerca de Sosthenium á petición de Filoteo, que les había cedido el terreno, y este lugar fué llamado Ireneo, por hallarse lejos del tumulto del siglo. Éste fué propiamente el gran monasterio de los ascetas : los demás que se edificaron en otros lugares bajo la misma regla, llevaron los nombres de sus fundadores, como veremos al hablar del de Estudio.

Había á poca distancia del Ireneo otro monasterio gobernado por un santo abad llamado Macedonio, á quién Dios había favorecido con el don de profecía. Le era muy conocida la virtud de san Marcelo, y venía á verle con mucha frecuencia. Dios le reveló un dia lo que este Santo debía hacer por el sostenimiento de la Iglesia, por la gloria de Dios y por la salvación de las almas. Marcelo, á quién participó esta revelación, no concibió estima alguna de sí mismo ; ántes por el contrario, se miró como un objeto vil

y miserable y como el último de sus hermanos. Así se vió en una ocasión en que su abad quiso poner á prueba su virtud, para confundir á algunos murmuradores, para quienes era objeto de envidia. Hallábase el Santo en compañía de Macedonio, hablando de cosas divinas, y durante este tiempo los religiosos estaban al lado de Juan. Había entre estos algunos que carecían de la debida perfección, y como de ordinario sucede, eran estos los que encontraban en otros los defectos que ellos mismos tenían. Recayó la conversación sobre la virtud de Marcelo, y creyeron poder deprimirle con más libertad, por hallarse ausente. Atreviéronse á indicar que no estaba exento de ambición y vanagloria, y que si se había ocultado á la muerte de Alejandro para huir de la superioridad, debiera más bien atribuirse al temor de que no se le eligiese, y para evitar el desaire que pudiera recibir de sus hermanos.

Era éste verdaderamente un juicio temerario y una imputación odiosa. Quiso Juan curar á estos espíritus mal intencionados, haciendo que la humildad de Marcelo brillase á sus propios ojos. « La humildad, les dijo, hermanos míos, es la piedra de toque, por la cual debemos juzgar de la verdadera virtud. » Habiendo regresado Marcelo á su monasterio, le llamó su abad á presencia de todos los religiosos, y para humillarle más, le encargó el cuidado de los asnos del monasterio. Este era el empleo más bajo de la casa, y Marcelo lo desempeñó con grande gozo, y rogó al abad que lo confirmase en él durante el resto de su vida, solicitando que se lo pusiese por escrito. El abad, que sólomente pretendía curar el espíritu de estos religiosos imperfectos, no quiso acceder á su súplica; sino que se contentó con que lo desempeñase algún tiempo, y Marcelo, exacto siempre en la obediencia, lo cumplió con tanta humildad, que quedaron confundidos los murmuradores,

y ellos mismos fueron los que pidieron al superior que lo elevase á los primeros empleos.

El abad Juan murió poco tiempo despues, y Marcelo fué elegido en su lugar, lo cual no hizo más que aumentar su solicitud por el bién de los demás. Su reputación estaba tan bién asentada, que, apénas fué elegido, vino al monasterio un grán número de discípulos, siendo preciso aumentar el número de celdas. Pero carecía de recursos para ello, y la Providencia que velaba sobre él y sobre los suyos, se los proporcionó en abundancia. Un hombre muy rico, llamado Faretro, vino juntamente con sus hijos, que eran muy jóvenes, á ponerse bajo su dirección, y á entregarle todos sus bienes. Les vistió el hábito religioso, y empleó sus riquezas en edificar una preciosa iglesia, en agrandar el monasterio, en construir un departamento para los enfermos y extranjeros, y todo lo necesario para el buén régimen de la comunidad.

Por grande que fuese la extensión que diera á este edificio, no bastaba á contener el gran número de postulantes que se le presentaron. Se vió, pues, obligado á formar distintas colonias, y su comunidad llegó á ser un seminario de excelentes religiosos, que los que edificaban iglesias y monasterios le pedían para establecer su regla, y sobre todo la salmodia continua. Por esta causa, compara su historiador este monasterio al paraíso terrestre, del cual salían cuatro grandes rios, y dice que los discípulos que había formado se esparcían por todas partes, siendo de esta manera el padre común de las iglesias y casas religiosas.

La ternura paternal, que para ellos tenía, les hacía sentir un gran dolor al separarse de él, cuando tenían que ir á otros monasterios ; pero este dolor estaba templado por el santo gozo de ir á trabajar por el bién de las almas. No los enviaba, sino cuando estaban bién formados en la virtud y

suficientemente instruidos para dirigir á los demás, y al partir, no dejaba de recordarles sus buenos consejos y recomendarles que se condujesen con los que habían de dirigir de tal manera, que pudiesen perpetuar su santo instituto y las virtudes que en él se practicaban.

Tales eran los efectos de su celo por la gloria de Dios y por el bién espiritual de las almas. Pero este celo se extendía también á las necesidades temporales del prójimo, y no puede admirarse suficientemente, dice su historiador, cuán grande y pródiga era esta caridad. Así es que no estimaba los bienes temporales, sino en cuanto podía emplearlos en bién de los necesitados, como se vió en el empleo de la cuantiosa herencia, que recibió por muerte de uno de sus hermanos. Algunos religiosos le manifestaron la necesidad de que comprase un campo para el uso de la comunidad; pero les respondió que no conocía un campo tan ventajoso y fértil, como la esperanza en Jesucristo; así es que distribuyó esta herencia á otras casas religiosas de uno y otro sexo, que sabía estar necesitadas.

Dios manifestó con muchos milagros cuán agradable le era esta caridad tan pura y desinteresada. Puede citarse en particular el que hizo con tres obispos, que fueron aprisionados por los bárbaros y que, habiéndose librado de sus cadenas, vinieron á pedirle socorro para regresar á sus diócesis. Les tuvo algún tiempo a su lado, y cuando resolvieron partir, ordenó al ecónomo que les diese abundantes provisiones para el viaje. Julián, que era el nombre de este ecónomo, no les dió más que una estera, que podía valer unos cinco ó seis reales de nuestra moneda. Conoció el Santo que no había ejecutado sus órdenes, y quiso que les diese todo cuanto hubiera. Julian no tenía más que diez monedas, y les dió nueve, reservándose una para socorrer á los pobres que llegasen. En este tiempo se sintió un hombre movido á llevar al Santo noventa piezas

de oro, y éste, llamando al ecónomo le dijo : « Habriais recibido cien piezas de oro, si hubieseis dado á los obispos lo que os ordené : hé aquí que, en castigo de vuestra desobediencia, Dios os ha quitado diez piezas, para enseñaros á confiar mejor en él, y no tener tanta solicitud por las cosas terrenas. »

Refiere su historiador muy extensamente muchos milagros que hizo en favor de los enfermos. Curó en un instante á un religioso llamado Elpidio, sólomente con tocar su boca, de una úlcera horrible y de un tumor que tenía debajo de la lengua, y que le impedía hablar. Otro tanto hizo en favor de otro religioso, llamado Estéban, y que se hallaba aflijido por otra enfermedad no ménos peligrosa. Julián, su ecónomo, y de quién ya hemos hablado, experimentó también los efectos del don con que Dios había distinguido al Santo, en una enfermedad, para cuya curación había empleado inútilmente los auxilios de la medicina. Otro de sus religiosos llamado Ciro, cuyo cuerpo estaba cubierto de úlceras cual el de otro Job, fué también curado por sus oraciones, así como el religioso Eudoxio, que se hallaba impedido de todos sus miembros. La mujer de un tal Eugenio se ponía en todos sus partos en peligro de muerte, y fué librada de él con sólo ponerse sobre el estómago un pan bendito por el Santo. Arrojó al demonio de los cuerpos de muchos. Conoció por una luz celestial que uno de sus discípulos, llamado Pablo, que se hallaba enfermo en Ancira, imploraba el auxilio de sus oraciones, y obtuvo del Señor su curación. Hallándose algunos de sus religiosos embarcados en el Ponto-Euxino, se dirigió el buque á una playa que no era segura, y apareciendo el Santo en sueños á uno de ellos, le indicó el puerto á que debían encaminarse. Despertó este religioso, y se lo participó á los marineros, los cuales partieron al punto, y cuando llegaron al puerto indicado, se levantó una tem-



pestad tan terrible, que les hubiera hecho perecer, si no se hubiesen refugiado en aquel lugar.

Multiplicó también el trigo de sus graneros, en un tiempo en que el país se hallaba afligido de una grande calamidad, de tal manera que no faltó el alimento de sus religiosos durante todo este tiempo. Pero entre tanto número de prodigios, merecen mencionarse dos, uno de los cuales fué la curación de un judío, á quien Dios había castigado por su perfidia. Encontrándose este desgraciado afligido por una enfermedad, para cuya curación había empleado inútilmente toda suerte de remedios, acudió, como en último recurso, á nuestro Santo, prometiéndole hacerse cristiano, si alcanzaba del Señor su curación. Oró el Santo, fué escuchado, y el judío se hizo cristiano; pero apenas pasaron cuatro dias, abjuró la fé, y volvió á caer enfermo. Dios se lo reveló al Santo, al cual nuevamente acudió el impío. Le reprendió severamente su impiedad, y obtuvo otra vez la curación, pero á la manera que un perro vuelve al vómito, volvió tercera vez á la infidelidad, y le atacó nuevamente la enfermedad del cuerpo juntamente con la del alma. San Marcelo, á quien se atrevió á acudir nuevamente, le dijo: « No soy yo el que te ha curado, sino Jesucristo: por lo tanto no es conmigo con quien has de habértelas sino con él. No pienses que has de engañarle, pues conoce los más profundos secretos del corazón: así pues, vuelve sinceramente y sin fingimiento á él, y alcanzarás la curación. » Entónces le respondió este obstinado que, ocurriese lo que ocurriese, no quería dejar la religión de sus padres, y se retiró. Pero apenas hubo salido del monasterio, se agravó su mal, y perdió la vida del cuerpo juntamente con la del alma. Cuando lo supo el Santo, no pudo ménos de llorar la perdición eterna de este pérfido, y dijo gimiendo: « No tentarás más al Señor tu Dios. »

El segundo milagro fué la resurrección de un solitario, llamado Pablo. Habiendo caído enfermo este religioso, le envió á decir que viniese á verle. Hallábase entónces el Santo en su monasterio con el obispo de Calcedonia, con quién hablaba de los dogmas de la Iglesia y de la herejía de Eutiques. Como no le fuese posible dejar al prelado, lo hizo cuando hubo concluido de conferenciar con él. En este intervaio vinieron á participarle que Pablo habia muerto, y al punto partió, pero al llegar, vió que le llevaban á la sepultura. Lleno entónces de un espíritu de fé viva, que obtiene de Dios los mayores prodigios, se puso en oración, tocó al muerto, y éste volvió á la vida, quedando maravillados todos los asistentes. Marcelo les suplicó que nada dijesen; pero fué imposible ocultar un milagro tan patente.

Tantas virtudes y tantos prodigios no pudieron ménos de atraerle el respeto y veneración, tanto de los grandes como del pueblo, y los más santos personajes de su tiempo quisieron conocerle y trabar amistad con él. Un abad, llamado Sergio, que gobernaba un monasterio próximo al Eúfrates, vino á verle, atraído por la fama de su reputación, y cuando le hubo oído, reconoció en él mucho más mérito del que le habían referido. El mismo Dios quiso confirmarle en la alta estimación en que se le tenía, haciendo que á su lado se viesen dos ángeles vestidos de blanco, cuando se haltaba postrado en tierra. Eliseo, abad de un monasterio de Dessa, tuvo una revelación particular de sus virtudes, y lo vió en espíritu en una imágen tan propia de su figura, que, habiéndose hospedado en su monasterio uno de sus discípulos que quería hablarle de él, le dijo: « Hermano mio, no podeis decirme del abad Marcelo más de lo que yo sé, pues le conozco sin haberle visto. » En seguida le hizo un retrato tan propio, como si lo tuviese ante sus ojos. Gandialo, abad de un monasterio del Ponto-

Euxino, conoció también por revelación divina el mérito de san Marcelo, como manifestó á uno de los discípulos de este Santo, llamado Talasso, asegurándole que podía llamársele un segundo Moisés.

Refiere el historiador de su vida, como una prueba de su piedad, el respeto que profesaba á las reliquias de los Santos, y como era muy conocida su devoción, le traían estas reliquias de la Persia, de la Iliria y de otros países, recibéndolas con grande gozo, y congregando á todos sus religiosos para depositarlas decentemente en el lugar más honroso que les tenía preparado. Dios le revelaba algunas veces que se las traían, y se preparaba con especiales prácticas de religión á recibirlas con grande devoción. Cierta persona le presentó un dia una, que decía ser de san Urcisino, mártir; la recibió solemnemente, y celebró una fiesta en honor de este Santo. Sin embargo, cuando asistía al oficio de la noche, ocurrió á su mente que pudiera ser falsa esta reliquia; pero Dios le confirmó su autenticidad, haciendo que uno de sus religiosos conociese este pensamiento, y éste, acercándose al oido del Santo, le dijo: « No os entregueis, padre mio, á una duda temeraria: estas reliquias son efectivamente del gran Urcisino. » Este pasaje de su vida hace suponer que fué elevado al sacerdocio. Así lo cree Bulteau. Y en efecto, segun confesión de Tillemont, que no le dá más que el título de diácono, casi todos los abades de estas comarcas eran sacerdotes.

El dia dos de Setiembre del año 465 estuvo la ciudad de Constantinopla á punto de ser consumida por un horroso incendio, de que hablaremos más extensamente en la vida de san Daniel Estilita. Súpolo san Marcelo, levantó sus manos al cielo, pidiendo perdón con lágrimas amargas por los pecados del pueblo, y al punto cesó el incendio. Aún alcanzó á esta ciudad un beneficio más señalado, pues tres años más tarde apareció con él Geladio á la

cabeza de los católicos, y alcanzó del emperador León, que no daría el título de César á Patricio, hijo de Aspar, mientras no abjurase el arianismo. Entónces se vió que un jóven de gran estatura y porte majestuoso caminaba á su lado, como para defenderle. Tenía su semblante resplandeciente de luz, y estaba cubierto de una vestidura más blanca que la nieve, y ceñido con una faja de oro. Le acompañó hasta el hipódromo, en donde se hallaba el emperador, y despues de la audiencia le acompañó hasta las puertas del monasterio, y desapareció. Hizo también sentir á esta casa el poder de Dios en un caso, en que, segun Baronio, movió al emperador León, á que, en 28 de febrero de 466, diese una ley célebre en favor de los asilos. He aquí esta historia.

Ardaburo, padre de Aspar, se hallaba indignado con uno de sus oficiales, y éste no se dirigió á ninguno de los grandes de la corte, ni aún al emperador, para apaciguar la cólera de su señor. No dejaba de tener motivo para obrar de esta manera; pues creyó no encontrar en ninguna parte un asilo tan seguro como en la celda de san Marcelo. Habiéndolo sabido Ardaburo, envió á decir al Santo, que le entregase á aquel hombre. Rehusólo Marcelo, y Ardaburo le hizo grandes amenazas. Viendo éste que el Santo era inflexible, envió á algunos de sus más valientes soldados, con órden de prender á mano armada á Juan, si no se lo entregaban de buen grado. A la caída de la tarde llegaron al monasterio, y lo cercaron; pero no por esto se intimidó Marcelo; ántes bién les invitó á pasar y á comer, lo cual aceptaron. Al llegar la noche, hicieron gran ruido con las armas, y esto intimidó á los monjes, que vinieron á decirle: « ¿ quereis que perezcamos todos por salvar á un hombre? ¿ preferís la vida de un extranjero á la de vuestros propios hijos? Nuestra iglesia y nuestro monasterio van á ser arruinados. Entregadles, pues, á ese hom-

bre, que ha venido aquí para nuestra desgracia. »

San Marcelo estaba muy seguro del auxilio divino, y no temía á los hombres. Así es que, á pesar de las instancias que se le hicieron, no cedió. Al llegar el dia, se vió que su fé viva había sido la causa de su resistencia : pues los soldados estaban dispuestos á atacar al monasterio, cuando el soldado de Jesucristo les opuso las armas de Dios siempre victoriosas. En lo más alto del monasterio apareció un globo de fuego, y en medio una cruz más brillante que este fuego, y desde él un poder celestial lanzó dardos encendidos, cuya vista no podían soportarse. Bajando en seguida los soldados las armas, se postraron en tierra, y oraron para aplacar la cólera divina. Los religiosos fueron testigos de este prodigio, que no esperaban, y empezaron á cantar para dar gracias al Señor. Este milagro aplacó á Ardaburo, y le obligó á conceder su perdón á Juán.

Aspar y Ardaburo eran tan poderosos, que contrabalanzaban la autoridad del emperador, y no pudiendo poseer esta dignidad á causa de su adhesión al arianismo que no querían dejar, y á que el pueblo de Constantinopla profesaba horror, habían dado el imperio á León con la esperanza de poseerlo más tarde. Pero este emperador quiso gobernar y no ser gobernado, y llegaron las cosas á tal punto, que no atendiendo al consejo de sus émulos, abrieron el abismo de una irreconciliable enemistad.

En este tiempo san Marcelo tuvo una visión, en que se le dió á conocer la ruina de Aspar y de toda su casa. Habiéndose entregado al descanso despues de la oración de la noche, vió en sueños un león y un dragón que luchaban encarnizadamente. El dragón era de un tamaño extraordinario, y ostigaba fuertemente al león con su cola. El león agitaba la suya en señal de dolor ; pero inútilmente, porque no podía asestar sus golpes contra el dragón. Por último, habiendo perdido sus fuerzas á causa de las heridas

que había recibido, cayó á tierra sin movimiento; pero poco despues recobró sus fuerzas. se levantó, y acometió tan esforzadamente al dragón, que lo dejó tendido en tierra, y mortalmente herido. Fácilmente comprendió san Marcelo lo que significaba esta visión, y predijo que Aspar y Ardaburo no tardarian en sucumbir bajo la autoridad del emperador, y perecerian con toda su raza. Asi sucedió efectivamente, como puede verse en los historiadores.

La excelente opinión que se tenía en todas partes de las luces y probidad del Santo, atraía á su lado á muchas personas, que venían á constituirlo en árbitro de sus diferencias, y aún cuando su ejercicio favorito era la oración y el recogimiento, no dejaba de prestarse á estos actos de caridad. De esta manera puso término á pleitos de mucha importancia, y reconcilió á muchas personas enemistadas. Pero para no ser agoviado por la multitud de negocios que se le consultaban, daba en primer lugar oídos á los que sufrían trabajos espirituales, consolándolos con saludables consejos, y escuchaba despues á los que le hablaban de negocios temporales, dándoles consejos dictados por la caridad, por la justicia y la equidad. Sus cartas de recomendación, tanto para el emperador como para los grandes, fueron siempre muy bién recibidas, á causa de la grande veneración que todos profesaban á su santidad.

Demostó brillantemente su celo por la fé ortodoxa, cuando se unió á los obispos católicos para condenar la herejía de Eutiques. Suscribió al concilio de Constantinopla, que había hecho celebrar san Flaviano contra este herejarca, y sostuvo constantemente la buena causa contra lo que en su favor se habia hecho en el falso concilio celebrado en Éfesa, en 449, por las intrigas del eunuco Crisafó, protector de Eutiques, y que engañó al emperador Teodosio el jóven. Se vé por las cartas que le escribió Teodoreto, cuán recomendable le hizo la firmeza con que sostuvo la

fé católica. Fué también uno de los que en 451 dirigieron una exposición al emperador Marciano contra Eutiques y algunos monjes de su secta.

Desde esta época nada de particular sabemos de su vida. Pero hallándose próximo el fin de ella, muchos religiosos, tanto de su monasterio como de otros comarcanos, y piadosos seglares vinieron á oír sus últimos consejos, que les dió tan sabios, como podía esperarse de su prudencia y caridad, y despues de darles su bendición, durmió el sueño de los justos, habiendo pasado sesenta años en los ejercicios de la vida religiosa. No consta ciertamente el tiempo de su muerte, pero se cree que acaeció el año 485.

Un ilustre personaje llamado Luciano, hijo de Constante, hombre dotado de grandes talentos, había renunciado á todas las esperanzas del siglo, para entrar en su monasterio, é hizo en poco tiempo tantos progresos en la virtud, que excedió á los más ancianos. Entre otras muchas virtudes, se notó en él que jamás se le había visto encolezado, ni hablar inútilmente, ni dar motivo de disgusto á niuguna persona. Viendo que su santo padre espiritual iba á morir, derramó más lágrimas que ninguno otro, y pidió morir en su lugar, ó no sobrevivirle. Viéndole el Santo tan afligido, le dijo : « No tengas pena, hijo mio, pues no tardarás en seguirme. » Luciano pasó cinco dias sobre su sepulcro, al cabo de los cuales le apareció el Santo, y le dijo, que había alcanzado del Señor lo que deseaba. Tres dias despues murió.

Un gran señor llamado Estudio, que había sido cónsul, fundó en vida de san Marcelo un monasterio extramuros de Constantinopla, hacia la puerta Dorada, bajo la invocación de san Juan Bautista, y puso en él monjes ascemetas. De esta manera volvieron á la ciudad imperial el año 463. Este monasterio fué muy célebre por los grandes hombres que florecieron en doctrina y santidad. De él se habla

mucho en la historia, y aún cuando no habiese dado otros frutos que á los santos Nicolas y Teodoro, Estuditas, valen estos solos por muchos, en atención á los importantes servicios que prestaron á la Iglesia. Se dice que este monasterio fué habitado por mil religiosos.

Teodosio el Lector refiere un caso que sucedió hacia el año 613, y que no debemos omitir. Habiendo muerto el superior, Timoteo, eutiquiano é intruso en la silla de Constantinopla en lugar de san Macedonio, quiso ir al monasterio para poner á otro en su lugar. Pero el que había sido elegido para este cargo le dijo, que no podía recibir la ordenación de un hombre que había sido condenado por el concilio de Calcedonia. Entónces Timoteo dijo: « Anatema á todos lo que rechacen ó anatematicen el concilio de Calcedonia. » En su consecuencia, el superior elegido se dejó ordenar. Juan, su arcediano, que era maniqueo, le desaprobó esta acción, y corrió al palacio á informar al emperador, que era eutiquiano. Este príncipe hizo comparecer á Timoteo, y le trató con gran desprecio, pero este impío, que se mofaba de Dios y de los hombres, negó el hecho, diciendo: « Anatema á todos los que admitan el concilio de Calcedonia. » Esto es suficiente para dar á conocer el espíritu de la herejía, y demuestra la adhesión de los estuditas y ascemetas al concilio de Calcedonia. Lo cual se confirma por la persecución que sufrieron en tiempo del emperador Zenón, de que hablaremos en el lugar correspondiente.



---

## LA HEREJIA DE EUTIQUES Y LOS ABADES CATOLICOS DE CONSTANTINOPLA Y SUS CERCANIAS <sup>1</sup>

Debemos entrar aquí en algunos detalles acerca del herejarca Eutiques, que causó males infinitos en el Oriente, con el fin de dar á conocer mejor la fidelidad de los monjes que combatieron estos errores, y que, con sus exhortaciones, con sus milagros y su ejemplo, impidieron que una gran parte de los cristianos naufragase en la fé.

Eutiques abrazó desde su infancia la vida monástica, y en 448 ó 449 se gloriaba de haber vivido setenta años en la castidad. Vivía en un monasterio muy inmediato á Constantinopla, de que fué abad, y en donde gobernó á trescientos monjes. Fué elevado á la dignidad del sacerdocio, y su grande humildad le adquirió mucho prestigio en el mundo. Se distinguió también en el concilio de Éfeso, oponiéndose con grande celo á la herejía de Nestorio. Pero los errores de éste le sirvieron de pretexto y de ocasión para sostener los suyos. Decía Nestorio que había dos personas en Jesucristo, así como dos naturalezas, una divina y otra humana. Reconociendo Eutiques la verdad católica, que no admite más que una persona en Jesucristo, sostuvo que no había más que una naturaleza, como si la divina hubiese absorbido la humana, ó se hubiese la una mezclado y confundido con la otra, de tal manera que de esta mezcla hubiese resultado otra tercera. Esta manera oscura y he-

<sup>1</sup> Nicéforo, Teófanos.

rética de explicar el misterio de la Encarnación dió origen á las diferentes ramas en que se dividió su herejía. Pero lo que la caracteriza, y fué como el gérmen desgraciado de estas ramas, es que creía no haber en Jesucristo más que una naturaleza, y que no podía sostenerse que hubiese dos.

Cayó en este abismo por una ignorancia acompañada de orgullo, pues en la explicación de las sagradas Escrituras seguía su propio sentir, sin hacer caso de las enseñanzas de la tradición y de los santos Padres. Como sus monjes tenían una gran confianza en él, fácilmente los infestó con el veneno de su doctrina, que propagaba entre sus confidentes y amigos. Se le acusa también de haber querido turbar la Iglesia con la funesta ambición de ser obispo, y el eunuco Crisafó, favorito del emperador, y que le amaba y honraba con su protección, quiso deponer á san Flaviano de la silla de Constantinopla para ponerle en su lugar.

Eusebio, obispo de Dorilea, y su amigo, fué uno de los que pretendió imbuir en sus doctrinas; pero no lo permitió, y le demostró su falsedad. Viéndole obstinado y dispuesto á publicarlas, le denunció como hereje á san Flaviano en un concilio que éste había congregado en Constantinopla el año 448. Los Padres del concilio le enviaron á Juan, sacerdote, y á Andrés, diácono, para ordenarle que compareciese; pero respondió que hacía mucho tiempo que tenía resuelto no salir de su monasterio hasta la muerte, y vivir en él como en una tumba. No por esto se durmió; sino que por medio de sus discípulos envió á algunos abades un escrito acerca del misterio de la Encarnación, para que lo suscribiesen, y diciéndoles que no contenía más que la doctrina de los concilios de Nicea y de Éfeso. De esta manera creyó hacerse de partidarios, pero estos abades no quisieron suscribirlo.

El concilio le citó segunda vez por medio de Mamas y

de Teófilo sacerdote, pero en lugar de comparecer, rogó al abad Abraham que fuese de su parte á asegurar á san Flaviano y á los demás Padres, que no tenía otra fé que la de los concilios de Nicea y de Efeso. San Flaviano recibió á Abraham muy bondadosamente ; pero le dijo que debía Eutiques presentarse personalmente, y no por medio de procurador : que si en otro tiempo había trabajado contra Nestorio para sostener la fé, debía con más razón desvanecer toda sospecha cuando se le acusaba, y que si era culpable y quería venir á retractarse, no encontraria en el concilio más que padres, hermanos y amigos.

Se le citó por tercera vez, y aprovechó algunos dias de dilación para presentarse al concilio con una buena escolta. Así es que, en lugar de aparecer con la humildad de un suplicante que se retracta y pide gracia, se presentó con la altanería de un hereje dispuesto á sostener sus errores, y que quiere hacerse temible. Iba acompañado de dos oficiales del emperador, de un gran número de sus monjes y de soldados que no le dejaron entrar en la asamblea, sino despues que se les prometió que no se le retendría. Crisafó, su protector, era el que le había proporcionado esta escolta, y había puesto al emperador de su parte.

Eusebio de Dorilea le acusó ante el concilio de enseñar una doctrina contraria á la fé, y Eutiques sostuvo obstinadamente su error. En su consecuencia, fué condenado, y san Flaviano pronunció la sentencia que le privaba de su cargo de abad, y le separaba de la comunión de la Iglesia. Esta sentencia fué suscrita por treinta y dos obispos y veintitres abades, de los cuales dieciseis eran sacerdotes, uno diácono, y los demás simplemente religiosos.

Viéndose condenado Eutiques, dijo al patricio Florente, uno de los oficiales que le habían acompañado, y á quién había permitido el concilio que asistiese al juicio, que apelaba del concilio al Papa. Y en efecto, seis meses ántes

había tenido la temeridad de querer prevenir al papa san León en su favor, escribiéndole que se pretendía renovar en Oriente la herejía de Nestorio, á lo que él se había opuesto. Pero para defenderse más de cerca, sabiendo que Dioscoro, arzobispo de Alejandría, era opuesto á san Flaviano, imploró su protección, haciéndolo de esta manera jefe de su partido. Éste, por mediación de Crisafó, alcanzó del emperador la celebración de un concilio en Efeso, en donde se revocase todo lo hecho en el de Constantinopla. Los abades católicos y los obispos que habían condenado á Eutiques, no fueron convocados á él; pero en su lugar se citó á Barsumas, sectario de Eutiques y abad de un monasterio de Siria, para que ocupase el lugar de todos los demás abades de Oriente. Barsumas era de un carácter impetuoso y adecuado para sostener el error por la violencia. De esta manera había conseguido sublevar á su país contra los obispos católicos y seducir á más de mil solitarios, haciéndoles creer que aquellos favorecían el nestorianismo.

Horroroso es lo que pasó en este falso concilio, que con mucha razón fué llamado el *latrocinio de Éfeso*. Todas las leyes fueron conculcadas en él. San Flaviano murió á consecuencia de los golpes que recibió, y jamás se presentó tan insolente y furiosa la herejía. Pueden verse sus funestas consecuencias en la historia de la Iglesia, hasta que se celebró el concilio general de Constantinopla, en el cual se leyó la admirable carta de la primera Silla, que san León había escrito á san Flaviano sobre el misterio de la Encarnación, carta que se ha considerado siempre como la regla y fundamento de la fé en este punto capital de nuestra religión.

El emperador Marciano, que había sucedido á Teodosio, apoyó con su autoridad los decretos del concilio, y ordenó que los sectarios de Eutiques, y sobre todo los monjes de su

comunidad, fuesen sometidos á penas canónicas. Una vez terminado el concilio, y habiendo concurrido el imperio juntamente con el sacerdocio á la extinción del mal, parecería que todo estaba concluido; sin embargo, no sucedió así, sino que fué tan grande el furor de los sectarios de Eutiques, que turbaron toda la Iglesia de Oriente. Uno de ellos, llamado Teodosio, se apoderó de la silla episcopal de Jerusalem. Otro tanto hizo Timoteo Eluro con la de Alejandría, y tuvo en ella por sucesor á Pedro el Monje, cuya fé no era ménos corrompida. La iglesia de Antioquía fué usurpada por Pedro el Batanero y por el impío Severo.

Habiendo muerto Marciano, le sucedió León, y despues Zenón, que favoreció á los entiquianos. Publicó éste en 482 un edicto artificioso, en el que, bajo pretexto de establecer la armonía entre los católicos y los entiquianos atacaba la autoridad del concilio de Calcedonia, lo que tuvo las funestas consecuencias, de que hemos hablado en la vida de san Sábás y de san Teodosio el Cenobiarca, que tanto trabajaron en la defensa de la fé.

Muchos monjes de Constantinopla la defendieron generosamente desaprobando el *Henótico* de Zenón, como se llamaba el pretendido decreto de reconciliación. Había sido hecho éste á instancias de Acacio, á quién se acusa, no sólamente de haberlo aconsejado, sino de haberlo dictado por sí mismo. Acacio tomó una parte tan activa en la herejía entiquiana, que se hizo protector de Pedro el Monje, falso obispo de Alejandría, lo que obligó á san Cirilo, superior de los ascemetas, á escribir al papa Félix, el cual celebró un concilio en Roma, en donde fué condenado Acacio, que ya lo había sido en otro anterior.

El Papa escribió sobre este asunto á los abades de Constantinopla y de Bitinia, previniéndoles que le enviaba á Tito el Defensor, el cual participaría á Acacio la sentencia de condenación. El emperador Zenón quiso oponerse á

esta misión, y para ello ordenó que fuesen guardados todos los caminos. Pero Tito dió un rodeo, y se dirigió al monasterio de Dia. Los monjes de esta casa sabían muy bien que Acacio no había de recibir la carta del Papa, y la hicieron llegar á su poder, poniéndosela en el palio, con que celebraba los divinos misterios. Esto suscitó una vivísima persecución contra los ascemetas, muchos de los cuales fueron heridos, otros encarcelados, y otros, por último, asesinados, por lo cual la Iglesia los honra como mártires el día 8 de febrero.

Poco caso hizo Acacio de la sentencia de condenación, é insensible á su deposición, continuó durante toda su vida ofreciendo el santo Sacrificio, y ejerciendo las demás funciones, pues le protegía el emperador Zenón. Los abades Rufino, Hilario y Talasso, que eran sacerdotes, prefirieron separarse de su comunión más bien que de la de Roma. Se cree que el papa Félix escribió á estos abades, á quienes Acacio había pretendido atraer á su partido con promesas, ó forzarlos con amenazas. Muchos monasterios, tanto de Constantinopla como de sus cercanías, se separaron de esta iglesia á causa de la Henótica de Zenón, en particular los de Dia, de san Basiano y de santa Matrona, que sufrieron con gozo y resignación el detierro de muchos de sus religiosos. Teofano, que vivía en tiempo de santa Matrona, asegura que ésta, así como sus religiosas, hicieron cosas increíbles con motivo de la *Henótica*. Otra llamada Sofia, no ménos distinguida por la ciencia que poseía en alto grado, que por su virtud y la santidad de su profesión, se hizo célebre por su admirable fortaleza. La iglesia griega hace mención de santa Matrona el 9 de noviembre, y la califica de madre. Surio nos ha trasmitido una vida de esta ilustre Santa en el día 8 de dicho mes, sacada de Metafraste; pero es evidentemente apócrifa, por lo cual no hablaremos de ella. Bástenos lo dicho por Teofano.

En cuanto á san Basiano, abrazó la vida religiosa en la Siria, y vino á Constantinopla en tiempo del emperador Marciano. Sus virtudes y milagros le hicieron muy estimado de este príncipe, que le edificó una iglesia y un monasterio, en que se reunieron trescientos religiosos. Tenía el don especial de hacer despreciar con sus exhortaciones los placeres del siglo, y sobre todo de convertir á los más grandes pecadores. Llegó á una extrema ancianidad. Los griegos celebran su fiesta el 10 de octubre. Se habla algunas veces de su monasterio, que subsistió mucho tiempo, en la historia y en los concilios.

Hemos dicho que suscribieron veintitres abades el concilio celebrado por san Flaviano en Constantinopla, contra Eutíques. Sus firmas nos dan algunas noticias de los monasterios de esta ciudad y de sus cercanías; pero estas noticias son muy escasas, y sólomente se deduce de ellas, que estos monasterios estaban gobernados por superiores muy ilustrados y celosos de la santa doctrina. Hé aquí los nombres de estos abades, tales como se encuentran sus nombres en las actas del concilio despues de los de los obispos.

1º Andrés, sacerdote y archimandrita, suscribió la deposición de Eutiques por mano del sacerdote Timoteo.

2º Fausto, sacerdote y archimandrita, que se cree ser el hijo de san Dalmacio, de quién hemos hablado.

3º Martín, sacerdote y archimandrita, del monasterio de san Dionisio, suscribe por medio de uno de sus monjes llamado Felipe.

4º Manuel, sacerdote y archimandrita.

5º Pedro, sacerdote y archimandrita del monasterio del bienaventurado Talasso, suscribe por medio del monje Teodoro.

6º Job, sacerdote y archimandrita, suscribe por medio de Andres, su diácono.

7° Antioco, sacerdote y archimandrita del monasterio del bienaventurado Teocteno.

8° Abraham, sacerdote y archimandrita, se cree ser el mismo, cuyo monasterio subsistía en Constantinopla en 536.

9° Teodoro, monje y archimandrita.

10° Otro Teodoro, sacerdote y archimandrita del monasterio de los Egipcios.

11° Picacio, sacerdote y archimandrita de la basilica de los Infantes.

12° Flaviano, archimandrita del monasterio de san Hermilo.

13° Eusebio, sacerdote y archimandrita del monasterio de Elías.

14° Eusebio sacerdote y archimandrita del monasterio de san Eulogio, suscribe por medio de Teodulo, su diácono.

15° Trifón, archimandrita.

16° Jacobo, diácono y archimandrita del monasterio de los Sirios, suscribe por medio de su monje Zotico.

17° Elpidio, sacerdote y archimandrita.

18° Pablo, sacerdote y archimandrita de Eteria.

19° Caroso, sacerdote y archimandrita, es diferente de otro Caroso, discípulo de Eutiques, que rehusó en un principio condenarle, y más tarde se arrepintió.

20° Astero, sacerdote y archimandrita del monasterio de san Lorenzo.

21° Calicino, monje y archimandrita del monasterio de Teodoto.

22° Germán, sacerdote y archimandrita, suscribe por medio de Glicerio, su diácono.

23° Marcelo, de quién hemos hablado en el capítulo precedente, suscribe el último, y se dice ser el menor de los sacerdotes.



Había también en Constantinopla el monasterio de san Ciriaco, fundado por Gratisimo, gran chamberlán del emperador, el cual no se contentó con fundarlo, sino que tomó el hábito religioso, sin dejar de cumplir las funciones de su cargo. Hallábase este monasterio fuera de la Puerta Dorada, y en la ciudad había otros bajo la misma advocación de san Ciriaco. El ejemplo de Gratisimo, que, sin dejar su cargo, vistió el hábito religioso, no fué solo; pues Bingomalo ó Vincomalo, fué investido por san Basiano con el hábito monástico, y continuó asistiendo al senado. Iba acompañado de gran número de personas, que querían honrarle, y le hablaban de los negocios en que entendía: pero cuando regresaba al claustro, volvía á tomar su hábito, y trabajaba en la cocina, en el establo ó en los oficios de la comunidad que se le encomendaban.

En 468, edificó el emperador León fuera de la ciudad un monasterio para los discípulos de san Daniel Estilita, con una iglesia dedicada á san Simeón Estilita, á donde Gennadio llevó solemnemente algunas reliquias de este Santo. En 536 había también un monasterio de san Simeón, llamado Ciracono.

---

## SAN AUXENCIO, SACERDOTE Y ABAD EN BITINIA.

La vida de san Auxencio fué escrita por un solitario, que, al parecer, pertenecía á su monasterio, pues le llama su padre. Hay en ella muchas cosas de uno de sus discípulos que heredó su caverna, y su relación no la han creído sospechosa ninguno de los mejores criticos. La damos según Hensquenio. Sozomeno hace también grandes elogios





Inv. Ch. Charlton sculp. Paris.

Engr. J. Goussier.

*Saint Ausent.*  
*San Auxencio*



de este Santo, sin contar á los escritores posteriores, que tuvieron ocasión de hablar de él.

La familia de Auxencio traía su origen de Persia, y él nació en la Siria. Su padre, llamado Abdas, dejó la Persia, en donde el rey Sapor perseguía á los cristianos, y vino á tierra de Romanos bajo el emperador Constancio, con uno de sus subrinos llamado Vicente. Le acompañó también un hermano, cuyo nombre no dicen los historiadores, y que se dedicó á las armas, obteniendo el cargo de lugar-teniente. Vicente se adhirió por desgracia á la secta de Macedonio, y fué sacerdote en una aldea cerca de Calcedonia. Tuvo, sin embargo, la suerte de volver al seno de la Iglesia hacia el año 392.

Abdo contrajo matrimonio, del cual tuvo á nuestro Auxencio, que nació en Siria. Fué educado en la piedad y en las ciencias, y á ejemplo de su padre, pasó su juventud en la integridad de costumbres. Vino á Constantinopla en el reinado de Teodosio el Joven con objeto de ver á su tío, que, como hemos dicho, ocupaba un lugar muy distinguido en el ejército; pero encontrando que había muerto, permaneció en la corte, y obtuvo un puesto en la cuarta compañía de los guardias del príncipe. Esto dió lugar á que se conociesen mejor sus talentos y méritos. Era muy bien formado, fuerte y robusto, y estas excelentes cualidades unidas á la claridad de su inteligencia, le hicieron amar y estimar del emperador y de toda la corte, en la cual ejerció cargos de la más alta importancia. Así lo dice Sozomeno, escritor contemporáneo, el cual añade que se hizo muy recomendable por su eminente piedad, por su celo en favor de sus amigos, por la pureza de sus costumbres y por su erudición en las ciencias profanas y eclesiásticas, así como por su bondad y dulzura.

Con semejante conducta se preservó Auxencio del contagio del mundo, y atrajo sobre su alma tal cúmulo de ben-

diciones, que, ántes de dejar el mundo, recibió el don de hacer milagros. Contrajo amistad con aquellas personas que, por su piedad, pudieran ayudarle en el servicio del Señor, y sobre todo con un solitario, llamado Juán, que vivía recluso cerca de Hebdomón, barrio de Constantinopla. Le visitaba con mucha frecuencia, acompañado de Marciano y de Antimo, ambos legos como él, y más tarde sacerdotes.

El historiador del Santo habla de Antimo como de un hombre admirable. Compuso himnos y cánticos que se cantaban en la Iglesia; pasaba en compañía de san Auxencio los días en ayunos y de oraciones, y las noches en vigilia ó acostado en la tierra. Iban con frecuencia á orar en la iglesia de la Paz, situada á orillas del mar. Tal era la vida de san Auxencio, cuando aún era lego y empleado en la corte. Pero por grande que fuera la virtud que en ella practicase, creyó deber dejar el mundo para evitar las alabanzas de los hombres, sobre todo despues de recibir el don de hacer milagros, lo que ejecutó probablemente hacia el año 446. Dice su historiador, que ya desde aquella época había previsto la tempestad con que amenazaban á la Iglesia las herejías que iban á aparecer, todo lo cual contribuyó á confirmarle en su resolución.

Para ello se retiró á la Bitinia, sobre el Monte-Oxio, á cuatro leguas de Calcedonia, en donde esperaba vivir enteramente desconocido de los hombres. Su hábito consistía en una piel sin pelar: no tenía otra cubierta que el cielo, y cuando quería orar, subía á una roca, en donde, elevando sus ojos y sus manos al cielo para contemplarlo con más libertad, se dilataba su corazón con el gozo de verse libre del siglo, y poder decir á Dios con el Profeta: « Me habeis puesto, Señor, en un estado, en el cual no tengo otra esperanza que Vos. »

Pero no hacía más que un mes que vivía allí, cuando

fué descubierto por unos pastores, cuyos rebaños se habían extraviado por el desierto. Buscábanlos con grande amargura, y apercibiendo al Santo con su ropaje erizado de pelos, le creyeron un fantasma ó una bestia salvaje, y huyeron espantados. Pero Auxencio, llamándoles, les aseguró que era un hombre como ellos, y les preguntó por qué lloraban. Dijéronle la causa, y movido á compasión, se puso á orar durante algún tiempo, al cabo del cual les dijo: « Id á la izquierda de la montaña, y encontrareis vuestros ganados. — Hemos estado allí, le contestaron, y no los hemos visto — Pues id de nuevo en nombre del Señor, y estad seguros de que los encontrareis. »

Así sucedió efectivamente, y llenos de gozo los pastores, refirieron lo ocurrido á sus padres, que no dudaron ser aquel hombre un gran siervo de Dios, y vinieron á verle acompañados de un gran número de vecinos.

Encontráronle en oración sobre la roca en que acostumbraba hacerla, y sus corazones se sintieron tan conmovidos, que le suplicaron continuase orando por ellos, y le edificaron una pequeña celda, cuya puerta quiso que cerrasen, contentándose con una estrecha ventana, por la cual le hablaban los que venían á verle. Hacíanlo con mucha frecuencia estas buenas gentes para aprovecharse de las instrucciones que les daba y recibir su bendición. Así es que no tardó en extenderse su reputacion, y Dios, que, según hace notar el cardenal Baronio, quería colocarle en un lugar inmediato á Calcedonia, para que, viendo todo el mundo sus milagros, pudiese juzgar cual era la verdadera fé que era necesario seguir, y que autorizaba con los prodigios de su siervo, Dios, digo, le dió el poder de hacerlos en tan gran número, que se decía que su celda era como una fuente viva de gracias que se derramaba con abundancia.

El primero que hizo fué en favor de una distinguida

dama de Nicomedia que se hallaba ciega, la cual, oyendo hablar de él, se hizo conducir á su celda, en donde, postrándose en tierra, le dijo : Siervo del Altísimo, tened piedad de mí. — Yo no soy más que un miserable pecador, respondió ; pero si creéis, que Jesucristo que curó al ciego de nacimiento, puede curaros á vos, pidáoselo todos, y tened la confianza de ser escuchada. Todos los que se hallaban presentes, que eran en gran número, se pusieron á orar con él, y acercándose despues á su ventana la ciega, le tocó los ojos diciéndole : « Que Jesucristo, que es la verdadera luz, os cure, » y al punto recobró la vista. Esta gracia colmó su alma de gozo y de reconocimiento. En su consecuencia, hizo grandes limosnas á muchos pobres de aquel lugar, y volvió á su pais. Libró también á muchos del poder del demonio, y eran tantos los milagros que obraba, que de todas partes acudían á él.

El historiador de su vida refiere también la curación de dos leprosos, á los cuales viendo el Santo, les dijo : « ¿ Qué pecado habeis cometido para que os sobrevenga esta enfermedad ? » Más ellos, postrándose en tierra, le respondieron : « Siervo de Jesucristo, rogad por nosotros para que seamos curados. — Sabed, les dijo, que habeis enfermado en esa mano á causa de vuestros juramentos : pensad seriamente en corregiros, y no irriteis más á Dios con vuestros crímenes. » — Invitó á los presentes para que orasen con él : pues era tan grande su humildad, que, para impedir que los milagros que hacía se atribuyesen á la eficacia de sus oraciones, quería siempre que los demás las uniesen á las suyas. Frotó despues el cuerpo de los leprosos con un aceite que ardía ante las santas reliquias, y les dijo : « Que os cure Jesucristo, pues yo no soy más que un pecador. » Al punto quedaron curados.

Miéntas que de esta manera favorecía á los demás con sus oraciones, sostenía muchos combates, tanto contra sí



mismo por el ejercicio de la más rigosa mortificación, como contra los espíritus de las tinieblas, que le habían declarado encarnizada guerra. Pero su invencible paciencia le hacía triunfar de la malicia del demonio.

Este enemigo de las almas suscitó contra él á un hombre, que empleó la calumnia para desacreditarle, si bién este medio inicuo sólo sirvió para su propia confusión. Hé aquí como lo refiere el historiador de su vida. Un personaje que le era muy adicto, y que le visitaba con mucha frecuencia, dijo á uno de sus amigos : « Tengo que ir mañana á ver á Auxencio : venid conmigo en la seguridad de que ha de complaceros su conversación. » Lèjos de aceptar esta invitación, dijo que Auxencio era un malvado é impostor, que, para engañar al mundo, gratificaba á algunos miserables que fingian estar poseidos del demonio, y ser librados por sus oraciones.

Estas palabras escandalizaron á su amigo, quién, no obstante, pudo persuadirle á que le acompañase á la visita. Dios reveló al Santo las malas disposiciones de su corazón, de modo que cuando le tuvo en su presencia, no le habló, sino que dirigió la palabra á su compañero cuya fé y piedad le eran conocidas. Despues de hablar de cosas espirituales, regresaron á sus casas, y durante el camino vió el incrédulo á uno de sus criados, que venía apresuradamente y dando grandes lamentos, sin poder decir más que estas palabras : ¡ « Ah ! señor mio, qué desgracia tan grande ! — ¿ Qué ocurre ? le preguntó el incrédulo, ¿ me han robado, se ha incendiado mi casa ? — Nó, respondió el criado : es que vuestra hija ha sido poseida por el demonio, que la atormenta cruelmente. »

Al oír estas palabras, se reconcentró este hombre dentro de sí mismo, y sintiendo el aguijón del remordimiento, se hería el rostro, se mesaba las cabellos, y se reprochaba su propia incredulidad. Su amigo le dijo entónces como el

Salvador á Jairo : « Cree firmemente, y tu hija será curada. El estado deplorable en que la encontró, hizo que mudase de sentimientos, y la llevó al Santo, expresándole el más vivo arrepentimiento de su falta. Auxencio le reprendió su incredulidad : le dijo que no había dado gratificación alguna á su hija, para que se fingiese poseida por el demonio : que sólo á Dios, y no á él, debían atribuirse los milagros que obraba ; que para castigar su incredulidad había permitido Dios que sobreviniese aquella desgracia á su hija. Libró á ésta del maligno espíritu, dejándola enteramente curada, y tanto al padre como á la hija, les recomendó que asistiesen con frecuencia á la iglesia, pues ántes nunca la visitaban.

Hemos dicho que una de las razones que determinaron á san Auxencio á renunciar al mundo, era no presenciar los males que, por revelación divina, sabía que habían de causar las herejías á la Iglesia. La de Nestorio era muy odiosa á la corte, cuando la abandonó en el año 449 ; pero la de Eutiques aún no era conocida. Es de suponer que tuviese alguna amistad con él, pues ántes de que este herejarca manifestase sus errores, pasaba por un gran siervo de Dios. Por último, habiendo muerto Teodosio el Joven, y habiéndose congregado el concilio de Calcedonia en tiempo de Marciano, á quién santa Pulqueria había encomendado la dirección del imperio, era de temerse que el Santo se inclinase á los sentimientos de Eutiques, lo que hubiera sido un motivo de grande escándalo para la Iglesia. Así es que tanto el emperador como algunos obispos creyeron conveniente llamarle, para que diese cuenta de su fé.

Algunos de estos prelados vinieron á visitarle á su celda, significando de esta manera la importancia que se daba á su adhesión ; pero el Santo les respondió que no era propio de los monjes el instruir, sino el ser instruidos por los obispos. Pero lo que quería saberse era como opinaba acerca

de los puntos que se debatían, así es que el emperador le envió nuevamente á algunos eclesiásticos y monjes acompañados de soldados para persuadirle á que se presentase personalmente, ó que le llevasen á la fuerza, si oponía alguna resistencia. Como, efectivamente, se resistía á salir de su clausura, quisieron violentarle, infiriéndole algunas injurias, y tratándole de insensato. Pero no pudieron abrir su puerta, no obstante lo que trabajaron carpinteros y cerrajeros durante toda la noche. Cuando llegó el día, les dijo con dulzura: «Padres y hermanos míos, os ruego que me digais de que error se me acusa, y tan luego como me lo digais, Dios no opondrá ninguna dificultad á que se abra la puerta de mi celda.» — Le respondieron, que habiendo hecho venir el piadosísimo emperador Marciano á los obispos de todos los países del mundo para decidir de la fé ortodoxa, era extraño que se resistiese á comparecer, cuando era llamado: que no ignoraba los males que Nestorio había causado en la Iglesia, rehusando creer que la santísima Virgen María era verdaderamente Madre de Dios, y que posteriormente Eutíques renovaba los errores de Apolinario, y negaba que Jesucristo tuviese una carne verdadera, diciendo que sólomente era hombre en apariencia.

A lo cual respondió san Auxencio, que creía sinceramente que el Verbo tomó real y verdaderamente carne humana de la santísima Virgen María, sin dejar de ser vírgen: que lo adoraba como hijo único de Dios Padre, que, como éste, es eterno, que al fin del mundo ha de aparecer revestido de su humanidad, y que era una impiedad, no reconocer en el Hijo de Dios más que la humanidad, como algunos se habían atrevido á asegurar.

Esta respuesta dió á conocer que el Santo ignoraba lo que había acaecido en el concilio de Calcedonia en orden á la herejía de Eutíques: pues habría hablado más claramente para condenarla como lo hizo, cuando se le partici-

paron las decisiones del concilio. Viendo que, á pesar de esta confesión, insistían los diputados en hacerle salir, levantó sus manos al cielo, y les dijo que se pusiesen en oración; pero como hiciesen esfuerzos inútiles para abrir la puerta, dijo por tres veces: « Bendito sea Dios », y al punto se abrió. Quedaron espantados al verle; ¡ tanto le habían extenuado sus austeridades ! Su cuerpo estaba cubierto de llagas, de las que salían pus y gusanos. Al mismo tiempo se le cayó de un pié una uña, que se apresuró á recoger uno de los habitantes de la campiña, que tenía más fé que los demás. La humildad del Santo no podía permitir semejante acción, así es que, lleno de amargura, le dijo: « ¿ No soy un hombre como vos ? Os pido que no me deis esta pena. »

Como el Santo se hallaba muy débil para ir á caballo, le subieron en un carro; pero los bueyes permanecían inmóviles por más que se les agujoneaba, hasta que Auxencio les hizo señal de que marchasen con una cruz que llevaba en la mano. Durante el camino arrojó al demonio de los cuerpos de muchos poseidos, y entre otros, del de una nieta del conde Doroteo, que se cree ser el que gobernaba la Palestina en 452 ó 453. Gran número de paisanos corrieron al carro, lamentando su partida, y diciéndole que los demonios habían entrado en los cuerpos de sus ganados; pero bastó su palabra para que huyesen los espíritus malignos. Los que le acompañaban estaban extraordinariamente admirados de tantos prodigios, y apenas podían creer lo que veían con sus propios ojos. Pero Dios, que quería valerse de ellos para ejercitar la paciencia de su siervo, al mismo tiempo que le ensalzaba con estos prodigios, permitió que desconfiasen de su virtud, hasta el punto de decirle que los milagros que hacía no eran más que encantamientos para embaucar al mundo. Pero él les contestó humildemente que á nadie pretendía engañar: que toda su gloria

la eifraba en ser siervo de Jesucristo, y que creía en la Beatísima Trinidad, y confesaba que la santísima Virgen era verdaderamente Madre de Dios. De estas palabras se deduce que condenaba la herejía de Nestorio; pero no hablaba de la de Eutiques, porque la ignoraba.

Los pobres á quienes alimentaba en el Monte-Oxio con las limosnas que le proporcionaban personas piadosas, le acompañaron hasta la iglesia de san Talaleo. Los soldados que le conducian no lo llevaban á bién, y el Santo les dijo que se volviesen á sus casas, asegurándoles que, aunque ausente corporalmente, estaba con ellos en espíritu, lo que les sirvió de gran consuelo.

Se le condujo al monasterio de Fileo, en donde apenas hubo llegado, un jóven llamado Isidoro, y que se hallaba poseido del demonio, se le presentó dando gritos, y lamentándose de que Auxencio había santificado todos los lugares por donde había pasado, arrojando de ellos á todos sus compañeros. « Deja de hablar, le dijo el Santo, deja de hablar, pues sólamente te rogocijas en el mal que haces. » Se le introdujo en el monasterio sin permitir que nadie le hablase, y se le encerró en un calabozo, cual si fuese un criminal; pero desde el interior de esta miserable prisión libró con sus oraciones á este demoniaco. Era tan estrecha la incomunicación en que se le tenía, que ni aún siquiera se permitió que le hablase una señora, á cuya hija había curado milagrosamente, y que no habiéndole encontrado en su montaña, vino á manifestarle su gratitud en este monasterio. No habiendo podido conseguir su objeto, se afligió en extremo, y volvió á su casa inundada en lágrimas, y refiriendo á su marido los malos tratamientos de que era objeto el Santo.

Algunas personas distinguidas pudieron, no obstante, verle, entre otras el general Constantino y el Conde Artaco, que habían asistido al concilio de Calcedonia. Habían te-

nido la dicha de conocerle y de visitarle con frecuencia en su montaña. Le exhortaron á que no diese ocasión á los malos tratamientos de que era objeto, y á procurar la unión de la Iglesia, á lo cual respondió con sencillez: « Hágase la voluntad de Dios así en la tierra como en el cielo. » Le ofrecieron algunas monedas de oro, que no aceptó, diciendo que nada necesitaba, y que las repartiesen entre los pobres del Monte-Oxio, y á los monasterios que se hallasen en necesidad. Los religiosos de Fileo se disgustaron de que no hubiese aceptado esta ofrenda; pero estos señores la distribuyeron en la forma que les había recomendado.

Pasaba ordinariamente muchos dias sin tomar alimento alguno, y aún cuando se hallaba encerrado en un oscuro calabozo, no se fiaban los religiosos de su abstinencia, y se propusieron probarle mejor. Colocaron, pues, en su prisión un canasto con raices, dátiles y otros manjares con que se alimentaban los solitarios: encendieron una luz, y durante una semana entera encerraron con él á un niño, á quién ordenaron que observase todo lo que hiciera. Pasado este tiempo, entraron en el calabozo, y vieron que no había tocado al canasto, y que la luz continuaba ardiendo, sin que nadie la hubiese atizado. Preguntaron al niño, y éste respondió que no podía decir otra cosa, sino que, durmiendo, había visto á muchos personajes que, juntamente con el Santo, alababan á Dios, y una paloma que le traía comida. Añadió el niño que el santo varón recogía los gusanos que caían de sus llagas, y los volvía á ellas. San Auxencio le había prohibido que nada de esto dijese, y Dios castigó severamente su desobediencia, pues murió al dia siguiente.

Poco tiempo despues fué trasladado al monasterio del abad Hipaco, cerca del palacio de Rufino ó de la Encina, inmediato á Calcedonia, en el cual fué recibido por este

santo abad y por sus religiosos de muy distinta manera que lo había sido por los de Fileo. Se regocijaron mucho de verle, reconociendo la eminente piedad y los singulares dones con que el Señor le había favorecido, y aún cuando tenían orden de que nadie le hablase, abrieron sus puertas á todos los que quisieron verle, y ejercieron con él todos los deberes de la hospitalidad. Curó á una señora muy distinguida, que se hallaba poseida del demonio, y á otros muchos enfermos.

El emperador Marciano le envió uno de sus bajeles, para que lo condujese á su palacio de Hebdomón, cerca de Constantinopla, con objeto de que prestase su asentimiento á los decretos del concilio de Calcedonia. Cuando le vió en el estado de debilidad, á que le habían reducido sus austeridades, se afectó mucho, y no pudo ménos de mirar con respeto su penitencia. « Sé, le dijo, que sois un gran siervo de Dios, y debeis, por lo tanto, aprobar lo que ha ordenado el santo concilio ecuménico, á fin de que no seáis un motivo de escándalo y de perdición para los que rehusan admitirlos. — ¿ Qué soy yo, respondió Auxencio, sino un perro muerto? ¿ como quiere vuestra Majestad ponerme en el rango de los pastores de la Iglesia, á mí, que necesito ser instruido, y que no soy capaz de instruir á los demás? » — Despues de algunas otras palabras continuó diciéndole el emperador: « Considerad lo que vais á hacer, y no nos aflijais con vuestra resistencia: pues al congregar el santo concilio, no he tenido otro objeto que procurar lo que sea mejor para el bien y tranquilidad de la Iglesia. » En seguida le despidió encomendándose á sus oraciones.

Al regresar al monasterio de Hipaco, encontró á muchas personas que le esperaban. Les exhortó á que no asistiesen á los espectáculos, y á que se abstuviesen de toda acción impura y en general de todo pecado. Les recomen-

dó la pureza de la fé, creyendo firmemente el misterio de la santísima Trinidad, confesando que nuestro señor Jesucristo tomó carne por obra del Espíritu Santo en el seno de María, siempre vírgen y verdadera Madre de Dios, y que asistiesen con puntualidad á los santos oficios que se celebraban en la iglesia. Entre la multitud que le escuchaba, había muchos enfermos, que se apresuraron á besar su mano, y quedaron curados. Del número de estos era una pobre mujer que hacía muy poco tiempo que había contraído matrimonio y que tenía una legión de demonios en el cuerpo.

El emperador le llamó segunda vez, y le preguntó si aprobaba las decisiones del santo concilio de Calcedonia. « ¿ Como he de aprobarlas, contestó, si no enseña que la santísima Vírgen es verdadera Madre de Dios? » — Esta contestación demuestra, que no sólomente el Santo no había asistido al concilio, sino que ignoraba lo que en él se había decidido contra Eutíques, y que temía fuese contrario á lo aprobada en el de Éfeso contra Nestorio, como querían inculcar los eutiquianos á los que pretendían atraer á su partido. « Si se os probara, le dijo el emperador, que el santo concilio no ha hecho otra cosa que destruir las herejías, no tendríais estos sentimientos. — Si el concilio, contestó Auxencio, no ha decidido nada contrario al de Nicea, y si en él se ha declarado que nuestro señor Jesucristo ha tomado verdadera carne, y que la santísima Vírgen es Madre de Dios, entónces comunicaré con él, me adheriré á sus sentimientos, y daré gracias á Dios y á vuestra piedad. » — Muy satisfecho el príncipe con esta respuesta, ordenó que con grandes honores se le condujese á la gran iglesia. Envió también á decir al patriarca de Constantinopla, que diese á leer á Auxencio las actas del concilio de Calcedonia.

Trasladóse el Santo seguido de todo el pueblo: leyó



atentamente las actas del concilio, y en su consecuencia, declaró que se sometía con toda sinceridad á sus santos decretos. Se cree que entónces fué ordenado sacerdote, por más que su historiador no dice el tiempo en que recibió este órden sagrado. Regresó al monasterio de Hipaco, y suplicó que en lugar de que se le llevase al Monte-Oxio, se le condujera á la montaña de Siope, que estaba más próxima á Calcedonia. No podía escojer un lugar más apropiado para secundar sus deseos de entregarse enteramente á la penitencia. Era esta montaña más elevada que las demás de las cercanías, muy áspera y fria, y para proveerse de agua, era necesario buscarla á media legua al pié de la montaña, por un camino muy difícil. Los religiosos del monasterio de san Hipaco le acompañaron, entonando himnos y cánticos, y en una caverna le edificaron una celda de madera, que no tenía otra entrada que una ventana, por la cual hablaba con los que imploraban sus oraciones, ó venían á pedirle consejo.

Desde esta montaña ilustró este hombre incomparable á toda la Iglesia con sus virtudes, con su doctrina y con sus milagros. Combatió también con gran fortaleza las herejías de Nestorio y de Eutíques. Le visitaban frecuentemente los religiosos de san Hipaco, y otras muchas personas, á las cuales daba saludables instrucciones. Aconsejaba que no se trabajase el viérnes en honor de la Pasión de nuestro Señor Jesucristo, lo mismo que se hacía el domingo en honor de la Resurrección, y que aquel se consagrara al ayuno y á la oración, como éste se consagra al gozo y á la participación de los Sacramentos. De aquí se deduce la práctica de comulgar el domingo, que entónces se observaba.

Este Santo sufrió muchos combates de parte del demonio en el Monte-Oxio, y no los tuvo que sufrir menores en su nueva morada. Una noche le apareció un gran número de ellos, revisiendo cada uno diferentes figuras, capaces

de aterrorizar el corazón más esforzado. Producían á su alrededor espantosos ruidos, y le azotaban cruelmente, diciéndole: « ¿ Que tal te vá en el desierto? Sal de este lugar que es nuestro. » Pero el Santo les opuso la oración y el signo sacrosanto de la cruz, y salió victorioso.

Sin embargo, le habían cubierto de tantas llagas, que á la mañana siguiente no pudo abrir la ventana, y costó mucho trabajo hacerlo á los discípulos de san Hipaco y á otras personas que vinieron á verle. Creyeron en un principio que estaría enfermo; pero les dijo que no tenía otra cosa que el malestar consiguiente al escándalo que en su celda habían producido los malignos espíritus. No se hallaba triste ni apenado, sino dulce y apacible, como hombre que tiene tranquila su conciencia. Recibía siempre con la mayor afabilidad á los que venían á verle, de cualquiera condición que fuesen, grandes ó pequeños, ricos ó pobres, justos ó pecadores, porque se hallaba animado de la caridad de Jesucristo. Acudían á él lo mismo de Constantinopla y de las comarcas vecinas, que de los países más lejanos, para buscar consuelo en sus aflicciones, y lo encontraban siempre en sus exhortaciones y milagros. Algunos le llevaban obsequios; pero no admitía más que un poco de aceite y de cera, y distribuía los demás entre los pobres.

Detenía á los que venían por la mañana hasta la hora de tercia, y á los que venían más tarde, hasta la de sexta, pues quería que orasen con él, ó que escuchasen alguna lectura, y despues los despedía. Compuso muchos cánticos que hacía cantar en muchos coros, lo que todo el mundo hacía con alegría para glorificar al Señor. Él mismo les animaba con su ejemplo, cantando el himno de los niños en el horno de Babilonia. Las palabras de sus cánticos eran ordinariamente: « El pobre os bendice, Señor, en su pobreza. Gloria sea dado á Vos, Padre celestial, gloria sea dada á vuestro Hijo, gloria sea dada al Espíritu Santo,

que ha hablado por la boca de los profetas. Nos unimos á los espíritus celestiales para alabaros en la tierra, como ellos lo hacen en el cielo, cantando: Santo, Santo, Santo, Señor Dios de los ejércitos: llenos están los cielos y la tierra de vuestra gloria. O Creador del universo, hablasteis, y todo fué hecho: quisisteis, y todo fué creado: nos habeis dado una ley, y ésta es inmutable. Dios y Salvador nuestro, os damos humilde acción de gracias. Señor Dios de las virtudes, habeis padecido por nosotros: resucitasteis y aparecisteis á vuestros discípulos. Subisteis al cielo, y desde allí habeis de venir á juzgar al mundo: tened piedad de nosotros y salvadnos. Llenos de miseria y pecados, nos postramos humildemente á vuestros pies, é imploramos vuestra misericordia, pues sois nuestro Salvador y el Dios de los que acuden á vuestra bondad con un corazón sinceramente penitente. Vos que asentais sobre los querubines en las alturas del cielo, tened compasión de estas pobres criaturas y salvadlas. Regocijense los justos en vos, Señor, y que intercedan por nosotros en la presencia de vuestra soberana Majestad. Jesús, Señor nuestro, que sois el Santo de los Santos, á vos sea dado todo honor, á vos sea dada toda gloria. »

Esta era la materia de todos sus cánticos, y estos eran los sentimientos que procuraba inculcar á todos los que acudían á visitarle, haciéndolos cantar á todos, ya hasta la hora de Tercia, ya hasta la de Sexta, como hemos dicho, y despues los despedía, regresando todos á sus casas con el corazón colmado de consuelo y de fervor.

Sus exhortaciones se encaminaban siempre á la huida del pecado, al buén uso de nuestra libertad, á la necesidad de renovar el alma por medio de la penitencia y por la práctica de la virtud, conformándola á la imágen de Dios, desfigurada por el pecado, así como al desprendimiento de

las cosas de la tierra y á la necesidad de merecer el cielo por medio de las buenas obras.

« No debemos, decía, entregarnos al cuidado de las cosas de la tierra, de manera que no consagremos á Dios el tiempo que le debemos, para que Jesucristo dirija todas nuestras acciones, y santifique toda nuestra vida. Nuestro espíritu está oscurecido y nuestro corazón insensible : tenemos necesidad de librarnos de estas tinieblas y de la dureza de este corazón, lo cual no podemos hacer sino por medio de la piedad y del temor de Dios. Si queremos conducirnos con sabiduría, en vez de apegarnos á las cosas del mundo, que no hacen más que ilusionar nuestras almas, levantémonos por medio de la oración á las cosas espirituales, y pongamos en ellas todo nuestro afecto. Todo lo que hay en este mundo pasa con el tiempo, y al apegarnos á él, no experimentamos más que desengaños y agitaciones de espíritu. Es un error gravísimo preferir lo que no sirve más que para extraviarnos, á estos bienes espirituales que se nos prometen. Son muy ciegos aquellos que, entregándose á la avaricia, á la gula y á los placeres sensuales, se privan de estos bienes inestimables. »

« Levantémonos de la culpa que nos ha hecho terrenales : elevemos nuestros afectos á las cosas divinas, y hagámonos dignos de los bienes eternos. Si tenemos la desgracia de caer, no lo atribuyamos á la necesidad, pues no hemos perdido el libre albedrío, y Dios no nos creó malos en un principio, sino que el mal procede de nosotros mismos. El sol alumbrá á todos los que tienen los ojos abiertos ; pero los que los cierran sólo á sí mismos deben atribuir el estar en tinieblas. Dejemos, pues, el pecado que desfigura nuestra alma formada á imágen de Dios : quitemos esta mancha que las afea y desfigura. Devolvámosles su primitiva belleza, renunciando para ello al pecado, y entregándonos á obras de penitencia. Entónces aparecerán

hermoseadas con la hermosura de la gracia, y se harán dignas del reino de los cielos. Para ello no necesitamos separarnos de nosotros mismos, ni ir á países lejanos para buscar el reino de Dios : pues Jesucristo nos dice que está en nosotros mismos, si bién nos está oculto por la fascinación de las cosas del mundo, que nos impiden conocerlo, y que encontraremos ciertamente, si dejamos de entregarnos á las vanidades de la tierra. Esta es aquella dracma de que habla el Evangelio, y que, habiéndola perdido, es preciso buscarla cuidadosamente, si hemos de encontrarla. El pecado es como una escoria que cubre este tesoro perdido : quitémosla y lo encontraremos. »

« Puesto que el pecado nos ha arrojado del paraíso, procuremos volver á él con obras contrarias. Si la voluptuosidad es la que nos ha engañado, que la pureza de nuestra vida y la santidad de nuestras obras nos restituya al primer estado. El cielo no es la morada de los hombres carnales, ni de los que se hallan muertos por el pecado ; sino que es la patria de los vivos y la morada de las virtudes. Conduzcámonos, pues, de tal manera que, cuando nos llegue la hora de la muerte, no tengamos motivos para temer la pérdida de los bienes eternos que nos están prometidos. »

Además de estos consejos generales que daba á todos, recomendaba á los que aspiraban á la práctica de los consejos evangélico, que trabajasen con sumo cuidado en la reforma de su vida, y en renunciar á todo para abrazar la pobreza religiosa ; pero no quería que ninguno abrazase este género de vida sin haber consultado la vocación divina no sea que, haciéndolo con ligereza y por un fervor pasajero, se arrepintiese para volver nuevamente al mundo.

Estos discursos y otros semejantes que hacía todos los días, penetraban de tal suerte el corazón de los que le escuchaban, que muchos le rogaron que les vistiese el há-

bito monástico, y se retiraron á diferentes lugares para vivir en soledad, y otros permanecieron junto á su celda. Había entre estos uno llamado Basilio, el que, impresionado con lo que le había oído acerca de la vanidad de las cosas de la vida, y de la felicidad que se promete á los que renuncian á los bienes de este mundo, le pidió que le revistiese de un hábito igual al suyo. El Santo le dió la piel de una oveja que llevaba, y Basilio se retiró á la altura de una montaña, que distaba ocho leguas, y en la cual construyó una celda. Los demonios le combatieron con diferentes tentaciones, y le dieron tantos golpes, que lo dejaron sin movimiento y sin palabra. Habiendo llegado á su celda algunas personas con objeto de encomendarse á sus oraciones y de pedirle su bendición, creyeron que estaba muerto, y le llevaron en un carro al lugar en que moraba el Santo, el cual, al verle, le dijo : « Recibe poder contra el tentador, y no temas su malicia. » Al punto se levantó Basilio, y habiéndole dado su maestro el cuerpo y sangre de nuestro Señor Jesucristo, le ordenó que volviese á su celda. En ella pasó otros tres años en una grande perfección, sin que los demonios se atreviesen á tentarle, y fué á gozar en la eternidad el fruto de sus buenas obras.

Una noche decía el Santo en su celda el oficio de Maitines, miéntras que oraban también los que estaban fuera. Abrió su ventana, y dijo tres veces en alta voz : « Bendito sea Dios. » En seguida bajó su cabeza, y dijo lanzando un profundo suspiro : « Hijos míos, la grau luz del Oriente se ha extinguido : Simeón, nuestro padre, acaba de morir. » No se pudo oír lo que decía, porque estaban cantando himnos en alta voz, por lo cual repitió nuevamente. « Nuestro padre san Siméon, que era la columna y el apoyo de la verdad, descansa en paz, y su alma tan pura no se ha desdeñado hacerme saber su glorioso tránsito, aunque no soy más que un pecador inútil al mundo. » Se tuvo pre-

sente la hora en que anunció este suceso, y algunos dias despues el emperador León, que había sucedido á Marciano recibió la noticia de la muerte del gran Estilita. Entónces se comprobó que había acontecido en el mismo momento, en que había sido anunciada por el Santo.

Muchas mujeres, que venían á oír sus exhortaciones, quisieron renunciar al mundo y abrazar la vida religiosa. Entre otras muchas se distinguieron Eleuteria y Cosmia, que habían ejercido cargos de importancia cerca de la emperatriz Pulqueria. El Santo les hizo pasar por penosas pruebas ántes de permitirselo, exponiéndoles que podían servir á Dios con toda fidelidad en su estado ; pero viendo su perseverancia y el fervor con que se consagraban á la mortificación, accedió á sus piadosos deseos. Muy pronto les siguió otra tercera, cuyo nombre no dice el historiador. Les dió reglas muy perfectas de vida, y por hábito un cilicio y un manto muy largo. Otras muchas, que, á consecuencia de los discursos del Santo, quisieron renunciar al mundo y consagrar á Dios su virginidad, se unieron á ellas llegando su número hasta el de setenta.

Les hizo construir celdas y un oratorio, mientras se les edificaba un monasterio en un paraje llamado Gireta, á una media legua de su caverna y á las faldas de la montaña. Tal fué el origen del monasterio de religiosas de Bitinia, llamado Triquinario, ya á causa de los caminos difíciles que á él conducían, ya por el áspero hábito que llevaban. Miétras se edificaba su monasterio, iban todos los miércoles á la caverna del Santo para oír sus exhortaciones, y los domingos para recibir la santa Eucaristía, lo cual demuestra que en ella celebraba los divinos oficios.

Les recomendaba que se conservasen en una gran pureza de espíritu y de cuerpo : que demostrasen con su fidelidad al Esposo celestial la gracia que les había concedido de renunciar al mundo ; que vigilasen con grande

atención sobre sus sentidos, para que no se turbase la paz de sus almas, y que domasen la carne por medio de la penitencia. Tales son en sustancia las exhortaciones que les dirigía, y que su historiador refiere en un largo discurso.

Por último, aún cuando no había salido de su celda, desde que á su regreso de Calcedonia se encerró en ella, lo hizo en los últimos días de su vida para visitar el monasterio de sus religiosas, que entónces se estaba coustruyendo. Allí elevó al cielo ferviente oración para alcanzar abundantes bendiciones para aquella casa, y para los que habían de visitarla, y volvió á su caverna seguido de una gran multitud que le acompañaba. Tres dias despues se vió acometido de una enfermedad, que, á los diez, le llevó al sepulcro. Murió en 14 de febrero, en cuya dia celebran su memoria tanto la iglesia griega como la latina; pero se ignora el año en que acaeció. Es seguro que fué despues de la de san Simeón Estilita, que murió en 459, y ántes de la del emperador León, y por consiguiente, ántes del año 474. Asistió á sus funerales una concurrencia extraordinaria, tanto de clérigos como de religiosos de diferentes monasterios. No podían dejar de hacerlo los de san Hipaco, que desearon que el santo cadáver fuese depositado en la iglesia de los santos Apóstoles. Otros pidieron que lo fuese en la de san Zacarías; pero no fué posible desatender las lágrimas de sus religiosas. Así pues, se le enterró en su oratorio, por lo cual se le dió á éste el nombre de cementerio de san Auxencio. El autor de su vida la termina llamándole nuestro padre Auxencio, sacerdote y archimandrita, lo que demuestra que fué elevado al sacerdocio, y que no léjos de su caverna había un monastorio que dirigía. Los griegos dicen que en el monasterio de Calistrato, en Constantinopla, se celebraba una fiesta en su honor.



El de religiosos subsistía trescientos años despues, y la caverna del Santo fué sucesivamente habitada por santos personajes, y entre otros, por Sergio, Bendimiano, Gregorio, Juan y el célebre san Estéban el Jóven. De Sergio aprendió el autor de la vida de san Auxencio la mayor parte de los hechos que refiere, y que son indudables, por lo mismo que fué testigo de ellos y fiel imitador de sus virtudes. Era natural de Mesia, y conservaba el lenguaje bárbaro de su pais; pero su espíritu no conservaba ningunos restos de barbarie. Desde que se puso bajo la dirección del Santo, no usó vino, ni aceite, ni frutos; su alimento consistía en pan y agua con algunas legumbres, y nunca se quedaba satisfecho. Pasaba casi toda la noche en oración, y de dia se ocupaba en hacer pequeñas cruces que daba á los que venían á verle, y que las recibían como bendiciones del cielo.

Bendiano ó Bendimiano fué también discípulo del Santo. Permaneció algún tiempo en su celda, y poco despues construyó otra en un paraje muy estrecho, entre dos montañas, cerrándola por todas partes para estar enteramente incomunicado con el mundo. En esta reducida celda pasó cuarenta años. La iglesia griega lo celebra el primero de febrero.

San Auxencio tuvo otros muchos discipulos muy recomendables por su virtud.

### SAN DANIEL ESTILITA, SACERDOTE Y ABAD EN CONSTANTINOPLA.

Daniel, ese hombre extraordinario, como le llama Teodoro el Lector, título que mereció por la austeridad de su

penitencia, por su paciencia heróica, por los dones de milagro y profecía con que Dios le había honrado, por los importantes servicios que prestó á la Iglesia y por la conversión de un gran número de pecadores: Daniel, digo, fué uno de los primeros imitadores de la vida extraordinaria de san Simeón Estilita, y marchó fielmente por este trabajoso camino para llegar al reino de los cielos. La aldea de Maratha, no léjos de Samosata, en en la provincia Eufratesiana, fué el lugar de su nacimiento. Su padre se llamaba Eliseo, y su madre Marta, nombres judíos muy comunes en aquellas comarcas. Ésta, que era estéril, le alcanzó con sus oraciones, y prometiendo consagrarlo al servicio de Dios, el cual le dió á conocer en una visión, que este niño había de ser un dia una de las lumbreras más brillantes de la Iglesia.

Llegado el niño á la edad de cinco años, le llevaron á un monasterio para consagrarlo al Señor, como habían prometido.

Aún no le habían impuesto nombre, y quisieron que se lo diese el superior de este monasterio, el cual dijo que para ello era necesario consultar al Señor. Ordenó, pues, al niño que trajese uno de los libros que había en el altar, y le trajo el del profeta Daniel. El abad vió en ello la voluntad divina, y le dió el nombre de este profeta. No le admitió por el pronto en su comunidad, porque era muy jóven, contentándose con recomendar á sus padres que lo educasen en la piedad, hasta que tuviese edad de abrazar la vida religiosa.

Daniel se adelantó con sus deseos á esta edad: apénas hubo llegado á la de doce años, dejó su casa sin decir á nadie sus propósitos, y se presentó al superior de otro monasterio, situado á una legua y media de su aldea. El abad le manifestó que era todavía muy jóven para soportar las austeridades que se observaban en su comunidad; pero Da-

niel, postrándose á sus pies, le dijo: « Vengo aquí, padre mio, para vivir la vida de Jesucristo, y para morir á mi carne. » Esta generosa respuesta impresionó al abad, que se la refirió á sus religiosos, los cuales presumieron que estas señales de fervor no podían proceder más que de Dios. Fué por lo tanto admitido, pero dilatando algún tiempo el investirle el hábito religioso.

Pronto supieron sus padres que estaba en este monasterio, y se trasladaron á él, no para hacerle desistir de sus propósitos, sino para animarle á perseverar en ellos. ¡ Raro ejemplo en los padres, que ordinariamente atienden más á su ternura y á miras humanas, que al bién espiritual de sus hijos ! Los del jóven Daniel suplicaron al abad que le diese el hábito en su presencia. Este superior, despues de consultar á los religiosos, le llevó á la iglesia, hizo que se le leyese la regla que se profesaba en aquella santa casa, le cortó el cabello, y le impuso el hábito. Encomendó á sus padres que no le hicieran frecuentes visitas, á fin que su natural ternura no fuese un obstáculo á las operaciones de la gracia. Pronto se reconoció la solidez de su vocación por su fidelidad en la práctica de todas las virtudes, que en él crecieron con la edad, y le granjearon la estimación del abad y de todos los religiosos.

Algún tiempo despues tuvo este superior que emprender un viaje á Antiquía para ventilar algunos asuntos de la Iglesia, y llevó consigo á Daniel. Ilegaron á la aldea de Talada ó Telanisa, de la cual distaba muy poco san Simeón, que entónces vivía sobre su columna. Hacía mucho tiempo que Daniel deseaba ver á este gran Santo ; pero su superior no se lo había permitido.

Al fin, le concedió su autorización, y tuvo la dicha de subir á la columna. El Santo á quien Dios había revelado las esperanzas que prometía este jóven, le recibió con ternura, le impuso sus manos, conversó familiarmente con él,

y le predijo que sufriría mucho por la gloria de Dios. Daniel regresó á su monasterio, en donde permaneció hasta la muerte de su abad. Quisieron los religiosos elegirle en su lugar; pero su amor el retiro y al silencio y su modestia le hicieron resistir con la mayor tenacidad á todas las instancias, y se vieron obligados á elegir á otro que el mismo Daniel les indicó. Esto le facilitó el medio de volver al lado de san Simeón, cuya penitencia se había propuesto imitar, y pasó catorce dias á su lado. Empezó despues la peregrinación á los santos lugares de Jerusalem, sin que le hiciese desistir el temor de caer en manos de los Samaritanos, que habían tomado las armas contra los cristianos. Pero en el camino encontró á un anciano que desaprobó su proyecto, y le aconsejó que regresase á Constantinopla.

Por diversas circunstancias comprendió que el mismo san Simeón era el anciano que se le había aparecido; así es que, recibiendo su consejo como venido del cielo, partió hacia la ciudad imperial. Esto acaecia en el año 452, bajo el reinado de Marciano y el episcopado de Anatolio. Durante siete dias se detuvo en la hospedería de la iglesia de san Miguel, que estaba en las afueras de la ciudad, hacia la parte del norte, y poco despues se retiró á un lugar llamado Filamporo, en donde había un antiguo templo de los ídolos, que todo el mundo sabía estar infestado por los espíritus malignos. Allí entró intrépidamente, fortificándose con la señal de la cruz y cantando salmos. Hizo también oración en todos los rincones de este edificio á fin de arrojar á los demonios.

Sin embargo, estos espíritus infernales le hicieron durante tres noches amenazas terribles, y acompañadas de grandes ruidos con el fin de espantarle; pero lejos de ceder, cerró las puertas, y no dejó más que una ventana, por donde pudiera recibir el alimento y hablar á los que vinie-

sen á verle. Durante algún tiempo dejaron de injuriarle los demonios, pero volvieron más tarde, y le amenazaron con arrojarle al mar. Viendo que nada conseguían, y que siempre salían burlados, abandonaron aquel lugar, en que tantos males habían causado.

La fama de su victoria sobre los espíritus malignos atrajo á muchas personas que venían á admirar, no tanto sus virtudes, como su intrepidez. Pero algunos eclesiásticos que se dejaban llevar más de la avaricia que del celo por la gloria de Dios, imaginaron que las pequeñas limosnas que se le hacían pudieran ir aumentando, y por consiguiente, disminuir sus rentas, por lo cual se quejaron al obispo Anatolio, y le pidieron que fuese arrojado de aquel lugar. Le dijeron que era un desconocido que venía á perjudicarles; pero este prelado, que en todo procedía con equidad, se apoyó en la confesión de los delatores, y les hizo ver la injusticia que pretendían cometer contra un hombre que no conocían.

Les permitió que practicasen algunas informaciones; pero más arrebatados por la pasión, volvieron nuevamente, diciendo que era un hipócrita y malvado. Anatolio no se fió de estos informes, sino que quiso conocer personalmente á Daniel, y le mandó comparecer á su presencia. Se informó de su fé, de su conducta y de los motivos que le habían llevado á aquel lugar. El Santo le respondió con tanta modestia, que Anatolio le abrazó con ternura, y le miró en adelante como á un verdadero siervo de Dios, siendo algún tiempo despues confirmado en este juicio por un milagro que hizo Daniel en su favor. Habiendo caido gravemente enfermo, acudió á él, y fué curado por sus oraciones. Esto le hizo conocer con más exactitud la injusticia de los que le perseguían, y en su consecuencia, se dispuso á castigarles; pero el Santo, que estaba animado por la caridad de Jesucristo, le pidió gracia para ellos,

como única recompensa que le exigía por el restablecimiento de su salud.

Daniel permaneció nueve años en su retiro, en el cual se hizo célebre por la multitud de sus milagros. Al cabo de este tiempo Dios le hizo conocer por medio de una visión, que le llamaba á vivir en una columna, como san Simeón, cuya visión fué confirmada por un caso extraordinario. Había recomendado san Simeón á uno de sus discípulos llamado Sergio, que llevase su escapulario y su cogulla al emperador León. Con este objeto vino Sergio á Constantinopla, pero hallándose el príncipe muy ocupado en los negocios del estado, no pudo concederle audiencia, por lo cual Sergio pensó llevar á Siria el escapulario. Antes de partir fué al monasterio de los ascemetas, que entónces estaba gobernado por san Marcelo, y allí se le dijeron tantas cosas de san Daniel, que entró en deseos de verle.

Fué recibido con gozo, y el principal objeto de su conversación fué san Simeón. Daniel le confesó que Dios le había revelado muchos detalles de la vida de este Santo, y que le había inspirado un gran deseo de imitar su penitencia. Arrebatado Sergio al oírle hablar de esta manera, creyó que, más bién que al emperador, había Dios destinado el escapulario á este nuevo Estilita. Ofrecióselo, pues, y Daniel lo recibió con grandes demostraciones de veneración, como prenda de que había de ser investido del espíritu de este gran Santo.

Resolvióse Sergio á permanecer á su lado, y en este tiempo tuvo una visión, en que se le ordenó que abandonase Daniel aquel lugar, y emprendiese una vida más perfecta. Confirmado Daniel con esta visión, no le quedó duda de la voluntad divina, y rogó á Sergio que buscase en las montañas vecinas un lugar solitario y apropiado á sus designios. Una paloma indicó el lugar elegido por la divina Providencia. Era éste una montaña, llamada Anapla, por la

parte en que el Bósforo conduce al Ponto Euxino, cerca de una legua y media de Constantinopla, por mar, y de tres por tierra.

Un amigo del Santo proporcionó la columna, y cuando estuvo colocada en su lugar, salió Daniel una noche de su alojamiento, y se encaminó á este nuevo teatro de su penitencia, en donde, á ejemplo de san Simeón, le destinaba Dios, para que sirviese de espectáculo á los ángeles y á los hombres. Al llegar á él, dirigió esta oración : « Señor mio Jesucristo, sed glorificado por todos los bienes de que hasta el presente habeis colmado á vuestro siervo, y sobre todo por la gracia que me habeis concedido de abrazar este género de vida. Vos sabeis, Señor, que, al subir á esta columna, no cuento con otro auxilio que con el vuestro, y que sólomente de Vos espero el buén resultado de mi empresa. Dignaos, Señor, aceptarla : fortificadme para que yo pueda seguir la carrera que vuestra soberana voluntad me ha impuesto, y concededme la gracia de llegar santamente al fin. »

La columna de Daniel fué una cátedra expuesta á los ojos de todo el universo, y desde la cual hablaba por su boca el Espíritu de Dios, exhortando á la penitencia, al desprendimiento de las cosas terrenas, al temor de los juicios divinos, á la confianza en su misericordia, á la práctica de las virtudes cristianas, á la violencia evangélica, á las recompensas eternas y á la necesidad de ir por el camino estrecho para alcanzarlas. Tales eran las verdades que constituían ordinariamente el objeto de sus instrucciones, y aún cuando no había estudiado la elocuencia humana, Dios le había dado otra más eficaz, que penetraba los corazones, los ablandaba, los cambiaba, y los hacía penitentes y perfectos, bendiciendo el Señor sus consejos, y haciéndoles producir los más maravillosos efectos. De ello tenemos un gran ejemplo en el conde Edrán, á quien tanto impresionaron sus

instrucciones, que renunció al mundo para hacerse discípulo suyo, como veremos al final de este capítulo.

Dios le hizo célebre por el don de profecía y por el considerable número de milagros que obró, y diríase que había recibido uno especial para arrojar á los demonios de los cuerpos de los poseidos, y de las almas de los pecadores. Un jóven que se hallaba en este caso, fué curado por sus oraciones, y en reconocimiento quiso vestir el hábito religioso y hacerse su discípulo. Su padre, que no tenía más que este hijo, consintió voluntariamente en este sacrificio, juzgándole muy feliz de que se consagrara al servicio del Señor, despues de haber recibido un favor tan señalado.

Ciro, prefecto de Oriente, célebre bajo el imperio de Teodosio el Jóven, por sus cargos é influencia, así como por su desgracia, contrajo una amistad muy estrecha con nuestro Santo, y alcanzó con sus oraciones que su mujer é hija fuesen libradas del demonio. En reconocimiento de este beneficio hizo grabar unos versos en la columna del Santo.

Más adelante veremos las predicciones que hizo al emperador León, y á su yerno Zenón que también ocupó el trono. Hacía que subiesen á su columna los que acudían á él para ser curados de sus enfermedades, y les imponía las manos. Se servía en muchas ocasiones del aceite de las lámparas que ardían ante las reliquias de los mártires, y que por lo mismo se llamaba *aceite de los Santos*, y ordenaba que los enfermos fuesen ungidos con él, para que se atribuyese su curación más bién á los oraciones de los santos que á las suyas.

Podemos colocar en el número de sus milagros esa prodigiosa humildad, por la cual, y á pesar de que Dios le había favorecido con tantos dones celestiales, y de haber llegado á un grado de santidad tan eminente, que los mis-



mos emperadores, las emperatrices y los reyes extranjeros venían á darle pruebas de una singular veneración, creía, sin embargo, sinceramente que no tenía cosa alguna que le distinguiese de los demás hombres, ni que mereciera sus alabanzas. Efecto también de esta humildad, sobre que se hallaba sólidamente establecida su virtud, era el mostrarse muy reservado siempre que se trataba de juzgar la conducta de otros, y sobre todo cuando venían á quejarse de los obispos: pues no quería que por un celo indiscreto y temerario, se precipitasen los juicios, lo cual no servía para otra cosa que para causar escándalos y turbulencias en la Iglesia, principalmente en aquellos tiempos en que la doctrina católica era combatida por multitud de herejes. Quería que los seglares, que no tienen la misión de decidir las cosas relativas á la fé, dejaran este cuidado á los que están encargados de los asuntos de la Iglesia, sin mezclarse en lo que de ordinario no entienden.

Como cuanto es más elevada la virtud, tanto más hay que temer los lazos de la vanidad, y como Daniel temía mucho este vicio peligroso, Dios le hizo encontrar en algunas humillaciones que le ofreció, un medio de preservarse de este escollo. Su columna estaba colocada en un terreno que era propiedad de un tal Gelasio, pero en un paraje muy retirado de los que estaban en cultivo, y por consiguiente, no le podía proporcionar daño alguna. Sin embargo, como la había levantado sin pedirle permiso, fué Gelasio á querellarse ante el emperador León, que no le hizo caso, y entonces acudió á Gennadio que había sucedido á Anatolio en 458, el cual decretó que se hiciese bajar á Daniel de la columna, y que se le castigase. Gelasio montó en cólera, y fué á intimarle la órden; pero se levantó una furiosa tempestad, que juntamente con las súplicas de algunas personas, le apaciguó, contentándose, para salvar su honor, con que Daniel bajase de la columna,

y volviese á subir á ella. Daniel, siempre humilde y dispuesto á ceder, creyó un deber el hacerlo ; pero cuando había bajado algunas gradas, Gelasio le dijo que volviese á subir, y en adelante, lejos de molestarle, le hizo construir otra columna más consistente y elevada, á la cual subió el Santo en el año 463.

No debe sorprendernos la conducta de Gennadio en esta ocasión. Este patriarca no fué favorable á Daniel en un principio, ya sea porque hubiese recibido malos informes acerca de él, ó ya porque temiese que hubiera alguna ilusión en este género de vida tan extraordinaria. Pero no tardaremos en ver que mudó de conducta, y que le ordenó sacerdote.

El Santo tuvo también que sufrir una calumnia en extremo odiosa, pero que duró poco, porque Dios no tardó en vindicarlo. Una mujer miserable, llamada Basiana, había sido impulsada por algunos herejes á finjirse enferma con objeto de tentar al Santo ó á alguno de sus discípulos. En esto se reconoce la malicia de la herejía que no teme emplear las más negras imposturas contra los Santos, para vengarse de la pureza de su fé y acreditar mejor sus errores. Pero el demonio que le había inspirado este detestable designio, fué el instrumento de que Dios se valió para vengar á su siervo. Entró visiblemente en el cuerpo de esta mujer perdida, á quién habían ganado los herejes para difamar á Daniel, y la obligó, no obstante ser el espíritu de la mentira, á que confesase la verdad, lo cual cubrió de confusión á los herejes. Fué preciso, para librarla de este malvado huésped, recurrir á las oraciones de aquel mismo á quién habían intentado difamar. Y fué librada, en efecto, y Dios manifestó su inocencia, y descubrió la ignominia de los enemigos de la verdadera fé.

Hemos hablado en la vida de san Marcelo, archimandrita del monasterio de los ascemetas, del terrible incendio

que acaeció en Constantinopla el día 2 de setiembre del año 465. Dios se lo había revelado algún tiempo ántes á nuestro Santo, quién advirtió al emperador León y al patriarca Gennadio, que la cólera de Dios iba á caer sobre la ciudad, y que era necesario hacer oraciones continuas y procesiones públicas para contenerla. Pero por grande que fuera la veneración que se profesara á su virtud, Dios que quería castigar á esta ciudad, permitió que no se atendiesen sus avisos. La predicción se cumplió, y en la desolación en que todo el mundo se hallaba, muchas personas recurrieron al Santo. La noticia de tan triste suceso no pudo ménos de arrancar lágrimas de sus ojos: se lamentó de que no se hubiese recurrido á la penitencia, como había recomendado, y exhortó á todos á que apaciguasen la cólera divina con las oraciones y el ayuno. En seguida se puso en oración, y anunció que dentro de siete días cesaria el incendio, como así sucedió.

Con este motivo tanto el emperador como la emperatriz fueron á visitarle, y le pidieron perdón de no haberse aprovechado de sus avisos. Al llegar León á la columna, se sintió lleno de veneración, y viendo el estado á que le había reducido la penitencia, se postró á sus pies para recibir su bendición, y obligó al patriarca Gennadio á que fuese á visitarle, y le ordenase sacerdote, lo cual efectuó este prelado, por más que entónces no se hallaba muy inclinado en favor del santo penitente. Daniel, que no podía resignarse á aceptar un carácter, de que se consideraba indigno, le suplicó que no subiese á su columna; sin embargo, Gennadio empezó á recitar las preces de costumbre, y manifestó que ordenaba á Daniel sacerdote de la santa Iglesia, á lo cual todo el pueblo respondió como era costumbre: « Es digno. » De esta manera el Santo no se atrevió á poner más resistencia, y entónces el patriarca subió á la columna, le confirió el sacerdocio, y le dió la santa Comunión. Este

prelado á su vez la recibió de manos del nuevo sacerdote, y Daniel oró por el pueblo. En adelante celebró en su columna los santos Misterios, y desde ella los administraba al pueblo.

El emperador León hizo que se le construyese otra tercera columna, compuesta de dos grandes y de otra más pequeña, en la cual se refugiaba en los dias tempestuosos, y quiso que una de ellas fuese cubierta, con el fin de que pudiera preservarse algún tanto de las inclemencias del tiempo. Alcanzó también de este príncipe que le trajesen desde Antioquía algunas reliquias de san Simeón Estilita, para colocarlas en una capilla que se construyó al pié de la columna. A esta capilla enviaba á todos los que venían á pedirle su curación, para que la atribuyesen á la intercesión de san Simeón. Quiso también el príncipe que al rededor de la columna se construyesen algunas casas, tanto para sus discípulos como para los huéspedes que venían á visitarle, formándose de esta manera un monasterio, que despues se llamó de san Daniel; pues sí bién es cierto que sus discípulos formaban una verdadera comunidad, pero carecían de casa en que albergarse. Este monasterio tuvo en los tiempos posteriores sus abades: pues entre los de Constantinopla, que pidieron en el año 518 el restablecimiento de la fé católica, se nombra á Babilas, sacerdote y abad del monasterio de la columna de san Daniel. Esto mismo aparece del concilio celebrado en esta ciudad, en donde el superior se llama abad del monasterio de san Daniel Estilita, de san Juan en el pequeño coto, y de san Andrés cerca de la columna.

Si el emperador León profesaba grande veneración á san Daniel, éste por su parte le ayudó mucho, tanto en su bién espiritual como en el gobierno de sus estados. León tenía que combatir su carácter duro y vengativo, y san

Daniel contribuyó en gran manera con sus exhortaciones á dulcificarlo y hacerle apacible.

También le preservó de un grave peligro en el año 466. El invierno de este año fué sumamente duro por la abundancia de sus aguas y de sus impetuosas tempestades : la columna del Santo quedó muy resentida á causa de los violentos huracanes, y el emperador se alarmó mucho al saberlo. Vino, pues, personalmente á hacer que la asegurasen, y amenazando de muerte á los que la habían construido con tan poca solidez ; pero san Daniel alcanzó su perdón, lo que no era muy fácil ni común á causa del carácter irascible del emperador. Cuando éste bajaba de la montaña despues de su visita, cayó el caballo que montaba. El arzón de la silla le dió en la frente, y le arrancó la diadema, cuyas perlas se dispersaron á uno y otro lado. En este peligro san Daniel rogó por él, y le preservó de una muerte funesta. Este accidente le hizo conocer de una manera más evidente la virtud de las oraciones del Santo, y dió lugar á la conversión de uno de sus escuderos, llamado Jordano, que era ariano.

Temiendo éste que el emperador le atribuyese la causa de su caída, acudió el Santo para obtener su gracia. Daniel aprovechó esta ocasión para disiparle sus errores, y le persuadió con las más dulces exhortaciones á que los abjurase. Despues escribió al emperador participándole la conversión de su escudero, y pidiéndole su gracia. León le respondió en estos términos. « El peligro en que me encontré no procedía de nadie, sino de mí mismo, que fuí demasiado temerario, montando á caballo en vuestra presencia. En adelante procuraré no caer en la misma falta. Léjos de estar incomodado con Jordano, tengo una grande satisfacción en que mi caída del caballo haya dado ocasión á que él se levante de sus errores. »

Tal era el respeto que este emperador profesaba al

Santo. No se contentaba con manifestárselo, sino que á los demás hablaba de él como de un prodigio, como de un hombre enteramente celestial. Hacía que le visitasen todos los príncipes ó embajadores que venían á su corte, para que admirasen su prodigiosa paciencia en un género de penitencia que era superior á toda admiración.

Habiendo venido á Constantinopla Gobazo, rey de los Lazos (1), para concertar con el emperador algunos asuntos de estado, le llevó á que visitase al Santo, como la más rara maravilla de su imperio. Este príncipe quedó tan admirado de su paciencia y de la fortaleza con que sobrellevaba una penitencia tan prodigiosa, que se postró en tierra no sólomente para expresarle su respeto, sino para honrar la columna en que vivía, y en el arrobamiento de su admiración, no pudo ménos de exclamar: « Gracias os doy, Rey de los cielos, de que, al venir á visitar á este rey de la tierra, hayais tenido la bondad de darme á conocer la vida celestial de este hombre extraordinario, y hacerme espectador de una cosa tan increíble. » Estos dos príncipes quisieron constituirle árbitro del tratado de alianza que habían concertado. Por lo demás, Gobazo era un hombre lleno de espíritu, que había estudiado mucho, y por consiguiente, que se hallaba en condiciones para juzgar el mérito de un hombre tan grande, y para apreciar una virtud tan extraordinaria. Al regresar á sus estados refería á sus súbditos el prodigio de que habia sido testigo. Siempre que tenía que enviar alguna embajada á Constantinopla, procuraba escribir al Santo, expresándole la estimación en que le tenía, y encomendándose á sus oraciones.

Nuestro Santo alcanzó en 462 un hijo al emperador León,

(1) Nombre dado á los habitantes de la Lazica, que formaba parte de la antigua Cólquida al norte de Faso y al sur de la Armenia.

que en su amargura de no tener ninguno, había acudido á su intercesión ; pero Dios llamó á sí á este hijo para darle el reino celestial en lugar del terreno. Habiéndose encendido en 467 la guerra entre el emperador y Genserico, rey de los Vándalos, corrió por toda Constantinopla la noticia de que este rey se hallaba á las puertas de Alejandría con un ejército formidable. La corte se alarmó, y el emperador acudió al punto á las oraciones de Daniel. Oró éste, y le anunció que Genserico no tomaría á Alejandría ni á ninguna otra plaza, sino que se retiraría, como así sucedió.

No menor respeto le manifestó la emperatriz Eudoxia, hija de Teodosio II y viuda de Valentiniano III, que en el año 462 vino á Constantinopla. Rogóle esta señora que viniese á habitar en unas tierras de su propiedad, que eran muy adecuadas para la vida solitaria. Daniel alabó su piedad y le manifestó su gratitud ; pero le respondió que estaba resuelto á vivir en el lugar que el mismo Dios le había elegido, y le dió su bendición.

Zenón, yerno del emperador por estar casado con su hija Ariadna, fué enviado á la Tracia contra algunos bárbaros que hacían sus correrías por esta provincia, y no quiso emprender esta expedición sin consultar con san Daniel. Vino á visitarle acompañado de sus principales oficiales, y el Santo le prometió que no le acaecería ninguna desgracia en el viaje. Este príncipe empuñó las riendas del imperio el año 474. Se le atribuyen algunas buenas cualidades entre otras la de dar muchas limosnas ; pero al mismo tiempo tuvo muy grandes vicios.

Por su vida licenciosa llegó á hacerse odioso á todo el mundo, y hasta sus mismos partidarios se le trocaron en enemigos, por más que la mayor parte de ellos fuesen tan malvados como él. Así es que mientras gozaba de paz con los demás pueblos, se encendió la guerra en su mismo

palacio, y Verina su suegra, que le había elevado al trono, fué la primera que conspiró para arrojarlo de él. Basilisco, hermano de esta princesa, hombre sin capacidad, pero lleno de ambición, la apoyó en esta conspiración, y trabajó en su propio favor y en contra de los designios de Verina, que deseaba dar la diadema á Patricio, maestro de los oficios, por razones escandalosas. Habiendo llegado á saber Zenón lo que se tramaba contra su persona, fué á consultar con san Daniel, el cual le predijó que perdería el imperio durante algún tiempo ; pero que Dios le restablecería en él para no perderlo más. Le anunció también otras muchas cosas, y entre ellas que se vería obligado á comer yerbas á falta de otro alimento. Todas sus predicciones se cumplieron á la letra.

Puede verse en los autores profanos la historia de esta revolución que duró dos años, pues no debemos hablar de ella sino en aquella parte que á nuestro santo se refiere. Desde que Basilisco empezó á reinar, se declaró enemigo de la fé católica, y empleó toda su autoridad en establecer la herejía de Eutíques. Llamó por una orden expresa á Timoteo Eluro, famoso eutiquiano, á quién diecisiete años ántes había desterrado el emperador León al Quersoneso Táurico, y lo colocó sobre la cátedra de Antioquía, que ántes de su destierro había usurpado, despues de dar muerte á san Protero, que era su obispo. Todos los enemigos del concilio de Calcedonia empezaron entónces á manifestarse públicamente ; porque propio es de la herejía obrar sórdida é hipócritamente cuando es combatida, y levantar su cabeza y mostrarse audaz, cuando se siente favorecida.

En efecto, Timoteo Eluro vino á Constantinopla sostenido por la autoridad de Basilisco, para turbar la paz que durante tanto tiempo gozaba esta Iglesia. Entró triunfalmente, y sus partidarios le recibieron con estas sacrílegas exclamaciones.



maciones : « Bendito el que viene en el nombre del Señor. » Pero á excepción de una turba de Alejandrinos y de algunos otros que eran eutiquianos de corazón, ó que se habían dejado engañar, el pueblo de Constantinopla permaneció fiel á la verdad. Eluro fué excluido en todas partes de la comunión, y no pudo ser admitido en ninguna iglesia ni entrar en ninguna de las casas de los fieles ; pues el patriarca Acacio se opuso tenazmente, así como los sacerdotes y abades.

Apoyado por Basilisco pudo congregarse un conciliábulo contra el concilio de Calcedonia, en que Eutiques había sido condenado ; pero esta asamblea ilícita no hubiera producido ningún mal, si sus decisiones no hubieran sido impuestas por una declaración de Basilisco, llamada *Circular*, hecha á petición de Eluro. Se ordenaba en esta *Circular* que se anatematizasen y quemasen la carta de san León y las actas del concilio de Calcedonia, como escritos escandalosos que se oponían á la paz, al orden y á la unidad de la Iglesia.

Al perseguir de esta manera Basilisco la verdadera religión, no hacía otra cosa que apresurar su propia ruina. Quiso obligar al patriarca Acacio á que suscribiese la *Circular* ; pero tan luego como se supo, todo el pueblo, y hasta las mujeres y los niños corrieron á la iglesia para ponerse al lado de su obispo. El clero y los monjes demostraron en esta ocasión un celo extraordinario por el concilio de Calcedonia. Muchos obispos que se hallaban en Constantinopla se unieron á Acacio y á los católicos. Entónces Basilisco pensó en arrojar de la ciudad á Acacio ; pero no se atrevió á hacerlo, porque le defendían los monjes.

En este tumulto cada cual pretendía tener á Daniel de su parte. Acaacio le participó las amenazas de Basilisco, y le rogó que viniese á auxiliar á la Iglesia. El emperador, por su parte, y como para justificarse, le envió á decir que

el patriarca era el que tenía la culpa de todo, pues pretendía sublevar á la ciudad y á los soldados contra su autoridad. San Daniel, á quién Dios había ilustrado con una luz especial, no se dejó engañar por el tirano ; sino que le envió á decir por medio de su mensajero, que, puesto que se había rebelado contra Dios, éste aniquilaría su poder. El mensajero no se atrevió á encargarse de esta misión, y rogó al Santo que pusiese por escrito su respuesta, y sellase la carta, como así lo hizo.

El patriarca Acacio creyó que esto no era suficiente, sino que era preciso que el Santo viniese personalmente, y por dos veces le envió á varios obispos para que lo hiciese. Accedió efectivamente despues de consultar á Dios, el cual le ordenó que bajase de su columna para ir en auxilio de la Iglesia. Los obispos le recibieron con grandes demostraciones de gozo, y Daniel añadió á lo que en su carta había dicho á Basilisco terribles amenazas para lo presente y lo futuro. Le comparó al mismo Diocleciano, y le dijo que sólomente en la huida podría encontrar seguridad. El tirano respondió que desde luego salía de la ciudad, y lo hizo pretestando que iba á tomar los aires de la campiña. Daniel resolvió seguirle para hablarle más extensamente. Iba acompañado de los monjes y de una gran parte del pueblo, que le llevaban en brazos, porque no podía andar.

En el camino curó milagrosamente á un leproso que fué conducido á la gran iglesia, y llevado al coro, para que todo el mundo fuese testigo de este milagro. Basilisco se había retirado al palacio de Hebdemón, á donde se dirigió Daniel con el fin de hablarle. Un señor godo que desde su ventana le vió llevado en brazos, como ya hemos dicho, dijo con indignación : « Hé aquí un nuevo cónsul ; » pero al punto cayó muerto. Espantados los guardias con este accidente, temieron que á Basilisco ó á ellos les suce-

diera lo mismo, y no permitieron que entrase el Santo en el palacio. Pero éste, para evitar tumultos, dijo á los que le llevaban que sacudiesen el polvo de su calzado, como dijo el Salvador á sus discípulos, y que volviesen á la ciudad.

Muchos soldados de la guardia, al ver su hábito penitente y su virtud, dejaron el palacio y le siguieron. Basilisco, impresionado con la repentina muerte del godo, envió á decir al Santo que volviese á su palacio ; pero Daniel lo rehusó, diciendo que el que se había rebelado contra Dios no escaparía de su justicia, y sería despojado muy pronto de su poder. Al hablar de esta manera, sacudió el polvo que quedaba sobre su túnica. Basilisco se llenó entónces de temor, y mucho más viendo caer repentinamente y sin que amenazase ruina la torre del palacio.

Al regresar Daniel á la ciudad, libró á dos poseidos del demonio é hizo otros milagros. Un patricio le rogó, á imitación de Zaqueo, que se hospedase en su casa, y ésta fué colmada de bendiciones. Pasó en seguida á la gran iglesia, en la que Acacio y todo el pueblo le recibieron con grandes demostraciones de gozo. En esta ocasión sucedió una cosa muy extraordinaria ; una serpiente de aterradora mirada se deslizó á través de la multitud y vino á enroscarse en las piernas del Santo. Todos se apresuraron á librarle de ella ; pero Daniel, sin atemorizarse, le dijo con autoridad : « Vuelve al agujero de que has salido. » Y ¡ cosa admirable ! la serpiente obedeció sin hacer daño á nadie, y no volvió á verse más.

Dios quiso manifestar con este prodigio, dice el cardenal Baronio, que el Santo había triunfado de la antigua serpiente en recompensa del servicio que había prestado á la Iglesia. En efecto, temiendo cada vez más Basilisco la virtud del Santo, y habiéndole rogado inútilmente que viniese á su palacio, tomó la resolución de ir á verle en Constan-

tinopla. Aquí se arrojó á sus pies y abrazó sus rodillas para pedirle perdón; pero Daniel que, ilustrado con una luz celestial, penetraba el fondo de su corazón, y que sabía que su arrepentimiento no era sincero, le habló con energía, y aseguró á todo el mundo que la cólera del cielo iba á caer sobre él, prediciendo otras muchas cosas.

Después de arreglar algunos asuntos relativos á la Iglesia, volvió á su columna, de la cual no había bajado sino por la gloria de Dios y por su órden expresa. No tardó en verificarse todo lo que había anunciado á Basilisco. Este tirano dió otra circular en favor del concilio de Calcedonia y para retractarse de todo lo que había dicho y hecho en favor de los eutiquianos; pero no por esto escapó á la cólera divina. Sus propios generales le hicieron traición pasándose al partido de Zenón, y cuando éste llegó á ciudad, fué recibido por el senado y por el pueblo, y entró en el palacio ántes de que el tirano se apercibiese de ello. En situación tan apurada pudo refugiarse juntamente con su mujer é hijos, en el bautisterio de la gran iglesia.

Zenón mandó que se le despojase de las insignias imperiales que había usurpado. Dice Procopio que Acacio lo entregó como indigno de la gracia de asilo, á causa de los males que había causado á la fé. Dícese que Zenón prometió evitar la efusión de sangre: así es que, congregando á los obispos y al senado, fué condenado Basilisco al destierro en un castillo, llamado Limaco, cerca de Cucusán. Los autores no convienen acerca de su fin. Unos dicen que se le cortó la cabeza ántes de llegar al castillo; miéntras que otros, y ésta es la opinión más seguida, aseguran que se le encerró en una torre de este castillo, en donde se le privó de las cosas más necesarias para la vida, de modo que él y su familia perecieron de hambre y de frío, habiéndoseles encontrado abrazados unos con otros.

Una vez restablecido Zenón en el trono, fué, en compa-

ña de su esposa, á visitar á san Daniel, que con tanta precisión le había anunciado su destronamiento y su reposición. Anuló todo lo que el tirano había ordenado contra la fé y la Iglesia. ¡ Feliz él, si siempre hubiera seguido los consejos de este gran Santo !

San Daniel vivió diez años despues, é hizo célebre este resto de su vida por la multitud de milagros que obró, y que pueden verse en su historia. Predijo su muerte, como había predicho otras tantas cosas, y cuando la vió acercarse, hizo escribir una pequeña exhortación á sus discípulos, que fué como su testamento. He aquí lo que decía en ella : « Hijos y hermanos míos, pues una y otra cosa sois : hijos, porque soy vuestro padre espiritual, y hermanos, porque Dios es nuestro padre común. Os amo demasiado para que pueda dejaros huérfanos y doloridos por la pérdida de vuestro padre. Dejo al Padre celestial el cuidado de velar por vosotros, pues tanto á vosotros como á mí nos ha creado : él, que ha hecho todas las cosas con sabiduría y con razón, que ha bajado de los cielos y venido á la tierra, que ha muerto y resucitado por nosotros : él, repito, estará con vosotros y os preservará de todo mal. El es dueño de todas las cosas, y por lo mismo que su sabiduría es infinita, os conservará según su voluntad. Como padre amantísimo, os tratará con bondad : si llegaseis á errar, os tenderá los brazos de su misericordia para atraeros á sí. El conservará la paz y la unión entre vosotros. Así se lo pido por la bondad con que se entregó á la muerte por nosotros. Abrazad la humildad, practicad la obediencia, ejerced la hospitalidad, guardad los ayunos, observad las vigílias y amad la pobreza ; pero, sobre todo, conservad la caridad, que es el principal de los mandamientos. Permaneced firmes en la piedad ; evitad la zizaña de los herejes, y jamás os separeis de la Iglesia, nuestra madre. Si observais todas estas cosas, vuestra piedad será perfecta. »

El cardenal Baronio considera estas últimas palabras como uno de los principales caracteres de su santidad. « No debe olvidarse, dice, que este gran Santo, á quien Dios había hecho tan célebre por sus milagros, hallándose á las puertas de la muerte, recomendó á sus discípulos, como último consejo y voluntad, que se conservasen fieles á la verdad católica. »

El Santo celebró por última vez el santo Sacrificio á media noche, y tres horas ántes de morir. Su historiador asegura que vió á muchos santos y ángeles que, en aquel supremo trance, vinieron á recibir su espíritu, y que un poseído que se hallaba presente los vió también: que el Santo murió á la hora de tercia, y que en el momento de espirar fué librado del demonio este poseído. Acacio no existía ya, y Eufemio, que le había sucedido en el gobierno de la iglesia de Constantinopla, corrió á recibir su último suspiro. Una señora muy piadosa, llamada Rhaïs, á quien había alcanzado un hijo con sus oraciones, se apresuró también á venir; pues el Santo tenía dispuesto que sólamete ella preparase las cosas necesarias á su sepultura, lo que ejecutó con la mayor devoción. Hizo encerrar el cadáver en una caja de plomo, y depositarlo en una tumba que mandó construir al pié de la columna. Se cree que su bienaventurada muerte acaeció el 11 de diciembre, en cuyo día celebran su fiesta tanto la iglesia latina como la griega, hacia el año 494, y el octogésimo de su edad.

No debemos olvidar que, según asegura Teodoro el Lector, si bién es verdad que san Daniel tuvo una parte muy principal en la victoria alcanzada contra el tirano Basilisco, compartió, sin embargo, la gloria de ella con otro monje, llamado Olimpo, que habló al tirano con la misma libertad.

El autor de la vida de san Daniel alaba principalmente entre sus discípulos á Tito y Anatolio. Tito era el conde

Edram, de cuya conversión algo hemos dicho ya. Era un señor bárbaro, avezado á la guerra y á la carnicería, y que mandaba una parte muy considerable del ejército de su nación. Por su bravura fué muy estimado del emperador León, que le atrajo á su servicio y le hizo gran escudero. Este príncipe que, como ya hemos dicho, enviaba á todas las personas distinguidas á que visitasen á san Daniel, para que recibiesen su bendición y admirasen su penitencia, envió también al conde, el cual quedó tan impresionado con las instrucciones que recibió, y con el ejemplo de sus virtudes, que determinó abandonarlo todo para abrazar la vida monástica. Congregó á todos los que de él dependían, les dirigió un largo discurso sobre la vanidad de las cosas de la tierra, y les demostró que era muy indigno del hombre derramar sangre humana. Les manifestó su resolución, y les exhortó á seguirle. Dos bárbaros, que ni aún siquiera habían oído hablar de Jesucristo, se sintieron cambiados por su elocuencia, animada por la gracia, en hombres nuevos, y quisieron imitarle en su retiro. Los demás se contentaron con que les abonase sus estipendios. San Daniel le impuso el hábito religioso y cambió su nombre por el de Tito.

El emperador se sintió muy afligido con esta resolución, que le privaba de un oficial de mucho mérito. Quiso disuadirle, pero no lo consiguió. Este príncipe le estimó en adelante mucho más, y cuando venía á visitar á san Daniel, veía también á Tito, y recibía con gozo sus instrucciones. Perseveró en su resolución hasta el fin de su vida, y se hizo recomendable por sus vigiliass y ayunos.

Anatolio le había servido en el mundo y le imitó en su conversión. Se hizo recomendable por su virtud, que brilló de una manera extraordinaria despues de la muerte de Tito. Tuvo doce discípulos que se esforzaron por imitar su fervor. Se le edificaron un monasterio y una igle-

sia. En 518 había en Constantinopla un Anatolio, abad del monasterio de Astero, y otro del monasterio de Filipo.

PROPAGACION DEL ESTADO MONASTICO  
EN LA MEDIA, LA PERSIA, LA ARMENIA, LA ESCITIA,  
LA BACTRIANA Y LA INDIA POR AONEZ  
O EUGENIO Y SUS DISCIPULOS †.

Hemos dicho en otro lugar que Aonez ó Eugenio no fué el primero que hizo conocer el estado monástico en la Siria y en la Mesopotamia. Sin embargo, no hemos pretendido negar el impulso que le dió este santo varón, por sí ó por sus discípulos, fundando muchos monasterios en las provincias y paises comarcanos. Estos hechos son independientes de las actas de santa Febronia, que hemos dado como verdaderas, y del monasterio del abad Marcelo, que hemos supuesto ser anteriores á los de Eugenio. Éste pudo muy bién venir á la Mesopotamia despues de aquel, y hacer lo que hizo san Antonio en Egipto, san Pacomio en la Alta Tebaida y san Hilarión en Palestina.

Los autores sirios que se citan para la historia de Eugenio, dicen que primeramente profesó la vida religiosa en Egipto, y en tiempo de san Antonio, de quién fue discípulo, y que despues vino á la Mesopotamia con veintiocho de sus compañeros; que se estableció en el Monte-Isla, cerca de Nisibe, y edificó un monasterio; que curó á los hi-

† Assemani.







*Sup. St. Charles aux Pyr.*

*Édouard Jouve*

*Alonez ou Eugène.*  
*Alonez ó Eugenio.*



jos del gobernador de esta ciudad acometidos de una enfermedad contagiosa, y que fué causa de su conversión y de la de su familia ; que recibió de Dios el don de profecía, anunciando los males que había de causar la herejía de Ario, así como su condenación en el concilio de Nicea, y que, despues de haber recorrido las provincias inmediatas y de haber enviado á sus discípulos para que predicasen el Evangelio en diferentes partes, volvió á su monasterio, en donde, lleno de trabajos, de merecimientos y de años, descausó en paz.

Sus principales discípulos fueron Juán, Acha, Jonás, Saba y Escialito, y se le dán también por compañeros á Gaddano y Azizo. Éstos ó sus discípulos, dicen los historiadores de Siria, fueron los que formaron á los más santos personajes que florecieron en el Oriente.

Juán y Acha eran hermanos. Se establecieron en Gezira, y convirtieron en monasterio un antiguo templo de los ídolos. No permanecieron allí ociosos, sino que imitando el celo de su padre Eugenio, recorrieron todas las aldeas inmediatas, que estaban llenas de idólatras, á los cuales convirtieron al critianismo. Se refiere que, despues de muerto Juán, los demonios, como si quisieran vengarse en sus religiosos de la guerra que les había hecho en vida, los perseguían á pedradas, cuando iban á tomar agua de la fuente ; pero éstos, para obligarles á huir, llevaron un dia la caja en que estaban las reliquias de Juán, con lo cual los ahuyentaron.

Se refiere de Acha que, con sus oraciones y las de otro religioso llamado Jesusaba, hizo brotar bajo el altar de la iglesia una fuente para comodidad de los religiosos, que no tenían para sacar agua más que un instrumento llamado zarnucha, más pequeño que un cubo ordinario, por lo cual este monasterio se conoció en adelante con el nombre de Zarnucha.

Se habla también de otro monje llamado Juan, que se retiró cerca de la aldea de Camula. Había sido oficial de Sapor, rey de Persia, el gran enemigo de los cristianos, y habiendo visto los milagros que san Sadoth, mártir, hizo despues de su muerte, exhortó á este príncipe á que no continuase derramando la sangre inocente de los cristianos, y dió libertad á muchos que estaban encerrados en oscuras prisiones. Habiendo llegado á noticia de Sapor su desaparición, le hizo buscar por todas partes, pero inútilmente. Juan vino en busca de Eugenio, quién le administró el santo bautismo, y le impuso el nombre con que le conocemos, y despues se retiró á una caverna cerca de Camula, en donde se hizo célebre por sus virtudes y milagros. Más tarde un monje, llamado Achamas, discípulo del abad Abraham, edificó en este lugar un monasterio.

Jonás era filósofo y médico, renunció al siglo, y se puso bajo la dirección de Eugenio, de quién fué uno de los principales discípulos. Se consagró enteramente á la oración, al ayuno y á los demás ejercicios de su estado. Pasó á Babilonia á un lugar llamado Ambaro, en donde formó una comunidad de monjes. Saba edificó también un monasterio en Gazira, que despues llevó su nombre Escialito : se estableció también en Gazira ; se dedicó á instruir á los pueblos vecinos en la fé de Jesucristo, y edificó un monasterio en el mismo lugar en que ántes se daba culto á un ídolo. Había en Nínive, en tiempo del rey Sapor, dos monasterios, uno con el título de san Mateo, en el monte Elfepo, y el otro con el título de san Jonás, que había sido restaurado por el patriarca Sergio. El primero fué habitado posteriormente por jacobitas, y el segundo por nestorianos.

Se edificaron muchos monasterios en el pais de los Marjos <sup>1</sup>, en tiempo del emperador Valente. El primero fué

<sup>1</sup> Margiana, comarca del Asia antigua, al norte de la Bactriana.

el de Riscia, que, según se dice, fué habitado en un principio por siete obispos, que, huyendo de la persecución suscitada por este emperador contra la Iglesia, abandonaron sus países, y se refugiaron en este lugar, en que practicaban la vida religiosa. Este monasterio estaba situado en la cumbre de una montaña llamada Barsi-Nirba. Les acompañaba Juán, metropolitano de una provincia que no nombran los historiadores. Vivían de una manera muy perfecta, distinguiéndose Juán por su eminente piedad y por el don de milagros con que el Señor le favoreció. Escogió una tumba para que le sirviese de celda, en la cual se privaba voluntariamente de la luz del día, y guardaba un silencio que se podía llamar continuo. Edificó el monasterio de Barsi-Nirba cerca de la aldea de Kuf, que fué el segundo de esta comarca.

El tercero fué el del valle profundo que edificó Efrén, y en donde pasó su vida con el mayor recogimiento. El cuarto fué el monasterio de Anan-Jesús en Catara. El quinto el de Aitallah cerca de la aldea de Laghes; el sexto el de Jesurochma, que se llamó también de Bethma ó de Terebinto; el séptimo el de Habisa en la aldea de Hanesa. El autor siriaco citado por Assemani, de quién tomamos todos estos datos, dice que los cuatro últimos fundadores de monasterios fueron enterrados en este último, en una gruta que fué descubierta en su tiempo, la cual estaba muy bien construida, y en la que se habían fijado diferentes cruces para indicar su insigne piedad. Cada uno de los cuerpos estaba separado de los demás, y las tablas que los cubrían tenían muchos taladros, para dejar escapar el buen olor de sus reliquias.

El octavo monasterio fué el de Adeo, llamado Rama; el noveno el de Gregorio, cerca de Barbelia; el décimo el de Isaac, en Harba; el undécimo el de Aba, en Beth-Sot; el

duodécimo el de Abraham, en la misma aldea, y el décimo tercero el de Acha, en Nirba.

En tiempo de Tamuso ó Tomarso, arzobispo de Seleucia y de Ctesifonte, hacia el año 385, Abdas y sus discípulos Ebed-Jesús y Jaballaha extendieron el estado monástico en Babilonia y en la Arabia. Abdas edificó tres monasterios: el uno en Dorken, su patria, bajo el título de san Maris, el otro en Zela cerca del rio Zarzaro, que se llamó el monasterio de la Cruz, nombre que le fué dado á causa de que en el tiempo de la persecución de los Persas, y cuando estos idólatras demolían las iglesias y martirizaban á multitud de cristianos, se vió cerca de este rio un árbol que tenía la forma de cruz. Quisieron los magos ocultar este prodigio, pero no pudiendo conseguirlo, se dirigieron al gobernador del país, llamado Salibo, el cual, léjos de atender á sus quejas y de secundar su mala voluntad, hizo edificar un monasterio en el mismo paraje en que se hallaba este árbol, y Abdas reunió en él una congregación de monjes, á los cuales suministró todo lo necesario para la vida. Llamóse también este monasterio de Salibo. Abdas edificó su tercer monasterio en Baxaja, á poca distancia de Dorken.

Después de su muerte, Acheo y Jaballaha gobernaron su monasterio de Dorken, y fueron sucesivamente elevados al arzobispado de Seleucia. Este segundo es llamado por su historiador un hombre muy celoso de la disciplina regular, y que se distinguía por su probidad, por su piedad y por su ciencia. Añade que fué enviado por Abdas, su superior, á Doscora, al monasterio de Ezequiel, que estaba gobernado por el abad Abjesú, con objeto de convertir á los habitantes del país, que eran paganos, y una vez cumplida esta misión, se sintió movido por el amor á la soledad, y edificó cerca del Eúfrates un monasterio, en que se le unió un gran número de monjes, que dividió en cuatro secciones, para que se sucediesen unos á otros en la salmodia: de

modo que en este monasterio no cesaban dia ni noche de cantarse las divinas alabanzas. Los que terminaban su turno se dedicaban en los intervalos á asistir á los enfermos y extranjeros y á otros oficios de la casa. Éste fué una especie de ensayo del instituto de los ascemetas, de que hemos hablado en la vida de san Alejandro, su fundador.

Ebed-Jesús, discípulo de Abdas, nació en Mesena de una mujer de mala vida que lo expuso furtivamente en la iglesia, y que fué adoptado por los cristianos. Cuando llegó á la edad de la razón, vino al monasterio de Abdas, y despues de hechos sus estudios, regresó á su pais. Recibió el sacerdocio, y fundó una escuela, en que instruía en la fé y en las letras á todos los que querían asistir. Convirtió á muchos marcionitas con peligro de su vida, pues muchos de estos herejes, obstinados en sus errores, le buscaron para darle muerte. También los magos se apoderaron de él y lo apasionaron; pero tanto de unos como de otros fué librado por la virtud de Jesucristo. Se refiere también de él, que con la oración multiplicó algunos trozos de pan, que bastaron para alimentar, durante diez dias, á todos sus estudiantes.

Edificó también otros monasterios, y se hizo tan célebre, que Tormaso, arzobispo de Seleucia, le ordenó obispo de Dair — Meherak; pero, viendo que nada conseguía con las gentes de este lugar, que no cesaban de perseguirle, dejó su manto y su báculo, y se retiró á una isla, en donde tuvo el consuelo de convertir á los que la habitaban. Fundó allí un nuevo monasterio, y volvió al de Hirta, que ántes había edificado. Por último, pasó á Mesena, en donde tenía otro discípulos, y murió en la paz del Señor.

El monasterio de Salibo ó de la Cruz tuvo por superior á Sabar-Jesús despues de Abdas. Cerca de Bagdad existió también el monasterio de san Foción, mártir, otro de Sabibro cerca del Tigris, y otro en Hirta, llamado el monaste-



rio de Henda, hija de Naamán, rey de los árabes, que vivía á fines del siglo sexto. Había también en las montañas de la Corduena, desde el año 430, un monasterio llamado del Arca. En la misma época Juan de Cascara edificó otro en el país de los Gormienses.

Por medio de los fundadores de estos monasterios, ó de sus discípulos, se extendió la profesión monástica no sólomente en la Mesopotamia, la Asiria y la Arabia, sino en la Media, la Persia, la Armenia, la Escitia, la Bactriana y la India. En todos estos países floreció la fé católica, y la Persia dió muchos monjes mártires á Jesucristo, como veremos en el capítulo siguiente, hasta que el nestorianismo infestó estas santas instituciones, como hemos hecho notar al hablar de los males que esta herejía causó en los monasterios de Oriente.

Habla Assemani, en su *Biblioteca oriental*, de algunos solitarios de los siglos quinto y sexto, que compusieron diversas obras, tanto ascéticas, como dogmáticas é históricas. Sería de desear que hubiese dado más detalles de su vida monástica; pero como éste no era su principal objeto, expondremos lo único que nos ha trasmitido.

El primero de que habla es un solitario, llamado Juan, natural de Edesa, que floreció á fines del siglo quinto. Abrazó desde su juventud la vida religiosa en un monasterio del territorio de Amida, en Mesopotamia, llamado Zucnim. El deseo de una vida más austera le movió á subir á una columna á ejemplo del gran Simeón, por lo cual es preciso ponerlo en el número de los estilistas. Dejó un monumento de literatura, escribiendo la historia de la guerra de los romanos y de los persas, bajo el emperador Anastasio y el rey Cavado, desde el año 495 hasta el de 507, dedicando esta obra á un abad llamado Sergio.

El segundo es otro Juan, natural de Apamea, que floreció en el siglo sexto, pues Teodoreto, que vivía en el quinto

no habla de él. Ignoramos el monasterio en que fué religioso ; pero es de creer que fuese en alguno de los situados á lo largo del Oronte. Compuso muchas obras ascéticas, cuyos nombres cita Assemani, sin emitir juicio crítico de ellas.

El tercero es Juán que tenía por sobrenombre Saba, ó el anciano, y que floreció á mediados del siglo sexto. Nínive fué su patria, y el monasterio á que se retiró se hallaba situado al lado allá del Tigris y se llamaba Dilaita. Los sirios le tuvieron en gran veneración, y su calendario hace memoria de él en 15 de marzo. Despues de haberse ejercitado en la obediencia, quiso llevar una vida más solitaria, y para ello se dirigió á una montaña escarpada, en donde no había más que bestias salvajes y serpientes, poniendo toda su confianza en Dios, é inmolándose continuamente á él por medio de la más austera penitencia.

Había un religioso que le amaba entrañablemente, y cayó en una profunda tristeza, viéndole enteramente separado del mundo, y castigando tan despiadadamente su cuerpo. Juán le escribió para consolarle, y á este religioso debemos el resúmen de sus obras ascéticas, cuyo estilo y sentimientos se parecen mucho á la manera de escribir dulce y agradable de san Efrén. Tal es el juicio que de ellas formó Assemani, quién asegura que, al leerlas, se desprende que tenía un conocimiento perfecto de los deberes de la vida monástica, y que debía practicarlos con toda fidelidad.

Se distinguió por su profunda humildad, y cuando escribía á su hermano, le recomendaba que no publicase sus cartas, las cuales no firmaba con su nombre, sino con el de un animal inmundo. Tales eran los bajos sentimientos que de sí mismo tenía. Pero no queriendo su hermano que la posteridad quedase privada de sus santas instrucciones, formó un catálogo de todos sus escritos. Basta con

leer en Assemani los títulos de sus discursos y de sus cartas para juzgar que debió ser un religioso de extraordinaria virtud.

El cuarto es Isaac, que fué sacado de la soledad para colocarle sobre la cátedra episcopal de Nínive. Era natural de Siria, y tenía un hermano, en cuya compañía abrazó la vida religiosa en el monasterio de san Mateo, que entonces gozaba de gran reputación. Llegó á hacerse muy célebre por su doctrina y por su exactitud en la observancia religiosa, Su hermano fué constituido superior del monasterio, y él, despues de practicar fielmente todas las virtudes de un perfecto cenobita, se retiró á una celda fuera del monasterio para practicar las de los anacoretas.

La reputación de su ciencia y de su insigne piedad hizo que se pusiesen en él los ojos de todos para colocarle en la catedral de Nínive. Fué preciso hacerle violencia para arrancarle de su soledad, y no tardó en volver á ella. Hallándose en su cámara el día mismo en que fué consagrado, se le presentaron dos hombres, uno de los cuales pedía al otro una cantidad, que éste no le negaba, pero para cuyo pago le pedía alguna dilación. El acreedor protestaba, que si no le pagaba inmediatamente, lo demandaría ante el juez. El obispo le expuso que, si el Evangelio nos manda dar lo que se nos pide, con más razón debe concederse algún tiempo para pagar las deudas. « Borrada del Evangelio estas palabras, » dijo brutalmente el acreedor. A lo cual replicó el obispo : « Estas gentes no quieren escuchar el Evangelio, ¿ qué voy, pues, á hacer aquí « ? En su consecuencia, hizo dimisión de su obispado, y se retiró al desierto de Esceté en Egipto, en donde llegó á una gran perfección. Era como al maestro y doctor de los monjes de este desierto, y todos acudían á él para instruirse en sus deberes. Compuso muchas obras ascéticas, de que habla Assemani en su biblioteca.





Imp. de Chardon aîné Paris.

Gravé d'après

*Solitaires de la Perse & de l'Inde.  
Monjas Persanes & Indias.*



## SOLITARIOS DE LA PERSIA Y DE LA INDIA (1).

Nos son ménos conocidos los ejercicios y virtudes monásticas de los solitarios de Persia, que el martirio que sufrieron muchos de ellos, principalmente bajo los reinados de Sapor y de Vararano V. Como queremos encerrar en un capítulo todo lo que á ellos se refiere, lo dividiremos en diferentes artículos.

§ I. — *En que tiempo fué predicada la fé cristiana en la Persia.*

Cree Sozomeno que la fé fué admitida en la Persia por la comunicaci3n que tenia este reino con el Osroena que forma parte de la Mesopotamia, y con la Armenia, cuyos habitantes abrazaron con tanto fervor la fé, que sostuvieron con la más generosa constancia la persecuci3n del emperador Maximino Galerio en 312. Pero esta opini3n es contraria á lo que dice Bardesano, escritor del siglo segundo y citado por Eusebio, el cual asegura que en su tiempo habia cristianos en el pais de los Partos, de los Medos y de los Persas, y hasta en la Bactriana. La primera epístola de san Juán evangelista se intitulaba en otro tiempo: *Epístola á los Partos*. San Ambrosio, san Paulino y los griegos en sus Méneos aseguran que san Mateo predicó el Evangelio en estas provincias. Lo mismo dice Eusebio de san Bartolomé, y por último, los caldeos y los persas llaman por excelencia á los santos Tomás y Tadeo los apóstoles

(1) Assemani, Eusebio, Sozomeno y Teodoreto.

del Oriente, en que se hallaban comprendidas estas provincias, y dicen que ellos fundaron la iglesia de Seleucia y de Ctesifonte, dos ciudades reales de Persia, que distan solamente una legua la una de la otra, la cual iglesia fué más adelante la patriarcal de todo el país.

§. II. — *Persecución de los cristianos bajo Sapor y Vararano ó Varano V, rey de Persia.*

Sapor II, llamado también Larga-Vida, porque fué reconocido como rey en el seno de su madre, en 309, y reinó sesenta y dos años, fué uno de los más grandes enemigos de los cristianos, á quienes persiguió de una manera tan bárbara y despiadada, que nunca sufrió la Iglesia una persecución tan cruel. Dió principio en el año 340 de Jesucristo, y el treinta y uno de su reinado.

Sozomeno hace una relación muy amplia de ella, y nosotros compendiaremos el relato de este escritor, para pasar en seguida á hablar de los solitarios que fueron coronados con el martirio.

« Habiendo aumentado, dice, el número de los cristianos con el trascurso del tiempo, y cuando éstos tenían ya diáconos y sacerdotes, los magos, que poseían el sacerdocio como derecho de sucesión entre los persas, y los judíos, siempre envidiosos y enemigos de los cristianos, hicieron comparecer á Simeón, arzobispo de Seleucia y de Ctesifonte ante el rey Sapor, acusándole de sostener inteligencias secretas con el emperador de los romanos. Sapor prestó fácilmente oídos á estas calumnias; agovió á los cristianos de impuestos, y encomendó su exacción á personas despiadadas y duras, para que estas vejaciones y la miseria á que se verían reducidos, les obligasen á abandonar su religión. Ordenó también que se diese muerte á los sacerdotes, que se demoliesen las iglesias, que se confiscasen los vasos sa-



grados y los ornamentos, y que se tratase á Siméon como traidor y enemigo del estado. Todo esto se ejecutó en poco tiempo por los magos y judíos.

El mismo historiador refiere el martirio de san Simeón y de algunos otros, y dice que al año siguiente, y en la época en que se celebraba la Pasión del Salvador, y se preparaba la fiesta de la Resurrección, Sapor hizo publicar en toda la Persia un edicto, en que se ordenaba que fuesen muertos todos los cristianos. Dicese que fueron innumerables los que sucumbieron bajo la cuchilla de los verdugos. Los magos se dieron á buscar por todas las aldeas y campiñas á los que se hallaban ocultos, y muchos se presentaron espontáneamente, para que no se creyese que hacían traición á Jesucristo. Lo mismo se ejecutó con los que habitaban en el palacio real, y entre otros, con el eunuco Azadas, muy querido del rey, lo cual le apenó mucho, y en su virtud ordenó que en adelante no se diese muerte á todos los cristianos, sino sólo á aquellos que se dedicasen á enseñar su doctrina á los demás.

Debemos hacer constar con Assemani, que la persecución decretada por Sapor en el año treinta y uno de su reinado, fué la tercera y la más cruel de todas, pues no tenía más que dieciocho años, cuando empezó á perseguirlos. Entónces, dice Sozomeno, hizo perecer á un número tan crecido de cristianos, que sería muy difícil hacer una relación de los nombres de todos ellos, de su país, del género de suplicios que se les aplicaron, y de los crueldades que para ellos se inventaron. Sólomente diré, añade, que los nombres de los hombres y de las mujeres que se conocen, ascienden á seis mil, y que el número de los desconocidos es tan grande, que los persas, los sirios, y los edesanos nunca llegaron á saberlo.

Esta horrible persecución fué renovada más tarde por Isdegerdo y su hijo Varano V. El primero profesó una

grande veneración á san Marutas, obispo del Martirópolis ó Mesopotamia, cuyos milagros le hicieron conocer las supercherías de los magos; pero al final de su reinado comenzó una sangrienta persecución, que fué continuada por su hijo y sucesor Varano, y que no fué ménos horrible que la de Sapor. Dió ocasi3n á ella el celo imprudente de un obispo, llamado Abdas, prelado, por otra parte, adornado de eminentes virtudes. Como se hubiese unido á san Marutas para alcanzar de Dios con sus oraciones que fuese librado del demonio un hijo de Isdegerdo, y como el prestigio de que gozaba le hiciera presumir que no desagradaría á este príncipe, hizo destruir una pira ó templo, que habían levantado los persas para tributar al fuego honores divinos. Esta acci3n enardeci3 el furor de los magos, que llevaron sus quejas al rey. Isdegerdo llamó á Abdas, le reprendió por lo que había hecho, y le ordenó que reedificase la pira. Abdas lo rehusó, y en su consecuencia el rey le amenazó con la muerte y con destruir todas las iglesias de los cristianos; pero Abdas permaneci3 inflexible, y las amenazas del rey fueron ejecutadas.

« Habiéndose empezado la persecuci3n, no es fácil expresar, dice Teodoreto, las crueldades que se ejecutaron con los fieles. A unos desollaron las manos, á otros las espaldas; á otros arrancaron la piel del rostro. A muchos se les cubría todo el cuerpo con cañas abiertas por la mitad, y se las ataban con fuertes ligaduras, para que, tirando despues violentamente de las cañas, les desgarrasen éstas todos los miembros, y les produjesen dolores agudísimos. A otros colocaban en fosos muy profundos, y echaban multitud de ratas y ratones, para que hostigados estos animales, los devorasen, teniendo en cuenta que se les habían atado fuertemente las manos y los piés, para que no pudiesen defenders e de sus mordeduras. Imaginaron aún otros suplicios no ménos atroces; pero nada pudo quebrantar la constan-

cia de estos heroes; por el contrario, ellos mismos corrian á presentarse á sus perseguidores, deseosos de sufrir una muerte que les merecía una vida inmortal.

De esta manera fué perseguida la Iglesia en Persia bajo Isdegerdo I y Varano V. Isdegerdo II, hijo de éste, heredó su corona y su odio á los cristianos: continuó la persecución, y no se sabe en que año la terminó. Daremos ahora las actas de algunos santos monjes que sufrieron el martirio en estas persecuciones. Al docto Esteban Assemani, arzobispo de Apamea, es á quien debemos el descubrimiento de estas actas.

### § III. — *San Milis, solitario, obispo y mártir.*

San Marutas, obispo de Tagrit ó Mesopotamia, que vivia en tiempo de Sapor, hizo un resumen de las actas de los mártires, que padecieron en la larga y cruel persecución de este príncipe, enemigo de los cristianos. El es el autor de la historia de san Milis, que vamos á exponer, según la traducción latina que Assemani hizo del original siriaco, y que ha intercalado en su sabia colección de las Actas de los mártires de Oriente. Fundándonos en este monumento, es preciso reformar lo que Tillemont, Bulteau y otros escritores han dicho de san Milis, y que han tomado de otras memorias no tan fidedignas: pues no tenían á manos éstas, que aparecieron posteriormente en lengua francesa.

Nació san Milis en el pais de los Basiqitas, y fué admitido muy joven en la corte del rey Sapor. El Señor que le destinaba, como vaso de elección, para que trabajase en su gloria, no permitió que permaneciese mucho tiempo en el lodazal de la idolatría, y desde la profesión militar le llamó á un género de vida que debía hacerle participante de la milicia celestial. Recibió el santo bautismo, y desde entónces no se ocupó en otra cosa, que en informar su

alma sobre las máximas del Salvador del mundo, y en caminar por sus huellas. Domaba su carne con los ayunos y vigiliás, y conservaba su cuerpo y su alma en la pureza de un perfecto cristiano.

Con estas santas prácticas se fué abrazando en un celo tan ardiente por la gloria de Jesucristo, que despues de haber estado algùn tiempo en la ciudad de Lapeta, ó Bethlapet, en la cual había sido instruido en las virtudes cristianas, se sintió movido á trabajar en la conversión de los demás, y para ello se trasladó á Clam ó Elam, ciudad poco distante de Susan en la Persia<sup>1</sup>. Apénas llegó, se puso á exhortar á las gentes del lugar, ya en particular, ya en público, á la huida del vicio y á la práctica de la virtud. Su misión fué acompañada de grandes trabajos; pues tuvo que sufrir mucho de parte de los idólatras.

Gabiado, obispo de Bethlapet, y despues mártir, le elevó, siguiendo los grados de la clericatura, al órden sacerdotal, y más tarde le hizo obispo de Susan. En esta ciudad trabajó con grandísimo celo á pesar de la persecución continua de sus habitantes; pues con frecuencia le injuriaban y azotaban, le arrastraban por las calles, y le daban tormentos tan crueles, que más de una vez le dejaron por muerto. Tres años duraron estos malos tratamientos, que sobrellevó con una paciencia y una constancia heróica; pero viendo que nada conseguía, y que aquellos obcecados, seducidos por sus magos, estaban cada vez más obstinados en su idolatría, resolvió abandonarlos, y llevar á otra parte las luces del Evangelio.

Refiérese que, al dejar esta ciudad, predijo que no tardaría mucho tiempo en caer sobre ella la cólera de Dios, y que, volviendo sus ojos con amargura, dijo: « O la más

<sup>1</sup> Susan ó Schuschan era la residencia de invierno de los reyes de Persia. De ella sólo quedan algunas ruinas, y entre ellas una tumba que se cree ser la de Daniel.

desdichada de todas las ciudades, puesto que has rehusado obstinadamente las gracias de que Dios ha querido colmarte, serás destruida por un enemigo despiadado : tus soberbios edificios serán demolidos, y tus habitantes, tan engreidos con su prosperidad, se verán obligados á huir, y en ninguna parte encontrarán un asilo seguro. »

Esta especie de maldición no tardó en realizarse. Tres dias despues, habiendo sido ofendido el rey por los principales de la ciudad, envió trescientos elefantes con un ejército que dió muerte á todos sus habitantes, destruyó las casas, y arruinó de tal manera la ciudad, que poco despues se labraba y sembraba el lugar sobre que había estado asentada.

San Milis sólamente llevó consigo el libro de los Evangelios, y se trasladó á Jerusalem, y más tarde á Alejandría con objeto de visitar á Ammón, que había sido discípulo de san Antonio, y que gobernaba su monasterio. Allí permaneció dos años, durante los cuales visitó los diferentes monasterios de esta comarca, y á los religiosos que más se distinguían por su virtud, despues de lo cual regresó á su pais, y se unió á un anacoreta que habitaba en una caverna.

Una noche en que rezaban el oficio de Maitines, entró una serpiente que tenía más de treinta codos de largo. Este animal monstruoso se retiraba de tiempo en tiempo á esta caverna, y san Milis, que no se había apercibido de él, quedó espantado al verlo ; pero reponiéndose al punto, levantó sus manos, y le dijo con tono amenazador : « ¿ Tienes la audacia, enemigo detestable del hombre, de venir, cuando nosotros estamos aquí ? ¿ quieres obligarnos á pasar la noche fuera, para estar tú á cubierto ? Esto es imposible : la espada del Señor hendirá tu cuerpo de arriba á abajo con gran admiración de todos los que te vean. » En aquel mo-

mento su cuerpo se hinchó extraordinariamente, y se abrió en la forma que el Santo había anunciado.

El anacoreta lo sintió mucho, y dijo á san Milis que aquel animal había anidado hasta entónces en la caverna, sin hacer daño á nadie ; pero el Santo le objetó, que, despues de la maldición que Dios había lanzado á la serpiente que engañó á nuestros primeros padres, no era conveniente fiarse de ninguno de estos animales. El anacoreta quiso variar de morada, pero san Milis se retiró, dirigiéndose á Nisibe. Allí encontró al gran san Jacobo ocupado en levantar una iglesia, cuya magnitud y belleza no pudo ménos de admirar, así como la profunda sabiduría de este santo obispo.

Despues de estar algún tiempo á su lado, fué á Siria, y más tarde á Seleucia, en donde se habian congregado muchos prelados para juzgar la causa de Papas, obispo de esta iglesia. Era éste un hombre de un orgullo y de una arrogancia insoportables, que gobernaba su iglesia, como un tirano más bién que como un obispo. Maltrataba á su clero, siempre que encontraba ocasión, y se había hecho odioso á su pueblo. Se habían presentado contra él muchas acusaciones, y lejos de mostrar arrepentimiento, guardando las consideraciones debidas á los obispos que habían de juzgarle, los miraba con desprecio, y hacía alarde de obstinación.

San Milis asistió á este consejo, y viendo la mala conducta de Papas, no temió reprocharle públicamente su dureza y su orgullo para con el clero : « ¿ Que crimen han cometido vuestros hermanos, le dijo, para que los trateis con tanto rigor, cuando deberíais mirarlos como á miembros vuestros ? ¿ porqué habeis concebido tan injustamente sentimientos de un odio tan cruel contra ellos ? ¿ No sabeis que está escrito : *El que es primero entre vosotros, sea el siervo de los demás ?* <sup>1</sup> »

<sup>1</sup>. Math. xx, 27.

« Ya lo sé, respondió bruscamente Papas, y no es de vos de quién tengo que aprenderlo. » Milis sacó de su bolsillo el libro de los santos Evangelios, y colocándolo en medio de la asamblea, dijo : « Si no quereis oír de mi boca esta verdad, porque no dejo de ser un hombre mortal como los demás, aprendedla del Evangelio de Jesucristo que pongo ante vuestros ojos : pues parece que los de vuestro espíritu están oscurecidos por la pasión que os ciega. » Al oír estas palabras, se enfureció Papas, y en un trasporte de rabia diabólica dió un golpe sobre el libro, diciendo : « Habla, Evangelio, habla. »

San Milis tuvo horror de esta impiedad, que no debió escandalizar ménos á la asamblea, y para repararla en lo posible, tomó con respeto el libro sagrado, lo besó, lo aplicó á sus ojos, y levantando la voz en presencia de todo el pueblo, dijo á Papas : « Hombre lleno de orgullo, puesto que con tanta audacia has despreciado las palabras del Evangelio, el ángel del Señor va á castigarte, dejándote paráltico en la mitad de tu cuerpo. No morirás inmediatamente, sino que Dios te conservará algún tiempo la vida, para que todos sean testigos de la venganza que ha tomado de tu impiedad. » En aquel mismo momento Papas cayó desplomado al suelo. Durante los doce años que vivió despues, tuvo efectivamente sin movimiento la mitad de su cuerpo, sufriendo agudísimos dolores hasta el fin de su vida. Todos los que le veían no podían ménos de reconocer el rigor de los juicios divinos.

El Santo dejó á Seleucia y vino á Mesena, en donde vivió con un solitario que habitaba en el desierto. Apénas lo supo el Señor del lugar, que hacía dos años que padecía una grave enfermedad, le envió á uno de sus criados para rogarle que viniese á verle. San Milis se contentó con decir á este criado : « Volved á la casa de vuestro señor, y al entrar en su aposento, decid en alta voz : Milis ha dicho :

en nombre de Jesús Nazareno sed curado, levantaos y andad. » Obedeció el criado, y su amo quedó curado al punto. En seguida vino á visitar al Santo, seguido de los habitantes del lugar, para manifestarle su reconocimiento. Este milagro fué causa de la conversión de muchos idólatras. Libró también á un jóven del demonio que lo había poseido desde la infancia, é hizo otros muchos prodigios, que contribuyeron mucho para extender el reino de Jesucristo.

De Mesena pasó al pais de los Raziqitas, de que era natural, y allí continuó obrando milagros. Curó á una señora muy distinguida, que hacía nueve años que estaba paralítica, diciéndole, despues de haber orado por ella : « Levantaos, andad, y dad gloria á Dios en quién habeis creido. » Vinieron á verle dos hombres, uno de los cuales sospechaba que el otro le hubiese robado, y quería que asegurase con juramento no haberlo hecho. El Santo le advirtió que se guardase de jurar en falso, porque Dios le castigaría. Este miserable no hizo caso, y fué perjuro. Entónces san Milis, mirándolo atentamente, le dijo : « Si sois inocente, volved á vuestra casa en perfecta salud ; pero si sois perjuro, sufrid el mismo castigo que Giesi, que fué herido de lepra. » En efecto, en aquella misma hora fué cubierto todo su cuerpo de lepra elefantina, lo que admiró de tal manera á muchos paganos que se hallaban presentes, que renunciaron á los ídolos, para seguir la fé de Jesucristo.

Partió de este lugar, y pasando á un pais que no nombra su historiador, encontró en el camino á dos solitarios que le acompañaron. Habiendo llegado á un paraje, en que era preciso pasar un rio, cuyas aguas eran tan crecidas, que no podían vadearse, esperaron durante todo el dia á que bajasen, pero como se sostuviesen á la misma altura, aconsejó san Milis á los solitarios que volviesen á su mo-



rada, y se despidió de ellos. Viendo estos que el Santo permanecía en el mismo lugar, fingieron retirarse ; pero dando una vuelta, se colocaron en un sitio en que pudieran observarle sin ser apercibidos, y vieron que, despues de haber orado algún tiempo, caminó sobre las aguas, cual si fuesen tierra firme, hasta llegar á la orilla opuesta.

Había en una aldea próxima al lugar en que se hallaba, un diácono, á quién se acusaba de haber cometido un crimen contra la pureza, y de que era verdaderamente culpable. El Santo le exhortó á que lo confesase, y á que no ejerciese su órden sin haber hecho penitencia : « Si sois culpable, le dijo, del pecado de que se os acusa, confesadlo, y procurad satisfacer á la justicia divina ; pues es tan grande su misericordia, que os perdonará, si estais verdaderamente arrepentido. Pero no tengais la temeridad de servir al altar, hallándoos en estado de culpa, porque no tardareis en experimentar el rigor de la justicia divina.

Este hombre temerario, á quién cegaba su crimen, creyó quedar justificado ante los hombres obstinándose en su negativa. « Es, dijo, una impostura y una negra calumnia lo que se hace conmigo, y vos haceis muy mal admitiendo esta acusación. » Una vez dichas estas palabras, tomó el salterio, subió á la tribuna, y se puso á cantar los salmos ; pero apénas hubo comenzado, vió salir del santuario la figura de una mano, que le hirió en la boca con un golpe tan grande, que lo echó á tierra. En el mismo lugar se presentó al Santo un jóven de veinte años, paralítico de pies y manos, á quién curó con sólo decir estas palabras : « En nombre de Jesús Nazareno, levántate, y anda. »

San Milis añadió á estos milagros y á otros muchos el de una constancia inquebrantable en el martirio que sufrió por la gloria de Jesucristo, y que coronó todos sus triunfos, como dice su historiador. Hormisdas Gafrizo, gobernador de la provincia, hombre duro y soberbio, y excesi-

vamente amante del fasto, supo que el Santo empezaba á hacerse de algunos discípulos, á quienes atraía con sus virtudes y prodigios. En su consecuencia, le mandó prender y llevar á Maheldagdar ó Maheldegeral, ciudad del pais de los Riziquitas, poco distante de Susan. Juntamente con él fueron presos el sacerdote Ambrosimo y el diácono Sina, discípulos suyos.

A todos se cargó de cadenas, y azotó dos veces, para obligarles á que sacrificasen al sol ; pero léjos de ceder á las exigencias del tirano, despreciaron su cólera y los tormentos con que los amenazaba, y no cesaron de alabar á Dios por la gracia que les había concedido de sufrir por su santo nombre.

El gobernador, á quién agradaba mucho la caza, dispuso una muy célebre en las montañas vecinas. Era en el mes de octubre, y ordenó que fuesen llevados allí los santos confesores, con objeto de darles muerte. Levantó su tribunal para interrogarles, y una vez que le fueron presentados, dijo á Milis con tono imperioso : « Respóndeme : ¿ eres un dios ó un hombre ? ¿ cual es tu religión ? ¿ que dogmas profesas ? Manifiesta ante todos los presentes la sabiduría de que te jactas, para que, instruyéndonos en tu doctrina, podamos seguirte ; pero si te obstinas en no manifestar lo que se enseña en tu secta, te prometo que te haré morir con el mismo género de muerte que se dá á las bestias que se cojen en este bosque. »

Comprendió fácilmente el santo obispo la intención con que le hablaba el gobernador, y le respondió : « Soy un hombre y no un dios : en cuanto á las demás preguntas que me haceis, no puedo exponer á oídos profanos, como os vuestros, los misterios sagrados de nuestra religión. Hé aquí, sin embargo, lo que puedo deciros : ¡ Desgraciado de vos, tirano impío y criminal, y de todos los que se os asemejan, porque os habeis rebelaros contra Dios y su santa re-

ligión ! Sabed que Dios os juzgará despues de vuestra muerte, y os entregará á las tinieblas y á las llamas que tiene preparadas para castigar vuestro orgullo : pues habiendo recibido de él los beneficios temporales de que gozais, en lugar de manifestarle vuestra gratitud, os haceis más insolente y soberbio. »

Esta generosa respuesta excitó el furor del tirano, que se levantó bruscamente de su silla, y sacando el puñal que llevaba á la cintura, se arrojó sobre el Santo, y se lo clavó en la espalda. Al mismo tiempo Narsez, su hermano, no ménos irritado que él, sacó el suyo, y le atravesó el vientre. Este fué para el Santo el golpe más venturoso y deseado, porque, despues de proporcionarle la palma del martirio, le abrió las puertas del cielo. En el momento en que iba á entregar su espíritu al Criador, hizo esta terrible predicción al gobernador y á su hermano : « Puesto que os habeis unido para haceros culpables de un mismo crimen, derramando sangre inocente, mañana en este mismo lugar y á esta misma hora os dareis muerte el uno al otro : los perros beberán vuestra sangre, las aves de rapiña devorarán vuestras carnes : vuestra madre será privada en un mismo dia de dos hijos, y vuestras esposas quedarán viudas. » Dichas estas palabras, espiró.

El tirano no hizo caso de esta amenaza ; ántes bién ordenó que el sacerdote Ambrosimo y el diácono Sina fuesen precipitados desde una eminencia, y cubiertos de piedras. Al dia siguiente continuó su cacería, sin acordarse siquiera de la amenaza de san Milis, que no tardó en ejecutarse. Un ciervo se salió del recinto del bosque : el gobernador y su hermano se empeñaron en perseguirle, y cogiéndole en medio de ambos, le disparaban sus dardos ; pero la justicia de Dios que quería vengar la muerte de san Milis y de sus compañeros, dispuso las cosas de tal manera, que en lugar de herir á la fiera, lo hicieron el uno al otro. El dardo del

gobernador fué derecho al vientre de Narses, y el de éste al pecho de su hermano, y ambos cayeron muertos en el mismo lugar en que el día anterior habían dado muerte al santo mártir. Todo lo demás de su profecía se cumplió literalmente : los perros bebieron la sangre de aquellos impíos : y las aves de rapiña devoraron sus cadáveres : porque era costumbre entre los persas no enterrar á los muertos, hasta que estuviesen consumidas las carnes, contentándose con encerrar los huesos en el sepulcro. La fama de este suceso, cada una de cuyas circunstancias justificaba la profecía de san Milis, se divulgó por toda la provincia, y todos los que lo supieron se llenaron de terror.

Los cuerpos de los tres santos mártires fueron trasladados aquella misma noche á una aldea llamada Malcán, cuyos habitantes les hicieron una honrosa tumba. Estas santas reliquias fueron para este lugar como un muro de defensa contra sus enemigos, pues se notó que los árabes que hacían frecuentes incursiones á esta provincia, no pudieron nunca poner el pié en esta aldea.

Se dice en la vida de san Milis que, juntamente con sus compañeros sufrieron el martirio el día trece de la luna de noviembre : es decir, según la cronología de Assemani, el 5 de noviembre del año 344. Tales son las verdaderas actas de san Milis escritas por san Marutas, como hemos dicho al principio. En el historiador que acabamos de citar puede verse su justificación, tanto en la advertencia que pone á la cabeza de la traducción que hizo del original siríaco, como en las notas con que ha enriquecido toda la obra.

Eusebio de Cesarea habla con mucho encomio de san Milis. Le llama el ornato de los obispos de la Persia, un hombre santo y un doctor muy versado en el conocimiento de las sagradas Escrituras. Sozomeno se expresa en términos no ménos honrosos. Los griegos hacen también gran-

des elogios de él en el día 10 de noviembre. El Menologio del emperador Basilio lo pone en el día 13 del mismo mes, y los Coptos hablan de sus virtudes en su *Sinaxario* bajo el nombre de Nilo ó Milo, en el día 7 de febrero y en el 25 de abril. La iglesia latina le dá conmemoración el 22 de febrero. Pero es preciso notar que en los *Méneos* de los griegos y en el *Sinaxario* de los Coptos, así como en el *Menologio* de Basilio, hay muchas cosas que es preciso corregir según las actas verídicas que acabamos de exponer.

§ IV. — *San Barsabio, cenobiarca, y sus compañeros, monjes y mártires.*

Es preciso no confundir á este Santo con san Barsabeo, diácono y mártir de quién se habla en el Martirologio romano en el día 11 de diciembre. Son dos santos diferentes, pues en ninguna parte se dice que el diácono san Barsabeo hubiese profesado la vida monástica.

San Barsabio gobernaba una comunidad compuesta de doce religiosos, que vivían en una disciplina muy estrecha, como puede presumirse por la constancia con que sufrieron el martirio. Unos hombres impios los denunciaron al gobernador de Astabar ó Astachar, ciudad muy importante de la Persia en otro tiempo, próxima al rio Bandemir y á las ruinas de la antigua Persépolis, que fué durante mucho tiempo capital del imperio persa. « Barsabio, le dijeron, corrompe las costumbres, se vale de sortilegios, combate la doctrina de los magos con objeto de que se acepte la suya, y trabaja para destruir la religión. »

En vista de semejante acusación, mandó el gobernador á algunos soldados para que, juntamente con sus religiosos, le trajesen encadenado, y le presentasen ante su tribunal, en donde se les atormentó cruelmente para obligarles

á renunciar á su fé: pues se les agujerearon las mejillas, les destrozaron los brazos, les azotaron despiadadamente, les cortaron las narices y las orejas, y les sacaron los ojos. Viendo el tirano que los santos varones, léjos de rendirse á su voluntad, sufrían sus horribles tormentos sin demostrar en sus rostros la más leve señal de pena ni de impaciencia, y que perseveraban invencibles en su resolución, ordenó que se les decapitase fuera de la ciudad.

Así se hizo, siguiéndoles una inmensa multitud al lugar del suplicio, y henchidos de gozo sus corazones al ver que no tardarian en poseer el premio de sus sufrimientos y de sus virtudes. Cantaban himnos y salmos bendiciendo al Señor, que se dignaba concederles la gracia de derramar su sangre por la gloria de su santo nombre.

Se reservó á san Barsabio, para que fuese decapitado en último lugar. Al tiempo que los demás religiosos eran ejecutados, acertó á pasar por la inmediaciones un mago seguido de su mujer, de dos de sus hijos y de algunos amigos, el cual, viendo reunida tan grande multitud, quiso saber cual era la causa de un concurso tan extraordinario. Adelantóse, abriéndole paso uno de sus criados, y cuando llegó al lugar de la ejecución, vió que san Barsabio entonaba gozosamente cánticos sagrados, y que exhortaba á los demás á morir valerosamente presentándolos él mismo á los verdugos uno en por de otro.

Este espectáculo no pudo ménos de impresionarle, y Dios le abrió al mismo tiempo los ojos del espíritu, haciéndole ver sobre las cabezas de los que ya habían sido decapitados una llama en forma de cruz que desprendía un resplandor maravilloso. La gracia penetró en su alma con esta visión: se sintió lleno de un santo horror, y bajando con presteza del caballo que montaba, dejó su vestido, tomó el de su criado, y aproximándose á san Barsabio le dijo al oído la visión que acababa de tener, y le rogó que le presentase

al verdugo para ser asociado al sacrificio de sus religiosos : « Yo comprendo, le dijo, que Dios me ha escogido para atestiguar con mi sangre la fé que vosotros profesais. Creo sinceramente que el Dios que adorais es el único verdadero, y lo confieso con toda la fuerza de que es capaz mi alma.

San Barsabio, conmovido al ver la gracia que Dios había concedido á este afortunado hombre, dándole á conocer la verdad, lo presentó á los verdugos para que lo decapitasen. Habían ya muerto nueve, el mago hizo el número de diez : los tres que restaban presentaron gozosos el cuello, y por último, san Barsabio fué inmolado despues de todos. Sus cabezas fueron llevadas á la ciudad para ser colocadas en el templo de Vénus, con el fin de inspirar temor al pueblo, y se dejaron sus cuerpos en el campo, para que fuesen pasto de las bestias feroces y de las aves de presa.

No tardó en saberse la conversión del mago con todas sus consecuencias, y la generosidad con que se había entregado al martirio. La noticia se divulgó por todo el pais, y muchos paganos, movidos con su ejemplo, renunciaron á la idolatría, y abrazaron la fé de Jesucristo. Su mujer y sus hijos fueron de este número, así como muchos de sus parientes y amigos. Todos recibieron el santo bautismo, y pasaron su vida en el temor del Señor y en el ejercicio de la piedad.

San Barsabio y sus compañeros sufrieron el martirio algunos meses despues de san Milis, de quién hemos hablado en el artículo anterior ; es decir, el tres ó el diecisiete de junio del año 342, que era el trigésimo del reinado de Sapor y el tercero de la persecución que este príncipe impío declaró contra la Iglesia.

Añadiremos aquí las actas de san Schiahdurt ó Sadoth, que sucedió á san Siméon en el obispado de Seleucia, y fué martirizado en la misma persecución con otros ciento vein-

tiocho cristianos; pero como en el original Siriaco traducido por Assemani, no se dice que ninguno de ellos fuese monje, sino que sólomente se habla de sacerdotes, de diáconos, de clérigos y de vírgenes consagradas á Jesucristo, no debemos hablar de ellos. Es verdad que en la historia que, según Metafraste, ha dado Lipomán, en lugar de clérigos pone monjes y religiosas, lo cual ha seguido Tillemont; pero hemos preferido atenernos al original siriaco que consideramos más seguro.

Se dice de todos estos Santos en general: 1º que fueron presentados al rey Sapor, que entónces habitaba en Seleucia aldea de las inmediaciones. 2º Que durante cinco meses se es tuvo en prisiones infectas y tenebrosas. 3º Que durante este tiempo se les hizo comparecer varias veces ante el tribunal para obligarles á que adorasen el sol, y que, habiendo rehusado hacerlo, fueron azotados y condenados á otros tormentos. 4º Que despues se les prometió en nombre del rey perdonarles, y darles libertad, siempre que renunciassen á su fé. 5º Que san Schiahdust respondió en nombre de todos, que estaban resueltos á sostener la misma verdad: que no tenían más que una misma voluntad, y que se hallaban dispuestos á todos los tormentos que se les hicieran sufrir, y á dar su vida por la fé. 6º Que, viéndoles el rey firmes en esta resolución, ordenó que se les condujese fuera de la ciudad, y que fuesen decapitados. 7º Que durante el camino cantaban salmos, y que, cuando llegaron al lugar de la ejecución, bendijeron al Señor por la gracia que les concedía de morir por la gloria de su santo nombre, y se animaban unos á otros á derramar su sangre por Jesucristo, y por último, que todos recibieron el golpe mortal, que les abrió las puertas del cielo, á excepción de Schiahdust, que, cargado de cadenas, fué conducido á Lapet, en donde se les cortó la cabeza. Su martirio tuvo lugar el 8 de febrero del año 342.



§ V. — *San Bademo, cenobiarca y mártir.*

Muchos sabios, que se dedicaron á coleccionar las actas de los Santos, han dado la relación del martirio de san Bademo, fundándose en un manuscrito griego de la biblioteca Barberina : Este se encuentra en Lipoman, Surio, Hensquenio y en las actas sinceras de dom Ruinart, que lo han atribuido á un monje contemporaneo del Santo ; pero Arsemani que nos ha dado el original siriaco con la traducción latina que de él se ha hecho, asegura que san Marutas fué su autor. Esta traducción es la que seguimos aquí.

En el año 375 de Jesucristo, el 36 de la persecución de Sapor, y el 66 de su reinado, fué detenido y encarcelado san Bademo por orden de este príncipe. Era natural de Bethlapet, de una casa noble y muy rica ; pero estas ventajas no fueron suficientes para que el mundo le halagase. Repartió sus bienes á los pobres con objeto de ejercitarse sin obstáculo alguno en las prácticas de una sólida piedad, no pensando en otra cosa que en llevar una vida santa, y en cumplir fielmente la voluntad divina.

Al propio tiempo trabajaba en la salvación de los demás, dirigiendo santas instrucciones á los que venían á visitarle, recibiendo con tierna y sincera caridad á los pobres, y procurando consolarles en sus trabajos, é inspirarles paciencia y sumisión á la voluntad de Dios.

Tan dulce y compasivo como era para con los demás, tan severo era para consigo mismo. Con frecuencia pasaba semanas enteras sin tomar alimento alguno, y cuando lo tomaba, no consistia más que en pan y agua. Sus vigiliass igualaban al rigor de su abstinencia. Comenzaba ordinariamente su oración por la tarde, y la continuaba durante toda la noche, teniendo en este tiempo sus manos levantadas al

cielo, y ofreciendo á Dios sus plegarias, que eran tanto más aceptas, cuanto más pura era su alma. Así es que podía decirse, como hace notar su historiador, que con esta pureza de corazón se elevó hasta Dios, subió al monte santo del Señor, recibió la bendición del Salvador, y contempló cara á cara al Dios de Jacob. Sus costumbres fueron inocentes : jamás conoció el crimen : los vicios huían de su presencia, y las virtudes le rodeaban como compañeras inseparables.

Tal era este excelente solitario cuando fué encarcelado con otros siete monjes. En una oscura prisión se les tuvo durante cuatro meses, sujetándolos tres veces á la tortura, en que se les atormentó cruelmente, pero como dice su historiador, los que sufrían triunfaban de los que les hacían sufrir.

Había en la misma prisión un personaje muy distinguido, llamado Narsés y por sobrenombre Marajas, que era señor de la ciudad de Arunnes. Este señor era cristiano, y fué encarcelado por no querer adorar al sol. Pero su piedad se fué relajando insensiblemente, y no terminó su carrera como la había empezado. Seducido por los bienes temporales, y cautivado por el amor de las cosas percederas, antepuso á la fidelidad que debía al Rey de los cielos, el favor de un rey de la tierra, y declaró que estaba dispuesto á hacer lo que se le ordenara.

El rey Sapor quiso saber si su mudanza era sincera, y para asegurarse de ello, ordenó que se quitasen las cadenas á san Bademo, y se le condujese á Lapet, en un paraje llamado Narfact, en que estaba el palacio real, y que se le uniese Narsés, pero encadenado. Se le dijo al propio tiempo que, si quería recobrar su libertad, era preciso que matase con su propia mano á Bademo. Ordenó también que dos señores de su corte le acompañasen, para que fueran testigos de lo que sucediera, y se lo participasen.

El pérfido Narsés acepto la condición, y cuando llegó al

lugar en que estaba el Santo, sacó su espada para ejecutar la orden del rey. San Bademo, viéndole dispuesto á herirle, le miró con aire severo, y le dijo : « Narsés, has perdido la razón en tu vejez ¿ no tienes horror de derramar la sangre humana ? ¡ Desgraciado de tí ! ¿ que harás, y que esperanza podrás tener, cuando comparescas ante el tribunal de Dios ? Es muy dulce y consolador para mí dar testimonio de la fé de Jesucristo ; pero yo desearía recibir el golpe de otra mano que de la tuya. »

Narsés quedó sobrecogido de temor, y de vergüenza ; se turbó, palideció, pero resistiéndose á los gritos de su conciencia, levantó la espada, y con mano temblorosa descargó cuatro golpes sobre la cabeza del Santo. No tardó, sin embargo, mucho tiempo en sufrir la pena de su crimen : pues además de que los paganos que estaban presentes le cargaron de improperios, ménos horrorizados de su crueldad que de su alevosía, murió también al poco tiempo al golpe de otra espada.

Se arrojó el cuerpo del Santo fuera de la ciudad ; pero algunas personas piadosas lo llevaron de noche para darle honrosa sepultura. En cuanto á los siete discípulos encarcelados con él, permanecieron en su prisión cuatro años despues, y fueron puestos en libertad despues de la muerte de Sapor.

En el mismo año se dió muerte á los santos. Abdas y Ebedjesu, obispos, à dieciseis sacerdotes, nueve diáconos, seis monjes y siete vírgenes consagradas á Jesucristo, cuyas actas pueden verse en la colección de Assemani. Como aquí no hablamos más que de los monjes, y sufrieron los mismos tormentos que los otros, basta decir en general, que, despues de haber sufrido muy malos tratamientos, se les dió muerte á golpe de espada ; pero no en un mismo dia ni en un mismo lugar, San Abdas, juntamente con los sacerdotes, con los diáconos y los monjes, fué decapitado

en Ledan, provincia de los Hazitas, el 28 de mayo, y las vírgenes fueron trasladadas de Ledan á Lapet, en donde fueron coronadas con el martirio. En estas mismas actas tenemos los nombres de estos bienaventurados mártires. Además de los santos Abdas y Ebedjesu, obispos, eran los sacerdotes Abdalah, Simeón, Abraham, Aba, Ajabel, José, Ham, Ebedjesu, otro Abdalah, Juan, otro Ebedjesu, Maris, Barhadbesciab, Rozicha, otro Abdalah y otro Ebedjesu, ó sean, dieciseis sacerdotes. Los diáconos eran Eliab, Ebedjesu, Han, Marjab, Maris, Abdia, Barhadbesciab, Siméon, y otro Maris, ó sean, nueve. Los monjes eran Papa, Evoles, Ebedjesu, Fachide, Samuel y otro Ebedjesu, ó sean, seis. Las vírgenes eran Maria, Tata, Ema, Adrama, Mama, otra Maria y Maracha, ó sean, siete.

El dia en que san Abdas y sus compañeros fueron decapitados, dos santos monjes llamados Barhadbesciabas y Samuel, que no habían sido presos con los demás, y que les habían seguido para ver si podían socorrerlos, vinieron á la ciudad con objeto de proporcionarles subrepticamente alimentos, pues no se les daba de comer en la prisión; pero encontraron que á la hora tercera de la mañana les habían sacado al campo para decapitarlos. Penetrados su corazones del más vivo dolor, corrieron al paraje en que habían sido ejecutados, y reconocieron primeramente el cuerpo del santo obispo Abdas: se arrojaron sobre él, lo abrazaron y besaron derramando abundantes lágrimas. Dirigiéndose despues á los verdugos, les dijeron con un celo digno de su fé. « ¿ Porque no nos dais muerte como á estos? La muerte que han sufrido es mucho más dulce y consoladora que esta miserable vida. » Se expresaron en términos los más enérgicos contra el impio edicto del rey y contra su crueldad, no dudando que los soldados que guardaban sus santos cuerpos, irritados de la libertad con que hablaban del rey, les darían muerte.

Pero los tres jueces que habían presidido la ejecución de los Santos no se atrevieron á hacer nada contra ellos sin una nueva órden del rey, objetando que no estaban en la lista de los sentenciados. Enviaron, pues, á pedir órdenes, y entre tanto los dos religiosos no cesaban de exclamar : « Somos cristianos, profesamos la misma religión que los que acabais de asesinar. Creemos en un solo Dios verdadero, y despreciamos vuestros dioses, que no son más que divinidades imaginarias. » Informado el rey de esta confesión, envió la órden de decapitación, que fué ejecutada inmediatamente en el mismo paraje, mezclándose de esta manera la sangre de estos confesores con la sus compañeros. El santo obispo Ebedjesu, así como el sacerdote Abdalah, aún no habían sido ejecutados, y ordenó el rey que se les sacase de la prisión, y que, si perseveraban en su confesión, se les cortase también la cabeza. No estaban en disposición de andar, porque tenían inutilizados sus miembros á fuerza de tormentos. Entónces los verdugos los llevaron sobre sus espaldas al mismo lugar en que habían dado muerte á los demás, y consumaron su martirio.

En cuanto á las siete vírgenes de que hemos hablado, se las llevó á Lapet cargadas de cadenas, para que fuesen juzgadas por el gobernador de esta ciudad. A su llegada se indignaron todos los habitantes, al ver que tan inicuaente eran tratadas. Por todas partes se oía decir : « Estas jóvenes son inocentes, y no pueden sufrir la muerte, sin que se cometa la mayor de todas las injusticias. » Pero esto no impidió que el gobernador las hiciese llevar el campo, en donde levantando su tribunal, les dijo : « Si obedecéis al rey, si consentís en contraer matrimonio, sereis puestas en libertad, y os evitareis la pena de muerte. Pensad bién lo que haceis. — No conocemos, respondieron, ni adoramos más que á un solo Dios : podeis ejecutar desde luego las órdenes que se os han dado, pues no queremos obedecer

los mandatos injustos del rey, ni adorar al sol, ni renunciar á nuestra virginidad. » Entónces el gobernador ordenó que se les cortase la cabeza, y á la noche siguiente los cristianos de la ciudad retiraron sus cuerpos, y les dieron sepultura.

### § VI. — *Solitarios de la India.*

Es innegable que en tiempo de san Jerónimo había monjes en la India, pues escribiendo este santo Doctor á Leta, dice textualmente : « Todos los dias recibimos á una multitud de solitarios que vienen de la India, de la Persia y de la Etiopa; » pero no tenemos noticias de sus monasterios ni de su disciplina regular. La vida monástica ha de haber sido introducida en este pais por la Siria ó la Persia, y por los discípulos de Eugenio, que se extendieron por el Oriente, como hemos dicho en otro lugar. La historia de san Josafat, hijo de Abener, que reinaba de la India oriental, y que fué convertido á la fé por san Balaam, eremita, es muy célebre y conocida de todo el mundo ; pero no todos los sabios la juzgan favorablemente. Hay unos que no la consideran sino como una instrucción moral, que ha presentado el autor como figuras, para que se reciba más agradablemente. Tal es la opinión de Baillet. Otros, como Tillemont, la creen verdadera en cuanto al fondo, pero recargada de circunstancias imaginadas según el genio de los orientales. Ha habido un san Balaam y un san Josafat. Los griegos honran á éste en el dia 26 de agosto, y de uno y otro hace mención el Martirologio romano el dia 27 de noviembre. He aquí como se expresa Tillemont despues de haber discutido las actas : « El autor ha podido ser engañado por falsas memorias, y haber engañado á los demás, fundándose en la autoridad de san Juan Damasceno (al cual

las atribuyen algunos); pero yo no puedo afirmar semejante cosa, niéntas no haya pruebas suficientes; y no habiéndolas, es preferible, como dice el abad de Bili, que tiene estas actas como verdaderas, dar ménos lugar á las sospechas que á la caridad que todo lo cree. » No nos extenderemos, pues, mucho en la vida de estos Santos. El autor de ella distingue tres clases de religiosos: unos que vivían en entera soledad: otros que habitaban en celdas muy distantes unas de otras, y que se reunían todos los domingos en la iglesia, y otros que servían á Dios en el claustro bajo la obediencia de un abad. Aún suponiendo que esta historia fuese una piadosa ficción, lo que no podemos creer en cuanto al fondo, el que la ha escrito ha querido, sin embargo, guardar la verosimilitud, y no es de creer que hubiese distinguido estas tres clases de religiosos en la India, si no hubiesen existido realmente. La persecución que Abener hizo á los monjes de sus estados, y el martirio que muchos sufrieron de orden suya, no parecen ser una ficción. No basta decirlo así, para que lo sea efectivamente: es preciso dar pruebas y éstas no existen.

Poseemos un excelente tratado ascético, que Juán, obispo de los Carpatos, compuso á instancias de algunos monjes de la India, para consolarlos y fortalecerlos en las diferentes tentaciones que sufrían, y que parecían abatirlos. Focio había leído este tratado, puesto que habla de él en su biblioteca, lo que demuestra que este autor es muy antiguo. Es una colección de cortas sentencias, muy propias para la instrucción de los religiosos y de las personas que sufren tentaciones.

1ª — El reino de Dios es eterno: así es que los que quieren poseerlo deben perseverar en su santo servicio. Es preciso que no se dejen balagar por la gloria del siglo, que es muy pasajera; sino que deben aspirar á la bienaventuranza eterna.

2ª El real Profeta, despues de invitar á los espiritus celestiales á que alaben al Señor, invita también á las demás criaturas, aún á las que están destituidas de razón, á que le alaben á su manera, y con más razón debe tributarle este homenaje de alabanza un religioso ¿ como podrá descuidarlo, ó cumplirlo con negligencia ?

3ª Si os sentís acometidos por muchas tentaciones, no permanezcais indiferentes, sino esforzaos por combatir las y rechazarlas, y si teneis la felicidad de triunfar de ellas, no lo atribuyais á vuestras propias fuerzas, sino á la gracia del Señor.

4ª Si el demonio se esfuerza por excitar en nosotros afeciones malas, opongámosle la meditación de la palabra de Dios y la perseverancia en la oración, acompañada de lágrimas. De esta manera le haremos huir.

5ª El ayuno espiritual es muy conveniente á los religiosos, porque les hace resistir á los malos sentimientos que en ellos se suscitan, y conserva la paz de sus almas.

6ª Los demonios, que nos profesan un odio implacable, mueven con frecuencia á muchas personas á que nos alaben, y procuran que nos complazcamos en estas alabanzas. Si las escuchamos, han alcanzado lo que deseaban, y conseguido cautivarnos.

7ª Dad la preferencia al que os contraría, y no al que os aplaude ; porque éste os causa tanto perjuicio como el que habla mal de vosotros.

8ª Si estais enfermo, y no podeis practicar el ayuno, suplidlo dando gracias al Señor por vuestra enfermedad. De esta manera no os hareis ménos digno de su misericordia, puesto que tendreis contricion, os humillareis, y no os ensalzareis sobre los demás.

9ª Conociendo el demonio cuán grande es la necesidad de la oración, sobre todo para resistir á sus tentaciones, procura distraer el espíritu con pensamientos y deseos de es-



tudio, á fin de que la descuidemos para aplicarnos á las ciencias. Guardémonos, pues, de escuchar estas seducciones: pues equivaldría á que, en lugar de cultivar buenos frutos, sembrásemos espinas y zarzas.

10<sup>a</sup> Cuando cantemos los salmos, hagámoslo con alegría de corazón, y concibamos un temor respetuoso á la majestad de Dios á quién alabamos.

11<sup>a</sup> El que se encuentra agitado por sus pasiones, las someterá por medio de la fé y de la humildad.

12<sup>a</sup> Cuanto más seamos tentados por la malicia del demonio, tanto más nos confirmaremos en la fé y en la esperanza, si detestamos la tentación: pues ésta nos hace comprender que los bienes que Dios nos promete deben ser muy grandes, por lo mismo que el demonio hace tantos esfuerzos por privarnos de ellos.

13<sup>a</sup> En los dias festivos, y cuando hemos de participar de los divinos Misterios, es cuando el demonio hace mayores esfuerzos por turbarnos con fantasmas impuros. No nos dejemos, pues, abatir ni desanimar, sino opongámosle una resolución cada vez más firme de consagrarnos más enteramente al servicio de Dios.

14<sup>a</sup> No nos precipite la tentación en la tristeza, continuemos, á pesar de sus esfuerzos, sirviendo á Dios con gozo, y considerando que la corona que tiene reservada á los que combaten por su gloria, está formada de actos de paciencia que practicamos en la tribulación.

15<sup>a</sup> Evitad las conversaciones inútiles, y con más razón las bufonadas. Conservaos en el temor del Señor, en la atención á su santo presencia y en la meditación de las santas Escrituras.

16<sup>a</sup> No se puede alabar suficientemente al que practica una vida de recogimiento interior, y cuya alma crece constantemente en la virtud. Sin embargo, por grande que sea el grado de perfección á que haya llegado, debe siempre

temer caer en pecados pequeños, á la manera que el elefante teme al ratón, por pequeño que éste sea.

17ª Siempre es de temer la tentación por pequeña que sea, porque si la miramos con indiferencia, nos detendremos en el camino de la perfección.

18ª No hollareis con vuestros pies el aspid y el dragón, como dice el real Profeta, si los Santos no presentan ante el trono del Señor vuestras humildes súplicas.

19ª Si tenemos la desgracia de sucumbir á la tentación, no nos desanimemos, pues recurriendo á la oración, nos levantaremos de la caída.

20ª No podemos estar exentos de tentación ; sin embargo, resistiendo generosamente los trabajos que nos proporciona, se cambia en lágrimas de consuelo.

21ª Si formais la resolución de mortificaros en alguna cosa, como por ejemplo, en comer pescado, esperad seguramente que habeis de padecer alguna tentación en ello, así como el demonio tentó á Adam, para que comiese de la fruta que se le había prohibido.

22ª No tomeis solicitud por las cosas de la tierra, sino confiad en Dios que cuidará de vosotros con más solicitud que con la que vosotros mismos pudiérais hacerlo.

23ª Si queremos ser agradables á Dios y hacernos dignos de su gracia, desocupemos nuestros corazones de todas las cosas de este mundo.

24ª No podemos salir del estado de pecado sin animarnos y hacernos violencia.

25ª El demonio nos tiende sus lazos como el león se los tiende á la oveja ; pero si obramos con sabiduría, nosotros se los tenderemos á él, y lo cogemos en ellos. ¿ Cuales son estos lazos ? La oración, la salmodia, las vigiliass, la humildad, la caridad, la acción de gracias, y la lectura de los Libros santos : estos son los lazos, las fosas, las ace-

chanzas y los tormentos que nosotros podemos preparar al maligno espíritu.

26ª Los cinco hombres que fueron enviados por la tribu de Dan para que explorasen el terreno que Josué la había designado, regresaron diciendo: *Levantaos, subamos contra ellos (los filisteos): por que hemos visto una tierra muy rica y fértil: no seáis descuidados ni perdáis tiempo. Vamos á ocuparla, que lo haremos sin trabajo* <sup>1</sup>. El mismo lenguaje emplean los demonios contra los monjes: vienen á turbar su soledad y su reposo, y les atacan con tanto más furor, cuanto más consagrados los encuentran á Dios y á sus deberes. Se esfuerzan por arrancar de sus corazones la esperanza en Jesucristo, para sumirlos en la desesperación: pero los buenos religiosos deben decir como David: *El Señor les retornará la iniquidad de ellos, y en su malicia los destruirá: los destruirá el Señor Dios nuestro* <sup>2</sup>.

27ª Oigo á algunos monjes, que, no pudiendo ayunar por falta de salud, dicen: ¿ como podremos defendernos del demonio, si no ayunamos? A lo cual les respondo, que no se vence este enemigo sólo con la abstinencia, sino principalmente levantando el corazón á Dios.

28ª El que, habéndo gustado las dulzuras de Dios y la paz del alma durante algún tiempo, murmura cuando se vé atacado de alguna tentación en vez de sufrir y combatir con paciencia, es semejante al mendigo que, habiendo sido socorrido en la puerta de un palacio, se retirase murmurando de que no se le había admitido á la mesa del señor.

29ª Vemos con frecuencia los golpes que el demonio dá á nuestra alma: ¿ por qué no hemos de ver también los que le damos nosotros con la contrición, con la paciencia, con la oración y con la práctica de las demás virtudes? Dios lo

<sup>1</sup> Judic. xviii, 9.

<sup>2</sup> Ps. xciv, 23.

ha dispuesto de este modo, á fin de que, á la vez que nos turban, sean ellos mismos turbados.

30ª Al alma que se siente tentada de desanimación por la violencia de las tentaciones digámosle : Llénate de esperanza, y vivirás, y conocerás que el Señor está contigo.

31ª Estad firmes, y no caereis ; pero si caeis, levantaos al punto, y entrad en el combate con nuevo ánimo, y aún cuando caigais mil veces, levantaos otras tantas. Es un mal mucho más grande caer en la desesperación que pecar, así lo demuestran el ejemplo de Júdas que se desespera, y el de san Pedro, que llora despues de haber negado á Jesucristo.

32ª El solitario debe declarar una guerra implacable á tres vicios : á la gula, á la vanagloria y á la avaricia, que es una especie de idolatría.

33ª Así como Dios se sirve de los hombres, para nuestra salvación, así también el demonio se vale de ellos para nuestra perdición. Por esta razón no debeis contraer estrecha amistad con un hombre que desprecia á su prójimo, que es astuto y hablador, ni con los que tienen malas inclinaciones, porque naufragareis al mismo tiempo que él.

34ª El que desea ser amigo de Dios, debe trabajar por conservar en su alma la misma pureza que ha recib.do de Jesucristo por medio del santo bautismo.

35ª Una sola palabra abrió el cielo al buén ladrón, y otra impidió á Moisés entrar en la tierra de promisión. Esto nos enseña que no deben mirarse con indiferencia los pecados de la lengua.

36ª Encerrémonos dentro de nosotros mismos, y desterramos el recuerdo de todas las imágenes de este mundo visible, para no ocuparnos más que de Dios, si queremos no ser seducidos por los sentidos que no nos ofrecen más que vanidades.

37ª Imitad al profeta Eliseo, á quién el ardiente amor

de Dios movió á despojarse de todo. Dad á los pobres y á los monasterios todo lo que teneis, y despojados de esta manera, caminareis por las huellas de Jesucristo, subiendo al Calvario y llevando vuestra cruz, en la cual habeis de morir voluntariamente para entrar en la gloria.

38ª No os extrañeis de que muchas personas que no tienen reposo consigo, quierau turbar vuestras almas : no os irriteis contra ellas, y oponedles una perfecta sumisión á la voluntad divina.

39ª Obrad de manera que vuestro corazón sea una especie de altar, en el cual arda constantemente el fuego de vuestras oraciones y meditaciones.

40ª Nunca antepongais el estado secular al vuestro, aún cuando algunos seglares sean más perfectos que vosotros. Sí, convengo en ello : sois grandes pecadores ; pero teneis más ocasiones de practicar la virtud que ellos, por lo mismo que tienen que atender á los negocios temporales. No os admireis, pues, de que sufrais muchas tentaciones y trabajos de espíritu, miéntras que las gentes del mundo apénas los padecen. Éstas no son tentadas por el enemigo, porque vé que lo son suficientemente por sí mismas, por los cuidados que las agovian y por los placeres que el mundo les proporciona. En cuanto á vosotros, el demonio os declara la guerra, porque os vé en un estado, en que todo lo que os rodea es bueno : así es que os ataca con mas violencia para abatiros, y para que os disgusteis de vuestro estado.

Tal vez os parecerá que los que viven en el siglo son más felices, porque, al parecer, sufren ménos trabajos ; pero aún cuando así fuese, ¿ no veis que los que se hallan consagrados á Dios tienen que ser más probados por la tribulación, y que el demonio ha de perseguirlos con más furor? Considerad lo que hace un amo con sus criados : por más que los ame, tiene que reprenderlos y aún casti-

garlos, cuando hay necesidad de hacerlo ; Hace lo mismo con los que no pertenecen á su familia ? De ningún modo. Pues bién, vosotros sois siervos de Dios, y estais más cerca de él, estais en su misma casa, y os hallais consagrados á los más santos ejercicios : por lo tanto, os trata como cosa suya, y si os dá á probar su bondad, os hace sentir también vuestras faltas, os castiga, y os trata como señor vuestro, que por medio de la correccion, quiere haceros más dignos de sus gracias.

¡ O solitarios ! no olvideis el ejemplo de los Israelitas, á los cuales no sacó Dios del Egipto para llevarles á la tierra prometida, sino para que fuesen su pueblo escogido. Les dijo que padecerían tribulaciones, y que les castigaría, cuando se separasen de su ley. Se portaba con ellos como un buen padre, que castiga á su hijo, por lo mismo que lo ama. Pues lo mismo hace con vosotros : todas las affixiones que experimentais son gracias del Señor, y considerándolas bajo este punto de vista, son dulces.

Pero al mismo tiempo considerad cual ha de ser el fin de vuestros trabajos, y á donde os han de conducir. Los que por su amor han sufrido grandes trabajos en la tierra, gozarán una felicidad eterna en el cielo. Teniendo siempre á la vista la promesa de este premio, trabajareis con alegría, y os felicitareis de haber sufrido tantas tentaciones. Si al presente os ejercitais en la piedad, en la humildad y en la compunción, no considerándoos sino como siervos inútiles, aunque me digais que sois grandes pecadores, os doy la preferencia sobre los seglares, cuya virtud os humilla.

He escrito esto para aquellos de vuestros hermanos de la India, que, como me indicais, despues 'de haber abrazado la vida monástica, se encuentran affligidos por la tentación, y comienzan á disgustarse de su estado, que consideran como el más expuesto á los asaltos del demonio, y

que creen que los seglares son más felices, como si no estuviesen tan expuestos como ellos á los lazos que el maligno espíritu tiende á todos los hombres. Así pues, al escribiros, me he propuesto principalmente hacerles comprender que en adelante no deben llamar feliz al estado de los seglares, sino al suyo, que deben preferir á la diadema de los emperadores, porque es más glorioso á los ojos de Dios, y les acerca más á Él.

§ VII. — *Las canonisas de Persia, ó las hijas de la alianza.*

Terminaremos esta obra con una corta relación del martirio que sufrieron en Persia muchas santas vírgenes en las persecuciones de que ya hemos hablado.

Nadie ignora que el sagrado estado de las vírgenes cristianas es tan antiguo como la Iglesia. Basta leer lo que acerca de él dice Jesucristo en el santo Evangelio, el elogio que hace san Pablo en sus epístolas, y lo que han escrito los santos Padres y autores eclesiásticos de los primeros siglos. Se hallaban distribuidas en tres clases : unas se consagraban á sí mismas á Jesucristo, y tomaban un hábito modesto de un color oscuro, como signo de su profesión. Otras eran consagradas á Jesucristo por el obispo, ó por el sacerdote á quien éste delegaba, y esta consagración se hacía públicamente en un dia de gran solemnidad. Otras, en fin, eran elevadas al cargo de diaconisas, y se llamaban canonisas ó hijas de la alianza entre los Sirios y Caldeos, ya porque estaban sujetas á una regla, ó ya porque, habiéndose consagrado á Jesucristo, contraían con este divino Esposo una alianza irrevocable. Mucho tendríamos que hablar de las excelencias de estas vírgenes cristianas, á las que llama san Cipriano ilustre porción del

rebaño de Jesucristo, á las que todos los santos Padres han colmado de elogios, y á las que siempre ha honrado la Iglesia en testimonio de su santidad y de la pureza de su doctrina. Pero no podemos extendernos en esta materia, por muy edificante que sea, sin salir de nuestro objeto principal.

Podrá también creerse que las canonesas, de que aquí nos ocupamos, no tienen relación alguna con la vida de los solitarios, porque la mayor parte de ellas no vivían en monasterios; sin embargo, por lo mismo que por su estado se hallaban separadas de los seglares, y vivían con tanta piedad, observando las mismas prácticas que se guardaban en las comunidades, entregándose á la oración, á la salmodia, á los ayunos, á las vigilijs, al trabajo manual y á otros ejercicios reglamentados, y guardando el más absoluto recogimiento, nos ha parecido conveniente, que, despues de haber hablado en capítulos anteriores de las doncellas que profesaban la vida religiosa, debemos tratar también de ellas, puesto que han seguido las mismas prácticas.

Los Apóstoles y varones apostólicos que predicaron el Evangelio en las diferentes naciones, juntamente con los dogmas de la fé y con los preceptos de la moral cristiana, enseñaron los consejos del celestial Maestro, y no hay duda, por lo tanto, que á medida que la fe fué predicada en la Persia, se dieron á conocer las excelencias de la virginidad. Por esta razón vemos en la historia de este imperio, que muchas personas de uno y otro sexo, comprendiendo el precio inestimable de esta virtud y la corona que Dios le tiene reservada en el cielo, se apresuraron á abrazarla y á dar por medio de ella una gloria especial á Jesucristo y á su Iglesia. Estas dignas hijas de la alianza mostraron en el tiempo de la persecución de Sapor y de otros príncipes enemigos del cristianismo un ánimo esfor-



zado, y no cedieron á los hombres la gloria de triunfar de los más crueles tormentos, que se les hizo sufrir por la fe. Tenemos las actas de algunas de ellas, ora envueltas en las de muchos obispos, sacerdotes, clérigos y seglares, que dieron entonces su vida por Jesucristo, ora escritas expresamente para conmemorar su martirio. Vamos á tomarlas de la sabia colección de Assemani, pero compendiándolas por las razones que llevamos expuestas.

Las que más se señalaron en sus combates, y cuyos nombres nos son más conocidos, son : Tarba con su hermana y su criada, Varda, Tecla, Danata, Tatona, Mama, Mazaquíá, Ana, Hata, Malama, María, otra Tecla, otra María, Tata Ama, Adrama, otra Mama, otra María y Maracha.

Tarba era hermana de san Simeón, arzobispo de Seleucia y de Ctesifonte, á quien hizo dar muerte el rey Sapor. Habiendo caído enferma la reina, esposa de este príncipe, los judíos, á quienes ella favorecía, y de cuyos sentimientos participaba, aprovecharon la ocasión para satisfacer su odio contra los cristianos, y le hicieron creer que Tarba y su hermana le habían dado un veneno para vengarse de la muerte de su hermano. Así se hizo también entender al rey, el cual ordenó al punto que fuese arrestada juntamente con su hermana, siendo, en su consecuencia, conducidas al palacio, para que el gobernador y otros dos jueces las interrogasen. Apenas compareció Tarba ante ellos, quedaron prendados de su singular belleza ; una pasión la más violenta se apoderó de sus corazones, y cada uno de ellos concibió la idea de pedirla por esposa al rey. Así es que no se atrevieron á condenarla desde luego, sino que afectando cierto aire de severidad, se contentaron con reprenderla por haber envenenado á la reina.

Tarba tomó la palabra, y les dijo que no habia nada tan frívolo como esta acusación, que no era más que un pre-

texto para hacerlas morir : que siendo cristianas, y profesando un estado de santidad, se horrorizarían de cometer un crimen tan nefando, y por último, que si tenían sed de sangre, de ellos dependía el beberla sin necesidad de acudir á la calumnia. Los jueces, cada vez más encantados de su belleza, quedaron inmóviles durante algunos momentos, guardando silencio, y admirando la prudencia de esta respuesta. Pero el gobernador, tomando nuevamente la palabra, le dijo : En vano es que os disculpeis con la prohibición que hace la religión de atentar á la vida de los demás : habeis preferido faltar á lo que prescribe, vengando la muerte de vuestro hermano con la de la reina.

¿Qué mal creéis haber hecho á nuestro hermano, respondió la generosa Tarba, para que nosotras hubiésemos de vengar su muerte con desprecio de la ley de Dios? Aunque llevados de vuestro odio, le hayais dado muerte, no habeis conseguido otra cosa que procurarle la gloria celestial, que poseerá eternamente, mientras que vuestro pasajero poder no tardará mucho en ser quebrantado. En seguida fueron reducidas á prisión, y el gobernador mandó á decir á Tarba por medio de intérprete, que si quería tomarle por esposo, obtendría del rey su perdón y el de sus compañeras. Los otros dos jueces hicieronle también secretamente la misma proposición; pero ella la rechazó con indignación, declarando que habia consagrado su virginidad á Jesucristo, y que sólomente aspiraba á unirse con su hermano Siméon en el cielo.

Viendo estos ministros de la iniquidad que eran inútiles todos sus esfuerzos, pasaron de la pasión del amor á la de un odio encarnizado, y se reunieron para declararla, juntamente con su hermana y su criada, culpable de haber envenenado á la reina. Las denunciaron como tales al rey ; pero éste no las creyó capaces de crimen tan horrendo, y ordenó que las dejasen en libertad, siempre que adorasen al sol.

Se les hizo esta proposición ; pero unánimemente la rechazaron, declarando que nunca tributarían á una criatura el honor debido al Criador, y que por grandes que fuesen los tormentos que se les hiciesen sufrir, jamás se separarían de Jesucristo. Al oír esta confesión, gritaron los magos que se hallaban presentes, que era necesario que muriesen aquellas mujeres que habían envenado á la reina : pues habían hecho creer á esta princesa que sería curada, si despues de haber hecho pedazos los cuerpos de estas vírgenes, pasaba hollándolos con sus pies.

El rey las entregó á su furor, y en este intervalo el gobernador hizo nuevas tentativas cerca de Tarba ; pero ésta le respondió con la misma firmeza que antes, añadiendo que prefería morir antes que conservar su vida al precio de semejante crimen. Habiendo llegado, en fin, al lugar del suplicio, se ató á cada una de ellas á dos postes, y fueron aserradas por medio del cuerpo, suspendiéndose tres de estas mitades á un lado, y las otras tres á otro, y haciendo que la reina pasase por medio, seguida de las tropas del rey, que con este objeto salieron de la ciudad. El martirio de estas santas ocurrió el ocho de mayo del año 341, que era el trigésimo segundo del reinado de Sapor, y el segundo de la persecución.

Varda, ó Rosa, virgen consagrada á Jesucristo, sufrió la muerte por este divino Señor juntamente con el presbítero Daniel, dos años antes que san Milis. En muy pocas palabras refiere san Marutas su historia. Dice que Varda era oriunda del país de los Baziquitas, y que, por ser cristiana, fué encarcelada por orden del gobernador de esta provincia, juntamente con el presbítero Daniel. Durante tres meses, dice san Marutas, se les hicieron sufrir los más crueles tormentos : les atravesaron los pies con duros clavos : los tuvieron sumergidos cinco días en agua helada, y viendo el gobernador que estaban dispuestos á dejarse despe-

dazar antes que renunciar a su fe, los hizo decapitar el 21 de febrero del año 344, que era el quinto de la persecución de Sapor.

El 21 de abril del mismo año se dió muerte en Seleucia á ciento veinte cristianos, algunos de los cuales se hallaban en esta ciudad, y otros en diversos parajes de la provincia. Había entre ellos nueve vírgenes consagradas á Jesucristo, y varios sacerdotes, diáconos y ministros de diferentes órdenes. Se les encerró primeramente en una lóbrega prisión, en que tuvieron que sufrir todo género de incomodidades y privaciones ; pero una piadosa señora de la ciudad de Arbala, en la Hadiabena, llamada Jazdundocta, es decir, dada por Dios, encontró un medio de socorrerlos. Allí estuvieron con los demás confesores durante diez meses, siendo sometidos á diferentes interrogatorios y azotados con gran frecuencia. Su constancia triunfó al fin de la barbarie de los magos, que eran los principales instigadores de la persecución, siendo decapitados todos estos esforzados confesores. La generosa Jazdundocta no los abandonó ni aún despues de haber sido condenados á muerte, pues dió sepultura á sus cuerpos en un lugar apartado de la ciudad é ignorado de los magos.

Poco escribe también san Marutas acerca del martirio de santa María, vírgen consagrada á Jesucristo, que padeció juntamente con su hermano, el sacerdote Jacobo, el 22 de marzo del año 346, séptimo de la persecución. Eran naturales de la aldea de Thel-Sciabile : se les quiso obligar á que comiesen sangre, cuyo acto era considerado por los persas como una prueba de que renunciaban á su religión, y habiéndolo rehusado, fueron destrozados sus cuerpos á fuerza de azotes. Mientras que se les atormentaba con este cruel martirio, tenían levantadas sus manos al cielo, y puesto su espíritu en Dios, para que los fortaleciese con su gracia. Viendo el tirano que no podía vencerles, ordenó á

un hombre, que decía ser cristiano, pero que no lo era más que en el nombre, que les cortase la cabeza, prefiriendo de esta manera perder miserablemente su alma, antes que dejar las ventajas temporales de que gozaba en el mundo.

El mismo san Marutas hace la relación del martirio de las hijas de la alianza, que lo sufrieron tres meses después del sacerdote Jacobo y de su hermana María. Habiendo llegado á conocimiento de Narséz Tam-Sapor, que es el que dió muerte á estos, que en poder de Pablo, sacerdote de la aldea de Casciaz, había sumas considerables de dinero, se propuso darle muerte con objeto de apoderarse de estos tesoros. Envió á algunos soldados, para que cercasen su casa, y se apoderasen de él, así como de la caja en que guardaba el dinero.

Aprovechando esta ocasión, se apoderaron de cinco doncellas, llamadas Tecla, María, Marta, otra María y Ama, y consagradas á Jesucristo. El gobernador Narséz hizo que Pablo compareciese primeramente ante su tribunal, y le dijo que, si quería adorar al sol y comer sangre, obedeciendo de esta manera el mandato del rey, lo dejaría en libertad, y le entregaría todo su dinero. Pero este miserable, que amaba su fortuna más que su alma, respondió que estaba dispuesto á hacer todo cuanto se le exigiese.

Narséz, que no era ménos avaro que él, se sintió molesto con esta respuesta, pues hubiera deseado que hubiese permanecido firme en su fe, para tener un pretexto con que darle muerte y apoderarse de sus bienes. Pensó, pues, en otros medios para realizar sus designios, y le propuso que cortase con sus propias manos la cabeza á las cinco vírgenes que con él estaban encarceladas, creyendo que esta proposición le horrorizaría, y que su negativa le proporcionaría ocasión de perderle. Pero Pablo, poseído de la misma pasión que Judas, consintió en todo, y defraudó las esperanzas de Narséz.

En su consecuencia, hizo éste comparecer á las sagradas vírgenes, y mirándolas con semblante terrible, les dió á escoger entre odorar al sol, ó casarse, ó morir en los tormentos, si rehusaban obedecer las órdenes del rey. Todas unánime é intrepidamente respondieron, que nada les haría desobedecer la ley de Dios para seguir la del príncipe.

Narséz hizo que saliesen de la sala, y que fuesen azotadas, lo cual fué ejecutado con crueldad tan excesiva, que sus cuerpos quedaron cubiertos de llagas. Mientras que se las sometía á este terrible tormento, ellas no cesaban de decir : Jamás tributaremos al sol el culto que sólo es debido á Dios : vosotros sois insensatos por obrar de otra manera. Una vez terminada esta sangrienta ejecución, pronunció Narséz la sentencia de muerte, y haciendo llamar á Pablo, le dijo : Ea, pues, cortad la cabeza á estas doncellas, y os prometo que se os devolverán vuestros bienes.

El pérfido Pablo, á quién habia cegado la avaricia, se acercó, con la espada en la manos, á las vírgenes para herirlas. Viéndole estas inocentes víctimas en actitud de descargar el golpe, y llenas de dolor por la crueldad y apostasía de este desgraciado, le dijeron : « O indigno pastor, ¿ es así como apacentais vuestras ovejas ? De pastor de vuestro rebaño, os habeis trocado en el lobo que lo devora. Ya no tomáis en vuestras manos el cuerpo y sangre de nuestro Redentor para darnos el alimento de vida eterna, sino la mortífera espada que ha de llavarnos á la posesión de este Maestro celestial. Sí, vamos á él, que es nuestra posesión y herencia ; pero no creais que, con quitarnos la vida, habeis de recuperar vuestro dinero. Dentro de poco estaremos en la presencia del juez soberano, y nuestra sangre, que vais á derramar, clamará contra vos, y atraerá sobre vuestra cabeza el terrible castigo que tan justamente mereceis por vuestra perfidia. Apresuraos, pues,

á darnos muerte : ¿ qué os détiene ? No queremos vivir más, para no ver vuestro cuerpo colgado y estrangulado. »

Es indudable que el espíritu de Dios es el que ponía esta predicción en su boca. Efectivamente, el endurecimiento de este desgraciado había llegado á su colmo, así es que en lugar de venir á verdadero conocimiento con estas severas amenazas, ó de avergonzarse á vista del pueblo que se hallaba congregado, y que no le miraba sino como un hombre digno de execración y de horror, les cortó la cabeza, cual si durante toda su vida hubiese ejercido el cargo de verdugo. Pero no tardó mucho tiempo en sufrir la pena que había merecido : pues Narséz que sólamente aspiraba á apoderarse de su dinero, lo hizo encarcelar de nuevo, y temiendo que el rey lo llamase á su tribunal y lo dejase en libertad, se aprovechó de las tinieblas de la noche, y ordenó á unos soldados de su confianza que lo estrangulaseu.

Aquí terminamos la *Historia de los solitarios*, y rogamos al Señor que con su gracia nos ha asistido para llevarla á cabo, que la haga contribuir á su mayor gloria, y que pueda servir de edificación á los que la lean con espíritu de piedad.





## INDICE

	Pág.
Estado de los monasterios de la Palestina en tiempo de Juan Mosch. . . . .	1
Juan Mosch y san Sofronio, su discípulo. . . . .	22
Santa Anastasia, Patricia . . . . .	30
San Anastasio el Sinaita y su doctrina espiritual. . . . .	33
Toma de Jerusalem por Cosroes y Omar. — Estado de los monasterios de Palestina y muerte de Sofronio. . . . .	68

### Parte VIII.

#### SOLITARIOS DEL ASIA MENOR Y DE LAS PROVINCIAS VECINAS

San Basilio el Grande y san Gregorio Nazianceno. . . . .	86
Padres de san Basilio. — Santa Macrina la jóven y su monasterio. . . . .	137
Nocracio, san Gregorio de Nisa y san Pedro de Sebaste, hermanos de san Basilio. . . . .	156
Familia de san Gregorio Nazianceno. . . . .	166
Monasterios y doctrina de san Basilio. . . . .	184
Ascéticas de san Basilio. . . . .	207
Continuación de la materia precedente. . . . .	241
Solitarios de la diócesis de Nazianzo . . . . .	266
San Anfiloc, obispo de Icona, san Ascala, obispo de Te-	

salónica, el bienaventurado Leucadio y el presbítero Sa- cerdos, amigos de san Basilio y de san Gregorio Nacian- ceno. . . . .	272
--	-----

### Parte IX

#### SOLITARIOS DE CONSTANTINOPLA Y DE LAS PROVINCIAS VECINAS

De los monasterios de Nicomedia y Calcedonia. — San Arsaco y san Hipaco. . . . .	288
Discípulos y doctrina espiritual de san Hipaco. . . . .	322
Monasterios de Constantinopla y de la Gotia . . . . .	334
San Silvano, obispo de Troade, san Isaac y san Dalmacio .	341
La herejía de Nestorio en los monasterios de Oriente. . .	352
Monasterios de santa Domínica, del bienaventurado Dios y de santa Pulqueria . . . . .	357
Alejandro fundador de los ascemetas . . . . .	366
Rabulo, monje y obispo de Edesa : san Juan Calibita. . .	378
San Marcelo, propagador de la orden de los ascemetas . .	387
De la herejía de Eutiques y de los abades católicos de Cons- tantinopla y de sus cercanías. . . . .	402
San Auxencio, sacerdote y abad en la Bitinia . . . . .	410
San Daniel estilita, sacerdote y abad en Constantinopla . .	432
Propagación del estado monástico en la Media, la Persia, la Armenia, la Escitia, la Bactriana y la India por Aonez ó Eugenio y sus discípulos. . . . .	454
Solitarios de la Persia y de la India. . . . .	463

FIN DEL INDICE DEL TOMO SEXTO.